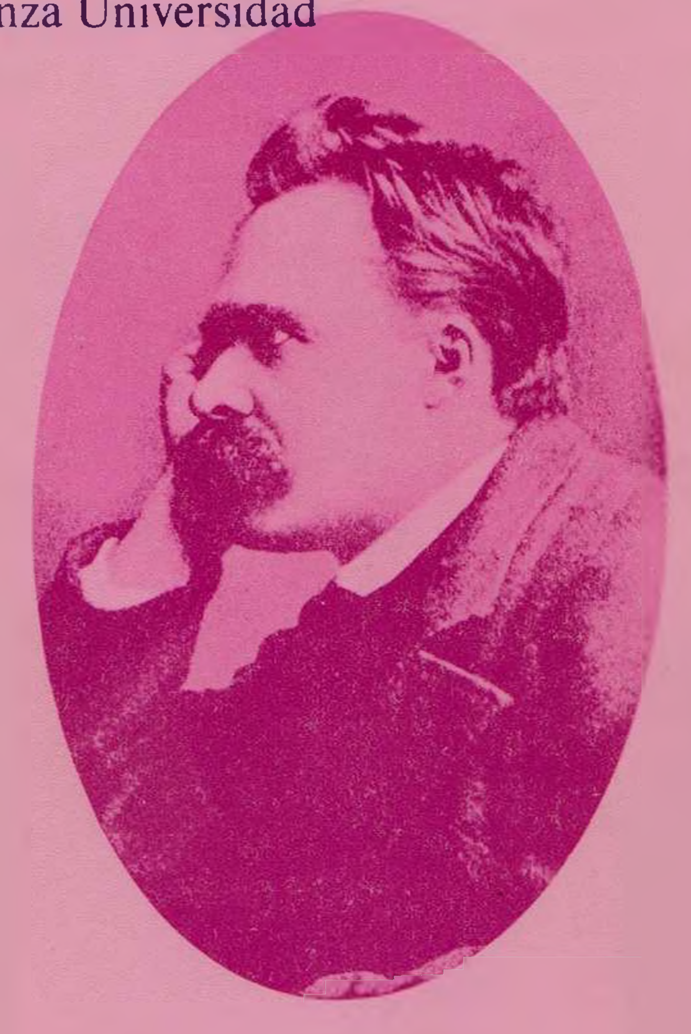
Curt Paul Janz
Friedrich Nietzsche
3. Los diez años del filósofo errante

Alianza Universidad



Alianza Universidad

PLAN DE LA OBRA

Volumen I
Infancia y juventud

Volumen II
Los diez años de Basilea
(1869-1879)

Volumen III
Los diez años del filósofo errante
(1879-1888)

Volumen IV
Los años de hundimiento
(1889-1900)

Curt Paul Janz

Friedrich Nietzsche
3. Los diez años del filósofo errante

(Primavera de 1879 hasta diciembre de 1888)

Versión española de Jacobo Muñoz
e Isidoro Reguera

Alianza
Editorial

Título original:
Friedrich Nietzsche. Biographie. Band 2. Dritter Teil. Die zehn Jahre des freien Philosophen (Frühjahr 1879 bis Dezember 1888)

Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2414-4 (Tomo III)
ISBN: 84-206-2975-8 (O. C.)
Depósito legal: M. 1.089-1985
Compuesto en Pérez Díaz, S. A. de Fotocomposición
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

Capítulo 1
EL CAMBIO

(Mayo hasta diciembre de 1978)

La despedida de Basilea, el abandono de la profesión, del cargo y de la sujeción que imponía el lugar, no significó para Nietzsche en absoluto un paso dentro del terreno de la libertad, dado que tal abandono no se debió a una libre decisión suya, sino a la fuerza mayor de la enfermedad. A Nietzsche se le presenta ahora una nueva tarea: arreglárselas con la enfermedad, romper *su* fuerza, convertir*la* de enemigo extraño en compañera que le ayude a realizar el objetivo de su existencia, introducirla en el todo de su vida. Se trata de una tarea ante la que se ven enfrentadas muchas personas, pero no todas llegan a solucionarla, al menos con el mismo éxito.

La enfermedad como estímulo intelectual

La historia de los espíritus más relevantes del siglo XIX está marcada por esta tara en mucha mayor medida de lo que en general se cree, puesto que en ningún caso como en el de Nietzsche se ha puesto de relevancia tal hecho para mal usarlo como pretexto para una crítica desprestigiosa, para el rechazo, la condena e incluso para la mofa. Y, sin embargo, justamente en ello Nietzsche es un ejemplo modélico. ¿Qué significa «enfermedad» en el caso de Nietzsche y, más allá de él, en general? ¿Son «enfermedades» las taras hereditarias? Nietzsche fue extremadamente miope ya de nacimiento. El rápido e incurable agotamiento de los ojos, e incluso los dolores de cabeza que ello conlleva, pueden provenir de ahí. También las jaquecas, acompañadas de vómitos —si es que se

trataba de jaquecas— parecen ser una tara hereditaria, que también padeció la hermana. En su estado de salud desempeñó un papel importante —real o imaginario— su sensibilidad al clima. ¿Son estas cosas «enfermedades»? Si se supone, por ejemplo, que existió, efectivamente, una infección de sífilis, tal cosa se designará normalmente como una enfermedad que, por una parálisis progresiva, es decir, por deterioros orgánicos del cerebro, lo llevó a la muerte tempranamente cuando apenas contaba 56 años. Pero queda por preguntar si el desmoronamiento físico de 1879, del que Nietzsche se había de recuperar, sorprendentemente bien, en los años siguientes, corresponde ya al proceso de esa sífilis, supuesta tan sólo, y si esa enfermedad sólo acarreó consecuencias dañinas. La investigación científica enseña precisamente de la sífilis, como también de otras infecciones (tuberculosis, por ejemplo), que estimulan, al menos a temporadas, ciertas funciones vitales, que producen un efecto como el de determinados narcóticos, por ejemplo el alcohol, y que en tales casos se liberan fuerzas y posibilidades de la fantasía que en el organismo «normal» están por lo general ocultas y reprimidas[52]. ¿No se podría llamar también «enfermedad», alteraciones psicopatológicas, a tales represiones del libre juego del espíritu? ¿Libera de esta crítica la circunstancia de que se hallen universalmente extendidas y sean «dominantes normalmente»? Aquí se esconde algo que Lange-Eichbaum formula así[150]: «No existe, por tanto, sino un concepto de relación sumamente complicado y no 'la' enfermedad. Pero además, la enfermedad es un concepto de relación entendido como concepto de valor, o mejor: como concepto de no valor... Si se le quitan todas las valoraciones el concepto de enfermedad pierde totalmente su sentido.»

Si se quiere hacer justicia a los grandes talentos, entre los que hay que contar, por supuesto, a Nietzsche, no se podrá justipreciar o aclarar, con el concepto de enfermedad y de lo relativo a ella, ni su actuación ni sus efectos. Lange-Eichbaum intenta, desde otra perspectiva totalmente distinta, abrir camino a un juicio que en principio no esté ya viciado por el concepto peyorativo de «enfermedad»: «Después de haber visto qué impreciso y qué difícil de delimitar es el concepto de enfermedad, hay que buscar un concepto de orden superior que incluya generalísimamente todo lo biológicamente desfavorable y del que 'la' enfermedad (en sentido médico) sea sólo una parte. Como tal concepto superior consideramos nosotros el de lo «bionegativo». Este ha de designar abstracta y lógica toda dinámica biológicamente desfavorable, debe incluir todos los procesos de cualquier tipo perjudicial para la vida.»

Si, enfrentando la definición de lo bionegativo a la de lo biopositivo, creamos una pareja de conceptos, conseguimos así el concepto de aquello que a partir de ahora se vuelve temático en la vida y en el pensamiento de Nietzsche, y que, como tema, va tomando, cada vez con mayor claridad, el primer puesto de importancia.

Si en los últimos años el estado de los ojos y los dolores de cabeza habían *impedido* a Nietzsche seguir su modo de vida prefijado u obligado, ahora intenta hacer de esos impedimentos reglas determinantes de una nueva forma de vida en la que esas molestias acabarían por sujetarse a él, a su voluntad, a su consecuencia en el ejercitamiento de las costumbres reconocidas como biopositivas. Para ello emprende el camino de una autodisciplina rayana en lo ascético, y consigue así una credibilidad como ético sin la que apenas hubiera podido manifestar sus atrevidos pensamientos en este campo de la filosofía. Pero también en cuestiones de estética, así como en asuntos metafísicos, Nietzsche pone como criterio supremo el que las tesis mantenidas por él sean o no favorables para la vida. Con ello, la «verdad» se va relativizando cada vez más, se convertirá, formulado paradójicamente, en el «tipo de error sin el que no podría vivir una determinada especie de seres vivos. El valor con respecto a la vida decide en último término[4·6]»; y para él «el que la verdad sea más valiosa que la apariencia no es más que un prejuicio moral ... no existiría vida alguna, sino sobre la base de apariencias y valoraciones perspectivistas... En efecto ¿qué nos obliga siquiera a suponer que exista una oposición esencial entre 'verdadero' y 'falso'? ¿No basta suponer grados de apariencia...?»* Precisamente la apariencia en la forma de la obra de arte, como producto de la fantasía artística, puede aportar más al estímulo de la vida que las «verdades»; es decir, que los conocimientos, si éstos han de mostrar la cuestionabilidad y falta de fundamento de la existencia humana. Con esta exigencia que impone al arte, Nietzsche le da un nuevo significado, pero rompe con la concepción tradicional del arte como manifestador de «verdades», o, expresado schopenhauerianamente, como la más inmediata representación de la «voluntad» como fundamento originario del mundo, y le roba así su dimensión metafísica.

Posibles motivos del profundo cambio

También Jaspers manifiesta con firmeza que en Nietzsche, durante ese tiempo (1879-80), se produce una transformación muy amplia[126]: «Quien lea los escritos en orden cronológico... no puede sustraerse a la extraordinaria impresión de que en Nietzsche, desde 1880, se está produciendo un cambio tan profundo como nunca antes en su vida. Esto se muestra no sólo en el contenido de los pensamientos, en las nuevas creaciones, sino en la forma de la vivencia; ...lo que dice adquiere otro tono... Preguntamos si ...en la vida de Nietzsche no aparece claro algo, innecesario intelectual y existencialmente, que da a lo nuevo, por así decirlo, un color no necesariamente pertinente; o si en el servicio de estos impulsos y metas intelectua-

* «Más allá del bien y del mal», § 34.

les aparecen fuentes cuya procedencia remita a algo que llamamos indeterminadamente un 'factor biológico'... No se puede responder a la pregunta de qué sea este factor biológico. Lo que sucedió con Nietzsche desde 1880 ha de quedar indeterminado por ahora. Pero que algo importante sucedió es cosa difícil de dudar para el observador sin prejuicios que se haya sumergido cronológicamente en la totalidad de las cartas y escritos... Es injusto concebir este hecho como la primera fase de la parálisis, mientras la experiencia de la parálisis no muestre, comparando casuísticamente, que esos estadios previos —que entonces no serían todavía la propia parálisis como proceso de destrucción— pertenecen a ella.» Y Jaspers concluye de ahí: «Una cuestión relevante, aunque no decisiva sustancialmente, para la comprensión de Nietzsche en general, es la de su *cambio* espiritual *desde 1880* y la de la posibilidad de su coincidencia con un suceso biológico de nueva aparición. No existe una investigación profunda de ello que domine todo el material y lo transmita ordenado; se trata de la exigencia más imperiosa de la biografía de Nietzsche: Möbius ha sido el primero que ha visto ese cambio, pero ha cargado su intuición de tantos errores que, de esa forma, no ha conseguido, naturalmente, imponerla. Sin embargo, el cambio como tal, por muy oscuro que quede su tipo..., me resulta tanto más manifiesto...» Pero tampoco Jaspers ve solamente una fuente de trastornos en el posible —para él probable— influjo de un «factor biológico» secundario. «Los factores 'enfermos' ...no sólo no estorbaron, sino que quizá incluso posibilitaron lo que a no ser así nunca hubiera aparecido. Sólo ahora llega Nietzsche a los orígenes con la inmediatez del estar en el primer comienzo; en el reino entero de las posibilidades de reflexión, su genio, por el rasgo fundamental de la total originalidad, permite —pero sólo después de 1880— recordar a los presocráticos.»

Ya en 1903 el psiquiatra sueco Poul Bjerre[52] consideró el cambio como una extraordinaria ventaja para la evolución de Nietzsche, en cuanto que, partiendo de la certeza de la infección sifilítica, defendió el punto de vista de que el virus de la sífilis produjo un efecto narcótico, ligero y crónico, liberador de la fantasía y desinhibidor de lo espiritual, semejante al del alcohol; según ello habría actuado biopositivamente hasta el desmoronamiento espiritual, momento en el que la obra de destrucción orgánica prevaleció en la sustancia cerebral. Nietzsche mismo ve así su situación a comienzos de 1880, cuando escribe a su médico, el Dr. Otto Eiser[7]: «Mi existencia es una carga terrible: la hubiera arrojado de mí hace ya mucho tiempo, si no fuera porque, precisamente en este estado de sufrimiento y de casi absoluta abstinencia, fue donde hice las pruebas y los experimentos más fructíferos en el terreno ético-intelectual; esta alegría sedienta de conocimiento me eleva a una altura desde donde supero todos los tormentos y desesperanzas. En general soy ahora más feliz que nunca en mi vida... Mi consuelo son mis pensamientos y perspectivas. Aquí y allá, en

mis caminos, garabateo algo sobre un papel; amigos descifran mis garabatos.» Y en 1886 escribe recordando, en el prólogo a la «Gaya ciencia»: «Se adivina que no quiero despedirme de aquel tiempo de grandes padecimientos, cuyo provecho todavía hoy no se ha agotado para mí.»

Naturalmente que este efecto narcótico no fue lo que produjo directamente una obra como «Zaratustra» o como el resto de las del filósofo Nietzsche, puesto que, si no, algún otro infectado de sífilis hubiera tenido que crear algo parecido; pero resta por preguntar si Nietzsche hubiera sido capaz de sacar de sí esa obra que había en él, sin esa superación de un determinado umbral de represión.

Todas las numerosas interpretaciones médicas, tan cuidadosas y perspicaces, han de quedarse en ensayos tentativos, puesto que ahora, *a posteriori*, para emitir un juicio científicamente defendible, ya no pueden aportar las pruebas diagnósticas requeridas, que en 1880-1900 no podían conseguirse debido al nivel de conocimientos de entonces. Aunque todas las investigaciones desde Möbius hasta Lange-Eichbaum difieren en cuestiones de detalle, curiosamente parecen coincidir en un punto, a saber, en la datación aproximada de la gran transformación: tiene lugar en los años 1879-1881. Pero esta determinación de una cesura esencial en la vida de Nietzsche ningún autor la puede sacar de la historia clínica, en modo alguno puede demostrarse como proviniente de una determinada enfermedad y como estadio fijable necesariamente en esos años de tal enfermedad supuesta o afirmada; se ha sacado sólo y únicamente de la observación del distinto comportamiento de Nietzsche en su modo de vida, del contenido de sus ideas y de una nueva manera e intensidad en la exposición de ese contenido. Y para comprender esto no se necesita, imprescindiblemente, deducirlo de los tipos de evolución de una enfermedad. El cambio en torno al año 1880 resulta más comprensible a partir de experiencias en el ámbito de lo anímico.

La enfermedad y la temprana muerte del padre habían marcado profundamente, como vivencias infantiles, la conciencia de Nietzsche. Dada su incondicional creencia en la tara y transmisión hereditarias, Nietzsche vivió siempre con el sentimiento —más o menos fuerte según épocas— de estar amenazado por un destino igual o semejante. Con el desmoronamiento de su existencia burguesa, precipitado en la primavera de 1879 por los padecimientos físicos, y con el subsiguiente estado, que se agravó, en lo posible, durante muchos meses, volvieron a la máxima actualidad las viejas cuestiones sobre el sentido y solidez de la existencia, cuestiones frente a las que hubo de quedar totalmente en segundo plano el programa político-cultural que le preocupaba hasta entonces, es decir, el problema de si a partir de la música, y mejor de la música de Richard Wagner, era posible y deseable una renovación cultural alemana en el sentido modélicamente ejemplar de la antigüedad (y dentro de ella, propia y esencialmente sólo el modelo de la Atenas de Pericles).

El momento más bajo en su estado de salud irrumpió —de nuevo como consecuencia de la excitación producida por la Navidad cristiana— a finales de diciembre de 1879 en Naumburg, a pesar de los amorosos cuidados de la madre: un grave ataque parecido a la jaqueca, con vómitos e incluso con una larga pérdida de consciencia, que duró tres días. Entonces mantuvo Nietzsche un diálogo a dos con la muerte, en espíritu estuvo ante la última frontera, y después se sintió como un iniciado en los misterios de la muerte. Estaba marcado, y podía hablar ya, y hablaría con un tono nuevo. Ya a fines de julio de 1879 había confesado a Paul Rée[12]: «Mi querido amigo: ¿sabe Usted todo lo que me ha sucedido? He eludido un par de veces los portones de la muerte, pero he sufrido horriblemente, así vivo día a día»; y el 22 de octubre de 1879, a pesar de algunas semanas «mejores» recientemente vividas, a Overbeck[11]: «En mitad de la vida estuve rodeado por el bueno de Overbeck —si no, quizá se hubiera colocado el otro compañero— Mors.» Tales manifestaciones de desesperación contribuyeron quizá a que incluso se llegara a extender el rumor de la muerte de Nietzsche, hasta París, desde donde Malwida v. Meysenbug, que está allí en casa de su hija Olga Monof, el 28 de octubre escribe preocupada a Meta von Salis*[213]: «Hoy me lleva hasta Usted una trágica necesidad. De modo totalmente casual oí ayer que Nietzsche, al parecer, ha muerto. Puesto que no quiero escribir a la hermana sin estar segura del hecho, le envío a Usted la carta, dado que si está en Naumburg sabrá al respecto. Si es verdad curse, por favor, inmediatamente la carta; si no es verdad, quémela.» Meta von Salis pudo quemar la carta. Tampoco hubiera podido dársela a la hermana en Naumburg, puesto que ésta estaba en Tamins (Graubünden), lo que obviamente Malwida no sabía. El contacto epistolar estaba interrumpido entonces desde hacía ya bastante tiempo. Nietzsche volvió a emprenderlo en diciembre de 1879 con el envío de su último librito «El caminante y su sombra», y el 14 de enero de 1880 contestó a la carta de Malwida del 27 de diciembre[7]: «A pesar de que el escribir pertenece a una de las frutas más prohibidas para mí, Usted, a quien respeto y quiero como a una hermana mayor, ha de tener todavía una carta mía —aunque será la última. Puesto que los horribles y casi insoportables tormentos de mi vida me llevan a desear el final, y, según algunos indicios, el ataque cerebral liberador está suficientemente cerca como para permitirme esperar... Creo haber realizado el cometido de mi vida, bien es verdad que como alguien a quien no se le ha dado tiempo. Pero sé que he escanciado una gota de buen aceite para muchos... Ningún dolor ha conseguido ni conseguirá llevarme a hacer un falso testimonio sobre la vida, tal como yo la entiendo.» Y: «Por lo que se refiere al tormento y a la abstinencia, la vida de mis últimos años puede compararse

* En esa época, de visita en casa de la baronesa Wöhrmann, en Naumburg; a través de ésta sabía de la madre de Nietzsche, aunque personalmente no se conocían.

con la de cualquier asceta de cualquier época; sin embargo en estos años he ganado mucho en lo que se refiere a la depuración y pulimento del alma —y ya no necesito para ello ni la religión ni el arte.» Con esto Nietzsche se distancia claramente de todos aquellos que también han experimentado esta cercanía de la muerte y que desde entonces se convierten en convencidos profetas de la fe en la superación de la muerte por una vida eterna. Estos consuelos, sea en la forma de la dogmática cristiana, sea en las doctrinas filosóficas, como, por ejemplo, la creencia pitagórico-platónica en la trasmigración de las almas, ya no existían para Nietzsche. Precisamente a todas *estas* doctrinas habría de considerarlas como «gran superchería», errores, doctrinas erróneas, y las combatiría apasionadamente. Vio en estas creencias, a las que falta cualquier tipo de evidencia convincente, meras argucias dialécticas con cuya ayuda se había intentado empequeñecer el valor de la vida y de las cosas de este mundo, hasta tal punto que su pérdida podía ser considerada de escasa importancia. La estremecedora amenaza que vivió lo llevó al campo opuesto: la vida de este mundo se convirtió para él en el valor supremo... Y para conservar ese valor, incluso para acrecentarlo en lo posible, todo lo demás había de subordinarse a ello. Para Nietzsche quedó fuera de toda duda que por «vida» entendía la mayor realización posible del ser hombre.

Desde el punto de vista médico, material, quizá haya intervenido también un «factor biológico»; pero nos parece que el factor decisivo que desencadenó entonces el incipiente cambio fue la conmoción anímica que le produjo la amenaza de la enfermedad, de los achaques y la desmoralizadora escisión entre profesión y vocación.

Un diálogo consigo mismo

Nietzsche tuvo que comprender muy pronto que habría de moverse en solitario por el nuevo camino, opuesto a todo lo tradicional. Hubo de aceptar con serenidad y decisión el riesgo de *esa* vida. En este camino opuesto comienza a ver de improviso todas las cosas desde otro punto de vista diferente y en otra luz contraria: la luz y las sombras están repartidas de modo muy distinto, y es un contraluz, una luz fría, la que ilumina las cosas. «Error tras error se van colocando tranquilamente sobre hielo, el ideal no se refuta, él se congela... Aquí, por ejemplo, se congela 'el genio'; una esquina más allá se congela 'el santo'; al final se congela 'la fe', la llamada 'convicción', también la 'compasión' va enfriándose significativamente —casi por todas partes se congela 'la cosa en sí!'...», así resume en 1888, en el «Ecce homo», refiriéndose a «Humano - demasiado humano», y así comienza ahora a examinar de nuevo, cuidadosamente, todas las cosas; y así informa al respecto. Pero ¿a quién? ¿A quién va a comunicar él, en su soledad, sus puntos de vista y sus intuiciones?

Ya en el verano de 1879 encuentra la forma de hacerlo. Se trata de trasponerlo en una escena de conversadores, tal como en los diálogos platónicos. Pero, como interlocutor, Nietzsche se ve obligado a poner su propia sombra. Las consideraciones aforísticas del verano de 1879 llevan, por eso, el título «El caminante y su sombra». Esta colección de 350 aforismos, aparecida primero por separado, se convertirá después, como «Segunda parte» y juntamente con «Opiniones y dichos varios», en el segundo tomo «Humano - demasiado humano», aunque traza ya claramente el puente hacia «Aurora», que vendría después. Aquí todavía, debido al corto revestimiento escénico, el carácter de diálogo se ofrece abiertamente. Todos los escritos de Nietzsche son diálogos con sombras de la más diversa procedencia, con sombras de acontecimientos o de ideas que le sobrevienen. Para tratar con ellas intensamente y sin molestias, se retira externamente a una soledad relativa, nunca tan lejos, sin embargo, que no le pueda llegar cosa alguna, puesto que necesita objetos, problemas, en los que pueda encenderse su espíritu apasionado: necesita de la polémica. Nietzsche no tiene la disposición del pensador contemplativo que, con tranquilidad, ordenando pensamiento tras pensamiento, construye su sistema en vistas a una única meta de conocimiento. Su profunda conmoción no lo dejará ya nunca tranquilo —por más que él pretenda esforzarse por conseguirlo—, y, por ello, desconfiará de todo lo que parezca ofrecer o poseer tranquilidad y seguridad.

Intentos con el clima de la Suiza central

Primero, Nietzsche hubo de ordenar y planificar nuevamente su vida externa. Entre otras cosas tenía que buscar lugares que, tanto climática como paisajísticamente, actuaran en el exterior sobre él como tranquilizadores y de los que pudiera esperarse así un cierto sosiego para su espíritu y para su organismo, excitados ambos. Alguien (quizá la suegra de Franz Overbeck, la Sra. Rothpletz, en Zürich) hubo de indicarle, para el verano de 1879, el pueblecito de Wiesen, en el cantón Graubünden. Si no, no se comprendería cómo topó Nietzsche con ese lugar, que no es ningún renombrado rincón turístico. Wiesen, alrededor de 1.400 m. sobre el nivel del mar, está situado en la línea este-oeste de comunicación de Davos hacia Tiefenkastel, en el punto de partida de las carreteras de los pasos Julier y Albula a la alta Engadina, sobre una terraza alpina, poderosa y abierta hacia el sur, a doscientos metros al menos sobre la profunda fosa del Ladwasser[146]. A fines de mayo (quizá ya el 26) Nietzsche se hospedó aquí en el «Hotel Bellevue», donde sólo había otro pupilo, un tal Sr. Hirzel, nacido en Zürich, residente en Palermo y que ya llevaba 12 semanas en Wiesen. Nietzsche alaba (el 8 de junio de 1879 a Overbeck): «Lugar, casa, habitación, cama, comida, atenciones, todo es, por lo demás,

muy bueno y me resulta agradable.» Pero: «Dolor, soledad, paseos, mal tiempo — esto es mi movimiento circular», se dice en la misma carta. Observa la situación barométrica, extraordinariamente baja (sólo 751 mm. en Zürich), y padece a causa del viento cálido del sur que se produce por ello en los valles alpinos. Al igual que ya al principio de su estancia tuvo que pagar con un grave ataque de tres días los esfuerzos del viaje, todo el tiempo que pasó en Wiesen fue malo por lo que se refiere a su salud. Especialmente Nietzsche echaba de menos zonas umbrosas de bosque en las cercanías. La intensa luminosidad solar de esas altitudes resultó perjudicial para sus delicados ojos.

Invitación a Venecia

La preocupación por los ojos es también uno de los motivos por los que Nietzsche no accedió a la amistosa propuesta de Heinrich Köselitz, quien el 7 de mayo le había escrito desde Venecia[13]: «¿Pero no sería posible que viniera Usted aquí?... ¡Yo diría que sí, si Usted se instalara en el Lido y gozara durante el verano del extraño frescor que sopla desde el mar! Me sigue pareciendo que ese aire sería el único apropiado para Usted; con seguridad los griegos no respiraron en vano el aire del mar. Esa temperatura y ese aire... no existen en la propia Venecia, ni tampoco en el lado lacustre del Lido, sino sólo en su lado de playa... si se hiciera el intento, de cuyo eventual fracaso quiero ya desde ahora responsabilizarme yo mismo»; y de nuevo, y con más detalle, el 13 de mayo: «El baño aquí en el mar Adriático resulta con razón muy famoso: suave piso de arena, no planchas rocosas, como en Livorno, en las que se hieren las plantas del pie; el gran movimiento del mar comienza por lo general sólo en el otoño. Apenas conozco otra cosa que me produzca tal sentimiento vital físico como estos baños... El pasear por la orilla del mar es de tal modo que se puede poner el pie sobre la arena de la que acaba de retirarse la ola, sin que uno llegue a mojarse. Se trata de la peculiaridad de los caminos de arena de Baden-Baden, pero potenciada... En el término oriental del Lido queda, pintorescamente, el pueblo y fuerte de S. Niccoló, entre muchos árboles. La vista hacia la laguna, con las islas, Venecia, los Alpes, la calma sobre las aguas —no sabría fácilmente dónde podría estarse más motivado creadoramente que aquí—. No necesito decirlo con mayores adornos. Además podría preguntar a Burckhardt, quien le informaría de que en las lagunas no hay nada monótono o pobre de color, ni mucho menos, ¡tanto le gustan al extranjero! Byron quería ser enterrado en el Lido. A Shelley le gustó estar aquí: tiene un gran poema que se desarrolla en esta isla a la caída del sol... Pueden conseguirse caballos de monta. El viaje en barco hasta la ciudad cuesta treinta céntimos... En Venecia pertenezco a una sociedad de lectura con biblioteca ... al estilo de los basileos; cuenta con

diarios y publicaciones periódicas alemanes, ingleses, franceses e italianos». Köselitz, además, pinta cinco acuarelas de ese paisaje, dos de las cuales envía a Nietzsche para dar más poder de convicción a sus explicaciones[7].

Decisión por Engadina

Sin embargo, los pareceres de los amigos de Basilea hubieron de ser distintos; incluso Jacob Burckhardt hubo de manifestarse desfavorablemente sobre los efectos de Venecia en verano; de modo que Nietzsche, tras más de tres semanas de malestares abundantes y soportados con entereza en Wiesen, el 21 de junio, finalmente, se trasladó a la alta Engadina, situada a mayor altitud todavía: a algo más de 1.800 m. sobre el nivel del mar. Sobre ella había escrito a su hermana todavía el 7 de junio[124]: «La Engadina resulta para mí casa inaccesible debido a la afluencia de alemanes y basileos, ahora lo comprendo (también muy cara).» El 15 de junio indica a la hermana, como objetivo de viaje desde Wiesen, el pequeño poblado de Campfèr, situado a una hora escasa de camino de St. Moritz, valle arriba. Después vuelve siempre a repetir lo dicho en la tarjeta postal del 25 de junio a Köselitz: «Si me quiere contar algo diríjase a: St. Moritz, Graubünden, lista de correos —¡pero, por favor, no diga nada a nadie sobre esta dirección!» Esta misma cautela en forma de una simple «dirección-poste restante» mantiene también en la correspondencia con Franz (e Ida) Overbeck en Basilea, quien le ha de solucionar todos los asuntos económicos, administrar sus rentas, y quien acaba la liquidación de su vivienda, después de que la hermana, poco después del 7 de junio, se fuera a la Suiza francesa para una estancia estival, alojándose en casa del Sr. Pastor Martin en St. Aubin, cerca de Neuenburg. También a ella le da sólo esta dirección, así como a su madre en Naumburg, a quien ocasionalmente, en este primer verano en Engadina, todavía muy pocas veces, pide alimentos.

A partir de ahora Nietzsche evitará los hoteles y restaurantes. Vive solo, como único inquilino, en alguna parte cerca de St. Moritz, quizá más cerca de Campfèr, en una habitación donde puede prepararse él mismo su humilde comida, puesto que ha de acostumbrarse a vivir muy frugalmente para que le quede algo de dinero para los caros viajes que exige su nuevo modo de vida.

Al principio Nietzsche no sabía exactamente, en absoluto, con cuánto dinero podría contar. Primero, sólo tenía asegurados los 1.000 francos del fondo heusleriano. El 6 de julio informa a la hermana[124]: «La regencia ha concedido también 1.000 francos anuales durante 6 años; tendré, por tanto, 2.000 francos en total, techo al que debo ajustarme.» Cuando el 19 de julio Overbeck puede comunicarle[11]: «... me refiero a la decisión de la sociedad académica, ... de participar en tu pensión con 1.000 francos

anuales durante 6 años, de modo que ésta se coloca ahora en 3.000 francos», Nietzsche le contesta el 24 de julio: «La sociedad académica me ha sorprendido extremadamente por su amabilidad. Soy tratado tan bien como si lo mereciera.»

Juntamente con los réditos de su pequeño capital heredado, que el banquero Kürbitz, de Naumburg, administraba con esmero e incluso llegó a aumentar un poco, estas cantidades, eran suficientes para asegurar la existencia de un soltero en aquella época, muy especialmente en el caso de Nietzsche, dadas sus moderadas pretensiones. Continuó con el plan alimentario, monótono y ahorrativo, no excitante, que había comenzado el último año en Basilea.

Vida austera

El 24 de junio escribe a su hermana por primera vez desde St. Moritz: «Vivo totalmente solo y como en la habitación (igual que en Basilea, casi las mismas cosas también, únicamente no higos), casi ninguna carne: pero mucha leche.» Y el 6 de julio: «Vivo totalmente solo en una casa tranquila, buena cama.» Y «Aquí todas las cosas de panadería son disparatadamente caras: por ello hice que cocieran en Wiesen 150 bizcochos.» En general encarga afuera los alimentos cuando son más baratos. Añade, así, en la misma carta[124]: «Gracias a la Sra. Rothpletz recibo alimentos de Zürich, a saber lengua americana»; y el 12 de julio requiere de la hermana[124]: «¿Cuánto cuesta una caja de tres kilos de Brown College? (un bizcocho de cebada) ...Era muy bueno. El embutido, comido con apetito.»

Con ello comienzan los envíos desde Naumburg, con los que se proveerá durante los siguientes diez años constantemente. Escribe a la madre a mitad de julio[124]: «Vivo tranquilo, tengo buena leche y huevos»; y como posdata: «Dentro de un mes rogaré, quizá, que me envíes una provisión de embutidos, pero no antes.» El 21 de julio puede informar a la madre: «Ahora que como yo solo en la habitación (leche, huevos, lengua, ciruelas (secas), pan y bizcocho) mi estómago funciona perfectamente. Todavía no he estado en ningún hotel ni restaurante.»

Aunque podía estar satisfecho de su estómago tenía de continuo dificultades con la digestión (muy lenta a lo que parece), a pesar de lo mucho que se movía en las marchas diarias de siete y hasta ocho horas. En la misma carta se dice: «A causa del vientre resulta urgentemente necesario beber Karlsbad algunas veces.» En otras ocasiones leemos referencias a polvos de ruibarbo y otros medios que encargaba. A mitad de agosto comenzó una cura con agua de St. Moritz. El 19 de agosto escribe a la hermana: «Justamente en estos días he comenzado la cura de agua y de baños; soporto muy mal el agua y sólo puedo beber la mitad del quantum usual. Por ello debo beber durante más tiempo, al menos 4 semanas.» La

hermana hubo de informarse en una farmacia acerca de medios eficientes. El 26 de agosto Nietzsche responde a su carta con paquete[124]: «¡Querida, querida hermana, he *reído* tanto ayer, cosa tan poco frecuente! ¿Realmente quiere el farmacéutico que cueza esas horribles ciruelas junto con el té picado? ¡De ahí saldrá seguramente aquello que *Fausto* llama 'el infernal electuario'!* ¿Y si el efecto hubiera de ser tan fuerte, he de comer después los bizcochos puritanos? No me has escrito el precio del embutido (neamburgués). Precisamente ahora no lo puedo comer: mi cura ha ido cambiando poco a poco, pero totalmente, mi régimen de comida y de vida.» Eran estas dificultades que lo acompañan siempre y que en los siguientes años habrían de volverse un tema principal en la correspondencia con su madre.

Por el contrario, creyó haber acertado con su elección de lugar y de paisaje. Poco después de su llegada a St. Moritz escribe a los Overbeck: «Desde mi última postal** la mayoría del tiempo en cama: ¡un comentario cuyo texto puedo ahorrarme! Pero ahora he tomado ya posesión de la Engadina y estoy como en *mi* elemento ¡absolutamente sorprendente! Esta naturaleza me resulta afín.» Y el 11 de julio: «... aquí sigo tan enfermo como en cualquier parte; en total ya he estado 8 días en cama. ¡Esta es la letanía, para mi fastidio y para el vuestro! A pesar de ello —St. Moritz es lo justo, se adecua mucho a mi sensibilidad y a mis órganos de los sentidos (¡ojos!), y resulta apropiado para pacientes. El aire, casi mejor todavía que el de Sorrento...» Un día más tarde, el 12 de julio, escribe a Köselitz de modo parecido: «Entretanto he encontrado mi tipo de naturaleza, de modo que sólo ahora me doy cuenta de lo que echaba de menos desde hace años y hasta qué punto lo necesitaba.» Y a mitad de julio, a la madre: «St. Moritz está más alto que Rigi-Kulm, donde estuviste... bosques, lagos, las mejores rutas de paseo, tal como necesita un casi-ciego como yo, y el aire más confortante —el mejor de Europa—, todo esto me hace agradable el lugar.» El más hermoso recuerdo lo dedica, sin embargo, al paisaje hacia el final de «El caminante y su sombra» (aforismo 338): «Doblez de la naturaleza. En algunos lugares naturales nos volvemos a encontrar a nosotros mismos con agradable espanto; es la más hermosa doblez. Qué feliz ha de sentirse quien tiene esa sensación precisamente aquí, en este consistente y soleado aire de octubre, en este travieso y feliz juego del viento desde por la mañana hasta por la tarde, en esta claridad, la más pura, y en este frescor, el más suave, en el carácter total, delicadamente grave, de las colinas, lagos y bosques de esta altiplanicie que, sin miedo, se ha colocado junto a los horrores de las nieves perpetuas, aquí, donde Italia y Finlandia han llegado a unirse y donde parece estar la patria de todos los plateados tonos de color de la

* Goethe, Fausto I, v. 1050.
** Wiesen, 8 de junio.

naturaleza: —qué feliz aquel que puede decir: 'hay quizá muchas cosas mayores y más bellas en la naturaleza, pero *esto* me resulta íntimo y familiar, consanguíneo, ¡más todavía, incluso!»

Pero también de ello llega a hastiarse pronto. «Estoy tan harto de los muchos paseos..., mis ojos quieren oscurecerse; y después, mucha lectura en voz alta para no meditar de continuo —mi única ocupación, aparte de mis eternos dolores. No *puedo* leer, no *puedo* tratar con personas, conozco de memoria la naturaleza, no me atrae. El aire es, sin embargo, sumamente bueno, me horroriza dejarlo ... 'en ninguna parte siento un alivio semejante a este que me produce aquí el aire, incluso en medio de los mayores dolores'.» (El 29 de agosto a su madre.) Tampoco los dolores de cabeza amainaron en estos meses, y, a pesar de sus encomios de St. Moritz, seguramente le surgen dudas sobre la bondad de su elección, puesto que a comienzos de agosto hace un intento de trasladarse a la baja Engadina, que falla lastimosamente, debido a ataques tremendos de dolor, y que vuelve a abandonar ya a los tres días. Nietzsche se aferra a la alta Engadina como a *su* paisaje, pero no porque allí padeciera menos accesos de dolor, sino porque tenía el sentimiento de que allí los soportaba más fácilmente y los superaba mejor.

Hastío de la soledad

Sin embargo la Engadina sólo significaba el hallazgo de un refugio estival, puesto que en aquella época casi nadie pensaba en permanecer todo el año, ni siquiera en hacerlo durante el invierno. No existía todavía el ferrocarril de Albula ni accesos invernales seguros a través de los pasos nevados y peligrosos por los aludes. Y quedarse con los duros y sobrios habitantes del lugar, en aquel valle alpino, frecuentemente aislado durante largo tiempo del mundo, era demasiado, incluso para Nietzsche, por lo que respecta a la soledad. Ya durante su estancia veraniega, en la que, con seguridad, encontraba turistas, y entre ellos a personas conocidas de Basilea, a lo largo de los cómodos caminos escogidos por él para pasear, le resulta difícil la separación de los amigos o de las personas allegadas a él por la razón que fuera. Por ello imploró literalmente a Overbeck que lo visitara; y el amigo llegó el 19 de agosto para pasar tres días, a pesar de que el viaje le resultaba fatigoso y apenas se lo podía permitir por razones económicas. El 11 de julio había escrito Nietzsche: «Me gustaría que proyectaras para el otoño una excursión a St. Moritz junto con tu querida esposa ... No quiero prometer mucho, puesto que, como he dicho, es demasiado personal mi gusto por el lugar»; pero el 19 de julio Overbeck tiene que rehusar con pena: «Si ambos no te visitamos en estas vacaciones, eso no tiene nada que ver con una «aversión» (ésa era la sospecha de Nietzsche) hacia St. Moritz... Incluso sin ti, casi nada nos gustaría tanto

para las vacaciones, en tal caso, que una visita a St. Moritz. Pero no puede llevarse a cabo, y únicamente a causa de las lastimosas finanzas, ... que nos atan este año el terruño con cadenas cortas y no por desgracia doradas. Si de algún modo me fuera posible, sin embargo, iría a verte al menos uno o dos días. Tengo los más sentidos deseos de volverte a ver.» Nietzsche, así, hubo de resignarse, y contestó el 12 de agosto: «Ya me había dicho a mí mismo hace tiempo que no podía pensar en una visita tuya; consideré entonces los absurdos gastos y molestias del viaje en diligencia que son necesarios para llegar a este valle alpino condenadamente caro y totalmente invadido. A la vez pesa horriblemente sobre mí la pesadilla de la renuncia —renuncia en todos los sentidos, que he de imponerme—, y entonces pienso en ti aquí con agrado.» A pesar de ellos, y sorprendentemente, llegó el amigo. La alegría fue grande para Nietzsche, *demasiado* grande la excitación que ello le produjo, de modo que incluso durante la visita reaccionó a ella con uno de sus ataques. Overbeck, recordando, escribe el 27 de agosto: «Ultimamente te dejé en unas condiciones tales que me hacen requerir de nuevo, y con temor, noticias sobre ti. Por desgracia me vine con la certeza de que el día de la despedida fue malo... Sobre todo me mortificaba el pensar en el próximo invierno y en el hecho de que yo era incapaz de disipar las sombras que impiden tus decisiones al respecto. Sólo puedo volver a repetirte con apremio el consejo de que no confíes en ningún plan que te condene otra vez a una soledad duradera. He escrito a Köselitz, asimismo a Romundt, también a Rohde*, ... él pensaba en la posibilidad de un encuentro contigo en un lugar no muy distante de Ginebra, en cuyos alrededores se halla. Ya le hablé de la absoluta imposibilidad por tu parte de emprender un viaje que no sea totalmente inevitable... Tu hermana escribe hoy sobre la posibilidad de una estancia contigo en Riva durante el otoño... Sin embargo..., a causa de la sombra, yo consideraría que Merano es lo más oportuno.»

Planes para el otoño e invierno

Entretanto, había madurado un plan totalmente distinto para el invierno. Nietzsche continuaba apegado a la imagen del mundo de su antigüedad griega. Puede que el modo de vida de los «Siete sabios», el de Misón o el jardín de Epicuro, por ejemplo, con el que estaba muy familiarizado por sus trabajos sobre Diógenes Laercio, alimentara la idea de tomar a su cuidado en Naumburg, cerca de la vivienda materna, en el llamado

* Overbeck a Rohde[188]: «He tenido que dejar a Nietzsche en una situación realmente desconsoladora, sin poder ayudarlo. Lo que... más le preocupa por el momento es la falta de perspectivas en la que se halla para abandonar el próximo invierno su soledad, perniciosa ahora para él, bajo condiciones climáticas que le resulten soportables.»

«Zwinger», en la ancha muralla de la ciudad, una torre con un huerto. El 21 de julio hace a su madre este apremiante encargo: «Me comprometo formalmente a pagar durante seis años 17 táleros y medio anuales... Pero tengo que hacerme con la habitación de la torre. El cultivo de hortalizas corresponde totalmente a mis deseos y en absoluto resulta indigno de un futuro 'sabio'. Ya sabes que me inclino a un modo de vida sencillo y natural, y cada vez me convenzo más de que no existe otro remedio para mi salud. ¡Necesito un *trabajo* efectivo, que me ocupe tiempo y me produzca *cansancio* sin fatigar la cabeza!» Nietzsche piensa ir también el próximo verano, hasta mitad de septiembre más o menos, a la Engadina, y preguntaba: «¿Cómo se casa esto con las obligaciones de jardinero? ...Para el trabajo del huerto quedaría abril, mayo, la primera mitad de junio, y desde finales de septiembre hasta noviembre —a mi parecer estos son los meses de los trabajos más importantes.» Así pues, también los meses de invierno quedaban en blanco en el plan.

Como si se tratara de un hecho consumado, el 24 de julio escribe a su hermana: «Para la primavera o el otoño he planeado para mí un trabajo de jardinería (cultivo de hortalizas) en Naumburg. A partir de octubre comienza mi arriendo del Zwinger; el cuarto de la torre se va a arreglar para que me sirva de vivienda.» El mismo 24 de julio escribe a Overbeck también: «Para contar con algo firme sobre la tierra...» Así, pues, parece que Nietzsche no puede acostumbrarse a su total falta de patria, a pesar de que a fines de julio, en una carta a Paul Rée[12], ya se califica de «fugitivus errans». Busca un lugar seguro y cree volver a encontrarlo en la patria, en las cercanías de la madre, y precisamente en una vieja torre de las defensas de la ciudad, que proporciona seguridad y protección; quizá la torre sea inconscientemente aquí un símbolo del «medio», de aquel medio del que tanto habla ahora: *media vita* o expresiones análogas. Parece que le resulta muy significativo el encontrarse a la mitad de su vida.

Pero en esta torre de Naumburg sólo quiere vivir durante el otoño y la primavera; los planes para el invierno son muy diferentes. Nietzsche piensa en Berlín para poder estar allí con Paul Rée. Por este motivo, en septiembre le escribe a Stibbe, donde Rée, tras una cura infructuosa en Nassau, se ha retirado más enfermo que antes[12]. «Mi bestial sufrimiento, tal como lo siento ahora, hace que considere Sorrento y Bex como tiempos de 'paraíso relativo'. Si voy a Naumburg lo hago con la esperanza concreta de celebrar un nuevo encuentro con el amigo de cuya presencia he estado privado tanto tiempo (quizá un encuentro de un mes, viviendo puerta con puerta, en Berlín por ejemplo, el mes de enero).» Por otra parte también le atrae la Italia del norte, pero esto habría de ser probado primero. Quiere probar otra cosa todavía, de la que espera una mejoría para sus ojos, un nuevo invento: en una nota al margen de su carta del 14 de agosto a la hermana aparece esta pregunta[124]: «...¿Está en Zürich la máquina de escribir?» Necesita una ayuda así para escribir, que

le permita componer un manuscrito en limpio con «escritura de ciegos», puesto que también ha trabajado durante esos días tan numerosos en que tiene que soportar los ataques de su mal, y piensa seguir haciéndolo.

El 11 de septiembre escribe a Köselitz: «Querido, querido amigo: cuando lea estas líneas estará mi manuscrito en sus manos; que él mismo le exponga a usted su ruego, yo no tengo el ánimo para ello. Sin embargo ha de compartir conmigo unos instantes de felicidad que me produce ahora el pensar en mi obra ya acabada. Estoy al final de mi 35 años de vida; la 'mitad de la vida', se decía hace ya milenio y medio... Y estoy en la mitad de la vida 'rodeado por la muerte' de tal modo, que a cada hora puede atraparme... En este sentido creo parecerme al hombre más viejo; pero también porque he cumplido mi tarea vital... Lea, querido amigo, este último manuscrito hasta el final y pregúntese al hacerlo si pueden encontrarse huellas de sufrimiento o de presión en él; *no lo creo*, y ya esta creencia es un signo de que en estos puntos de vista ha de haber *fuerzas* ocultas que habrán de buscar mis simpatizantes, y no impotencia y cansancio... Yo mismo no iré adonde Usted está —a pesar de los vehementes consejos en este sentido de mi hermana y también de Overbeck; hay circunstancias en las que me parece más conveniente retirarse a la cercanía de la madre, de la patria y de los recuerdos de la niñez... El programa para este invierno es el siguiente: liberación de mí mismo, reposo de mis propios pensamientos— ... Quizá siga en Naumburg un plan diario que me depare esa tranquilidad. —Pero *primero* el 'Apéndice'. 'El caminante y su sombra'—»

A casa

El 17 de septiembre de 1879, tras una estancia de noventa días, Nietzsche deja St. Moritz y se reúne en Chur con su hermana, quien entretanto ha cambiado de St. Aubin a Tamins, cerca de Chur, donde cuida de la melancólica Meta v. Planta, más bien en el papel de acompañante, con la que permanece hasta marzo de 1880, a pesar de que parece no haberle resultado fácil siempre. Nietzsche la consuela desde Naumburg todavía a mitad de octubre[124]: «Con respecto a tu situación, no carente de interés, pero quizá no demasiado divertida (no la considero peligrosa en absoluto), creo que, por muy heterodoxo que resulte, si las dos os dedicarais a *hacer planes* en conjunto, también esas desagradables perturbaciones de ánimo se harían menos frecuentes: hay que orientar el futuro en cierta medida en lucha contra el pasado y saber anticipar en la fantasía las alegrías de una vida *agradable*, *que va aprendiendo*, *madurando*. Probablemente hable de cosas que ya practicas tú misma; pero se trata de los típicos consejos que llegan demasiado tarde. Quizá podrías instigar también a la pobre a vengarse de sus (supuestos) amigos por medio de atenciones y

amabilidades; los enfermos quieren mantener sus derechos y, en tales casos, tener también su venganza.»

Nietzsche planeó con todo detalle el encuentro de Chur como estación intermedia entre St. Moritz y Naumburg. El 15 de septiembre escribió a Tamins a su hermana: «... no soy capaz de pasar a tu lado, de camino a Naumburg, sin verte: primero quise hacerlo, por eludir así todos los movimientos del corazón. Finalmente: tomemos el asunto *más alegremente*... Así, pues: salgo el *miércoles* (pasado mañana) hacia Chur, donde llegaré hacia las 4 de la tarde. Espérame allí si es posible, por favor; sal tú antes en diligencia... vete al *Weisse Kreuz*, pregunta por la hospedera ...y elige dos habitaciones para nosotros; nos quedaremos allí el jueves y el viernes. El sábado, por la mañana temprano, partiré directamente (Rorschach-Lindau-Leipzig) para Naumburg.» Los hermanos pasaron los cuatro días paseando mucho por los alrededores de Chur; después, Elisabeth volvió a Tamins y Nietzsche cogió el tren el 20 de septiembre hacia Naumburg: iba a enfrentarse al invierno más turbio, a los días más negros, a un primero y terrible punto álgido de su dolencia.

Parece que en principio se produjo una mejoría de su estado, puesto que el 20 de septiembre escribe a su hermana: «... hoy no puedo quejarme de mi estado.» Y de modo parecido el 16 de octubre[124]: «Desde nuestro último encuentro y despedida mi enfermedad me ha tratado bastante benignamente, de modo que comienzo a pensar, con agradecimiento, en la cura de St. Moritz ... sufro de carencia de ideas y, en general, estoy satisfecho con mi dolencia.» Pero luego continúa: «Imagínate que ahora pude haber recibido la visita del Dr. Rée, y que la razón disuadió a la razón de estas esperadas alegrías; la decisión me resultó, *como amigo*, más agria y amarga», lo que ya había escrito el 29 de septiembre a Overbeck con la observación: «¡Perdón por estar algo orgulloso de ese grado de renuncia! Es necesario.» Y esto a pesar de que había deseado realmente de corazón la visita. La madre, que le «mima con hermosos alimentos, pequeños paseos y cuentos», como había escrito él a la hermana[124], incluyó también ese ferviente deseo del hijo en su programa de cuidados, y ya el 7 de septiembre escribía en este sentido a Paul Rée. Este le contestó a fines de septiembre[12]: «No necesito decirle, Señora mía, con cuánto placer acepto su espléndida propuesta. Le ruego por ello que sea tan amable de reservar para mí la vivienda amueblada.» Pero Nietzsche sabía lo mucho que había de guardarse de excitaciones. Esto se muestra también en la volubilidad de sus decisiones. Igual que habría de desdecirse todavía de su anulación de la visita de Rée, ya después de tres semanas le resultaba imposible la idea de la torre y del huerto. Si bien había escrito el 30 de septiembre a Köselitz al respecto:
«En estos proyectos de futuro entretejo también al querido amigo de Venecia en la tela de mi torre», ya el 10 de octubre escribe a la hermana: «Volveré a deshacerme, si es posible, del Zwinger», y el 24, a Overbeck:

«El Zwinger y la torre, ambos pintorescos y más grandes de lo que yo creía, han vuelto, sin embargo, a pasar de mis manos a otras; comprendí que mis ojos son demasiado débiles para el trabajo de horticultor y que el inclinarse no es nada apropiado para mi cabeza por desgracia; por desgracia, visto desde la cercanía inmediata, el cultivo de hortalizas se reveló como algo imposible... Lo *mejor* de toda la historia, la esperanza, lo tuve; y a esa alegría de la jardinería *in spe* pertenece también el mandil de jardinero *in spe:* por el que quiero dar las más cordiales gracias a tu amable esposa.» Efectivamente, Overbeck le había escrito el 13 de octubre; «Cuando hace poco en Zürich me puse el mandil de jardinero para llevar a cabo algún menester especial ..., a mi mujer se le ocurrió que tú también podrías necesitar unos cuantos... Te debían llegar para tu cumpleaños; le han ocupado tanto a mi mujer durante las últimas semanas... que has de hacerte perdonar en el caso de que ahora renuncies a los mandiles.»

El caminante y su sombra

Torre y huerto desaparecen de su correspondencia tan rauda como inesperadamente había surgido esa idea en julio. Es el jardín de la filosofía el que Nietzsche comienza ahora a cultivar por medio de una serie ininterrumpida de obras. Primero le ocupa la impresión de «El caminante y su sombra». El 30 de septiembre Nietzsche recibe «algo más de la mitad»[13] del manuscrito para la imprenta que Köselitz estaba pasando a limpio. A la vez que el agradecimiento por ello, Nietzsche envía a Venecia al fiel ayudante las últimas hojas del manuscrito que había compuesto todavía en la Engadina, y ya tres días más tarde, el 3 de octubre, Nietzsche tiene a limpio en sus manos esas hojas también. «No comprendo cómo ha podido hacer ese horrible trabajo en tan poco tiempo», escribe el 4 de octubre; el 5 de octubre confiesa a Köselitz respecto a su elaboración: «El manuscrito que recibió Usted desde St. Moritz se ha pagado tan caro y tan dificultosamente que quizá nadie lo hubiera escrito a ese precio. Me horrorizo a menudo ahora al leerlo a causa de los malos recuerdos, sobre todo en los apartados más largos. Excepto algunas pocas líneas, todo fue imaginado *de camino* y esbozado a lapicero en 6 pequeños cuadernos: el refundirlo casi siempre me sentó mal. He tenido que dejar unas 20 largas series de pensamientos, por desgracia muy esenciales, dado que nunca encontré tiempo suficiente para sacarlas de los horribles garabatos de lapicero, tal como ya me sucedió el verano pasado. Después pierdo de la memoria la concatenación de los pensamientos: y es que tengo que hurtar a un cerebro doliente... los minutos y los cuartos de hora de la 'energía del cerebro'. A veces me parece que no volveré a poder hacerlo. Leo su copia y me resulta tan difícil comprenderme a mí mismo —tan cansada está mi

cabeza.» Y el 5 de noviembre: «Ronda tan a menudo el error en este escrito; la causa es la brevedad, el maldito estilo telegráfico al que me obligan la cabeza y los ojos.» Esta es la respuesta de Nietzsche a las modificaciones, a veces realmente profundas, o propuestas de modificaciones, al menos, del texto, que lleva a cabo Köselitz y algunas de las cuales acepta Nietzsche; llamativa es, por ejemplo, la del aforismo 57, del que desaparece toda una parte ante las objeciones de Köselitz, y en este caso para ventaja del texto. También al hacer en noviembre la corrección de las pruebas de imprenta Köselitz se muestra como un colaborador agudo y no sólo como un lector o corrector. Es importante este repaso del modo de crear de Nietzsche, puesto que así se comprende la forma. Sólo en contra de su voluntad se inclina Nietzsche ante la necesidad de la forma corta del aforismo, y el inquieto mariposeo, a menudo tan desconcertante, de tema a tema, se muestra como una consecuencia de su único modo posible de trabajo: todo es algo cogido al vuelo mientras camina, son anotaciones de los diálogos que mantiene consigo mismo durante sus largos paseos solitarios. Por eso cambia continuamente tanto la escenificación interna como la exterior, cambian los «ob»-jetos.

El 5 de octubre comienza la correspondencia con el editor Schmeitzner, a quien el 18 de octubre entrega en Leipzig el manuscrito, que Schmeitzner vuelve a aceptar sin reparos a pesar del fracaso editorial del primer tomo de «Humano -demasiado humano-». El 22 de octubre Nietzsche puede anunciar a Köselitz: «Mañana estará en mis manos el primer pliego de pruebas.»

La impresión hubo de llevarse a cabo sin problemas, puesto que el 18 de diciembre de 1879 Nietzsche recibió los primeros ejemplares, y dos días más tarde, también los amigos, incluso Köselitz en Venecia. (Nietzsche había encargado a Schmeitzner que enviara ejemplares directamente a Franz e Ida Overbeck, a la Sra. Rothpletz, a la Sra. Baumgartner, a Paul Rée, Heinrich Romundt, Jacob Burckhardt, a la biblioteca de la Universidad de Basilea, al «consejero áulico» Heinze, a Gabriel Monod, Malwida v. Meysenburg, Karl Hillebrand, Erwin Rohde y a su hermana Elisabeth.)

La primera en reaccionar fue la Sra. Baumgartner[124]: «Mientras leía me resultaba como si Usted mismo estuviera otra vez hablándome con aquella vieja confianza, serena pero arrogante, y como si volviera a escuchar el agradable saludo, que yo oía con tanto gusto, cuando Usted subía la escalera: '¡Aquí estoy!'; y todo me resultó tan natural, tan claro y sencillo, como sólo es posible cuando se conoce y a la vez se ama una voz.» Para Nietzsche, a su vez, también estos tonos resultaban queridos y conocidos de antiguo, y, tan pronto como su situación se lo permitió, el 28 de diciembre, responde[124]: «El primer eco de mi envío a los amigos vino de Usted, querida Señora: con agradecimiento y bendiciéndola leí cada una de sus palabras. Mi estado es más horrible e inquietante que nunca. No comprendo cómo he sobrevivido a estas últimas cuatro semanas. Con el

envío de mis mejores deseos para el nuevo año, incluyendo en ellos las esperanzas de su querido hijo, quedo suyo F.N.»

Tras una interrupción exactamente de un año, llega también de Rohde, el 22 de diciembre, una carta larga y cordial: «Debería consolarte por todos tus tormentos; pero no puedo decir otra cosa que tus últimos libros, aun con toda la tranquilidad posible de ánimo, me producen un continuo tormento compartido: todo esto no rebosa de sí como si se tratara de una superabundancia del sentimiento vital —...se produce una profusa corriente de pensamientos de todo tipo, es verdad, pero rebosa tanta renuncia de todo tipo y sufrimiento personal, que al amigo que se deja llevar por ella le aflige el corazón... Como con ojos cerrados ves la riqueza toda del mundo y del impulso humano, concebida correctamente, pero sin que te sientas tú mismo empujado y arrastrado por ella, y esto duele al lector que te quiere... Pero, en verdad, alegrémonos juntos de que tus conversaciones con sombras te lleven tan por encima y tan lejos de todo lo personal... Lo que tú das como regalo a los pocos *lectores* de tu libro, apenas puedes tú mismo juzgarlo, puesto que tú vives en tu propio espíritu, y nosotros, los demás, *jamás* oímos estas voces, sino aquí, ni habladas, ni impresas; y así me sucede a mí ahora, igual que siempre que he estado en tu compañía: durante un tiempo soy elevado a un nivel más alto, como si fuera ennoblecido espiritualmente... El final de tu libro rompe a uno el alma; tienen y deben llegar todavía acordes más suaves tras esta desgarrada disarmonía... Adiós, mi querido amigo; tú eres siempre el donante, yo siempre el receptor; ¿qué podría yo darte y ser para ti? si no es tu *amigo*, que en todas las circunstancias sigue igual de adicto y deudo tuyo.» Nietzsche pasa por alto —o quizá precisamente por eso está más agradecido por la muestra de afecto personal— lo mucho que Rohde se distancia ya aquí del filósofo Nietzsche para salvar la amistad personal. En cualquier caso, el 28 de diciembre escribe a Rohde: «¡Gracias, caro amigo! Tu viejo amor, sellado de nuevo —éste fue el regalo más preciado en la noche del aguinaldo. Raras veces me encontré tan bien: usualmente el resultado personal de un libro para mí era que un amigo me *abandonaba* enfadado... Conozco perfectamente el sentimiento que produce la soledad falta de amigos, me ha emocionado totalmente el magnífico testimonio de tu fidelidad.»

Paul Rée da las gracias el 20 de diciembre*. Pero, por consideración al estado de Nietzsche, que mientras tanto ha empeorado rápidamente y mucho, escribe a su madre: «Sus noticias, Señora mía, sobre el estado de su Señor hijo me hubieran puesto todavía más triste si por casualidad en el mismo correo, para mi mayor sorpresa y alegría, no hubiera aparecido su Señor hijo mismo *in optima forma* como el más hermoso regalo de navidad... Parece que en los últimos tiempos nos han ocupado, de muchas

* Equivocadamente pone la fecha del 20. 11.

maneras, precisamente los mismos temas. Por lo demás me avergüenzo de que la 'conversación' ...haya sido llevada hasta ahora tan unilateralmente. Su Señor hijo ha hablado ya tres veces y yo todavía no he contestado», con lo que Rée se refiere a las tres publicaciones de Nietzsche «Humano -demasiado humano», las «Opiniones y dichos varios» y al recién aparecido «El caminante y su sombra», a todo lo cual opone sus propias dificultades y la subsiguiente demora de una nueva obra suya. Pero Rée ya se había introducido antes en las conversaciones de Naumburg, casi imperceptible, pero eficazmente: envió libros que la madre tenía que leer a Nietzsche a causa de sus ojos. Rée acompañó tal envío con una nota en la carta del 19 de octubre[12]: «Muchas cosas le resultarán seguramente conocidas. Especialmente hermoso es Lermontoff ('Un héroe de nuestro tiempo'), novela de un hombre 'moderno', 'superfluo'; lo que Macaulay dice sobre poesía y ciencia quizá sea más correcto que las opiniones de Schopenhauer, aunque no tan brillante*; Möser ('Fantasías patrióticas')... 'Lienhard y Gertrud' ('Un libro para el pueblo', de Joh. Heinr. Pestalozzi) aproximadamente el primer tercio. Ahora mismo estoy leyendo la Crítica de la razón pura (Kant), con el agradable sentimiento de que no necesito comprenderla.» Nietzsche da las gracias el 31 de octubre: «Mi madre... me ha leído Lermontoff; una situación muy extraña para mí, el snobismo de la Europa occidental, está descrito deliciosamente, con ingenuidad rusa y filosofía imberbe ¿no es verdad? Le agradezco, querido amigo, todo lo dicho, enviado y deseado.»

No se hace aquí otra referencia más importante para Nietzsche: Adalbert Stifter.

Gusto por los libros

Nietzsche sentía la necesidad de mostrarse agradecido de algún modo delicado con Köselitz por su trabajo, grande y esforzado, en el «Caminante», y así le pregunta el 22 de octubre: «¿Puedo enviarle algo que le guste —alimentos del espíritu o del cuerpo?»— Köselitz responde con franqueza al final de su larga carta del 2 de noviembre[13]: «...a lo que yo, agradecido por su intención, sólo me permito responder que quiero mostrarme complaciente con su amabilidad y con el honor que me dispensa, sin escrúpulos, pero sólo con la condición de que se trate de un recuerdo mínimo de la composición del manuscrito en este verano: —el que provenga de Usted, mi gran educador, eso habrá de constituir su valor... Sin embargo, se me ocurre, por fin, que Usted nombraba en su último libro el «Verano tardío», de Stifter, que yo no conozco. Bajo la condición de que ese libro no sea caro, lo recibiría con placer de sus amables

* Probablemente *Ensayos*, cuaderno 1 de la edición Reclam, con un trabajo sobre Milton.

manos.» El lugar del texto al que se refiere Köselitz se encuentra en el «Caminante» como aforismo 109: «Si se excluyen los escritos de Goethe, y sobre todo las conversaciones de Goethe con Eckermann, el mejor libro alemán que existe, ¿qué resta propiamente de la literatura alemana en prosa que mereciera volverse a leer repetidamente? Los Aforismos de Lichtenberg, el primer libro de la Historia de la vida de Jung-Stilling, el Verano tardío de Adalbert Stifter y la Gente de Seldwyla de Gottfried Keller, —y con eso se acaba de momento.»

Nietzsche accede inmediatamente al deseo de Köselitz y le contesta el 5 de noviembre: «Me resulta muy agradable oír que no conoce el 'Verano tardío'; le prometo algo puro y bueno. Yo mismo lo conozco desde hace poco; Rée me dijo una vez que en él se hallaba la historia de amor más hermosa que jamás había leído; me acordé de ello.» Así, pues, también aquí, tras el reciente conocimiento de un libro que, después de todo, había aparecido ya en 1857, está como insinuador Paul Rée. El mismo 5 de noviembre Nietzsche da la siguiente instrucción en una carta a la Sra. Ida Overbeck[124]: «Ruegue a mi amigo (Overbeck) que, por favor, tome de entre mis libros ('Köselitziana') el Verano tardío de Stifter y lo haga encuadernar en Memel* (tela verde, esquinas redondeadas); que dé asimismo a Memel la dirección del Sign. Köselitz (ha de enviar el libro a Venecia bien envuelto y franqueado)», a donde llega el 30 de noviembre, por lo que Köselitz da las gracias el 2 de diciembre: «Desde el domingo estoy... embebido en el maravilloso libro... Me encuentro ahora confuso y avergonzado por haber manifestado aquel deseo, ignorante de la extensión y del gran valor del libro, y no sé cómo podría reparar mi desconsideración. Sin embargo... por el momento no se me ocurre otra cosa que manifestarle... mi más cordial agradecimiento por este noble y elevado regalo, que, por citar ya un párrafo suyo... 'viene como aceite suave al corazón abierto'.» Si Nietzsche había introducido así a Köselitz en el mundo de Adalbert Stifter, Köselitz, por su parte, le informó entusiásticamente de sus lecturas de Tomás Moro. Nietzsche contesta a ello el 11 de diciembre: «Desconocida para mí la Utopía de Moro, Jacob Burckhardt me habló una vez con entusiasmo de ella, de que tiene perspectivas de futuro, mientras que el 'Príncipe', de Maquiavelo, *sólo* tiene la mirada puesta en el pasado y el presente.»

Pero no sólo le interesaba la literatura alemana contemporánea. El 14 de noviembre escribe a Overbeck: «Mi madre me ha leído a Gogol, Lermontoff, Bret Harte, M. Twain, E. A. Poe. Si no conoces todavía el último libro que ha aparecido de Twain 'Las aventuras de Tom Sawyer' sería para mí un placer hacerte con él un pequeño regalo.»

Precisamente por Overbeck y su mujer Ida Nietzsche conoció la literatura francesa del siglo XVIII. Ida Overbeck trabajaba en un libro,

* Encuadernador de Basilea.

«Personajes del siglo XVIII», que contenía traducciones de St. Beuve y Fontenelle, y que, gracias a la recomendación de Nietzsche, pudo aparecer en Schmeitzner el 17 de agosto de 1880[50].

El 23 de noviembre Overbeck había respondido al anuncio del regalo de Mark Twain: «...mi agradecimiento se produce algo tarde, mi tiempo está ahora realmente ocupado... a causa de los ojos de mi pobre esposa,... y por eso todas las noches le he leído en voz alta. Para ello será también muy bien recibido el Mark Twain que tú, tan bueno eres, me has destinado; ninguno de los dos lo conocemos. Bajo tales circunstancias la 'escritura' de mi mujer se ha estancado del todo. Estamos leyendo ahora 'Tierra virgen' de Turgeniew, un libro instructivo con respecto a lo sublimemente absurdo de los esfuerzos políticos radicales en la Rusia de hoy, y un libro lleno de sentimientos que tú deberías también hacer que se te leyera.» El prometido libro de Mark Twain llegó para las Navidades con la dedicatoria: «A su amigo Franz Overbeck (Para leerlo en voz alta durante las veladas falkensteinianas de los días de Navidad) Naumburg, diciembre 1879.»

Días malos en Naumburg

La carta de Overbeck contenía todavía una comunicación agradable para Nietzsche: «Ahora se me ocurre, todavía a tiempo... Saludos repetidos de Jac. Burckhardt.» Burckhardt seguía desde lejos, pero con ostensible simpatía, el destino de su infeliz y joven colega. Nietzsche necesitaba del influjo bienhechor de esa comprensión y lo recompensó con un respeto por Burckhardt que ya no había de perderse por nada. Fueron precisamente estas oportunas pruebas de simpatía, que le manifestaron en ese oscurísimo otoño e invierno los pocos amigos que él apreciaba, lo que dio a Nietzsche fuerza y valor para seguir caminando por el angosto puente que su estado físico le había dejado como único acceso para seguir viviendo. Ya el 14 de noviembre hubo de informar a Overbeck: «No me encuentro bien, los buenos influjos del verano van decayendo... Es una desgracia que este año el otoño en Naumburg haya resultado tan turbio y mojado»; y el 11 de diciembre tiene que confesar: «Desde las últimas noticias, siempre enfermo, los ataques horribles (con vómitos, etc.) muchos días en cama. ¡Si es posible dentro de dos semanas partiré para el sur (a Riva)! Sólo soporto la existencia del pasear, que aquí, con esta nieve y este frío, me resulta imposible.» Pero no puede viajar; incluso para la necesaria huida se encuentra ya demasiado débil; además, tal como en estas semanas y meses Köselitz ha de informarle repetidamente, en el norte de Italia hay un invierno duro, con nieve y frío tremendo, ¡Nietzsche está en una situación desesperada! Así es como llega el hundimiento con la debilidad de los días de Navidad de 1879. El 28 de diciembre

parece sentirse, por fin, algo mejor y emplea el buen día para escribir a todas partes y dar gracias. Así escribe a Overbeck: «la situación fue espantosa... Si no puedo salir a un aire mejor y más cálido sucederá lo peor.» Y a fines de enero resume sumariamente: «¡Oh, qué invierno éste! (El último año tuve 118 difíciles días de ataques.).» Igualmente, el 28 de diciembre informa a su hermana: «Son tiempos tan duros y terribles para mí como nunca... Jamás he observado el regular empeoramiento como en los últimos tres meses. El frío me resulta muy perjudicial. En cuanto pueda quiero encontrarme con Köselitz en Riva... Por desgracia tu receta resultó infructuosa, igual que la bolsa de hielo. Los baños de mostaza de pies los conozco perfectamente desde Sorrento, ¡inútiles!»

Voces amigas

Desde marzo la correspondencia con Malwida v. Meysenbug estaba interrumpida, pero la profunda cordialidad del mutuo entendimiento no había sufrido por ello. También a ella había hecho Nietzsche que le enviaran el «Caminante», a lo que ella contesta el 27 de diciembre: «Como un mensajero de salvación me llegó hace algunos días el 'Caminante y su sombra', puesto que me trajo por fin la nueva de que el amigo no sólo sigue caminando, sino que, en vivo intercambio con sus propios pensamientos, goza de aquella suerte única que no proporciona ninguna otra relación y que nos eleva a nosotros mismos por encima de los padecimientos, mientras éstos no nos lleven consigo. Gracias, el mejor paseante, por el bello obsequio cuyo goce me es deparado sólo lentamente, puesto que los enemigos ya conocidos me obligan, por desgracia, a la moderación en lo mejor que el hombre posee.» Nietzsche no puede responder a esta llamada tan rápidamente como a los demás amigos. Sólo el 14 de enero de 1880 le escribe: «Para Usted, mi querida y fraternalmente admirada amiga, el saludo de un viejo joven, que no guarda rencor a la vida aunque se vea obligado a desear su fin.»

El 12 de diciembre de 1879 Schmeitzner informaba a Köselitz de que también había enviado a Bayreuth su «Informe editorial», en el que venía anunciado el «Caminante y su sombra», y que de ello se había seguido un cierto acercamiento. Hay que suponer, por tanto, que Schmeitzner envió a Bayreuth el librito al que se refería el informe, y que el envío se hizo, si no con la aprobación de Nietzsche, sí al menos con su conocimiento*. Pero, como era el caso desde «Humano-demasiado humano», se guardó naturalmente silencio con respecto a Nietzsche. Pero el librito fue leído. En todo caso, Paul Rée pudo informar en su carta de finales de enero de 1880 a la madre de Nietzsche[12]: «Mi viaje, monótomo y melancólico por

* Comunicación epistolar de Montinari.

lo demás, fue embellecido poco antes de Berlín, por un conocimiento interesante:... un amigo de Stein. Este último está definitivamente, desde hace algunas semanas, en Wahnfried... manifestó su alegría por que su hijo de Usted vuelva a sentirse tan bien. Puesto que él conocía también el 'Caminante'.» Esta noticia proveniente del círculo de Bayreuth hubo de conmover a Nietzsche con alegría y orgullo, aunque a la vez con melancolía. Así hay que entender, por ejemplo, su queja en la carta del 14 de enero a Malwida: «¿Tiene buenas noticias con respecto a Wagner? Ya hace tres años que no sé nada de ellos: *ellos* han sido los que me han abandonado; yo sabía de antemano que Wagner me rechazaría desde el instante mismo en que se diera cuenta del abismo que media entre nuestros intereses. Me han informado de que ha escrito contra mí. Ojalá siga haciéndolo: ¡del modo que sea, la verdad ha de llegar a la luz! Pienso en un agradecimiento duradero hacia él, puesto que a él le debo algunos de los más fuertes impulsos hacia la independencia intelectual. La Sra. Wagner, como Usted sabe, es la Sra. más simpática que he encontrado en mi vida. Pero soy totalmente incapaz para cualquier clase de trato y, sobre todo, para una reanudación de las relaciones. Es demasiado tarde.»

Nietzsche tardaría mucho todavía en liberarse definitivamente. Continúa suscrito a las «Bayreuther Blätter», a las que desprecia a causa de su orientación y de sus colaboradores. El 29 de octubre de 1879 da instrucciones a Overbeck: «...deposita, como hasta hora, la pequeña suma para los fines de Bayreuth; no se me ocurre ninguna razón por la que habría de dejar de pagarla (aunque realmente desde el otoño de 1877 no he vuelto a leer ninguna de esas hojas).»

Pero también del otro lado sangraba y dolía igualmente la herida. Cuando el 9 de septiembre Josef Rubinstein, el pianista permanente en casa de Wagner, saca, en el círculo familiar, a Nietzsche como tema de conversación, Wagner entra en una gran excitación, que Cosima deshace hábilmente con una partida de whist. Pero ella misma no es menos excitable ante el recuerdo de Nietzsche. El 1 de octubre Wagner leía un escrito de Eduard v. Hagen. Cosima miraba también el texto y «vio en él la cita de Nietzsche y tuvo que admitir, con lágrimas, lo mucho que perdimos con él» Otro día vuelve ella a hablar de esa cita (¿del «Nacimiento de la tragedia» o de «Wagner en Bayreuth»?) y anota[258]: «Otra vez hay que sorprenderse de esa apostasía; creo que aquí se ha cometido el único pecado del que se dice que no puede expiarse: el pecado contra el Espíritu Santo. ¡No puede haber palabras tan conmovedoras como las de esta cita!»

El destino del amigo «descarriado» intranquiliza a Wagner. El 19 de octubre escribe a Overbeck[187]; en primer lugar agradece su felicitación de cumpleaños en mayo, y luego se disculpa por el gran retraso en contestarle, dando como motivo de su demora el que «sobre todo está causada por recuerdo de Nietzsche. ¿Cómo sería posible olvidar a ese amigo tan

grande, separado de mí? Siempre tuve la impresión de que en su encuentro conmigo fue dominado por una convulsión vital intelectual, y sólo pude sorprenderme de que esa convulsión pudiera producir en él un fuego espiritualmente tan brillante y cálido como el que de él surgía para asombro de todos; con auténtica decepción, sin embargo, del último rumbo que ha tomado su proceso vital interior he de conjeturar cuán fuerte y, en definitiva, insoportablemente, tuvo que agobiarlo aquella convulsión, así que tengo que conjeturar, finalmente también, que con un proceder psíquico tan violento no puede discutirse en absoluto de opiniones morales, y sólo queda guardar silencio emocionadamente. Pero me aflige tener que estar tan totalmente excluido de tomar parte en la vida y en las notas de Nietzsche. ¿Sería inmodesto por mi parte rogarle a Usted cordialmente que me hiciera llegar alguna noticia sobre nuestro amigo? En ocasiones, últimamente, he querido de verdad solicitar de Usted este favor». Y cuando una semana más tarde (el 26 de octubre) llega el informe «sobre el estado desconsolador de nuestro pobre amigo Nietzsche», Cosima se queja[285]: «¡Y no sólo no poder hacer nada, sino no deber tampoco!»

Se vuelve a leer (el 20 de noviembre) la «Exhortación a los alemanes» de 1873, de Nietzsche, y Cosima informa al respecto: «...su excesivamente tucidideseo comienzo no gusta a Wagner, pero él está de acuerdo con mi admiración del conjunto»; y el 29 de noviembre Wagner defiende el «Nacimiento de la tragedia», de Nietzsche, frente a los «necios» ataques en la «Teoría del drama alemán», de Karl Ritter. A fines de diciembre Wagner toma en sus manos (quizá introducido por Hans v. Wolzogen) «El caminante y su sombra», de Nietzsche. El 27 y 28 de diciembre lee a Cosima «algo del nuevo libro del pobre Nietzsche», «y se le ocurrió la expresión de E. Schuré: *nihilisme écoeurant* (= repugnante nihilismo). '¡No tener otra cosa que mofa para una figura tan elevada y simpática como la de Cristo!', exclamó Richard enfadado. Sigue hoy con ello y lee algo más (por ejemplo sobre 'Fausto') que resulta horrible.» Puesto que en el «Caminante» sólo se encuentran en dos aforismos (42, 168) consideraciones sobre «Fausto», o bien Wagner recurrió también a otros textos anteriores, o lo «horrible» se refiere a otra cosa.

El «Fausto», de Goethe, pertenecía para Wagner a los «libros sagrados», una de las pocas obras de la literatura alemana que él colocaba al lado de Shakespeare. El trato tan sucio que hace Nietzsche aquí de la figura de Fausto hubo de herir a Wagner en lo más profundo del alma.

Sin embargo, ese enero de 1880 deparó a Nietzsche *una* alegría en la que ya no hubiera ni pensado: su amigo más próximo entonces, Paul Rée, fue a visitarlo durante una semana escasa, del 14 ó 15 hasta el 20 de enero. Nietzsche seguramente había ya superado en algo el punto más bajo de su estado físico, puesto que Rée escribe a la hermana de Nietzsche sobre sus impresiones de Naumburg[12]: «El estado de su hermano no ha

empeorado, y esto, según me parece, es de importancia suma, dado el carácter de su dolencia. Si existiera algún mal, el que fuera, que atacara al cerebro mismo, después de tanto tiempo, ya habría entrado en crisis. La estabilidad de su estado, por más tremendamente triste que resulte por el momento, nos permite abrigar esperanzas para el futuro.»

A Rée únicamente no le convence la dieta especial que sigue Nietzsche, y considera que para la recuperación sería necesaria una alimentación más fuerte. Incluso había escrito a la madre[12]: «Su hijo debería comer diariamente un beefsteak crudo, por lo menos. ¡Perdón!, ¡perdón!» Pero en esto chocó con la misma incomprensible obstinación, tanto en la madre como en el hijo.

Por fin Nietzsche puede alejarse del tormento, insoportable para él, del nebuloso norte. El 10 de febrero de 1880 abandona Naumburg y, como si se tratara de un polo magnético, se deja atraer por la Alta Italia y, más allá de ella, por la Riviera francesa.

Capítulo 2
NUEVO ASIENTO

(Del «Caminante» hasta la «Gaya ciencia»; enero de 1880 a la primavera de 1882)

No existen datos que revelen los detalles del decisivo viaje de Nietzsche al sur. El 13 de febrero de 1880 lleva ya dos días en Bozen y el 14 escribe a su hermana, que en aquel momento se encuentra de visita en casa de la familia Rohr, en Basilea: «Llegué ayer a Riva. En Bozen, 2 días enfermo en cama. Hoy turbio. Vivo en un jardín de siemprevivas que llega hasta el lago, fuera de la ciudad. Dir.: Hôtel du Lac. Riva. Tirol sur.»

Patria adoptiva entre la montaña y el mar

Nietzsche probablemente viajó por Leipzig-Munich-Innsbruck, y luego en el ferrocarril, inaugurado en 1867, que cruza el Brenner, el paso más bajo de los Alpes orientales. La agitación del viaje se manifiesta, como siempre, en un ataque de dos días, que ha de soportar en Bozen, para alcanzar por fin, el 13 de febrero, la meta en la que desde hacía meses tenía puestas sus miras: Riva, en el extremo superior del lago de Garda. Con ello entró en el espacio climático y cultural que desde entonces había de convertirse en su espacio vital, preciso y delimitado, para el resto de sus años cuerdos: los valles alpinos del mediodía (Tirol, Engadina), y los territorios prealpinos del sur, hasta la Riviera, por el oeste, y hasta el Adriático (Venecia), por el este. Los componentes dominantes de ese espacio son el mar y la montaña. En las notas de aquellos años se encuentra esta frase[1]: «¡Ya no quiero conocimiento alguno sin peligro:

que siempre esté en torno al investigador el pérfido mar o la despiadada montaña!» Nietzsche, por tanto, no es un proscrito, rodando de una parte a otra sin plan y sin meta, un «fugitivus errans», hasta el punto en el que se gusta ver en su propia heroización. Aunque con ello consigue una gran libertad de movimiento, la pone en práctica dentro sólo de un espacio nítidamente delimitado y fácilmente supervisable y a un ritmo que depende, casi tozudamente, de las estaciones del año. Los pocos intentos de romper esta limitación, exigida por las circunstancias, pero libremente elegida, planes de trasladarse a México, por ejemplo, o a Túnez, o a Cerdeña, Sicilia, sur de Italia, o al norte, fracasan todos, bien ya en el mismo estadio de planificación, o tras cortas pruebas decepcionantes. Las pocas visitas a Naumburg o Leipzig son apenas algo más que viajes de «negocios» o de obligación, calificados de pequeñas excursiones, y sentidos como viajes al extranjero desde el nuevo asiento conseguido.

Dietética del ánimo

Exactamente esa misma delimitación la sigue Nietzsche en el trato con las personas. Es verdad que se da el caso de algunos amigos o de admiradores transitorios que lo abandonan, pero habría que preguntar cuánto en ello no es reacción a la inclinación del propio Nietzsche, manifestada públicamente por él y perceptible para todos, a la soledad y al encerramiento, y, por tanto, cuánto en ello no es responsabilidad de él mismo. En sus notas encontramos[1]: «Soy un apasionado de la independencia, a ella lo sacrifico todo —quizá porque yo tenga el alma más dependiente y me atormenten más las más delgadas cuerdas que a otros las cadenas» y: «Me dejo llevar por mi inclinación a la soledad, no puedo hacer otra cosa: 'aunque no tendría necesidad de ello —como dice la gente. Pero *tengo* necesidad de ello'. Me destierro a mí mismo.»

Las cartas de los siguientes dos años se dirigen casi exclusivamente a su madre y a su hermana, a Heinrich Köselitz y a Franz e Ida Overbeck. A ello hay que añadir la ineludible correspondencia con Schmeitzner y unas pocas cartas —como excepción— a Malwida von Meysenbug, Erwin Rohde y al viejo amigo de escuela Gustav Krug. Además, la escasa pero cordial correspondencia con Paul Rée, con la que mantiene esa única amistad filosófica genuina. Todavía no pueden imaginarse ambos amigos qué materia de conflicto encierra en sí su amistad y de qué modo tan trágico se va a llevar a cabo la separación, necesaria para los dos y qué cercana está.

En el esfuerzo por eludir encuentros o experiencias excitantes, se asegura Nietzsche de no encontrar a los Wagner casualmente en alguna parte de Italia. Esa es su preocupada pregunta a la hermana, ya el 6 de julio de 1879, mientras hacía planes todavía para pasar en Italia el invierno siguiente. Llama la atención la exactitud con que Nietzsche

parece conocer en una época tan temprana (¡julio!) los planes de Bayreuth para el invierno, sobre los que debía reinar todavía una total inseguridad, dado el estado de salud de Wagner, ya muy deteriorado, sus obligaciones en Bayreuth y sobre todo su trabajo en «Parsifal». A pesar de que no podía conocerse nada con tanta anticipación, los caminos después no se cruzarían: habían sido elegidos y fueron recorridos en exceso diferentemente como para que ello sucediera.

Nietzsche trazó en torno a sí, tranquilo y retirado, el círculo de su filosofía; el viaje de Wagner se llevó a cabo con toda publicidad y con gran pompa. Por una parte, Wagner veía ahora financieramente salvada su obra de Bayreuth y contaba con poder repetir el festival en el verano de 1880, y, por otra, le agobiaba anímicamente el «cielo invernal de Bayreuth, permanentemente gris», además de que físicamente sufrió un fuerte ataque de erisipela facial. Por ello, pareció aconsejable una estancia invernal en Italia. El 31 de diciembre de 1879 partió toda la familia para Nápoles, a donde llegó el 4 de enero. Para el viaje, el rey Luis II puso a su disposición un coche-salón, y como residencia la Sra. Cosima había alquilado la villa d'Angri, arriba, en el Posilippo. La magnífica panorámica que se divisaba desde allí arrancó de Wagner esta sentencia: «Nápoles es mi ciudad, que el diablo se lleve las ruinas. Aquí vive todo.» Wagner trabajaba en la partitura del «Parsifal» y escribía artículos para las «Bayreuther Blätter». Con ellos estaba también el joven escritor Heinrich von Stein, quien hacía de tutor de Siegfried. Vecino suyo era el pintor ruso Paul von Joukowsky, quien presentó bocetos para la escenificación del «Parsifal». También fue de visita el pintor Arnold Böcklin, pero rechazó el hacer los telones para «Parsifal». El pianista Josef Rubinstein deleitaba a la concurrencia con sus interpretaciones de las últimas sonatas para piano de Beethoven. Durante las salidas se visitaron también los jardines del Palazzo Rufolo, en Ravallo, donde Wagner encontró el modelo para el jardín encantado de Klingsor. Todo el mundo en Italia sabía que Wagner estaba en Nápoles, y cuando el 3 de abril de 1880 fue representado con el mayor éxito en Roma el «Lohengrin», de toda la nación llegaron telegramas de felicitación a la Villa d'Angri. Pero con los calores del verano aparecieron en Wagner molestias de corazón. La familia entera, con Joukowsky, se dirigió más al norte y permaneció dos meses en la villa «Torre Fiorentine», en Siena. Franz Liszt fue de visita, como en los viejos tiempos. Tocó mucho al piano, Beethoven, Chopin y composiciones propias. Pero volvió a marcharse rápidamente, en silencio, como había llegado. Finalmente llegó también para Wagner la hora del regreso. Pasando por Venecia, a la que él amaba, se dirigió el 30 de octubre al invierno bávaro, de vuelta a la patria[39].

Así, pues, sólo Venecia deparó el peligro de un encuentro. Pero Nietzsche permaneció allí durante la primavera, en el verano se fue hacia el norte, y cuando en octubre volvió a dirigirse al sur, eligió Génova.

Todo este cuidado y limitaciones, sin embargo, no eran ni un fin absoluto en sí, ni estaban orientados sólo a evitar los accesos de su dolencia de cabeza. Guardaban relación con la economía de la existencia *entera*, en la que la obra exigía el primer plano de importancia y consumía la mayor parte de la fuerza. Nietzsche repite de continuo su «pasión por el conocimiento»: no sólo medita los problemas; el filosofar no es para él únicamente un proceso de pensamiento, sino que *vive*, es decir, *sufre* los problemas; de ahí procede la peculiar explosividad de su aportación a la filosofía. Precisamente en «Aurora», que está surgiendo ahora, habla repetidas veces de esa pasión por el conocimiento. Pero no sólo los problemas vistos por él mismo lo conmueven de ese modo. «Así, leo a los pensadores y canto sus melodías: sé que tras todas las frías palabras se mueve un alma anhelante; les oigo cantar, puesto que mi propia alma canta cuando está conmovida», anota[1]. Intenta poner diques a un posible desbordamiento de esa pasión, pero: «Puedo formular mi asunto sonora, fuerte y arrebatadoramente, tal como yo lo siento —pero después quedo medio muerto y doliente, y lleno también de disgusto por los excesos, las manifestaciones, etc.»

Ya en Riva Nietzsche comenzó con estas anotaciones que llevarían finalmente a «Aurora». Fue una gran ayuda y alivio para él el que diez días más tarde, el 22 de febrero, llegara Köselitz a Riva, a quien podía dictar ahora y quien le leía también en voz alta, puesto que nunca había devorado como ahora, en una especie de hambre literaria voraz, libro tras libro de autores contemporáneos, entre ellos, sorprendentemente, muchos franceses, y publicaciones del ámbito de la filosofía mecánico-materialista.

Intento de una amistosa comunidad a dos: con Köselitz en Riva y Venecia

Köselitz vivía en Venecia en condiciones extremadamente humildes, incluso de auténtica estrechez. La casa paterna de Annaberg le enviaba poco dinero —él habla de que disponía de 100 francos al mes—, y como músico creador apenas si llegó a ganar algo de dinero. Paul Rée fue quien le posibilitó, de modo delicado, casi refinadamente, su estancia con Nietzsche, ayudando a ambos con esto. Köselitz por aquellos años estaba ligado amorosamente con una austriaca, Cäcilie Guselbauer, que estaba empleada en el «Sandwien», en Venecia. Él la escribe el 27 de enero de 1880[12]: «Ayer por la mañana llegó el cartero y me trajo una nota con el anuncio de que en correos había un pagaré de 250 francos... A mediodía, pues, voy a correos y he de leer que... el Dr. Rée me envía esa suma, con la observación de que Nietzsche quiera... quizá ir a Riva, pero que saberlo solo allí le resulta horrible; que por eso se permite enviarme... una pequeña suma para el viaje hasta allí, etc. Se trata de un asunto delicado, y a pesar de que el Dr. Rée pretende hacerlo olvidar con palabras hermosas,

va a resultar difícil comportarse con cierta dignidad frente a lo chocante del asunto.» Finalmente parece que aceptó el dinero, del que pudo hacer buen uso en Riva.

Con seguridad, ambos —Nietzsche y Köselitz— se habían alegrado por este encuentro tras dos años de separación física, y, al menos para Köselitz, ello conllevaba la idea de tener cerca de sí permanentemente al «maestro» y pedagogo. Ello acrecentaría el trabajo en común y, sobre todo, lo facilitaría. Köselitz sabía demasiado bien lo deseable, e incluso lo necesario, que ello resultaba para Nietzsche, dados sus problemas de visión; pero había menospreciado en mucho, a pesar de toda la reserva de Nietzsche, la carga que eso suponía para él mismo. En todo caso, ambos resistieron juntos cuatro meses largos, primero tres semanas en Riva, después en Venecia, a donde se habían mudado juntos el 13 de marzo, y de donde Nietzsche partió el 29 de junio para hacer finalmente un nuevo intento con el verano en el norte, esta vez en Marienbad, en el Böhmerwald. Ya sólo la expresión «wald» (bosque) atraía siempre a Nietzsche; auguraba sombras bienhechoras para sus ojos.

Recordando aquellos meses Köselitz escribía a su amiga el 24 de junio[54]: «Nietzsche no es, por ejemplo, un intelectual frío, sino una de las personas más cordiales, es sabio además y ha dado a su razón toda la formación imaginable. Por encima de la disposición totalmente hostil que a menudo, cuando repaso mi día, siento contra él, en interés de mis propios trabajos, y que he de sentir casi inevitablemente, sé exactamente que he de estarle agradecido y que no puedo culparle de nada, puesto que no tiene conocimiento de mis tribulaciones y está casi en su derecho de suponer que mi vida sea exactamente igual de idílica que la suya.» Köselitz había de sufrir todavía largo tiempo a causa de esta escisión, como muestra una carta posterior, del 2 de diciembre de 1889, a su amigo Paul Heinrich Widemann[54]: «A menudo Nietzsche manifestó su deseo de tenerme allí (en Génova). Pero yo nunca pude aceptar plenamente; su proximidad me absorbía demasiado. En todos estos años yo le presté más servicios prácticos que cualquiera de sus amigos. Para mí lo mejor hubiera sido estar juntos uno o dos meses al año —pero luego volver a vivir separados—. Si hubiera podido dividirme, con una parte hubiera estado siempre en torno a él... ¡Hubiera sido hermoso que nos hubiéramos dividido los dos en la compañía de Nietzsche: una vez tú, otra yo, por algún tiempo, con él...!»

Tan agobiantes, como hacen suponer estas manifestaciones, no fueron, sin embargo, las pretensiones de Nietzsche. El 2 de abril de 1880 informa al respecto a sus parientes de Naumburg: «Köselitz me lee en voz alta, viene a las dos y cuarto y por la tarde a las siete y media, cada vez pasa una hora hasta una y media»; y a Overbeck (11 de abril del 80): «Köselitz manifiesta que tiene mucho que hacer, sólo nos vemos por la tarde, él lee a Stifter en voz alta.»

Así pues, no era tanto la exigencia de tiempo lo que oprimía a Köselitz. Cuando, en los tiempos de la separación física, tenía que descifrar los manuscritos, componer otros aptos para la imprenta y leer después las pruebas y mantener todavía una correspondencia, el esfuerzo, por lo que se refiere puramente al trabajo, no era ciertamente menor y la tarea resultaba incluso más difícil en ocasiones. Era más bien la presencia de Nietzsche, su personalidad apasionada y la problemática vivida por él, lo que exigía de Köselitz la dedicación total de sus fuerzas físicas intelectuales. Cuando en este febrero de 1880 volvió a encontrarse con Nietzsche, se encontró frente a un filósofo maduro, cambiado, conmovido y zarandeado por profundas experiencias. Es verdad que el destino de Köselitz tampoco era fácil, y que, igualmente, no podía ir viviendo con sosiego, pero a él no le fueron deparadas tales conmociones como las que tuvo que soportar Nietzsche.

Por los últimos trabajos de Nietzsche y por la correspondencia, Köselitz ya estaba preparado para determinados cambios y mutaciones de la temática filosófica. Pero no para esta transformación profunda y acrecentamiento de las vivencias filosóficas, unidas a una abstinencia ascético-monacal de cualquier excitación no deseada. Ya nos hemos referido (tomo 1, pág. 814) a cuán desprevenido estaba todavía por esa época en lo referente al distanciamiento necesario y consecuente de Nietzsche de la música de Wagner, sobre todo del «Crepúsculo de los dioses». A cambio se le asignó la tarea de introducir a Nietzsche en el mundo musical de Chopin, en la atmósfera íntima del salón parisiense. También esto lo llevó hasta un límite: hasta el límite de su capacidad pianística.

Nietzsche sacó las más duras consecuencias de su encontronazo físico con la navidad cristiana en Naumburg. Sus ataques en el primer libro de «Aurora» al cristianismo paulino no desmerecen en nada en vehemencia del posterior «Anticristo». Con ello desapareció también la base para la creencia en una ordenación ética del mundo, en especial porque la crítica de Nietzsche también excluye totalmente un posible anclaje platónico de los juicios morales sobre datos trascendentes, como la «idea del bien» por ejemplo. Citemos sólo el aforismo 210 de «Aurora», entre las muchas formulaciones que persiguen la misma meta: «Uno ha reflexionado y constatado, por fin, que no hay nada bueno, nada hermoso, nada elevado, ni nada malo en sí mismo, sino estados anímicos en los que caracterizamos las cosas fuera y dentro de nosotros con tales palabras. Hemos vuelto a derogar los predicados de las cosas, o al menos a acordarnos de que se los hemos atribuido: «cuidemos de no perder, al reconocerlo, la capacidad de atribuir, y de no volvernos más ricos y más avaros al mismo tiempo.» En Nietzsche, así, todos los juicios morales y estéticos se revelan alguna vez como prejuicios humanos surgidos más o menos razonablemente, cuya «santidad» sólo consiste en que ya no se conoce su origen.

Todo esto no podía por menos de impresionar a un hombre vivaz

como Köselitz. Compartía estos juicios sin haber experimentado sus razones o al menos aquello que los había dado forma. Y soportaba todo esto él solo, puesto que, aparte de su trato personal con él, Nietzsche mantenía sólo una correspondencia muy limitada, que únicamente manifestaba un poco de aquello que realmente, es decir filosóficamente, le preocupaba. Solamente un año después, tras la aparición del libro, Nietzsche se dio cuenta de que exigía demasiado a su admirador. Así, el 21 de julio de 1881, escribió desde Sils-Maria a Köselitz: «Me di cuenta, querido amigo, de que la disputa que se da en mi libro con el cristianismo le tiene que resultar extraña e incluso penosa», y continúa, sosegante: «pero se trata, sin embargo, del mejor ejemplo de vida ideal que yo he conocido realmente: desde la niñez vengo siguiendo sus huellas por muchos recovecos, y creo que *nunca* en mi corazón he sido vil con respecto a él. ¡No en vano soy el vástago de generaciones enteras de clérigos cristianos!» Pero con ello Nietzsche evidencia su propio conflicto, que en su libro siguiente, la «Gaya ciencia», en el aforismo «El hombre loco», habría de descargar del modo más sorprendente.

Frente a la vehemente afloración de su potencia espiritual, que exigía demasiado de las posibilidades intelectuales de su compañero, estaba además la lamentable situación física de Nietzsche. Köselitz era lo suficientemente sensible como para sufrir humanamente ante la imagen que le ofrecía su querido y admirado maestro. En esto no ayudaban nada todas las sentencias de Nietzsche contra la compasión. ¿Las expresó tan a menudo y tan fuertemente, quizá, porque pensaba ayudar con ello a Köselitz? Por otra parte, él mismo manifestó esta compasión, tan mal considerada por él, a su amigo Paul Rée. Este había perdido a comienzos de mayo a su hermana adoptiva, de 27 años; había muerto durante el nacimiento de su tercer hijo. Rée confesó el 17 de junio a la madre de Nietzsche[12]: «Ninguno de nosotros puede hacerse cargo todavía de la pérdida, y mi madre y yo —los miembros nerviosos de la familia— estamos además físicamente muy mal.» Nietzsche había escrito el 28 de mayo a Rée[12]: «... que precisamente a Usted se le abran tales heridas». A Usted, a quien yo... deseo un sol pacífico y regularmente cálido, desde la mañana hasta la tarde de la vida, para que toda su abundancia de frutas nobles madure y llegue a su sazón sin violencias ni acritudes.» En este ejemplo puede verse claramente cómo parece haber entendido Nietzsche, y llevado a cabo él mismo, su ataque contra la compasión: sí un fino sentimiento compartido, pero no un lamento, y manifestado sin insistencia. Desea al amigo protección contra un destino parecido al suyo, para que, a causa de experiencias difíciles, no se le estropeen también a él, se le vuelvan desagradables y agrios, los más nobles frutos del pensamiento. ¡Se trata de una confesión inquietante!

A pesar de que Nietzsche hace la loa de las ventajas del lugar, su estancia en Riva volvió a no sentarle bien. El 14 de febrero de 1880 escribe a la madre[124]: «El tiempo turbio hasta ahora, hoy lluvia. Jardín. El

camino de rocas responde a lo que yo esperaba. Sigo mal. Envía inmediatamente, por favor, el sobretodo delgado, los pantalones grises y un pijama. Quédate con el cobertor caliente. ¡Muy buena calefacción...! Recuerdo agradecidamente tus cuidados, mi buena madre!» ¡Qué diferencia de tono y de contenido con las cartas que dirigía a Rée, a Köselitz! Dos semanas más tarde, el 4 de marzo, escribe a la hermana a Basilea[124]: «Acabo de superar algo (4 días malos tras de mí) y estoy de mejor humor. Da las gracias en mi nombre al amable Overbeck. Se vuelve difícil el escribir... Köselitz está conmigo. Hay aquí bellos bosques de olivos y sombras, tantos como deseo.» Al día siguiente escribe a la madre con palabras casi idénticas[124]. A pesar de la sombra bienhechora tiene que comunicar el 13 de marzo a Overbeck: «...mañana nos marchamos a Venecia. Estoy muy descontento, mi estado ha empeorado en las tres semanas, y los dolores han aumentado y resultan muy penosos. Ahora, pues, el ensayo tan sopesado con Venecia, contra el que no puedo vencer los reparos»; a lo que contesta Overbeck el 27 de marzo: «Tú última tarjeta fue para mí una sorpresa, dado que había supuesto que ya no pensabas en Venecia. Sólo deseo que las primeras noticias desde allí tengan un tono algo diferente a las últimas desde Riva, pero estoy preocupado. Hace poco me ha dicho Burckhardt, con ocasión de haber vuelto a preguntarme por ti, que la primavera, de una belleza tan especial entre nosotros, en la Italia del norte es muy dura. Lo que más me tranquiliza es saber a Köselitz a tu lado.»

El mismo día —las cartas debieron cruzarse— Nietzsche anuncia a su amigo: «Hoy me instalaré en un alojamiento que yo mismo he encontrado, situado no en las estrechas lagunas, de acuerdo con mis necesidades, sino en terreno libre, como a la orilla del mar, con vistas a la isla de los Muertos. Venecia tiene el mejor empedrado de calles, y posee sombras como si fuera un bosque. Sin polvo. El tiempo, claro. También el Lido se ha legitimado.» Ese mismo día 27 de marzo escribe a su hermana, que mientras tanto ha regresado a Naumburg, respecto a su nueva vivienda: «Mi habitación tiene 22 pies de altura, 22 pies de anchura y 22 pies de longitud, con bello mármol, una escalera fastuosa lleva arriba; junto con ello, la miseria más extraña. Es mi hallazgo.» El 2 de abril informa todavía: «...es el primer día de lluvia en Venecia y me resiento algo, pero, en general, el lugar me sienta mucho mejor que Riva. El modo de vida está muy bien organizado, seguramente me quedaré aquí durante el verano... Las habitaciones altas y la tranquilidad son beneficiosas para mi sueño; tengo también el aire marino de primera mano... noto unos efectos calmantes.» Pero después cambia el tiempo, y con él el estado de Nietzsche. El 11 de abril se queja a casa: «Entretanto el tiempo ha sido permanentemente horrible, siroco, lluvia: así que no puedo contar nada bueno. Mi vivenda, sin embargo, ha dado pruebas hasta ahora de que estuvo bien escogida»; y el 21 de abril: «Por aquí el tiempo es muy

inestable; comienza a hacerse cálido, llegan también los mosquitos.» El 3 de mayo informa sobre su modo de vida: «Quizá te alegre oír que vivo fundamentalmente de arroz y de carne de ternera. Desde mi partida el estómago no me ha causado la mínima molestia.»

El 28 de abril informa a Overbeck: «Siroco siempre», y éste será el motivo por el que Nietzsche abandone finalmente Venecia. El 15 de junio escribe a Overbeck: «Se impone la partida, hace mucho calor.» Lo más relevante para Nietzsche respecto a su estancia en Venecia no era la visita a Köselitz, sino el ensayo con el clima. En este sentido escribe ya el 22 de marzo a la hermana: «... hago el necesarísimo experimento de si un clima decididamente deprimente (hablando médicamente) no resulta más beneficioso para mi cabeza que el excitante que he probado únicamente hasta ahora. Venecia ejerce un influjo benéfico sobre muchos que padecen de dolores de cabeza.»

Los vínculos sentimentales de amistad eran mucho más fuertes con Paul Rée, Jacob Burckhardt, Franz e Ida Overbeck, a los que Nietzsche consideraba «iguales», o incluso, como en el caso de Jacob Burckhardt, superiores, que con el «devoto discípulo» Köselitz, a quien apreciaba, si no menos, sí de otra manera. Aun cuando en las cartas le trate de «amigo», queda siempre un resto, una cierta reserva, distancia. No aparece jamás aquella cordialidad como la que en ocasiones se da en las cartas a Erwin Rohde, Malwida von Meysenbug, Marie Baumgartner, o antes a Deussen, Gersdorff o a Cosima Wagner. Overbeck le envía varias veces, por carta, saludos de Jacob Burckhardt, cosa que evidentemente sienta bien a Nietzsche. Por ese motivo se siente todavía más unido al hombre famoso y mayor. Resulta algo insignificante para el conocimiento de Nietzsche la cuestión de si el interés sentido de Burckhardt era espontáneo o más bien provocado por preguntas sugestivas del informador Overbeck. Lo importante es que Nietzsche creía en un afecto así, también por parte de Burckhardt, cosa que sería de gran importancia para su comportamiento en la hora del destino, en el derrumbamiento.

Acrecentado interés literario

El ensayo con el clima de Venecia tuvo Nietzsche que reconocerlo ya muy pronto como en parte un fracaso. Aunque el 22 de junio pueda decir a Overbeck, resumiendo: «Mi salud ha ido mejor en Venecia que en Naumburg y Riva, mi aspecto es bueno», añade sin embargo: «Por lo demás, todavía muy en los viejos problemas»; y el 24 de mayo saluda a Ida Overbeck «desde Venecia, la ciudad de la lluvia, de los vientos y de las oscuras callejas», observando todavía: «No crea Usted a George Sand en nada de lo que respecta a Venecia (lo mejor de ella es la tranquilidad y el bello empedrado).» A propósito, agradece a Ida Overbeck el gran

trabajo tomado con una traducción, hecha para él, del francés, de un artículo de T. Albert, y comenta epistolarmente el tema con la traductora. También su gran trabajo de traducción de St. Beuve, bajo el título de «Personajes del siglo XVIII», lo sigue Nietzsche con progresivo interés y admiración por los logros de la respetada esposa de su amigo. Lo que fundamentalmente Nietzsche consiguió en esos cuatro meses parece que fue un interés renovado en el trabajo y el dominio de una literatura copiosa. En Venecia surgieron gran parte de los aforismos para «Aurora», que dictó a Köselitz bajo el título «L'ombra di Venezia». Además de las lecturas comunes —aderezadas con las observaciones de Nietzsche, y, por ello, con toda seguridad, extraordinariamente sugerentes— del «Verano tardío», de Adalbert Stifter, aparecen en la lista de libros: Herbert Spencer (1820-1903), «Los hechos de la ética»*; Julius Baumann (1837-1916), catedrático de filosofía en Gotinga, «Manual de moral juntamente con un compendio de filosofía del derecho» (Leipzig 1879); Hans Lassen Martensen (el catedrático de teología de Kopenhage, tan fuertemente atacado por Kierkegaard y considerado por él como uno de sus fundamentales adversarios, 1808-1884), hegeliano, «Compendio del sistema de la filosofía moral», 1841**, una obra que se consideraba importante y que fue traducida también al sueco, al holandés y al húngaro. Después, dos tomos del novelista francés Stendhal (Marie-Henry Beyle, 1783-1842), pero también manuales de viaje como el de Grell-Fel sobre el sur de Francia, un librito sobre las islas griegas, todo lo cual pudo hacérselo enviar de su biblioteca de Naumburg. Con Overbeck se cartea sobre «Un prince de Bohème» (1840), de Honoré de Balzac (1799-1850) y sobre «Histoire de ma vie» (1854), de George Sand (1804-1876), y pregunta por el catálogo de la librería socialista de Zürich. Le pide la «Antropología de San Pablo» de Hermann Lüdemann, catedrático de teología en Berna, además del «Cristianismo de nuestra teología», de Overbeck; los artículos sobre San Justino, y la conferencia de 1876, recién impresa ahora, de su sucesor en Basilea, Jakob Wackernagel (1853-1938), «Sobre el origen del brahmanismo». Recibe, obviamente enviado por el autor a Basilea, de August Siebenlist su libro «La filosofía de la tragedia de Schopenhauer» (Pressburg 1880). Se trata, por tanto, primordialmente, de literatura contemporánea o al menos posclásica.

Hay un primer enturbamiento en sus relaciones con su editor Schmeitzner, enturbiamiento que en el curso de los años habría de acarrear serias consecuencias, debido a que éste comienza a introducirse en el negocio del antisemitismo, que estaba en ebullición últimamente y era promovido con fuerza por algunos agitadores. Overbeck escribe el 28 de mayo de 1880: «Desde hace ya semanas, y por motivos desconocidos, St.

---

* Traducido del inglés por B. Vetter, Stuttgart, 1879.
** Edición alemana, Kiel, 1845.

Beuve (la traducción de su mujer, que estaba en la editorial de Schmeitzner para su publicación) está absolutamente estancado. Ojalá lo estén más las Hojas Antisemitas», a lo que Nietzsche responde el 22 de junio: «la última empresa de Schmeitzner... me repugna; estoy disgustado por que no me haya dicho una palabra sobre ello.»

Sería una gran tarea el mostrar en qué medida todo esto guarda relación con los aforismos surgidos entonces, y hasta qué punto son éstos respuestas o tomas de posición de un diálogo intelectual con esos autores. Aquí sólo podemos referirnos a ellos como datos biográficos, y hacer reparar en la consideración bajo este punto de vista, de la obra surgida entonces.

Verano en Böhmerwald

Los manuales de viajes sirvieron seguramente para preparar una estancia estival. Según ellos, Nietzsche tuvo en consideración el sur de Francia y las islas griegas. Parece que Nietzsche hizo a Overbeck insinuaciones sobre Corfú o Córcega. Finalmente se decide por la dirección justamente opuesta. Quizá le hubiera gustado volver a la Engadina, pero le disuadieron los altos precios de allí. Tenía que ser, de todos modos, en los Alpes meridionales. Por eso siguió buscando más hacia el este. Ya el 22 de junio escribe a Overbeck: «No sabía exactamente adónde dirigirme; incluso hoy no lo sé todavía; probablemente no muy lejos, a bosques con sombra garantizada (a Carniola).» El 29 de junio de 1880 comienza el viaje, sobre el que nos faltan noticias detalladas. Lo único cierto es que no se desarrolló felizmente y que Nietzsche, decepcionado, continuó siempre hacia el norte, hasta que finalmente se aposentó en Böhmerwald. Desde Marienbad escribe el 5 de julio a Köselitz: «Así pues... he amarrado por fin en una especie de puerto salvador, tras la odisea más desagradable que he vivido hasta ahora. Nada de lo que vi en Carniola, en Carintia, en el Tirol, resultaba apropiado para mí; más bien era todo imposible... El viaje ha perjudicado mucho mi salud; algunas veces estuve hasta el borde de la desesperación»; y a casa: «...he hecho un viaje muy malo para buscar la montaña y el bosque: todo me decepcionó..., resultó imposible para mis ojos. Así, me he retirado a Marienbad, en Böhmer; mi pensión se llama Eremitage. Hasta ahora, sin embargo, lluvia, lluvia y suciedad. Horriblemente caro... ningún bocado me gusta, y así sucedió durante todo el viaje. Incluso los bosques no son suficientemente profundos para mí... Ni aguantaré aquí más de 4 semanas; después iré al Thüringer Wald, donde el bosque adquiere la mayor profundidad.» Sorprendentemente, en el aforismo 388 de «Aurora», aparece una observación posterior sobre las experiencias e impresiones del viaje: «la canallería con buena conciencia. Ser explotado en el pequeño comercio—esto resulta tan desagradable en

ciertos lugares, como, por ejemplo, en el Tirol; porque, además de la mala compra, uno se ve enfrentado a la cara malvada y a la burda avaricia, a la mala conciencia y a la hostilidad grosera, que el vendedor trapacero nos ofrece. En Venecia, por el contrario, el estafador se regocija de corazón por la bribonada conseguida y no resulta hostil al estafado, sino dispuesto a mostrarle su deferencia y a reír con él si tiene ganas de ello. En una palabra, hay que tener espíritu y buena conciencia para la canallería: esto reconcilia casi al engañado con el engaño.» Se trata de un juicio estético y se acerca mucho a una alabanza de una opereta española hecha ocho años más tarde, cuando el 16 de diciembre de 1888 escribe entusiasmado a Köselitz: «...para ello hay que ser por instinto un bribón y un pícaro y todo ello festivamente.»

Pero Nietzsche no sólo se quedó en Marienbad cuatro semanas, sino dos meses, hasta el 1 ó el 2 de septiembre. Parece que fue un verano extraordinariamente lluvioso y poco soleado. El 18 de julio describe así su situación a Köselitz: «...ahora, vuelta a ser eremita y a pasear, como tal, diez horas diarias, vuelta a beber agüillas fatales y a esperar su efecto.» Tampoco resultó nada reconfortante el hecho de que al cabo de pocos días llegara la policía, hiciera un registro de la casa y detuviera finalmente al patrono por falsificador de billetes de banco.

Conmovido de modo totalmente diferente, escribe en la misma carta a Köselitz: «¿Ha leído algo con respecto al incendio de la casa de Mommsen? ¿Y que sus papeles han quedado destruidos, quizá los más formidables apuntes que un sabio vivo haya hecho? Parece que él no hacía más que precipitarse dentro de las llamas, y finalmente hubo que emplear la fuerza con él, cubierto ya de quemaduras... Cuando oí el suceso me dio un vuelco el corazón, y todavía ahora, cuando pienso en ello, padezco físicamente»; y esto a pesar de que él no se sentía «inclinado en absoluto... a Mommsen». ¿Sufría más el filólogo por la monumental obra de la «Historia romana» que el hombre por la tragedia del sino de este sabio? (Una colecta bajo el patronazgo del príncipe heredero produjo 105.000 marcos de suscripción. Wagner piensa que ello se debió a «los judíos, en cuya defensa Mommsen había salido»[258].)

Nietzsche no tiene trato con los huéspedes porque no lo busca; se enfada con la madre porque le depara, aquí igual que ya en Venecia, incomodidades y paseos a causa de direcciones inexactas en las cartas y los paquetes. De modo que la estancia entera se ve ensombrecida por un profundo mal humor, más todavía que por el tiempo nublado. Por eso continúa añorando, y el 2 de agosto escribe totalmente decidido: «Mañana, queridas mías, quiero marcharme de aquí. No puedo decir exactamente adónde. Hay tan pocos lugares que pueda resistir... Es muy posible que el viaje de regreso lo haga pasando por Dresden» (donde estaban los Overbeck en visita familiar); pero se queda, tiene que quedarse, puesto que su estado le impide viajar. Además no tiene meta alguna. Piensa en Rutha, en

el Thüringer Wald, en un valle apartado, hacia el sur del trayecto Gotha-Eisenach, pero el viaje hasta allí le parece demasiado largo. La lectura le vuelve a servir de reconfortante. Esta vez se trata de una novela de Mérimée: «El jarrón etrusco». «Toda ella es burlona, elegante y melancólica», según su parecer, lo que representa más bien su propio estado de ánimo, en el que se refleja lo leído. El 2 de agosto aconseja a Köselitz: «...no se pierda tres artículos de su 'Neue Freie Presse': (de hace 4 semanas) George Sand y Alfred Musset; (de hace 8 días:) Stifter como pintor paisajístico, y Hector Berlioz en sus cartas.»

De su viaje a Marienbad conserva sólo *un* buen recuerdo, como escribe el 18 de julio a Köselitz: «En el camino entablé relación con un alto eclesiástico que parecía ser de los primeros promotores de la vieja música católica: estaba capacitado para responder a cualquier pregunta de detalle. Lo encontré muy dispuesto en favor del trabajo de Wagner sobre Palestrina.» Este encuentro le vuelve a recordar su mayor pérdida, y así se queja a Köselitz el 20 de agosto de 1880: «Yo, por mi parte, sufro horriblemente cuando me encuentro privado de la simpatía; y nada puede resarcirme, por ejemplo, de haber perdido en los últimos años la simpatía de Wagner. ¡Cuán a menudo sueño con él, y siempre en el sosiego de nuestra antigua y cordial compañía! Jamás cruzamos una palabra airada, tampoco en mis sueños, sino muchísimas animosas y alegres, y con nadie quizá me he reído tanto. Eso ya pasó —¡y de qué sirve tener razón frente a él en algunas cosas! ¡Como si con eso pudiera borrarse de la memoria la simpatía perdida!—... Se trata del más duro sacrificio que me ha exigido mi camino en la vida y en el pensamiento —todavía ahora, tras una hora de simpática conversación con personas completamente desconocidas, se tambalea toda mi filosofía: me resulta tan estúpido querer tener razón al precio del amor, y no poder expresar lo mejor de uno para no perder la simpatía.» Quizá se refiera a esto el aforismo 427 de «Aurora», en el cual relativiza Nietzsche su máxima pasión, la filosofía: «La filosofía... pretende lo que pretenden todas las artes y géneros poéticos, —sobre todo entretener: pero pretende esto, de acuerdo con su heredado orgullo, de un modo superior y elevado, ante una selección de espíritus... No es pequeña esta ambición: quien la tiene sueña incluso con volver superflua la religión, que para los hombres antiguos representó el género supremo del arte de entretener... Ahora comienzan ya a sonar fuerte las voces contrarias a la filosofía, que gritan 'vuelta a la ciencia'... con lo que quizá se avecine una era que descubra la belleza suprema precisamente en las partes 'salvajes, feas' de la ciencia.» Y de hecho le desapareció el gusto por el trabajo en su obra filosófica. El 20 de octubre tiene que confesar a Köselitz que «desde aquella carta de agosto... no he mojado la pluma en la tinta: tan repugnante era, y tan desesperante es todavía, mi estado. Realmente nada me proporcionaba alegría, excepto pensar en Usted.»

Pausa en Naumburg

Por fin Nietzsche se arranca de Marienbad y el 1 o el 2 de septiembre va a Naumburg, donde pasa, sin hacer absolutamente nada, cinco tranquilas semanas, con tanta quietud que no da ni la más mínima señal de vida: incluso el diligente escritor de cartas enmudece totalmente.

Tampoco a él le llega nada. Sólo Paul Rée le envía un corto saludo desde Norteamérica. Los médicos le habían aconsejado para su estado de nervios fluctuante un largo viaje en barco. Overbeck visita a sus parientes en Dresden, y Köselitz está dedicado a un trabajo de grandes proporciones: poner música a la canción de Goethe «Broma, astucia y venganza», que éste compuso ocasionalmente y cuya música de entonces se había perdido. Köselitz quiere terminar la partitura antes de final de año y espera poder representarla en el teatro de Viena todavía durante el próximo invierno; una esperanza fallida, después de todo. La obra hasta hoy no se ha representado nunca. La esperanzada noticia, planeada para el 15 de octubre, cumpleaños de Nietzsche, alcanzó a éste, con cierto retraso, en Stresa, en el lago Maggiore; Nietzsche responde el 20 de octubre: «Lo que me anuncia ahora en relación con 'Broma, astucia y venganza' me trastornó ayer completamente, y corrí de un lado a otro durante algunas horas en feliz estado de embriaguez.» Tenía en alto precio la producción artística lograda. Nietzsche partió de Naumburg el 8 de octubre de 1880. Sólo volvería allí dos años más tarde, en mayo de 1882, y en circunstancias totalmente diferentes. Primero llegó hasta Heidelberg solamente. El 14 de octubre de 1880 informa a casa[124]: «En Frankfurt comenzaron los vómitos, en Heidelberg me metí en la cama. Otra vez a mitad del San Gotardo me llegó el ataque y estuve tres días enfermo en Locarno»; y el mismo día a Overbeck: «En Locarno me vi obligado a permanecer tres días en el estado más miserable. No puedo prever... lo que ha de depararme Stresa, donde quiero permanecer un mes. —El lago no está suficientemente hacia el sur para mi gusto, ya se nota el soplo del invierno... ¡Las horas de Basilea fueron tan reconfortantes! Saludándole agradecida y cordialmente...»

De nuevo en el sur

En Stresa vuelve a proseguir el trabajo en «Aurora»: primero en forma de composición de ideas, en lo cual llega a sobrepasarse. Tienen que ser las cariñosas cartas de casa y de los amigos, los Overbeck y Köselitz, e incluso la de su viejo amigo de colegio Gustav Krug, lo que le recuerde su propio cumpleaños. El 31 de octubre da las gracias a los Overbeck con las siguientes palabras: «Mis queridos amigos, ésta es la primera vez que olvido mi cumpleaños —¿cuál será el motivo? Quizá tenga la cabeza

demasiado llena de otras ideas, lo que hace que todos los días me grite a mí mismo diez veces: '¡qué hay en mí!'... Realmente muy a menudo no sé cómo puedo llegar a soportar juntas mi debilidad (de espíritu y salud y otras cosas) y mi fortaleza (en la visión de proyectos y tareas). Mi soledad es extraordinaria, no sólo en Stresa, sino en las ideas. Tanto más reconfortante resulta, por eso, cualquier palabra y cualquier hecho de los verdaderos amigos, ¡ah, una auténtica necesidad!»

Otra vez volvemos a encontrar en Nietzsche, como lo haremos con tanta frecuencia, decisiones repentinas sobre sus viajes, con las que él mismo anula proyectos y planes expuestos antes con toda decisión. Todavía el 20 de octubre había escrito a su casa que iba a quedarse en Stresa hasta el 10 de noviembre, y luego se iría a Nápoles. Daba indicaciones para el expedidor en Naumburg de su abundante equipaje: debía reexpedirle un volante de aviso con la siguiente dirección: «Castellamare (presso di Napoli) Italia Pensione Weiss.» El 31 de octubre anuncia a Paul Rée su estancia en Stresa todavía hasta el 13 de noviembre y después llegará a Génova el 8 de noviembre, donde permanecerá hasta el 1 de mayo del siguiente año. El 7 de noviembre, por una feliz casualidad, había «cazado» sus maletas en Intra, durante el transporte, y pudo así cambiar su rumbo hacia Génova. El 30 de octubre los Wagner habían dejado Italia. Es posible que esto ejerciera algún influjo sobre la decisión de Nietzsche. Desde la época más cruda del verano Wagner residía en Siena. Nietzsche quería eludirlo yendo a Nápoles. Después de la definitiva desaparición de los Wagner esto ya resultaba innecesario.

El nuevo estilo: «Aurora»

Con ello, el tiempo de las tentativas y de los ensayos ha terminado. Con la vuelta al norte de Italia, Nietzsche ha vuelto a encontrar su «patria», su paisaje. Establece su forma de existencia y delimita su modo de vida, como presupuestos que han de ser de su obra. Con respecto a ella, ha determinado ya definitivamente tanto la orientación temática como el estilo. Aparece una vena impresionista en sus expresiones; los estrictos encadenamientos de ideas se relajan continuamente en lo paisajístico, en lo pintoresco. Son dos los paisajes que le sirven fundamentalmente de estímulo: la montaña y el mar. A la Engadina ya le había dedicado un aforismo en «El caminante y su sombra»; la costa rocosa de Génova la describirá por primera vez en «Aurora», en el aforismo 423, como inicio del libro quinto: «Aquí está el mar, aquí podemos olvidar la ciudad. ¡Es verdad que justamente ahora las campanas rugen el Ave María —es el ruido tétrico y necio, pero dulce, al cruzarse el día y la noche—, aunque sólo un instante! ¡Ahora todo calla! El mar queda ahí, pálido y brillante, no puede hablar. El cielo juega con colores rojos, amarillos, verdes, su eterno

juego mudo de la tarde, no puede hablar. Los pequeños rompientes y bandas de rocas, que se meten en el mar como buscando el lugar más solitario, ninguno de ellos puede hablar. Esta terrible mudez que nos salta de improviso, es bella y espantosa, hace que el corazón se inflame: éste se horroriza ante una nueva verdad, tampoco puede hablar... El hablar, el pensar también, me resulta odioso; ¿no oigo reír detrás de cada palabra al error, a la ilusión, al desvarío?... ¡Oh mar! ¡Oh tarde! ¡Sois maestros malvados! ¡Enseñáis al hombre a dejar de ser hombre! ¿ha de rendirse ante vosotros? ¿Ha de volverse como sois vosotros ahora, pálido, brillante, mudo, terrible, reposando sobre sí mismo? ¿Por encima de sí mismo?»

Por esos años, en Francia florece el impresionismo en la pintura. En 1874 pudo inaugurar su primera exposición en París esta nueva generación de pintores; en 1886 tendría lugar la última, puesto que ya en ella aparecieron, con Seurat y otros, los neoimpresionistas.

En la música, esa orientación estilística se hace esperar relativamente durante largo tiempo. Un cierto «impresionismo» (si resulta adecuado traspasar a otras disciplinas artísticas este término, sólo adecuado plenamente para la pintura) sólo aparece plenamente en 1892 con «La siesta de un fauno», de Debussy, aunque ese mundo sonoro ya estaba prefigurado en la escena de la hija del Rin del «Crepúsculo de los dioses».

Mucho antes había comenzado el impresionismo en la poesía con Baudelaire (1821-1867), tan altamente apreciado por Nietzsche. La descripción lexicográfica de las características del estilo*: «Gusto por los estímulos sensibles y espirituales, por el ánimo personal y la matización psicológica, expresado por un ritmo y un sonido refinados, sobre todo en la lírica», se adecua exactamente a aquello que da a la nueva obra de Nietzsche su sugestiva repercusión lingüística.

El estilo florece en juicios de gusto. En el caso de Nietzsche, éstos no sólo han cambiado o se han reafirmado en relación a la expresión lingüística, sino también en lo referente a la música. Ya le resulta imposible, no sólo la música de Wagner, sino todo el romanticismo alemán —incluido Brahms. Su estado anímico, su extrema finura de sensibilidad, ya no soporta la superabundancia romántica de sentimientos; Nietzsche se siente superado por ella, bien provocado o bien avasallado. En su soledad esto resuena demasiado fuerte, bien sea sorda o bien estridentemente, por todos los lados. Quiere una música discreta, que, levemente arremangada, baile con gesto inocente. Para ello acuña la expresión «música meridional, y la encuentra realizada, en primer lugar, en las composiciones, no precisamente relevantes, de su alemán «maestro Gast», Heinrich Köselitz. «Canté y silbé sus melodías para darme ánimo: ¡así quedarán en mi memoria! Y realmente, todo lo bueno de la música tiene que poderse silbar; pero los alemanes nunca han sabido cantar y se arrastran siempre

* En: Neues Schweizer Lexikon, pág. 853.

con sus pianos: de ahí su celo por la armonía.» Así escribe Nietzsche el 17 de noviembre de 1880 a Köselitz desde Génova; tales juicios volverán a repetirse en los años siguientes, hasta llegar a la comparación, totalmente híbrida, de su Köselitz con Mozart.

De este modo, también en esto, Nietzsche se protegió contra toda excitación externa demasiado fuerte, y se escondió —para usar su imagen repetida continuamente— como un oso en su cueva. Sus juicios estéticos sobre música aparecen como medidas dietéticas personalmente obligadas. El aislamiento del individuo en la gran ciudad y los prolongados paseos por la costa, le proporcionan la soledad externa que necesita para poderse dedicar sin estorbos a su interior, a sus visiones y problemas. El 24 de noviembre de 1880 describe a Köselitz su existencia genovesa: «Aquí cuento con barullo, y con tranquilidad, y con veredas de montaña, y con algo que es más hermoso que mi sueño al respecto, el Campo santo»; y, más detalladamente, el 8 de enero de 1881 a Overbeck: «Pienso tan a menudo en ti; y sobre todo cuando, después del mediodía, me siento o me tumbo casi a diario al lado del mar, en mi roca apartada, como un lagarto al sol, marchando en el pensamiento a la aventura del espíritu. ¡Mi dieta y el plan de vida diario deberían sentarme bien a la larga! ¡Ahora me doy cuenta de que me resulta imprescindible el aire del mar y un cielo muy puro! El calor es menor ahora, a comienzos de año, que a finales, no tengo estufa, ¡pero quién tiene aquí una estufa!» Por una carta suya del 5 de diciembre de 1880 a la hermana, sabemos más cosas sobre su alojamiento: «¡Ando mucho!, ¡también subo! Puesto que para llegar hasta mi buhardilla tengo que subir 164 escalones, además de que la casa misma está situada ya a mucha altura, en una empinada calle de palacios, que a causa de su declive y dado que termina en una gran escalera, es muy tranquila y tiene algo de hierba entre las piedras.» Y el 8 de enero de 1881: «Cuando hay sol voy siempre hasta una roca solitaria a la orilla del mar y me tumbo allí al aire libre, bajo mi sombrilla, quieto como un lagarto; esto ha ayudado ya varias veces a mi cabeza. ¡Mar y cielo puro! ¡Cuánto me he martirizado antes! Me lavo diariamente todo el cuerpo, sobre todo la cabeza, frotando fuertemente.» ¡No aparece nada aquí respecto a su trabajo intelectual, sólo cosas relativas a la dieta y a los efectos curativos en relación a su cabeza! Pero trabaja asiduamente, y como un cancelador, en la nueva obra, cuyo manuscrito provisional envía el 25 de enero de 1881 a Köselitz con las siguientes palabras: «¡Dejo así que parta mi barco genovés hacia Usted!... Se trata de nuevo: '¡Amigo, en tus manos encomiendo mi espíritu!', y más todavía: '¡En su espíritu de Usted encomiendo yo mis manos!' Escribo demasiado mal y veo todo torcido. Si Usted no adivina lo que yo pienso, mi manuscrito resultará indescifrable.»

El título es todavía «La reja de arado», es decir el título de una «Consideración intempestiva», planeada hacía tiempo. Obviamente,

Nietzsche no puede liberarse del todo de los viejos planes de 13 consideraciones intempestivas. Parece que en su fuero interno consideró así todavía las tres partes de «Humano -demasiado humano», con lo que esta nueva, «La reja de arado», hubiera hecho el n.º 8 de las consideraciones intempestivas. También el filólogo clásico se lleva todavía su tributo: la división se hace en «libros», como en los autores antiguos, donde hoy diríamos «partes» o «capítulos».

Köselitz vuelve a trabajar inconcebiblemente rápido. El 6 de febrero devuelve ya el escrito a limpio, añadiéndole, impresionado por las muchas cosas nuevas que se le muestran en él, el motto: «Hay tantas auroras que todavía no han lucido», remitiéndose para ello al Rigveda*. Ese motto dio lugar al nuevo título, no estando decidido primero si había de ser «Una aurora» o solamente «Aurora»; Nietzsche, con su fino olfato para la efectividad, se decidiría finalmente por éste último. Köselitz quería, primero, seguir con el título «La reja de arado» y dejar «Aurora» para un próximo libro de continuación, que seguramente era de esperar, pero se convenció de lo contrario el 19 de febrero de 1881. Nietzsche le había enviado, mientras tanto, un extenso «epílogo», que Köselitz volvió a pasar a limpio inmediatamente y pudo devolverlo ya el 19 de febrero. Sólo ahora emprende Nietzsche la ordenación del todo, agrupándolo provisionalmente en cuatro apartados. Tras una nueva revisión, sin embargo, lo divide en cinco «libros», y así vuelve el manuscrito de hojas sueltas, el 14 de marzo, a Köselitz. Nietzsche escribe entonces: «Son V libros. Tras la portada sigue una página con la leyenda *Libro Primero.* (etc.) Para la portada no me gustan los aditamentos simbólicos. ¡Líneas simples, fuertes y animosas, y la mayor legibilidad posible en las palabras!»

Köselitz había propuesto un ornamento renacentista, que él mismo volvió a descartar. Ya al día siguiente Köselitz hizo un primer envío a Schmeitzner, y el resto lo mandó poco después. En referencia al título, Nietzsche añade todavía en esa carta del 20 de marzo [124]: «¡Todo título tiene que ser, ante todo, citable: hemos de cambiarlo, por tanto! No 'Una aurora', sino solamente 'Aurora'. Además así no suena tan pretencioso.» Y respecto a la confección, el 21 de marzo[124]: «El Sr. Obschatz tiene que fabricar algunos títulos más de prueba, y Usted elegirá el más aceptable — eso es todo por *mi* parte. La última vez (cuando 'El caminante') se enfadó Usted tanto por la falta de gusto: al sugerir este tema sólo he tenido el deseo de evitarle esta vez el disgusto.»

Schmeitzner vuelve a aceptar también este libro, pero después durante semanas no da ninguna señal de vida. Parece que tenía dificultades con su impresor Obschatz, y que necesitó tiempo para conseguir como nuevo impresor a Teubner, en Leipzig. Los primeros pliegos de pruebas llegan

* Por desgracia sin indicar la fuente; en las traducciones de la obra que hoy conocemos, no aparece por ninguna parte esa expresión[182].

en mayo; el 17 de junio puede felicitar Nietzsche a su fiel Köselitz «por el final de nuestra insoportable corrección». El 8 de julio de 1881, desde Sils, Nietzsche anuncia a su amigo Overbeck el libro como recién aparecido.

Vuelve un amigo: Carl von Gersdorff

Durante su trabajo en «Aurora», Nietzsche había empleado a menudo en sus cartas expresiones como «que él cava en su mina moral», o hablado de actividad «subterránea». Esas imágenes expresan su condición. Se había cerrado completamente hacia fuera y analizaba ahora todos los recodos, los pasadizos hasta ahora ocultos y los contextos de su propia vida anímica. Puesto que pronto haría un año que había vivido en ese examen interno y que había dado a la luz algunas cosas que él consideraba como piedras preciosas de su interior, ahora quería otra vez descansar de ese duro trabajo, quería salir fuera, a la luz, al cálido sol de la amistad. También esta necesidad estaba profundamente enraizada en él. El pacífico dúo con un amigo le parecía a Nietzsche la realización ideal, en todo caso un trío, pero no más. Y siempre que sintió la necesidad de ello, obtuvo esa intimidad y calor de la amistad. Si como persona estaba solo, era porque así lo había elegido él mismo. La soledad como pensador, por el contrario, le había sido dada, como había sido dada a todo pensador significativo, y como seguirá siéndole dada. Eso lo sabía también Nietzsche. Conocía el sino del pensador, del cual participaba por naturaleza, y se sometió a él. Incluso concluyó también en la dirección opuesta: de la medida de su soledad espiritual concluyó su propia grandeza y significación.

Por esos días, su viejo amigo Carl v. Gersdorff, que había pasado el invierno cerca de Köselitz, volvió a hacerle un favor especial. Cuando Nietzsche envió el 14 de marzo su manuscrito a Köselitz, pudo escribir: «Un ataque de dolor de cabeza hará que durante algunos días no sea 'apto para el trabajo' —así que a lo mejor puede ayudar Gersdorff a pegar juntas las hojas. ¡Ruégueselo en mi nombre!» Para Nietzsche significaba una liberación tangible de un viejo peso anímico, el poder oír nuevas otra vez de su viejo amigo Gersdorff. Ya el 25 de noviembre de 1880 había escrito Köselitz[13]: «El Sr. Barón v. Gersdorff está aquí de camino hacia Florencia; he tenido que dedicarle algún tiempo, aunque nada más fuera que por agradecimiento, así que le he tocado música algunas tardes y lo he ido a buscar también a su alojamiento; está dibujando algunas cabezas que no me agradan más que regularmente.» Y el 10 de febrero de 1881: «Ultimamente el barón rozó en una ocasión aquel asunto de la carta y me rogó con mucho calor que le enviara a usted un cordial saludo de su parte. La historia de amor existe todavía; los obstáculos parece que están

por parte de los padres de la Finochietti —oigo a menudo alusiones a ello pero no quiero entenderlas.» Aunque todavía había de pasar un año entero para que se reanudara el contacto epistolar directo por medio de una notificación de noviazgo por parte de Gersdorff, la aproximación ya se había iniciado ahora por mediación de Köselitz. Pero ya en principio, esta indirecta aproximación hizo madurar un plan de Nietzsche que Köselitz había de hacer saber a Gersdorff. El 13 de marzo le escribe Nietzsche: «Pregunte a mi viejo camarada Gersdorff si tiene ganas de ir conmigo por uno o dos años a Túnez. El clima extraordinario, no excesivamente cálido —viaje desde Livorno, pasando por Cagliari, muy corto, la vida allí barata. Quiero vivir un buen tiempo entre musulmanes, y precisamente allí donde su fe es ahora más estricta: así se agudizarán mis juicios y mi visión de todo lo europeo... Le ruego a Usted y al amigo Gersdorff que por ahora silencien estos proyectos de viaje ante otras personas—. Un pintor de género encuentra en Túnez su patria amada: sólo por eso hago tal proposición a mi amigo.»

Gersdorff se había dedicado a la pintura con cierta pompa; incluso tenía en Venecia un atelier, en el que permitía trabajar al pintor dálmata Robert Rascovich, que no tenía recursos, y a quien conseguía encargos entre su círculo de amistades de la baja nobleza; ése fue el caso de la baronesa v. Wöhrmann, en relación cercana con la familia Nietzsche, que de Naumburg había viajado hasta el sur a causa de una grave tuberculosis, y que falleció el 1 de noviembre de 1881 en Venecia, sin que Nietzsche hubiera entrado en contacto personal con ella, a pesar de lo mucho que desde casa se le había insistido en este sentido.

Respecto al plan de Túnez, el 16 de marzo pudo contestar Köselitz: «v. Gersdorff dijo que viajaría con Usted a Túnez con gran placer, pero que por desgracia lo obligan los acontecimientos a estar en junio de vuelta en casa. Su madre se preocupa por él, y él mismo es, después de todo, un agricultor. Por unos cuantos meses, dijo, sí le acompañaría, pero en el otoño.» Nietzsche se amolda inmediatamente y el 20 de marzo propone: «Dé las gracias a Gersdorff por la perspectiva que me ofrece. Me gustan los plazos exactos: ¿es posible tomar ya en consideración el 15 de septiembre como tal?» Lo importante que esto era para Nietzsche y el grado de impaciencia con el que esperaba una confirmación fidedigna, queda claro por el hecho de que ya al día siguiente, el 21 de marzo, pregunta en una tarjeta postal: «¿Piensa él realmente en acompañarme?» El 31 de marzo Köselitz solo puede contestar: «Ultimamente he vuelto a preguntar a v. G. si en el otoño viajará con Usted, a lo que respondió: '¡quién sabe!'... Creo que es mejor que Usted no confíe demasiado en su compañía: él depende de varios compromisos.»

Efectivamente, de ahí no resultó nada. Un acontecimiento político obligó externamente a la decisión: el comienzo, el 10 de abril, de la guerra colonial franco-tunecina, que acabó con la anexión de Túnez por Francia.

Debido a ello, los amigos habían de continuar separados, porque «es desaconsejable llegar allí este otoño e invierno como extranjero —se tiene un ánimo desconfiado y cosas todavía peores contra ellos», como escribe Nietzsche el 10 de abril a Köselitz. Así, la estancia común con Gersdorff en los festivales de verano de 1876 en Bayreuth fue el último encuentro con él en la vida. Sólo una correspondencia escasa, apenas anual, pero no por eso menos cordial, alimentó la llamita de la amistad.

Rechazo de Venecia y Naumburg

Köselitz había intentado con sincero esfuerzo hacer posible este encuentro, a pesar de que resultaba un sacrificio para él, puesto que continuaba con la idea de llevar definitivamente a Nietzsche a Venecia, a su lado. Pero Nietzsche se resistió a ese plan, en parte por motivos de clima, pero también porque sabía demasiado bien que esto, a la larga, no sería bueno ni para Köselitz ni para él. Había cosas en los modos de Köselitz que le molestaban, pero respecto a las que provisionalmente callaba.

También a casa tuvo que enviar una negativa. Nietzsche, seguramente —en una carta que ya no se conserva— hizo a su madre la propuesta de un traslado de residencia a Baden-Baden, lo que fue mal comprendido y tomado a mal, con la típica quisquillosidad naumburguesa, puesto que el 14 de marzo él pide disculpas[124]: «Perdón por haber hablado de B.Baden —¡Yo no pensé en absoluto en mí al hacerlo! Sino sólo en que nuestra madrecita tuviera un lugar idílico, agradable y dulcemente entretenido para su edad, de modo que no se quedara sola en la necia ciudad burocrática de Naumburg. (Naumburg es repulsiva en el invierno y en el verano —nunca he tenido un sentimiento patriótico respecto a ella, a pesar de que me he esforzado honradamente en aceptarlo.)» La carta del 11 de junio de 1881 muestra terriblemente hasta qué punto había decaído por aquella época su relación íntima con la familia: «...dentro de unas cuantas semanas os llegará mi libro. Miradlo amablemente por fuera:... Pero os pido de todo corazón que no lo leáis y no lo prestéis a nadie.» Elisabeth parece que no comprendió este gesto elusor y, torpemente, quiso informarse sobre el nuevo libro. El 19 de junio Nietzsche reacciona violentamente como ante una enojosa importunidad: «¿Crees que se trata de un *libro*? ¡Me sigues considerando un escritor! Mi hora ha llegado. Te quiero ahorrar un trabajo así, tú no puedes llevar mi carga... Me gustaría que pudieras decir a todo el mundo con conciencia pura: 'no conozco los últimos puntos de vista de mi hermano'.»

Nuevo ensayo con Köselitz: Recoaro

Por fin, Köselitz pudo hacer a Nietzsche una propuesta por la que éste quedó encantado. Köselitz escribió el 8 de abril de 1881: «Este mediodía me quejaba de nuevo a un farmacéutico, ...hablándole de lo cansado que estoy de Venecia, y le pregunté qué consejo podría darme en relación con el frescor estival. Me recomendó para ello *Recoaro*, en la vertiente sur de los Alpes tiroleses... Hay allí un pequeño lago, bosques, recorridos románticos, vida barata... Dijo que el lugar era que ni pintado para poetas y demás artistas; que allí tenía que ocurrírsele a uno algo bueno... Parece que los meses más agradables allí son mayo, junio, julio, agosto; en septiembre ya debe hacer frío... ¿Qué le parecería a Usted, Sr. Profesor, si nos encontráramos allí en mayo?» Nietzsche estrecha inmediatamente la mano ofrecida: «¡Así, pues, Recoaro! Tengo alquilada la habitación sólo hasta final de mes y pensaba irme de todos modos el primero de mayo: por tanto, si le parece oportuno, viajaré ese día hasta Vicenza (desde allí quedan 4 horas de viaje, eso lo dejo para el día siguiente). Intente enterarse todavía de detalles sobre precios de habitaciones, etc.; he aprendido que el conocimiento de los precios es ya la mitad de la economía misma» (el 10 de abril de 1881). El viaje, excepcionalmente, se llevó a cabo conforme estaba planeado. Ambos se encontraron el 1 de mayo en Vicenza y pernoctaron en el hotel «Tre Garofani» («Tres claveles»). El 2 de mayo Köselitz informa a Venecia a su amiga Cäcilie Gusselbauer sobre el resto del viaje[54]: «Ya estoy aquí en Recoaro; pero sin Nietzsche: el pobre se ha puesto enfermo a causa del viaje de Génova a Vicenza y, como dice, a causa de la alegría de mi llegada, de modo que sólo puedo esperarlo aquí mañana. Entretanto yo me he venido con mis cosas y las suyas para evitarle las vulgares molestias del alojamiento, el equipaje y cualquier otra de otro tipo. En tales bagatelas actúo mucho más decididamente cuando estoy solo que cuando estoy con Nietzsche: cuando le dije esto me dejó que partiera. Mañana, pues, llegará aquí de Vicenza, sólo con una pequeña bolsita, quizá incluso a pie.» Köselitz se queda cuatro semanas, hasta el 31 de mayo; Nietzsche, hasta el comienzo de abril, a pesar de que no le sentó bien a su salud la estancia. El paisaje le agradaba, pero no el clima, que parece que en aquella época fue predominantemente tormentoso; incluso, posteriormente, cuando el 18 de agosto de 1881 escribe desde Sils a casa, recordándolo, presenta su acuerdo de ir a ese lugar y la compañía de Köselitz como un sacrificio[124]: «Tengo un compromiso con el Dr. Rée que me impide decir no, igual que lo tengo con el Sr. Köselitz; me vi obligado a ir a Recoaro cuando me invitó a ello (no se trataba de mí, sino de él y de toda su decisión existencial).» Y en realidad, el contenido esencial de esas semanas fue que Köselitz pudo dar a conocer a Nietzsche su música para «Broma, astucia y venganza», e hizo acopio de ánimo y confianza por la aprobación de éste. En todo caso, el 8 de mayo

escribe con orgullo a su amiga[54]: «... alegre, apasionada, amable —resaltó estas tres cualidades sobre todo»; cuando el 31 de mayo Köselitz regresaba a Venecia, solo en el cupé del ferrocarril, concibió, en un auténtico delirio, el final «y canté a voces, sin interrupción, todo lo que podía aparecer en aquel final». Las palabras aprobatorias de Nietzsche eran sinceras, él sentía esa música, la consideraba importante. El 18 de mayo confesaba esto mismo a Overbeck: «Y ahora una alegre, muy alegre noticia: nuestro amigo Köselitz es un músico de primera fila, su obra, de un nuevo y original hechizo de belleza, en el que ninguno de los vivos lo iguala. Alegría, gracia, interioridad, una gran dosis de sentimiento, superando la festividad inofensiva en una elevación inocente: a la vez, una perfección técnica y una finura de pretensiones que, en este burdo siglo, me resultan indeciblemente refrescantes. Además de todo ello, hay un parentesco entre esta música y mi filosofía: ¡la última ha encontrado su portavoz más cadencioso!» Y, sin embargo, ha de confesar el 31 de mayo a Overbeck, a la partida de Köselitz: «...ahora mismo el Sr. Köselitz se está preparado para su viaje de ida y vuelta. Es tan necesario para nosotros dos. Mi salud, a pesar de todos los cuidados, no soporta ya esta compañía; he tenido ataques del peor estilo basileo.» Nietzsche permaneció, sin embargo, provisionalmente en el lugar, debido a que estaba totalmente indeciso sobre el siguiente paso a dar. No podía volver ni al calor de la Riviera, ni al bochorno de Venecia, y todos los lugares del Tirol que se habían aconsejado ofrecían sospechas de tormentas.

El compositor «Peter Gast»

El destino de compositor de Köselitz lo ocupaba incesantemente, y pareció preocuparle sobre todo una cosa: con el nombre Köselitz el amigo no triunfaría nunca; ningún compositor podía apellidarse así, y menos en Italia; ese nombre resulta especialmente difícil de pronunciar para lenguas italianas. Esta preocupación se hizo más perentoria porque Köselitz se disponía a poner música de nuevo a un libreto italiano, el «Matrimonio secreto», hasta entonces famoso por la música de Cimarosa. De algún modo se le ocurrió a Nietzsche el pseudónimo «Peter Gast». Köselitz lo aceptó, se dejó imponer el nombre por su maestro y lo llevó el resto de su vida; tan consecuentemente, que casi sólo se le conoce por ese nombre, y así ha entrado en la historia de la filosofía y de la literatura, a pesar de que con ello se perdió algo que Nietzsche siempre conservó en sus cartas: Nietzsche siempre se dirigió al hombre con «Köselitz», y, sólo allí donde se refiere exclusivamente al compositor, escribe en contadas ocasiones «Peter Gast»; por última vez, a comienzos de enero de 1889, en una hoja de la época de la locura dirigida a su «maestro Pietro». Pero ya le entraron dudas poco después del «bautismo», cuando Köselitz estaba de

vuelta en Venecia, y Nietzsche, en la soledad de Recoaro, tuvo tiempo para meditar sobre ello. En la tarjeta postal del 17 de junio añade como PS[124]: «Pseudonimidad y ocultamiento imposibles para Usted: basta cambio de nombre. Por ejemplo, Coselli»; pero Köselitz contesta el mismo día: «Quiero dejarlo en la pseudonimidad, y además en Peter Gast —no se trata de llevarla hasta sus últimas consecuencias, tal como yo lo veo: —por este camino real hacia Italia me vinieron demasiados nombres a la cabeza. Pero ya no volveré a ir por caminos reales.»

Delimitaciones filosóficas

Del mismo modo que un año antes, en Riva, el «Verano tardío» de Stifter se había convertido para ambos en una auténtica experiencia literaria, lo mismo sucedió ahora con el «Verde Heinrich», de Gottfried Keller, aunque el 8 de julio Nietzsche escribe a Overbeck que la obra resulta para su «fundamentalmente patética situación un poco excesivamente miniaturista y recargada; pero se trata de un dechado de poesía y picardía, incluso quizá de seriedad». De mayor significación para Nietzsche fue la lectura de la «Mecánica del calor», de Julius Robert Mayer, un libro que había entusiasmado a Köselitz y que éste impone literalmente a Nietzsche. Hizo incluso encuadernarlo de nuevo para él, y se lo envió el 8 de abril todavía a Génova. Probablemente se trataba de la segunda edición de la obra, aparecida por primera vez en 1867. El médico Julius Robert Mayer, nacido el 1814 en Heilbronn y muerto allí mismo en 1878, es uno de los exponentes más distinguidos del movimiento materialista a mitad del siglo XIX. Después de estar ya establecido el principio de la conservación de la materia, él añadió —al mismo tiempo que el físico Helmoltz, pero independientemente— el principio de la conservación de la energía, y expuso «que la fuerza sólo cambia según la cualidad, pero que según la cantidad es indestructible, y que también el calor es sólo una especie de movimiento, o que el calor y el movimiento se convierten uno en otro, y que, asimismo, se puede expresar numéricamente una ley de la relación invariable entre las magnitudes del calor y del movimiento; la cifra correspondiente la llama equivalente mecánico del calor[247]». Nietzsche seguramente no estudió de inmediato, totalmente y en detalle, la obra de Mayer, puesto que sólo muchos meses más tarde, el 20 de marzo del año siguiente, en una carta a Köselitz, se refiere a ella, y no sin reparos de importancia. Lo enfrenta a Copérnico y sobre todo a Boscovich, «¡también a todos los físicos y químicos materialistas! e incluso a los mejores partidarios del mismo Mayer». Nietzsche lo considera como «un gran especialista —y no más». Y después le tacha de inconsecuente, no le resulta suficientemente radical: «A fin de cuentas Mayer coloca una segunda fuerza en segundo plano, el primer mobile, el buen Dios —junto al

movimiento mismo. ¡Y es que lo necesita absolutamente!» Dado el entusiasmo de Köselitz por Mayer, con seguridad este libro proporcionó materia de conversación durante la estancia de ambos en Recoaro, y materia de reflexión para Nietzsche igualmente durante el tiempo que pasó a continuación en soledad; con motivo de ello hubieron de despertarse en él recuerdos de la teoría mecánica de la evolución de Darwin, que había conocido de estudiante, así como de la «Historia del materialismo» de Friedrich Albert Lange. En todo caso, la temática de esa obra de Mayer determina la orientación de todas las lecturas de los meses siguientes, que difiere claramente de la del año anterior: antes «moralia», ahora exclusivamente publicaciones de filosofía mecánico-materialista. No resulta equivocado considerar que todo esto influyó mucho, cuando menos, en la súbita idea de Nietzsche, del siguiente agosto, del «eterno retorno de lo mismo», a la que añade, además de las tesis sobre la finitud y clausura cuantitativa de la materia y de la energía, el principio de la finitud y limitación matemática de las posibilidades de combinación; ese dogma extraño y tan fácil de refutar, aparece, sin consecuencia alguna, en medio justo del trabajo en la continuación de «Aurora», en la «Gaya ciencia», los dos libros antidogmáticos por excelencia, libros que niegan cualquier principio trascendente y que aplican esto metódicamente al campo de la moral y de la metafísica. En Nietzsche se entabló una batalla entre estos antagonismos, batalla que casi pudo con sus fuerzas.

Vuelta al refugio de la Engadina

El mal estado de salud obligó categóricamente a Nietzsche a abandonar Recoaro. El 19 de junio parece estar decidido el plan para el verano: «Mi dirección: St. Moritz en Graubünden (Suiza), lista de correos. Se trata otra vez de un último intento», escribe a casa. El 2 de julio de 1881 viaja por Comersee-Chiavenna-Maloja a St. Moritz, pero cambia inmediatamente a Sils-Maria, desde donde escribe a Köselitz el 8 de julio: «Durante el viaje un tren no cogió a tiempo su enlace: duplicación del tiempo y de los gastos de viaje... St. Moritz me repelía fuertemente, se me aparecía bajo la cristalización de los dolores que padecí allí hace dos años. Lo abandoné a las tres horas; ¡por la tarde quería incluso dejar la Engadina! Por fin, gracias a un suizo formal y amable, con el que viajé durante la noche, ... me he aposentado en el rincón más encantador de la tierra... Considero el descubrimiento de este lugar un regalo tan inesperado como inmerecido, igual que su música, que aquí, en este idilio eternamente heroico, llega más hermosa hasta el corazón que allí abajo. Me estoy recuperando ahora de un ataque de tres días (tormenta).»

Nietzsche se queda en Sils tres meses, hasta el 1 de octubre de 1881, y durante todo el tiempo se ve profusamente atacado por graves accesos de

su mal de cabeza. Ya el 21 de julio se queja a Köselitz: «...hasta ahora 4 ataques graves de 2-3 días. El verano es demasiado caliente para los engadinos.» El 30 de julio notifica ya a la madre seis ataques*. La culpa de ello no pudo tenerla sólo el calor, la atmósfera cargada de tormenta y de electricidad. Como casi siempre, el auténtico motivo está en el propio Nietzsche, en su desasosiego interior. De ello dan prueba sus cartas, aunque también los encargos masivos de libros y las referencias a sus nuevas ideas, como la del 14 de agosto, por ejemplo, a Köselitz: «En mi horizonte han surgido ideas tales como no he conocido nunca —no quiero manifestar nada al respecto para mantenerme a mí mismo en una tranquilidad imperturbable.¡Después de todo, tendré que vivir todavía unos cuantos años! ...Las intensidades de mi sentimiento me hacen estremecer y reír —ya me ha pasado unas cuantas veces no poder abandonar la habitación, por el ridículo motivo de que mis ojos estaban inflamados— ¿por qué? Todas las veces, el día anterior había llorado en exceso durante mis paseos, aunque no lágrimas sentimentales, sino de júbilo; cantaba y decía tonterías, poseído por una nueva visión de las cosas, con la que cuento antes que cualquier otro hombre.» La aparición de «Aurora» le provocaba también una enorme tensión. ¿Cómo reaccionarían sus amigos ante ello? ¿volvería a perder algunos de ellos? «La Sra. Baumgartner me ha escrito muy amable y cordial», escribe el 23 de julio a Overbeck, a quien agradece «que nuestra amistad haya seguido manteniéndose, e incluso se haya sellado de nuevo, en esta circunstancia.» Pero, por lo demás, tiene que escribir, resignado, a Köselitz (el 14 de agosto): «Hubo realmente momentos... (por ejemplo, el año 1878) en los que unas palabras de ánimo... hubieran sido para mí algo como el consuelo de todos los consuelos —y precisamente entonces me abandonaron todos... Ahora ya no espero nada y sólo siento una cierta oscura extrañeza cuando, por ejemplo, pienso en las cartas que estoy recibiendo. —Todo resulta tan fútil, a ninguno le he hecho vivir nada, ninguno se ha hecho una idea sobre mí —todo lo que se me dice resulta respetable y benevolente, pero lejano, lejano, lejano. También nuestro buen Jacob Burckhardt escribió una cartita así, apocada y acobardada.» Burckhardt volvía a emplear la metáfora del caminante sobre riscos, y terminaba[61]: «Quizá, poco a poco, vaya juntándose y creciendo en el valle una muchedumbre que, cuando menos, se ponga a mirar al paseante de riscos»; y en ello no se equivocaría. Pero comienza la carta: «Verdad es que, como Usted adivinó, hay varias cosas en él que van contra mi opinión; pero mi opinión no tiene por qué ser la única verdadera.» ¡Él, por tanto, no formará parte de esa muchedumbre! Esto tuvo que resultar decepcionante para Nietzsche, puesto que había introducido algunos aforismos políticos que estaban totalmente en la línea de la mentalidad de Burckhardt. Pero en aquel momento

* En la edición de las cartas 7, «corregido» por dos.

también este rechazo sonaba como venido de un mundo lejano, puesto que Nietzsche ya se había dejado empujar por la acometida de sus nuevas ideas hacia la más extrema soledad y cobijo. Paul Rée, debido a la alegría que le produjo «Aurora» y a su reconocimiento de la necesidad de ayuda de Nietzsche, había propuesto ir a reunirse con él en la Engadina para servirle de escribiente y de lector. Pero Nietzsche rechazó finalmente la propuesta a fines de agosto[12]: «Si quiere viajar ahora no lo haga en vistas a un encuentro conmigo... sino en consideración a su salud y a la de su madre. ¿Podría no ser la Engadina desaconsejable, en último término? Hace frío y viento aquí, últimamente tuvimos incluso todo un día de invierno y nieve». Antes, el 18 de agosto, había escrito a su hermana: «No soporto telegrafiar la negativa al Dr. Rée: a pesar de que considero enemigo mío a cualquiera que interrumpa mi verano de trabajo en la Engadina... Una persona en medio de la trama, extendida hacia todas las direcciones, de mis pensamientos —eso es una cosa horrible; y si no puedo asegurar en adelante mi soledad, dejaré Europa por muchos años ¡lo juro!» Tras esta amenaza había, efectivamente, planes: ir a la altiplanicie mejicana.

Mientras tanto hubo un asunto familiar que no colaboró precisamente al apaciguamiento de su ánimo. Había muerto un tío materno, Theobald Oehler, Pastor de Altendammbach. A comienzos de julio Nietzsche escribió a su madre lo que él creía una carta de consuelo[124]: «Era un hombre tan dulce y bueno, nuestro Theobald, duro consigo mismo y, sin embargo, no un fanático; siempre lo tuve por el mejor de los Oehler. Quién sabe si la culpa de su enfermedad nerviosa no la tienen todavía más las curanderías de su suegra, que su teología. Prefirió la muerte al manicomio y probablemente hizo bien con ello.» Hubo de recibir la oportuna reprimenda, porque el 13 de julio se apresura a ponerse de lado de la tesis oficial de la familia[124]: «Sí, así suena más probable: el pobre Theobald, en estado de excitación de ánimo, quiso tomar un baño (para tranquilizarse) y al hacerlo le sobrevino el ataque. Esto sucede a menudo, a menudo.» Por tanto, ya se recurre aquí al diagnóstico de ataque cerebral, como también hará más tarde la hermana en relación con el desmoronamiento de Nietzsche.

Nietzsche veía ahora su destino ya más claramente, puesto que en la misma «carta de condolencia» hay una frase aterradora: «Mi dolencia cerebral es muy difícil de explicar; con relación al material científico referente al caso, sé yo más que ningún médico.»

Necesidades físicas e intelectuales: del embutido de jamón a Spinoza

Sin embargo, la parte más importante de su correspondencia con Naumburg la forman encargos de alimentos y de objetos de la vida

cotidiana: embutidos, jamón —«¡pero no peras!»—, píldoras laxantes, guantes de punto, calcetines de lana, tela, hilo y agujas, así como cuadernos para escribir y libros de la biblioteca propia, como por ejemplo, de su contemporáneo el positivista Eugen Dühring (1833-1921), su «Curso de filosofía considerada como configuración vital y cosmovisión estrictamente científica» («esto me resulta ridículo»), aparecido en 1875; además el «Manual de economía política y sociología», de H. C. Carey, en la traducción de Karl Adler de 1870.

Pide a Overbeck que le saque de la biblioteca de Basilea dos tomos de Hellwald: 1. «Historia de la cultura» y 2. «La tierra y sus habitantes», y además «el tomo de Kuno Fischer sobre Spinoza». Ya Nietzsche había sacado tiempo atrás de la biblioteca la «Historia de la nueva filosofía», del profesor heidelbergense de filosofía Kuno Fischer (1824-1907), así como sus conferencias de 1860, «Vida y obra de Kant» e «I. Kant, desarrollo, historia y sistema de la filosofía crítica»; su conocimiento de Kant lo obtuvo, sobre todo, a través de Fischer. Probablemente entonces conociera también la exposición de Fischer de la filosofía del solitario Baruch Spinoza, rechazado por su comunidad judía a causa de sus ideas herético-ilustradoras. Ahora vuelve a tomar ese libro, la segunda parte del primer tomo, que contiene la «Escuela de Descartes» y, precisamente, «Spinoza». Overbeck procuró todo ello a vuelta de correo; Nietzsche comenzó inmediatamente a leerlo y el 30 de julio hace a Overbeck, en una tarjeta postal, esta importante confesión: «¡Estoy totalmente admirado, totalmente fascinado! ¡Tengo un predecesor, y vaya uno! Casi no conocía a Spinoza: lo que ahora me llevó a él fue una 'acción instintiva'. No sólo su orientación general es semejante a la mía —hacer del conocimiento el afecto más poderoso—, sino que, además, yo mismo me reconozco en cinco puntos fundamentales de su doctrina; este pensador, el más anómalo y solitario, me resulta más cercano en lo siguiente: niega la libertad—; los fines—; el orden ético del mundo—; la falta de egoísmo—; el mal—; aunque es verdad que las disparidades son grandes, se debe más bien a diferencias de tiempo, de cultura, de ciencia. In summa: mi soledad, que a menudo, a menudo, como sucede sobre las cimas muy altas, me producía sofocos y hacía que la sangre afluyera por todas partes, resulta ahora, al menos, compartida con otro.»

Se anuncia Zaratustra

En alto estado de ánimo por haber encontrado con «Aurora» su camino y haber completado la ruptura, Nietzsche entra en una fase de auténtico delirio de trabajo. Ya antes de tener en sus manos el nuevo libro comienza con la continuación. Su diálogo ya no se interrumpe. Surgen las primeras anotaciones, las cuales —con material restante del

tiempo de composición de «Aurora»— se convertirán finalmente en la «Gaya ciencia»; ya en medio de todo esto apuntan las ideas fundamentales del «Zaratustra», aunque no todavía la figura de Zaratustra mismo, ni la forma y el ropaje expresivo de este poema doctrinal filosófico. La idea del «eterno retorno de lo mismo» penetra como una pesadilla en el alma de Nietzsche. Dos años más tarde, el 3 de septiembre de 1883, confiesa a Köselitz: «Esta Engadina es el lugar de nacimiento de mi 'Zaratustra'. Acabo de encontrar el primer bosquejo de los pensamientos con los que se juega en él; abajo está escrito 'Comienzos de agosto de 1881 en Sils-Maria, 6.000 pies sobre el mar y más alto sobre todas las cosas humanas'.» Nietzsche confirma también en el «Ecce homo» esta historia sobre el origen[5]: «La concepción fundamental de la obra, la idea del eterno retorno, la mejor fórmula de la afirmación que se pueda jamás encontrar, proviene del mes de agosto del año 1881... Aquel día caminaba yo por los bosques, al lado del lago de Silvaplana; me paré ante una poderosa roca piramidal no lejos de Surlej. Entonces me vino esa idea... El invierno siguiente viví en esa graciosa y tranquila bahía de Rapallo, cerca de Génova, ... por la mañana subía en dirección sur por la magnífica carretera que lleva a Zoagli, al lado de pinos y con amplia vista del mar; por la tarde, cuando la salud lo permitía, rodeaba la bahía entera de Santa Margherita hasta Portofino... En estos dos itinerarios se me ocurrió el Zaratustra entero, sobre todo el mismo Zaratustra como tipo: más exactamente, *él me asaltó*.»

Así pues, si hoy se enseña en la Engadina una «roca de Zaratustra» o incluso dos, se debe a un malentendido. El «eterno retorno de lo mismo» pertenece a la Engadina, la figura de Zaratustra como pregonero de esa idea, a la Riviera, con más exactitud: a la bahía de Rapallo.

Nietzsche sintió inmediatamente el peso que le había sobrevenido con esta idea. Le resultaba aún totalmente extraño y luchó con él durante meses todavía. Tuvo que arreglárselas él solo, y por eso en sus cartas, aparte de consideraciones muy generales, no se encuentra referencia directa alguna a lo que iba creciendo en su interior. Sólo en el verano de 1882 habló de ello a Lou Salomé, y sólo a ella. También en sus trabajos sigue sujetándose al programa previsto: la composición de los tres primeros libros de la «Gaya ciencia» —entendidos todavía por entonces como continuación de «Aurora»—, un auténtico trabajo de orfebre en los pensamientos y en su expresión lingüística. Sólo en pocos párrafos aparecen las ideas del Zaratustra y se hace visible la ebullición interior, poderosa y contenida convulsivamente. En esta misma situación de distanciamiento, en principio, de su propio producto intelectual, encontramos al Nietzsche de dieciocho años al componer «Ermanarich». «El dolor del mundo se introduce por medio de extrañas armonías, acres y dolorosas, que *en principio me desagradaban totalmente*. Ahora, en el conjunto de la pieza, me resultan algo dulcificadas y tolerables, al menos. Al final, el

empuje y el galope de la pasión, con sus transiciones repentinas y arranques tempestuosos, rebosan de monstruosidades armónicas sobre las que no me atrevo a emitir un juicio», escribe en el recuento de su vida de 1862[4]. Nietzsche, ya entonces, no se ve como autor, «se» compone por mediación suya. Exactamente así entiende ahora el «eterno retorno de lo mismo» y la figura de Zaratustra: ambos lo asaltan y lo obligan a anunciarlos, a «componerlos». A ello se añade algo nuevo: la conciencia de una responsabilidad desmesurada bajo cuyo peso amenaza desmoronarse. ¿Quiere, puede soportar todo ello? Para aclararse con esta cuestión del destino necesita tiempo y fuerza, y de la decisión positiva surgirá su orgullosa conciencia de profeta, de ser un elegido, alguien que habla para milenios.

Para facilitarse el trabajo intenta conseguir, primero, una máquina de escribir. «Estoy en contacto con su inventor, un danés de Kopenhage», escribe el 14 de agosto a Köselitz. La máquina de escribir, por cierto, ya había sido «inventada», es decir, construida, diez años antes en América, y, desde 1873, producida en serie por Remington, una fábrica de armas y de máquinas de coser. Nietzsche prefirió el modelo danés porque era más ligero, y, por tanto, más cómodo para sus viajes, que el americano, aunque, dicho sea de paso, con no tan buenas prestaciones, como habría de comprobarse.

Exigencia de fundamentación científica

Le resulta imprescindible, además, ampliar sus lecturas. Todavía en septiembre hace que Overbeck le envíe algunos libros a Sils, que dejan traslucir de nuevo una fuerte y acuciante exigencia de conocimiento fundado científicamente y de conexión con las corrientes intelectuales más poderosas de su tiempo. Ya estaba familiarizado hacía tiempo con los neokantianos Zeller y Fischer. Ahora se dirige hacia el silesio Otto Liebmann (1840-1912; desde 1872 profesor en Estrasburgo, desde 1882 en Jena) y encarga su «Kant y los epígonos» (1865), en el que acaba cada capítulo con el estribillo: «... así pues, hay que volver a Kant», y «Análisis y realidad» (1876). Lo que debió resultarle más interesante en todo ello fue el esfuerzo de Liebmann por eliminar la «cosa en sí» de la imagen crítica del universo. «El punto esencial de la concepción crítica del universo consiste en la idea de que el hombre sólo conoce en el médium de la conciencia humana... El hecho original no es el mundo, sino nuestra conciencia[247].» Estas son ideas que Nietzsche expuso ya en «Aurora», pero que ahora, en la «Gaya ciencia» puede desarrollar con mayor seguridad. Desea tener, asimismo, un escrito del darwinista Otto Caspari, «La hipótesis de Thomson» (1876); además, de Adolf Fick (que forma, junto con Helmholtz, Fr. Alb. Lange y otros, la llamada orientación fisiológica

del neocriticismo), su «Ensayo sobre la causa y el efecto», una obra notable para su tiempo, de la que en 1882 apareció la 2.ª edición.

Con «La fuerza. Una cosmovisión realmonística» (1878) de J. G. Vogts, Nietzsche se introdujo en el círculo y en las ideas del monismo proveniente de E. A. Häckel. «Necesitaría pronto uno de mis libros de los cajones de Zürich: Spir, Pensamiento y realidad— ... son dos tomos», sigue diciendo en la carta a Overbeck.

Nietzsche había estudiado por primera vez a African Spir (1837-1890) ya en 1873[37] (cfr. tomo I, p. 555 ss.) Una idea y una actitud personal de Spir ejercieron sobre él un influjo nada despreciable: «¡La ley moral proviene de nosotros, no de Dios, es nuestra mejor naturaleza propia! Spir, a pesar de que ha permanecido casi desconocido, consideró sus doctrinas como absolutamente demostradas y como el acontecimiento fundamental del siglo XIX, con el que comenzaría la segunda época de la Humanidad, la de la madurez intelectual[247].»

Sigue preguntando a Overbeck: «¿Están en la sociedad de lectura (o biblioteca) de Zürich los 'philosophische Monatshefte'? Necesito el tomo 9, año 1873, así como el del año 1875. Además la revista Kosmos, tomo 1.» Aquí Nietzsche comete uno de sus frecuentes errores al citar de memoria: el tomo 9 es del año 1874. Los «Philosophische Monatshefte» fueron editados y acreditados por Julius Bergmann, profesor de filosofía en Königsberg, más tarde en Marburgo, junto con otros colaboradores. En ellos se resuelve toda la tensión de aquella época entre neokantianos, hegelianos y materialistas. Dado que el redactor, Julius Bergmann (1840-1904), es partidario de Lotze y de su esfuerzo por encontrar una síntesis entre materialismo e idealismo, y no renuncia a la metafísica, esto sirve a Nietzsche de polo opuesto a sus lecturas unilaterales, cosa que él buscó seguramente, puesto que corresponde exactamente a su propia situación «dialéctica». En todo caso, los aforismos publicados y los póstumos de esa época abarcan el ámbito entero de las posibilidades del pensar y de su discusión. Un estímulo adicional para que pidiera esa voluminosa revista pudo ser seguramente el hecho de que su viejo amigo de la «cueva de Baumann», Heinrich Romundt, apareciera en ella con artículos sobre crítica del conocimiento, de su época de Basilea.

El polo opuesto a los «Philosophische Monatshefte» lo representa la otra revista pedida por Nietzsche, tal como ya indica su prolijo título: «'Kosmos' Revista para una cosmovisión unitaria sobre la base de la teoría de la evolución / en contacto / con / Charles Darwin y Ernst Häckel / así como con una serie de destacados investigadores en el campo del darwinismo / editada / por / Dr. Otto Caspari (Heidelberg) Prof. Dr. Gustav Jäger (Stuttgart) / Dr. Ernst Krause (Carus Sterne, Berlín).» ¡La exégesis de Nietzsche ofrece todavía tantas posibilidades inéditas de comparar todas estas publicaciones, expresamente citadas por él, con su reacción a ellas en su obra y en los póstumos! Las obras y los artículos de revista de

todos esos autores eran, en su mayoría, trabajos serios y profundos de especialistas, pero, como sucede con la inconmensurable producción de la época en la poesía y la música, apenas son conocidos por los especialistas, e incluso sus nombres sólo permanecen todavía en los diccionarios más extensos. Fueron oscurecidos, y no en último término, por la obra de Nietzsche, cuyo genio condensó un agudo extracto de ellos en el que se conservan esos elementos duraderos —y, por desgracia, también los problemáticos—, los «elementos de las huellas» («Spurenelemente») de su formación intelectual, occidental y contemporánea. Nietzsche no sólo pensó y abstrajo esas ideas, sino que las vivió; sufrió con ellas, entre ellas, por ellas; luchó con ellas. Esto es lo que proporciona a su obra y a sus expresiones esa fuerza demoníaca que tienen. Su pasión por el conocimiento fue lo que le insufló aliento.

Overbeck no sólo tiene que solucionar estas necesidades intelectuales, sino también otras muy físicas. Ya el 5 de noviembre Nietzsche había pedido a la señora Ida Overbeck una olla de vapor, de lo que deducimos, así como de los paquetes de comida de Naumburg, que está viviendo otra vez, como en St. Moritz, en una habitación alquilada; no está confirmado, pero es probable que ya ese año estuviera en la casa de Durisch*. La dirección es la tan socorrida de «Poste restante». Ahora encarga a Overbeck: «... para completar mi farmacia privada... 1. ferrum phosphoricum/ 2. fosfato de potasa/ 3. natrum sulfuricum/ 4. natrum muriaticum/ 10 gramos de cada uno en polvo. Muy bien empaquetado.»

El estado de salud hubo de volver a ser horrible. Se lo confiesa a Overbeck el 18 de septiembre, concluyendo así en un párrafo de la carta escrito en latín: «Sum in puncto desperationis.» Le cuenta cómo ha llamado a la muerte como médico y cómo el día anterior había esperado que fuera el último —pero en vano. El 22 de septiembre escribe a Köselitz: «¡Fueron tiempos peligrosos, la muerte me miró por encima del hombro, durante todo el verano he sufrido horriblemente: ¡adónde puedo ir!... Piense que, in summa, he pasado aquí arriba 10 días soportables, y que los días malos crearon situaciones tan atroces como las que viví en Basilea.»

A Génova, su cuartel de invierno; esperanzas puestas en el compositor Peter Gast

El estado de salud retrasó su partida. Abandona la Engadina extraordinariamente tarde, el 1 de octubre, para volver a Génova. El 10 de octubre escribe a Naumburg, como si hubiera regresado a la patria[124]: «... tan difícil me resulta admitir que ya sólo puedo vivir al lado del mar. El

---

* Nombre románico, que hay que acentuar en la segunda sílaba alargando la i.

martyrium del 1 de mayo al 1 de octubre fue atroz; trajo para mí viejos —y los peores— peligros en su seno. También aquí sufro mucho, como sabéis, pero es posible humanamente soportarlo, mientras que en la Engadina, en Marienbad, en Naumburg y Basilea la vida se me convirtió en tortura animal.»

A Nietzsche le tocó vivir todavía una sorpresa agradable en la Engadina: Köselitz le anunció la terminación de la composición «Broma, astucia venganza» el 24 de agosto, y, después de haberla encuadernado e introducido en ella algunas indicaciones sobre la dinámica, su envío a Viena el 5 de septiembre. De allí habían llegado indicios favorables a una aceptación. E inmediatamente se pone a trabajar en su proyecto de ópera, del que ya se hubo de hablar en Recoaro, y con motivo del cual Nietzsche quiso cambiar el nombre de Köselitz en Coselli: la ópera cómica «Il matrimonio segreto» o, como finalmente sería el título de la versión alemana, «El león de Venecia». El 4 de octubre Nietzsche le felicita por su propósito y le anima a ello: «¡Siga con su proyecto del Matrimonio secreto! Todavía no existe ópera alguna en la que un nórdico se sienta totalmente sureño — ¡esto no va a ser ningún problema para Usted!» El 14 de octubre puede escribir Köselitz: «... desde hace tres días me siento en medio de armonías y ya tengo los bosquejos de ocho partes. ¡Espero que esta música flotante le produzca algún placer!» Y el 1 de noviembre: «el proyecto de la ópera está ya casi completo... ya están casi todos los recitativos, que no quiero hacerlos demasiado secos, pero tampoco, según su expresión, demasiado húmedos. Los recitativos irán en una ordenación periódica... Al final de este año estará todo acabado hasta en sus mínimos detalles.» Nietzsche tomó parte muy activa en los planes y trabajos de su amigo. Por su causa fue a la ópera «y oí Semíramis de Rossini y Romeo y Giuletta de Bellini (ésta cuatro veces)», como escribe el 6 de noviembre. Con esta ocasión hace un descubrimiento que lo conmueve profundamente. «Oí dos veces a una cantante muy joven en el papel de Sonnambula: Emma Nevada. Dos veces me colocó en una dulce embriaguez (lo que no había conseguido voz alguna todavía). Ahora siempre me ronda 'Nausikaa', un idilio con danzas y todo el esplendor sureño de aquellos que viven al lado del mar; música y poema del amigo Köselitz; Nausikaa cantada por Emma Nevada. Mis genoveses estaban fuera de sí, la trataron como a un ángel del cielo». (A Köselitz, el 18 de noviembre de 1881.) El 27 de noviembre ya ha acabado este intermezzo: «El lindo pájaro cantor ha volado.»

«*Carmen*»

Un descubrimiento mucho más importante, de esas visitas al teatro, un acontecimiento del destino incluso, resultó el encuentro con la ópera «Carmen», de Bizet, el 27 de noviembre de 1881 en el teatro Politeama de Génova.

Georges Bizet nació en París el 25 de octubre de 1838 —así pues, casi exactamente seis años antes que Nietzsche. Fue musicalmente prematuro, prematuramente admirado y con éxito; a la edad de veinte años consiguió el famoso premio de Roma: una estancia de estudios durante tres años en Roma, pagada por el Estado francés. Compuso muchísimo, sobre todo del género dramático —algunas óperas—; pero sólo se hizo un nombre en su época de madurez con la música para la «Arlésienne» y «Carmen», no sin críticas en un principio. El estreno de «Carmen» tuvo lugar en París el 3 de marzo de 1875. La obra fue acogida fríamente, y todavía hoy, si se la representa en la versión original del estreno, tiene la forma de una ópera de diálogo. Se trató de un encargo de la Opéra comique, la cual no tenía permiso para representar obras enteramente musicadas: esto se reservaba y se reserva todavía para la Grand Opéra. Los extraordinarios recitativos, que sirven de lazo de unión, fueron compuestos posteriormente por Ernest Guiraud (1837-1892). Guiraud fue, asimismo, premio de Roma y compositor de óperas, pero no se logró imponer con sus propias obras. Su nombre, sin embargo, permanece unido a la marcha triunfal de «Carmen», de Bizet; no es gratuito que esta ópera consiguiera éxito universal sólo en su versión, éxito que Bizet ya no pudo vivir. Tres meses después de la defraudante première, el 3 de junio de 1875, murió en París sin haber cumplido todavía treinta y siete años; era aproximadamente la época en la que comenzaban en Bayreuth los ensayos para los primeros festivales de 1876, y con ello el triunfo de Wagner en los teatros alemanes.

El texto es de los experimentados libretistas Meilhac y Halévy, según una novela de 1845 de Prosper Mérimée. Micaela, como figura femenina de contraste con la heroína del título, es un invento de los libretistas. Nietzsche sentía, y solo por la música, cómo esta Micaela no estaba en el original; le resultaba extraña.

Mérimée (1803-1870) había estudiado arqueología y filología, y, como senador e inspector de los monumentos artísticos franceses, era amigo de la familia de Napoleón III. Como escritor dejó una extensa obra, apreciada también por Nietzsche, entre novelas y cuentos. La inclinación que en ella muestra a lo primitivo y animal, así como a las pasiones exóticas y fatales, seguramente fue no poco impulsada por sus traducciones al francés de Puschkin, Gogol y Turgenjew, de las cuales alguna conocía Nietzsche. También se recordaba algo de su novela corta «Carmen». Por eso, ni el tema ni el estilo le resultaban extraños, lo que hizo que le fuera más fácil la comprensión de la ópera. Al día siguiente del primer encuentro escribe entusiasmado a Köselitz: «¡Hurra! ¡Amigo! He vuelto a conocer algo bueno, una ópera de François Bizet (quién es ese): "Carmen". Sonaba como un cuento de Mérimée, inteligente, fuerte, emotiva de vez en cuando. Un auténtico talento francés de la ópera cómica, no desorientado en absoluto por Wagner, por el contrario, un verdadero discípulo de Hector Berlioz. *¡Algo* así he creído que sería posible! Parece que los

franceses están en el mejor camino en la música dramática; y tienen una gran ventaja sobre los alemanes en un punto fundamental: la pasión no es tan *rebuscada* en ellos (como, por ejemplo, son todas las pasiones en Wagner).» Y una semana más tarde, el 5 de diciembre del 81: «El que Bizet haya muerto me resultó como una profunda puñalada. Oí Carmen por segunda vez —y de nuevo me recordó una novela de primera fila, como por ejemplo de Mérimée. ¡Un alma *tan* apasionada y *tan* gentil! Para mí esta obra merece un viaje a España —una nación muy meridional—. No se ría, viejo amigo, no me equivoco ni tan fácil ni tan completamente con mi "gusto".»

Sí, esta vez Nietzsche tendría razón con su gusto, pero no siempre sucedía eso. Incluso aquí no notó que el colorido español de la ópera no es auténtico. Los españoles lo juzgan de otro modo.

Tres días más tarde, el 8 de diciembre, vuelve a escribir a Köselitz: «Muy tarde me ofrece mi memoria (que está enterrada en medio de ello) que hay realmente una novela "Carmen" de Mérimée, y que el esquema y la idea, y también el desenlace trágico de ese artista, siguen presentes en la ópera... Estoy casi por pensar que Carmen es la mejor ópera que hay; y mientras que *nosotros* vivamos formará parte de todos los repertorios de Europa.» Más de seis años después, en mayo de 1888, en el «Caso Wagner», Nietzsche vuelve a escribir sobre Carmen con entusiastas palabras: «Oí ayer —no sé si lo creerá— por vigésima vez la obra maestra de Bizet...» Pero a finales del año 1888 escribe a Carl Fuchs: «No debe tomar en serio lo que digo sobre Bizet; tal como yo soy, este Bizet no merece 1000 veces mi atención. Pero como antítesis irónica de Wagner es muy efectivo; hubiera sido una falta de gusto incomparable el que hubiera partido, por ejemplo, de una alabanza de Beethoven.»

Pero en el invierno de 1881-1882 su admiración es todavía auténtica, y «Carmen» se convierte para Nietzsche en un objeto que puede poner como ejemplo de su concepción de la ópera, del teatro en general, de la función de la música y de su estética filosófica.

Se impone aquí un paralelo digno de consideración. Ese mismo puesto ocupa «Don Giovanni» de Mozart en «O lo uno o lo otro», de Kierkegaard[119]. También para él esa ópera se convirtió en un paradigma —malo, en este caso, porque está mal elegido— para mostrar un modo de vida, a saber, el puramente estético, orientado sólo al goce de los sentidos, que él rechaza y que no saluda tan exaltadamente como Nietzsche a la ópera «Carmen». Nietzsche encuentra aquí lo que Kierkegaard llama «lo erótico inmediato». Pero Kierkegaard llega hasta la afirmación de que la representación de ese «erótico inmediato» es la tarea genuina y única de la música, mientras que el músico Nietzsche sabe, por el conrario, que con ello no se agotan sus posibilidades, aunque goce de ella especialmente en esta función.

Se dice que Kierkegaard no faltó a ninguna de las representaciones de

«Don Giovanni» en Kopenhage (ni quizá ya en Berlín). Nietzsche, con seguridad, no faltó a muchas de las representaciones de «Carmen» accesibles para él.

El 5 de enero de 1882 envía a Köselitz la partitura para piano, «que leí ayer, ¡es magro francés, le falta toda guarnición! Sin embargo, las partes cantadas están completas... Me he permitido escribir algunas glosas al margen... —En este invierno Carmen perteneció realmente a mis "riquezas", y Génova me resulta mucho más preciada a causa de esa ópera.»

Esas glosas al margen son extraordinariamente aclarativas en dos sentidos. Muestran, por una parte, una conciencia cada vez mayor, una precisión de los argumentos contra Wagner, y explican varias cosas del «Caso Wagner». Por otra, Nietzsche ve y vive en esta ópera una forma de amor que no dejará de influir en los acontecimientos del verano siguiente, en el «episodio Lou». Es muy significativo que ya ahora no le guste la lírica Micaela. Observa respecto a su dúo con Don José: «El dúo está un grado por debajo de mi gusto —demasiado sentimental, demasiado en el estilo del Tannhäuser. Por lo demás, la cultura de la "madre" es francesa—. Nosotros lo sentimos de otro modo[71].»

Esperanzas respecto a Bayreuth

A pesar de todo, Nietzsche no se puede liberar del hombre Wagner. Köselitz le había escrito el 23 de febrero de 1881: «Los Wagner quisieron imprimir su proclama a los patrones (¿o a quién?)... en estas "Bayreuther-Blätter"; pero se abstuvieron de consultarle, dado que habían previsto su negativa —eso dice v. Gersdorff», quien entonces conservaba todavía un estrecho contacto con Bayreuth; últimamente había estado en casa de los Wagner en Nápoles, de visita, del 4 de noviembre al 5 de diciembre de 1879, en enero de 1880 (del 4 al 16), y de nuevo a comienzos de marzo, a causa de su «divorciada novia» (Nerina), según comentario de Wagner[258]. La «proclama» se trata del borrador de Nietzsche del 25 de octubre de 1873, «Exhortación a los alemanes», que Wagner había aceptado y recomendado entonces, pero que fue rechazado en Bayreuth el 30 de octubre por la reunión de delegados de las agrupaciones Wagnerianas y sustituido por un texto del profesor Stern. A Nietzsche le tuvo que impresionar la idea de que lo consultaran, puesto que en el fondo *él* esperaba un primer paso así por parte de Bayreuth. No deja de ser una tragedia que estas personas, que seguían sintiéndose tan cercanas en su interior, no volvieran a unirse, simplemente por no poder superar la diferencia de puntos de vista filosóficos. En medio de su primer entusiasmo por «Carmen», el 5 de diciembre de 1881, Nietzsche puede escribir a Köselitz: «De tiempo en tiempo (¿por qué?) me resulta como una necesidad escuchar algo así, general e informal, sobre Wagner ¡y de quién mejor que de usted!»; y el 19 de enero de 1882, a Ida Overbeck: «En Bayreuth "brillaré" esta vez

por mi ausencia —a no ser que Wagner me invitara personalmente (¡lo cual, según mi opinión, convendría perfectamente a un "tacto refinado"!).» Y de nuevo el 29 de enero, esta vez al propio Overbeck: «Pero yo estuve demasiado cercano a Wagner como para aparecer allí como un simple asistente... sin una especie de "reconciliación". Pero no hay perspectiva alguna de tal reconciliación, que naturalmente habría de partir de Wagner mismo... En verdad, pierdo la única oportunidad de volver a ver a la vez a todos los que son o fueron cercanos a mí, y de afianzar de nuevo muchas relaciones que se han vuelto vacilantes. Este es el caso del amigo Rohde, quien no me ha dedicado palabra alguna desde el envío de "Aurora", igual que la señorita Von Meysenbug, etc.» El 30 de enero escribe también a la hermana en este sentido, y el mismo día recomienda a Köselitz ir el próximo verano al estreno de «Parsifal», para el que pone a disposición de su hermana sus plazas del patronato, añadiendo: «... me resulta muy agradable que quieras estar allí».

Pero este gesto apenas si fue notado en casa de Wagner. La misma Cosima estaba demasiado decepcionada y ofendida, lo que, de todos modos, pone en evidencia que la «caída» de Nietzsche, que ella designaba incluso como traición, no le resultaba indiferente y la había herido en un punto sensible. Sin embargo, intenta varias veces acordarse amistosamente de Nietzsche; así el 6 de abril de 1880, al ver en un catálogo de autógrafos una carta de Hölderlin a Schiller[258]: «... acordándome de que Hölderlin era el preferido de Nietzsche, leo la carta y se la cuento a R., quien me ruega que la conserve». Wagner le reprochará a ella más tarde (por ejemplo el 28 de diciembre de 1881) que le «falta la capacidad de tener presentes las peores experiencias; por ejemplo, con Nietzsche sólo recuerdo los rasgos amables».

El apartamiento de Rohde afligía a Nietzsche; éste quiso forzar la comunicación y el 21 de octubre de 1881 le había escrito: «Dado que entre tanto no me has escrito, supongo que tienes algún tipo de dificultades para ello. Por eso te expreso hoy mi ruego, cordialmente sentido, y lo hago sin ninguna clase de segunda intención molesta para ti: ¡no me escribas ahora! Ello no cambia nada entre nosotros; pero me resulta insoportable la sensación de haber producido, al parecer, en un amigo una especie de obligación por el envío de un libro ¡Qué importa un libro! Tengo todavía cosas más importantes que hacer —y sin ello no sabría para qué vivir. Puesto que la vida me trata duramente, sufro mucho.»

¡Pero de este modo no se recompone ninguna amistad!

Admiradores

A la vez Nietzsche pudo experimentar nuevos afectos, todos los cuales, sin embargo, debido a la importunidad que conllevaban, no significaron

simple alegría para él. Ya el 30 de marzo de 1881 se había quejado a Köselitz: «¡El señor Otto Busse preocupa enormemente a sus parientes y amigos (—¡lleno de delirios respecto a sí mismo y a mí!) y éstos se dirigen ahora a mí! —pensando que yo le haya metido algo en la cabeza... Se considera el reformador de los alemanes y a mí la "autoridad de las autoridades" —en una palabra: ¡Mahoma y Alá!» Busse era un viejo admirador de Nietzsche de la zona de Brandenburgo, que había malentendido sus primeros trabajos viéndolos sólo como programa de una reforma cultural nacional-alemana. Enviaba poemas voluminosos a Nietzsche, y consiguió impresionarlo hasta cierto punto con ello, puesto que las palabras del 27 de noviembre de Nietzsche a Köselitz no dejan de mostrar una llamativa escisión: «Había en su carta unos cuantos sentimientos tan delicados que me conmovieron —¡conmovido y lleno de burla por mi destino! Nadie... me ha honrado hasta ahora como ese pobre señor Busse. Envíeme sus misivas, pienso incluso contestarle—: es todo mi "público".» Pronto habría de ampliarse el público. «El nuevo año trajo un "escrito de adhesión" de América, en nombre de tres personas (entre ellas un profesor del Instituto Peabody, en Baltimore)» (a Köselitz, el 17 de enero de 1882). Se trata, sobre todo, de Mrs. Fynn, que en los próximos años vendrá a Europa y será la primera de aquella guirnalda de damas cultas que rodean a Nietzsche en Sils y entablan conversación con él. Un interés más general y creciente por Nietzsche descubre el «Berliner Tagblatt» en marzo de 1882, en un reportaje sobre la existencia genovesa de Nietzsche; «ni la máquina de escribir fue olvidada», observa Nietzsche, de buen humor, a Overbeck.

También fue una gran alegría para él el anuncio del noviazgo de Gersdorff con la señorita Martha Nitzsche, hecho el 15 de diciembre de 1881, al que Rée y Romundt añadieron saludos desde Leipzig.

Desde Venecia, Gersdorff había visitado otra vez en junio a su Nerina Finochietti, de quien Köselitz tenía hacía tiempo la impresión de que ahora quería alejar de sí a su antiguo novio, después de que los prejuicios profesionales del padre de Gersdorff hubieran impedido primero la unión. Simplificando mucho las cosas, el 18 de diciembre Nietzsche escribe a Köselitz en relación con el nuevo noviazgo de su amigo: «¡Gersdorff, de modo grandioso, ha puesto término al malentendido entre nosotros! — La familia de mi apellido (sin e) me es conocida dese la niñez, pasé una vez las vacaciones de verano en su hermosa posesión... ¡Bellas muchachas!» Como luego tiene que esperar largo tiempo a que llegue una respuesta a su carta de felicitación, se vuelve a dirigir a Köselitz: «... (yo) esperaba, dado el tipo de esa carta, que Gersdorff me escribiría inmediatamente. Pero ha pasado ya un mes sin carta alguna. ¿Qué ha sucedido?» Parece que esta expresión interrogativa deja entrever un cierto temor de que se hubiera vuelto a producir un alejamiento. Por suerte esta alarma de Nietzsche era infundada. Aunque tuvo que esperar hasta el siguiente

agosto por una respuesta, que luego, sin embargo, resultó tanto más cordial.

Tras la muerte inesperada de su padre, en febrero de 1881, Gersdorff hubo de hacerse cargo de la administración de las posesiones en Ostrichen, en la Prusia Oriental. Aceleró entonces su boda, que tuvo lugar el 19 de marzo de 1882, como informa Rohde a Overbeck. Se trata de una correspondencia sostenida con toda calma, con la que Rohde parece querer mantener un contacto indirecto con Nietzsche.

Gersdorff, por el contrario, sacó consecuencias diferentes. Köselitz lo había ido introduciendo poco a poco, en Venecia, en los nuevos escritos de Nietzsche. Gersdorff se dejó conquistar por ellos, alejándose a la vez interiormente de Bayreuth, hasta tal punto que en abril elude el encuentro con Wagner en Venecia (lo que Cosima, el 29 de abril de 1882, anota decepcionada[258]) y en el verano de 1882 no va al «Parsifal», «y ni siquiera me resultó difícil esa renuncia. Los Wagner están de todos modos descontentos de mí por no haber buscado esposa en Wahnfried», como confiesa a Nietzsche[14].

Paul Rée en Génova

La mayor alegría de ese invierno es la visita de Paul Rée, desde el 4 de febrero hasta el 13 de marzo de 1882. Pero la felicidad es excesiva. Nietzsche tiene que volver a pagarla, ya el tercer día después de la llegada de Rée, con un ataque muy grave de varios días, que incluso va acompañado de pérdida de conciencia. «En una palabra, hemos de aprender todavía a estar juntos. Pero resulta demasiado agradable tratar con el Dr. Rée; no existe fácilmente un trato tan refrescante. Aunque no estoy acostumbrado a lo bueno», informa el 10 de febrero a casa.

Ambos amigos fueron juntos al teatro. Así, el 5 de febrero, en que vieron a la famosa Sarah Bernhardt como dama de las camelias en la obra de Alejandro Dumas. Pero «con Sarah Bernhardt tuvimos mala suerte... después del primer acto cayó como muerta. Tras una penosa hora de espera siguió interpretando, pero a mitad de ese acto le sobrevino un vómito de sangre... con lo que la función se acabó. Fue una impresión insoportable, sobre todo porque interpretaba a una enferma del mismo tipo... A pesar de ello... volvió a interpretar la noche siguiente y las siguientes, y ha convencido a Génova de que es 'la primera artista viva'. — Externamente y en sus ademanes, me recordó mucho a la señora Wagner», confiesa en la misma carta.

También oyeron el «Barbiere di Seviglia», de Rossini. «Fue la representación más modélica, todo de primera categoría... Pero la música no me gustó. Me gusta otra Sevilla totalmente diferente», hace saber a Köselitz, refiriéndose seguramente a la diferencia con «Carmen». Köselitz

respondió con una extensa alabanza de Rossini. Propone que se considere que en tiempos de Rossini todavía no había por qué guardar fidelidad a la historia o al colorido local, pero que por eso mismo se podía ser más espontáneo. «Todo lo que en Rossini es multicolor tornasolado, resulta en Mozart y Cimarosa como frío mármol.» Alaba también los «crescendos de Rossini, en los que la orquesta parece que comienza a hervir y burbujear». Nietzsche le responde a ello en pocas palabras: «¡Cuánto daría por pensar lo mismo que usted sobre la música del Barbero! A fin de cuentas se trata de un asunto de salud. La música tiene que ser muy apasionada o muy sensible para gustarme. Esta música no es ninguna de ambas cosas: esa tremenda agilidad me resulta incluso penosa, como la vista de un payaso.»

Febrero trae ya un tiempo tan cálido que los amigos pueden bañarse en el mar, por lo que Nietzsche muestra siempre una preferencia especial. A comienzos de marzo hacen una excursión de dos días a Mónaco. Pero Nietzsche se mantiene alejado del casino y se dedica a estudiar a las personas. Surgen planes desmesurados. El 4 de marzo escribe a Köselitz: «Me gustaría dirigir una colonia en las altiplanicies de México: o ir con Rée al oasis de palmeras de Biskra», respecto a los cuales Rée ya había escrito el 11 de febrero a la hermana de Nietzsche[12]: «Para el año próximo ya he acordado con su Sr. hermano un viaje a Biskra, Argelia; caravanas, oasis, camellos», pero entonces ya estaban ambos amigos separados para siempre a causa de amargos acontecimientos. Rée había traído también la máquina de escribir comprada por Nietzsche a Hansun, en Kopenhage, que, por desgracia, ya había sufrido desperfectos durante el mismo viaje. Verdad es que un mecánico la reparó en el plazo de una semana, pero pronto dejó totalmente de prestar sus servicios. Sólo hay unas pocas cartas escritas a máquina, y no siempre aguantó ésta hasta el final. En la carta del 20 de marzo a Köselitz tuvo Nietzsche que continuar escribiendo a mano.

El semestre de invierno en Génova tuvo, por tanto, algunos puntos de luz. Pero también esta vez Nietzsche había aparecido en Génova demasiado súbita e inesperadamente, cosa que resultaría desfavorable. Las condiciones externas de vida eran miserables, sobre todo al principio, incluso teniendo en cuenta la fundamental ausencia de pretensiones de Nietzsche, como se manifiesta en una anotación póstuma de esa época, dirigida claramente contra Wagner[1]: «La necesidad de lujo me parece que indica siempre una profunda vulgaridad de espíritu; como si alguien se rodeara siempre de bastidores porque no es nada completo, real... Quien es espiritualmente rico e independiente es también el hombre más poderoso; es deleznable, al menos en estos tiempos tan humanos, que quiera tener más: éstos son los insaciables. Sencillez en la comida y en la bebida, odio a las bebidas alcohólicas — eso es lo que le corresponde.»

Primero, los juicios suenan muy satisfechos: «Me he vuelto a instalar en la vieja Génova, en mitad del hervidero de callejas, justamente lo contrario de la elegancia de los enfermos en Niza», escribe el 4 de

octubre a casa. El 14 de octubre, en carta a Overbeck, llama a Génova una «ciudad que no es moderna ni romántica», pero que le gusta; el 21 de octubre, sin embargo, se queja a la madre[124]: «Escribo en un café, mi habitación no tiene luz suficiente para leer y escribir (¡pero el 25 de este mes tendré la tercera vivienda!)... ¡Mientras tanto hay que ser valiente! — Estamos ya en auténtico invierno, lluvia helada con tempestad, me horroriza lo que se avecina, un duro invierno, y yo sigo sin estufa. Pero aquí no las hay.» Esto ya hubo de experimentarlo el invierno último. El 27 de octubre ya puede escribir[124]: «Desde ayer tengo la nueva vivienda, que promete proporcionarme una hermosa tranquilidad. Menos mal que el amigo Rée no me ha visto aquí en las últimas semanas —había caído hasta el último escalón de mis pretensiones. Ahora ya me puedo "dejar ver"— me ha costado mucha reflexión encontrar esta casa. Dirección: Génova, salitta della Battistine 8 (interno 6), pero sólo para Rée y no para cartas. Con cariño, vuestro Filocteto.» ¡Aquí encontramos por primera vez este pseudónimo! Sobre ese alojamiento Rée informa más tarde, el 5 de febrero de 1882, a la hermana de Nietzsche[12]: «Tiene una habitación agradable, en el centro de la ciudad, pero del todo tranquila, dado que hay un convento al lado, delante del cual está prohibido que pasen coches.»

Igualmente cambiante era su salud, sobre todo en los primeros meses; su estado fue empeorando hasta un momento de crisis en torno a las Navidades. Sus lamentos no acaban nunca, y busca desesperado la causa: sobre una falsa pista, puesto que la busca sólo fuera, y cree ahora haber encontrado en la electricidad atmosférica una de las fuentes fundamentales. Esta idea ya le había impulsado a preguntar a Overbeck, en septiembre de 1881, con ocasión de su gran encargo de libros: «¿Existe una edición completa de los discursos de Dubois-Reymond?» Emil du Bois-Reymond (1818-1896) había publicado ya en 1848 una «Investigación sobre la electricidad animal». Además de ello, el 28 de octubre pide también el escrito «Meteorología»*, del médico Pierre Foissac, y justifica así su deseo: «Es a causa del terrible influjo de la electricidad atmosférica sobre mí — ello me hará andar vagando todavía por la tierra, *tiene* que haber mejores condiciones de vida para mi naturaleza. Por ejemplo en las altiplanicies mejicanas, al lado del tranquilo océano.» El libro llegó pronto, pero Nietzsche volvió a quedar defraudado, y el 14 de noviembre escribe a Overbeck al respecto: «... esa meteorología médica... es por desgracia una ciencia en la niñez todavía y para mi caso personal sólo una docena más de interrogantes... Tenía que haber ido a París a la exposición de la electricidad, en parte para aprender lo nuevo, en parte como objeto de exposición: pues como olfateador de los cambios eléctricos y profeta del tiempo compito con los monos... ¿Puede acaso decir Hagenbach con qué vestimenta (o cadenas, anillos, etc.) se protege... uno mejor?... ¿Cuán-

* Traducción al alemán por Emsmann, 1859.

do estará acabado el túnel de San Gotardo?... Ha de llevarme hacia ti y hacia los médicos...; he previsto una larga consulta.» El túnel del San Gotardo fue inaugurado el 22 de mayo de 1882. Pero Nietzsche no lo usó entonces para visitar a los médicos de Basilea.

A finales de enero de 1882 informa a la madre: «Además de todo eso, desde octubre he estado sometido a grandes dolores de muelas — tengo aproximadamente seis muelas huecas... Probablemente tenga que decidirme finalmente a ir al Dr. van Marter de Florencia.» También el invierno sin estufa se cobra su tributo. Nietzsche prosigue en la carta[124]: «Últimamente he conocido una nueva dolencia, que tiene su propia incomodidad: ahora me atormenta un padecimiento de vejiga y no quiere abandonarme.»

Si enero ya destacó por un tiempo desacostumbradamente claro, febrero y marzo trajeron una época señaladamente cálida. Nietzsche informa sobre ello a mitad de marzo a Overbeck: «La primavera ha pasado: tenemos calor y claridad veraniegas. Es el tiempo de mi desesperación. ¿A dónde ir?, ¿a dónde?, ¿a dónde? Me marcho tan a disgusto del mar... pero tengo que irme. ¡Vaya ataques que he pasado! Despiertan mi interés las enormes cantidades de bilis que vomito siempre ahora.»

Génova se vuelve inhospitalaria; ensayo con Messina

El amigo Rée había partido el 13 de marzo hacia Roma al encuentro de Malwida von Meysenbug. Inconsciente y sin quererlo iniciaba el último acto de su amistad con Nietzsche. Éste permaneció más de dos semanas todavía solo en Génova, después se fue también. El 29 de marzo fue en un carguero de vela, atropelladamente, hasta Messina, donde otra vez, como tantas más todavía, encantado por las nuevas impresiones, vuelve a afirmar haber encontrado finalmente el lugar apropiado. En cualquier caso, el 8 de abril, una semana después de la llegada, escribe a Overbeck: «Últimamente, en un salto audaz, he viajado directamente, como único pasajero, aquí, a Messina, y comienzo a creer que he tenido más suerte que juicio al hacerlo — pues esta Messina resulta que ni pintada para mí; asimismo los mesineses me muestran tanta amabilidad y buena voluntad que ya me he imaginado las cosas más peregrinas (por ejemplo, si no viene alguien detrás de mí que soborna para mí a la gente).» Overbeck consideró el asunto con más cuidado. El 20 de abril escribe a Rohde[50]: «Parece que... en su indecisión para elegir, se metió repentinamente, en Génova, en un barco que lo aceptó como único pasajero. En principio está encantado con el lugar, pero yo acabo de expresarle hoy por carta mis dudas respecto a la conveniencia de esa elección para el verano. Con tal de que no haya vuelto a hacer sólo... un *coup de tête*.» También a casa informa Nietzsche optimistamente sobre el lugar y el clima; sólo sobre su apariencia externa añade el 14 de abril[124]: «¡Ropa blanca en últimas condiciones!

Dos camisas todavía posibles, no me importa. Mi indumentaria, asimismo, tan simple como mala. Pero mi habitación, 24 pies de larga y 20 pies de ancha.»

El imán Wagner

Génova no sólo se volvió inhospitalaria por la partida de Rée, sino que, además, el tiempo se puso más cálido. Nietzsche se vio obligado a abandonar siempre por esa época el sur, su Riviera, porque le resultaba excesivamente luminosa y cálida. ¡Y ahora resulta que se va al sur más lejano que jamás buscó!

Muy al contrario del cuidado con el que Nietzsche había evitado todavía en la primavera y el otoño de 1880 los itinerarios de Wagner en Italia (cfr. *supra*, p. 45), esta vez va, contra toda razón con respecto a sus experiencias climáticas, precisamente allí adonde se había instalado Wagner. Nietzsche tenía que saber —puesto que todo el mundo lo sabía, los grandes periódicos informaban continuamente al respecto—, que Wagner vivía desde noviembre de 1881 en Palermo, de donde se fue el 10 de abril de 1882, permaneciendo en Messina hasta el 14 de abril por la tarde. Es casi un milagro que no se encontraran.

¿Intentaba Nietzsche provocar un encuentro «casual»? ¿Se había afirmado entre tanto en su mundo intelectual hasta tal punto que podía y quería arriesgarse a un reencuentro? ¿Qué fue, si no, lo que le llevó en esa dirección —falsa desde el punto de vista climático—?

Para Wagner el encuentro hubiera resultado probablemente más que penoso, y, dado que su excitabilidad y sensibilidad estaban agudizadas por su estado patológico (¡corazón!), ello pudiera haber llevado a una escena horrible. A Wagner le repelía todo el nuevo derrotero emprendido por Nietzsche, que él iba anotando desde lejos, haciendo ocasionalmente observaciones al respecto. Así, en el «Caminante», § 155, lo indignaba la postura de Nietzsche[258]: «Si fuera lícito considerar a Beethoven el oyente ideal de un músico, Schubert tendría derecho a ser tenido por el músico ideal mismo», que Wagner consideraba como «malice» contra su escrito sobre Beethoven[260]. En general, le resulta extraño el tipo de crítica de Nietzsche: «... se pueden rechazar inclinaciones equivocadas, como por ejemplo la mía por Feuerbach, pero no injuriarlas» (21 de febrero de 1880). Pero, ¿por qué esa violencia de Nietzsche? Wagner considera también como una aberración algo que advierte en Nietzsche: su influjo de los autores franceses, y piensa al respecto (6 de abril de 1880): «Sólo para liberarse de mí se entrega a todas las trivialidades», con lo que Wagner, en efecto, percibe correctamente un aspecto del cambio de Nietzsche. Y se da cuenta también de otra fuente de diferencias: cuando el 28 de agosto de 1880 visita la catedral de Siena y concibe allí, más o

menos, el modelo para su templo del Grial, Cosima y él piensan en el «tono encopetado, fríamente despectivo» de Jacob Burckhardt, y ven en ello «huellas del influjo sobre Nietzsche». Esta aversión contra Burckhardt tenía una razón más profunda que superaba lo personal, razón que valía exactamente igual con respecto a Nietzsche. Wagner no tenía una buena relación con el Renacimiento —ni más allá hasta el Rococó—, que él consideraba como corrupción y ruina de la cultura europea. Lamenta el triunfo de la «latinidad» sobre el espíritu germánico, triunfo que llega a expresarse en ese momento. «El influjo de la latinidad» (en el Renacimiento) «es la muerte de todo», afirma rotundamente todavía el 3 de enero de 1882, después de que había manifestado (el 2 de diciembre de 1881): «La gente como Nietzsche, pasando por el hombre renacentista Burckhardt, pueden decir lo que quieran: Erasmo, Petrarca, me resultan odiosos.»

Ya en Tribschen el aire rígido y profesoral de Nietzsche había llamado la atención de Cosima, al menos como una curiosidad. Ahora, sin embargo, esto se trasforma en Wagner en una especie de aversión; ridiculiza al profesorado alemán en general como «husmeo de trufas» (28 de febrero de 1881). Saca (el 20 de febrero de 1881) la siguiente conclusión con respecto al típico erudito alemán: «Que la ciencia alemana no sabe absolutamente nada, y exclama «si dependiera de mí no daría un kreutzer por ella. Por una parte, el ejército; por otra los Profesores.» Wagner, después de todo, tenía motivos de queja, dadas todas las experiencias con sus médicos.

La antipatía de Wagner, pues, se dirige también contra el ejército de Bismarck, y a la vez contra la idea imperial representada por él. En esto hubiera estado totalmente de acuerdo Nietzsche. Pero en las consecuencias sus caminos divergían por completo. Mientras Nietzsche pretendía impulsar hacia un espíritu europeo supranacional, Wagner creía en el carácter germánico original como fuerza culturizante, que se despierta y representa en la obra de arte, sólo que entonces quedaba sepultado por el militarismo y estaba amenazado por la irrupción del elemento judío, del cual, precisamente, Nietzsche esperaba los impulsos fecundos. Por ello Wagner seguía con gusto al predicador de la corte, el berlinés Adolf Stöcker (¡respecto al que Nietzsche habría de escribir, en sus papeles de loco, que le gustaría que lo fusilasen!), y seguía con interés la trayectoria del agitador antisemita y fundador de colonias Bernhard Förster, que habría de convertirse pronto en el indeseado cuñado de Nietzsche. Wagner le hace sitio en sus «Bayreuther Blätter», aunque censura ocasionalmente su «oratoria de comediante» (19 de abril de 1881) y se niega a firmar con él un manifiesto antisemita; ¡a fin de cuentas él tiene permanentemente en casa a Josef Rubinstein como pianista, está en el más estrecho contacto con el director de orquesta de la corte, el muniqués Hermann Levi, en relación con la representación de «Parsifal» en Bayreuth, y Angelo Neumann viaja con su estudio del «Anillo» y paga a Wagner puntualmente los no escasos

derechos de autor, como uno de los pocos compañeros de negocios digno de confianza!

Wagner está encallado en su imagen del mundo, redondeada hace ya largo tiempo. Encuentra la fundamentación y acabamiento filosóficos en Schopenhauer, a quien se aferra impertérrito. A pesar de esta base pesimista Wagner alberga esperanzas y trabaja por una renovación cultural a partir de la fuerza del carácter germánico, como grecismo antiguo resurgido y manifestado en la modernidad en el dramático Shakespeare (la lírica y la novela quedan fuera de la consideración de Wagner), y, en la música, por medio de Bach, Beethoven y él mismo. En comparación intensa con el budismo y las doctrinas indias, Wagner se acerca —también aquí en contraposición a Nietzsche— cada vez más al cristianismo; y, en fin, dice de San Pablo (3 de mayo de 1882): «...que ha sido el primer cristiano», cuando Nietzsche atacará precisamente la dogmática paulina como aberración del cristianismo auténtico. También para Nietzsche Shakespeare y Beethoven son eminencias extraordinarias, pero no en esa superelevación y unicidad en que los coloca Wagner.

Sobre Wagner se extiende además la tragedia de aquella generación de más edad, cuya vida (es también el caso de Goethe) alcanza todavía una nueva época de estilo y de cultura: ya no comprende su entorno y rehúsa el contacto con él. En Wagner esto se muestra en su duda constante de si ha de representar todavía el «Anillo» o siquiera el «Parsifal», y en su decisión final de conservar el «Parsifal» en Bayreuth y no dejarlo al «mundo», de quien se imagina que ultraja el resto de su obra. Nietzsche, por el contrario, apremia directamente a su tiempo, y al futuro. También esto lo nota Wagner con pesar y lo formula en este lamento (7 de noviembre de 1882): «Cuán malo sea el mundo de hoy, ... se advierte por el hecho de que hombres como Nietzsche, que prometen algo, se vuelven tan rápidamente malos en él.» Sin embargo, por encima de todas esas divergencias fundamentales, se conserva una cierta compenetración humana, referida la mayoría de las veces al recuerdo de los felices días de Tribschen y que aboca en la tristeza por la pérdida. En ello Wagner también es consciente de una posible culpabilidad como consecuencia de su brusco carácter. El 29 de diciembre de 1881 recuerda muy en general «las violencias que tanto mortificaban a Nietzsche»; poco después (el 14 de enero de 1882) le viene claramente a la memoria un suceso determinado: Se está hablando de «vegetarianismo» y Cosima confiesa: «Desde que le oí encolerizarse hasta el extremo con Nietzsche por causa de este tema, no tuve ya el ánimo para ser vegetariana; Richard cuenta: 'Hay que ver cómo llegaba, no comía con nosotros, decía 'Yo soy vegetariano'. 'Usted es un asno', dije yo.» Parece que Wagner no recuerda los duros juicios sobre las composiciones de Nietzsche, a pesar de que tenía una opinión pobre de ellas. Seguramente la declaración del 12 de diciembre de 1882 se refiere a Nietzsche, aunque Cosima se calle tímidamente el

nombre: «Hay personas buenas y malas, para cada una llega la hora de la decisión sobre si se es capaz, por amor a uno mismo, de sacrificar a los demás, o no. Como esta teoría resulta algo dura, sobre todo en relación a uno de los amigos, Richard dice: 'Hay determinadas naturalezas buenas, pero débiles, que a lo más acaban en la música mala'.» Y finalmente, al referirse el 17 de enero de 1883 a «las amistades infieles», y particularmente al caso de Nietzsche y Gersdorff (no al de Rohde, como indica Elisabeth sacándolo de su supuesta conversación con Wagner; Rohde permaneció afecto a Wagner), «él piensa que es una auténtica vergüenza para nosotros no haber sabido encadenarlos mejor», puesto que en lo referente a Nietzsche «su curiosa naturaleza puede resumirse así: no tenía inteligencia alguna» (Wagner piensa probablemente que en la época de su amistad no tenía perfilada ninguna filosofía propia) «pero podía magnetizársele».

Wagner era consciente de su irradiación como imán. El que en el caso de Nietzsche no bastara para una relación duradera, era algo que le oprimía como un fracaso. Olvidaba o pasaba por alto que todo imán tiene dos efectos ambivalentes: puede atraer o rechazar, según qué lados, qué polos, se encuentren. ¡Y mientras más fuerte sea el imán, más violentos son la atracción *y* el rechazo!

Preocupación por «Peter Gast»

De otro modo el amigo Köselitz se encontraba también en una situación indecisa, incluso desesperada. La dirección de la ópera de la corte de Viena le había devuelto, sin comentarios, su partitura de «Broma, astucia y venganza»; la primadonna Lucca, en cuyo interés por el papel principal Köselitz había confiado, no daba señales de vida; igualmente, Hans v. Bülow, que había emprendido otros caminos, no mostraba el más mínimo interés. Por mediación de Gersdorff la partitura había llegado hasta el intendente de Weimar, el barón von Loën, pero esto se reveló como un camino que llevaba a «Loge», «el padre de la mentira (Lüge)», como Gersdorff se expresa simbólicamente, parodiando los versos de Wagner en el «Anillo».

Desaparecieron así los ingresos esperados de la representación y Köselitz hubo de continuar arreglándoselas con estrecheces. Desde marzo de 1881 Nietzsche intenta continuamente hacerle llegar algo de modo elegante. Quería reembolsarle los gastos de envío de los paquetes de los manuscritos y cosas parecidas, hasta unos cientos de francos, pero Köselitz rechazó todos esos ofrecimientos educadamente, pero con determinación. Ahora se le ocurre a Nietzsche una nueva idea, urdida con Rée y Gersdorff, puesto que él solo no estaba financieramente en la situación para ello. El 20 de marzo de 1882 somete a Köselitz la siguiente

propuesta: «Considere la posibilidad de vendernos, a mí y a dos amigos míos, su partitura del Matrimonio. Ofrezco 6.000 francos, pagaderos en cuatro plazos anuales de 1.500 francos cada uno. Si es su deseo, el asunto puede permanecer secreto. A su padre podría decirle que un editor le ha ofrecido esa suma.» Ya ahora Nietzsche se siente unido a la obra y responsable como un padrino, y seguiría haciéndolo hasta su final. Antes incluso de que esté terminada, busca posibilidades de representación; prosigue en la carta: «Luego considere a ver qué es lo que hay que hacer para contrapesar en el sentimiento de los italianos la 'impiedad' frente a su clásico Cimarosa. Además habría que recomendar la obra a la reina Margherita... Un cumplido alemán para con Italia... Para conseguir esto, la primera representación sólo podría ser en Roma... aconsejo, finalmente, conseguir a la Srta. Emma Nevada para la obra... Los italianos son muy atentos con todas las cantantes famosas.» Pero Köselitz también desvía este asunto: «¿Quiere comprar el Matrimonio secreto? ... ¿Para qué? ... Al final moriré haciendo todavía el primer acto... A fin de cuentas uno de nosotros dos haría un mal negocio.» Köselitz suponía asimismo que Nietzsche había visto a la Nevada en el papel de «Carmen» y se había inflamado por ella; pero Nietzsche le escribe el 24 de marzo: «La cantante de Carmen fue la Sra. Galli-Marié, une personne très, très chic.» Respecto a la financiación advierte: «... esté Usted tranquilo en este punto, como lo estaría Wagner: y con razón.» ¡Los negocios, algo arriesgados en nuestra opinión, de Wagner con sus partituras no eran, pues, lo que le tomaba a mal Nietzsche! Quizá fuera precisamente la situación de su protegido la que le enseñara a comprender en esto a Wagner. En cualquier caso, sin esperar la aceptación, comenzó a llevar a cabo los planes de la compra. El 23 de marzo, desde Roma, Paul Rée comunica a su hermano y administrador George Rée en Stibbe[12]: «Nietzsche ya ha pagado 250 francos del dinero para Köselitz. No tengo otro remedio que dejar pagar ahora a Gersdorff y luego pagar yo. ¡Vaya negocios que hago!»

Köselitz, a pesar de todo, mantuvo su negativa y se mataba trabajando en la miseria. Schmeitzner había fundado una nueva revista, «Internationale Monatsschrift», que apareció en enero de 1882 y había de tener como colaboradores a autores de su editorial fundamentalmente. Desapareció después de año y medio. Un colaborador asiduo fue el viejo hegeliano Bruno Bauer (1809-1882), a quien Nietzsche había impresionado, sobre todo, con motivo de la 1.ª «Consideración intempestiva» (D. Fr. Strauss). Köselitz escribió ahora para la nueva revista de Schmeitzner, bajo el pseudónimo «Ludwig Mürner», sobre temas de estética en el sentido de Nietzsche. Pudo utilizar para ello varias cosas de las que tenía preparadas para un libro sobre Chopin en proyecto. En la estancia en común en Recoaro, Köselitz había tomado contacto con las nuevas concepciones de Nietzsche sobre la música y con su posición estrictamente antiwagneriana, y ahora intentaba desarrollarlas en el ejemplo de su

interpretación de Chopin. El libro no se terminó nunca. Köselitz tenía para ello demasiadas dudas desde el principio sobre su conocimiento y perspectiva histórico-musical; él, que «casi sólo había visto en el escenario óperas wagnerianas», a quien le resultaban desconocidos en lo fundamental las sinfonías y los cuartetos de Haydn, Mozart y Beethoven.

La «Gaya ciencia»

También Nietzsche fue invitado a colaborar, pero rehusó. Dice a Köselitz al respecto: «¡Revistas (Zeitschriften) —algo que me ha llegado a resultar totalmente extraño: para qué! ya no conozco el tiempo (Zeit), me tomo el tiempo y no necesito publicidad alguna: y si la necesitara no pensaría en un periódico, que se tiene que leer a sí mismo para tener lectores. (¿O se especula sobre los antijudíos?) ¡¡¡Seamos pacientes!!!» Ahora se había puesto de nuevo a *su* trabajo.

Bajo todas estas circunstancias e influjos a que nos hemos referido surgieron aquellos cuadernos de aforismos de los que Nietzsche sacó lo que anuncia a Köselitz el 25 de enero de 1882 como «libros VI, VII y VIII de Aurora», y lo que luego serían los libros I-III de la «Gaya ciencia». «¿Quiere Usted mi nuevo manuscrito? Quizá le entretenga y distraiga. (No piense en la copia —hay tiempo todavía, un año o quizá incluso mucho más.) Pero recuerdo que debo leer yo mismo otra vez el manuscrito... Dado que ni la salud ni los ojos me responden, hace dos semanas que no puedo acabar esa corrección y repaso.» A pesar de ello, el 29 de enero envía esas hojas, tal como comunica a Overbeck: «Faltan todavía los libros 9.º y 10.º, que no puedo hacer ahora —para ello se necesita fuerza renovada y la más profunda soledad.»

Sin embargo, el libro 9.º surgió ya en esa primavera, a partir fundamentalmente de anotaciones con las que ya contaba —como muestra su primer aforismo (n.º 276). Sólo el libro 10.º se hizo esperar algunos años (hasta 1887). Había escrito a Köselitz: «Quiero reservarme para el próximo invierno los libros IX y X —no estoy suficientemente maduro para los pensamientos elementales que pretendo exponer en estos libros finales. Hay un pensamiento entre ellos que necesita 'milenios', de hecho, para convertirse en algo. De dónde voy a sacar el arrojo para expresarlo.» Esto era, pues, lo que le desbarataba su trabajo en el nuevo libro: el «Eterno retorno» y «Zaratustra». Quizá por eso sean tan escasas en las cartas las noticias sobre la evolución de este libro. Es seguro, en todo caso, que a finales de enero de 1882 sólo estaban compuestos, de algún modo, los tres primeros libros, y no el todo, como haría suponer el «Ecce homo»[5]: «Agradecimiento por el maravilloso mes de enero... que he vivido —el libro completo es su regalo...» Pero precisamente el libro IV, con el título «Sanctus Januarius» y con el comienzo del Zaratustra como final (Afor.

342), falta todavía en enero. Poco después, el 5 de febrero, puede ya, sin embargo, prometérselo a Köselitz. En esos siete días escasos difícilmente pudo pergeñarlo a partir de cero; más bien lo compondría reuniendo anotaciones ya existentes.

Con vistas a su partida de Génova, en principio sin meta alguna, Nietzsche pide a Köselitz el 11 de marzo que le devuelva su manuscrito, pero este escribe lamentándose: «Lo siento mucho. Hace ya un mes que compré el papel para la copia; pero siempre... me sentí demasiado débil para llevarla a cabo... Probablemente dentro de poco me pondré enfermo; al final puedo honrarme con la confección del manuscrito.» Pero ahora lo devuelve, y no volverá a recibir el manuscrito para su confección. A pesar de que Nietzsche afirma, con toda seguridad, a su hermana en enero que «no se imprimirá este año», y de que había manifestado a Köselitz que todavía le quedaba un año de tiempo, activa después la publicación, de repente. En mayo veremos a Nietzsche en Naumburg ocupado en la confección del manuscrito para la imprenta, ahora bajo el nuevo título independiente «La Gaya ciencia», y el 20 de agosto aparecerá en la editorial de Schmeitzner, en medio de una época y de unos acontecimientos que habrían de quebrar la alegría de Nietzsche. Su presentimiento era correcto cuando escribió encima del último aforismo: *Incipit tragoedia.* (Comienza la tragedia.)

¡Vaya camino! El preludio en verso viene intitulado todavía «Broma, astucia y venganza», lo cual ha de significar más bien una reverencia ante la opereta de Köselitz que ante el texto de Goethe, a pesar de que en estas rimas Nietzsche intenta imitar el clásico desenfado de Goethe. Parece que se sentía en general en disposición poética. El 17 de febrero envía a Köselitz, como muestra de la nueva escritura de máquina, siete versitos de dos líneas, el tercero de los cuales no aparece en la edición de las cartas[7]: No demasiado generoso, sólo los perros / cagan cada hora.» Köselitz alaba «la enjundia de los aforismos» y pregunta: «¿De dónde le viene a Usted de repente ese tono alemán antiguo...? Podría aventurarse con toda tranquilidad a publicar unos cientos de tales versos como si se tratara de auténticos aforismos del tiempo de Sebastian Franck.» Podría ser más bien que el filólogo clásico le resonaran en la memoria los versos de letrinas, los «Siete sabios», del helenismo bajo, aproximadamente de la época de Pompeyo*. Esto muestra, en todo caso, hasta qué punto pudieron exaltar el ánimo de Nietzsche los buenos días de las últimas semanas. Cinco de esos versos aparecerían finalmente en el preludio rimado del libro.

---

* Cfr. por ejemplo: «Ut bene cacaret, ventrum pulpavit solon»; aunque este verso fue desenterrado en Ostia en 1936[222].

Los «Idilios desde Messina», un intermezzo

También en Génova, aunque sólo después de la partida de Rée, el 13 de marzo, surgieron algunos de los poemas que después, revisados y aumentados, aparecieron, a pesar de todo, en el número de junio del «Internationaler Monatsschrift», de Schmeitzner, bajo el título de «Idilios desde Messina». Es la única vez que Nietzsche da a la publicación poemas independientes, sin incrustarlos dentro del plan de una obra, es decir, dentro de un ámbito filosófico. Más tarde hará eso: Con el nuevo título de «Canciones del príncipe Volgelfrei» aparecen —ampliados de nuevo— como «Epílogo» a la segunda versión de 1887 de la «Gaya ciencia», cuya ampliación a cinco libros y el nuevo prólogo que le pone Nietzsche, le dan un nuevo tono. Verdad es que la versión de 1882 no contiene sólo cosas alegres. Las huellas de una problemática vivida dolorosamente forman un contrapunto que atraviesa el libro. La sombra de Zaratustra oscurece a menudo el paisaje; ya aparecen también las fieras de Zaratustra (Afor. 314, 342).

Wagner se prepara para el estreno de su drama mistérico «Parsifal», cuya partitura había terminado el 13 de enero de 1882 en Palermo; Nietzsche siente crecer en sí su misterio «Zaratustra». Sus trayectorias divergentes van hacia la meta final. A él le dedica Nietzsche el magnífico aforismo «Amistad de estrellas» (n.º 279), en el cual vive, al menos en imagen y símbolo, el último encuentro perdido, soñado, antes de que su destino se separe definitivamente. Pero también se encuentran observaciones hirientes y burlonas con respecto a Wagner. Hay asimismo ataques dirigidos contra Platón y todo el platonismo, así el aforismo 214: «La virtud sólo proporciona felicidad y una especie de bienaventuranza a aquellos que tienen la buena fe en su virtud: ... ¡Por tanto, a fin de cuentas, también aquí «la fe hace bienaventurado»! —y nótese bien ¡no la virtud!», que es algo que va contra toda la antigua doctrina de la virtud.

De nuevo, un tema central es la discusión con el cristianismo, que también esas Navidades lo había arrojado al lecho de enfermo. La desvalorización más formidable la lleva a cabo Nietzsche reduciendo todo el problema, en el aforismo 132, a un juicio estético: «Ahora es nuestro gusto quien decide en contra del cristianismo, ya no nuestras razones.» Pero casi lo conmociona más el que la «solución» científico-mecánica del enigma del Universo deje también un poso insatisfactorio. El aforismo 125, colocado en medio del ajuste de cuentas más mordaz con el cristianismo y con toda la metafísica, advierte de una lucha anímica inaudita. El hombre chiflado —Nietzsche—, a pleno día y con la linterna de Diógenes (del cínico), se lanza al mercado y grita buscando a Dios. Pero «¡nosotros lo hemos matado —vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos!» Y después deplora lo que con ello hemos perdido: «¿Cómo pudimos bebernos el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte

entero? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos a esta tierra de su sol? ¿Hacia dónde se mueve ahora? ¿Hacia dónde nos movemos? ¿Fuera de cualquier sol? ¿No nos precipitaremos eternamente? ¿Y hacia atrás, hacia los lados, hacia adelante, hacia todos los lados?... ¿No vamos, errantes, como a través de una nada infinita?... ¿No viene continuamente la noche y más noche? ... ¿No olemos todavía la putrefacción divina?... ¡Dios ha muerto! ... ¡Y nosotros lo hemos matado!... Lo más santo y poderoso que poseía el mundo hasta ahora se ha desangrado bajo nuestros cuchillos», bajo los escalpelos del conocimiento científico, que se comprometen a explicar todo, también el enigma de la vida.

Pero esta conmoción sólo era un extremo del movimiento pendular de sus vivencias. Las numerosas experiencias buenas de ese invierno de 1881/82 en Génova; el tiempo, fundamentalmente agradable, con su efecto benefactor sobre el estado de salud; la conciencia de tener una tarea, un encargo incluso, a saber, anunciar una nueva filosofía; todas estas cosas hicieron que Nietzsche adquiriera una autoconciencia acrecentada. Las más bellas palabras para manifestar con cuánta confianza y decisión miraba el futuro, aparecen en su carta a Malwida von Meysenbug de la segunda mitad de marzo (y no de febrero) de 1882[7]: «... es verdad que ya nos hemos dado mutuamente un último adiós... Entre tanto ha actuado en mí la fuerza vital y todo tipo de fuerza: de modo que vivo una segunda existencia... Pero no me está permitido acelerar nada —el arco en que discurre mi trayectoria es grande, y en cada punto suyo he de haber vivido y pensado con igual profundidad y energía: tengo que vivir mucho todavía, ser joven largo tiempo todavía, aunque ya me acerque a los cuarenta.» Con ese ánimo alegre se fue Nietzsche el 29 de marzo a Sicilia, «al extremo del mundo», como le parecía a él; y se fue dispuesto a vivir aquella frase esencial con la que había abierto el libro IV de la «Gaya ciencia», el «Sanctus Januarius» (Afor. 276): «Quiero aprender siempre más, a ver lo necesario en las cosas como lo hermoso: —así seré uno de aquellos que hacen hermosas las cosas. Amor fati: ¡sea éste mi amor desde ahora!»

Capítulo 3
LOU

(Abril a octubre de 1882)

«Figuras en torno a Nietzsche»[198] es el título de un libro de Erich Podach, quien con ello se refiere a un hecho auténtico, aunque no se adecue perfectamente a todas las personas incluidas en él, al menos quizá a «Lou». Hemos encontrado ya muchas veces, y de forma repetida, nombres que sólo nos interesan por su relación con Nietzsche. Rodean a Nietzsche como «monde», sólo tienen luz porque la reciben de él, y prácticamente sólo los vemos en ella. Se puede decir también que en el drama, o dramas, de la historia del espíritu, que sucedieron sobre el escenario europeo en el último tercio del siglo XIX, fueron más o menos figuras accesorias, personajes secundarios o incluso sólo meros comparsas.

Lou von Salomé fue una de esas actrices, con ambición de protagonista en su caso, lo que nunca fue realmente, a pesar de su innegable relevancia, aunque es verdad que participó intensamente en más de una ocasión. ¿En qué género de papeles? H. F. Peters, en su libro sobre Lou[190], llega incluso a llamarla *une femme fatale.* Aunque nunca se hubiera encontrado con Nietzsche, se tendrían noticias de ella aunque sólo fuera por las biografías de Rainer Maria Rilke y Sigmund Freud; el resto, lo que produjo aparte de esto como escritora, es algo que se ha desvanecido profundamente después de pocos decenios. Aquí nos remitiremos al papel de invitada que desarrolló en el drama «Nietzsche», papel que, aunque corto, pertenece a las escenas más excitantes para el que da título a la obra y que lo llevó hasta el borde de la autoaniquilación.

Familia y juventud

Los Salomé eran de origen francés —hugonotes. Después de la terrible sangría a la nación, la expulsión de los hugonotes, se refugiaron en el norte, primero en Estrasburgo y luego en las antiguas provincias rusas del Báltico. El padre, Gustav Salomé (1804-1879), llegó a San Petersburgo en 1810 con sus padres, a la edad de seis años. Entusiasmado por la victoria rusa sobre Napoleón se decidió a seguir la carrera militar, que lo llevó al grado de coronel ya con veinticinco años. En 1831 el zar Nicolás I lo elevó a la nobleza de sangre como recompensa por su valiente comportamiento durante la rebelión polaca de 1830/31. El sucesor de Nicolás, el zar Alejandro II, lo nombró general e inspector de la Armada, con lo que Salomé fue a ocupar una vivienda en los recintos feudales del ministerio de la Guerra, en frente del palacio de invierno del zar. Estos nombramientos estaban en el espíritu de la época. Los zares se esforzaban por orientar su atrasada nación de acuerdo con modelos occidentales y para ello colocaron a muchos extranjeros, sobre todo alemanes y franceses, en altos puestos civiles y militares. El general von Salomé nos es descrito como «un hombre valiente, caballeroso, un gentleman de linaje, enérgica y firmemente enraizado en la fe reformista, pero en absoluto rígido ni pesado. Huellas del temperamento galo de sus antepasados se mostraban, sobre todo, en sus repentinos arranques sentimentales. Era conocido por su carácter ardiente, como lo sería más tarde su hija. Igual que ella se sentía atraído por las personas sobresalientes[190].» Parece que contó a Puschkin entre sus amigos. «Era ancho de espaldas, de figura grande, actitud severa, un aristócrata caluroso que vivió de acuerdo con el lema: *noblesse oblige*.» Se casó tarde, en 1844, con Louise Wilm (nacida en 1823), 19 años más joven que él, e hija de un «rico fabricante de azúcar del norte de Alemania y de ascendencia danesa... La muchacha, delicada, rubia, de ojos azules, siempre correcta en vestidos y conducta, llegó a hacerse una joven señora enérgica[190].»

Del matrimonio surgieron seis hijos: tras cinco niños, el 12 de febrero de 1861, les fue regalada una niña, que hizo las delicias del padre sobre todo. Se la bautizó con el nombre de la madre, «Louise». Como obligaba su origen, en familia se hablaba y escribía alemán y francés, pero, naturalmente, también hubo de aprender el ruso. De modo que Louise tenía los mismos componentes que Franz Overbeck, por ejemplo, o que el súbito «amor ginebrino» de Nietzsche, Mathilde Trampedach.

Mimada por el padre y por los hermanos, Louise creció en un entorno marcadamente masculino —al contrario que el niño Nietzsche, que había crecido en un entorno señaladamente femenino hasta que entró en el internado monacal de Pforta. Tal suerte de disciplina, sin embargo, nunca la hubo para Louise. Muy pronto se resistió —evidentemente con éxito— a todo tipo de coerción educativa e impuso su propio camino. Había

nacido para autodidacta y en ello consiguió y produjo cosas sorprendentes. Lo revolucionario lo lleva profundamente en la sangre como dote de su época. Su nacimiento coincidió casi exactamente con el día de la abolición de la esclavitud en Rusia. Con esta periclitada medida, sin embargo, no se había llegado al término de las reformas sociales, sino sólo abierto vía libre para exigencias mucho más amplias como, por ejemplo, la igualdad de derechos de formación de la mujer, que la joven Louise Salomé, muy al contrario que su madre, apeteció desde muy pronto; una meta por la cual Malwida von Meysenbug hubo de abandonar en 1852 su patria alemana y buscar cobijo en el exilio de Londres[165]. La agitación tensa de aquella época tenía en Rusia dos móviles fundamentales. Por una parte, el nacionalismo que brotaba en toda Europa y que se descargó finalmente, al acabar la I Guerra Mundial y con la disolución de la Monarquía danubiana, en muchos y pequeños estados nacionales; ya se había manifestado hacía largo tiempo en todos los países de Europa en el arte y literatura como estilo nacional. En Rusia este movimiento va unido al nombre de Tolstoi y Dostojewski en la literatura; Mussorgski, Glinka y Rimski-Korsakof en la música: en 1874 se estrenó en San Petersburgo la ópera popular rusa de Mussorgski «Boris Godunow». Este despertar nacionalista trajo consigo el que «extranjeros» como los Salomé hubieran de sentirse extraños y excluidos hasta cierto punto; formaban una capa social cosmopolita soportada. Pero el nacionalismo ruso incluía otro germen todavía: el revolucionario social. También éste encontró expresión en la literatura y el arte, y penetró, por fin, en la realidad política, cosa que afectó sensiblemente a la familia von Salomé. De los hermanos de Louise sólo uno sobrevivió a la I Guerra Mundial y a la revolución rusa, pero en la mayor humillación. Y los últimos días de Louise fueron ensombrecidos y amenazados por la reacción frente a ello, por la Alemania nacionalsocialista. Murió con casi setenta y seis años, el 5 de febrero de 1937, como esposa del profesor orientalista F. C. Andreas, al que estaba unida desde 1887.

La primera gran conmoción política que hubo de vivir la joven Louise von Salomé fueron los tres atentados de 1879 contra el zar Alejandro II. Esto introdujo una disonancia tremenda en su juventud, por lo demás, hermosa, despreocupada, y brillante socialmente. Pero todavía la alcanzó con más fuerza, en ese mismo año, la muerte —demasiado temprana para ella— de la persona más profundamente amada: el padre. De improviso, con ello peligraban o se habían desvanecido los representantes externos de un orden, de un orden universal que, desde otro punto de vista, ya se había vuelto problemático, incluso se había socavado, en su interior: Louise había perdido al Dios de su creencia de niña; en su edad juvenil ya estaba a la búsqueda de Dios.

La búsqueda de Dios

El acontecimiento definitivo para la pérdida de Dios fue bastante curioso: unos criados le hablaron de la desaparición de dos viejos; se trataba de dos muñecos de nieve que se habían deshecho bajo el sol primaveral y de los que sólo quedó un sombrero abollado y botones. La niña se había acostumbrado a exponer todas sus dudas y preocupaciones, en la intimidad, a Dios, a quien sentía y en quien creía como si estuviera presente y en trato personal con ella. En este caso se dirigió a él con la pregunta de si debía y podía suceder que algo que existía realmente desapareciera sin más. Pero no obtuvo respuesta a esa pregunta, y esta duda fue corroyendo a la niña hasta planteársele la cuestión decisiva de si Dios no contesta —porque también él ha desaparecido, porque tampoco él existe ya, no sólo para ella, sino para todo el universo[215].

El general von Salomé, como hombre piadoso que era, había conseguido permiso del zar para fundar en Petersburgo una comunidad reformada alemana. Pero el credo era tanto religioso como político. Como clérigo de la comunidad actuaba un tal pastor Dalton, teólogo de orientación estrictamente dogmática. No era en absoluto la persona oportuna para, con su fidelidad a la fe reformadora ortodoxa y con sus argumentos racionales de la existencia de Dios, devolver a la niña la fe en el Dios perdido. De modo que aparecieron graves conflictos, primero con el pastor y, finalmente, con la familia, dado que Louise rehusaba la confirmación. Entretanto, su padre había enfermado gravemente, por lo que todavía le resultaba a Louise más difícil causarle encima esta pena. Llegó así al compromiso de prolongar un año más las lecciones preparatorias para la confirmación. Entretanto murió el padre y Louise ya no sintió que debiera guardar ninguna otra consideración a nadie, en todo caso no a la madre. Ante el pastor Dalton rehusó definitivamente la confirmación. Esto le resultó tanto más fácil cuanto que en su vida había entrado un director espiritual de un tipo muy diferente: el pastor de la legación holandesa en San Petersburgo, Hendrik Gillot.

Cuando Gillot llegó, en 1873, a Petersburgo tenía treinta y siete años, era un hombre «de mundo», un orador espléndido, personalmente fascinante, liberal —para disgusto de sus colegas ortodoxos—, muy cultivado filosóficamente. Su modo de hablar de Dios fue un auténtico contrapeso al escepticismo y al acechante ateísmo en la capa social cultivada de Rusia; sus sermones, a pesar de pronunciarse en alemán u holandés, gozaron de consideración y se conviertieron en un acontecimiento social.

El camino hasta su pequeña iglesia no era largo, pero pasaron cinco años, sin embargo, hasta que Louise Salomé, ahora con dieciocho años, entrara por casualidad en su órbita; pero una vez que sucedió ello, la joven supo que había encontrado lo que necesitaba en aquel momento y en aquella situación. «Bueno, toda soledad tiene un final», y «Esto era lo

que buscaba», eran frases que ella se decía a sí misma.[215]. Louise solicitó inmediatamente por escrito una entrevista, y Gillot la recibió como a un hijo pródigo. Reconoció al instante la eminente dotación intelectual de la muchacha y comenzó su formación de acuerdo con ello. Durante meses fue Louise varias veces por semana a sus clases sin que su propia familia tuviera noticia de ello. Sus numerosos cuadernos de apuntes «dan una idea de la amplitud e intensidad de su trabajo bajo la dirección de Gillot. Uno de ellos muestra que estudió historia de la religión y comparó el cristianismo con el budismo, el hinduismo y el islam; se ocupó del problema de la superstición en las sociedades primitivas, del simbolismo de sus ritos y rituales, y reflexionó sobre los presupuestos fundamentales de la fenomenología de la religión. Otro de los cuadernos de notas trataba de filosofía, lógica, metafísica y teoría del conocimiento. Un tercero se ocupa del dogmatismo y de problemas como la idea mesiánica en el antiguo testamento y el dogma de la trinidad. Un cuarto, en francés, contiene notas sobre el teatro francés antes de Corneille, sobre la época clásica de la literatura francesa, sobre Descartes, Port Royal y Pascal. En un quinto se encuentran disertaciones sobre Krimhild y Gudrun y sobre María Estuardo de Schiller. Bajo la dirección de Gillot leyó a Kant y a Kierkegaard, Rousseau, Voltaire, Leibniz, Fichte y Schopenhauer... Louise consiguió así una formación intelectual que le serviría de mucho en su vida posterior. Incluso se despertó ya entonces su afición a escribir, puesto que Gillot le permitió redactar algunos de sus sermones dominicales[190]», no para plena satisfacción de todos los «creyentes», que notaban una desviación excesiva de la Biblia.

El primer aprieto del destino

La muerte del padre hizo a Louise libre con respecto a la familia. Entonces confesó que recibía enseñanza de Gillot, a la vez que declaraba su salida de la comunidad reformada del pastor Dalton. La madre quedó mortalmente asustada. Llamó al para ella ambiguo Gillot y le colmó de reproches, pero este hábil hombre consiguió incluso hacerle comprender que las lecciones iniciadas estaban entonces en el momento justo en que debían ser proseguidas correctamente. Pero entonces sucedió algo que hizo imposible para Louise el continuar en el entorno de Gillot y en general en Rusia. No sólo Gillot era un hombre fascinante; Louise, de dieciocho años, delgada, rubia, con sus profundos ojos azules y su intelecto absolutamente excepcional, era también una muchacha fascinante. El maestro, veinticinco años mayor, él mismo padre de dos hijas de aproximadamente la misma edad que Louise, llegó hasta el punto de tramitar la disolución de su familia y hacer una proposición de matrimonio a su alumna. Louise la rechazó rotundamente porque no se sentía madura para

el matrimonio —para el que jamás se sentiría madura realmente—. El matrimonio sería toda su vida un problema no superado.

Platón, en el «Symposion»[195], deja que Aristófanes exprese la esencia del amor en un mito. Según él hubo una vez seres redondos, con cuatro brazos y cuatro piernas, una cabeza con dos caras y cuatro orejas, etc. Estos seres se volvieron insolentes y quisieron abrirse paso hasta el cielo para atacar a los dioses. Entonces hizo Zeus que los partieran en dos: así surgió el hombre actual, que en el amor quiere superar esa división y recuperar la naturaleza original. «Y esta aspiración y anhelo del todo se llama amor.»

Louise estaba muy lejos de este modo de entender las cosas. Se sentía como un «todo» ella misma, se bastaba a sí misma totalmente. Esto no lo había pensado ni esperado el pastor Gillot; en esto se había confundido ese hombre avispado; ¡y no sería el único en sufrir tal despiste! La rotunda negativa hubo de herir profundamente el orgullo de aquel hombre mimado por el éxito, pero supo comportarse. No permitió la flaqueza del enfado, y siempre que más tarde Louise se dirigió a él en alguna situación anímica penosa, él demostró ser un amigo imperturbable. Ya entonces quiso continuar la enseñanza, a pesar de lo ocurrido, pero Louise supo que tenía que marcharse.

Su madre estaba de acuerdo en acompañarla al extranjero. Pero surgió una dificultad insospechada. Según la lógica burocrática, una persona no confirmada y cuya existencia, por tanto, no podía ser justificada por la iglesia, no existía en absoluto. Y una persona que no existía no necesitaba pasaporte alguno. Pero sin pasaporte no se podía abandonar Rusia por mucho tiempo. Gillot supo qué hacer en este caso. En mayo de 1880 fue con la madre y la hija Salomé a Holanda para una corta estancia, y allí llevó a cabo la ceremonia en una iglesia de pueblo, como invitado de un pastor amigo. «Ambos estábamos conmovidos durante esa curiosa celebración, que se llevó a cabo de acuerdo exactamente con mis indicaciones y que tuvo lugar un domingo como otro cualquiera en medio de los campesinos de los alrededores...: estaba en juego nuestra separación —que yo temía como la muerte. Mi madre... por suerte no entendió ninguna palabra de la infame alocución en holandés, ni tampoco la fórmula de la confirmación que venía al final — era casi la fórmula de una bendición nupcial: 'No temas, yo te he elegido, te he llamado por tu nombre: tú eres mío'[215].» Gillot nunca pudo pronunciar su nombre en la versión rusa de «Ljola», y también le resultaba difícil en alemán. De ahí que bendijera ahora a su alumna con el nombre de *Lou*.

Con ello echó sobre ella una red mágica y tomó posesión de ella como creación intelectual suya. Esto caló profundamente en la conciencia de la muchacha, quien conservó ese nombre —como Peter Gast conservó el nombre que recibiera de su maestro.

Huida al mundo

El mundo quedaba abierto ya para Lou: pudo abandonar su patria rusa, aunque sólo bajo la tutela, soportada en principio pacientemente, pero no sin tensiones, de la madre. El primer objetivo era Zürich, a donde ambas mujeres llegaron en septiembre de 1880. La Universidad de Zürich fue una de las primeras en Europa que admitía mujeres como estudiantes. Se había formado en ella una pequeña colonia de juventud progresista y revolucionaria rusa, a la que Lou no se adhirió, sin embargo. También aquí ella seguiría su propio camino. La familia Salomé ya tenía conocidos en Zürich, de modo que no se sintieron en un país totalmente extraño; y, sobre todo, el maestro de Teología de Gillot, el profesor Alois Emanuel Biedermann (1818 a 1885), era allí docente. También enseñaba en Zürich el viejo paladín revolucionario Gottfried Kinkel, un apóstol de los derechos de la mujer, sobre todo de la igualdad de la mujer en las oportunidades de formación.

También en Zürich hubo que vencer de nuevo un primer escollo formal. Lou no contaba con ningún diploma de estudios que le permitiera matricularse en la Universidad. El profesor Biedermann hubo de tomarse, o se tomó, la libertad de hacer un «examen» a Lou y aceptarla a continuación como estudiante. Asistió a sus lecciones de dogmática (libreprotestante) de Historia General de la Religión (sobre fundamentos filosóficos jovenhegelianos), de lógica y metafísica; además, a las de Gottfried Kinkel (1815 a 1882) sobre Arqueología e Historia del Arte, y a las de historia del alumno de Jacob Burckhardt y de Nietzsche, Adolf Baumgartner.

Lou no defraudó a sus profesores; era ambiciosa y trabajó duramente, aunque demasiado para su constitución juvenil y delicada. Ya el estudio extraordinario con Gillot había enterrado su salud, lo que fue un motivo más para abandonar la fría Rusia y buscar lugares más suaves de clima. Ahora, sin embargo, aparece ya claramente la enfermedad. Los informes de aquella época hablan de hemoptisis, por lo que se trataría seguramente de una enfermedad de pulmón, enfermedad que no habría de quedar desconocida en la familia. Eugen, hermano de Lou, murió de una tuberculosis pulmonar.

Entonces se consideraban remedios el calor, la estancia en el sur, sobre todo en Italia. Víctimas de ese método, por el entorno de Nietzsche, conocemos ya al desdichado Albert Brenner de Basilea y a la baronesa Wöhrmann de Naumburg; a ninguno de ellos les resultó bienhechora la «cura». La misma prescripción curativa llevó ahora a Lou Salomé hacia el sur. En el otoño de 1881 tuvo que interrumpir sus estudios en Zürich. Por etapas, la madre y la hija se dirigieron a Roma, adonde llegaron a comienzos de febrero de 1882. Lou llevaba una recomendación de Kinkel para su vieja amiga de los días de la emigración en Londres, Malwida von Meysenbug, recomendación que surtió efecto: el 11 de febrero Malwida

recibió a «la joven rusa», como siempre fue llamada la rubia del Báltico, en su círculo más íntimo. Estaba encantada y admirada por la extraordinaria inteligencia de la muchacha, y creyó encontrar en ella un alma pareja y una continuadora de su propia obra vital. Una nueva confusión que habría de repetirse. Malwida no fue la única que quedó encantada por la aparición y por el modo total de ser de Lou, ni la única que sacó de ahí una conclusión errónea. Ya les había sucedido esto a los profesores zuriguenses; incluso el viejo Biedermann, muy circunspecto en sus manifestaciones, en una entusiástica carta de alabanza dirigida a su madre, se refería a Lou llamándola «diamante» y como a «un ser femenino completamente extraordinario: de infantil pureza e integridad de sentimientos, y, a la vez, de una orientación de espíritu e independencia de voluntad no infantiles ni casi femeninas[124]».

Lo que produjo tal encanto no pudo ser sólo la agudeza de ingenio y la amplitud de su saber, desacostumbrada en una muchacha de su edad. La muerte tan llorada del padre, la vivencia estremecedora con el pastor Gillot y la amenaza a la propia vida que significaba la temible enfermedad, proporcionaron a Lou una gravedad y le abrieron a una dimensión en la visión del mundo que hubo de contrastar de modo sorprendente con su efectiva juventud, y con la alegría y la infantil despreocupación que provienen de ella. A ello hay que unir que se vestía sencilla y severamente, y nunca se mostró con adornos.

En el otoño de 1881, en Zürich todavía, por tanto, compuso poesías, entre ellas la «Oración de la vida», por la que Nietzsche más tarde se sentiría tan impresionado que la unió a la parte de himno de su gran fantasía «Himno a la amistad», encargando todavía en 1887 a «Peter Gast» que le diera forma para piano y orquesta para publicarla, siendo la única de sus composiciones musicales con la que lo hizo (en E. W. Fritzsch, Leipzig)[125]. Nunca se pudo liberar de esta obra. Las palabras que lo tenían encadenado eran éstas:

> «Ciertamente, así ama un amigo al amigo,
> como yo te amo, vida enigmática —
> haya gritado de júbilo, o haya llorado en ti,
> me hayas proporcionado alegría, o dolor.»

En casa de Malwida v. Meysenbug y con Paul Rée en Roma

Lou era un miembro bien recibido y apreciado en la sociedad romana más habitual de Malwida von Meysenbug, que se reunía a menudo, por la tarde, en su casa de Via Polveriera 6; era, en cualquier caso, un interlocutor siempre válido por su saber y por la agudeza de sus ideas, cuando no muy superior. Una tarde así comienza el episodio que, como «suceso

Lou», desempeñará un papel tan comentado en la vida de Nietzsche. En sus «Memorias», escritas mucho más tarde, Lou ha conservado en el recuerdo el acontecimiento de la siguiente forma[215]: «Una tarde de marzo del año 1882 en Roma, mientras estábamos reunidos unos cuantos amigos en casa de Malwida von Meysenbug, sucedió que, tras un sonar estridente de la campana de la puerta de casa de Malwida, su fiel factótum Trina entró precipitadamente musitando al oído de Malwida un encargo inquietante —a lo cual Malwida corrió a su *secretär*, reunió rápidamente dinero y lo sacó. Al volver a la habitación, a pesar de que venía riendo, el fino pañuelo de seda negro le revoloteaba todavía un poco, de excitación, en torno a la cabeza. A su lado entró el joven Paul Rée: amigo suyo de muchos años, querido por ella como un hijo, quien —recién llegado precipitadamente de Monte Carlo— tenía prisa por enviar al camarero de allí el dinero que le hubo de prestar para el viaje, después de haber perdido en el juego todo, literalmente todo, sin resto alguno. Este antecompás, sensacionalmente divertido, a nuestra amistad, me molestó sorprendentemente poco: ésta se cerró en un instante — quizá incluso contribuyó a ella el que, a causa de ello, Paul Rée resaltara entre los otros, como perfilado por una luz más fuerte. En todo caso, su perfil nítidamente marcado, su ojo avispado, me resultó inmediatamente familiar debido a su expresión, en la que se unía en aquel instante algo chistosamente compungido con algo extraordinariamente bondadoso.»

Paul Rée había dejado a Nietzsche el 13 de marzo en Génova, y luego fue a las mesas de juego de Monte Carlo. Durante una visita anterior en compañía de Nietzsche, la presencia de éste había impedido la fiebre del juego. Ahora se desquitó Rée y perdió todo su dinero efectivo, de modo que incluso hubo de hacerse prestar el dinero para proseguir el viaje. Seguramente todo esto sucedió rápidamente, quizá incluso en una sola noche. De modo que se puede suponer que la llegada de Rée a Roma ocurrió ya el 15 ó 16 de marzo. Vivía todavía en la impresión que le produjeron las cinco semanas de continua calma que acababa de pasar en compañía de Nietzsche, y conocía suficientemente la problemática de su vida genovesa, que todavía le ocupaba intensamente en su interior y le hacía sentir con Nietzsche. Y ahora encuentra en Roma a esta muchacha tan extraordinariamente inteligente. No sólo ella se había fijado en él, sino, sobre todo, él en ella. Rée sabía en qué consistía la «soledad» de Nietzsche. Contacto social podía tener siempre que quisiera. El contacto epistolar le gustaba. Le faltaba un interlocutor que pudiera seguirlo en sus aventurados pensamientos filosóficos. Rée hubo de sentirse incapaz para ello, puesto que aparte de algunas coincidencias en el enjuiciamiento de los «prejuicios» morales, como ambos los llamaban, Nietzsche había entrado ahora en dimensiones que a Rée le resultaban extrañas. Esa «joven rusa», por el contrario, parecía estar más próxima a los planteamientos de Nietzsche, y tanto a Rée como a Malwida von Meysenbug se les ocurrió la idea de

que esa sorprendente Lou Salomé sería la persona ideal para pensar con Nietzsche e incluso servirle de acicate en las ideas; que sería, por lo que se podía adivinar, la única compañera digna de Nietzsche, por la agudeza de su inteligencia, y la única que podría emprender con él discusiones interesantes y fructíferas. Así, el 27 de marzo, Malwida von Meysenbug escribe a Nietzsche[12]: «Una chica muy curiosa (creo que Rée ya le ha escrito sobre ella), a quien, entre otros muchos, debo mi libro; me parece que aproximadamente ha llegado a los mismos resultados que usted, hasta ahora, en el pensamiento filosófico, es decir, al idealismo práctico, prescindiendo de todo presupuesto metafísico y de toda preocupación por la explicación de problemas metafísicos. Rée y yo coincidimos en el deseo de verle algún día con este ser extraordinario.» Rée, en efecto, había escrito a Nietzsche entusiasmado, quizá incluso inmediatamente después del primer encuentro. Por desgracia parece que la carta no se ha conservado. Hubiera ofrecido una explicación importante. Por el reflejo en la carta de respuesta de Nietzsche del 21 de marzo, parece que Rée avanzó un paso más —un paso fatal— en su prognosis y se la propuso a Nietzsche como una compañera de vida. Pero Nietzsche rechaza *esta* impertinencia, con unas palabras que habrían de tergiversarse en contra suya.

Nietzsche escribe la carta del 21 de marzo de 1882 a Paul Rée con su máquina de escribir, lo cual influye en el estilo. Las frases aparecen unas al lado de otras, sin ilación, áridas; se trata de un catálogo de respuestas y notificaciones. Así, aparece una cosa tras de otra[12]: «El joven funcionario le saluda — ¡Ecco! — Overbeck me ha enviado mi dinero — Con él tengo ya para unos cuantos meses. — Salude a esa rusa de mi parte, si eso tiene algún sentido: estoy ansioso de esa clase de almas. Próximamente me lanzaré al asalto de ella. — La necesito en consideración de lo que quiero hacer en los próximos 10 años. — Un capítulo muy diferente es el matrimonio — A lo máximo me podría permitir un matrimonio de dos años, y esto sólo en consideración de lo que he de hacer en los próximos 10 años.» Esto no significa otra cosa que: toda idea de un matrimonio auténtico resulta imposible, ya de principio, debido a la tarea vital prevista. Si existieran matrimonios temporales... — pero no existen, eso lo sabe también Nietzsche. Así que, tal como están las cosas, Nietzsche rechaza la propuesta de Rée; más todavía, a pesar de esa tentadora perspectiva de encontrar por fin en Roma ese ser que en el fondo busca ya desde hace largo tiempo, Nietzsche se va a Messina con la intención de permanecer allí una temporada, al menos hasta el otoño, y desde allí, si es posible, abandonar Europa. Pero ya después de tres semanas el clima le obliga a volver de nuevo hacia el norte —¿o se trataba del imán Wagner?— ¡La meta para ese verano no era la Engadina, sino un lugar en las cercanías de Bayreuth! De camino hacia allí quería pasar rápidamente por Roma para volver a saludar a Malwida von Meysenbug y conocer de paso a esa joven rusa.

La fatal presentación de Lou

Nietzsche hubo de llegar a Roma el 23 o lo más tarde el 24 de abril. La secuela de ese viaje, como casi siempre, volvió a ser un día de dolor de cabeza, durante el que hubo de permanecer en cama, inactivo. Después fue a visitar inmediatamente a Malwida, quien al día siguiente (miércoles 26 de abril), escribe al respecto a su hija adoptiva Olga[167]: «... adivina con quién pasé ayer por la tarde algunas horas en la Villa Mattei, y a quién espero también esta noche: Nietzsche. Había ido... a Messina, que le gustó infinitamente. Pero el frecuente *sirocco*... lo ahuyentó de nuevo y regresó... para continuar hasta Suiza. El primer día estuvo enfermo; pero ya ayer vino y yo me alegré auténtica y cordialmente de verlo; también él se alegró, emocionado, de volver a estar conmigo, afirmando que desde hacía años no había vivido un momento tan feliz. El pobre hombre, es realmente un santo, soporta sus dolores con ánimo heroico, volviéndose cada vez más suave, incluso alegre, trabajando siempre, a pesar de que casi está ciego... no tiene absolutamente a nadie que lo cuide, lo ayude, y muy poco dinero.»

Durante esa visita Nietzsche se informó de dónde podría encontrar a Rée, remitiéndosele a la basílica de San Pedro. Y aquí encontró también a Lou Salomé, quien recuerda a propósito[215]: «... donde Paul Rée, en un confesionario especialmente bien orientado hacia la luz, se dedicaba, con fuego y piedad, a tomar sus apuntes... Su primer saludo para mí fueron las palabras[12]: '¿Caídos de qué estrella hemos sido conducidos aquí uno hacia otro?'» En una versión posterior[215]: «¿De qué estrellas hemos caído aquí uno hacia el otro?»

Después de pocas horas de conocimiento, Nietzsche estaba tan subyugado por la personalidad de Lou (ahora de veintiún años; algo más de dieciséis años más joven, pues, que Nietzsche) que se decidió a una propuesta de matrimonio, tan precipitada y torpemente como lo hiciera seis años antes (el 11 de abril de 1876) en Ginebra con Mathilde Trampedach. Como entonces en Ginebra, Nietzsche volvió ahora a interpretar mal la situación y encomendó a Paul Rée la engorrosa misión del casamentero: un desacierto semejante al que cometió con Hugo von Senger al solicitar su mediación. El mismo concertó una entrevista con la madre, en casa de ella, para la tarde del día siguiente, el 26 de abril. Encomendar el asunto a Rée, desde el punto de vista de Nietzsche, era un paso completamente natural. Hacía poco que habían vivido en Génova semanas de amistad cordial, que habían gustado juntos muchas de las intimidades de su filosofar; Rée se mostraba realmente preocupado por el bienestar de Nietzsche, era fiel, sincero, no existían secretos entre ellos, eran hermanos de espíritu, amigos en el más bello de los sentidos. Nietzsche no tenía entonces —y no sólo en Roma— ninguna otra persona a quien pudiera recurrir mejor que a Rée. Tenía derecho a creer que

honraba al amigo con el encargo y que le demostraba su confianza. En vez de eso lo puso en el mayor compromiso, puesto que entre Lou y Rée había sucedido algo que Nietzsche no podía notar en absoluto en tan poco tiempo. También Rée —como antes que él Gillot y ahora, después de él, Nietzsche— había dado el mismo paso en falso. Lou Salomé informa al respecto[215]: «Ya esa misma noche [la del primer encuentro con Rée], como diariamente sucedería a partir de entonces, nuestras apasionadas conversaciones sólo acababan en el camino a casa, por rodeos... Estos paseos por las calles de Roma, bajo la luz de la luna y las estrellas, nos acercaron pronto tanto que comenzó a desarrollarse en mí un plan maravilloso sobre el modo como podríamos consolidar nuestras relaciones... Paul Rée se comportó primero de modo totalmente equivocado al someter a mi madre, para mi pesar y enfado, un plan totalmente diferente —un plan matrimonial—, que dificultó hasta el infinito su consentimiento en el mío. Tuve primero que hacerle plausible a él mismo hacia dónde me dirigían la vida amorosa concertada ya para toda mi existencia y mi ansia de libertad totalmente desatada.»

Tampoco Malwida von Meysenbug se había dado cuenta de nada de esto hasta que Rée hubo de aclarárselo. Tras la desilusión producida por el tajante rechazo de su proposición matrimonial, el frío analista de los sentimientos morales no vio otra salida al aprieto producido por su pasión amorosa que la huida. Quería marcharse y tenía que justificarlo ante Malwida. Lou, sin embargo, le obligó a que se quedara y a traspasar su pasión a la fuerza del intelecto. También Malwida le aconsejó permanecer, pero no ocultó su decepción por los paseos nocturnos largo tiempo mantenidos en secreto. Los censuraba, no por mojigatería, sino por un conocimiento y experiencia bien fundados. Así, escribe el 30 de marzo a Paul Rée[12]: «Con Lou Salomé ya he aclarado totalmente mi punto de vista, y, dado que también lo he hecho con usted, a partir de ahora estoy libre de toda responsabilidad; pero, como amiga y conocedora de las personas y de la vida, aconsejo no hacer determinadas cosas. Siempre resulta peligroso tentar al destino; con ello se entrega uno en manos del azar, y lo que en el presente y en el recuerdo podía ser algo puro, claro y hermoso, adquiere disonancias y se vuelve turbio.» Y dado que, a pesar de ello, continuó así la relación, el 25 de mayo, en una larga carta a Zürich, advierte de nuevo a Lou[12]: «El acompañamiento a casa me resultaba molesto sólo en la idea de que ello pudiera disgustar a su mamá; y yo no quería que ella pudiera pensar que en mi casa se promovía otra emancipación que no fuera la intelectual más noble... Pero entonces llegó la muy tímida confesión de los paseos, la cual parecía hacérseme... sólo a causa de la mala conciencia. Yo sabía cómo había peligrado aquí, por cosas parecidas a ésas, la fama de varias jovencitas... Si un conocido la hubiera encontrado en mitad de la noche, no hubiera podido tomársele a mal que le resultara extraño, y ¿qué hubiera hecho Rée si un oficial, u otro

cualquiera, le hubiera dicho a usted algo desagradable? ¿Batirse en duelo?!»

Lou alimentaba realmente un plan osado, como hubo de confesarse a sí misma; a pesar de ello forzó a su realización, parcial al menos, tal como estaba acostumbrada en general a imponer siempre su voluntad. Escribe al respecto[215]: «Lo que más inmediatamente me convenció de que mi plan, afrentoso para las costumbres sociales entonces vigentes, podría llevarse a cabo, fue, primero, un simple sueño nocturno. Vi un agradable gabinete de trabajo, lleno de libros y flores, flanqueado por dos dormitorios, con camaradas de trabajo yendo y viniendo a nuestra casa, unidos en un círculo alegre y serio»; y más adelante: «Lo inesperado sucedió cuando Nietzsche, apenas hubo tenido noticias del plan de Paul Rée y mío, se adhirió a él como el tercero. Incluso se fijó pronto el lugar de nuestro futuro trío: habría de ser... París, donde Nietzsche quería oír a ciertos colegas... A Malwida esto incluso la tranquilizó un poco, puesto que allí nos veía protegidos por sus hijas adoptivas Olga Monod y Natalie Herzen... Pero para Malwida lo mejor hubiera sido que la señora Rée acompañara a su hijo y la señorita Nietzsche a su hermano.»

Así pues, también Nietzsche volvió a dejarse ligar, en principio, a la relación de camaradería, después de que su propuesta fuera rechazada con la muy débil justificación de que Lou, en caso de matrimonio, perdería su pensión de Roma y ambos quedarían sin medios para poder llevar una vida conveniente. Como en su tiempo la negativa de Mathilde Trampedach, Nietzsche tomó también ahora esta respuesta aparentemente tranquilo como si se tratara casi de una liberación. Pero su disposición interna hacia Lou habría de sufrir todavía algunos cambios, y se habían despertado fuerzas anímicas del hombre apasionado con las que habría de luchar todavía en firme. Primero, sin embargo, se esbozó rápidamente un plan para la comunidad soñada por Lou, en el cual fue incluida, sin más, la madre Salomé como «carabina», a lo que se prestó de buena voluntad, aunque nada más fuera para estar «al lado».

Partida de Roma

Ya al día siguiente, el 27 de abril, tenían que viajar ambos caballeros a los lagos del norte de Italia, para buscar allí un lugar idílico. El 1 de mayo ambas damas querían trasldarse a Milán, donde habrían de recibir el anuncio del punto de reunión. Pero otra vez el estado de Nietzsche volvió a dar al traste con todo. Después de haber hecho el 27 de abril una visita de despedida a Malwida von Meysenbug, un ataque de varios días le obligó a permanecer en Roma; Rée se quedó con él para cuidarle. Así, las dos damas se fueron primero, y los dos caballeros las siguieron más tarde. El pequeñísimo grupo se reunió más tarde en el lago Orta, que Nietzsche

debía conocer muy bien por excursiones hechas desde Stresa. Una nota de Rée cita como únicas fechas seguras: «Orta, 5 de mayo» e «Isola Madre, 10 de mayo». Pero la última ya no concernía a Nietzsche, quien hubo de partir lo más tarde el 7 de mayo, puesto que el 8 pudo escribir a Locarno, a Rée, desde Lucerna y seguir viaje además hasta Basilea; y eso que entonces, es decir, hasta la apertura del túnel de San Gotardo, dos semanas más tarde (22 de mayo de 1882), había que ir todavía por el paso, con lo cual el viaje duraba por lo menos de día y medio a dos días.

Nietzsche sorprendió el 8 de mayo a sus amigos Franz e Ida Overbeck en Basilea, quienes apenas reconocieron a su amigo, tan doliente en general, pero en aquel momento tan confiado en el futuro, tan excitado, «saludable» y hablador a la vez, sobre todo sobre su nuevo conocimiento: la señorita Lou von Salomé. Aproximadamente siete semanas más tarde, el 25 y 26 de junio, Franz Overbeck informa a Heinrich Köselitz sobre esta visita[12]: «Encontré que Nietzsche había llegado allí donde esperaba verlo llegar pronto, en el caso de que su salud hiciera posible esperar algo todavía, a saber, lo encontré lleno de un ansia imperiosa de un modo de vida que lo apartara menos de las personas y de las cosas... Pero la apariencia de Nietzsche, por lo que respecta al color de la cara y a su corpulencia, era tal que me hubiera resultado totalmente incomprensible de no haber podido tomarla como signo de una salud en proceso de recuperación, o al menos no dañada seriamente. Desde hace muchos años no había vivido con Nietzsche cinco días como los que pasó aquí últimamente —a excepción de pocas horas, hablando o escuchando de costumbre, continua y vivamente, hasta cerca de la medianoche mucha música también, y todo ello sin auténticas crisis, sólo una hora de postración total... De todos modos, días malos habían precedido inmediatamente y se siguieron también inmediatamente —sea como sea, la experiencia queda como algo sorprendente y agradable en grado máximo.»

El misterio de Monte sacro

¿Qué había sucedido? ¿qué es lo que había producido, como por encanto, esa trasformación? Desde esos días de mayo en casa de los Overbeck, amigos y enemigos se han esforzado en dar aclaraciones y explicaciones de ello —en realidad sin gran éxito, puesto que las noticias biográficas fidedignas son escasas, y a la pregunta sobre lo que Nietzsche había vivido en los pocos días inmediatamente anteriores, sobre lo que había sucedido *en* él, sólo queda una respuesta decorosa, la que da Tristán al rey Marke*: «... eso no te lo puedo decir; y lo que preguntes, eso no lo podrás saber nunca.» También la única testigo —Lou— parece querer

* Acto II, escena 3.ª

darnos la misma respuesta. Sólo sabemos que Nietzsche, en esos pocos días en el lago de Orta, hizo una vez una excursión solo con Lou, en la que, como informa ella misma[215], «el cercano Monte sacro parece habernos encadenado; al menos se originó una involuntaria ofensa a mi madre por el hecho de que Nietzsche y yo permanecimos demasiado tiempo sobre el Monte sacro como para poder recogerla a tiempo, cosa que también tomó muy mal Paul Rée, quien mientras tanto estuvo entreteniéndola». En ese paseo Nietzsche fue subyugado por el misterio del amor. Se trata del «mysterium de Monte sacro», como quedará en su recuerdo. Lo que allí sucedió —interna y externamente— produce una comprensible curiosidad. Más tarde Lou contestó a una pregunta al respecto[215]: «Si besé a Nietzsche en el Monte sacro, es algo que ya no lo sé.» Naturalmente que lo sabía, pero ante una pregunta así sólo queda la respuesta de Tristán. También ella estaba fascinada por la personalidad de Nietzsche, a pesar de todas las reservas y de un sentimiento, siempre insuperado, de distancia. A pesar de su juventud poseía la capacidad de sentir qué alma tan rica había encontrado y que se había topado con una persona de una profundidad inusitada de vivencias. Sin embargo, como siempre y para todos, en Nietzsche quedó un resto inaclarable, continuó siéndole «extraño». Aunque a nosotros, hombres de hoy, nos resulte contraproducente, no hemos de perder de vista que ambos, Lou y Nietzsche, eran hijos de su tiempo, de la melancólica época posromántica con su propensión al simbolismo y al misticismo, y que precisamente Nietzsche podía sufrir por el suceso del Monte sacro igual que Tristán por sus heridas o Parsifal por el beso de Kundry. Precisamente Nietzsche, que vivió muy de cerca las visiones dramático-musicales de Wagner, tan de cerca que hubo de huir de ellas, de luchar contra ellas, para no perecer frente a ellas. Los días y las semanas siguientes habrían de mostrar qué fuertemente iba unida, para Nietzsche, esta pasión amorosa despertada por Lou al mundo visionario de Wagner.

Horas sagradas en Lucerna y Tribschen

El 8 de mayo —todavía desde Lucerna— Nietzsche había escrito a Paul Rée[12]: «Hoy directo hacia Basilea ... hasta que su telegrama me llame a Lucerna... Tengo que hablar otra vez necesariamente con la Srta. L., ¿en el Löwengarten por ejemplo?» Se refiere al gigantesco Löwendenkmal, hecho directamente en la roca por Thorwaldsen, en las cercanías del llamado Gletschergarten. El lugar —el Löwendenkmal y Lucerna— había sido elegido no sin intención. Ante la noticia de que el pequeño grupo de viaje está ahora allí, Nietzsche va inmediatamente, el 13 de mayo; en la estación es recogido por Lou y Rée, como escribe el 15 de mayo a Overbeck. Caminaron juntos por el puente del lago; después Rée tuvo

que dejarlos solos a los dos —Lou y Nietzsche—; ante el monumento, Nietzsche reitera personalmente su proposición matrimonial «porque después le pareció insuficiente la recomendación romana que de él hiciera Paul Rée», como recuerda Lou[215]. Y de nuevo le manifiesta ella su negativa y le explica otra vez su plan de vida: vivir tanto con él como con Rée en amistad de camaradería, como una comunidad de estudio y de trabajo. También esta vez Nietzsche aceptó exteriormente tranquilo la respuesta y conservó su noble compostura. Además, estaba contento de no haber estropeado la amistad con su propuesta. Se quedaron en Lucerna hasta el 16 de mayo; después, todos continuaron hacia el norte por diferentes caminos: Nietzsche, por Basilea hacia Naumburg; Rée, por Zürich a casa, en Stibbe, Prusia del norte, y las damas Salomé, primero hacia Zürich-Riesbach, como estación intermedia antes de Hamburg-Berlín, allí «ya en compañía de mi hermano Eugène, el más cercano a mí en edad, que había sido enviado por el mayor, el representante paterno, en ayuda de mi madre. Entonces estallaron las últimas batallas: pero por parte mía lo que más me ayudó fue la confianza ciega que me inspiró Paul Rée y que poco a poco también había imbuido a mi madre; y así fue como acabó el asunto conduciéndome mi hermano hasta los Rée, para lo cual Paul Rée vino a nuestro encuentro hasta Schneidemühl, en la Prusia occidental, donde raptor y custodio pudieron darse el primer apretón de manos.»

En los días de Lucerna Nietzsche había impulsado a Lou a una excursión cargada de recuerdos a Tribschen, «el lugar en el que había vivido con Wagner días inolvidables. Mucho, mucho tiempo estuvo sentado allí, a la orilla del lago, en silencio, embebido en profundos recuerdos; después, haciendo dibujos con el bastón en la arena húmeda, habló en voz queda de aquellos tiempos pasados. Y cuando cruzó su mirada, estaba llorando[215].» ¿Había esperado quizá Nietzsche, con Lou a su lado, conjurar definitivamente el espíritu, que todavía le dominaba con fuerza, de la «mujer más admirada», Cosima Wagner? Al menos, la peregrinación en común a aquel lugar, para él sagrado, había de bendecir el nuevo vínculo amistoso. «Al mismo tiempo Nietzsche gestionó también la fotografía de nosotros tres, a pesar de la fuerte oposición de Paul Rée, que durante toda su vida conservó una repugnancia enfermiza ante la reproducción de su cara. Nietzsche, con el ánimo exaltado, no sólo se empeñó en ello, sino que se preocupó personal y solícitamente de todos los detalles —como del pequeño (¡resultó demasiado pequeño!) carromato, incluso de la cursilería de la rama de saúco en la fusta, etc.» Así pues, Nietzsche fue el responsable, como *regisseur*, de la idea sin gusto para la fotografía. Pero la trágica ironía que en ello se muestra no puede despacharse con un rápido juicio de gusto. En realidad era Lou la que intentaba uncir a los dos hombres a su carreta, y ambos filósofos se sometieron. Pero hay que tener presente de nuevo la cercanía de Tribschen, es decir de

Wagner. En las «Walkirias», al comienzo del acto II, Brünnhilde dirige a Wotan las siguientes palabras[259]:

«Te aconsejo, padre,
que te prepares tú mismo;
dura tempestad
has de vencer.
Fricka, tu mujer, se acerca
en el carro con la yunta de carneros.
¡Ea, cómo blande
la fusta dorada!
Las pobres bestias
gimen de miedo;
furiosamente rechinan las ruedas;»

Planes audaces

En principio Fricka/Lou tenía la yunta bien sujeta por la brida; sólo la dirección del viaje era incierta. En el camino hacia su extravagante meta había dificultades de todo tipo, también prejuicios morales burgueses. Para enfrentarse a ellos pareció oportuno uncir dos honestos caballos de gala más en la figura de las madres. Lou disponía casi totalmente de su propia madre; Paul Rée había prometido éxito en sus intentos de convencer a la suya. Junto a la idea de que en julio Lou había de asistir en Bayreuth al estreno del «Parsifal», en lo que Nietzsche puso mucho empeño, existían planes provisionales para una estancia estival en común en la Engadina, que no pudo llevarse a cabo debido al estado de salud de la madre de Rée. Así, en todo caso, se tomó una determinación. El 28 de mayo escribe Paul Rée a Lou, que estaba todavía en Zürich[12]: «Engadina queda definitivamente excluida. Para bañarse quizá fuera oportuno Warmbrunn en los Montes de Silesia... Hermosas montañas, pequeño, agradable, teatro, increíblemente barato. También muchas sombras para Nietzsche, si es que quiere venir. Desde allí podrías ir a Bayreuth, si no quieres renunciar a hacerlo; interesante es, desde luego, aunque nada más fuera a causa de la familia Wagner.»

Entretanto, entre Paul Rée y Lou Salomé se había instituido el «tú» familiar. Rée incluso firmaba las cartas con «tu tú». En la relación de Lou Salomé con Nietzsche, sin embargo, siempre quedó un resto de reserva. Aunque él en las cartas se dirija a ella por el nombre, así por ejemplo «mi querida Lou», y ella le conteste con «querido amigo», quedó siempre el «usted» de la distancia. En los aforismos compuestos el verano siguiente en Tautenburg encontramos la frase[12]: «Mientras mayor es la intimidad entre dos personas, más firmes fronteras exige.»

Nombres cariñosos bromistas en la correspondencia con Paul Rée y el carácter entero de la letra de los textos de las cartas, dan a esta correspondencia un colorido vivo y permiten que la relación coquetee entre un enamoramiento juvenil desatinado y una camaradería juguetona; incluso en los trozos serios, en los que se trata de cuestiones filosóficas, éstos solo se conciben intelectualmente y nunca dejan que suene a la vez el tono oscuro de la vivencia, como sucede en cada expresión de Nietzsche.

Lou quería pasar «un lindo año» en compañía de hombres inteligentes y estudiar en una universidad mayor. Para ello entraban en consideración Munich, Viena y París; por el momento, Viena era el objetivo preferido para el otoño y el invierno siguientes. Nietzsche comenzó inmediatamente a prepararse para ello y pensó pasar el verano en alguna parte de los Alpes orientales «de camino hacia Viena».

La «Gaya ciencia» dispuesta para la imprenta

Como etapa previa, Nietzsche se dirigió primero a Naumburg, para dedicarse allí a la confección del manuscrito para la imprenta de la «Gaya ciencia». Este surgió en un extraño grupo de trabajo. El 19 de junio de 1882 lo describe drásticamente Nietzsche a su Heinrich Köselitz: «El tormento de la producción del manuscrito, con ayuda de un viejo comerciante en bancarrota y asno, fue extraordinario: he jurado no volver a sufrir cosa semejante.» Elisabeth fue quien dispuso las cosas, con buena intención y en consideración a los débiles ojos de su hermano: ella leía en voz alta, al dictado, lo escrito a mano, Nietzsche lo controlaba como oyente, y el viejo a quien se había recurrido tenía que escribir un texto limpio de acuerdo con ello. Fuera que éste oía mal o que la pluma se le resistía de vez en cuando, el caso es que no siempre llegaba al papel el texto deseado por el autor, con lo que hubo de hacerse un penoso trabajo de corrección. En realidad, la idea de Elisabeth tenía que haber resultado bien en la práctica, lo único fue que no tuvo buen tacto en la elección de la persona adecuada, lo que más tarde habría de repetirse, por desgracia, más de una vez y de modo mucho más funesto todavía. De modo que, así, el trabajo iba muy lento y se fue alargando hasta mitad de junio. El 19 de junio pregunta Nietzsche a Köselitz «si Usted me *podría* (¡no hablo de 'querer', mi viejo y fiel amigo!) ayudar en la corrección de la 'Gaya ciencia' —mi último libro, como supongo—. ¡Sinceridad hasta la muerte! ¿no es verdad?» El 24 de junio Nietzsche informa a Overbeck: «Teubner está imprimiendo ya la 'Gaya ciencia': Köselitz ayuda en la corrección. La confección del manuscrito para la imprenta fue penosa; ¡ojalá que sea la última vez por muchos años!»

Viaje frustrado de Nietzsche al Grunewald

A más tardar, el 15 de junio el manuscrito para la imprenta hubo de estar acabado, puesto que el 16 de junio Nietzsche se apresura a llevarlo consigo, para enseñárselo a Lou, a Berlín, al Grunewald, de donde ya el 17 de junio vuelve decepcionado. El 19 de junio escribe a Köselitz: «...imagínese que he viajado desde Messina al Grunewald berlinés, que me había sido aconsejado por un guarda forestal suizo como lugar de estancia veraniega. Pero no encontré lo que buscaba —estoy de nuevo en Naumburg—.» De todos modos, entre Messina y Grunewald habían pasado dos meses. Con esta descripción algo sumaria Nietzsche dio motivos para una interpretación totalmente falsa del viaje, como después haría premeditadamente su hermana. ¿Qué es lo que él no había encontrado allí? Las cartas a Lou Salomé lo descubren. El 28 de mayo había propuesto a Salomé[12] «Mi último plan para hablar con Usted es éste: Quiero ir a Berlín cuando Usted esté allí, y retirarme inmediatamente desde allí a uno de los bellos y profundos bosques... para poder encontrarnos *cuando* nosotros, cuando Usted quiera... Así pues: me quedaré en 'Grunewald' y esperaré todo el tiempo... quizá encuentre una digna casa parroquial o forestal en el bosque mismo, donde pueda Usted quedarse unos cuantos días en mi cercanía. Pues, sinceramente, deseo mucho estar totalmente a solas con Usted lo antes posible. Solitarios como yo, tienen que acostumbrarse primero lentamente a las personas que les resultan las más queridas... Pero si Usted quiere continuar el viaje, encontraremos otro retiro forestal no lejos de Naumburg... allí podría llevar, si Usted quiere, a mi hermana. (Mientras estén en el aire todavía los planes para el verano, hago bien en mantener absoluto silencio con los míos —no por gusto a los secretos, sino por 'conocimiento de las personas').» Y al día siguiente, el 29 de mayo, Nietzsche escribe a Rée[12]: «Una de estas próximas semanas quiero trasladarme al Grunewald, Charlottenburg y quedarme allí tanto tiempo como L. esté con Usted en Stibbe: para recibirla después y acompañarla por ejemplo a algún lugar de los bosques de Turingia, donde eventualmente podría acompañarnos también mi hermana (por ejemplo, Schloss Hummelshayn).»

De estos últimos días de mayo, Lou Salomé y su madre, que venía de Zürich, pasaron algunos en Basilea, donde visitaron a los Overbeck. No le fue posible a Lou encontrarse con Jacob Burckhardt, a pesar de lo mucho que lo deseaba. Viajó después por Berlín a Hamburgo, desde donde sugirió a Nietzsche otro plan distinto para el verano. Rée tenía la intención de visitar con su madre los baños de aguas termales y de barro de Warmbrunn, en Hirschberg, en la margen norte de los montes de Silesia, a mitad de camino entre Dresden y Breslau. Además estaba anunciada la llegada a Hamburgo del hermano más joven de Lou, que había de recoger a la madre. Por ello Lou tiene que escribir a Nietzsche[12]:

«Esto último acorta tanto nuestra estancia en Berlín y prolonga tanto la de aquí que difícilmente podremos vernos en la capital alemana. Toda mi esperanza está ahora en que Warmbrunn resulte un lugar soportable para su estado de salud, de modo que podamos estar allí juntos y trabajar. Un encuentro largo los dos solos es por el momento imposible... Después de Bayreuth quizá se arreglen las cosas mucho mejor... Créame que si prescindo *ahora* de un encuentro a solas con Usted es sólo en interés de nuestros propios planes... De palabra le comunicaré todas las razones exactamente; ya las discutí con los Overbeck... Los Overbeck me recibieron con gran cordialidad.» Nietzsche no ocultó su decepción y le contesta inmediatamente (el 7 de junio): «Estaba tan preparado para Berlín y Grunewald que en cada momento estaba dispuesto a partir. Así pues ¿sólo después de Bayreuth volveremos a vernos? ¿y además sólo 'quizá'? Warmbrunn no es lugar apropiado para mí; por otra parte me parece más aconsejable no exponer nuestro trío tan a menudo en público este verano, como resultaría de esa estancia en Warmbrunn: mejor nuestros planes de otoño y de invierno. Soy demasiado conocido en esta Alemania.» Ya dos días más tarde tiene una nueva propuesta que hacer: «¿Vale que me traslade ahora a Salzburgo (o Berchtesgaden), es decir, al camino hacia Viena? Cuando estemos juntos le escribiré algo en el libro que le he enviado.» (Se trata de «Humano -demasiado humano 1.»)

Inesperadamente para Nietzsche, Lou, como resultado de una activa correspondencia con Rée, se traslada a casa de la familia Rée en Stibbe. De camino hacia allí permanece algunos días en Berlín, desde donde el 14 de junio escribe a Nietzsche a Naumburg diciéndole que su viaje va tan rápido que ya no hay tiempo para un encuentro. Nietzsche le responde a vuelta de correo: «... desde hace media hora estoy melancólico y desde hace media hora me pregunto por qué —y no encuentro otro motivo que la noticia que me acaba de proporcionar su amable carta de que no nos veremos en Berlín. ¡Vea Usted ahora qué clase de persona soy! Pues bien: mañana por la mañana, a las 11, estaré en Berlín, estación término... Mi intención es 1) — — — y 2) que me permita acompañarla dentro de unas semanas hasta Bayreuth, supuesto que Usted no encuentre una compañía mejor. —¡A esto se llama decidirse rápidamente!» Y: «Berchtesgaden para mí está 'refutado'. Provisionalmente me quedo en Grunewald. —Manuscrito terminado. ¡Por el mayor asno de todos los escribientes! Me llevo la introducción a Berlín, que se titula «Broma, astucia y venganza», preludio en rimas alemanas.»

Pero Nietzsche emprendió en vano este forzado viaje. Lou le resultó inencontrable; quizá ya estaba de viaje el 16 de junio; en todo caso el 18 está en Stibbe, recibida cordialmente por la señora Rée, quien en la joven amiga de su hijo abraza a una nueva hija adoptiva, después de que dos años antes se le hubiera muerto otra —una inglesa de nacimiento— al dar a luz a su tercer hijo. Seguramente resultó para la señora Rée un consuelo

poder volver a llenar aquel vacío doloroso. En todo caso no era nada nuevo en Stibbe albergar a una hija adoptiva.

Tautenburg se convierte en el asiento del verano de 1882

Por lo pronto Nietzsche tuvo que abandonar cualquier esperanza de reunirse con Lou antes de los festivales de Bayreuth, a fines de julio. La mejor posibilidad quedaba en el aire: celebrar el encuentro *en* Bayreuth, en caso de que, después de todo, fuera invitado de modo conveniente por Wagner. Precavido, Nietzsche no se alejó demasiado y permaneció en actitud de espera hasta que llegara un signo de Wagner —o de Lou. Otra vez más hubo de agradecer a su hermana que le prestara un servicio cariñoso: buscarle un lugar que pareciera apropiado; éste sería Tautenburg, Dornburg, cerca de Jena.

El pastor de Tautenburg, Stölten, había tenido la idea de dar un impulso económico a aquel pueblo modesto, romántico, situado en el bosque de Turingia, abriéndolo al aluvión turístico creciente, para lo que él mismo —cosa que no era extraña entonces— se convirtió en posadero. Nietzsche, de todos modos, no vivió en su casa, sino en la del joven matrimonio de campesinos Hahnemann. Una semana después del fracasado asunto de Grunewald, el 25 de junio de 1882, Nietzsche viajó a Tautenburg, donde, con pequeñas interrupciones, permaneció dos meses, exactamente hasta el 27 de agosto. Elisabeth lo acompañó, pero se volvió el 27 de junio. El 25 de junio también estaba allí Franz Liszt —aunque Nietzsche no se apercibió de ello. En los días que hubo entre la vuelta de Grunewald y la partida para Tautenburg —y no antes, quizá incluso sólo en la dulce placidez de Tautenburg— Nietzsche hubo de «confesar» a su hermana, y posiblemente también a su madre, el asunto de Lou. El que ya lo hubiera hecho el 28 de abril en una carta desde Roma a Elisabeth, es seguramente una de las groseras falsificaciones epistolares de Elisabeth. Ya es sospechosa la fecha de la carta: el 28 de abril Nietzsche hubiera tenido que estar ya de viaje con Rée, pero tuvo que quedarse todavía algunos días en Roma a causa de un ataque grave. Ni en un caso ni en otro pudo escribir el 28 de abril.

La correspondencia cada vez más seguida con «Stibbe», con Paul Rée y Lou Salomé, la misteriosa excursión al Grunewald con la manifiesta decepción subsiguiente, los contactos personales entre la madre de Nietzsche y los Overbeck en Basilea, y con la madre de Rée, de los que pudo seguirse alguna información, los planes estivales comunes respecto a Bayreuth y una estancia juntos a continuación —todo ello hizo inevitable una confesión. Además Nietzsche necesitaba ahora urgentemente de los

servicios de su hermana para que con su presencia evitara el escándalo burgués que significaría el encuentro que él, por su parte, había planeado con Lou en el nido del bosque. Y Elisabeth también le prestó ese servicio. El que Elisabeth de vez en cuando tomara conciencia de la ambigüedad —o incluso indignidad— de su papel y perdiera los nervios por ello, acarreó algunas perturbaciones al idilio veraniego y llevó finalmente a la desaparición de la servicialidad fraternal. Por el momento parece que los implicados no se plantearon en absoluto que ello superaba incluso la capacidad de disposición de la mejor «buena voluntad» o ahuyentaron tales pensamientos, como hizo Nietzsche. De acuerdo con un sentimiento admisible, él había guardado silencio en Naumburg, y se lo había recordado repetidas veces a los iniciados en el secreto; así a Overbeck el 23 de mayo: «Respecto a Lou, profundo silencio. Así es necesario que sea», a quien vuelve a decir el 19 de junio: «Continúo guardando silencio aquí. En lo que respecta a mi hermana estoy totalmente decidido a dejarla fuera de esto; lo único que haría sería complicar el asunto (y complicarse ella misma primero)», hasta que el 27 de junio puede confesar a Lou[12]: «Entretanto he comunicado a mi hermana todo aquello que concierne a Usted. Tras el largo tiempo de separación la encontré tan evolucionada y madura como antes, digna de toda confianza y muy amable conmigo... así que creo in summa que Usted puede intentarlo con ella y con nosotros. —Pero Usted pensará que todo mi silencio fue innecesario. Lo he analizado hoy y encontré como última justificación: desconfianza frente a mí mismo... Tuve que callar porque hablar de Usted me hubiera trastornado (como me pasó con los buenos de los Overbeck).» Ahora —y sólo ahora— Lou puede, el 30 de junio, acceder a la estancia veraniega en común, que Nietzsche le había propuesto el 26 de junio. Nietzsche le responde a ello el 2 de julio: ¡«Ahora se ha aclarado el cielo sobre mí! Ayer a mediodía me sentí como si fuera mi cumpleaños: Usted envió su consentimiento, el regalo más bello que nadie me hubiera podido hacer ahora —mi hermana envió cerezas, Teubner envió los tres primeros pliegos de imprenta de la 'Gaya ciencia'; y, además de todo eso, acabé la última y definitiva parte del manuscrito y con ella la obra de 6 años (1876-1882), todo mi 'librepensamiento' ¡Oh, qué años!... oh, querida amiga, siempre que pienso en todo esto me conmuevo y emociono y no acierto a comprender cómo ha podido salir bien: me llenan completamente un sentimiento de autocompasión y de victoria. Puesto que se trata de una victoria, y de una completa —ya que incluso ha vuelto a asomar la salud de mi cuerpo..., y todos me dicen que parezco más joven que nunca.»

Previsoramente, Elisabeth ya había apalabrado un alojamiento en la casa parroquial, y Nietzsche gestiona ahora diligentemente la confirmación: tres habitaciones por 12 marcos diarios para las dos damas: la hermana y Lou. También confiesa a Köselitz ahora su nuevo conocimiento, y por cierto con una curiosa introducción. Al envío del 1 de julio de

los pliegos de pruebas de la «Gaya ciencia» adjunta Nietzsche, sin comentarios y escrita de su mano, la poesía de Lou Salomé, «En el dolor», de modo que Köselitz hubo de considerarla como un producto de Nietzsche. A pesar de ello, él habría contestado gustosamente como Walter von Stolzing en los Maestros cantores (acto I):«Esto suena extraño a mis oídos», pero lo formula con palabras más contenidas[13]: «Conservaré fielmente su poesía, llena de grandeza; créame que me estoy esforzando para comprenderla dentro del espíritu en que ha sido compuesta.» El 13 de julio Nietzsche aclara por fin: «Aquella poesía... no era mía. Pertenece a las cosas que ejercen sobre mí un influjo total; todavía no la he podido leer nunca sin lágrimas... Esa poesía es de mi amiga Lou, de la que Usted seguro que no ha oído hablar aún. Lou... tiene veinte años... es despierta como un águila y animosa como un león y, sin embargo, una chica muy juvenil y femenina... Después de Bayreuth vendrá adonde estoy, y en el otoño nos trasladaremos juntos a Viena. Viviremos en una misma casa y trabajaremos juntos; está preparada sorprendentemente para mi modo de pensar y para mi tipo de pensamientos. Querido amigo, con toda seguridad nos concederá el honor a ambos de apartar de nuestra relación la idea de un galanteo. Somos amigos y consideraré sagrada esa muchacha y esta confidencia. —A propósito, posee un carácter increíblemente firme y sincero.»

Bayreuth, verano de 1882: estreno de «Parsifal»

Durante esas semanas el trabajo de corrección de su nuevo libro, pero también la espera de la ansiada visita, mantienen a Nietzsche en tensión. A ello se junta la excitación por los acontecimientos de Bayreuth. Nietzsche nunca perdió del todo lo sosegada esperanza de un cambio a su favor, y una invitación en el último minuto no lo habría cogido desprevenido. Sin demora había estudiado a conciencia la versión para piano del «Parsifal», que acababa de salir el 4 de mayo, y se había carteado con Köselitz al respecto. Y ahora, el 23 de julio, un día antes de la partida de su hermana hacia Bayreuth, va deprisa a Naumburg a prepararla al piano para esa música. Dos días más tarde informa al respecto a su Köselitz: «Finalmente dije: 'mi querida hermana, en otro tiempo, de chico, hice yo música igual que ésta, cuando compuse el Oratorium' —y saqué mis viejos papeles y volví a tocarlos, después de mucho tiempo: ¡la identidad de afinado y de expresión era de fábula! ¡Sí, algunos párrafos, por ejemplo 'La muerte de los reyes'[125], nos parecieron a ambos más conmovedores que lo que habíamos tocado del «Parsifal», y sin embargo totalmente parsifalescos!... Con auténtico horror volví a tomar consciencia de lo cercanamente emparentado que en realidad estoy con Wagner... ¡¡Seguramente comprende, querido amigo, que con ello no he querido alabar al Parsifal!!

—¡Qué repentina *décadence*! ¡Y qué cagliostricismo!» También éste es uno de los trozos de la carta de Nietzsche que llevaron a falsas suposiciones y «evidencias».

Las composiciones musicales de Nietzsche —también el «Oratorio de Navidad»[125] —no suenan «wagnerianas» jamás, como muchas de las obras de los epígonos de Wagner. Pero la pretensión del «Oratorio de Navidad» de Nietzsche es la misma que la del «Parsifal» de Wagner: instaurar la música como médium para la experiencia cristiana de la trascendencia y hacerla valer sólo en esa función; ver incluso en ello su mayor perfección, su único ámbito genuino de sentido; es decir, no permitir que la música se consume como música, sino como soporte expresivo del misterio cristiano; se trata, pues, de un principio de estética filosófica que Nietzsche ya había «superado», abandonado, entonces, pero que en su juventud —gracias a la base común de la concepción schopenhaueriana de la música— lo había hecho estar cerca de Wagner de un modo que ahora le horrorizaba.

El 26 de julio de 1882 se puso en escena en Bayreuth el estreno del «Parsifal»[258] —sin Nietzsche. En casa de Wagner se había hecho un intento de reconciliación, quizá por parte de Malwida von Meysenbug, siempre bondadosa y siempre inclinada a limar las diferencias, quien, como íntima amiga de la casa de Wagner, pudo sentirse más obligada que los demás a hacerlo. Pero el intentó fracasó. Doce años más tarde, como un vago recuerdo, observa Lou Salomé en su libro sobre Nietzsche (pág. 78): «Wagner abandonó la habitación muy irritado y prohibió que ante él volviera nunca a pronunciarse el nombre.»[214] Y esto tras una discusión, no sólo tras la pronunciación del nombre. Así, pues, también para él la separación era una experiencia dolorosa, tan dolorosa todavía, incluso, que no podía oír hablar de ello. Que la hermana de Nietzsche hubiera intentado también algo semejante, es algo que ella afirmó, pero que no se deja corroborar por nada. Tampoco los minuciosos diarios de Cosima hacen saber nada al respecto*. Igualmente incierta resulta la descripción del comportamiento de Wagner que Nietzsche hace el 1 de agosto a Heinrich Köselitz: «Wagner ha hablado últimamente de modo tremendamente trágico: 'que sus mejores amigos, Nietzsche, Rohde, le abandonaron; que está solo'.» ¿De dónde sabía esto Nietzsche? Apenas puede imaginarse otra fuente que su hermana, quien ya el 1 de agosto estaba de

---

* Hay que tener en cuenta, de todos modos, que a partir del 26 de julio Cosima interrumpe su diario, y que sólo lo reanuda en Venecia después del 6 de septiembre, es decir, seis semanas más tarde. Es verdad que allí falta también su visita, atestiguada con seguridad por Lou, a casa de Malwida (donde vivía Lou). A pesar de todo, la conversación de Elisabeth con Wagner sigue siendo improbable. Durante las primeras representaciones y ensayos para cambiar el reparto, Wagner apenas tenía tiempo y fuerza para ello, además de que aborrecía recibir *todas* las visitas y estaba solo con Cosima tanto tiempo como podía.

vuelta en Naumburg, mientras que Lou Salomé se quedó en Bayreuth todavía hasta el 7 de agosto.

También incita a desconfiar de esta supuesta confesión de Wagner un error de bulto: ¡Rohde, precisamente, permaneció fiel a Wagner!

Competencia entre Elisabeth y Lou

Elisabeth Nietzsche y Lou Salomé tenían entradas para la segunda representación, el 28 de julio. Se habían encontrado el 24 de julio en Leipzig con el fin de continuar juntas el viaje a Bayreuth. Por medio de Malwida von Meysenbug Lou fue introducida en la casa Wahnfried y asistió a las «veladas Wahnfried». Aquí pudo observar «muchas cosas respecto a la vida de la familia, a pesar de lo trastornada que estaba por el tremendo aflujo de visitantes de todas las naciones. De allí donde se encontraba en el punto central, Richard Wagner —que debido a su pequeña talla, constantemente sobrepasada, sólo era visible durante instantes, como un surtidor que brotara de repente— surgía siempre el mayor bullicio; al contrario que la aparición de Cosima, que por su altura sobresalía entre todos ante los que pasaba arrastrando su larga cola sin fin, que la cercaba ceremoniosamente, a la vez que le proporcionaba distanciamiento. Por amabilidad hacia Malwida, esa mujer indescriptiblemente atractiva y de noble apariencia, vino personalmente a visitarme en una ocasión, permitiéndome con ello una larga y detenida conversación con ella. ...Entre los más próximos a los Wagner hice amistad, sobre todo, con el pintor ruso Joukowsky... Sobre el acontecimiento cumbre, el festival mismo de Bayreuth, no me es lícito expresar el mínimo sonido audible: hasta tal punto me cupo inmerecidamente en suerte, a mí, oído sordo para la música, que asistía a él carente de toda comprensión y de cualquier merecimiento», como escribe Lou Salomé en sus memorias[215]. Este testimonio nos resulta importante: Lou von Salomé no era lo que se dice «musical», entre ella y Nietzsche faltaba el vínculo musical, que en todas las relaciones de Nietzsche desempeñó un papel importante. Así, ni el «Parsifal», ni su creador Wagner, llegaron a ser un enriquecimiento duradero para su vida. Tanto más, por ello, retozó en las olas de lo social, y para ello tuvo abundantes oportunidades. El que, en relación con ello, su compatriota el conde Joukowsky ocupara el primer plano, era debido a casualidades totalmente fortuitas. La tutora de Lou, Malwida von Meysenbug, vivía durante los festivales no —como de costumbre— en la casa Wahnfried de los Wagner, sino junto con el joven Heinrich von Stein (que ya el siguiente invierno había de pertenecer al «círculo berlinés» formado en torno a Lou Salomé y Paul Rée, y que desde hacía un año estaba empleado como educador de Siegfried Wagner, ahora ya de trece años), en la villa de Joukowsky (que había hecho los telones para el «Parsifal» y

cuadros para Wahnfried), directamente al lado de la de los Wagner. Ello hizo posible, entre otras cosas, la visita de Cosima a la que nos hemos referido antes. Para Lou, el mundano, artista, libre y compatriota Joukowsky, resultó un conocimiento estimulante y divertido; y para Joukowsky, la atrevida muchacha, que se movía de modo tan poco convencional, pero segura y libre, sobre la platea social, fue una buena ocasión para dar pábulo a su galantería. El que abuelicas recelosas vieran en todo ello no solamente un juego, sino motivo para tremendos chismes, que llegaron hasta Stibbe y llenaron de preocupación y celos a Paul Rée, era algo de lo que ambos no fueron conscientes —y si lo hubieran sido se hubieran divertido también con ello—. Incluso un alma tan comprensiva en general como Malwida von Meysenbug escribe, todavía medio año después, el 13 de diciembre, a Nietzsche, refiriéndose a Lou: «Pero desde Bayreuth ya no sé muy bien lo que he de pensar sobre ella, y me gustaría conocer su opinión.»

Pero incluso esta voz no hubiera pesado tanto. Después de dos semanas de estancia en Bayreuth hubiera acabado este galanteo por sí mismo y los chismes enmudecido sin eco, si Elisabeth, en la semana en que hubo de contemplar esto, no se hubiera llenado de indignación y celos. Elisabeth tenía entonces treinta y seis años, era soltera, nunca había sido cortejada. Tuvo que acostumbrarse a una existencia de solterona en una pequeña ciudad aburrida; continuaba, y todavía por largo tiempo, bajo la custodia y la sujeción de una madre mojigata. El horizonte que le había sido concedido estaba fijado por una casa modesta y las consabidas tertulias de café. Para ella sólo existía *una* salida a un mundo superior: levantando los ojos hacia su hermano, que la apreciaba desmesuradamente, a pesar de que ya la había rechazado fríamente durante largo tiempo, en cuanto se trató de su mayor intimidad, de su obra, de su filosofía. Y sin embargo, ella creía haber conseguido con respecto a él una posición que no tenía nadie excepto ella, por la que había sufrido y sacrificado algunas cosas y, sobre todo, soportado conmociones religiosas, y que tenía que defender ahora que la veía en peligro de repente; y en peligro a causa de una chica de veintiún años, que se comportaba «escandalosamente», de acuerdo con criterios burgueses, que coqueteaba con todos los hombres, que tenía que librarse penosamente de proposiciones matrimoniales, hechas una detrás de otra y que, sin ser musical ni tener relaciones ni inteligencia, se había introducido hasta lo más íntimo en la casa de Wagner, mientras que ella, como hermana del antiguo apóstol, ahora apóstata y proscrito, se veía reducida aquí a una posición más bien de segundo rango. Pero eso no era todo. Esa jovencita intimaba con personas que Nietzsche ni siquiera conocía de nombre, como ese horrible Joukowsky, y se permitía pavonearse, como la amiga más íntima de Nietzsche, de estar introducida en su filosofía, de conocer ideas y problemas con los que él luchaba como nadie en su interior más oculto. Lou había tomado en el corazón de su hermano

un lugar por el que ella nunca se había preocupado y que ni siquiera deseaba.

Elisabeth tenía mucho que perder como para no ponerse inmediatamente a actuar. Por ello, inmediatamente puso al corriente a su hermano de sus experiencias de Bayreuth: una mezcla de invención y verdad, tal como ella lo había visto. El 2 de agosto, sin sospechar nada en absoluto, Lou escribe a Nietzsche a Naumburg, todavía desde Bayreuth[12]: «Su hermana, que ahora ya es casi la mía, le contará a Usted todo lo de aquí, —su presencia fue para mí un gran apoyo y le estoy cordialmente agradecida.» Pero Nietzsche le escribe el mismo día una carta que le resulta molesta. Retrasa su partida y justifica la demora por su estado de salud, aunque contesta el 3 de agosto defendiéndose contra los reproches; a ello Nietzsche le responde el 4 de agosto: «haga el favor de venir, sufro demasiado por haberla hecho sufrir. Lo soportaremos mejor juntos.» Entonces propone Lou encontrarse en Jena y permanecer provisionalmente allí, hasta que el mal tiempo reinante desaparezca y haga agradable la estancia en Tautenburg.

Abierta disputa de las rivales

El 7 de agosto Elisabeth y Lou volvieron a encontrarse en Jena en casa del profesor Gelzer, un amigo, donde dieron lugar a un incidente extraordinariamente deplorable. Elisabeth descargó toda su mezquina indignación en venenosos reproches. La atacada devolvió el golpe con una alocución desenfrenada y mordaz, destruyendo la imagen que Elisabeth se había hecho de su hermano. Hirió a la que se había convertido en enemiga suya allí donde más le dolía: en la fe, en la moralidad y en la beatitud ascética de su hermano.

C. A. Bernouilli, en su artículo «La experiencia nietzscheana de Lou»[51], relata una anécdota del tiempo de Sorrento. Según ella, «una joven sorrentina se personaba en la quinta de cuando en cuando y regularmente. Venía para Nietzsche. Pero el cuidado por la corrección externa, el horror al escándalo y a las habladurías, era algo tan pronunciado en él, que pidió a su amigo Rée que ante la señorita von Meysenbug hiciera pasar por suyas las visitas de la aldeana. Paul Rée hizo este favor a Nietzsche, incluso con cierto gusto, dado que en este capítulo no tenía prejuicio alguno.» Por desgracia Bernouilli no indica la fuente de esta anécdota, de modo que su «verdad» resulta algo cuestionable. Pero si las cosas sucedieron realmente así, es posible que Paul Rée se lo contara a Lou, antes incluso de su viaje a Bayreuth y Tautenburg, para demostrarle que su nuevo amigo no era tan cándido e inofensivo como él mismo se hacía pasar y como se le consideraba. Rée estaba celoso, puesto que también él amaba a Lou y temía perderla.

Lo que sí se deduce ciertamente de la correspondencia es que Paul Rée dio cuenta a Lou del extraño párrafo epistolar en el que Nietzsche habla de un posible «matrimonio» fijado para el plazo de dos años y que Rée aceradamente interpretó como una seria proposición de Nietzsche de un «amancebamiento». Y existe todavía la posibilidad de un tercer suceso, a saber, que Nietzsche, en el curso de la conversación ante el Löwendenkmal en Lucerna (en la que ella volvió a rechazar su proposición, directa esta vez), frente a la justificación de Lou de que no se sentía madura todavía para el matrimonio y de que no había superado todavía el shock que le produjo la petición de su mano por parte de Gillot, pudo haber propuesto intentar primero una vida en común sin vínculo legal, en el curso de la cual Lou podría madurar para el matrimonio definitivo. A fin de cuentas este punto de vista no resultaba tan extraño a Nietzsche, puesto que también en su tiempo se daban muchos casos de éstos y, uno de los más famosos lo había vivido él en la mayor cercanía: en la noche en que Cosima dio a luz a su hijo prenupcial de Wagner, Nietzsche estaba en Tribschen, como invitado, bajo el mismo techo.

En cualquier caso, en la discusión de Jena, Lou hubo de hacer uso desconsiderado de cosas semejantes, dando un rudo golpe a Elisabeth con la confesión de que Nietzsche le había insinuado un «amancebamiento», a lo que, naturalmente, Elisabeth pudo replicar con todo derecho que la proposición de habitar juntos, incluso en trío, había partido de Lou. Así, al menos, describe Elisabeth la escena en una larga carta a su amiga Clara Gelzer, de Basilea[187].

Momentos culminantes con Lou sobre suelo ardiente

A pesar de este conflicto, que debería haber inducido a marcharse a una u otra de las dos mujeres, en la noche del 7 de agosto viajan juntas a Tautenburg e intentan vivir en compañía, ambas mujeres incluso bajo el mismo techo, en la casa parroquial: Lou, para cumplir su promesa y, en cierto modo también, para no dejar campo libre a Elisabeth para que aumentara el entredicho en el que ella estaba con respecto al hombre al que consideraba interesante.

Mientras tanto, Nietzsche se había construido el nido para una estancia agradable, en lo posible, incluyendo también, acertadamente, momentos de ánimo paisajista. No hay por qué ocultar la sospecha de que no había abandonado su idea de conseguir a Lou sólo para él, y de que veía ahora, en esta estancia en común —en este retiro y, por tanto, «mutua dependencia»—, una última e importante oportunidad de llegar a su meta. Pero esta vez no violentó ya a Lou con una proposición matrimonial abrupta, sino que se comportó con tanta cautela como si hubiera estudiado el «Diario de un seductor»[135] de Kierkegaard, que posiblemente Lou conociera de sus

estudios kierkegaardianos con Gillot y, por ello, no fuera impresionable por tales métodos.

Las autoridades municipales de Tautenburg sabían —por insinuación de Nietzsche o por sí mismas— que hospedaban a un visitante importante y se preocuparon por que se encontrara a gusto. Los umbrosos caminos del bosque preferidos por Nietzsche fueron ampliados y arreglados, se colocaron no menos de cinco bancos de descanso en los lugares en que Nietzsche gustaba de pararse, a los que se les puso nombres elegidos por él. Se dejó también a su elección el texto y la forma de las plaquitas conmemorativas. Nietzsche eligió dos nombres. Uno de ellos fue: «El hombre muerto», porque la parcela de bosque correspondiente se llamaba así; parece que en la Guerra de los Treinta Años se encontró allí un muerto desconocido. Nietzsche gustaba de ese lugar especialmente, cosa que resultaba algo inquietante para Lou, a quien repelían las bromas macabras de su amigo. El otro nombre fue para un banco redondo en torno a un haya: «La gaya ciencia». La primera vez que Nietzsche habla de ello es en una tarjeta postal del 13 de julio*. El 18 de julio encarga a la hermana: «...consulta con un especialista sobre qué tipo de plaquitas y de letreros se conservan mejor», y le dibuja las dos plaquitas, rectangulares y con el título en el medio. El domingo 23 de julio va a Naumburg esperando poderse llevar en esa ocasión las plaquitas, pero todavía el 7 de agosto ha de quejarse a la madre: «Es una lástima que las plaquitas sigan sin estar puestas: van a llegar, al fin, cuando todos los visitantes estén fuera, y las tormentas de otoño ante la puerta.» ¿Qué visitantes le interesan? ¿a quiénes quiere impresionar? ¡Unica y exclusivamente a Lou, por supuesto! Después del 7 de agosto ya no volvemos a oír nada de las plaquitas, los acontecimientos tomaron un curso suficientemente malo como para que Nietzsche tuviera aún que preocuparse de tales pequeñeces.

Ya el primer informe de su hermana desde Bayreuth, con las consecuencias que acarreó en la correspondencia con Lou, le había afectado mucho. De ahí que la tarjeta postal del 7 de agosto a su madre, citada antes en relación a las plaquitas, comience: «Nuestro último encuentro, querida madre, se desarrolló algo melancólicamente a pesar de que llegué con los deseos contrarios: recuperarme un poco a tu lado, puesto que me sentía muy atacado.» Sin embargo, hizo un supremo esfuerzo y recibió a su visita por la tarde como si fuera un joven novio. Pero esa misma tarde le informa su hermana, excitada, de la escena de Jena, que había sucedido sólo pocas horas antes, y repite todas las acusaciones que se había fabricado con el chismorreo de Bayreuth y con sus propias «observacio-

* En la edición de las cartas completas, la posdata a la carta del 3 de julio de 1882 es una interpolación de esta tarjeta postal inédita.

nes» y temores. Por esa razón Nietzsche, a la mañana siguiente, saluda a Lou ostensiblemente de mal humor, se entabla una discusión entre los dos que, sin embargo, termina en armonía. Esto vuelve a repetirse algunas veces en las tres semanas escasas de su estancia en común desde el lunes 7 de agosto hasta el sábado 26 de agosto. Ya después de la segunda semana, el 20 de agosto, Nietzsche escribe a Köselitz: «Cada cinco días tenemos una pequeña escena de tragedia.» A pesar de ello fue un tiempo, para ambos, filosóficamente fructífero. Elisabeth, naturalmente, no significaba nada al respecto. Se la trató como si no existiera. La mayoría de las veces hubo de dar sola sus paseos, y si se llegaba a una conversación, o bien le resultaba incomprensible o bien se horrorizaba por los juicios morales, críticos y provocativos. Nietzsche y Lou, por el contrario, vagaban horas y horas por los bosques, continuando sus conversaciones, a menudo, hasta bien entrada la noche. En su diario, que escribió en Tautenburg para Paul Rée, Lou escribe al respecto[12]: «En estas tres semanas hemos conversado hasta el agotamiento; curiosamente él aguanta ahora cerca de diez horas diarias de charla. En nuestras veladas, cuando la lámpara, vendada como un inválido con un paño rojo para que no dañe sus pobres ojos, arroja sólo un debil resplandor por el cuarto, siempre llegamos a hablar de trabajos en común... Sorprendente que en nuestras conversaciones aboquemos involuntariamente al borde de abismos, a aquellos lugares de vértigo adonde alguna vez se ha subido en solitario para mirar desde allí a lo profundo. Siempre hemos elegido los caminos de gamuzas, y si alguien nos hubiera escuchado, habría creído que eran dos diablos los que conversaban.» Compusieron juntos aforismos que Lou inventaba y Nietzsche corregía o completaba. El 14 de agosto Lou escribe a Rée: «Nietzsche, en general de una consecuencia férrea, es en lo particular una persona tremendamente versátil. Yo sabía que cuando admitiéramos lo que, en principio, en la tormenta del sentimiento, ambos evitábamos, rápidamente nos habríamos de encontrar en nuestras naturalezas profundamente semejantes, más allá de todo charloteo pedante... Él subía hasta aquí de continuo, y por la noche tomó mi mano y la besó dos veces y comenzó a decir algo que no terminó. Los días siguientes estuve en cama, él me metía cartas en la habitación y me hablaba a través de la puerta. Ahora ya amainó mi vieja fiebre catarral y me he levantado. Ayer pasamos juntos todo el día... Elisabeth estuvo en el Dornburg con personas conocidas. En la pensión... se nos considera tan emparejados como a ti y a mí, cuando llego con mi gorro y con Nietzsche, sin Elisabeth... Un estímulo especial resulta de la coincidencia en pensamientos, sentimientos e ideas; nos podemos entender casi con medias palabras. El dijo una vez, impresionado por ello: 'creo que la única diferencia entre nosotros es la edad. Hemos vivido y pensado lo mismo'.»

El mismo día, 14 de agosto, Nietzsche escribe a Köselitz: «Mientras tanto ha habido movimiento de todo tipo: in summa, todo se desarrolla

'lo mejor posible para mí', he tenido que superar una dura prueba, y la he superado. —Lou se queda aquí 14 días todavía: en el otoño volveremos a encontrarnos (¿en Munich?) —Tengo *mi* ojo para las personas; lo que *veo* existe, aunque otros no lo vean. Lou y yo somos *demasiado semejantes*, 'consanguíneos' (¡por eso ni siquiera se la puedo alabar a Usted!).»

Nietzsche hacía a Lou consideraciones sobre «estilo» y otras cosas; se confió a ella totalmente. No hay duda alguna: competía por la muchacha en rivalidad con su amigo Paul Rée —igual que Elisabeth lo hacía por él frente a la rival—. Pero en vez de fascinarla, él fue fascinándose cada vez más por ella; le asaltó un amor auténtico, profundo, dispuesto al sacrificio y al perdón (esto lo confiesa incluso Elisabeth en su carta a Clara Gelzer). No se dio cuenta de que ella estaba mucho más cercana a Paul Rée, para quien llevaba un diario, en el que, entre otras cosas, leemos[12]: «La diferencia entre vosotros, a la que me he referido, se manifiesta también muy claramente en los pequeños rasgos. Por ejemplo, en vuestros puntos de vista sobre el estilo. Tu estilo pretende convencer la cabeza del lector y, por ello, es científicamente claro y estricto, prescindiendo de todo sentimiento. Nietzsche quiere convencer a la persona entera, quiere apresar el ánimo con su palabra y dar la vuelta a lo más íntimo, no quiere instruir sino convertir.» A Lou Salomé le agradaba el escéptico especulativo, intelectualmente lúcido, Rée, no el mago Nietzsche y sus poéticas visiones. Con fino instinto Lou se dio cuenta ya entonces de dónde se separaban sus caminos; el 18 de agosto escribe en el diario: «¿Somos, pues, muy semejantes? No, a pesar de todo, no. Es una especie de sombra de aquellas ideas sobre mis sentimientos, que todavía hace pocas semanas hacían feliz a Nietzsche, lo que nos separa, lo que se interpone entre nosotros. Y en alguna oculta profundidad de nuestro ser estamos ilimitadamente alejados uno de otro—. Nietzsche tiene en su ser, como un viejo castillo, calabozos oscuros y bodegas ocultas que no aparecen cuando se lo conoce sólo superficialmente y que, sin embargo, puede que constituyan lo más propio suyo. Curioso, hace poco se me ocurrió repentinamente la idea de que incluso podíamos vernos enfrentados alguna vez *como enemigos*». Y: «Viviremos todavía cómo se constituye en el predicador de una nueva religión, y se tratará de una que reclute héroes como discípulos.»

También Nietzsche conocía las diferencias fundamentales que existían entre él y Rée, y, en su duelo por Lou, se dejó llevar a llamar la atención de Lou sobre las disposiciones negativas de Rée, sobre sus pocas ganas de vivir, que llegaban hasta la posibilidad de suicidio. Pero con esa táctica Nietzsche consiguió lo contrario de lo que pretendía: a Lou le resultó todo ello falto de gusto y extraño. Nietzsche se entregó a la ilusión de haber encontrado, por fin, en Lou el espíritu grandioso capaz de comprender su «pensamiento más abismal», el misterio del Eterno Retorno, y pensó que le iba a sobrecoger del mismo modo que a él. Pero, con seguridad, ella estaba lo suficientemente formada filosóficamente como para

reconocer la total aporía de ese dogma —y también su procedencia de la filosofía antigua especulativa. Seguramente también estaba capacitada para refutar esa imagen del Universo, construida de modo totalmente especulativo; pero se comportó cautelosamente y reforzó a Nietzsche más y más en su decisión (ya desde hacía tiempo lánguidamente) de procurarse una visión científica del asunto por medio de un estudio concienzudo de él. Lou podía confiar en que el mismo Nietzsche, entonces, tuviera en la mano el método y los criterios para superar por sí mismo el dogma del Eterno Retorno. Propiamente se trataba del camino del antiguo al moderno, contemporáneo, modo de filosofar. Los filósofos antiguos deducían sus conocimientos, aun cuando se tratara de «ciencia natural», de principios generales y sólo raras veces de experimentos, para los que les faltaban medios técnicos. Incluso allí donde llegaron a conocimientos y resultados sorprendentes para nosotros, allí donde establecieron fundamentos para el futuro, a menudo no podemos aceptar sus justificaciones. Por el contrario, la ciencia moderna, contemporánea de Nietzsche, y la filosofía positivista aneja a ella, se basan esencialmente en la empiria y en el experimento, aunque con ello pierden fácilmente su contextualización en lo fundante de una imagen del mundo. Se da una doble tragedia en el hecho de que la amistad con Lou Salomé hubiera de romperse pronto y tan completamente, a saber, para la persona de Nietzsche y para su obra. Un éxito en la relación amorosa con Lou hubiera significado para Nietzsche la última oportunidad para volver a encontrar el camino hacia las personas; como le fue negado, ello lo volvió a encerrar definitivamente ya en su desesperanzada y amarga soledad. Como filósofo fue el único de su tiempo —y se trató de un tiempo crítico— que poseía la fuerza y el genio para llevar a cabo una cosmovisión, para aunar positivismo, materialismo, filosofía especulativa e incluso profecía, en una imagen comprehensiva del mundo. Pero le faltó para ello la necesaria ampliación de sus conocimientos, su redondeamiento por medio del estudio de las ciencias naturales; tras la separación de Lou no hubo ya nadie que lo impulsara a un estudio así, del que se hablaba intensamente desde los días en que se conocieron en Roma y para el que se hacían nuevos planes de continuo. Aunque es verdad, por ejemplo, que Lou, antes de su llegada a Tautenburg, había vuelto a cuestionar por carta la cita en Viena, que ya había sido fijada hacía algún tiempo, en Tautenburg, sin embargo, elaboró un nuevo plan para Munich. Pero tampoco éste se llevó a cabo. Al final, Nietzsche, Rée y Lou, se reunieron en octubre en Leipzig, y sólo para volver a hacer nuevos planes, esta vez para París, de los cuales no resultó nada de nuevo.

¿Puede reprochársele algo a Lou Salomé por esta causa? Difícilmente, puesto que no era la mujer apropiada, apta para la entrega que exigía Nietzsche, pero sí fue suficientemente clarividente y sincera para admitirlo y para actuar en consecuencia. Se sentía en exceso compelida por Nietzsche, como sucedía a todos sus amigos y conocidos. Nietzsche había sido

testigo de cómo un Richard Wagner, una de las pocas personas a las que hasta el final reconoció como iguales a él, había encontrado una digna compañera: Cosima. Ahora creyó, y quiso forzar a que así fuera, que también a él le había tocado esa suerte. Pero Lou no era Cosima, la cual, a fin de cuentas, siguió siendo para Nietzsche la «mujer más admirada», la mujer más sublime y, para él, inalcanzable.

El 26 de agosto finalizó el idilio de Tautenburg con la partida de Lou hacia Stibbe, todavía en calma total y, por parte de Nietzsche, en el culmen de una felicidad melancólica. Lou le había regalado como despedida aquella poesía, la «Oración de la vida», que ella había compuesto en 1880 cuando era estudiante en Zürich, llena de un espíritu juvenil heroico con el que pretendió deshacer la opresión que le producía la enfermedad que amenazaba su vida. A Nietzsche le conmovieron profundamente las ideas y el tono de la poesía. Al día siguiente se dio prisa en viajar hasta Naumburg y «componerla» para una voz y acompañamiento de piano. Pero su talento musical creativo estaba agotado, la fuente melódica ya no manaba como en aquella época ideal en la que cantaba «lieder» para Anna Redtel en Pforta y para Maria Deussen, en Bonn. Sin embargo, tenía una partitura, heroica y festiva, que desde hacía nueve años llevaba consigo y que le parecía acomodarse al texto, su «Himno a la amistad». Sólo tuvo que cambiarlo un poco para que el número de sílabas del poema se correspondiera de algún modo con la melodía. Con esta obra Nietzsche vivió y completó su unión con Lou Salomé. Envió inmediatamente la composición a su maestro musical «Peter Gast» con estas palabras: «Me gustaría haber compuesto una canción que pudiera ser interpretada también en público—, 'para seducir a los hombres hacia mi filosofía.' ¡Un gran cantante podría, con ella, arrancar*me* el alma del cuerpo; aunque quizá, así, otras almas se ocultarían definitivamente en su cuerpo! —¿Le resultaría posible quitar a la composición como tal ese cierto aire de aficionado que posee? Quizá me crea que, en la medida de mis posibilidades, he hecho un auténtico esfuerzo.» Y el 1 de septiembre escribe a Lou[12]: «En Naumburg volvió a asaltarme el demonio de la música —he puesto música a su Canción a la vida; mi amiga parisina Ott, que posee una voz maravillosamente fuerte y expresiva, ha de cantárnosla alguna vez a Usted y a mí.» El 16 de septiembre vuelve a escribirle autocomplacido: «El Prof. Riedel (se ha) entusiasmado con mi 'música heroica' (me refiero a su 'Oración de la vida') —quiere tenerla a toda costa, y no sería imposible que la arreglara... para su magnífico coro. Sería un pequeño caminito por el que pasaríamos nosotros dos *juntos* a la posteridad —aparte de otros caminos.»

La ruptura con la familia se hace inevitable

Elisabeth se negó a regresar con su hermano a Naumburg; no quería estar ya más junto a él, puesto que había padecido en exceso por las constantes humillaciones. Para el sufrimiento que le ha causado, Nietzsche sólo tiene esta maliciosa observación que hacer en la carta del 1 de septiembre a Lou Salomé[12]: «Con mi hermana he hablado sólo un poco, aunque suficiente para volver a enviar a la nada, de donde había surgido, al nuevo fantasma aparecido [los continuados reproches de Elisabeth debidos a la riña de Jena].» La madre, naturalmente, hubo de percatarse de ello. En la división de opiniones, que Elisabeth se encargó de atizar epistolarmente desde Tautenburg, la madre fue inclinándose cada vez más al modo de ver las cosas de la hija, y cuando llegó al extremo de decir a su Fritz, por lo demás tan querido, que era «una vergüenza para la tumba del padre», entonces el hijo, ya de por sí nervioso, perdió la paciencia. Hizo sus maletas y se marchó de estampida a Leipzig. Buscó allí a su viejo amigo Heinrich Romundt, quien se encontraba de viaje. A pesar de ello pudo quedarse una noche en su casa, encontrando luego alojamiento en la Auenstrasse 26, 2.º piso, donde vivía un maestro llamado Janicaud.

Nietzsche había intentado desde Naumburg, con una carta sorprendentemente sopesada y amistosa, apaciguar a su hermana, pero ahora ya se ha rematado la ruptura y durante meses Nietzsche se negará a cualquier tipo de comunicación. Desde Leipzig Nietzsche informa por carta de lo sucedido a Overbeck: «Por desgracia mi hermana se ha convertido en enemiga mortal de Lou; estuvo desde el principio hasta el final llena de indignación moral, y ahora afirma conocer en qué consiste mi filosofía. Ha escrito a mi madre que '...a mí me gusta lo malo y a ella lo bueno. Si fuera una buena católica se metería en un convento para expiar todas las calamidades que surgirán de ella [de la filosofía de Nietzsche]'. En una palabra, que tengo en contra a la 'virtud' naumburguesa; se ha producido una auténtica ruptura entre nosotros —incluso mi madre llegó a perder los nervios hasta tal punto, con ciertas palabras, que hice mis maletas... Mi hermana... cita irónicamente al respecto 'Así comenzó la caída de Zaratustra'.» Y en un borrador de carta a Elisabeth escribe, aunque más bien para sí mismo[12]: «No me gusta esa clase de almas como la que tú tienes, mi pobre hermana; y cuando menos me gusta es cuando se infatúa moralmente; conozco vuestra pequeñez. Prefiero con mucho que me censures.»

La desavenencia con la madre no la resiste mucho tiempo. Sólo dos días más tarde, el 9 de septiembre, le escribe su dirección en Leipzig. Aquí vive aparentemente tranquilo, feliz por la cercanía de una gran biblioteca donde puede resolver; pasea, visita a conocidos y espera a Lou, quien había de visitarle en Lepzig. Un pasaje de su carta del 16 de septiembre a Lou Salomé descubre cuán lábil era su estado anímico a la vez: «Ayer por la tarde fui feliz; el cielo estaba azul, el aire suave y puro; estuve en

Rosenthal, adonde me atrajo la música de Carmen. Estuve allí tres horas sentado, bebí el segundo cognac de este año en recuerdo del primero [con Lou] (¡ah, qué mal me supo!) y medité con toda inocencia y maldad sobre si no tengo alguna disposición a la locura. Finalmente me respondí que no. Entonces comenzó la música de Carmen y me perdí durante media hora entre lágrimas y latidos del corazón.»

Servicio de amistad

Al mismo tiempo le ocupaba vivamente otro problema distinto. Aprovechando sus antiguas relaciones «musicales» del tiempo de Wagner, intentó conseguir que se representara en Leipzig la opereta «Broma, astucia y venganza», de su amigo Peter Gast. El 16 de septiembre escribe a Köselitz al respecto: «El director de orquesta Hr. Nikisch me es ponderado por todos como un gran director, como un músico sensible y amante de innovaciones, que se emplearía con pasión en su obra... También el editor musical, Fritzsch, está dispuesto de todo corazón a dedicarse a una representación en Leipzig de una de sus obras; Nikisch es muy amigo suyo.» Y el 25 de septiembre: «Acabo de ver al director de orquesta Nikisch. Muestra la mayor disposición en relación con 'Br. a. y v.' y ruega que se le envíe sin demora, la partitura.»

Esta estaba todavía en Weimar, en algunos de los cajones del intendente de allí, y sólo el 4 de octubre Nietzsche pudo informar: «Por fin, querido amigo, ha llegado la partitura a mis manos, y dentro de dos horas será entregada en casa del director de orquesta Nikisch.» Nietzsche no contaba con las costumbres usuales del teatro y creyó demasiado pronto haber ganado la partida. Ya el 26 de septiembre había escrito a Lou: «Entretanto he tomado decididamente en mis manos la representación de una ópera de mi amigo de Venecia en el teatro de Leipzig; hasta ahora todo va bien y me tratan del modo más amable. En caso de que lo consiga, el compositor se trasladaría durante este invierno a Leipzig»; y realmente hizo que Köselitz fuera a Leipzig, adonde llegó el 7 de octubre, para supervisar los ensayos, aunque sin grandes esperanzas ni ilusiones, como muestran sus cartas a Nietzsche, de una franqueza conmovedora[13]. A todo esto Nietzsche no había tenido tiempo todavía ni de echar una rápida ojeada a la partitura; pero Nietzsche estaba seguro de que conseguiría la representación.

Reacciones a la «Gaya ciencia»

El 26 de agosto había aparecido la «Gaya ciencia». Nietzsche se sentía feliz por ello. Interpretó como un signo especialmente bueno el que el libro llegara durante su estancia con Lou. Envió inmediatamente ejempla-

res a diferentes amigos, también a Erwin Rohde, quien, titubeante, después de meses, parece que le habló al respecto en una carta (no conservada), diciéndole que en el libro manifestaba «una segunda naturaleza» que a él le resultaba extraña. Al viejo amigo de los días de juventud le faltaba ya toda posibilidad de seguimiento intelectual de Nietzsche. Rápida y sopesadamente, el 13 de septiembre, contestó el viejo Jacob Burckhardt, a quien Nietzsche seguía considerando como su gran maestro. Este hombre había aprendido desde hacía mucho tiempo en su materia, la historia universal como historia del espíritu humano, a valorar las cosas, independientemente de que a él le gustaran o no, a comprenderlas desde sus propias condiciones, a considerarlas desde sus posibilidades, incluso a entretenerse con ellas en su espíritu, aunque él mismo, de por sí, no hubiera gustado de ocuparse de ellas. De este modo pudo escribir una carta al joven colega, tan fuertemente castigado por el destino y por quien mantenía siempre un noble interés humano, desde una perspectiva alta y objetiva, sin tener que hacerlo fría y crítico-destructivamente; expresó su sorpresa por el nuevo libro, de tal modo que a Nietzsche le agradó y no le dejó ver la mínima huella de la extrañeza que Burckhardt hubo de sentir en ciertas partes del libro por su estilo rudamente apodíctico. La confrontación de párrafos epistolares de aquellos días muestra cuán poco entendía Nietzsche, que todavía no había cumplido treinta y ocho años y estaba embargado de un entusiasmo ferviente, el estilo maduro, dorado por una ironía levemente risueña y por una serena resignación, de Burckhardt, de sesenta y cuatro años entonces. Jacob Burckhardt escribió[61] «Puede Usted imaginarse qué sorpresa me ha causado el libro. En primer lugar, la inusual y festiva rima, al estilo de Goethe, que no se esperaba en absoluto de Usted —¡y luego el libro entero y, al final, el Sanctus Januarius!... Lo que siempre me da qué pensar es la pregunta: ¿qué sucedería si Usted enseñara historia? Porque en el fondo siempre enseña historia y en este libro ha abierto algunas perspectivas históricas sorprendentes, aunque me pregunto si Usted, totalmente *ex professo*, ha querido aclarar la historia universal con su modo de alumbrar y desde el ángulo de luz propio suyo. ¡Qué estupendo sería si —por contraposición al *consensus populorum* actual— muchas cosas se pusieran del revés!... Por lo demás, mucho de lo que Usted escribe (y me temo que lo más importante) supera con mucho mi vieja cabeza... Por desgracia, a mi edad debo sentirme contento si reúno materiales nuevos, sin olvidar los antiguos, y si, como viejo auriga, sigo recorriendo sin accidentes las carreteras usuales, hasta que llegue el día en que haya de parar. Tardará algún tiempo todavía hasta que pase de un rápido saborear a una lectura detenida del libro, como siempre me sucede con sus escritos. No ha de desconcertarme la disposición para una eventual tiranía que Usted descubre en pág. 234-325.» Nietzsche envía inmediatamente esta carta a Lou y hace la siguiente observación: «Puesto que él es todo un historiador original (el primero entre los vivos), no encuentra

satisfacción alguna en la persona y estilo que encarna eternamente, y le gustaría muchísimo ver alguna vez desde otros ojos, por ejemplo, como muestra esa curiosa carta, desde los míos... ¿deseará que sea yo su sucesor en la cátedra?»

Tomó un primer contacto con Gottfried Keller que puede interpretarse como un signo de acrecentada seguridad en sí mismo. Le envió también a él la «Gaya ciencia», expresándole su admiración en un escrito adjunto, casi devoto. Su felicidad se vio colmada cuando, a finales de septiembre o, a más tardar, el 1 de octubre, Lou y Paul Rée llegaron a Leipzig; el 1 de octubre pudo escribir a su madre: «Todo me va bien y hacia adelante y me satisface (se trata, por una vez, de un *año festivo* para mí)»; y como postdata: «La Srta. Lou y Rée están aquí.» Permanecieron algo más de un mes allí (y no sólo «tres semanas» como recuerda Lou Salomé en sus memorias, en las que las fechas son, en general, muy inexactas), puesto que todavía el 1 de noviembre Heinrich von Stein agradece desde Halle a Paul Rée, en Leipzig, su encuentro de «ayer» en Leipzig, y el 7 de noviembre Heinrich Köselitz escribe a su amiga de Venecia[12]: «La Srta. Lou partió el domingo [5 de noviembre] para París con el Dr. Rée.»

Es verdad que los tres amigos pasaban mucho tiempo juntos, añadiéndose alguna vez Heinrich Köselitz. Pero Nietzsche seguía viviendo por su cuenta en la Auenstrasse. El alojamiento en común, repetidamente planeado por Lou, no llegó, pues, a realizarse nunca. Lou sólo puede informar de visitas en común al teatro para ver obras teatrales, mientras que Nietzsche hubo de ir con Köselitz al concierto de Wagner del 18 de octubre, en el que se ejecutaba su trozo de «Parsifal».

En general, el trío ya no resultaba tan armónico ni cordial, y la confianza se había ensombrecido. Lou Salomé escribe al respecto en sus memorias[215]: «Ninguno de nosotros dos imaginaba que sería la última vez. A pesar de ello, las cosas no eran del todo como al principio, aunque seguían firmes nuestros deseos de un futuro en común a tres. Cuando me preguntó qué fue lo que fundamentalmente comenzó a menoscabar mi interna disposición hacia Nietzsche, pienso que fue la extrañeza por la progresiva acumulación de sugerencias suyas que pretendían dejar mal a Paul Rée ante mí —y también la sorpresa de que él pudiera considerar efectivo ese método.» Sus notas de los días de Leipzig penetran más en el motivo: «Así como la mística cristiana (como cualquiera), en su supremo éxtasis, cae en una sensibilidad religiosamente grosera, así el amor más ideal —precisamente por la gran liberación de sentimiento—, en su idealidad, puede volver a hacerse sensible. Un aspecto antipático esa venganza de lo humano —no me gustan los sentimientos allí donde vuelven a desembocar en su corriente circular, puesto que ése es el punto del falso *pathos*, de la verdad y sinceridad perdidas del sentimiento. ¿Es eso lo que me aparta de Nietzsche?» Así, pues, hubo de tener la impresión de que Nietzsche no había perdido la esperanza de conseguirla para sí solo como compañera.

Las cinco semanas de Leipzig no fueron propiamente una época de estudio. No se habló para nada de acudir a la Universidad. También fueron abandonados los planes para Munich. Entonces Nietzsche intenta llevar a cabo, por fin, su sueño dorado, de cuya realización lo había apartado su sorprendente contratación por Basilea en 1869: París. Según el testimonio epistolar de Köselitz, parece que Lou y Rée salieron el 5 de noviembre rumbo a París. También Nietzsche escribe a Overbeck: «...primero para encontrarse con la madre de Rée en Berlín: y desde allí a París.» Así, Nietzsche escribe el 8 de noviembre a Lou a Berlín. Pero «entretanto Paul Rée y yo nos habíamos instalado en Berlín[215]... Nuestro plan inicial de trasladarnos a París se aplazó primero y fue abandonado después debido a la enfermedad de Iwan Turgeniew y a su muerte; y entonces se realizó totalmente la soñada comunidad en un círculo de jóvenes científicos, entre ellos muchos docentes, el cual, en el transcurso de varios años, tan pronto aumentaba como cambiaba de miembros.» Al principio Nietzsche no supo nada de ello; se prescinde de él aun para las noticias más necesarias. Y así él busca vivienda en París, pero no un apartamento para tres personas, como se afirmó, sino una «habitación apropiada para mí. Habría de ser una habitación sencilla y absolutamente tranquila. Y no demasiado lejos de Usted, mi querida Sra. Ott», puesto que es a esta mujer, una vez tímidamente admirada, al conocerla en Bayreuth en 1876, y olvidada luego durante seis años, a quien se dirige ahora en busca de ayuda y protección. Muy poco a poco le va invadiendo la certeza de que Lou lo ha abandonado.

Igual que seis años antes, en Sorrento, el encuentro con Richard y Cosima Wagner se convirtió, sin que ellos lo supieran, en una última despedida, así ahora Paul Rée y Lou Salomé se separaron de Nietzsche sin la intención, ni siquiera la sospecha, de que se tratara de una última despedida. Por el momento ello resultaba menos doloroso, pero Nietzsche habría de sufrir indeciblemente todavía durante meses a causa de esa separación. El «año festivo» se había acabado y negras sombras se posaron sobre su ánimo, de las cuales ya no conseguiría salir nunca.

Capítulo 4
SOMBRAS

(Octubre de 1882 hasta finales de noviembre de 1883)

Pronto Leipzig dejó de interesar a Nietzsche. Aunque todavía el 14 de octubre estuvo en casa de Arthur Nikisch y pudo concertar para el 17 de octubre una entrevista con Köselitz. De buen humor, la noche del 14 fue con su amigo a un concierto del Thomanerchor. La música interpretada —de Joseph Rheinberger (1839-1901) y Moritz Hauptmann (1792-1868), dos significados maestros y teóricos musicales, aunque compositores tan descoloridos, al menos, como Köselitz— le pareció a Nietzsche «horriblemente aburrida, falta de interés, falaz incluso», al lado de «Broma, astucia y venganza», de Köselitz, una música en la que él tenía «una fe firme y grande», como escribe Köselitz en 16 de octubre[54] a su amiga Cäcilie Gusselbauer a Venecia, como apoyo de su confianza.

Engañosas esperanzas para Köselitz

El encuentro del 17 de octubre con Nikisch hubo de tratarse sólo de un primer contacto personal, pero no de la audición todavía, tras la que seguía el juicio de aceptación o de rechazo de la obra, puesto que Nietzsche pudo seguir alimentando sus esperanzas y sus falsas, por excesivas, apreciaciones, y escribir a Overbeck hacia el 10 de noviembre*: «En lo que respecta a Köselitz... se da mi segundo milagro de este año. Mientras que Lou está preparada como ninguna otra persona para la parte de mi filosofía casi silenciada hasta ahora, Köselitz es la justificación

* No «octubre»; Cfr. 11.

melódica para toda mi nueva praxis y nuevo nacimiento... He aquí a un nuevo Mozart —no tengo otro sentimiento: belleza, sinceridad, alegría, riqueza, superabundancia de inventiva y facilidad de maestría contrapuntística— todo esto no se ha dado todavía nunca junto... Cuán pobre, artificioso y teatral me suena ahora todo lo de Wagner—. ¿Si se va a representar aquí 'Broma, astucia y venganza'? Lo creo, no lo sé todavía.» No se representó —hasta el día de hoy no se ha representado nunca. Tal desilusión y desengaño hubo de llegar a los dos amigos muy poco antes de la mitad de noviembre.

Lo que Nietzsche se calla: que se había interesado por Köselitz ante Hermann Levi en Munich sin éxito alguno; quizá nuevos hallazgos epistolares puedan demostrar si lo hizo sólo por carta o también adjuntando música. En cualquier caso, la decisión de Nikisch —y probablemente también un juicio duro anejo a ella— hubo de correr rápidamente por los grandes teatros alemanes, al menos entre los «directores de orquesta wagnerianos», puesto que Cosima Wagner anota el 4 de febrero de 1883 en su diario[258]: «... Levi cuenta también [en Venecia] que Nietzsche le recomendó a un 'joven Mozart' ¡y que se trataba de un músico absolutamente incapaz! ¡Esto da que pensar! Richard me dijo finalmente que Nietzsche no ha tenido ninguna idea propia, ninguna sangre propia, que todo es sangre extraña que le ha sido transvasada.» (Wagner, en estos sus últimos días, había leído recensiones sobre la «Gaya ciencia» de Nietzsche con desaprobación.) El rechazo de Nikisch hubo de influir tres años más tarde todavía en Felix Mottl, cuando Nietzsche se interesó ante él por la ópera de Köselitz «Matrimonio segreto», que éste había escrito mientras tanto.

Por el mismo tiempo y en este estado de ánimo enturbiado, hubo de tener lugar una explicación con la madre, que había viajado hasta Leipzig para ello. En cualquier caso, Elisabeth escribe el 19 de noviembre a Köselitz[12]: «Me entristecí mucho ahora que mamá me trajo [*de Leipzig*] la noticia de que su bella ópera no será estrenada.» Asimismo, el 31 de octubre Nietzsche desaprovechó una ocasión para conocer al joven Heinrich von Stein, por el que se interesaba mucho, porque «aquel día una carta hizo que [se] ausentara de Leipzig[12]». ¿Quizá a Naumburg?

Preocupaciones por y a causa de Lou

Pero existe todavía otra preocupación totalmente diferente que oprime a Nietzsche. A comienzos de noviembre de 1882 se lamenta a Overbeck: «La salud de Lou es deplorable, ahora le doy menos tiempo del que le concedía esta primavera todavía. Tenemos una gran preocupación; Rée se presta mucho para su tarea en este asunto. Personalmente para mí, Lou es un verdadero hallazgo de suerte, ella ha cumplido todas mis esperanzas —

no es posible que dos personas puedan ser más parecidas de lo que nosotros lo somos.» Teme ahora, por tanto, perderla a causa de su enfermedad y sigue creyendo en la temporada de estudio en París. El 7 de noviembre no sólo escribe a su antigua amiga Louise Ott con el ruego de que le busque un alojamiento, sino también a un conocido de Basilea, el doctor en Derecho August Sulger, que vivía entonces en París[12]: «Sólo el cielo sabe lo que resultará de mi traslado a París si Usted no me tiende un poco la mano... Llegaría a París, por tanto, dentro de 10 días aproximadamente... supuesto que Usted me vaya a recibir a mí, medio ciego... Una habitación, muy sencilla, pero en una zona tranquila, sepulcralmente tranquila, tal como me conviene a mí, eremita y pensador abandonado... Recibirá a su tiempo una comunicación definitiva sobre el día de mi llegada.»

En los días siguientes hubieron de agolparse los acontecimientos desgraciados. Tras la negativa del teatro de Leipzig con respecto a Köselitz y la visita de la madre, que no le produciría relajamiento alguno, sino más bien una intensificación de las relaciones familiares, Nietzsche hubo de llegar a la certeza de que Lou y Rée no irían a París. Si antes había escrito a Overbeck: «No hay nada decidido. Ni siquiera en relación con mis planes de viaje y mis planes para el invierno. Es verdad que París sigue ocupando el lugar preferente, pero no hay duda alguna de que mi estado de salud ha empeorado bajo las condiciones de este cielo nórdico... Hubo días en que volvía a viajar en espíritu hacia el mar, pasando por Basilea», ahora prevalecerá la atracción del sur. El 15 de noviembre escribe al Dr. Sulger a París: «Este necio tiempo invernal me fastidia tanto que pierdo las ganas de continuar por más tiempo peleando con el norte y con su cielo encapotado. La salud dice 've el sur'»; y el mismo día a la señora Ott: «Oh, mi admirada amiga, cuando apenas le he dicho que voy, he de notificarle que todavía en mucho tiempo no iré... ¡Pero si voy será para largo tiempo! —y si no puedo vivir en el corazón de París, quizá entonces en St. Cloud o en St. Germain, donde un eremita y pensador abandonado pueda conducir mejor su índole tranquila.» Es la última carta de Nietzsche a Louise Ott.

De nuevo hacia el sur

Por la tarde o por la noche todavía de ese 15 de noviembre, Nietzsche, en decisión repentina, se marcha de Leipzig y llega el 16 a Basilea, de improviso totalmente, para celebrar el cumpleaños de su amigo Overbeck; se queda allí tres días y el 18 vuelve a dirigirse a la Riviera para una estancia larga.

Igual que en mayo se apresura a ir directamente desde el lago de Orta a Basilea a contar, en palabras vibrantes, su feliz «hallazgo» a su amigo,

ahora, tras el fracaso de su extralimitada experanza, se dirige primero a casa de los Overbeck para lamentarse, en un estado de abatimiento, por la separación previsiblemente definitiva. La señora Ida Overbeck informa sobre esta visita[50]: «Nietzsche estaba a menudo sobreexcitado y su imaginación le jugaba malas pasadas facilmente. No estoy informada de las causas de la separación de noviembre de 1882. El no se manifestó al respecto. Sólo dijo, en su tercera visita del año a nuestra casa, que todo había terminado entre ellos. Seguía esperando cartas suyas y se hacía todavía ilusiones con ella... Sufría profundamente, no sabía ayudarse a sí mismo contando las cosas, ni dejarse ayudar por el consuelo de los demás.» Ida Overbeck se manifiesta «no informada» sobre las causas, aunque pocas líneas antes escribe: «No sé qué libro o manuscrito él había dado a Rée y a la Srta. Salomé a comienzos del verano de 1882. Le entristeció el que ambos se burlaran de él. El nos dijo entonces a mi marido y a mí, susurrando, algo así como que debía cambiar siempre de cosas, que la pura ilustración no le bastaba, y que ambos no entendían nada de ello.»

Resulta intrascendente aquí, si realmente se trató de un suceso ya de comienzos del verano, si esas frases guardan razón, en una palabra, si la memoria de Ida Overbeck se corresponde exactamente con los hechos. Esencial y aclarativo es, sin embargo, el contenido de esa manifestación.

Separación de Lou Salomé y Paul Rée

Lou Salomé y Paul Rée eran filosofantes que cultivaban la filosofía como una ciencia y que encontraron su satisfacción, al final, en una especialidad científica: Lou Salomé en la psicología (llegaría a ser psicóloga terapéutica practicante de la escuela freudiana) y Paul Rée, que estudió todavía medicina y practicó como médico. Nietzsche, por el contrario, era filósofo. Para él la filosofía no era algo que se estudia, que se capta y comprende en una especialidad del saber, a ser posible amplia, sino una actitud espiritual, una tarea, una vivencia, que lo llenaba completamente y comprendía en sí, diluía, abarcaba, todo saber meramente particular. Nietzsche experimentó en el trato con esos dos amigos suyos «el pathos [en sentido griego: la experiencia, el «afecto»] de la distancia». Veía, incluso a personas tan dotadas intelectualmente como esa Lou Salomé, por debajo de él, incapaces de seguir su ruptura de la filosofía racional hacia una cosmovisión artísticamente inspirada y visionaria. Y en este caso esto hubo de dolerle tanto más cuanto que, sin embargo, amaba a «su» Lou y se hubiera dado todo el trabajo necesario para capacitarla para ello y dotarla de alas que le hicieran posible mantenerse a su lado en su camino. Tuvo que admitir que se había dejado deslumbrar por unas cuantas afinidades superficiales entre los dos y que había llegado a la creencia

errónea de que Lou poseía también la misma fuerza que él. Así, en los meses siguientes, Nietzsche se vió zarandeado entre fe y decepción, amor y odio, atracción y rechazo, admiración y menosprecio. Su excitada pasión amenazó varias veces con inundar definitivamente, con sus enormes olas, el terreno roqueño de sus fuerzas espirituales y sepultarlo bajo el lodo sedimentado.

El falso juicio de Nietzsche no era, sin embargo, superficial ni lo había echo precipitadamente. Las afinidades —subrayadas de continuo tanto por él como por Lou— existían y, en parte, eran de peso. Así la temprana pérdida del padre; así el «cosmopolitismo», el europeísmo antinacionalista o, al menos, antialemán. Ambos habían perdido pronto la representación infantil de Dios, ambos eran decididos escépticos. Ambos tenían la misma imagen anti-idealista del mundo, con la consecuencia de que la ética no se podía fundar trascendentemente. Que se podía vivir de modo diametralmente opuesto a la exigencia kantiana «obra de tal modo que puedas querer que tu máxima se convierta en ley universal»[133], es cosa que experimentó Nietzsche por primera vez y con asombro en Lou Salomé, a quien admiraba, y envidiaba, por su «ánimo de león» para tal postura, puesto que él mismo nunca tuvo el valor de chocar claramente contra las convenciones en la praxis de la vida. Nietzsche llevaba en sí la «idea más abismal» (Zaratustra III, «El convaleciente»), el dogma del eterno retorno. Sabía que se necesitaba un valor inaudito para lanzar un mito así en medio de una época como la suya, dominada por el materialismo y el positivismo. Necesitaba animosos compañeros de lucha, y era lícito que creyera que esa Lou, que se mofaba tan públicamente y sin prejuicios de todas las convenciones y de todo lo que hasta entonces se había considerado como fundamental en la filosofía, que esa Lou tuviera también el valor de salir fiador, como su compañera de armas, de «la idea más abismal». Pero justamente aquí, en esta tarea —o exigencia—, se rompió el entendimiento, aquí se separaron los espíritus, aquí se manifestaron sus diferencias fundamentales: Lou se reía de tales fantasías. Y ningún otro vínculo pudo unir este desgarro. El misterio del amor quizá hubiera podido conseguirlo, pero —y esto también para decepción de Nietzsche— ese misterio no existía. Se daba sólo por un lado, como una entrega apasionada por parte de Nietzsche, que no consiguió despertar amor enfrente. Tampoco los unió la música, como vivencia profunda en común, como camino hacia la dimensión de los «grados ínfimos de conciencia»[45]. Así, sus almas, en su base más profunda, permanecieron extrañas. Y en el objetivo central, la filosofía, fue absolutamente imposible conseguir una coincidencia en las posiciones básicas. Ciertamente que a veces llegaron a resultados parciales sorprendentemente parecidos o incluso iguales, como, por ejemplo, en la duda sobre Dios o en determinados ámbitos de la ética. Pero se trataba de roces casuales de sus propios caminos, cuyo punto de partida era completamente diferente y cuyas metas estaban excesivamente alejadas una de

otra. Curiosamente, la joven Lou Salomé fue quien más pronto y con mayor claridad se dio cuenta de estas diferencias fundamentales, y no el hombre maduro que quería ser su maestro. En las anotaciones de su diario, que realizó durante las tres semanas de Tautenburg para Paul Rée, analiza su relación con Nietzsche en contraposición a la imagen de Paul Rée, que, por su estilo «científico», estaba ya en principio más próximo a su hábito intelectual. Nietzsche no consiguió nunca, ni siquiera en la intimidad de Tautenburg, atraer a Lou a su órbita, despertar en ella el fuego filosófico que a él lo consumía. De tal modo que, en Leipzig, lo intentó con una aproximación por su parte a los intereses científicos y al modo de trabajo de Lou. A finales de octubre (o en los primeros días de noviembre) escribe a Heinrich Romundt[12]: «Lou, que está totalmente embebida en consideraciones histórico-religiosas, es un pequeño genio; me hace feliz contemplarla un poco de vez en cuando y serle útil.» Y para poder serle útil se dedica también él a estudios de historia de la religión, para los que, como amigo de Franz Overbeck, estaba óptimamente preparado. Se hizo enviar por Overbeck la obra del historiador católico Janssen, sobre la que escribe a aquél: «Se precisa admirablemente todo lo que diferencia su concepción de la protestante (todo el asunto se dirige a una derrota del protestantismo alemán— en cualquier caso de la 'historiografía' protestante). Yo mismo, en lo fundamental, no he aprendido muchas cosas nuevas. El Renacimiento sigue siendo para mí el culmen de este milenio; y todo lo que ha sucedido desde entonces es la gran reacción de todo tipo de instintos gregarios contra el 'individualismo' de aquella época.»

Pero tampoco esta concesión por su parte le resulta un camino de solución. Nietzsche no puede abandonarse así a sí mismo, a lo más propio suyo, a su filosofía. Por eso se ve obligado a plantear la auténtica pregunta de confianza, ante la cual Lou *debiera* decidirse, manifestarse. La compone en forma de poesía y se la entrega como despedida de Leipzig[12]:

«¡Amiga —dijo Colón— no confíes ya
en ningún genovés!
¡Siempre está mirando a lo azul,
lo atrae en exceso lo más lejano!
A quien ama, lo atrae fácilmente
mucho más allá, en el tiempo y el espacio.
Sobre nosotros brilla una estrella al lado de otra,
en torno a nosotros brama la eternidad.»

Lou no respondió a este desafío, no se dejó «atraer» más allá, en el espacio y el tiempo, ni a la eternidad sin frontera. Y con ello comenzó la duda a corroer a Nietzsche, y se fue dando cuenta, cada vez más, de la incompatibilidad de sus caracteres y metas, y, por tanto, de sus destinos.

De la dureza y violencia de la lucha que Nietzsche hubo de librar en sí, consigo, los meses siguientes, dan testimonio las cartas y los borradores de cartas, contradictorios entre sí y desvariados hasta en los modos más extremos de expresión. No se pueden entender si no se los considera como síntomas, como estaciones, como retratos momentáneos de esa lucha tremenda y desesperada de Nietzsche, y se relativiza con ello su significación.

Para Lou Salomé, sin embargo, la separación fue fácil y no estuvo unida a emoción alguna. El 1 de enero de 1883, hacia las cuatro de la mañana, tras una excitante noche de San Silvestre, escribe a Paul Rée (que estaba momentáneamente en Stibbe), después de haber pasado con él en Berlín todo el tiempo desde Leipzig[12]: «Mientras rompía la mañana de Año Nuevo y charlábamos al lado del árbol y del bol, hube de pensar, felizmente, en el viejo año que moría, y que tan bueno ha sido para ti y para mí. En los primeros días de enero era como si hubiera llegado, enferma y cansada, al sol de Italia — ...Cuánto sol de ése había en nuestras charlas y paseos romanos, cuánto en el idilio de Orta, con sus paseos en barca y su monte sacro con sus ruiseñores, cuánto en aquel viaje por Suiza a través del San Gotardo, en los días de Lucerna. Y después... entablamos aquella relación amistosa peculiar, de la que hasta hoy depende todo nuestro modo de vida.» Ninguna palabra sobre Nietzsche —e incluso hacia Rée sólo amistad, pero no amor.

Lou Salomé no estaba capacitada (al menos entonces, y todavía durante años), para el amor en toda su profundidad y para la vinculación que supone con el amado. La recuperación de la unidad del todo original del Aristófanes platónico, *ella* jamás la buscó; tampoco se dio cuenta nunca suficientemente de su unilateralidad. De vez en cuando advirtió que con ello hacía sufrir a otras personas, pero no más. Nunca tuvo un sentimiento de responsabilidad, o culpa, o siquiera compasión. Y precisamente de este defecto en sus relaciones, Nietzsche toma conciencia ahora, ello es lo que más le hace sufrir, porque *esa* Lou tan áspera contrasta con la imagen que él se había hecho de ella, que él había proyectado en ella. Ahora tenía abundante tiempo y ocio para cavilar sobre ello.

Ultima llamada desde la lejanía

El 18 de noviembre viajó directamente desde Basilea a Génova con la intención de volver a ocupar su antiguo alojamiento; pero, como tampoco esta vez se había anunciado, lo encontró ocupado y a «Génova misma, friísima y lluviosa; todo me salió mal. Al final salí para Porto Fino y me quedé en Santa Margherita. Al día siguiente (hasta ahora) violento ataque de dolor de cabeza, con vómitos, etc. Mi habitación, helada, como todas las impresiones del viaje»; así escribe el 23 de noviembre a Overbeck. A

Köselitz, el 3 de diciembre, le dice que no quiere «vivir una segunda vez las últimas semanas» y: «Además he pasado más frío que en toda mi vida. Por fin me acogí a un albergue [Albergo della Posta] que está directamente frente al mar, y mi habitación tiene chimenea. Mi reino se extiende ahora desde Porto Fino hasta Zoagli; vivo en la mitad, es decir en Rapallo, pero mis paseos me llevan diariamente a las citadas fronteras de mi reino. El monte principal de los alrededores, cuya elevación comienza a partir de mi vivienda, se llama 'el monte alegre', Monte Allegro: un buen presagio —espero.»

Desde ese frío y soledad, se atreve, el primer día en que se ve libre de su fuerte ataque tras el viaje, el 23 de noviembre, a escribir de nuevo una carta a Lou, suplicante[12]: «¡Y bien, Lou, corazón querido, haga Usted que el cielo sea limpio! No quiero otra cosa, absolutamente, sino cielo limpio: sino, quiero ya abrirme paso, por duro que sea. Pero un solitario pena terriblemente ante un recelo sobre las pocas personas que ama —...¿Por qué hasta ahora faltó todo tipo de claridad en nuestro trato? Porque yo me tuve que reprimir en exceso: ¡la nube en nuestro horizonte estaba sobre mí!... Amo en Usted cualquier movimiento de su alma superior, no amo en Usted otra cosa que esos movimientos. Renuncio gustosamente a intimidad y cercanía con tal de poder sólo estar seguro de esto: de que nos sentimos *unidos* allí donde no llegan las almas vulgares... No se confunda Usted conmigo «¡¿No creerá *Usted* de verdad que mi ideal es 'el librepensador'?! Yo soy —¡perdón! Queridísima Lou, sea Usted lo que *deba* ser.»

La llamada quedó sin respuesta, a pesar de que Nietzsche hubo de esperarla nervioso. Proyecta entonces carta tras carta a Lou, a Rée, suplicante, acusador, buscando una explicación. Página tras página, va llenando con estos borradores los espacios que habían quedado en blanco en sus cuadernos de notas*. Tiene que recurrir a calmantes para conseguir dominar su terrible excitación. A mitad de diciembre vuelve a cobrar ánimo para escribir una carta —la última— a Lou y a Rée juntos: «Si alguna vez, por casualidad, me quitara la vida a causa de un afecto cualquiera, no habría tampoco demasiado que lamentar. ¡Qué os importan a vosotros mis fantasías! (Incluso mis 'verdades' nunca os han importado nada.) Pueden comentar entre ambos cuanto quieran que yo, al fin y al cabo, no soy más que un medio loco que padece de la cabeza y a quien la larga soledad ha hecho desvariar ya totalmente.

»A esta, según pienso, *comprensible* visión de las cosas, he llegado tras haber tomado —por desesperación— una tremenda dosis de opio. Pero en lugar de haber perdido por ello la razón, me parece que me llega al fin... Amigo Rée, suplique a Lou que me perdone todo —ella también me da todavía una oportunidad de perdonarla. Puesto que hasta ahora aún no le

* Signatura Mette: M III 3,4; N V, 8,9; N VI, 1 = Borradores para la «Gaya ciencia» y para «Zaratustra».

he perdonado nada. Uno perdona a sus amigos mucho más difícilmente que a sus enemigos.» Por fin se convence de la separación. El 25 de diciembre escribe a Overbeck: «Mi relación con Lou está en los últimos y más dolorosos momentos: al menos eso es lo que yo creo hoy. Más tarde, si hay un más tarde, me gustaría decir una palabra al respecto. La *compasión*, mi querido amigo, es una especie de infierno —digan lo que digan los seguidores de Schopenhauer.» ¡Pero por qué estaciones hubo de pasar en estas cinco semanas antes de alcanzar tal visión de las cosas! Que sirvan de testimonio de ello sólo algunos ejemplos de sus anotaciones en los cuadernos[12].

Intento de explicación propia

«Un poema tal como 'en el dolor' resulta una profunda falsedad en su boca.»

«Hoy no le hago a Usted más reproche que el de que Usted no fue conmigo sincera a tiempo sobre sí misma».

«No diga nada en su favor, querida Lou: ya he hecho yo más en su favor de lo que Usted podía —ante mí y ante los demás.»

«Tiene en mí al mejor abogado, pero también al juez más inconmovible! *Quiero* que Usted misma se juzgue y establezca su pena. Mi querida Lou, ¡tenga Usted cuidado! ¡Si ahora yo la recuso es porque se trata de una terrible censura de todo su modo de ser! Ha tratado Usted con una de las personas mas indulgentes y benévolas: pero note Usted bien que no necesito otro argumento frente a los egoistillas y vividores que el asco.»

«Con respecto a Lou von Salomé» —«Esto es una crueldad del destino, compasión, infierno— —aguante del dolor; —autosuperación— —enorme— —'un cerebro con un apéndice de alma'— —carácter del gato— de la fiera que se presenta como animal doméstico— —lo noble como reminiscencia del trato con personas nobles / una voluntad fuerte, pero sin un gran objeto, sin celo ni limpieza, sin honradez burguesa, sensibilidad horriblemente alterada... Capaz de admiración sin amor por las personas, aunque amor a Dios... sin sentimientos e incapaz de amar... sin agradecimiento, sin vergüenza ante los benefactores... incapaz de la cortesía del corazón... brutal en detalles— —desleal— —no 'brava'— —grande en asuntos de honor.»

«En otro tiempo, en Orta, decidí darle a conocer primero toda mi filosofía... creía que no se podía hacer regalo mayor a nadie.»

«¿Vamos a enemistarnos?... me gustaría un cielo más sereno entre nosotros.»

«¿Qué piensan, pues, esas muchachitas de 20, qué sentimientos amorosos gratos poseen? ¿y no tienen otra cosa que hacer que estar enfermas aquí y allá y reposar en cama? ¿Ha de ir uno encima tras esas muchachitas para espantarles el aburrimiento y las moscas?»

«No puedo improvisar ahora el perdón, después de que la ofensa tuvo cuatro meses de tiempo para cebarse en mí.»

«Estoy, para hablar como librepensador, en la escuela de los afectos, es decir, los afectos me devoran. Una compasión atroz, una decepción atroz; un sentimiento atroz de orgullo herido —¿cómo lo soporto todavía? ¿No es la compasión un sentimiento que proviene del infierno?... Cada mañana tengo mis dudas de cómo sobreviviré al día. ¿Ya me duermo?... Esta noche voy a tomar tanto opio como para perder la razón.»

«¡Curioso! Tengo una opinión preconcebida sobre Lou: y, a pesar de que he de decir que *todas* mis experiencias de este verano la contradicen, no me veo libre de esa idea... Propiamente nadie en mi vida se ha comportado tan feamente conmigo como Lou... No hay duda alguna de cómo trataría yo a un hombre que hablara así a mi hermana sobre mí. En eso soy un soldado y siempre lo seré, yo soy entendido en armas. ¡Pero una muchacha! ¡Y Lou!»

«Me desesperaba ver corromperse a un alma de noble disposición y decir la verdad: en Tautenburg derramé innumerables lágrimas, no por mí, sino por Lou. Fue la compasión la que me jugó esta pasada.»

A Rée: «Por el momento sólo veo que ella no tiene diversión ni buena conversación intelectual: y cuando pienso todavía en las cuestiones morales, entonces, por decirlo con calma, me invade la indignación.»

«La Lou de Orta era otro ser que la que luego volví a encontrar. Un ser sin ideales, sin metas, sin obligaciones, sin vergüenza. ¡Y en los ínfimos peldaños de la moral, a pesar de su buena cabeza! Me llegó a decir a mí mismo que ella no tenía ninguna moral —¡y yo que pensaba que tenía, al igual que yo, una más estricta que nadie!; y que ella la sacrificaba diariamente y cada hora algo de sí misma (y que eso nos daba derecho a pensar sobre la moral).»

A pesar de todas estas objeciones y reservas, todavía no se llega a aquella total condena, en expresiones indignas de Nietzsche, a las que se dejaría llevar por su hermana el verano siguiente. En su carta de Año Nuevo a Malwida von Meysenbug resume su situación y sus experiencias con Lou Salomé del todo tranquila y sopesadamente: «Acabo de salir de un ataque extremamente doloroso de mi mal, con el que 'celebré el Año Nuevo': ¡entonces encuentro su carta y su bondad de siempre! No me tome a mal mi nuevo lamento... Pero se juntan precisamente ahora muchas cosas, como para llevarme bastante cerca de la desesperación. Entre ellas está también, no lo quiero negar, mi decepción con respecto a Lou Salomé. Un 'santo extravagante' como yo, que ha tomado sobre sí, además de todas sus otras cargas y renuncias, la carga de una ascesis voluntaria (una ascesis del espíritu, difícilmente comprensible), un hombre que no tiene confidente alguno en lo que atañe al secreto de su objetivo vital: una persona así pierde indeciblemente *mucho* cuando pierde la esperanza de haber encontrado un ser semejante, que arrastra tras de sí una

tragedia semejante y que persigue una solución semejante... Lo que Usted dice del carácter de Lou es verdad, por muy doloroso que me resulte confesarlo. Jamás había encontrado un egoísmo tan natural, tan vivaz hasta en los detalles mínimos, *no* mediado por la conciencia, un egoísmo así de feroz... Pero creo, sin embargo, que en ese carácter existe oculta *otra posibilidad*... Precisamente en una naturaleza así sería posible un cambio casi repentino y un trastrueque de toda la persona: lo que los cristianos llaman una 'conversión'. La vehemencia de su fuerza de voluntad y su ímpetu son extraordinarios. En su educación han debido cometerse fallos garrafales —jamás he conocido una muchacha tan mal educada. Tal como se la ve por el momento, resulta casi la caricatura de lo que yo admiro como ideal—, y ya sabe Usted que es en su ideal donde uno es más sensiblemente mortificado.» En medio, menciona casi con miedo aquello que, al menos, le sirve ahora de consuelo: «Si me quedan todavía amigos, los tengo —¿cómo he de expresarlo?— *a pesar de* lo que soy o quiero llegar a ser. Así, *Usted* ha seguido siendo amable conmigo, querida y admirada amiga, y deseo de todo corazón que *a cambio* le pueda ofrecer algún día, en agradecimiento, un fruto de mi jardín que sea *de su gusto*.»

El fruto al que se refiere es la obra en la que está trabajando: «Así habló Zaratustra», primera parte. Ese trabajo lo eleva por encima de la peor amargura, aunque el modo de hacerlo manifieste su tensión reprimida y su excitabilidad: en aproximadamente diez días arroja fuera de sí mismo el poema que el 1 de febrero de 1883 anuncia a Köselitz y a Overbeck. La corrección estilística y la escritura a limpio lo ocupan todavía algunos días más, y luego, el 14 de febrero, el manuscrito es enviado al editor Schemeitzner, aún antes de que le llegara de Venecia la noticia de la muerte de Richard Wagner el 13 de febrero. El 14, Nietzsche había ido casualmente a Génova y por la tarde leyó la noticia en el periódico «Caffaro». La impresión fue tan grande que estuvo «algunos días gravemente enfermo», causando «preocupaciones» a sus patronos, como escribe a Köselitz el 19 de febrero. Y todavía el 27 de abril resume así la impresión a Köselitz: «Al final llegó la muerte de Wagner. ¡Cuánto no se me rompió dentro! Todo ese trato y ya-no-trato con Wagner ha sido mi mayor prueba en lo que se refiere a la equidad frente a las personas.»

La muerte de Richard Wagner y la «ofensa mortal»

La muerte de Wagner fue otra sombra más sobre el ánimo de Nietzsche, aunque, en la primera reacción —como defendiéndose—, afirme a Köselitz lo contrario el 19 de febrero[124]: «Creo, incluso, que la muerte de Wagner es el alivio mayor que podía depararseme ahora. Fue duro tener que ser durante seis años el enemigo de aquel a quien más se ha admirado, y yo no soy lo suficientemente tosco *para ello*. ... Por lo demás, viejo

amigo, también a Usted se le ha aclarado el cielo con esa muerte. Ahora son *posibles* diferentes cosas; por ejemplo, que nos sentemos juntos en el 'templo' de Bayreuth para oírle a *Usted*.»

Es la primera vez que escuchamos observaciones tan amargas con respecto a Wagner. Fueron provocadas por un «conocimiento» de los últimos tiempos. Sin precisión todavía, Nietzsche se lo escribe a Overbeck el 22 de febrero: «Wagner fue, con mucho, el hombre *más lleno* que conocí, y en *ese* sentido, desde hace seis años, he padecido una gran carencia. Pero entre nosotros dos hay algo así como una ofensa mortal, y hubiera podido llegar a ser terrible si él hubiera vivido más.» Sólo el 21 de abril se expresa sin reparos ante Köselitz[124]: «Wagner es rico en malas ocurrencias; pero ¿qué dice Usted del hecho de que intercambiara cartas (incluso con mis médicos) para manifestar su *convicción* de que mi cambio de modo de pensar se debía a vicios perversos, sugiriendo la pederastia?» Hoy día sabemos, por las cartas ya publicadas de Wagner al Dr. Eiser[266], qué sospecha, o qué temores, abrigaba Wagner, pero a la pederastia no hay la menor referencia[123]. Curt v. Westernhagen, en su libro sobre Wagner de 1956[266], se apoya en el párrafo de la carta a Overbeck, que era lo único que él conocía, y cree poder deducir la «ofensa mortal» de la correspondencia Wagner-Eiser, que es cinco años anterior de todos modos; respalda esta opinión con las palabras de Wagner de la carta del 23 de octubre de 1877 a Eiser: «Aconséjele eso [una cura de Gräfenburg], y... sin ocultarle la causa primordial de su mal» (que Wagner sospechaba que era el onanismo); a ello responde Aiser el 27 de octubre de 1877: «Para aclarar el asunto sexual, el camino más corto y correcto será mi pregunta explícita a N... la averiguación habrá de aplazarse hasta febrero, época para la que N. me ha prometido su visita durante los días de carnaval.» (Pero el carnaval de 1877 fue del 11 al 13 de marzo —¡y en Basilea después del miércoles de ceniza! —y la visita no se llevó a cabo.) «Entretanto dejo a su amable decisión el que yo pueda comunicar a N. que le he informado a Usted de su estado de salud, o bien el que no dé conocimiento alguno no sólo de los detalles de nuestro asunto, sino ni siquiera del mismo.» Así pues, para el Dr. Eiser estaba fuera de duda que guardaría encerrados en su secreto profesional detalles tales como la sospecha y la indicación de Wagner, y sólo pedía el asentimiento de éste para informar a Nietzsche siquiera de que existía una correspondencia. La respuesta de Wagner a esa pregunta explícita fue, sin embargo, muy vaga: «Ni una palabra más sobre nuestro amigo: gracias al cariño que Usted le profesa lo sé bajo los mejores cuidados.» Es muy dudoso que esto impulsara al Dr. Eiser a considerarse liberado frente a Nietzsche de su obligación de guardar el secreto profesional, y por eso resulta también muy improbable que Nietzsche tuviera ahora (otoño de 1877) conocimiento de esta correspondencia, y, desde luego, ninguno en absoluto de expresiones que, por desatino, se llevarían hasta el concepto de «pederastia». Y si la «ofensa

mortal» los hubiera separado ya desde hacía años, Nietzsche no habría esperado y confiado hasta julio de 1882 un gesto reconciliante por parte de Wagner, e incluso una invitación formal para «Parsifal». Más bien hubo de suceder que en el verano de 1882 se hablara al respecto en círculos íntimos de Bayreuth, y que después le llegara a Nietzsche alguna noticia de ello, falseada por la charlatanería; de quién y con qué intención, es algo que jamás se podrá ya asentar con certeza. Pero no hay por qué pensar sólo en el Dr. Eiser como fuente de «indiscreciones». El 14 de febrero de 1877 Nietzsche había estado de consulta en Nápoles con el Dr. Schrön ¡quien le aconsejó que se casara! Y Nietzsche escribe a continuación a la madre: «... ahora ya sé exactamente en qué consiste el mal» (cfr. tomo I, p. 756). El Dr. Schrön fue después médico de cabecera de los Wagner durante su larga estancia de 1880 en Nápoles. Un párrafo de la carta a Ida Overbeck de julio 1883[124] da a entender que Nietzsche, sin embargo, sólo se llega a enterar ahora de tales manifestaciones: «La desgracia quiso que el año pasado [así pues, 1882] ... llegaran a mis oídos algunas pruebas de una perfidia *abismal* de la venganza (por parte del gran músico R. W., muerto recientemente)». Probablemente se trataba de una auténtica «perfidia de la venganza», pero provenía de otra parte completamente distinta. Hay que expresar la fundada sospecha de que fue Elisabeth quien, en su celo por la lucha, superó toda medida, y quien, debido a la decepción por sentirse postergada que había tenido que sufrir en Bayreuth, no sintió ya traba alguna para denigrar ante su hermano no sólo a Lou y a Rée, sino también a Wagner y a la señora Cosima. Así, al menos, parece seguirse de *todo* este párrafo (¡que ella no publicó!) (carta de Nietzsche a Köselitz del 21 de abril de 1883): «Considere Usted que yo provengo de círculos donde toda mi evolución se considera recriminable y se la recrimina; fue sólo una consecuencia de que mi madre, el año pasado, me llamara 'afrenta de la familia' y 'una vergüenza para la tumba de mi padre'. Mi hermana ... me ha declarado su abierta enemistad hasta que emprenda el camino de vuelta y me esfuerce 'en llegar a ser una persona buena y auténtica'. Ambas me consideran un 'egoísta, frío y duro de corazón'; también Lou antes de conocerme más cerca tenía de mí la opinión de que era un carácter vulgar del todo y bajo, 'siempre dispuesto a aprovecharme de los otros para mis fines'; Cosima ha hablado de mí como de un espía que se introduce en la intimidad de otros y que, cuando la tiene, hace de ella lo que quiere.» (A continuación viene el párrafo citado que se refiere a la pretendida sospecha de pederastia por parte de Wagner.) ... «Finalmente: sólo ahora, tras la publicación del Zaratustra, llegará lo peor, dado que con mi 'libro santo' [¡expresión de Köselitz!] he desafiado a todas las religiones.»

A pesar de todo, tras la muerte de Wagner, Nietzsche escribe a Cosima una carta de pésame. No se dio cuenta de que precisamente entonces no debía hacer eso para no aumentar el dolor de la asolada señora. Ella hubo de

considerar como puro cinismo una carta así, por mucho que Nietzsche la sintiera auténticamente. Por desgracia sólo conocemos el borrador, pero la carta definitiva seguramente no difería mucho de él. Es un producto artificioso, de alto estilo, de un virtuoso de las ideas y del lenguaje; sólo al final rompe de improviso el hombre, el corazón del hombre Nietzsche[50]: «Usted ha vivido una meta y le ha dedicado todo género de sacrificios; y más allá del amor de aquella persona, Usted captó lo supremo que su amor y esperanza ideó: a eso sirvió Usted: a eso pertenece Usted y su nombre para siempre —a eso, que no muere con una persona, aunque haya nacido en ella. Pocos quieren algo así: y de los pocos —¡quién puede hacerlo como Usted! Por eso la considero hoy a Usted, y por eso la consideré siempre —aunque desde gran lejanía— como la mujer más admirada que hay en mi corazón.» Nietzsche le indica aquí ya su tarea, a la que en principio ella intentó sustraerse, pero que finalmente hubo de vivir.

Es verdad que la muerte de Wagner liberó a Nietzsche de la presión que le producía la tensión personal y la posibilidad de que de Bayreuth surgiera un movimiento difamatorio, en contra suya. Pero desapareció también para siempre la esperanza constantemente mantenida de un nuevo encuentro, e incluso de una reconciliación. El destino pronunció su última palabra: por muy paradójico que suene, la *desavenencia* entre ambos —tan duramente soportada por los dos— quedó como la posición final de su *semejanza:* incorregible, irreconciliable, una carga anímica. La «ofensa mortal» quedó inaclarada, incontestada, como fuego oculto que sólo cinco años más tarde, con el «Caso Wagner» y «Nietzsche contra Wagner», rompería brutalmente en llamas ardientes.

La solícita y maternal amiga Malwida v. Meysenbug vuelve a intervenir

Los amigos próximos sabían que la retirada de Nietzsche a la Riviera significaba no sólo su posible encapsulamiento definitivo en una soledad extrema, sino algo peor todavía. «El oso se ocultó en su cueva», por emplear una metáfora de Nietzsche. Y de nuevo fue la buena de Malwida von Meysenbug la que con consejos prácticos intentó evitar una evolución irreversible. Había pasado el otoño en París con su hija adoptiva; allí esperaba también a Nietzsche hasta que supo por Elisabeth que éste se encontraba de nuevo en Italia. En diciembre, debido al compromiso que fuera, se vio obligada a viajar desde París vía Milán y Florencia, en lugar de vía Küstenweg, donde hubiera podido encontrarse con Nietzsche; el 10 de diciembre llegó a Roma, alojándose en su antigua vivienda de la via della Polveriera, 6. El 13 de diciembre escribió a Nietzsche: «También me gustaría saber lo que usted piensa de Lou Salomé ...desde Bayreuth ya no sé muy bien qué he de pensar de ella... Todavía no comprendo por qué se

han separado Ustedes, lo único que sí me alegra es que no haya permanecido en el norte; quizá en la soledad vuelvan a acudir a Usted los viejos dioses de forma más clara todavía y se acomoden a Usted sus propias palabras: 'cuánto tuvo que sufrir esta persona para poder llegar a ser tan hermosa'.»

A ello le contesta Nietzsche a mitad de diciembre y el día de Año Nuevo con dos cartas conmovedoras. Ella se da cuenta inmediatamente de toda la gravedad de su situación, intenta una salida de ella y cree haberla encontrado con la noticia del 22 de enero de 1883: «Y ahora pasemos a Usted, cuya soledad me duele. Pensé ¿y si viniera Usted aquí? La prima del pobre Brenner está aquí; no es ni con mucho tan lista como Lou Salomé, pero tampoco corta en absoluto, es culta y con tanto corazón y afecto como el que Lou Salomé no tiene. Estaría dispuesta a escribir para Usted diariamente durante varias horas. Al lado de la casa donde ella vive hay una agradable habitación para alquilar por 35 liras al mes... Tendría el Pincio muy cerca, que es un bello y solitario paseo por las mañanas. Por la tarde encontraría otros caminos umbrosos, por ejemplo la villa donde Usted estuvo conmigo. Si sintiera deseos de ver a gente encontraría alguna con la que se puede hablar, sobre todo unos noruegos, personas magníficas, que a Usted le satisfacerían *plenamente*... El clima aquí no es peor que en otro sitio cualquiera de Italia... Es verdad que hay siroco de vez en cuando, pero eso lo hay por todas partes... Ahora, por ejemplo, tenemos unos días tan magníficos, claros, frescos, que es una delicia. También está aquí un ser encantador que Usted ya conoce, la condesa Dönhoff.» La prima de su antiguo discípulo y compañero de los meses de Sorrento, Albert Brenner († 1878), de quien se habla en la carta, es Cécil Horner, de Basilea. Al principio Nietzsche parece aceptar la propuesta. El 1 ó el 2 de febrero escribe a Overbeck: «Roma no es un lugar que elegiría, pero por el momento no sé elegir mejor. Acabo de anunciar mi llegada para mitad de febrero.» No se acomoda mal a su disposición, que conlleva tres fases de trabajo. Precisamente acababa de intentar de nuevo trasladarse desde la soledad del campo, que le había proporcionado la tranquilidad para hacer un borrador, a la ciudad, a Génova, pero su antiguo alojamiento seguía ocupado. Ahora se le ofrecía Roma a cambio. A Overbeck le describe todo el plan: «Entretanto, en lo esencial en muy pocos días, he escrito mi *mejor libro*, y, mejor diría, he dado el paso decisivo para el que el año pasado no tuve valor.» Se trata de «Zaratustra», 1.ª parte, al que quiere seguir dedicando sus cuidados, ahora como cincelador del lenguaje: «Estaré ocupado un par de días todavía 'apurando el vaso'; es un asunto que exige un *oír* fino, y para el que no se puede estar nunca lo suficientemente solo.» Y seguía a continuación, como tercer paso, Roma: «Después sólo necesito alguien a quien dictar mi texto: y para ello la señorita Horner viene 'como caída del cielo'.»

El trabajo en «Zaratustra» lo mantiene todavía algunos días en un

estado de ánimo relativamente bueno, y hasta reúne fuerzas suficientes como para escribir él mismo el manuscrito para la imprenta, que envía el 14 de febrero a Schmeitzner. El 24 de febrero puede también, finalmente, trasladarse a su antigua pensión de Génova, Salita delle Battistine 8 (interno 4), con lo cual el viaje a Roma se vuelve superfluo. Apenas ha sacado de sí la obra cuando se vuelve a desmoronar física y psíquicamente, a lo que le ayuda en esta ocasión, además, el conflicto con Wagner, que se había sensibilizado con su muerte. Y hay todavía otra cosa que le lleva a cancelar su visita a Roma el 21 de febrero: «No quiero hablar con nadie ahora. Además me he enterado indirectamente de que mi hermana es esperada en Roma y que quiere viajar vía Venecia.» (A Overbeck, el 22 de febrero del 83). El mediador de esta noticia fue Heinrich Köselitz, quien había escrito el 16 de febrero: «¡Dentro de 2 ó 3 semanas quiere la Srta. Nietzsche pasar por aquí en dirección a Roma!»; pero la decisión de no ir ahora a Roma ya la venía acariciando con anterioridad, puesto que el 14 de febrero escribe como postdata en una tarjeta postal a Köselitz: «¡Dir. Santa Margherita, Ligure, como hasta ahora!», a lo que Köselitz clarividentemente le pregunta: «No va Usted a Roma, según parece ¿verdad?»

Lucha encarnizada de la hermana contra Lou

No se sabe si fue a consecuencia de una invitación de Malwida o si la propia Elisabeth se autoimpuso: ambas cosas son posibles y ambas personas estaban interesadas, puesto que ambas veían posibilidades, en poner fin a la insostenible situación de la profunda desavenencia entre los hermanos. A Elisabeth le interesaba, además, poner mal, incluso imposible, a esa Lou ante los amigos más íntimos de su hermano. En cartas enormemente largas y locuaces, como, por ejemplo, a Ida Overbeck también, desarrollaba su punto de vista sobre la «relación». Según ésta, Lou se había agarrado a su hermano, puro, inocente y ajeno al mundo, lo había perseguido, seduciéndolo con su erudición barata. Es sucia, en sí misma y en su moral, es incapaz de la mínima comprensión siquiera de la filosofía de Nietzsche y, por ello, a sus espaldas y del modo más perverso, lo ridiculiza como persona y como filósofo. Elisabeth se pone a sí misma como la noble sufriente, que siempre ha sacrificado todo por su hermano, que ahora se siente suplantada, traicionada, e incluso escarnecida, por ese engendro mediocre llamado «Lou», y que, por ello, vive deshecha en lágrimas. Todo esto quería mostrárselo y contárselo de palabra a los amigos, de modo que anunció su visita a los Overbeck, aunque después se fue directamente a Venecia, donde estaba Köselitz. Este, sin embargo, le había «rogado expresamente que no se hablara una palabra de Lou ni de nada relacionado con ella —con la no insincera justificación de que yo, sin

el incentivo del amor, no tengo ningún interés en absoluto por las damas», como escribe el 16 de febrero a Nietzsche con sinceridad conmovedora. ¡Había estado una vez con Lou en Leipzig, siendo evidentemente uno de los pocos hombres que no se dejaron seducir por ella!

Malwida, sin embargo, hubo de escuchar las efusiones de Elisabeth, a pesar de que a ella no le interesaba tanto la aclaración de la relación Nietzsche-Lou. Lo que quería, más bien, era librar a Nietzsche de su peligroso aislamiento, para lo cual consideraba como paso más urgente la recuperación de la paz familiar. Pero eso precisamente, tras la formal declaración de guerra por parte de su hermana, no le importaba nada a Nietzsche todavía, dado que los improperios que le habían dirigido su madre y su hermana en la última época, pesaban aún demasiado en su ánimo sensible y afectivo. Su autoconciencia, su amor propio, habían sido heridos al máximo. Todo ello hizo mella, naturalmente, en su estado de ánimo, que volvió a hundirse hasta el mismo punto que hacía tres años; y Nietzsche no se cansa de quejarse de ello patéticamente por carta. El día de Navidad de 1882 escribe a Overbeck: «Este último trozo de vida fue el más duro que hube de masticar hasta ahora, y sigue existiendo la posibilidad de que me *ahogue* en ello. Los recuerdos afrentosos y torturantes de este verano me han hecho sufrir como una locura... Hay ahí una escisión de afectos contrapuestos que me supera. Esto es: tenso todos los hilos de mi autosuperación —pero he vivido demasiado tiempo en la soledad... de modo que ahora soy también enrodado más que ningún otro por la rueda de los propios afectos... Estoy perdido como no encuentre el secreto de los alquimistas para transformar esta porquería en *oro*... Mi desconfianza es ahora muy grande; de todo lo que oigo me parece deducir desdén hacia mí. Por ejemplo, todavía hace muy poco, de una carta de Rohde. Juraría que, *a no ser por* el azar de unas antiguas relaciones amistosas, él juzgaría ahora mi obra y a mí mismo del modo más desdeñoso. Ayer rompí también el contacto epistolar con mi madre: no se podía soportar más, y hubiera sido mejor que hubiera dejado hace tiempo de soportarlo. Hasta qué punto, entretanto, se han propagado los juicios enemistosos de mis allegados y me han desacreditado — bien, eso es algo que preferiría saber, antes que sufrir por esta incertidumbre.» Todavía se manifiesta fuertemente un lamento especial: «¡Si por lo menos pudiera dormir! — pero las dosis más fuertes de mis somníferos me ayudan tan poco como mis 6-8 horas de marcha.» Como somnífero usaba el hidrato de cloral, entonces usual (fue sintetizado en 1832 por Liebig), del que gastó 50 gramos durante los meses de diciembre de 1882 y enero de 1883, lo cual se considera una dosis absolutamente soportable, sin efectos nocivos. «No he vuelto ya a dormir sin ese somnífero. Pero últimamente he dormido catorce días seguidos —oh, qué alivio», puede escribir a Overbeck el 1 ó el 2 de febrero. En la carta siguiente a Overbeck (del 9/10 de febrero de 1883[4]) confiesa cuál era la excitación que le robaba el sueño y que debía paliar de

ese modo: «¡Tengo que soportar una carga tan variada de recuerdos desagradables y dolorosos! Así, por ejemplo, no me ha desaparecido un momento de la memoria el que mi madre me llamara una vergüenza para la tumba de mi padre. Respecto a otros ejemplos prefiero callar —pero un cañón de pistola me resulta ahora una fuente de pensamientos relativamente más agradables.» Y todavía un año más tarde, el 12 de febrero de 1884, pone en consideración de Malwida von Meysenbug: «El que en los últimos años haya padecido *todo tipo* de infamias y que casi todo el mundo, muy incluidas mi madre y mi hermana, hayan arrojado a mi carácter la suciedad a manos llenas, a esto no lo doy excesiva importancia: aunque, dado que me llegó todo junto, casi me haya hecho perder la razón.»

A todo ello se unió que en 1882-83 hubo en la Riviera un invierno duro, muy frío y con nieve, y, dado que, a pesar de sus grandes esfuerzos, Nietzsche no consiguió hacerse con una estufa, se vio expuesto totalmente a los rigores del clima y a finales de febrero cogió una gripe (que él llama influenza, como se decía entonces), con fiebre y sudores de noche. (Un año después, el 1 de febrero de 1884, habla en una carta a Köselitz de tifus, a lo que no corresponden ninguna de las indicaciones que dio ahora.) Aunque estaba en Génova y allí había encontrado un médico simpático y competente en la persona del doctor Karl Breiting, a quien conocía de Basilea, la enfermedad, a pesar del tratamiento con quinina, lo importunó «durante casi cinco semanas» (a Malwida von Meysenbug, después del 18 de abril) y se cebó en su cuerpo, maifestándose ello en debilidad y pérdida de peso. Esta situación era cualquier otra cosa menos propicia para reconciliarse con el mundo que lo rodeaba. Al contrario, rompe un puente más. «He rechazado el que se me dedique la obra capital de Rée 'Historia de la conciencia' y con ello he puesto fin a una relación de la que ha surgido bastante confusión funesta»; y considera esto como «otra liberación». (A Overbeck, marzo de 1883.) Sin embargo, sigue intentando también ahora evocar ante sí y ante otros, sobre todo ante Malwida von Meysenbug, lo que para él resultó interesante y estimulante del tiempo que estuvo con Lou, y las buenas cualidades de su carácter. Refiriéndose al sincero juicio de Köselitz, le escribe el 19 de febrero: «... en determinados casos se trata muy poco de 'con o sin el incentivo del amor', sino de si una persona bien dotada se hunde o no.» Así quería seguir viendo a Lou. También a Overbeck le escribe el 22 de febrero: «Lou es, con mucho, la persona más inteligente que he conocido. Pero etc. etc.» Cada vez iba cristalizando más esta diferenciación: total reconocimiento de su valía intelectual y total rechazo de su carácter, que culminó en la aguda formulación de la carta a Ida Overbeck de principios de agosto de 1883: «... sigue siendo para mí un ser de primera categoría, ¡lástima *de él eternamente!* Por la energía de su voluntad y la originalidad de su espíritu estaba destinada a algo grande; por su efectiva moralidad pertenecería más bien al correccional o al manicomio. La *echo de menos*,

incluso con sus malas cualidades; éramos lo suficientemente diferentes como para que de nuestras conversaciones surgiera siempre algo provechoso; no he encontrado a nadie tan falto de prejuicios, tan apto y tan preparado para *mi* tipo de problemas.»

El caso Bungert

En estas semanas de la gripe resplandece insospechadamente para Nietzsche una nueva esperanza y optimismo, que vuelven a apagarse tan rápidamente como se encendieron. El 7 de marzo informa al respecto a Köselitz: «Ayer vino un músico alemán a verme, el Sr. Bungert... En lo que se refiere al piano procede de la escuela de Chopin; ... en lo que se refiere al contrapunto, Kiel es su maestro... Lo primero que me contó fue que acaba de terminar una ópera, cuyo texto él mismo ha compuesto: se titula 'Nausica'... Que otra obra suya, 'Los estudiantes de Salamanca', ha sido aceptada por tres teatros alemanes, y que por esa razón tendrá que regresar a Alemania... Muchas de estas cosas me dieron que pensar. Parece que desea trato conmigo, tiene la sospecha de que en mí existen algunas *esperanzas* griegas e incluso goethescas. Pero todavía no me gusta nada. ¿Ha oído hablar de él alguna vez?» Una semana más tarde (el 16 de marzo) se ha superado la reticencia: «El Sr. Bungert y yo, dos bravos genoveses —hemos vivido en la mayor vecindad durante 3 años... — sin haber tenido noticia alguna uno de otro. Pasea mis escritos consigo y ha dejado 'tras de sí' mucho de lo que también nosotros hemos dejado 'tras de nosotros', por ejemplo a Schopenhauer. Si no me equivoco, este nuevo conocimiento pertenece a los más elegidos que me podía deparar el azar... 'Los estudiantes de Salamanca' está compuesto en un nuevo estilo: formas sinfónicas largas y cerradas. *Lo que* he oído de él me dio en gran medida la impresión de madurez... Le repugna la tradición alemana... Ha compuesto muchas canciones italianas. Antes perteneció por sus gustos a los ultra-románticos y a los partidarios del 'último' Beethoven; pero ha vivido mucho y ha cambiado mucho. Es un renano por su origen.» Pocos días más tarde Nietzsche envía a Köselitz un cuaderno de canciones de Bungert con la observación: «Vive de lo que se le paga por su música (le pagan *muchísimo)*... Posee un magnífico piano de cola, un pianino y una vivienda 'confortable' de dos habitaciones... asimismo una buena biblioteca —mucha filología sobre la tragedia griega y sobre Homero; muchos líricos además... En lo que se refiere a la poesía su *cultura* me resulta del todo sorprendente... ¿'Efecto' de la música sobre mí? Ah, amigo, voy despacio en el amor, siento lo extraño demasiado tiempo, como hacen todos los solitarios; pero me esfuerzo... Su afecto se inflama fácilmente, y en ello no hay nada premeditado ni afectado; además es enemigo cordial de toda pasión 'histérica'... Anteayer me sorprendió por la rapidez con la

que compuso una canción que le envió la reina de Rumania: se llamaba 'Rosicler de los Alpes' —tras haberla oído cantar cuatro veces, me pareció un *poema* muy bueno. (Dicha dama es esperada en Pegli.)»

Köselitz, que se había alegrado sinceramente al principio de que Nietzsche hubiera hecho una amistad tan estimulante, que le sacara algo de su soledad y de sus depresiones, adquiere ahora, por las canciones enviadas, la impresión de una mediocridad vulgar: «Yo tenía un vivo deseo de conocer personalmente a Bungert. Desde hace unas cuantas horas, desde que conozco estas cuatro canciones, ya no lo tengo. Puede usted creer, querido señor profesor, que ahora en Alemania hay por lo menos dos docenas de compositores así. Ese tipo de cultura musical como la del cuaderno éste es actualmente común a todos los alumnos despiertos del conservatorio... Bungert no ha encontrado todavía la dura madera de roble ni de cedro —corta en madera blanda... En las cuatro canciones de Bungert no encuentro siquiera un motivo que pudiera grabárseme en el corazón.» Köselitz cita un motivo del «Trovador» de Verdi y continúa: «Apuesto a que habla de Verdi con una sonrisa elegante; ¡eso no ayuda a nada, tenemos primero que saber hacer aquello que hace Verdi, y seguir para arriba a partir de ahí! Nuestra altura alemana no es muy difícil de alcanzar.» (El 21 de marzo[13]). E inmediatamente Köselitz plantea la mordaz pregunta: «¿Se bebe cerveza en Génova?», a la que Nietzsche responde el 24 de marzo: «... se bebe cerveza en Génova», es decir, también aquí se puede rendir uno al agradable placer alemán de beber cerveza, y: «A fin de cuentas tampoco hagamos injusticia a Bungert: el cuaderno de canciones pertenece a su época anterior a Génova —ha hecho cientos de canciones, y todavía ahora tiene 'en depósito' 100 no publicadas—.» En esa carta deja Nietzsche entrever *lo que* le interesaba en Bungert: ¡su posición *contra* Wagner! «En relación a la cultura alemana *actual* y anterior... Bungert me da que pensar. Mire usted, ahí arriba, fuera del wagnerianismo... hay ahora un sentimiento musical que, en forma de Bungert, quiere imponerse en los teatros; los representantes suyos se consideran descendientes de Beethoven y Schumann, y *en ello tienen razón*... Me resulta interesante en extremo que este espíritu lírico-romántico, que hoy es el portavoz de la *sensibilidad* en Alemania, acepte a los griegos y quiera poner música por primera vez a Homero. Esta vivencia *general* de la cultura alemana tiene su precursor en las vivencias de Goethe. Si resulta bien saldrá de ahí algo parecido a 'Hermann y Dorothea' en música: ni tengo esperanza ni espero *más* de ello... Faltará 'melodía', aquí como allí, pienso en los wagnerianos.» El 2 de abril Nietzsche vuelve a referirse brevemente a Bungert en una carta a Köselitz: «Lo considero algo — es muy diligente y desagradable» (lo que hoy designaríamos probablemente como «inconformista»). Pero tan pronto como Nietzsche se da cuenta de que Bungert no puede llevar a cabo la tarea de destronar a Wagner, le resulta falto de interés e indigno ya nunca más ni siquiera de una mención.

Este August Bungert había nacido el 14 de marzo de 1845 en Mülheim, en el Ruhr — era, por tanto, sólo cinco meses más joven que Nietzsche. Había estudiado música (piano) dos años en Colonia y después seis años en París, y había sido director musical durante dos años del balneario renano Kreuznach; después volvió a estudiar contrapunto dos años en Berlín, dedicándose entonces a la composición. Desde 1882 vivió muchos años en Pegli (Génova). El 1878 su op. 18, un cuarteto para piano, fue galardonado en Florencia; en 1884, en Leipzig, estrenó su ópera cómica «Los estudiantes de Salamanca». Compuso muchas piezas para piano y canciones, entre ellas algunas sobre poemas de «Carmen Sylva», la reina de Rumania. La ópera «Nausica», que acababa de componer, fue la segunda de una tetralogía, «Mundo homérico», con la que intentó crear una contraposición helénica al «Anillo» germánico de Wagner. El ciclo entero giraba en torno a la temática del poema náutico «Odisea» y comprendía las siguientes partes: «Circe», «Nausica», «Regreso de Ulises», «Muerte de Ulises», que se estrenaron entre 1896 y 1903 en Dresden, Berlín, Colonia y Hamburgo, pero no encontraron mayor aceptación.

Para Nietzsche tampoco había aquí más que un punto de vista relevante: ahí hay alguien que se atreve a hacer frente al «maestro» bayreuthiano, contra quien él luchaba como su rival cada vez más encarnizadamente —contra el muerto Wagner casi más que contra el vivo—, y a crear una obra contrapuesta a la del poeta mítico Wagner, y en el mismo plano que Wagner, en la música, y no como él, con una especie de poema didáctico.

Dudas en sí mismo y en la obra (Zaratustra I)

Con total confianza, el 14 de febrero Nietzsche había enviado al editor este producto de su fantasía filosófica y poética, el «Zaratustra», primera parte, y, tras una semana, creía que ya estaría imprimiéndose (como escribe a Overbeck el 22 de febrero). Pero no sucedió nada; los pliegos de corrección, esperados diariamente, no llegan hasta comienzos de abril. La duda y la impaciencia lo invaden. El 24 de marzo Overbeck recibe estas instructivas líneas: «Por encima de todo otro concepto, yo... tengo uno de la imperfección, de los desaciertos y de los propios infortunios de todo mi pasado *intelectual*. Ya no hay nada bueno que hacer; no volveré a hacer nada bueno. ¡Para qué hacer algo todavía! — Esto me hace recordar mi última insensatez, me refiero al 'Zaratustra'... Me sucede que cada pocos días lo olvido; estoy expectante por ver si tiene *algún* valor *siquiera* — yo mismo, en este invierno, soy incapaz de emitir un juicio y me podría equivocar del modo más absurdo respecto al valor o a la falta de valor.» Vuelven entonces a acrecentarse sus pensamientos acerca de una huida en total soledad a un país donde nadie lo conozca ni nadie lo busque: España, la

ciudad de Barcelona, y finalmente Courmayeur, en el lado sur del Mont Blanc —y en último término del todo, vuelve a pensar en México, respecto al cual Köselitz también se hace ilusiones de poder ir junto con Nietzsche con el dinero que le produzcan sus óperas. Estos son los lugares en los que Nietzsche piensa ahora como «últimos resultados de mis estudios climatológicos y decisión casi de un desesperado» (a Köselitz, el 24 de marzo).

Nietzsche desea, pues, «desaparecer», tal como se expresa el 13 de marzo en carta a Overbeck, y cita también el ejemplo con el que se compara. Se trata otra vez, y no será la última vez todavía, ni mucho menos, de Bayreuth, de la casa Wagner, de la cual no puede liberarse: «Malwida acaba de escribirme de la señora Wagner: 'Cosima quiere apartarse del mundo, incluidos todos nosotros, tanto como lo está él, no quiere volver a los amigos, nunca más leer una carta, en una palabra, vivir como una monja, sólo con sus recuerdos y los niños.' Aproximadamente así es como yo quiero hacerlo, aunque no sea por los mismos motivos.» Cosima se había retirado realmente «del mundo» al principio, y sólo volvió a él cuando los acontecimientos en el teatro de Bayreuth, los daños ocasionados por colaboradores rivales —verdaderas luchas de diádocos—, y los peligros que de ahí surgieron para la obra del maestro, la obligaron a intervenir personalmente. Pero entonces tomó las riendas en su mano con una energía y una voluntad férrea tales que —a pesar de todas las críticas, justificadas muchas de ellas— la mostraron ante todo el mundo como mujer de un formato superior a lo normal, tal como Nietzsche siempre la había visto en privado, la había admirado, y fue atraído y seducido por ella —incluso hasta en los mismos días del inicio de la locura.

Con anterioridad a esta carta de Nietzsche, Overbeck ya conocía la gravedad de la situación de Bayreuth. El 2 de marzo había recibido estas líneas significativas de Daniela von Bülow[188]: «En nombre de mi madre le agradezco las palabras de su participación en nuestro dolor y le comunico su deseo, repetido con frecuencia y expresado vivamente: que sus amigos destruyan todas las cartas que poseen de su puño y letra. Desde la partida de nuestro padre también ella se ha apartado del mundo, y, en la paz más bendita, nos ofrece a nosotros, sus hijos, el sacrificio de seguir viviendo; le gustaría que no quedara ya nada de ella en el mundo. Si le violentara quemar las cartas de mamá podría confiármelas quizá a mí, que yo las conservaré para Siegfried.»

Parece significativo que Cosima no contestara a la carta de condolencia de Nietzsche, ni siquiera por una tercera persona, por la hija, pero también que no reclamara sus numerosas y tan personales cartas a Nietzsche. En este caso le pareció conveniente sólo el silencio.

Para comprender todo esto hay que recordar cuán a menudo Wagner y Cosima, en sus conversaciones, se habían deseado una muerte en común y al mismo tiempo, y que, por eso, al construir su casa «Wahnfried» en

Bayreuth, habían dispuesto en el jardín una tumba común. Naturalmente no entraba en absoluto en consideración que Cosima hubiera hecho algo de su parte por cumplir este deseo. De modo que sólo le quedaba la posibilidad de «no estar en el mundo» ya nunca más, bajo la forma de esta separación total. Para ella valían como guía las palabras de Tristán y de Isolda al final del acto II, después de la catástrofe[259]:

Tristán.—¿A dónde irá Tristán ahora? ¿Quieres tú, Isolda, seguirlo? En el país en el que Tristán piensa no luce la luz del sol: es el país oscuro del que me sacó la madre... el reino maravilloso de la noche del que desperté un día: esto te ofrece Tristán, hacia allí va él antes: Isolda le dirá ahora si ella le sigue, fiel y amable.»
Isolda.—Cuando el amigo se apuntó un día a un país extraño... Isolda hubo de seguirlo. Ahora vas al tuyo propio a mostrarme tu patrimonio: ¿Cómo iba yo a rehuir el país que rodea al mundo entero? Donde esté la casa y el hogar de Tristán, allí entrará Isolda; ¡Ella lo seguirá fiel y amable, muestra ya el camino a Isolda!

Habría que poder escuchar la música a la vez, para comprender qué fuerza persuasoria ejercería esta visión de Wagner sobre Cosima, y también sobre Nietzsche.

Overbeck tenía idea de ello, reconocía la postración de Nietzsche precisamente en el «Tristán» de Wagner. Por eso, tras las manifestaciones y los planes de Nietzsche, vio claro inmediatamente el peligro que se cernía sobre su amigo. Para librarlo de una absurda caída en la imitación de su ídolo, le sugirió un plan para el futuro sabiamente dosificado (escrito el domingo de Pascua, 25 de marzo de 1883): «Tu 'desaparecer', si ha de tener algo en común con el de la señora Wagner, no te proporcionaría ciertamente ninguna satisfacción. Mientras no te propongas metas más firmes para tu vida futura, no veo posibilidad alguna para la tranquilidad que tú tanto necesitas ahora. Y a este propósito te quiero participar una idea que ya he hablado, en referencia a ti, con mi mujer, y que a ambos no nos pareció inútil que se meditara. ¿Qué tal si pensaras en volver a ser maestro, no me refiero en la universidad, sino maestro (por ejemplo de alemán) en una escuela superior?... Una vuelta a la juventud te resultará incomparablemente más fácil... Además, tal profesión de maestro es una de aquéllas —quizá no comparable a ninguna otra en esto— para las que en estos últimos años no sólo no has perdido tiempo alguno, sino que te has vuelto más maduro. Para un proyecto de ese tipo, en fin, no te faltarían, tampoco externamente... puntos de contacto. Puesto que estoy convencido... de que vendrías aquí. Me doy por satisfecho con estas indicaciones; tú podrás completarlas por tu cuenta, si la idea, así en general, te resulta tan hermosa como yo no puedo menos de desear.» Y

realmente Nietzsche consideró seriamente la idea. A comienzos de abril responde a Overbeck que esa propuesta era «con mucho la más aceptable de las propuestas» que se le habían hecho últimamente (¡así pues, mejor que la invitación de Malwida a Roma!), aunque repara: «... esperemos todavía a Zaratustra: me temo que *después* ninguna autoridad del mundo me querrá tener como maestro de la juventud», ¡cosa que le habían de confirmar pocos meses más tarde las autoridades universitarias de Leipzig! Algunos días después, el 6 de abril, Nietzsche pide consejo a Köselitz. Al hacerlo califica la sugerencia de Overbeck como «bien y delicadamente sentida, sí, ya casi me ha *conquistado:* mis razones en contra son razones de clima y de viento, etc. Overbeck piensa que habría 'puntos de conexión'..., se me recuerda *bien*, y, a decir verdad, no fui el peor de los maestros. Hay que contar con mis ojos y con la poca fuerza de trabajo de mi cabeza en lo que respecta al tiempo: e igual con la proximidad de Jacob Burckhardt, una de las pocas personas junto a las cuales me siento realmente bien.»

La cercanía de Jacob Burckhardt, ¡eso sería un motivo! Pero con el tiempo puede más el miedo ante las repercusiones del clima en la salud, y Nietzsche abandona la idea, cautelosa pero decididamente. El 17 de abril escribe en este sentido a Köselitz. También a Overbeck le explica su decisión: «Este invierno no me ha mantenido en la vida otra cosa que la repentina vuelta a lo que más me importa: mis obligaciones están *allí* donde he de imponerme las exigencias más difíciles; allí están también mis fuentes vitales. Ser *maestro:* ah, sí, eso me haría bastante bien ahora... Pero existe algo *más importante*, frente a lo cual, incluso una profesión provechosa y eficaz como la de maestro, sólo significaría en mi caso un alivio para mi vida, un descanso. Y sólo cuando haya *completado mi tarea primordial* encontraré la buena conciencia necesaria para llevar una existencia así... — ¿Pero quizá ya la haya completado? Entretanto Zaratustra va mostrándose poco a poco, pliego a pliego.»

Nueva conciencia de sí

Con el Zaratustra, Nietzsche adquiere definitivamente la misma conciencia de enviado que tenía Wagner. Ludwig Schemann, en sus «Recuerdos de Richard Wagner»[225], nos dibuja espléndidamente esa posesión misionera de Wagner: «Habremos conseguido todo, a la hora de la caracterización y de la comprensión de Wagner como personaje artístico, si tenemos presente su modo de entender las cosas (si incluso participamos en lo posible de él), según el cual siempre apareció como un príncipe en el ejercicio y representación de su profesión artística. Ningún Alejandro puede tomar más en serio, ni afirmar con mayor energía, el sagrado deber de su legitimación divina, ningún Napoleón lo demoníaco de su destino,

que Wagner lo hizo con la misión que el espíritu del mundo colocó sobre su cabeza... Una vez escuché a Wagner resumir en una formidable alegoría el tremendo papel que le había tocado en suerte: 'Algún día mi batuta se convertirá en el cetro del futuro. Enseñará a los tiempos qué movimiento han de tomar. Todo depende en definitiva del tiempo; ritmo, armonía, belleza se encuentran después por sí mismos.' Estas palabras harán estremecer hoy todavía a quien las comprenda, del mismo modo que a mí entonces, cuando las oí.» ¡Aquí claramente Wagner se encuentra bajo la impresión de la filosofía hegeliana! También Nietzsche las había oído y lo habían estremecido, pero ahora se dispone a asumir la herencia de Wagner en este aspecto, como escribe a Köselitz el 19 de febrero: «En lo que respecta propiamente a Wagner, quiero llegar a ser todavía en buena parte su *heredero* (como se lo he manifestado repetidas veces a Malwida). El último verano me di cuenta de que él me había sustraído todas las personas sobre las que tiene sentido siquiera causar impresión en Alemania, y que comenzó a atraerlas dentro de la enemistosidad yerma y confusa de su vejez.»

Desde la publicación de «Zaratustra», Nietzsche vive bajo una obsesión, si se quiere decir así. Pero —para emplear con sentido las explicaciones de Schemann sobre Wagner—: «Habremos conseguido todo, a la hora de la caracterización y de la comprensión de Nietzsche como filósofo, si tenemos presente su modo de entender las cosas... Ningún Alejandro puede haber tomado más en serio el deber sagrado, ningún Napoleón lo demoníaco de su destino, que Nietzsche tomó la misión que el espíritu del mundo, en el ineludible engranaje del eterno retorno, había colocado sobre su cabeza.» El paralelo es estremecedor (aunque no singular, puesto que, al menos, en Beethoven y Berlioz pueden probarse rasgos semejantes) y tiene consecuencias. Si alguien afirma ver en la conciencia (u obsesión) de enviado de Nietzsche un signo de su trastorno mental, entonces hay que aplicar el mismo patrón a Wagner y llegar a conclusiones paralelas, cosa que ya sucedió en su tiempo* (desde ángulos sospechosos, todo sea dicho): lo hicieron enemigos que se enfrentaron a su demonía sin comprenderla, que no fueron capaces de dar el paso a la dimensión que él abrió a la capacidad expresiva de la música. A fin de cuentas, Wagner no murió desmoronado intelectualmente, sino como consumador victorioso de un estilo artístico. Así pues, si en el caso de Wagner no se considera esa conciencia de enviado como síntoma de una deformación intelectual (que se gusta de llamar «delirio de grandeza»), en el caso de Nietzsche hay que arreglárselas sin la hipótesis de la enfermedad y buscar las bases en otra parte. Ya hemos topado a menudo con *una* de las fuentes: Nietzsche toma como patrones a Richard y a Cosima Wagner, al «hombre con mucho más completo» y a la «mujer más admirada» que ha encontrado en su vida. E,

* Quien más agudamente las expuso fue el psiquiatra Th. Puschmann en 1873.

igual que Wagner, él se coloca a la misma altura que todos los grandes de la historia política o intelectual: Alejandro, César, Napoleón, Shakespeare, Goethe —y no en último término, a la altura de Wagner mismo. No hay que olvidar tampoco un componente religioso: ¡él anuncia un dogma que solucionará los enigmas del mundo!

Si se hace caso de los intentos de explicación —patografías— de la psiquiatría[150], Nietzsche y Wagner se encuentran en «buena camaradería». Comenzando por la cólera desproporcionadamente altiva de Aquiles (la μῆνις), e incluidos todos los fundadores de religiones, desde China hasta Palestina, ¡todas las figuras sobresalientes de nuestra historia occidental son «psicópatas»! ¡De modo que parece que la deformación de espíritu es, sorprendentemente, la *conditio sine qua non* del hombre relevante!

Nietzsche era víctima del modelo del tipo del «creador», como le había sucedido antes a Wagner. Nada cambia las cosas el abismo cada vez mayor entre los gustos musicales específicos, que por parte de Nietzsche se manifiesta, no ya en composiciones propias como hasta 1874, sino en su entusiasmo creciente por la ópera de Georges Bizet «Carmen», que aquel invierno fue representada en serie en Génova, y que Nietzsche volvió a oír el 21 de marzo. «Bien, viejo amigo, también yo volví a sentirme completamente feliz; algo profundo se mueve en mí al escuchar esa música, y siempre trato de resistirme, prefiriendo desahogar mi maldad más externa a penetrar en mi interior. Me pasé todo el tiempo improvisando canciones de Dionisos, en las que me tomo la libertad de decir lo más horrible, horrible y cómicamente: ésta es la última forma de mi locura»; así se explaya al día siguiente en carta a Köselitz. Nietzsche se sabe, pues, en una fase extática, en la que hay altos y bajos, característicos del artista romántico, del tipo, por tanto, al que más se acercó él con «Zaratustra».

La depresión aneja al ataque agudo de gripe desaparece con él. Pero el paso de las dudas más grandes sobre la obra, sobre el arte de la obra, a aquella confianza que se extiende hasta una inequívoca conciencia de enviado, lo propició Köselitz con su entusiasta asentimiento, al recibir los primeros pliegos de corrección. El 2 de abril escribe: «¡Con cada libro me hace usted más difícil mirar siquiera al orden de las palabras! El magnífico cambio de su espíritu, la fuerza de su lenguaje, la abundancia de invención hasta en los detalles menores, el ardor y la majestad de su sentimiento, me sorprenden, me excitan, vibran todavía en mí, en lo que da de sí mi capacidad... ¡No existe nada igual, porque las metas que usted ofrece no han sido ofrecidas nunca, ni *podían* ser ofrecidas, a la Humanidad! Hay que desear a este libro la expansión de la Biblia, su visión canónica, su comentario.» Y pocos días más tarde, el 6 de abril: «¿Bajo qué rúbrica cabe su nuevo libro? — Yo casi creo que bajo la de 'escritos sagrados'»; y el 17 de abril: «¡Es maravilloso!, dicen a menudo los discípulos ante las palabras de Buda. '¡Es maravilloso!', tengo que exclamar yo a menudo, y con mayor motivo que aquéllos, dado que yo le escucho a usted como Zaratustra.»

Reconciliación con la hermana

Con la recuperación de la confianza en sí mismo se mejoró también el estado general de Nietzsche; se volvió «más humano», como él dice. En ese estado de ánimo alegre, se deja seducir por una carta conciliadora de su hermana, escrita el 26 de abril desde Roma, y se decide, inesperadamente para sus amigos, a ir a Roma y a firmar la paz con sus parientes. La noche del 3 de mayo abandona Génova, va en tren hasta Roma y permanece allí cinco semanas largas, lo más tardar hasta el 12 de junio, en la dirección: Piazza Barberini 56, último piano. Esos días, pasados tranquilamente, en suaves conversaciones, no dejaron ninguna huella significativa. Aunque es verdad que, en una carta del 22 de mayo de 1883 a Overbeck, pondera: «... por lo que respecta a la curación y a la consecución de seguridad físico-espiritual, Roma fue una buena idea y hasta ahora ha merecido la pena», tiene que observar, restringiendo: «La salud, en sentido literal, no ha mejorado hasta ahora en Roma, y la gran ciudad resulta incluso opuesta a mis necesidades.» Lo único que le impresiona: «La antigua cabeza de Epicuro, así como la de Bruto, me dieron que pensar, al igual que tres paisajes de Claude Lorrain» (1600-1682). Verdad es que «encontré por todas partes, y no sólo en mi hermana, la mayor confianza con respecto a mí —algo que necesitaba mucho, aunque nada más sea como símbolo y presagio de algo que un día habré de necesitar mucho»; también Malwida von Meysenbug «rebosa de cariño maternal hacia mí; me desea lo que yo mismo me deseé y comprende asimismo los caminos y pasos a dar para ello». Sin embargo, se queja: «Pero en lo fundamental todavía no he encontrado nada en lo que hubiera podido reconocer un espíritu que me hablara como un hermano y amigo.» Unos días antes (el 10 de mayo) había escrito a Köselitz: «Roma no es sitio para mí —eso es seguro. Tomo este mes aquí como un *humano alivio* y un descanso... Tengo un proyecto para el verano: llenar con personas amigas llegadas de todas partes un castillo bien acondicionado, en el bosque, acondicionado por benedictinos para su reposo. Me quiero también buscar ahora *nuevos* amigos. Pero en lo fundamental sigo pensando que me *espera* una estricta y profunda soledad, más estricta y profunda que nunca.» Se trata de la vieja idea del «convento para espíritus libres», pero para ello necesita de nuevas amistades. Sin embargo, como primer efecto del «Zaratustra», espera un distanciamiento más grande de su época y un enfriamiento mayor de su entorno humano. Intenta quitar el aguijón a esta amarga experiencia anticipándose a ella y retirándose él mismo a esa última soledad. Así, también en estas semanas le domina el plan de «desaparecer» ese verano en la soledad, con lo que intenta a la vez huir de la insignificancia de su entorno actual, así como de las molestias de la gran ciudad y, en particular, de la piadosa afectación de la ciudad santa!») («¡ayer vi incluso personas que subían de rodillas la escalera santa!»). Piensa ahora en Casamicciola (Ischia), busca en los

montes Volscos y finalmente en los Abruzzos. El 13 de junio envía a Roma a su hermana una postal desde Torni-Aquila, en la que se queja de la desilusión que le ha producido el clima: «¡Fracaso! Aquí hay siroco... El lugar no vale *nada* para mí... Mañana continuaré hacia Suiza. No sé nada con mayor precisión.»

Así pues, el 14 de junio Nietzsche se puso en camino, solo —y no con la hermana, como dice ella—, hacia el norte. El 15 escribe desde la estación intermedia de Bellaggio, en el lago de Como, a Overbeck y a su hermana. El tiempo es malo, llueve a cántaros, y a pesar de que no se le puede augurar mejor tiempo en la Engadina, donde a causa de la altura hace frío todavía, el 18 de junio se va allí. El 21 de junio informa a la madre y a la hermana (que entretanto ha vuelto a Naumburg, pasando por Basilea, donde visitó a los Overbeck): «Entretanto me ha ido *mal*. Llegué a la Engadina con lluvia y auténticamente helado: algunas horas más tarde Sils-Maria se cubrió de nieve. Me quedé en el hotel hasta el miércoles (20 de junio), visitado por desgracia por fuertes dolores de cabeza... El entorno de la Engadina y todo en ella en general me agrada otra vez extraordinariamente, sigue siendo mi paisaje más querido —pero *tiene* que hacer más calor.» Nietzsche vive en casa de la familia Durisch, que evidentemente lleva un pequeño negocio, puesto que él puede comprar allí «biscuits ingleses, cornedbeef, té, jabón y en general cualquier cosa». «La gente es tan buena conmigo y se alegran tanto de mi vuelta, especialmente la pequeña Adrienne.»

Zaratustra encuentra dificultades

Tan obvio no resultaba el regreso a la Engadina, más bien resulta sorprendente, dado que el objetivo de los últimos viajes había sido encontrar un lugar solitario, nuevo, en alguna parte del sur. Todavía el 28 de mayo Nietzsche había escrito a Lörrach a su amiga Marie Baumgarther —por última vez, dado que ella, tras el Zaratustra, se mantuvo alejada— anunciándole su «hijo Zaratustra» y añadiendo al final: «En relación con ello tengo un propósito que desde hace años va y viene y vuelve a venir, y finalmente —ahora— me encuentra suficientemente maduro y fuerte: el propósito de 'desaparecer' durante unos años. ¿Piensa Usted, admirada amiga, que ya he 'desaparecido' bastante? —¡su última carta, extremamente amable, me parece manifestar más bien el deseo de que yo volviera del agua oscura del aislamiento 'a la superficie'!... Quiero ponerme las cosas *tan difíciles* como pocas personas las tienen: sólo bajo esa presión consigo la *buena conciencia* suficiente para poseer lo que muy pocos tienen y han tenido: *alas* —por poner un símil. ¡Siga siendo amable conmigo aunque esté 'desaparecido' y 'huido'!»

Pero precisamente a causa del Zaratustra surgieron nuevos enredos

con el mundo, y en principio de naturaleza realmente desagradable. Ya la misma impresión había sido pospuesta durante más tiempo del acostumbrado, a causa de que la imprenta Teubner estaba sobrecargada de trabajo —tuvo que imprimir para Pascua 500.000 libros de canto religioso. Pero además, ahora, la edición, ya preparada para el envío, quedó almacenada hasta agosto, porque el editor Schmeitzner, de repente, barruntó en el negocio de publicaciones antisemitas un impulso para su editorial, amenazada de ruina, un impulso que las obras de Nietzsche, en cualquier caso, no le habían dado. Todo esto, aderezado con una amarga ironía, se lo comunica Nietzsche el 1 de julio a su amigo Köselitz: «Acabo de saber que Zaratustra espera en Leipzig 'pendiente de envío': incluso los ejemplares de regalo. Ello a causa de 'operaciones muy importantes' y continuos viajes del jefe de la alianza antijudía, el Sr. Schmeitzner: por eso 'la edición, por una vez, tiene que esperar un poco', como él escribe. Es realmente de risa: primero el impedimento cristiano, los 500.000 libros de canto, y ahora el impedimento de la enemiga a los judíos —se trata auténticamente de 'vivencias fundadoras de religión'.» Y con ello comienzan las consideraciones de Nietzsche —que ya nunca se interrumpirían, volviéndose además cada vez más incisivas— en contra del antisemitismo, que florecía enormemente desde hacía unos años y que, para su desazón, él habría de vivir en su futuro cuñado, fomentado y puesto en práctica.

Toma de postura frente al antisemitismo político

Pero en ello hay *un* importante matiz no aclarado: ¿Por qué la condena de Nietzsche del antisemitismo es tan profunda, y por qué siente tan fuertemente los contratiempos que éste acarrea (como la demora del editor y la definitiva ruptura con la hermana)? ¿Por qué tienen que ver con el antisemitismo que él ya había rechazado anteriormente? ¿O es que ve de repente el antisemitismo como un estorbo para sus intereses personales y sólo entonces, por la rabia que le produce ese estorbo, se convierte en censor de ese movimiento político? Sus manifestaciones al respecto no aclaran esta cuestión cardinal, que nos vemos obligados a intentar responder a través sólo de indicios.

Si fuera la segunda posibilidad habría que admitir que la rabia de Nietzsche contra el movimiento antisemita se habría distendido y aminorado muy rápidamente en lo fundamental. Además, su situación vital de ahora habla en favor de la primera suposición: la amistad de largos años con el judío Paul Rée había terminado en una profunda decepción. Nietzsche hubiera tenido un pretexto, al menos, para hacer responsable de ello a «lo judío» y para simpatizar con el antisemitismo. Pero sucede justamente lo contrario: hace todo lo posible por refrenar cualquier impulso antisemita. No permite ni siquiera que surja la sospecha de una

connivencia tácita, posibilitada por sus relaciones editoriales. Llega incluso a romper con el editor. Y frente a la persona de Paul Rée se manifiesta defensor cuando (el 21 de abril) escribe a Köselitz: «Rée siempre se comportó con una conmovedora modestia en relación conmigo; esto quiero reconocerlo expresamente ante Usted.»

La vida en la Engadina y la continuación de Zaratustra

A pesar de que la Engadina lo había recibido tan inclementemente con un tiempo de auténtico invierno, Nietzsche (el 28 de junio) declara a Gersdorf su preferencia por esta región: «Querido y viejo amigo, estoy de nuevo en la Alta Engadina, por *tercera* vez, y de nuevo vuelvo a sentir que aquí, y no en parte otra alguna, está mi auténtica patria y mi cuna... Me gustaría tener dinero suficiente para construirme aquí una perrera ideal: me refiero a una casa de madera con dos habitaciones; y precisamente en una península que se introduce en el lago de Sils... Con el tiempo me va resultando imposible vivir en estas casas de labradores... Por lo demás, los habitantes de Sils-Maria son muy afectuosos conmigo; y *yo* los aprecio. Como... en el hotel Edelweiss: solo naturalmente, y por un precio no totalmente desproporcionado a mis pocos medios. He subido hasta aquí todo un gran canasto lleno de libros: y tengo previstos otra vez tres meses. Aquí viven *mis* musas: ya en 'El caminante y su sombra' dije que esta región me resultaba 'consanguínea', si no más.»

Más que los bajos techos de la habitación, según el estilo alpino de construir, le molestaban las paredes blanqueadas; los ojos no soportaban esa claridad. Se acudió en su ayuda y se rebajaron las paredes con un tono verdoso. Tras unos cuantos días de acomodación al clima y al entorno volvió a despertarse fuertemente, tan eruptivo como en enero, el impulso creador. El 1 de julio todavía no sabe qué decir al respecto, pero el 13 de julio de 1883 escribe a Köselitz: «Ya tengo tras de mí el segundo verso — y ahora que está acabado me estremece la dificultad que he superado sin haber reparado en ella. Desde mi última carta (el 1 de julio) me encuentro mejor y más animoso; concebí de una vez la *segunda* parte de Zaratustra — y *tras* la concepción también el nacimiento: todo con la mayor vehemencia. (Con tal ocasión me ha venido la idea de que probablemente muera un día en una expansión y explosión de sentimiento *así:* ¡que me lleve el diablo!) El manuscrito para la imprenta estará listo pasado mañana, sólo faltan ya los últimos 5 apartados; y mis ojos trazan límites a mi 'aplicación'... Se trataba primordialmente *de obligarle hasta el segundo peldaño* y, desde allí, alcanzar todavía el *tercero* (cuyo nombre es 'Mediodía y eternidad': ¡esto ya se lo dije a Usted una vez! ¡Pero le ruego encarecidamente que no diga nada a nadie al respecto! Para la tercera parte voy a concederme tiempo, quizá años—).» No pasarían años, sino sólo seis meses, hasta la primera mitad de enero de 1884.

Si tras el primer Zaratustra se había posado sobre él la sombra de la duda en la propia obra y talento —sombra que Köselitz pudo disipar fácil y rápidamente con su aplauso, ahora la propia criatura suya, que se alzó ante él como un fantasma y que pesa sobre él como una obligación, arroja una nueva sombra sobre el ánimo de Nietzsche, de la cual ya nadie conseguirá liberarlo. El 16 de agosto confiesa a Köselitz: «Puesto que, a decir verdad, estoy casi abrumado»; o a Ida Overbeck el 27 de julio: «Este horrible sentimiento de responsabilidad en la cumbre más alta del conocimiento»; y poco después a Franz Overbeck: «Este invierno, cualquiera que hubiera visto de cerca y *comprendido* mi situación, hubiera *podido* decirme: '¡simplifícate las cosas! ¡Muere!' —Sin embargo «el 'tirano de mí', el inflexible, *quiere* que también esta vez *venza* ...Y tal como es mi modo de pensar y mi última filosofía, se me hace necesaria incluso una victoria absoluta... Por el momento sigo siendo el luchador por antonomasia.» En agosto, finalmente, cuando ya habría recibido del editor las capillas de toda la segunda parte de Zaratustra, habla a Köselitz de «el antagonismo más terrible que arrastro contra la imagen entera de Zaratustra».

Esta vez la impresión se realiza rápidamente. Pero el impresor ya no es Teubner, sino C. G. Naumann, como Nietzsche descubre en una carta de comienzos de agosto a Ida Overbeck[50,124]: «... Teubner no entrega la primera parte, probablemente porque el Sr. Schmeitzner no puede pagar sus deudas», cosa que habría de desembocar en un grave litigio entre Nietzsche y Schmeitzner. Ya el 28 de julio el primer pliego de pruebas sale de la imprenta de Leipzig; el corrector vuelve a ser esta vez Köselitz, en Venecia. En agosto se hacen las correcciones y el 5 de septiembre Köselitz tiene en sus manos el primer ejemplar acabado. Ese mismo día Nietzsche deja la Engadina y viaja hacia Naumburg. Este año no pudo permanecer en el valle alpino tanto tiempo como había previsto. Había sido un tiempo malo en todos los sentidos.

Elisabeth se siente libre para emprender un nuevo ataque contra Lou

Tras el alto estado de ánimo desde el que Nietzsche pudo escribir la segunda parte del Zaratustra, cae, como reacción, en una depresión tanto más profunda. La superficial reconciliación con la hermana en Roma no había aportado la tranquilidad de ánimo tan esperada y que necesitaba tan urgentemente. *Ella* no había renunciado a su plan de exorcizar a la odiada Lou. Ya a finales de noviembre de 1882 Nietzsche había escrito a Malwida von Meysenbug[12]: «Mi hermana considera a Lou como un bicho venenoso a quien habría que destruir a toda costa —y trata de hacerlo además.» Y Elisabeth nunca se apartó de este punto de vista. Durante las cinco semanas que pasaron juntos en Roma, Nietzsche, con seguridad, había recibido en su subconsciente, ininterrumpidamente y bien dosifica-

do, parte del veneno que Elisabeth inyectaba contra Lou, con celo fanático, por todas partes y a todo el mundo. En el caso de Nietzsche lo terrible del método fue que la inyección no bastó para matar en él del todo el «bacilo de Lou», y que ahora los viejos sentimientos y los recuerdos de los días realmente felices y dichosos *con* Lou le llevaron a un conflicto agotador, casi desgarrador incluso, con los sentimientos de odio confluentes; conflicto que ensombreció más todavía el alma de un hombre revuelto ya, de todos modos, por la enfermedad y por la fantasía filosófica. Su expresión de que se trata de una lucha genuina es excesiva quizá. Un párrafo (suprimido por Köselitz) de su carta del 26 de agosto de 1883 a Köselitz manifiesta estremecedoramente lo próximo que se sentía ya en ese verano del derrumbamiento total: «El curioso peligro que corro este verano se llama —para no retroceder ante la temida palabra— locura, y de igual modo que el invierno pasado, contra todo pronóstico, cogí una *fiebre nerviosa* realmente larga —¡yo, que nunca había tenido fiebre!—, podría suceder también algo que *jamás* he creído me sucediera a mí: que pierda la razón.» En su desesperanzada situación ya se había confiado antes a la esposa del amigo, Ida Overbeck, hasta el punto de que pudo escribirle a mitad de julio: «Todo lo que he 'compuesto' epistolarmente en la última época queda bajo la rúbrica: enfermedad y desconsuelo... Fue mi invierno más difícil y de mayores enfermedades; y los acontecimientos que lo hicieron así habrían podido hacer de uno, en una noche, un 'Timón de Atenas'. ¡Qué importa que no haya nada en todos ellos de lo que tenga que avergonzarme, y sí algo que hubiera debido encontrar otra aceptación y consideración que la que encontró, por ejemplo, en mis parientes!... Pero así, me sobrevino una especie de locura; y ya no puede arreglarse en modo alguno el hecho de que mi fantasía y mi compasión hubieran de debatirse durante un año aproximadamente en el fango de esas experiencias. Creo que he soportado ya más de lo suficiente, cinco veces más de lo que a una persona normal la lleva al suicidio: y todavía no ha acabado... Ahora *vuelven* a *ganar terreno* estas cosas. Mi hermana quiere tomar venganza de aquella rusa —está bien, pero hasta ahora he sido yo la víctima de todo el asunto. No se da cuenta de que falta apenas una pulgada para el derramamiento de sangre y para las más brutales posibilidades —y trabajo y vivo aquí arriba este verano como 'alguien que hace testamento'. —De hecho, sin los *objetivos* de mi trabajo, y la *inexorabilidad* de esos objetivos, ya no viviría. En ese sentido, el salvador de mi vida se llama Zaratustra, mi hijo Zaratustra.» Pero la perturbación anímica general era suficientemente grande como para que Nietzsche se sintiera desconcertado por las personas de su entorno más cercano —excepto los Overbeck y Köselitz— y apuntara aquí y allá, indiscriminadamente, con invectivas difamantes.

El ataque más fuerte se dirigió entonces contra Paul Rée en una carta a su hermano. Elisabeth presenta el asunto de tal modo que, según ella, los parientes de Rée se habrían dirigido a Malwida von Meysenbug para que

ésta intentara inducir a Lou a regresar a Rusia. Malwida, a su vez, se habría dirigido a Elisabeth en busca de ayuda, enviándole una carta a Sils, en la idea de que Elisabeth había acompañado a su hermano hasta allí. De este modo, Nietzsche, por una necia casualidad, se habría enterado de cosas que hubieron de indignarlo y que ella se había preocupado por ocultar igual antes que después.

Contra ello hay que objetar, en primer lugar, que Malwida jamás pudo creer que Elisabeth se encontrara en Sils, puesto que los dos hermanos se habían separado ya en Roma. La sucesión real de los acontecimientos, además, se aclara plenamente con las cartas de Nietzsche a Ida Overbeck del 27 de julio y de comienzos de agosto de 1883[124]: «Mi hermana me trató el año pasado con excesivos miramientos; ¡no resulta *fantástico* que sólo *haga tres semanas* que me son conocidos los hechos más agravantes de esta historia fatídica! —En Tautenburg me los ocultó ella, y en Roma fui *yo* quien exigí que no se hablara nada de todo este asunto ¡*Sólo una carta de mi hermana a la Sra. Rée,... cuya copia me envió*, me abrió a la luz, y a qué luz! El Dr. Rée aparece desde el principio en primer plano; tener que *cambiar de parecer*, y hasta tal punto, sobre una persona con la que uno se ha sentido unido largos años en confianza y cariño —es algo total y absolutamente horrible, y me gustaría birlibirloquear en medio de este desierto una gota de consuelo y refrigerio, aunque nada más fuera.— Quizá el otoño traiga todavía un pequeño disparo de pistola.» Y: «Por lo que respecta a mi hermana, ni este año ni el anterior he dejado de poner bien a las claras lo que *yo* deseo ...entonces recibí, totalmente de improviso, su carta a la Sra. Rée, junto con algunos detalles sobre la historia completa, que me *indignaron* de tal modo que escribí una carta fulminante al propietario Rée, el hermano de mi antiguo amigo. *El* me amenazó a continuación con un proceso por injurias; a lo que he respondido *amenazando con algo distinto*. Ahora vamos a ver cómo se siguen las cosas. —Mi hermana me ha escrito últimamente que el año pasado me ocultó esas cosas por miramiento; y de hecho quizá fuese *realmente* necesario administrarme gota a gota y progresivamente esta decepción que se remonta a hace años —quizá, *si no*, no viviría ya.» Asimismo importuna por carta a la madre de Lou, que ya padecía bastante por el modo de vida extravagante de su hija, y observa[12]: «Mi hermana y yo —ambos tenemos todos los motivos para tachar en negro, en el calendario de nuestra vida, el encuentro con su Srta. hija.»

Si Nietzsche se había quejado a Ida Overbeck por la incomprensión de su familia, al mismo tiempo (comienzos de agosto de 1883) escribe a la hermana: «Estuve estos días algo disgustado con la Sra. Overbeck porque, seguro que con la 'mejor' intención, pero torpe a *impertinentemente hasta el exceso*, me escribió una pequeña carta moralizante ... con la instrucción de que 'sólo por los fallos y las debilidades llega uno a sus más altas virtudes'... Me he tomado, ad notam, el asunto —*pero* he contestado *muy cortésmente*.» También suenan extrañamente estas palabras de la carta del

29 de agosto a su hermana: «En lo que respecta a la orientación entera de mi naturaleza: no tengo compañero alguno, tampoco Köselitz. Nadie tiene idea de *cuándo* necesito un consuelo, unas palabras de ánimo, un apretón de manos.» Y precisamente en esta carta, por otra parte, intenta de nuevo suavizar los muchos juicios duros sobre Rée y Lou y llegar a un arreglo con la hermana: «¡Qué importa ese Rée y esa Lou! ¡Cómo puedo ser enemigo suyo! Y aunque me hayan causado perjuicios he sacado bastante *provecho* de ellos, y precisamente por el hecho de ser tipos de personas tan absolutamente diferentes de mí: ahí reside para mí una compensación abundante, e incluso una invitación a estarles agradecido a ambos. Los dos parecen ser dos personas originales y no copias: por eso los soporté, a pesar de lo mucho que iban en contra de mi gusto.»

La sombra del Dr. Bernhard Förster

La distensión buscada en la relación con su hermana tenía además otro motivo. En una carta a Elisabeth de principios de agosto de 1883 Nietzsche se refiere por primera vez al doctor Bernhard Förster, que habría de convertirse en su cuñado. Elisabeth seguramente lo conocía ya desde 1882; él estaba en Bayreuth, y el odio de Elisabeth a Lou hubo de acrecentarse aún más por el hecho de que ésta trataba con toda libertad con el doctor Förster.

Förster era un conocido, por no decir tristemente conocido, antisemita, uno de los mayores impulsores de ese movimiento político desde 1880. Ese partido había sido duramente marcado en los últimos tiempos por penosos sucesos. Förster mismo había estado mezclado en una pelea y hubo de abandonar su puesto como profesor de Instituto en Berlín; y la nobleza húngara, conectada con el movimiento antisemita alemán, tenía que superar un proceso de muerte ritual. Había disputas en el partido, desavenencias personales y de tipo más profundo también, de modo que a Förster le pareció oportuno desaparecer durante algún tiempo. En febrero de 1883 se fue a Sudamérica, al Río de la Plata, para investigar qué posibilidades había allí para una colonia alemana. Nietzsche creía ahora que Förster se había separado del partido antisemita y que, sin prejuicios ideológicos, se dedicaba a una obra meramente colonial. Así, escribe a la hermana: «Felicito sinceramente al Dr. Förster por haber abandonado a tiempo Europa y la cuestión judía. ¡Puesto que pobre partido el que como éste se ve obligado, tras una existencia tan corta, a apuntar en *su* cuenta un proceso como el de Tisza! Sí, cuando la nobleza más degenerada del mundo, la húngara, pertenece a un partido, entonces todo está perdido.» Nietzsche cree, evidentemente, que al menos esa sombra se ha disipado definitivamente y que, con ello, a su hermana no le amenaza el paso de ruptura que significaría el caer dentro de ese movimiento que él odiaba.

Alegrías y pasiones

Los únicos rayos auténticos de luz en ese verano pasado en la Engadina se los llevaron una carta de su viejo amigo del colegio Gustav Krug, una corta visita de un día, a mitad de agosto, de su «médico de cabecera» el doctor Breiting, de Génova, y, finalmente, un encuentro con Overbeck en Schuls (Baja Engadina), desde el 22 al 25 de agosto. Los Overbeck pasaban el verano en Steinach, en el Brenner, de modo que ambos amigos se encontraron aproximadamente a medio camino. Pero la alegría de ánimo no duró mucho. De regreso en Sils, escribe Nietzsche al amigo: «La separación de ti me volvió a arrojar en la más profunda melancolía, y durante todo el viaje de vuelta no pude librarme de sentimientos negros y perversos; entre ellos, un odio auténtico por mi hermana, que durante todo un año, por no hablar a destiempo, y por hablar a destiempo también, me ha hurtado el éxito de mi mejor auto-superación: de modo que, a fin de cuentas, yo soy la víctima de un sentimiento despiadado de venganza, mientras que precisamente mi modo de pensar más íntimo me ha prohibido todo tipo de venganza y de castigo: —*este* conflicto que hay en mí me acerca paso a paso a la *locura*, es algo que siento del modo más terrible— y no sabría hasta qué punto un viaje a Naumburg aminoraría este peligro. *Al contrario:* podría llegarse a momentos atroces —... Tampoco resulta ahora aconsejable escribir cartas a mi hermana —excepto aquellas de forma más inocua (últimamente le he enviado una carta llena de versitos graciosos). Mi reconciliación con ella quizá haya sido el paso más funesto de toda esta historia —*ahora* comprendo que *por ello* se haya creído en algún derecho a vengarse de la Srta. Salomé.» ¡Y sin embargo abandona Sils sólo pocos días después, el 5 de septiembre, para irse a Naumburg, donde permanecerá cuatro semanas!

Los espíritus comienzan a separarse

Entretanto también había sido tomada otra decisión. Varias veces Nietzsche había pedido a sus amigos que le encontraran algo que lo «rescatara», una actividad que, por su «obligatoriedad», lo sacara fuera de las cavilaciones, de las pasiones tornadizas y autodestructivas que se habían seguido del conflicto Lou-Rée, de las tensiones familiares y del peso de sus pensamientos filosóficos, y lo asimilara a un programa científico menos cargado emocionalmente. Se hicieron tanteos con el catedrático de Filosofía Heinze de Leipzig, amigo, para que Nietzsche pudiera impartir allí un curso el próximo semestre de invierno. El 16 de agosto hace partícipe del plan a Köselitz: «Cuando no estoy enfermo o medio loco, lo cual sucede también, me entretengo pensando en una disertación que quiero mantener este otoño en la universidad de Leipzig:

el tema es 'Los griegos como conocedores de los hombres'. Ya he dado el primer paso para impartir lecciones en esa universidad —primero, durante cuatro semestres, una descripción de la 'cultura griega' —para la que me he hecho aquí un proyecto.» Pero en Leipzig no quiere oírse nada de ello; el autor del «Zaratustra», el «Anticristo», ya no resulta soportable para la Universidad de Leipzig. Cuando regresó de Schuls a Sils, Nietzsche encontró una carta sobre la que informa a Köselitz ya el mismo día (el 26 de agosto): «La idea del curso en Leipzig fue una idea desesperada, —quise distraerme por medio del trabajo diario más duro, y no verme devuelto a mis tareas definitivas. Pero la idea ya ha sido abandonada: y Heinze, el rector actual de la universidad, me ha aclarado las cosas al respecto advirtiéndome que mi solicitud *fracasaría* (igual que en todas las universidades alemanas); la Facultad no se atrevería a proponerme al Ministerio —a causa de mi postura frente al *cristianismo* y a la *idea de Dios*. ¡Bravo! Este modo de ver las cosas me devolvió mi ánimo.» Nietzsche recibe también la primera recensión del Zaratustra. A Overbeck (y de modo parecido también a Köselitz) le informa triunfante: «Lo que me causa placer es ver que ya este primer lector ha sentido de lo que aquí se trata: del 'Anticristo', anunciado desde antiguo. Desde Voltaire no había sucedido un *atentado* así contra el cristianismo —y, para decir la verdad, tampoco Voltaire tenía idea de que se le pudiera atacar así.»

A Naumburg, a pesar de todo

Así pues, el 5 de septiembre Nietzsche abandona Sils. No pudo llegar antes del 7 de septiembre a Naumburg. Aquí pasará exactamente cuatro semanas, hasta el 5 de octubre. Excepto una carta del 18 de septiembre al editor Schemeitzner, no se han conservado testimonios epistolares. Nietzsche vive hasta tal punto bajo la influencia de su hermana que no da señales de vida ni siquiera a su fiel Köselitz. La propia Elisabeth, incluso, confiesa en su biografía[86] que este encuentro no discurrió especialmente armónico. Se llegó a tensiones y a fuertes discusiones con motivo de los planes coloniales y del antisemitismo de Bernhard Förster. En ellas, la madre apoyó, incluso animó, a Nietzsche. Pero sus reparos no estaban propiamente en el mismo nivel. Mientras que la madre temía fundamentalmente (con razón, como mostraría el futuro) que Elisabeth siguiera al doctor Förster a su colonia ultramarina y la dejara sola en Naumburg, Nietzsche incidía más en contra del programa antisemita de la colonia. No puede pasarse por alto que Nietzsche había vivido muchas épocas felices y alegres, junto con su hermana, y que ambos se querían en el fondo. Cierto que el abismo intelectual fue haciéndose cada vez mayor con el tiempo, pero esto Nietzsche no se lo tomó a mal a su hermana, igual que no lo hizo con sus amigos —únicamente sacó con toda tranquilidad sus conse-

cuencias. Incluso se había sentido orgulloso de ella —hacía tiempo, cuando ella administraba la casa de Wagner en Bayreuth, durante una *tournée* de conciertos del maestro. Él sufrió más que ella por el enturbiamiento de la relación fraternal debido al episodio-Lou. Por eso le resultaba horrible la idea de perderla definitivamente, de ver cómo se llegaba a la ruptura definitiva por un motivo tan débil. Pero con su unión al antisemita Förster esa ruptura se hizo inevitable.

Sin embargo, no puede uno imaginarse a Nietzsche enzarzado únicamente en esas discusiones e inactivo filosóficamente. Con seguridad siguió dando vueltas en su cabeza a los proyectos que ya desde Sils (el 3 de septiembre) había anunciado a Köselitz: «Por lo demás, tengo que notificarle, no sin pesadumbre, que ahora, con la tercera parte, el pobre Zaratustra ha entrado en un camino oscuro —tanto que Schopenhauer y Leopardi sólo parecerán principiantes y bisoños frente a *su* 'pesimismo'... Quizá redacte mientras tanto algo teórico; mis notas para ello tienen ahora el título 'la inocencia del devenir'. Un indicador de la salvación de la moral.»

Ahora es cuando aparece por primera vez la expresión de que hay que establecer de nuevo todos los valores, así como la diferenciación fundamental entre «fuerte-débil», en vez de entre «bueno-malo». «Distingo sobre todo entre personas *fuertes* y *débiles* —aquellas que son llamadas a dominar, y aquéllas que lo son a servir y obedecer, a la 'entrega'.» (A la hermana, noviembre de 1883.) Un punto de vista antiguo en el fondo, aristotélico lo más cercano. Él determina en general el círculo temático, así como la dirección de los futuros trabajos filosóficos. Para ello se han tomado algunas decisiones a nivel de relaciones humanas: «Lo que hasta ahora me ha hecho bien ha sido la visión de personas con una *gran voluntad* — ... que son sinceras para no creer en nada mejor que en sí *mismos* y en su voluntad, para imprimir eso mismo en las personas para todo, todo tiempo. ¡Perdón! Lo que me atraía de Richard Wagner era *esto;* en él vivía Schopenhauer sólo en un sentimiento así. Y de nuevo perdón, si añado que el año pasado yo *creí* haber encontrado un ser de esa naturaleza, a saber, la señorita Salomé; la *borré* de mi vida cuando me di cuenta, por fin, de que ella no quería otra cosa que hacerse, a su modo, una vida *cómoda*, y que la magnífica energía de su voluntad sólo iba dirigida a un *objetivo tan modesto* —en una palabra, que ella pertenece a la especie Rée. (Quiero añadir todavía, en honor a la justicia, que ella, *al igual que Rée*, posee una cualidad muy atractiva para mí, a saber, ser en relación consigo, con los motivos de su obrar, etc., de una total desvergüenza. ¿Sabes? En cada época apenas vivirán 5 personas que tengan esa cualidad y posean suficiente espíritu a la vez para poderse expresar. (A ellas pertenecía Napoleón.)[124]» Mucho ya es «pasado», la crisis del año anterior se acrisola ahora en una vuelta hacia el futuro. Para tomar en sus manos ese futuro Nietzsche vuelve al sur, pero se busca, también allí, muy pronto, un nuevo suelo.

Repliegue a la Riviera

Según el corto informe de viaje que el 8 de octubre de 1883 escribe a casa desde Basilea, se puede calcular que abandonó Naumburg el 5 de octubre y viajó hasta Frankfurt, donde resultó que los Overbeck (seguramente de vuelta de una visita a sus parientes de Dresden) «habían estado en el mismo tren». Pero ya una hora después de la agradable y excitante sorpresa le sobrevino a Nietzsche su dolencia. Intenta seguir viaje solo el 6 de octubre, pero tiene que interrumpirlo antes de su destino, en Friburgo de Brisgovia. «Allí me metí en la cama: una noche de vómitos.» Así, sólo el 7 de octubre puede superar los pocos kilómetros restantes hasta Basilea. «Allí, en casa de los Overbeck, permanecí en el lecho el segundo día con los mayores dolores de cabeza.» El 8 de octubre se recupera y por la noche del 9 sale de Basilea en dirección a Génova. Allí encuentra su vivienda alquilada por lo menos hasta el 15 de octubre. Alguien le hace saber que Malwida von Meysenbug se encuentra muy cerca, en Spezia. Se va inmediatamente allí y la busca durante algunos días —en vano. También en este caso, sin que ellos lo supieran, se dio una última, provisional, despedida. Después de la partida de Nietzsche de Roma, en el pasado junio, ya no volverían a verse nunca personalmente. Sólo quedó el contacto epistolar todavía con la antigua cordialidad, hasta que Nietzsche, groseramente, rompió también éste a finales de 1888 con un ataque que, dicho sea de paso, rebotó sin efecto alguno en la bondad de corazón de Malwida: poseía una personalidad demasiado ponderada como para que la desmoralizaran tales escapadas de su viejo amigo.

El 13 de octubre Nietzsche se decide a volver de Spezia a Génova. «Entretanto estudié Spezia, sin encontrarla tal como yo necesito. Lo *único seguro* es que *he de vivir a orillas del mar:* no puedo describir *cuánto* alivio me procura ello para mi cerebro y mis ojos... el norte y todo lo nórdico me ha sentado horriblemente.» (A la hermana, el 13 de octubre de 1883.) Después, desde Génova, anuncia a Overbeck y Köselitz, así como a casa, su antigua dirección (Salita della Battistine 8). A pesar de que ha de seguir diciendo, con respecto a su estado físico: «por el momento va mal: quebranto profundo, ataque tras ataque»[124], estudia una obra de Gustav Teichmüller que Overbeck le ha enviado. Posiblemente se trate de «Investigaciones sobre metafísica», aparecida en 1882*. Nietzsche ve afinidades con su Zaratustra y se sorprende de lo mucho que éste πλατωνιζει («platoniza»).

Su estado de salud, permanentemente delicado, obliga a Nietzsche a

* Teichmüller había sido colega de Nietzsche en Basilea durante corto tiempo. Estaba en posesión de la segunda cátedra de Filosofía. A su partida de Basilea, en 1870, Nietzsche había solicitado la sucesión y, con ello, el cambio de filología a filosofía. (Cfr. tomo I, págs. 398 ss.).

volver a la consulta del doctor Breiting, después de haberse «medicado» a sí mismo durante largo tiempo, alegrándose infantilmente, porque el médico, «para mi triunfo», le vuelve a recetar «el fosfato potásico, usado médicamente primero por *mí*». «Él, mientras tanto, se ha convencido de su efectividad. De modo que yo soy el inventor de mi propia medicación... (me han contado que, sin que yo lo supiera, he usado el *método* que florece ahora en América).» (El 27 de octubre, a Overbeck.) Así pues, dejó el hidrato de cloral, que había usado el invierno anterior, y con ello se libró del único peligro de ese medicamento: la adición. A pesar de ello, su salud no mejora, lo que le hace dudar del clima de Génova. Y cuando se entera de que Niza tiene muchos más días calurosos, sin nubes (él habla, fantaseando, de 220 al año), el 23 de noviembre, abandona definitivamente Génova. También esto es «pasado».

Se trata de una medida dietética en el sentido más amplio. Dietética, según el significado antiguo de la palabra. Se queda aproximadamente una semana en Villafranca, como transición. Después, el 2 de diciembre, se instala en Niza, Rue Ségurance 38 (II), eludiendo al menos las sombras que las nubes del cielo genovés arrojaban sobre su alma y que —como él creía— le habían proporcionado más de un día de enfermedad.

Capítulo 5
«MI HIJO ZARATUSTRA»

«Así habló Zaratustra» fue designada en el capítulo precedente tanto como «poema» como «poema didáctico». Pero con ello sólo se recogió un aspecto parcial y muy limitado, y, en cualquier caso, no el significado filosófico de la obra. ¿Dónde y cómo hay que situarla formalmente? ¿De qué seno materno salió este «hijo» Zaratustra, de quien Nietzsche se considera padre? Todo ello resultaba un enigma para el propio Nietzsche, y con su pregunta retórica y contestación correspondiente en la carta a Köselitz del 2 de abril de 1883: «¿Bajo qué epígrafe ha de colocarse realmente este Zaratustra? Casi creo que bajo el de 'Sinfonías'», comenzó aquella búsqueda de forma y contenido del poema que ha llevado a resultados de tipo muy diferente. Köselitz responde a esa pregunta ya el 6 de abril de 1883 (inmediatamente después de haber recibido el primer pliego de imprenta para la corrección): «¿Bajo qué epígrafe corresponde su nuevo libro? — Creo que casi bajo el de los 'Escritos sagrados'.»

¿Es el Zaratustra una «Sinfonía»?

Un año más tarde, el 1 de febrero de 1884, tras haber terminado la parte III, Nietzsche escribe a Köselitz: «Me gustaría celebrar con usted una *fiesta a dos*, y tengo una buena razón para ello, puesto que estoy ya en puerto. Mi 'Zaratustra' hace ya catorce días que está terminado, *totalmente* terminado.» Lo mismo comunica el 6 de febrero de 1884 también a Overbeck y añade: «... si por el final echas de ver qué es lo que realmente quiere decirse con la sinfonía entera (muy artísticamente y paso a paso, tal como se construye una torre, por ejemplo) —entonces no... podrás evitar un horror y escalofrío atroces.»

Así pues, Nietzsche considera que la obra está «totalmente terminada», con un «final», tras la parte III. A pesar de ello, un año más tarde, en febrero de 1885, añade una parte IV, a la que el 31 de julio de 1885 vuelve a calificar en carta a Paul Heinrich Widemann como «final», y más exactamente como «'final' osado, no publicable y para mantener oculto, de mi sinfonía»[7]. Hace planes todavía para una V y VI partes, que no llegan a realizarse, puesto que concibe otras nuevas ideas y proyectos que ya no caben dentro del recipiente «muy artístico» del poema de Zaratustra.

Así pues, el Zaratustra no fue concebido desde el principio en la forma en que ahora lo tenemos, sino que fue creciendo trozo a trozo, «artísticamente, tal como se construye una torre». Con ello Nietzsche ofrece un indicio de cómo hay que acercarse a la cuestión de la *forma* y de la elaboración de la obra. Las que aquí se usan son categorías formales, artísticas; a los géneros artísticos que le proporcionaron los paradigmas Nietzsche los llama «construcción de una torre» y «sinfonía»=arquitectura y música, lo que en cierto sentido sorprende, puesto que en ninguna otra parte ni momento puede encontrarse afinidad alguna de Nietzsche con la arquitectura. De ahí que la metáfora de la construcción de una torre no sea de gran alcance. Después de todo, también en este arte conocemos casos importantes en los que la forma definitiva de una obra no fue concebida en principio tal como se nos presenta ahora. Hay catedrales famosas que sobre fundamentos románicos presentan una fábrica gótica, y otras cuya arquería del crucero hubo de ser ampliada o acortada para efectuar el acoplamiento de la nave transversal y la mayor; en otras difiere la disposición de las torres; y sin embargo, tales construcciones, en su totalidad, como aportación artística, impresionan más poderosamente que la más perfecta de las precisas construcciones neogóticas, que parecen haber salido todas de un molde y en cuya construcción «concuerda» todo.

Las obras de arte llevan en sí mismas leyes, ocultan potencias formales propias, peculiares, que superan la imperfección del detalle. Volvamos a la referencia de Nietzsche a la construcción de una torre: la torre se puede seguir construyendo siempre, se puede seguir levantando más allá de los planos originales mientras los cimientos sean capaces de resistir y no se los sobrecargue. Que esto no sucede, puede calcularse por datos de experiencia —o adivinarse sentimentalmente en una intuición artística; de ambas cosas hay ejemplos.

La antigüedad poseía leyes de proporción que no habían sido deducidas de una investigación del material, sino del sentimiento de las proporciones cósmicas o de su representación transferida a las relaciones entre longitud de las cuerdas y altura tonal. Al filólogo Nietzsche esas teorías le resultaban familiares, incluso obligadas, al menos por parte de Platón.

¿Guarda la construcción de *todo* el Zaratustra esas proporciones? ¿Soporta su base la torre edificada? A pesar de toda la crítica y animadversión que han rodeado a la obra, todavía no se ha hecho objeción alguna en ese

sentido. Sin embargo, con una quinta, y más con una sexta, parte posiblemente se hubiera forzado los fundamentos. Fue el artista Nietzsche el que, tras la elevación más allá de la tercera parte, pensada como 'final', por medio de un monstruoso Zaratustra IV, cuya publicación lo asustaba, no quiso poner en peligro la construcción por falta de proporciones. Él sentía la íntima legaliformidad de la obra para la que usa la expresión de «sinfonía». ¿Es tal cosa?

¿Qué relación existe entre el concepto de sinfonía de Nietzsche y el modelo formal clásico o coetáneo? ¿Qué aporta un análisis formal musical de su Zaratustra?

De nuevo hay que acudir a las bases antiguas. Los antiguos teóricos de todas las escuelas y orientaciones filosóficas, hasta la época helenística misma, consideraron como modelo sensible de la armonía cósmica el tetracordio, la escala de cuatro tonos. Sus tonos encuadrantes oscilan siempre en la proporción 3:4, ellos son la «armonía», mientras que los tonos intermedios poseen intervalos libres. Los tonos exteriores de la estructura cuatritonal son los goznes en los que se apoya la escala. Del mismo modo, en la sinfonía de corte clásico, es decir, en el último Haydn y Mozart y en el primer Beethoven, las partes encuadrantes son los goznes en los que se apoya toda la sinfonía, las torres que dominan la construcción entera. Con ellas se determina el tipo de tono principal; por su extensión son las más significativas, y las más estrictamente ligadas formalmente. Los dos movimientos intermedios son más cortos la mayoría de las veces, intercambiables en su posición y más libres formalmente, es decir, pueden presentar tipos formales más variados que los limítrofes. Esta normatividad comienza a deshacerse con la 5.ª y 6.ª sinfonías de Beethoven (en do menor y la «Pastoral»), y ese proceso de disolución continuará hasta las formas de Mahler, trasluciéndose siempre, sin embargo, más o menos claramente el esquema formal clásico. Robert Schumann, una experiencia musical de juventud de Nietzsche, deja (como ya lo había hecho Beethoven en su sinfonía en do menor y en la Pastoral) que las partes se sucedan en fluida transición; y Hector Berlioz, a quien Nietzsche también admiraba, no mantiene ya las cuatro partes. En Haydn y Mozart, sin embargo, ya se encuentra la ampliación hacia adelante: el preceder el movimiento inaugural con una introducción. Quien más se aleja del esquema formal clásico es Franz Liszt en sus «Poemas sinfónicos», mientras que los otros contemporáneos de Nietzsche —Johannes Brahms y Anton Bruckner— se mantienen en los cuatro movimientos, por más que en la construcción interna se permitan toda clase de libertades.

Visto desde fuera, pues, el Zaratustra corresponde exactamente a la estructura clásica: cuatro partes con una introducción. Pero Nietzsche ya *antes* de la añadidura de la parte IV habla de una sinfonía, y además tampoco construye partes límites en un «tono principal» con partes intermedias más cortas y contrastadas. Si se compara la extensión de ellas,

citando las páginas de la primera edición, sucede lo siguiente: Introducción 26 páginas, Parte I 86, Parte II 102 (+16), Parte III 118 (+16), Parte IV 134 (+16); Nietzsche, por tanto, sigue la «Ley de los miembros crecientes», tal como en 1909 la formulara Otto Behaghel* para la poesía desde Homero y para la prosa desde Herodoto[46, 47]. El fenómeno ya había sido constatado en la antigüedad. Behaghel puede remitirse[46] al Pseudo-Demetrio de Phaleron**. La misma observación hace Cicerón (De orat. III, 186) y, siguiéndole, Quintiliano (9, 4, 23; 7, 1, 10); todo ello proviene realmente de la escuela peripatética. Con seguridad Nietzsche conoció estos textos. En el semestre de invierno de 1870-71 había anunciado un seminario sobre Quintiliano, y en el semestre de verano de 1871 dio un curso de tres horas semanales sobre él. También Nietzsche ahora —más bien intuitivamente, como todos sus predecesores— sigue esa norma en el Zaratustra con desconcertante precisión: 16 páginas cada vez, es decir, un pliego. Ese mismo crecimiento externo deja notarse también en los diferentes apartados de las partes. En la parte I los «discursos» ocupan, por término medio, 3-4 páginas, en la parte II 4-5, en la parte III 5-7 (en la que el apartado «Sobre viejas y nuevas tablas», con sus 27 páginas y dividido en 30 parágrafos, ocupa un lugar especial). La parte IV, finalmente, muestra las mayores variaciones formales, que sin embargo, se mueven fundamentalmente entre las 6-9 páginas. Sabemos que Nietzsche hizo proyectos de libros[201] que sólo ofrecen el número de páginas y de pliegos. Se trata aquí de una base teórico-musical, de una arquitectura musical. Ya se ha mencionado (cfr. tomo 1, p. 91) cómo el joven Nietzsche estudió teoría musical, y también teoría de formas, por el tratado de Albrechtsberger. Desde 1883, además, estaban apareciendo las orientadoras investigaciones de Hugo Riemann, sobre las cuales Nietzsche es puesto sobre aviso por Carl Fuchs, en Danzig, y que aprecia mucho. Esa misma «planificación» se muestra ya en el joven compositor Nietzsche. Un manuscrito del oratorio de Navidad contiene una serie de números que es un borrador en cifras de compases de la fantasía para piano «Dolor es el tono fundamental de la naturaleza» (1861)[125].

Nietzsche compuso un «Poema sinfónico», la «Ermanarichsinfonie», y otras piezas sinfónicas como la «Meditación de Manfredo» y el «Himno a la amistad». Puede, por tanto, tomarse estas composiciones como datos para su concepto de la sinfonía. Inmediatamente aparece claro que no es el de la sinfonía clásica; y Nietzsche, además, no sólo lo usa en el cuatripartito Zaratustra. Por ello podemos considerar la parte IV como «excedente», como añadida —quizá también pueda hacerse esto en relación al contenido—. Y, sin embargo, el cuatripartito Zaratustra forma, a pesar de ello,

---

* 1854-1936; 1883-1888, catedrático de Germanística en Basilea.

** περὶ ἑρμηνείας §18; 'εν δὲ ταῖς συνδέτοις περιόδοις τὸ τελευταῖον κῶλον μακρότερον χρὴ εἶναι.

un todo, una «sinfonía». En la música existen también paralelos de ello. La nueva musicología demuestra[221] que la misa en sí menor, de Johan Sebastian Bach lleva falsamente ese nombre, puesto que está centrada fundamentalmente en La mayor, y que las partes «Missa» (Kyrie y Gloria), «Symbolum Nicenum» (Credo), «Sanctus» y «Agnus Dei» son composiciones independientes que sólo con posterioridad fueron ordenadas contiguamente por Bach; muestran, sin embargo, tan grandes diferencias en su construcción (instrumentación y coros) que difícilmente pudieron surgir de un único proyecto, aunque externamente estén unidas por el texto. Y, a pesar de ello, esa misa, como un todo, es una de las obras más magníficas y completas de nuestra música, impresionante por su unidad, dado que surgió del mismo espíritu y que la traspasa una misma normatividad interna. Lo mismo puede decirse de todas las partes de Zaratustra. Nietzsche mantuvo durante los dos años la misma tensión creadora, o la evocó cuatro veces en esos dos años ascendiendo hasta la misma intensidad en las cuatro ocasiones. La unidad impuesta por el contenido filosófico aparece más fuerte que las tensiones formales de la estructura de la obra*.

El concepto de sinfonía de Nietzsche, tal como se manifiesta primero en «Ermanarich», se refiere a una gran obra de un solo movimiento, compuesta de muchas partes pequeñas, según el modelo de los poemas sinfónicos de Liszt. Por eso Nietzsche puede hablar a Köselitz de una «sinfonía» ya tras la primera parte del Zaratustra. En la base de la «Ermanarichsinfonie», compuesta en 1861-62, hay un programa, un detallado plan del proceso de desarrollo[4:125]. La composición, con ello, viene determinada en su forma desde fuera, unificada por una idea; interna, musicalmente, el elemento de base forma una especie de leitmotividad, para la que no tiene por qué suponerse ncesariamente a Wagner como fuente o ejemplo, a pesar de que esa técnica de la íntima unificación por medio de material temático asociativo fuera llevada por él hasta su máximo desarrollo; pero también puede apreciarse ya en Bach. El Zaratustra muestra asimismo una íntima consistencia al estilo de la que hablamos.

Pero este «poema sinfónico» no continuó representando para Nietzsche su concepto de sinfonía. El «Eco de una noche de San Silvestre», compuesto diez años después de «Ermanarich», une los dos con los tres tiempos: a un tiempo elegíaco, entramado con mucha (¡demasiada!) holgura, sigue un alegre «Baile de campesinos» de nueva temática. Un tercer tiempo une los dos primeros contrapuntísticamente. Así, pues, tenemos

---

* Sólo a modo de indicación sea recordada aquí la «cuestión homérica»; a saber, la cuestión de los diferentes estratos en los poemas homéricos, que, sin embargo, se sueldan en la unidad de la obra. Y en la literatura clásica alemana, el «Fausto», de Goethe, podría servir como ejemplo de una obra no planeada en esas dimensiones desde el comienzo, que también creció «como una torre».

aproximadamente la forma en arco ABA (+B). La «Meditación de Manfredo», compuesta un año más tarde, muestra claramente la forma en arco tripartita ABA. Por cierto que el movimiento intermedio no es otra cosa que la parte A del «Eco», acortada, reduciéndola sobre todo al segundo grupo de motivos. Y la última composición de Nietzsche, el «Himno a la amistad», es de nuevo tripartita, pero esta vez en la forma pura AAB (del *minnesang* alemán), en la que la verdadera estrofa del himno se introduce en cada una de las partes como un elemento, de rondó. La primera parte, calificada de «Preludio», tiene 63 compases, y un movimiento de 12/8; la estrofa del himno, que la sigue, tiene 26 compases en 4/4. La segunda parte (primer interludio) lleva el mismo movimiento 12/8 que la primera, es musicalmente semejante a ella, pero ampliada a 97 compases. La estrofa del himno que la sigue tiene de nuevo 26 compases. El «segundo interludio» tiene también 97 compases; pero, a cambio, la estrofa del himno que le sigue está ampliada a 30 compases. Así pues, de nuevo aquí puede apreciarse la ley de los miembros crecientes. Pero lo esencial es que este «segundo interludio», como final de la estrofa, posee una estructura musical diferente: refleja la estrofa del himno y hace variaciones sobre ella en compás de 4/4, a tiempo de marcha. Y sin embargo no se trata de un movimiento de variaciones según el modelo clásico; más bien se parece a un *passacaglia*, tal como lo usa Brahms en 1885 para el final de su cuarta sinfonía.

La evolución del concepto de sinfonía en Nietzsche puede, pues, describirse del siguiente modo: desde el «Poema sinfónico» de juventud, de un solo movimiento, unificado por un *leitmotiv*, pero determinado en su desarrollo por un «programa», hasta la composición en tres tiempos, primero en forma de arco, finalmente en forma pura, tal como la conocía por «Los maestros cantores», de Wagner. Aquí, en el tercer acto, aparece ejemplarmente la cantata de Walther en la forma pura, después de que la base teórica ha sido preparada en el primer acto por la lectura de esta tabulatura[259]:

> «Una estrofa se compone de dos partes (Stollen)
> que han de tener la misma melodía;
> cada parte se compone de varios versos,
> el verso lleva su rima al final.
> Después viene la parte final de la estrofa (Abgesang),
> compuesta también de varios versos,
> que tiene su propia melodía
> distinta de la de las partes.»

¿Se pueden constatar, pues, en el Zaratustra elementos formales parecidos? ¿Cuáles, en tal caso? Lo más exacto sería considerar las dos primeras partes como «Stollen» y la tercera como «Abgesang», es decir, tipos

formales que no sólo aparecen en la música. Cada una de las dos primeras partes tiene 22 trozos, todos los cuales, con la fórmula «Así habló Zaratustra», tienen «su rima al final». La primera parte contiene sólo «discursos» con el título «De...»; y en la segunda parte, aunque siete de ellos se aparten de ese topos, no así el propio texto, con lo que siguen siendo «discursos»; además, todas esas excepciones siguen una forma: dos al comienzo de la parte (los números 1 y 2) y dos hacia el final (los números 19 y 22), y tres «canciones» directamente antes del medio. Los ocho primeros trozos se encaminan a esas «canciones», con las cuales forman la primera mitad de la parte. Los once trozos de la segunda mitad son formalmente *reprise* y *coda*, con exposición e intermedio (=desarrollo) a partes iguales; es decir, siguen también la ley de los miembros crecientes por respecto a la exposición. A estas dos primeras partes se sobrepone, como disposición interna, la forma en arco ABA. Pero hay algo más que une ambas partes: réplicas temáticas determinadas. Así, aparecen paralelos como los número 4: «De los detractores del cuerpo» (parte I) — «De los sacerdotes» (parte II); los número 6: «Del pálido delincuente» (parte I) — «De la chusma» (parte II); los número 17: «Del camino de los creadores» (parte I) — «De los poetas» (parte II). Estas correspondencias deben ser analizadas más bien filosóficamente, y no sólo formalmente.

La parte III tiene carácter de «Abgesang» por «su melodía propia» y estructura íntima. Es verdad que sólo tiene 16 trozos, pero uno de ellos («De viejas y nuevas tablas») posee una extensión por encima de toda medida usada hasta ese momento. «Parecido a las 'Stollen', pero no igual, rico en rima y tonos propios», así describe Hans Sachs el «Abgesang» en el tercer acto de «Los Maestros cantores». Semejanza y diferencia se muestran en los elementos externos y formales por el hecho de que tanto la segunda parte como la tercera no acaban en la fórmula fija (o a veces variada) del «Así habló Zaratustra»; por el hecho de que en la tercera parte, al igual que en la segunda, hay siete títulos que no siguen el topos «De...», mientras que en la segunda, hay 15 y en la tercera sólo nueve, que sí lo siguen; es decir, que la diferencia entre la construcción de una y otra no es insignificante, como muestran las relaciones 7:15 y 7:9 en las que están. En ambas partes, sin embargo, son los trozos extremos los que más se apoyan en elementos de acción o bien acaban en «canciones».

La cuarta parte es totalmente diferente. El título «De...» aparece sólo dos veces todavía en los 20 trozos. También la «fórmula de amén», «Así habló Zaratustra», remite: sólo aparece 11 veces, y, en contraposición a las partes anteriores, aquí lo hace al final del todo. Hay nueve trozos que no acaban con esa frase conjuradora, fundamentalmente porque no forman una unidad en el mismo sentido que los «discursos» anteriores (los cuales, también temáticamente, constituyen ensayos cerrados), sino que están «compuestos en totalidad», es decir, que se encabalgan unos en otros fluidamente por tramos de acciones. Así pues, la cuarta parte forma una

unidad en cierto modo en sí misma y está próxima por ello al «poema sinfónico».

Si a pesar de todos los reparos que puedan hacerse a todos estos usos transferidos de elementos genuinos de un arte a otro, pueden rastrearse marcos formales musicales como forma en arco (de canción), forma pura, rondó, variación, *passacaglia* y *leitmotiv*, también puede uno referirse a marcos melódicos. Ya las «canciones» repartidas por la obra indican el deseo de Nietzsche de escribir en un lenguaje «cantarín». En ello hay un paralelismo con el lenguaje de los poemas épicos de Spitteler, como hemos de ver todavía. Se podría incluso hablar de una «tonalidad» del lenguaje de Nietzsche e introducir características como tono mayor y tono menor. Habrá que tomar también diferencialmente el tempo en que hay que leer cada una de las sentencias, aunque esto vale igualmente para muchos ámbitos de la literatura, sobre todo para los textos líricos o dramáticos. Onomatopeya con palabras, cuadros ambientales en la tonalidad, como los de la música impresionista —a todo esto y a muchas más cosas podríamos remitirnos—. Y de nuevo en este aspecto vuelve a mostrarse la ruptura entre las tres partes primeras y la cuarta. Mientras las partes primeras se quedan la mayoría de las veces en un tono suave, uniforme, en todo caso elevado a lo extático, la cuarta parte, «más audaz», cae fácilmente en lo estridente, en lo extravagante, anunciando ya con sus hirientes parodias el «Crepúsculo de los ídolos» y el «Caso Wagner». La «música» se vuelve disonante.

Incluso los «cuadros», las escenificaciones, hay que intentar concebirlos como marcos de ambiente musicales. Nunca son tan plásticos ni figurativos como para que se los pudiera dibujar. Hay, después de todo, pintores (Lenbach, por ejemplo) que se inspiraron en las visiones escénicas de Wagner, irrepresentables en el escenario. Sin embargo, no hay paisaje alguno para Zaratustra. Los paisajes y las escenificaciones de Nietzsche son más bien inventados que vistos.

Después de todo lo visto, ¿es lícito subsumir la obra bajo el concepto de «sinfonía» tal como Nietzsche lo hace sin más? Lo es hasta cierto punto, pero para ello hay que prescindir primero totalmente del concepto formal de «sinfonía» y entender por ello algo musical en general, tal como lo expresa Nietzsche más tarde en el «Ecce homo»[5]: «Si retrocedo un par de meses con respecto a aquel día (agosto de 1881) encuentro, como signo previo, un cambio repentino y decisivo, en lo más profundo, de mi gusto, sobre todo en música. Quizá pueda considerarse todo el Zaratustra como música; ciertamente una condición previa para ello fue un renacimiento en el arte de *oír*.» El concepto de sinfonía de Nietzsche no queda anclado en el ámbito musical (últimamente se habla incluso de «sinfonía de colores», por ejemplo) y está más próximo al concepto antiguo de «armonía» o de «cosmos», con lo que se menta un orden equilibrado de la creación, una obra que descansa en su propia legalidad, que, en definitiva, va más allá de

lo racionalmente comprensible, que expresa lo inconsciente. Esto parecía ser un dominio del arte en general, y de la sinfonía en particular después de Beethoven. Pero también la filosofía había experimentado ya una vez esa ampliación en el neoplatonismo. En él la filosofía es el camino. Conduce hasta el límite de sus posibilidades (racionales), quedando después lo último, la «visión», una comprensión intuitiva. Así, pues, se ofrecen dos posibilidades de acceso a lo «indecible»: desde el arte y desde la filosofía. Así las cosas, ¿es el Zaratustra «sinfonía» o filosofía? ¿O una síntesis de ambas?

¿Es el Zaratustra una «Sagrada Escritura»?

Köselitz coloca el libro en la serie de los «escritos sagrados» (cfr. supra p. 167), apartándolo con ello tanto del arte como de la filosofía. Para él las sentencias de Nietzsche son auténticos dogmas. Y con ello comienza la fatalidad para la comprensión de Nietzsche, fatalidad que continuó siendo alimentada por el Archivo de Nietzsche.

¿Al lado de qué sagradas escrituras habría que colocar al Zaratustra? Ciertamente no junto al Nuevo Testamento, a pesar de que la cuarta parte, sobre todo con sus desagradables parodias, tiene cierta relación, aunque negativa, con él. Formalmente no puede hacerse un paralelo entre las cuatro partes del Zaratustra y los cuatro evangelios; tampoco con respecto a la trama de la acción. Los cuatro evangelios, cada uno a su manera, toman todos, cuatro veces, la misma historia desde el principio hasta el final, mientras que las cuatro partes del Zaratustra se ordenan todas al hilo de una sola narración. El Zaratustra, por su contenido, no puede representar tampoco un «sustituto de la Biblia» o un «rival» suyo, ni fue concebido como tal; no es un libro de religión, sigue siendo filosofía. La religión afirma como «verdades» conocimientos intelectuales y exige fe en ellos. La filosofía pregunta, ella misma se cuestiona a sí misma con sus afirmaciones; no pide fe, sino convencimiento por la ratio. También el Zaratustra cuestiona, e incluso previene contra la fe, así, por ejemplo, al final de la parte I: «Vosotros me veneráis, pero ¿qué ocurrirá si un día vuestra veneración se derrumba? ¡Tened cuidado de que no os aplaste una estatua! —¿Decís que creéis en Zaratustra? ¡Pero qué importa Zaratustra! Sois mis creyentes: ¡pero qué importan todos los creyentes! —Todavía no os habíais buscado cuando ya me encontrasteis a mí. Eso es lo que hacen todos los creyentes; por eso vale tan poco cualquier fe.»

En las últimas palabras que escribe en la tarjeta postal del 17 de abril de 1883 Köselitz descubre cuáles pudieran ser los «escritos sagrados» a los que se refiere, en cualquier caso, comparativamente: «¡Alabado sea él, el bienaventurado, el santo, el iluminado total! —con estos apóstrofes tan budistas, sin ser budista, le saluda con la devoción de un discípulo— su

agradecido Köselitz.» Se manifiesta en esto el recuerdo de Köselitz de su semestre en Basilea durante el invierno de 1875-76. En aquella ocasión Nietzsche dictó sobre «arcaísmos de la cultura religiosa de los griegos». El material de base de sus «investigaciones» era la obra de Friedrich Creuzer «Simbólica y mitología de los pueblos antiguos»[69], cuya tercera edición (1836-43) poseía Nietzsche[183]. En ella se expone detalladamente a Zoroastro; habremos de referirnos todavía a ello. Parece que en esa obra produjeron mayor admiración a Nietzsche, y sobre todo a su alumno Köselitz, las partes sobre Buda en el «Apéndice I» (p. 493 ss.) y, más extensamente, en el Apéndice VI (p. 552 ss.) del primer tomo. Ese interés fue alimentado por una obra que le regaló Gersdorff, a quien Nietzsche da las gracias el 13 de diciembre de 1875: «Tus libros: ¡cuando se tienen amigos que sienten tanto con uno, hay que conservar el buen ánimo! De verdad, el hermoso instinto de tu amistad me maravilla... El que tú hayas caído justamente en estos aforismos indios cuando yo, en los dos últimos meses, con sed creciente, he vuelto mi vista hacia la India. Tomé prestado del..., Sr. Widemann la traducción inglesa de los Sutta Nipàta, algo de los libros sagrados de los budistas.» Gersdorff le había enviado[183] la obra de Otto Böthlingk «Aforismos indios. Sánscrito y alemán»[57], de tres tomos, aparecida en 1870-73; Nietzsche leyó además textos del Palikanon. Ya sólo por el hecho de que Köselitz haga su comparación inmediatamente después de la impresión que le causó la primera parte del Zaratustra, se derrumba el paralelo supuesto de la forma general del tripartito Palikanon y de las tres primeras partes del Zaratustra, de modo parecido a como sucedía con el esquema formal musical. Pero el que Köselitz, por el contrario, asimile el Zaratustra a los discursos de Buda, es algo que él mismo corrobora en su «Introducción» a la edición de 1910[1] donde escribe: «También Zaratustra, como los demás libros sagrados y como el más sagrado de todos los libros sagrados, atraerá en el correr de los siglos una avalancha de glosas, exégesis, 'refutaciones', escritos de alabanza y de censura»; y: «Habría de seguir un comentario verso a verso, y podría... fácilmente, como sucede con algunos comentarios indios, convertirse en toda una biblioteca.»

El punto de contacto externo y formal es, sobre todo, la construcción de la obra en «discursos». Aquí los discursos de Zaratustra y allí los de Gautama Buda. Pero también puede establecerse funcionalmente una comparación. Dicho sin mayor precisión: el budismo es una filosofía convertida en religión. No se trata de un dios ni de fuerza reveladora alguna que hable por boca de un profeta y lo use como médium, no se trata de que un fundador religioso se someta a alguien poderoso perteneciente al más allá: es Buda quien, por la meditación, por la fuerza de su espíritu, llega a la iluminación, al conocimiento, a un camino de salvación. Y esa posibilidad la ve Köselitz en el Zaratustra; cree que Nietzsche es aquel que, por esa obra, muestra un camino de salvación que saca de la enmarañada

situación del tiempo —del nihilismo—; cree que esa aportación filosófica de Nietzsche pudiera convertirse en religión o, cuando menos, en un sustituto de ella. Esa misma impresión ofrece Lou Salomé en 1882 en su nota[12]: «Veremos todavía que aparece como predicador de una nueva religión.»

Parece que nunca llamó la atención de Köselitz el hecho de que en el título de la obra aparezca el nombre del fundador religioso *persa*, que predica un dualismo —estableciendo dos fuerzas metafísicas contrarias—, lo que representa la mayor oposición posible a la posición filosófica de Nietzsche. El veía a Buda y a Zaratustra como personajes muy semejantes y le pareció un motivo suficiente para el paralelismo, el que tanto en uno como en otro se encontraran discursos, aunque incluso en esto se confundió también. Los títulos de los discursos son, en su mayoría, de la forma: «De...», cuyo modelo son los muchos títulos de tratados de la filosofía postsocrática de la forma: περὶ τοῦ. Y la fórmula «Así habló...» es la traducción del «τάδε» o del «ὧδε λέγει...» con el que comenzaban sus escritos los autores presocráticos. Nietzsche «arcaíza» con esta adopción; se trata de un mero recurso estilístico. ¡Las biografías de Diógenes Laercio están llenas de listas de tales escritos! Así, pues, otra vez hay que buscar el punto de referencia —si hay que buscar uno siquiera— más bien en la tradición filosófica griega, y esto no sólo para el título, sino también para la figura del «héroe del título». En este aspecto parece que el recuerdo más fuerte se dirige hacia el filósofo, predicador itinerante y médico, rodeado de leyendas, Empédocles, del que se han conservado grandes partes de un poema didáctico —conocido también de Nietzsche— en hexámetros. Aunque Empédocles no proporcionara el título para la obra de Nietzsche, esa figura presocrática, sin embargo, está presente en la obra de Nietzsche junto con su herencia: la inextricable mezcla de ciencia natural, filosofía natural jónica y misticismo pitagórico-eleático. Ya el primer comentarista de Zaratustra, Gustav Naumann, se refirió a esto en 1899[173]. El ve en el fragmento de Empédocles, de Nietzsche, la forma preexistente del Zaratustra. Y con ello la obra vuelve a colocarse en otro contexto formal diferente: el de la antigua tradición del poema didáctico. Sólo que Nietzsche no lo intenta en la forma estrictamente normativizada del verso, del «poema» en el pleno sentido de la palabra. Se contenta con escribir una prosa «elevada», arcaizante. Este arcaizar era del gusto de la época. Donde más claramente se manifiesta es en arquitectura: en las construcciones neoclásicas y, sobre todo, neogóticas. En literatura, a Nietzsche, le impresionó el recurso de Richard Wagner a la aliteración. Esa tendencia se prolonga hasta el «Jedermann» (1911), de Hugo von Hofmannsthal, con sus préstamos de formas de palabras que simulan medievalismo.

¿Tiene influencias el Zaratustra del «Prometeo» de Carl Spitteler?

Nunca podrá decidirse definitivamente, pero no parece muy probable que Nietzsche conociera ya entonces, es decir, durante la época de concepción del Zaratustra, el poema «Prometeo» de Carl Spitteler, aparecido a fines de 1880 bajo el pseudónimo de Félix Tandem[224], poema en el cual Spitteler intenta también una prosa elevada, rimándola en yámbicos de seis pies. Pero Spitteler mismo sí parece que creyó en ello[224]: «... que inmediatamente después de la aparición del libro, o sea en enero de 1881, junto a otros escritores, fueron antiguos discípulos de Nietzsche los que especialmente se entusiasmaron con el libro. 'Hay que enviárselo, sea como sea, a Nietzsche', se decía... Yo se lo prohibí terminantemente a cualquiera... ¿pero no se lo enviarían a pesar de todo? Yo no sé nada al respecto, tampoco ninguno de mis conocidos sabe algo. Pero si se me pregunta cuál es mi opinión con respecto a esa posibilidad... respondo: no sólo me parece posible, sino probable... resultaría una casualidad extraña que Nietzsche no hubiera conocido el libro ya entonces (1881 ó 1882). Hay que darse cuenta de que, a pesar del silencio de la prensa, el 'Prometeo' alcanzó una extraordinaria consideración en los círculos más elevados del mundo intelectual y literario de Suiza. La fama de que se trataba de un libro sorprendente y misterioso, de estilo bíblico, fue extendiéndose desde febrero de 1881 entre las personas más significativas de la Suiza alemana. Numerosos escritores célebres, así como los directores de orquesta más reconocidos en Berna, Basilea y Zürich, tuvieron el libro en sus manos. Keller lo tenía, Meyer lo tenía... Era conocido en las Universidades suizas... A Jacob Burckhardt, catedrático de Basilea, se lo envié yo mismo.

»¿Y Nietzsche, catedrático de Basilea, en contacto con todos los hombres famosos de Suiza, no iba a haber recibido ninguna noticia de ello? Ya me he referido a cómo entre los primerísimos lectores y admiradores del libro se encontraban algunos antiguos discípulos y fieles seguidores de Nietzsche; entre ellos, basileos que hacían a su querido maestro visitas de gratitud y de homenaje. ¿Qué es, pues, más probable? ¿Que esos discípulos de Nietzsche guardaran silencio al respecto, o que alguno de ellos... le hiciera reparar en ello? Además... que ningún librero de Basilea... enviara el nuevo libro a casa del Sr. Prof. Dr. Friedrich Nietzsche para presentárselo...? ...Me parece oír a Jacob Burckhardt, en conversación con Nietzsche, cómo incidentalmente le dice: '¿Por qué no echa una ojeada ocasionalmente a esto si tiene tiempo? Quizá consiga Usted entenderlo, a mí me resulta imposible.' Finalmente: En el otoño de 1881, inmediatamente después de la aparición de la segunda parte, el 'Bund' de Berna sacó una larga reseña del libro; Nietzsche leía con gusto el 'Bund'. En el periódico más leído de Basilea, el 'Basler Nachrichten', el Prof. Stephan Born, es decir, un colega de Nietzsche en la universidad de Basilea, se refirió a la

obra con palabras de loa. Por decirlo otra vez:... sería asombroso que el libro se le hubiera escapado entonces...»

Y: «Según mis noticias fue Weingartner el primero que, clara y decididamente, para gran sorpresa mía, manifestó públicamente su firme convicción de que en el 'Zaratustra' de Nietzsche podían reconocerse, sin duda alguna, huellas claras de un gran influjo del 'Prometheus', de Tandem.» El músico Felix Weingartner (1836-1942) se había entusiasmado tanto con el poema de Spitteler que en 1904 publicó un pequeño librito titulado: «Carl Spitteler. Una experiencia artística[265].» Allí escribe: «La forma del poema entero es épica, el lenguaje elevado siempre rítmicamente, prosa bíblica diría yo. Sólo hay una obra que pueda ponerse en comparación con ella, a saber 'Así habló Zaratustra', y fundamentalmente por razón de que Nietzsche conoció el 'Prometeo' de Spitteler, aparecido en el año 1881, y... fue visiblemente influenciado por él. Esto no sólo se manifiesta en el hecho de que en ambas obras el héroe se acompañe de dos figuras de animales: Prometeo, del león y del perrito; Zaratustra, del águila y la serpiente, sino también, repetidamente, en los procesos de ideas, en las imágenes del lenguaje. A pesar, sin embargo, de las semejanzas debidas a este influjo, entre ambas obras se dan las diferencias más profundas. Nietzsche se esfuerza por vestir sus objetivos filosóficos de formas poéticas. Pero sus figuras llevan siempre uno e idéntico rostro, a saber el de su creador, y a lo largo de sus patéticos discursos siempre y siempre suenan estas palabras: 'Descifra lo que te digo'. Esas figuras no son seres vivos, sino conceptos sin cuerpo, dotados de la ilusión de personalidad. —El libro de Spitteler, por el contrario, está lleno de expresividad plástica... e incluso allí donde da rienda suelta a su fantasía en los amplios espacios trascendentales de la metafísica el poeta nos ofrece escenas de dramatismo realmente fulminante. —Nietzsche es un poeta aparente; Spitteler, real.»

Por desgracia, Weingartner no da prueba alguna para su estricta afirmación de que «Nietzsche conoció el 'Prometeo' de Spitteler, aparecido en el año 1881», cuando concebía su Zaratustra. Y no debería fundarse en las afirmaciones de Spitteler, dado que éstas se desatan en presunciones —y éstas, a su vez, se fundan en una suposición que no es verdadera, a saber, que Nietzsche en 1881 era todavía catedrático en Basilea, que estaba en contacto con sus alumnos, que conversaba con Jacob Burckhardt y que los libreros basileos acostumbraban a enviar a casa al catedrático las novedades editoriales interesantes, para su presentación. Nietzsche había dejado dos años antes su cátedra y abandonado Basilea. Ya no mantenía contactos directos con sus antiguos alumnos, excepto con Köselitz (quien desde 1876, sin embargo, no estaba en Basilea) y con el jurista Louis Kelterborn. En la correspondencia con ambos, durante la época de Zaratustra, no se encuentra mención alguna de Spitteler. Con Jacob Burckhardt llegó todavía a algún contacto epistolar eventual —y tampoco

en él se hace mención alguna de Spitteler—, pero no a un contacto personal. ¿Y los libreros? Los lugares de residencia de Nietzsche les resultaban desconocidos, tenían que serles desconocidos, puesto que la propia hermana no siempre sabía exactamente dónde se encontraba en un momento determinado. Incluso a Overbeck (como también a casa) la mayoría de las veces sólo le indicaba direcciones de «poste restante».

Recordemos rápidamente esa época: el invierno de 1880-81 lo pasó Nietzsche en Génova, ocupado en la elaboración de «Aurora». El 1 de mayo se va a Recoaro, donde se encuentra con Köselitz. Desde aquí, el 2 de julio, se va directamente a la Engadina. A comienzos de 1881 es cuando fija él ya por primera vez la idea y el plan del Zaratustra («Si retrocedo algunos meses»). El 1 de octubre vuelve a Génova, donde permanece hasta su viaje a Messina (29 de marzo-1 de abril de 1882). A continuación sigue el episodio de Lou. En relación con él Nietzsche roza Basilea en mayo de 1882 por primera vez desde su corta estancia en la ciudad el 10 de octubre de 1880 en el curso de una viaje. ¡Por la época de la aparición del «Prometeo», de Spitteler, nunca estuvo en Basilea!

En sus lecturas el peso fundamental está en escritos de ciencia natural y en filosofía positivista: Robert Mayer, Dühring, Spir, Boscovich, y además el «Spinoza» de Kuno Fischer. Las bellas letras están representadas por «Enrique el verde», de Gottfried Keller. Musicalmente lo subyuga «Carmen», con lo que el alejamiento de Wagner alcanza un estadio agudo.

En todo ello no hay lugar alguno para el «Prometeo», de Spitteler; tampoco se da ninguna otra relación con la vida literaria o artística suiza —a excepción de Keller, a quien, sin embargo, no descubre entonces. Y lector del «Bund», como le habrá de conocer todavía Spitteler, se volverá sólo algunos años más tarde.

Posibles influencias externas

Weingartner, sin embargo, ofrece una indicación que da que pensar: el paralelismo de los animales acompañantes: en Spitteler el león y el perrito, en Nietzsche el águila y la serpiente. Si hay que buscar algún origen a ello, entonces hay que recurrir obviamente a «The Revolt of Islam» de Shelley (donde aparecen directamente el águila y la serpiente), una obra que Nietzsche conocía en la traducción de J. Seybt[218]. Como alumno de Pforta había deseado esa obra en las Navidades de 1861. En la biblioteca dejada por Nietzsche es verdad que sólo se encuentra la obra «Poemas elegidos de Shelley», de Adolf Strodtmann, que no incluye «La rebelión del Islam», pero, sin embargo, el deseo de 1861 de poseer la traducción de Seybt claramente hubo de surgir del conocimiento de esa obra. El conocimiento del amigo de Byron, P. B. Shelley (1792-1822; «The Revolt of Islam» 1817) se debía a la admiración por Byron que

Nietzsche había traspasado también a otros. En cartas de Gersdorff (16 de septiembre de 1877)[14] y Köselitz (13 de marzo de 1879) se cita a Shelley como alguien conocido y obviamente familiar. Podría ser posible, por tanto, que algunas imágenes de ese poema siguieran actuando en el Zaratustra. En la introducción autobiográfica de Shelley leemos: «El peligro que reside en el borde de los abismos ha sido mi compañero», y en el 1.er canto (1.ª estrofa, línea 3 ss.):

«Me desperté de un sueño profundo y subí
un brusco acantilado a orillas del mar,
cuyo pie estaba minado por la caída de las olas»,

tras lo cual Shelley describe la lucha de la luz del sol contra la oscuridad, la niebla y la tempestad; con la estrofa 8 (línea 3 ss.):

«Y en el aire vi un águila,
a quien ceñía el anillado cuerpo de una serpiente»,

Shelley introduce los animales simbólicos, en cuya lucha indecisa se manifiesta el antagonismo, asimismo indeciso, entre bien y mal. Todo esto puede recordar la escena que introduce el Zaratustra I. También una observación de Shelley en su introducción sobre el surgimiento de la obra se asemeja desconcertantemente a la descripción (¡posterior!) que hace Nietzsche de la concepción del Zaratustra: «Y a pesar de que la composición misma sólo duró seis meses, las ideas fueron reunidas en otros tantos años.»

Con menor claridad, pero imposible de no reconocer en detalles aislados, viene a la memoria un poema coetáneo que Nietzsche, pocos años antes, había sobrevalorado tanto al menos como el genio compositor de su amigo Köselitz: «El Prometeo desencadenado» de Siegfried Lipiner[154]. Imágenes como (p. 44):

«Allí, en las rocas, solitario, está sentado un hombre,
profundamente entregado a la meditación, soportando
con la mano la cabeza, reflexivamente inclinada hacia
adelante»,

o como (p. 127):

«Pecarás *tranquilamente*, sobrio,
con sentido despreocupadamente consciente, con ceñudas
miradas,
y sonriendo —ja...»,

y al final de la escena (p. 174):

> «¡Vosotros, los únicos para los que vale mi palabra,
> Vosotros pocos, tened ánimo!»,

y muchas otras sentencias, parecen haber calado en Nietzsche más profundamente de lo que merecían. No deja de resultar irónico el hecho de que la tristemente célebre «bestia rubia», que tanto se ha achacado a Nietzsche, puede remitirse, en cualquier caso, a la imagen de Lipiner del héroe transgresor «tranquilo» y «sonriente».

Más significativa es otra fuente. Como ya hemos recordado antes, en el semestre de invierno de 1875-76, Nietzsche había impartido un curso de tres horas semanales sobre los arcaísmos de la cultura religiosa de los griegos, curso que, tras su año de vacación, continuó o, más bien, repitió en el semestre de invierno de 1877-78. Para prepararlo se había basado, entre otras cosas, en la «Simbólica» de Friedrich Creuzer. Ya en 1871, mientras trabajaba en el «Nacimiento de la tragedia», había sacado la obra de cuatro tomos de la biblioteca de la Universidad de Basilea[183] y más tarde la adquirió él mismo. En ella (en la 1.ª parte, cuaderno 2.º, pp. 179-351) se encuentra una amplia exposición de la «religión irania», es decir del Zend-Avesta, con amplio uso de textos —bien conocidos por Nietzsche— de autores griegos como Herodoto, Platón, Diógenes Laercio y Plutarco. De acuerdo con ello, Creuzer usa la mayoría de las veces la forma griega del nombre del fundador religioso persa «Zoroaster», aunque conoce también las formas Zaretoschtro —Zeratuscht, que traduce como «Estrella de oro» «—Estrella del fulgor» o como «el que destella oro», interpretaciones que la moderna iranística ha vuelto a poner fuertemente en duda[182], pero que entusiasmaban a Nietzsche. Parece que conoció esa significación sólo más tarde, según escribe el 23 de abril de 1883 a Köselitz: «Hoy he aprendido casualmente *qué* significa 'Zaratustra': a saber 'Estrella de oro'. Este hecho casual me hizo feliz. Se podría pensar que toda la concepción de mi librito tiene su raíz en esa etimología: pero hasta hoy no supe nada de ello.» Después de todo sus lecturas de la obra de Creuzer habían tenido lugar siete años antes, lo que podría explicar que ya no recordara ese detalle —pero el párrafo epistolar indica que durante el trabajo en el Zaratustra vuelve a consultar la obra de Creuzer, de la que en-otro tiempo le había surgido tan sugestivamente la figura de Zaratustra y su doctrina.

¿Pero qué fue lo que pudo mover a Nietzsche a hacer precisamente de este fundador religioso persa, más bien lejano a todo su modo de ser y a su formación, el abanderado de su obra?

Esta pregunta nunca podrá ser definitiva y convincentemente contestada. ¡Precavidamente, Gustav Naumann no se la plantea ni siquiera una vez! (¿O no se dio cuenta de ella?)

En primer lugar, se puede constatar, muy en general, en ese tiempo y desde más de cien años antes, un creciente interés del mundo culto e intelectual europeo por los sistemas religiosos orientales, hasta los del Lejano Oriente; interés que se manifiesta popularmente también en la figura del rey de sacerdotes Sarastro en la ópera de Schikaneder-Mozart, «La flauta encantada», cuya acción había sido inspirada por nuevas traducciones del «Isis y Osiris» de Plutarco y que, bajo colorido egipcio, manifiesta el culto mistérico griego-helenístico, tal como se había formado bajo el influjo del culto (persa) de Mitra[169]. El hecho de que Goethe comenzara en 1798 a hacer proyectos para una segunda parte de esa Flauta encantada, muestra claramente el interés de la época por tales materias. En filosofía llama la atención el recurso de Arthur Schopenhauer al budismo, a las ideas que giran en torno al Nirvana. También por aquí hubo de introducirse un impulso en el mundo de ideas de Nietzsche.

No obstante, difícilmente podría bastar todo esto en el caso de Nietzsche. En su última noticia retrospectiva, en el capítulo del «Ecce homo», «Por qué soy un destino» (Apartado 3), ofrece una explicación que tampoco es totalmente convincente, si se tiene en cuenta la época de su redacción y el lugar, el «Ecce homo» precisamente, y si además se considera cuántos testimonios inexactos, hasta desorientadores a veces, de ese tipo ha dejado Nietzsche, incluso testimonios de épocas intelectualmente mejores. «No se me ha preguntado, debería habérseme preguntado, qué significa precisamente en mi boca, en la boca del primer inmoralista, el nombre *Zaratustra:* puesto que lo que constituye la tremenda singularidad de ese persa en la historia es justamente lo contrario. Zaratustra fue el primero que vio en la lucha del bien y del mal la auténtica rueda del movimiento de las cosas —la traducción de la moral en lo metafísico, como fuerza, causa, fin en sí mismo, es obra *suya.* Pero esa pregunta sería ya, en el fondo, la respuesta. Zaratustra *creó* ese error, el más funesto de todos, la moral: en consecuencia, también él ha de ser el primero que lo *reconozca.*» La idea de que es un atributo de grandeza el poder retractarse a sí mismo, a su propia doctrina, se encuentra en Zaratustra I («De la muerte libre»): «En verdad, demasiado pronto murió aquel hebreo... creedme... él mismo se hubiera retractado de su doctrina si hubiera llegado a mi edad! ¡Era suficientemente noble para retractarse!». En el enfrentamiento del Zaratustra «histórico» y del *suyo* se manifiesta el abismo —que no tiene por qué estar ineludiblemente unido al nombre de Zaratustra—, el aislamiento de Nietzsche frente a todas las religiones y filosofías desde la antigüedad, en cuanto que libra a la moral de su ancoraje metafísico y declara a éste superado, vencido por su Zaratustra. Esto se percibe claramente en el pacífico comportamiento mutuo de los dos animales de compañía.

Zoroaster es (Creuzer I) profeta de Dios, organizador de la liturgia, con el objetivo de ser «intermediario» entre Ormuz, el principio del bien,

experimentado en la luz del sol y cuyo animal simbólico es el águila real, y Ahriman, el principio del mal, experimentado en las tinieblas y cuyo animal simbólico es la serpiente. Nietzsche-Zaratustra consiguió la conciliación de los principios antagónicos, tarea que había planteado la religión persa: *él* está más allá del bien y del mal. Los dos animales simbólicos, que todavía en Shelley luchan y se despedazan entre ellos, rodean a Nietzsche-Zaratustra como pacíficos, unas veces meditabundos y otras curiosos, animales de acompañamiento, que reposan, reconciliados, a sus pies.

Hay, empero, otras imágenes de la exposición de Creuzer que pudieron haber influido; así, por ejemplo, cuando éste escribe: «Zoroaster se retira a los montes Albruz y se dedica allí totalmente a la meditación y a la oración.» En el caso de Nietzsche aparece en el proemio: «... fue a los montes. Allí gozó de su espíritu y de su soledad, y no se cansó de ello durante diez años.» Nietzsche-Zaratustra sale de su cueva e invoca al sol. Zoroastro *es* un adorador del sol y dispone una cueva como imagen del mundo, en cuya entrada se consuma la ofrenda de un toro. Pero Creuzer también habla de una ofrenda de miel a Mitra. Al final del capítulo Creuzer menciona [44] apelaciones, de las cuales la última dice: «Zoroastro, puro, maestro de pureza.»

Los dos temas del Zaratustra

Mucho ha sido aportado ya por los comentaristas a la genealogía de las dos ideas pilares del Zaratustra, el «superhombre» y el «eterno retorno de lo mismo». Pronto —ya en 1895— apareció Rudolf Steiner con la explicación [239] de que la idea del «eterno retorno» habría surgido como contrapuesta de las lecturas de Nietzsche del «Curso de filosofía» de Dühring, aparecido en 1875.

Steiner había recibido de Elisabeth Förster el encargo de ordenar en el recién fundado Archivo de Nietzsche los libros dejados por éste. Al hacerlo notó cómo la obra de Düring mostraba huellas de haber sido especialmente usada. Hojeándola llegó a la página 84, donde Dühring expone la idea del «eterno retorno» y su refutación científico-natural. En esta parte Nietzsche había hecho señales y observaciones. Ya en 1899 Gustav Naumann [173] se opuso fuertemente a la opinión de Steiner de que Nietzsche había llegado desde ahí a sus ideas. Dühring había sido un pensador excesivamente mediocre como para que Nietzsche se hubiera dejado influir por él de ese modo. Naumann se refiere a otras posibles sugerencias de mayor peso: a Hebbel con su «Judit» o los «Nibelungos», que Nietzsche había visto de estudiante en Bonn. Pero Naumann rechaza tales paralelismos por poco justificados; sólo concede cierto influjo sobre la obra de Nietzsche a su poeta preferido de la época escolar, Hölderlin, refiriéndose expresamente a su «Hyperion».

Quizá no se haya confundido totalmente Steiner en un punto de sus argumentos: las «contraposiciones» no son raras en Nietzsche; todo el Zaratustra es una contraposición al persa Zoroastro, tal como quiere demostrar el trozo del «Ecce homo». Pero en este caso especial hay que preguntar si la relación de causa-efecto no es la contraria de la que entiende Steiner: Nietzsche, creando a partir de otras fuentes, había llegado penosamente al reconocimiento del eterno retorno, y por esa causa escribe sus notas refutadoras en el texto de Dühring, por el que en lo demás no sentía consideración alguna. Por desgracia Steiner no investigó *cuándo* hizo Nietzsche sus observaciones.

Y esas «otras fuentes» están de nuevo en la antigüedad. Se trata de un pensamiento pitagórico contra el que ya polemizó el discípulo de Aristóteles, Eudemo. Éste cita* a un pitagórico que, al parecer, para refutar esa doctrina, dijo: «volveré a enseñar así, manteniendo este bastón ante vosotros que estáis aquí sentados». También la física estoica, con su doctrina de las periódicas destrucciones del mundo por el fuego y sus resurgimientos, está muy próxima a este supuesto del eterno retorno. Sólo en los últimos tiempos se ha considerado —y curiosamente no por Rudolf Steiner, que incluye esa doctrina en su imagen del mundo— un posible influjo de la doctrina del karma, que Nietzsche debía de conocer por su estudio de escritos indios[184].

Desde Naumann siempre se ha recordado cómo la expresión «superhombre» ya aparece en Novalis, Heine y Goethe. En sus fundamentos la idea ya está esbozada en el platonismo. Nietzsche mismo remite a esta fuente en un apunte de los años ochenta[1·6], donde él reproduce, recortándolo tendenciosamente, un párrafo platónico (Theages 126a): «Cada uno de nosotros desea, en lo posible, ser el señor de todos los hombres, y preferiblemente dios.» En la formulación plotínica posterior la idea se lleva hasta sus últimas consecuencias[196]: el anhelo y la tarea de los que filosofan es volverse «semejantes a Dios» (θεοειδής), más todavía: «volverse, no: ser dios» (θεόν γενόμενον, μᾶλλον δέ ὄντα).

El puesto del Zaratustra en la obra total de Nietzsche

De todo esto puede al menos sacarse una consecuencia, y es que el Zaratustra de Nietzsche no está tan totalmente aislado, sin precedentes y sin relaciones, ni en la propia evolución de Nietzsche ni en la literatura universal, como se le alaba o se le achaca. Se pueden apreciar suficientes influjos de toda la experiencia formativa de Nietzsche hasta entonces, como para que sea posible y justificable también una consideración bio-

* κἀγὼ μυδολογήσω τὸ ῥαβδιόν ἔχων ὑμῖν καθημένοις οὕτω; según Simplicio; Eudemo fr. 88 Wehrli[220].

gráfica, y no sólo una filosófico-temática. Las referencias hay que buscarlas casi siempre en la antigüedad o en la literatura de la época. Aquí, como en otras partes, aparece claro cómo la formación filosófica de Nietzsche acaba aproximadamente en el helénico Diógenes Laercio y vuelve a insertarse con todo vigor en los intérpretes de Kant y seguidores (Kuno Fischer, Fr. A. Lange), y finalmente, en Schopenhauer. Todo lo que queda entremedio nunca será para él seriamente relevante.

El trabajo intensivo en el «Zaratustra» se extiende aproximadamente en el tiempo que va desde el verano de 1882 (es verdad que los primeros bocetos provienen ya de agosto de 1881, y que ambas ideas temáticas se encuentran formuladas ya en los dos últimos aforismos del libro IV «Sanctus Januarius» de «La gaya ciencia», 1881), el «verano de Tautenburg» con Lou Salomé, hasta mayo de 1885, en que Nietzsche envía a los amigos impresiones privadas de la parte IV; es decir, dura casi más de tres años. Y esos tres años están en el akmé, en la cima de la vida, según la idea antigua, en torno al año 40 de vida; para Nietzsche, además, están exactamente a la mitad del período vital que se le había concedido para el trabajo libre, entre la despedida de Basilea y la muerte intelectual: por ello la expresión suya del «gran mediodía» resulta en verdad trágicamente exacta. Sin embargo, dentro de la obra total, este Zaratustra aparece en un cierto sentido aislado; excepto con él siempre pueden aparearse las obras: «El nacimiento de la tragedia» y el libro sobre los griegos (no acabado); las Consideraciones Intempestivas «D. Fr. Strauss» y «Del provecho e inconveniente de la historia»; las Consideraciones Intempestivas «Schopenhauer como educador» y «Richard Wagner en Bayreuth»; ambas partes de «Humano — demasiado humano» (con «El caminante y su sombra»); «Aurora» y «La gaya ciencia»; y después del Zaratustra: «Más allá del bien y del mal» y «Genealogía de la moral». En los escritos de 1888 se pueden hacer diferentes ordenaciones dependiendo del criterio que se tome (Nietzsche, por ejemplo, une «El caso Wagner» y «El crepúsculo de los ídolos como sus «operetas»), pero también entre ellas puede establecerse fácilmente un orden en pares. Sólo el «Zaratustra» queda sin oponente, sin compañero, a no ser que la agrupación en pares no se entienda externamente, en escritos más o menos distintos formalmente. En «Zaratustra» son dos temas los que están apareados y acoplados. En un tratado filosófico sistemático hubieran debido repartirse en dos obras formalmente separadas: El postulado del superhombre y el dogma del eterno retorno. Pero con el diseño del «Zaratustra» Nietzsche alcanza lo que nunca alcanzó: una unidad y cohesión contrapuntísticas, temática y formalmente, como las que había intentado musicalmente diez años antes en su composición «Eco de una noche de San Silvestre».

En «Zaratustra» Nietzsche reúne toda su experiencia intelectual y vital. Pero con esta obra consigue también un nuevo plano de partida desde el que puede comenzar el largo camino de la «transvaloración de todos los

valores». Por cierto que también ésta es una expresión sacada de los griegos: de la Vida de Diógenes (llamado «el perro», (χυων). Aunque la conexión llega más a lo profundo: del mismo modo que aquel cínico Diógenes, en la línea sucesora de Sócrates, estaba en oposición al idealismo platónico, así se entiende ahora Nietzsche a sí mismo como transvalorador no de todos los valores, sino esencialmente de los acuñados por el platonismo, conservados en la dogmática cristiana y puestos en las alturas por el idealismo alemán. Contra ellos se había formado ya, en tiempo de Nietzsche, una fuerte oposición de parte del materialismo y positivismo; pero también contra éstos se dirige Nietzsche con el «Zaratustra». Ellos sacan sus fuerzas de las ciencias naturales, de renovado vigor; Nietzsche, sin embargo, de la vivencia artística y de la intuición místico-religioso-filosófica. Con ello conecta con sus manuales de Creuzer y Welcker, con el modo de investigar de J. J. Bachofen — y con su primera gran obra, «El nacimiento de la tragedia».

Zaratustra: ¿Intento de superar un estrato del mundo meramente positivista?

Nietzsche se había ocupado profundamente de la filosofía positivista de su tiempo y se había dejado enriquecer por ella, eso es indiscutible. También quiso conocer sus fundamentos, las ciencias naturales, por medio de un estudio concienzudo de ellas. Pero la filosofía para él no era primordialmente un asunto del saber, sino del vivenciar, del sufrir. Y él experimentó y sufrió la filosofía positivista en y por el amigo Paul Rée y por la más que respetada Lou Salomé. Así, en el contacto humano, fue sufriendo las diferencias fundamentales entre *su* mundo y la filosofía positivista, en medio de dolores y decepciones, y dándose cuenta de la incapacidad de ésta para explicar la existencia humana. La decepción personal desató la consumación (en su desarrollo intelectual iniciada ya hacía tiempo) en la obra. Zaratustra significa para Nietzsche el abandono apasionado, consumado con amplio ademán, de la corriente filosófica absolutamente imperante en su época; y no sólo en Dühring, como Rudolf Steiner lo ha visto, correctamente en el fondo, pero excesivamente reducido a ese caso aislado. No basta incluso concebir a Zaratustra como el movimiento contrario al positivismo y materialismo de la época. Nietzsche quiere ver valorada su filosofía, además, como superación del idealismo, propiamente de toda la filosofía occidental hasta entonces, como ataque, como «atentado», y cree que con ella provocó un viraje en la historia del espíritu. Si lo consiguió con esta obra, si su postulado del superhombre y el dogma del eterno retorno son las alternativas suficientes, posibles, incluso imaginables: de todo ello puede discutirse — y se discute. Pero, como movimiento fundamental, el «Zaratustra» significa el «gran mediodía» no sólo para Nietzsche, sino también para la filosofía

contemporánea, y si no el vuelco radical, sí, sin embargo, un punto de giro y de cambio significativo.

Paralelos de la época

De modo desconcertante, el aspecto histórico de la época ofrece la misma imagen. Reparemos en el año 1883 como «el» año central de Zaratustra (partes I y II): el 14 de marzo muere Karl Marx, quien, con su materialismo histórico, llevó la filosofía materialista provisionalmente a un momento culminante. Según él, en todo fenómeno, también en los acontecimientos históricos, se manifiesta no el espíritu humano o algo espiritual suprahumano, sino que, partiendo del trabajo, del imperativo de la actividad, y pasando por las relaciones económicas que ello condiciona, el espíritu va formándose en el curso de los acontecimientos históricos; no es creador, sino producto. A ello opone Nietzsche el postulado de que el hombre, gracias a su espíritu, quiere su futuro, incluso su futuro corporal, y no lo abandona al azar, como enseñó Darwin, muerto un año antes, el 19 de abril de 1882.

El mismo año, el 23 de febrero de 1883, nace Karl Jaspers, que encuentra desde la ciencia (medicina) el camino hacia la filosofía y consigue para ella una nueva relación de trascendencia. Él ve la existencia humana como cifra de la trascendencia, y a ésta como una magnitud que abarca todo, también lo histórico.

La historia de la música muestra en parte el desarrollo contrario. El 13 de febrero de 1883 muere Richard Wagner, que llega a su culmen en su obra simbólica «Parsifal», en la que, según muchos, había sobrepasado las posibilidades de un escenario de ópera y provocado con ello realmente una corriente opuesta. Ya junto a él, Verdi; más tarde, Puccini y otros, muestran con el «verismo» otro camino al teatro musical. Por el contrario, el maestro de la musa alegre, el burlón Jacques Offenbach, llamado por Nietzsche «San Offenbach», deja en 1880, como legado artístico suyo, la ópera romántica, preñada de símbolos, «Los cuentos de Hoffman». La música sinfónica alemana, por el contrario, sigue representando todavía contenidos ideales éticos y religiosos. En 1883 Anton Bruckner trabaja en su séptima sinfonía (estrenada en 1884). En la idea de que Wagner pudiera morir comienza en do sostenido menor el lento y emocionante movimiento intermedio. Mientras lo compone muere efectivamente Wagner, y por ello el movimiento acaba en el doloroso lamento de los muertos.

El 2 de diciembre de 1883 tiene lugar el estreno de la tercera sinfonía en fa mayor, de Johannes Brahms, que es más dulce.

Pero también en la música los tiempos chocan con dureza. El 17 de junio de 1882 nace Igor Strawinsky, hoy ya, desde luego, un «clásico de

los modernos»; y el 3 de diciembre de 1883 Anton von Webern, quien, como discípulo de Schönberg, se convertirá en una de las figuras más destacadas de la técnica dodecafónica, las cuales no construyen su música primariamente a partir del contenido, «lo que se va a expresar», sino a partir de la forma y del material sonoro: más según consideraciones matemáticas, que desde un mundo sentimental que cree a partir de lo inconsciente o de lo sobreconsciente. Cuán cercano vivía Nietzsche al espíritu de la música sinfónica alemana de su tiempo, lo muestra el hecho de que califique a su Zaratustra como «su sinfonía» y coloque con ello —junto al brusco alejamiento de Wagner— su obra al lado de Brahms y de Bruckner.

Los numerosos párrafos epistolares de Nietzsche, en los que repetidamente se declara partidario de los simbolistas franceses, Baudelaire, Verlaine y Mallarmé, en los que ya se inicia la reacción al realismo, muestran a qué corrientes espirituales de su tiempo se sentía afín en general. Instructiva resulta también una nota de la época de los trabajos preparatorios para «La gaya ciencia» y para «Zaratustra», aproximadamente 1881-82[1]: «¿Y qué poeta tiene Alemania que se pueda comparar al suizo Gottfried Keller? ¿Tiene un pintor con tanta inquietud artística como Böckling? ¿Un sabio tan eminente como Jacob Burckhardt? ¿Merma en algo la gran fama del investigador de la naturaleza, Häckel, la mayor dignidad de gloria de Rütimeyer?» Como éstos, Nietzsche tampoco desconoce el realismo y la fundamentación científico-natural del proceso filosófico (no hay que olvidar que la «Historia del materialismo», de F. A. Lange es una de las bases esenciales de su impulso filosófico). Pero a todos ellos les es común que no se satisfacen con una argumentación racional unilateral. La hipótesis de trabajo de Jacob Burckhardt en sus «Consideraciones sobre la historia universal» es que siempre se dan diferentes potencias espirituales[65] (él distingue esencialmente entre estáticas y dinámicas) en acción recíproca, sólo que eventualmente domina una u otra. La alegoría y el simbolismo son medios para hacer captable lo «indecible» racionalmente, y de ellos se sirven tanto Böcklin en sus pinturas, como Gottfried Keller precisamente en su «Epigrama» de 1881. La importante posición de Rütimeyer contra la teoría de la descendencia de Darwin fue ya expuesta anteriormente (ver tomo 1).

Esa misma diversidad de aspectos se manifiesta también en el acontecer público. Mientras que los grandes estados europeos, en una fiebre de poder y de ganancias materiales, acumularon por rapiña colonias en África y en Asia y dejaron, con ese atentado al espíritu, una maligna hipoteca al siglo XX, la vida espiritual comienza a afirmarse en sus bases por medio de la institucionalización. En esa línea cae la significación de la idea del festival de Bayreuth, con la subsecuente fundación de la Orquesta Filarmónica de Berlín en 1882 y de la Metropolitan Opera de Nueva York en 1883. Y en 1885 se constituye en Weimar el archivo de Goethe

y puede ser fundada una sociedad alemana de Goethe. De todos modos, es verdad que esas fundaciones son hijas de su tiempo y, por eso, son tanto representaciones de un poderío como símbolos espirituales; y, al contrario, el colonialismo vive también de la creencia de expandir por el mundo bienes espirituales, como, por ejemplo, el cristianismo. También aquí se manifiesta, pues, la misma variedad de aspectos, y una simplificación demasiado rigurosa la violentaría asimismo.

Esa variedad la tiene también el «Zaratustra» —en eso, totalmente un hijo de su tiempo— y a ella se debe en lo fundamental la fascinación que esta obra parcialmente produce, así como su popularidad; ambas hicieron de ella uno de los libros más conocidos (al menos de título) de la literatura filosófica; cosa que proporcionó, además, a la filosofía, últimamente, una popularidad mayor de la que gozaba desde hacía mucho tiempo. Si esto redundó en beneficio del «Zaratustra» o de la filosofía es algo que queda en tela de juicio; sí hay que reconocer el hecho de que la filosofía salió de su exclusivismo académico fundamentalmente por el Zaratustra, de Nietzsche.

La problematicidad de los dos temas

La variedad de aspectos de esa obra es verdad que ofrece muchos accesos, incluso para un círculo de lectores no familiarizados con la filosofía, pero produce también muchas dificultades de comprensión y se convierte, con ello, en una fuente de malentendidos. Nietzsche mismo se dio cuenta de este problema —y no pudo solucionarlo— y expidió el «Zaratustra» a la luz pública como «un libro para todos y para ninguno».

Las dos ideas filosóficas fundamentales de la obra dan pie a una interpretación poco unitaria. El superhombre puede entenderse muy bien como un proyecto racial a fundar científico-naturalmente, en la línea de Darwin; aunque no siguiendo el principio de Darwin de la selección mecánica, sino la híbrida idea de que el hombre es capaz de dirigir su futuro corporal, específico, y planificarse a sí mismo —una idea diametralmente opuesta a la de Jaspers de que pasamos de nosotros mismos. — Y sin embargo —la antropología remite a una evolución de millones de años hasta la formación de nuestro tipo humano actual— ¿por qué no podría alcanzarse quizá en cien mil años un nivel inmediatamente «superior»? La cuestión sigue siendo, de todos modos, si eso depende de nuestra voluntad, si nuestra decisión actual de mejorar la especie puede tener siquiera influjo en tales espacios de tiempo.

El postulado del cultivo del superhombre puede ser entendido igualmente sólo al nivel del espíritu, a saber: con el objetivo de elevar hasta su total y último nivel, en un esfuerzo extremo de concentración, las potencias y las posibilidades del occidente espiritual, fundado en la filosofía

griega y en la idiosincrasia griega en general. Después de que «Dios ha muerto» el espacio hacia arriba está libre, el hombre es provisionalmente el ser supremo, y dentro de la especie humana es el filósofo el legislador (¡ya en Platón!), el que da las «nuevas tablas» de valores, el que alcanza provisionalmente el grado supremo del ser. «Si hubiera dioses, cómo soportaría yo no ser un dios.»* Pero, dado que no hay dioses, el hombre ha de elevarse a ese nivel, pensamiento de Platón y Plotino que ya se ha citado. Pero con ello se elimina la idea de un cultivo puramente fisiológico.

Del mismo modo, el dogma del eterno retorno puede interpretarse como el remate de la doctrina mecánica del átomo de Demócrito, como el intento de completar el principio —constatado por la ciencia moderna— de la constancia de la materia y de la energía con el de la constancia de las posibles formas y procesos de conformación de la materia y la energía. Pero del mismo modo también, en el dogma pueden verse huellas de la creencia en el logos estoico, que rige los procesos de constitución del mundo, obligando a repetir indefinidamente los mismos, aunque en dimensiones temporales tan inmensas que el hombre ya no puede abarcarlas ni percibirlas. Pero con ello desaparece la relevancia ética, intrínseca, por ejemplo, a las ideas budistas sobre el karma, y que da a ese retorno un sentido para la vida humana; eso sin contar con la objeción de la imposibilidad matemática que siempre se le ha hecho y por diversos autores (por ejemplo por Georg Simmel[219]).

Esa duplicidad temática se corresponde totalmente con la formal, tal como fue pergeñada al comienzo, así como con la localización biográfica de la obra en la creación total de Nietzsche y con su significado para la historia espiritual a partir de finales del siglo XIX.

La génesis irracional a partir de la vivencia

Nietzsche mismo, en un trozo (citado a menudo) del «Ecce homo», ha descrito con cuánta energía fue domeñada la intención filosófica al concretizar en la obra procesos artísticos conformadores: «¿Alguien, a finales del siglo XIX, tiene una idea clara de qué es lo que poetas de épocas fuertes llamaron *inspiración?*... El concepto de revelación, en el sentido en que de repente, con seguridad y finura indecibles, algo se hace audible, *visible*, algo que conmociona y trastorna a uno en lo más hondo, describe sin más los hechos. Se oye, no se busca; se toma, no se pregunta quién da; como un rayo, centellea un pensamiento, con necesidad, sin titubeo en la forma —nunca he hecho una elección—. Un embeleso, cuya tremenda tensión se desata a veces en un torrente de lágrimas; un embeleso en el que el paso

* Zaratustra II, «En las islas afortunadas.»

tan pronto se lanza involuntariamente, como se hace lento; un total estar-fuera-de-sí, con la más distinta conciencia de un sinnúmero de sutiles estremecimientos que recorren a uno hasta los dedos de los pies; un abismo de alegría, en el que lo más doloroso y sombrío no actúa como contraste, sino como color requerido, exigido, *necesario*, dentro de una profusión tal de luz; un instinto de relaciones rítmicas que abarca amplios espacios de formas... Esta es *mi* experiencia de la inspiración; no dudo que haya de retroceder milenios para encontrar a alguien que pueda decirme 'es también la mía'.»

Y bien, no hace falta regresar tanto. Esa misma violencia de la forma nos la describe, sólo que con palabras más sencillas, Konstanze, la viuda de Wolfgang Amadeus Mozart, como modo de trabajo de su genial esposo (todo ello transmitido por los diarios de viaje de V. y M. Novello[179]): «... cuando surgía alguna gran concepción en su espíritu estaba totalmente como ausente, iba arriba y abajo en la vivienda y no sabía lo que sucedía en torno a él. Pero tan pronto como maduraba todo en su cabeza, no necesitaba pianoforte alguno, sino que tomaba tinta y papel y le decía a ella mientras escribía: ¡'Y ahora, querida esposa, sé tan amable y dime de qué se trataba!'; y la conversación no le molestaba en absoluto.» «Ella contaba que después de su boda fueron ambos de visita a Salzburgo y cantaron el cuarteto 'Andro ramingo' (de 'Idomeneo'). Entonces él fue asaltado de tal modo por un movimiento de ánimo que rompió en lágrimas y hubo de abandonar la sala, y pasó mucho tiempo antes de que pudiera tranquilizarse.»

Ambos testimonios, enfrentados, dejan clara la gran distancia existente entre ambas posiciones creadoras. Por un lado, Mozart, que se ancla firmemente en la tradición de los medios y del estilo del clasicismo, y que no abandona los límites de su reino, del que es rey incontestado, el reino de la música — y, por otro, Nietzsche, que, en intuición artística y forma poética, se constriñe a adoptar «medios artísticos nuevos, inéditos» — (como él mismo dice de la obertura de los «Maestros cantores» de Wagner) para expresar contenidos que sólo forzadamente caben en tal ropaje y a los que éste más bien oculta que hace comprensibles. En lucha consigo mismo, como autor, por esos contenidos igual que por la forma, él no se ve, en último término, como señor y creador de su obra, sino como médium («nunca he hecho una elección»), igual que cuando a los dieciocho años compuso la sinfonía «Ermanarich», e igual que Wagner, quien creía que Tristán se había valido de él como médium para entrar en la realidad. La desmesurada descripción de su intuición del Zaratustra muestra, sin embargo, hasta qué punto Nietzsche se ve bajo el peso de una responsabilidad ante la que se asusta y estremece. Con esa obra ha traspasado los límites tradicionales de la filosofía y le ha abierto, con su canto, melancólico a menudo, una dimensión nueva, o, por lo menos, ha recuperado para ella una perdida. Dada la facilidad de enardecimiento de

su pasión, fue esto lo que pudo —hubo de— desatar su híbrido orgullo, con el que ocultaba la taladrante inquietud que producía la aventurada empresa.

Ya hace tiempo que los apologistas y los contrincantes de Nietzsche discuten sobre si con esta obra o con las siguientes consiguió, si no recorrer esa nueva dimensión, sí, al menos, iluminarla. Participar en esa discusión no es asunto de la biografía, como tampoco lo es el ofrecer un comentario filológico completo. Las referencias —muy incompletas a pesar de su abundancia— han de bastar para hacer visibles las líneas más importantes biográfico-personales, así como las generales de la historia del pensamiento, tanto aquéllas que unen la obra con el pasado, como las que, comenzando en ella, hacen de ese Zaratustra, en la obra de Nietzsche y en la historia de la filosofía moderna, una obra central por su función, aunque no una obra capital como las tres Críticas de Kant, por ejemplo, o «El mundo como voluntad y representación», de Schopenhauer; en Nietzsche no hay, no puede haber, dado el tipo de su filosofar, «obra capital» alguna, en la que el pensamiento total del filósofo se unifique esencial y sistemáticamente en un único edificio. Para ello, el Zaratustra, a pesar de su composición apremiante, es demasiado poco unitario en el contenido e incluso en la forma, es ensayo en exceso.

La alegoría padre-hijo

Queda todavía una cuestión abierta, y parece que para Nietzsche también lo estaba. En las cartas habla siempre de su «hijo Zaratustra». Dada la afición de Nietzsche a verse en grandes ropajes, resulta posible y permitido hacer el paralelo con la famosa cuestión disputada ya desde la época de las primeras comunidades cristianas: Es Cristo el hijo de Dios — es decir, un ser independiente, separado de él— o es idéntico a él, y, por ello, Dios mismo en forma humana; o en formulación más corta: es Cristo semejante o idéntico a Dios. Y he aquí ahora la cuestión: es Zaratustra el hijo, es decir, la criatura intelectual de Nietzsche, respecto a la que éste, como padre, como autor, guarda cierta distancia — o es Zaratustra Nietzsche mismo—. Esta última concepción viene avalada por la manifestación de Köselitz en la carta del 17 de abril de 1883, «puesto que yo le escucho a usted como Zaratustra» (cfr. *supra* p. 175, que Nietzsche no contradice.

¿Filosofía de un artista? — ¿Filosofía para artistas?

Con la siguiente exclamación, al comienzo del proemio, Nietzsche proyecta su problemática artística personal a proporciones cósmicas: «¡Tú,

gran astro! ¡Qué sería de tu felicidad si no tuvieras a quienes iluminar!... ¡Mira! Estoy harto de mi sabiduría; como la abeja que ha reunido demasiada miel, necesito manos que se extiendan. Quiero regalar y repartir... ¡Bendíceme, pues, tú, ojo tranquilo, que puedes ver sin envidia incluso una dicha demasiado grande! Bendice la copa que quiere rebosar, para que el agua fluya dorada de ella y lleve por doquier el resplandor de tu gloria. ¡Mira! Esta copa quiere vaciarse de nuevo, y Zaratustra quiere volverse hombre de nuevo.»

Tras la pregunta metafórica de qué sería el sol sin aquellos a los que ilumina, que reconocen su fuerza y su iluminar, queda el problema teológico de qué sería un dios que no se hubiera creado un mundo en el que reflejarse, en el que reconocerse como creador, un dios que no hubiera creado criaturas que lo reconozcan y alaben.

En proporciones humanas, ese problema es el del artista: qué valor tienen él y su arte cuando no hay receptores, cuando no tiene «público». Esta cuestión viene aclarada peculiarmente por un párrafo epistolar posterior. El 30 de enero de 1887 escribe Nietzsche a su madre[121]: «... la situación desesperanzada del señor Köselitz me molesta ahora extremamente. Es demasiado viejo como para aconsejarle que espere; a su edad hay que ser ya famoso, para bien o para mal (como, por ejemplo, lo era Wagner) como artista; respecto a la gente de nuestra condición, me refiero a nosotros los filósofos, es diferente, puesto que cualquier tipo de fama, sensacionalismo, curiosidad, debería resultarnos más bien molesto, pues no estamos sedientos por 'coincidir' con alguien. Pero un músico cuya música no gusta a nadie y que permanece acurrucado en su rincón, es una figura ridícula, semejante a una bailarina con la que nadie quiere bailar por mucho que se haya arreglado.» Los filósofos pueden esperar — ¿por qué, pues, la impaciencia de Zaratustra a sus cuarenta años (Nietzsche tenía entonces treinta y nueve)— de ir hacia los hombres, de buscar amigos, a los que poder enseñar su filosofía? ¿No se trata de nuevo del poeta, del sinfónico del lenguaje, del artista Nietzsche, que transporta su problema a la filosofía, elevándolo cósmica, ontológicamente? ¿Que cuelga del cielo, glorificado hímnicamente, una situación personal de crisis?

No sólo en la forma y en el contenido, sino también en sus pretensiones de influencia, el «Zaratustra» ofrece diversos aspectos y visos. ¿Cómo pudo una obra tan contradictoria en sí misma, cómo pudo el «Zaratustra» de Nietzsche, llegar a tener una repercusión tan enorme como la que tuvo? Y bien, precisamente por su diversidad de aspectos, ya que interesa tanto al lector filosofante como al dotado artísticamente —a cada uno a su manera.

Respecto al ropaje artístico del «Zaratustra» podría decirse algo parecido a lo que el propio Nietzsche escribe en el aforismo 240 de «Más allá del bien y del mal», caracterizando a la obertura de «Los maestros

cantores», de Wagner: «Es un arte magnífico, sobrecargado, pesado y tardío, que tiene el orgullo de presuponer para su entendimiento dos siglos de música como viviendo todavía... ¡Cuántos jugos y fuerzas, cuántas estaciones del año y regiones celestes no hay aquí mezcladas! A veces nos resulta arcaico, a veces extraño, acre y superjoven, es tan arbitrario como pomposo-tradicional, no pocas veces es picaresco, más a menudo todavía rudo y burdo, — tiene fuego y coraje, y a la vez la piel lánguida de las frutas que maduraron demasiado tarde—. Fluye ancho y lleno: y de repente un instante de inexplicable titubeo.., pero pronto vuelve a ensancharse y ampliarse el viejo torrente de placer... de alegría antigua y nueva, *muy* incluida en sí misma la alegría del artista, que él no quiere ocultar, su sorprendido y feliz conocimiento de la maestría de sus medios aquí empleados, de nuevos medios artísticos, recién conseguidos e inéditos, como él nos parece descubrir.»

Capítulo 6
NUEVO ENTORNO

(Niza, Venecia, Zürich. Diciembre de 1883 hasta julio de 1884)

Con el «Zaratustra» llega a su culmen aquello que vale para la obra entera de Nietzsche y a lo que él mismo se refiere repetidamente en sus cartas: la unidad de vivencia y pensamiento. Y una parte importante de esa vivencia la constituye la vivencia del entorno. La elección del entorno —físico y humano— y la disposición de entablar una relación provechosa con ese entorno, pertenecen, junto con el «pequeño» modo de vida —costumbres de comida, movimiento corporal, división del día—, a la dietética en sentido más amplio. La idiosincrasia supersensible de Nietzsche sintoniza siempre con el *genius loci* del entorno, bien sea porque se deja enriquecer o dirigir por él o bien porque se encuentra asimismo en contraposición con él, como sucede con «Naumburg».

El *genius loci* de Génova es para Nietzsche el espíritu de Colón, que, audazmente, se lanza a la mar en pos de nuevos puertos y territorios desconocidos, ignorados. Nietzsche se considera su descendiente espiritual. De todos modos, ya no existen nuevos territorios que descubrir, se conoce a la tierra en su forma capital, pero él dirige la ola, tempestuosamente movida, de la filosofía hacia nuevos puertos del espíritu. Nietzsche usa *esta* metáfora hasta la saciedad, *abusa* de ella, y, a la vez, cambia también su paisaje y sus objetivos intelectuales, toda la orientación de su marcha.

Nietzsche creía haber dejado tras de sí, con su Zaratrusta, las bases de su procedencia de la tradición cristiano-europea, a la vez que el ataque materialista positivista coetáneo a esas bases, y haber alcanzado, con ello, nuevos puertos, creía haber ganado su «América». Ahora se levantaba ante él la próxima tarea, conquistar el «viejo mundo» en un nuevo espíritu.

También para ello había de ofrecérsele pronto una metáfora geográfica: al igual que el genovés Colón había descubierto un nuevo mundo, Napoleón, el vástago de Córcega, dominada durante mucho tiempo por Génova, puso más tarde el viejo mundo a sus pies. Desde ahora, Napoleón tomará el puesto modélico de Colón, alternando o secundándose con otros conquistadores de viejos mundos, como Alejandro o César.

Estimulado por el libro sobre Córcega (1854)[103] de Ferdinand Gregorovius (1821-1891), Nietzsche planea, efectivamente, trasladarse a temporadas a Córcega, proyecto que volverá a fracasar por falta de decisión. No le constriñe atadura externa alguna. Y, por el contrario, la partida de Génova —«de la amada ciudad de Colón — otra cosa jamás fue ella para mí» (4 de diciembre de 1883 a Köselitz)— era la consumación externa del cambio íntimo de lugar; en parte, la rectificación, por fin, de un lugar de residencia mal elegido desde el principio. Nietzsche abandona el suelo italiano y se dirige a Francia. Nunca oímos de él que se sintiera atraído por la literatura italiana menos reciente —y en absoluto, desde luego, por la contemporánea—. No le interesaba nada una cultura como la italiana, que, tanto en la arquitectura como en las artes plásticas, estaba dominada fuertemente por lo visual. Incluso su respeto por Jacob Burckhardt y por su «Cicerone» nunca lo impulsó a seguir, con el libro en la mano, las huellas del «venerado maestro».

La relación con Francia es completamente distinta; participa apasionadamente de su espiritualidad, en cuanto se refiere a la literatura o a la música. Aprecia más a Berlioz y a Bizet que a cualquiera de los compositores italianos. Ya había dedicado «Humano —demasiado humano» a la memoria de Voltaire. Stendhal, Mérimée, Baudelaire —por sólo citar unos pocos nombres—, los ensayistas y moralistas franceses, son para él fuente del mayor entusiasmo; el «Journal des Débats», con Paul Bourget, es «su» periódico.

En los años siguientes sólo irá a *una* ciudad italiana, y sólo por unos cuantos días o semanas de visita: a Venecia, a visitar a Heinrich Köselitz. No se trata sólo de una visita particular. Venecia tiene una cuerda entonada con su nuevo acorde anímico: sus marinos no salen por nuevos mares hacia territorios desconocidos, sino que vuelven a activar una vieja ruta comercial hasta China, una nación de vieja cultura. «Eso *no* se lo adjudico a Italia: algo del Oriente se ha desmoronado en ella» (a Köselitz, el 5 de marzo de 1884). Venecia poseía además, una rica biblioteca (también textos alemanes), con la que Köselitz había intentado siempre atraer a Nietzsche. ¿Y el espíritu de Wagner? Pesaba mucho sobre Nietzsche. «Una separación con la que uno puede hundirse, lo más difícil que hube de pasar», eso confesaba él el 3 de enero de 1884 al doctor Josef Paneth en Niza[86].

Wagner había muerto en Venecia el 13 de febrero de 1883. Y ahora iría Nietzsche allí, en pos de una memoria calma, quizá incluso inconfesa-

da, del amigo —¿fue esto el *genius loci* que en la primavera de 1884 lo llevó hasta Venecia? Algo así puede suponerse, dada la fuerza que los recuerdos de Wagner ejercían aún sobre Nietzsche—. Mientras vivía Wagner y, a menudo, visitaba Venecia, Nietzsche evitó el lugar. Después de su muerte Nietzsche lo busca periódicamente y se convierte para él en fuente de la más profunda melancolía, que culminará en el desmoronamiento espiritual en la «Canción de la góndola», que el enfermo Nietzsche canturrea durante el triste viaje de regreso, en enero de 1889, hecho que tanto sorprende a Overbeck.

Sería falso también hablar aquí, ahora, de una «ruptura» en el traslado de Génova a Niza y periodizar la vida de Nietzsche con respecto a ello. Los procesos internos y los externos se condicionan mutuamente y se desarrollan despacio, orgánicamente. No se ha interrumpido de improviso, con Zaratrusta y con la despedida de suelo italiano, de Génova-Colón, el viaje de descubridor, ni ha comenzado, igualmente de improviso, en suelo francés, en el antiguo reino de procedencia de Napoleón, la «transvaloración de todos los valores», la imposición de nuevas tablas a una vieja Europa, conquistada y totalmente reorganizada, privada de sus tradiciones. Tampoco se rompen las viejas relaciones personales, aunque aparecen otras muchas nuevas, de las cuales sólo pocas adquieren relevancia. De nuevo vuelve a tratarse de «monde», en muchas de ellas, que sólo salen brevemente de la oscuridad del pasado literario, porque reciben alguna luz de Nietzsche.

El primer encuentro de ese tipo en Niza es con el literato.

Paul Lanzky

Lanzky había nacido el 8 de agosto de 1852 en Weissagk, Forst, en la Baja Lusacia (era, por tanto, dos años mayor que Heinrich Köselitz). Fue a la Escuela Real en Guben, y desde 1870 se dedicó al estudio de la Literatura Románica y de la Filosofía en las Universidades de Zürich, Pisa y Roma. Desde 1873 vivía en Italia, desde 1879 permanentemente en o cerca de Florencia —la mayor parte de las veces en la cercana Vallombrosa, donde era copropietario de un hotel situado en ese lugar de peregrinaje y de reposo, famoso por su abadía benedictina fundada en 1036. Hasta entonces había expuesto sus investigaciones sobre la literatura romántica en revistas alemanas e italianas (Rivista Europea; Gazetta della Domenica). Pero en un viaje le llega un libro de Nietzsche a las manos, y ese azar iba a marcar toda su larga vida futura. Carmen Kahn-Wallerstein narra, fundándose en conversaciones y apuntes de Lanzky[132]: «Tenía intereses variados, entre otros también el de la astronomía, y el observatorio cercano de Acetri, al cargo del adjunto de un famoso investigador de Marte, un alemán de nombre Tempel, era un gran punto de atracción para

este tipo extraño. Un día que Lanzky esperaba al astrónomo, encontró sobre su mesa un libro con el título de «Humano —demasiado humano», que comenzó a ojear. El sabio, que entraba en ese momento, le contó, respondiendo a su pregunta, que el libro procedía del envío de muestra de su librero, envío con el que tenía que quedarse, puesto que había olvidado devolverlo a tiempo. Lanzky, a quien interesó el libro, se lo compró a Tempel, llegando en el curso de su lectura al convencimiento de que esa obra tenía que proceder del más significativo pensador contemporáneo. Escribió al editor de Nietzsche y le pidió la dirección del filósofo que había escrito 'Humano —demasiado humano'. Supo por ello que el autor vivía en Génova, pero que no deseaba que la editorial diera su dirección: que se escribiera a lista de correos a Génova para el profesor Nietzsche. Lanzky lo hizo y hubo de esperar mucho tiempo. Entretanto, mientras los hoteles de Vallombrosa permanecían cerrados, él estaba viajando; así se lo había comunicado a Nietzsche a lista de correos, recibiendo finalmente de éste una tarjeta con el encabezamiento de 'Mi querido desconocido'. Para que las cartas no lo sacaran de su régimen anímico de trabajo, Nietzsche había tomado la costumbre de ir a recoger correo cuando deseaba tener alguno; en otro caso, sucedía a menudo que permanecía largo tiempo en la oficina de correos. —Ahora había recibido noticias del extraño que, fascinado por su obra, lo buscaba, y poco después, sin formalidades, se presentó en la habitación del hotel del sorprendido Lanzky. Este había llegado a Niza y se había hospedado en la 'Pension de Génève', cuando supo que la persona que admiraba de lejos había estado en la misma pensión.» Esto fue en diciembre de 1883. Nietzsche tuvo que cambiar de pensión. A fines de enero escribe a Overbeck a propósito: «Tuve también que pagar con creces el total desconocimiento del suelo de Niza; incluso tuve pérdidas importantes de dinero, por cuanto mi patrona, a la que había pagado por anticipado la habitación y la pensión, tuvo que desaparecer. Ahora me he retirado al mundo familiar y tranquilo de una pensión *suiza*.»

Lanzky sigue narrando: «¿Si Nietzsche me produjo una gran impresión la primera vez que lo vi? —no y sí—. No tenía el aspecto de lo que uno se imagina como un importante, un gran hombre. En principio sólo se veía un intelectual modesto, afable, sencillo y amable, muy alegre. Al comienzo no se veía en él al filósofo, aunque sí al hombre cultivado. Sólo después de haberlo conocido más tiempo y de haber hablado de sus ideas se reconocía su importancia. Pero era muy noble ese Nietzsche. Cuando hablaba con la gente no se atrevía en absoluto a manifestarse del todo como Nietzsche, para que nadie pudiera sentirse necio, ni empequeñecido... El siempre me buscó a mí, y en verdad me usó. No es que me haga ilusión debido a mi insignificancia. Pero él estaba casi ciego, hablaba mal el francés y casi nada de italiano. Por entonces era costumbre en los hoteles comer todos juntos en la gran mesa, y la conversación le resultaba

difícil sin ayuda, así como la lectura durante el tiempo anterior a que apareciera Peter Gast. Por eso, durante seis años, me tuvo mucho en torno suyo. También humanamente nos unían varias cosas. Ambos nos imaginamos que procedíamos de Polonia, y después de 1870, tras la llegada del superalemán, ya no podíamos soportar estar en la patria.» En este informe hay que corregir que «Peter Gast» ya había «aparecido» hacía tiempo y que el trato personal con Lanzky no pudo durar seis años, ni mucho menos, aunque sólo fuera porque el desmoronamiento intelectual de Nietzsche tuvo lugar cinco años más tarde; de hecho Nietzsche rompió ya en 1887, a causa del «Crepúsculo», de Lanzky.

Por su carta a Overbeck de las Navidades de 1883 sabemos cuál fue la impresión que produjo en Nietzche el nuevo encuentro: «Hay una persona nueva que quizá me llegue como regalada y en el momento oportuno: se llama Paul Lanzky y me tiene tanta afección que le gustaría unir su destino y el mío *cuanto antes*. Independiente y amigo de la soledad y de la sencillez, de treinta y un años, con gusto por la filosofía, más pesimista todavía que escéptico: ¡es el primero que se dirige a mí por carta con 'Admiradísimo maestro'! (lo que me ha producido los sentimientos y recuerdos más variados). Es copropietario del hotel (foresteria) en Vallombrosa —y en ese rincón magnífico, viejo y amable, mi filosofía volverá a hacerse 'un nido'—. Seguramente pasaré una parte del próximo año allí, en Paradisino, en solitario, apartado incluso del hotel: estoy *invitado* a ello.» Lanzky hubo de leer a menudo para Nietzsche —tres tomos de Stendhal, según Lanzky—; y en tales ocasiones seguramente se entablaría con frecuencia un diálogo. En ese trato íntimo llegaron a manifestarse vivencias y experiencias similares: También Lanzky arrastraba una pena, tenía el alma herida. Había amado a una mujer que lo abandonó un buen día. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella cuando, inesperadamente, se topó con su tumba en un cementerio italiano. —¿Le esperaba algo así también a Nietzsche?— ¡Todavía seguía inquietándole la salud de Lou!

El encuentro con Nietzsche dio una nueva orientación a la actividad literaria de Lanzky, a sus treinta y un años. En los dos decenios siguientes publicó algunos libros de lírica intelectual, en forma de aforismos y (sobre todo) de poemas; algunos de esos libros llegaron incluso a una segunda edición*.

Ya los mismos títulos señalan la dependencia de Nietzsche; se trata de literatura epigonal y, como tal, sucumbió a su frecuente destino: el olvido.

* Paul Lanzky, obras publicadas: «Liberado de la pena», pesimista, novela corta, Rostock, 1887; «Crepúsculo», consideraciones psicológicas, Berlín, 1887; «A orillas del Mediterráneo», poesías, Stuttgart, 1890; «Hojas otoñales», poesías, Leipzig, 1891; «Nuevas poesías», Leipzig, 1893; «Por las sendas de Dionisos», 1894, Dresden, 1900; «Aforismos de un ermitaño», Leipzig, 1897; «Sofrosine», poesías, Dresden, 1897, 1900; «Cantos apolíneos», 1901; «Amor fati», nuevas poesías, «dedicado a los manes de Nietzsche», 1904.

Parece que el propio Lanzky se dio cuenta de ello, puesto que después de 1904 enmudece.

Un nuevo golpe del destino lo forzaría finalmente a convertirse en un ser totalmente retirado y sin pretensiones. En otro tiempo, huésped en vacaciones del hotel Bellerive-Ziebert en Lugano'Paradiso[132], «ya anciano, a causa de su orientación política [pero más bien por ser judío], le fueron quitados todos sus bienes por Mussolini, fue expulsado de la nación, encontrando asilo en casa de la propietaria del hotel, enviudada tempranamente. Sus comidas las tomaba él, un hombre poco llamativo, delgado, algo contrahecho, en el comedor, en una pequeña mesa... Le llevaba a ella los libros, era su consejero, y los niños veían en él a un abuelo.» Murió después de 1940, olvidado hacía ya mucho tiempo por el mundo literario. Ni siquiera el Archivo de Nietzsche, de Weimar, lo tomó en consideración. Por falto de interés, se declinó el ofrecimiento del modesto legado literario, que, finalmente, encontró asilo, en 1947, en la Biblioteca de la universidad de Basilea*.

La colección de aforismos «Crepúsculo» (1887) había provocado disgusto y alejamiento en Nietzsche, al que el título le pareció presuntuoso. Pero Lanzky permaneció fiel a su «admirado maestro», e incluso tras el desmoronamiento de Nietzsche mantuvo correspondencia con Heinrich Köselitz y dedicó «Recuerdos» a Nietzsche[205].

Primeramente, Nietzsche se aferró ansioso a esta relación humana, solicitada con tanta admiración, debido a que, tras la pérdida de Lou y de Paul Rée, y las tensiones, últimamente acrecentadas, con Naumburg, pacecía horriblemente de soledad. «El auténtico infortunio del último y del penúltimo año consistió, en sentido estricto, en que yo creí haber encontrado una persona que tenía enconmendada una tarea idéntica a la mía. Sin esta creencia precipitada no habría sufrido, ni sufriría, en esta medida en que lo hice, y hago, por el sentimiento de *aislamiento* (incomprensión, menosprecio y todo lo que ello acarrea): puesto que estoy y estaba preparado para llevar *solo* hasta el final mi viaje de descubrimiento. Pero *tan pronto* como hube soñado, una única vez siquiera, que no estaba solo, el peligro fue terrible. Todavía ahora hay momentos en los que no acierto a soportarme.» (8 de diciembre de 1883 a Overbeck). Y su estado de salud, sobre el que el día de Navidad de 1883 escribe a casa: «Todo en mí estuvo enfermo; cada dos o tres días conseguía comer una vez; después, toda clase de resfriados (sin contar, como mal menor, los constipados más fuertes). Eterno vomitar, insomnio, pensamientos melancólicos sobre los viejos asuntos, malestar general de la cabeza, dolores agudos en los ojos», sólo pudo hacerle sentir más fuerte este aislamiento, aunque continúa diciendo: «Ahora estoy alojado en un sitio muy tranquilo; la buena Sra. Henschel cocina; un español, con el que me entiendo en

* Noticia personal del Dr. Max Burckhardt.

italiano y que está dispuesto hacia mí 'come un fratello', parte mis comidas. Me he procurado también una pequeña estufita en mi habitación —y así, si no tengo el placer del calor, sí, sin embargo, el del espeso humo.»

Algún placer proporcionó a Nietzsche el que un tal doctor Ziller de Naumburg, obviamente un huésped de su madre, le enviara su tesis doctoral para que la revisara. «Estad contentas de tener en casa tan buena música y una persona tan buena e interesante», observa él en la carta de comienzos de diciembre a casa.

En Niza tiene lugar otro encuentro personal, interesante en este momento:

Dr. Josef Paneth

de Viena, un científico, fisiólogo, que trabajaba provisionalmente en un laboratorio en Villefranche, cerca de Niza, y que desde allí se acercó varias veces hasta Niza a visitar a Nietzsche. O bien Nietzsche se acercaba a Villefranche, paseando luego ambos juntos hacia Niza de vuelta.

Los informes epistolares de Paneth a su novia Sophie Schwab, a Viena, publicados por la hermana de Nietzsche[86], muestran que éste creyó haber encontrado en Paneth un compañero de conversación, con el que poder explayarse libremente. Los temas fundamentales de conversación durante los cortos tres meses que duró el encuentro personal fueron: Schopenhauer, Wagner, el espiritismo y el antisemitismo de entonces, que Nietzsche tenía cerca, y de modo comprometido, en su editor Schmeitzner, pero muy especialmente en su propia hermana, que se había prometido con el ya tristemente célebre antisemita doctor Bernhard Förster. La franqueza con la que se habló precisamente de este tema sorprende más por cuanto Paneth era judío. Acertadamente observa ya Overbeck, al respecto, en sus recuerdos de Nietzsche[185]: «El desagrado que nos producía a Nietzsche y a mí el antisemitismo quizá donde se exprese más claramente haya sido en el hecho de que si bien nosotros, mitad a pesar suyo, conversamos alguna vez sobre ello, jamás sin embargo con pasión, más bien sin haberlo 'tomado como algo importante' en el fondo y considerándolo una moda de la época no muy digna de cavilar sobre ella.» Y sobre el mismo Paneth y la relación de Nietzsche hacia él dictamina Overbeck: «Un judío muy singular, uno del estilo de Spinoza, semejante a este ser universal, sobre todo por su grado de emancipación, raro entre sus compañeros de raza, de toda tradición de su pueblo, de la religiosa como de la nacional. También Paneth está totalmente apartado de la sinagoga, pero también del sionismo de la actualidad... Paneth no reconoce de hecho otra 'escuela' que la científica por la que pasó, a saber el laboratorio de Fisiología del profesor Brücke en Viena. Se trataba, pues,

de un judío ante quien Nietzsche, ciertamente, no pudo pasar indiferente. El mismo hubo de acudir a Paneth en busca de informes, por cuanto éste podía ayudarle en su situación —y en verdad no sólo para orientarle sobre su personal prestigio entre el judaísmo vienés, sino también como investigador de la Naturaleza y fisiólogo, de cuyas disciplinas Nietzsche pensó a menudo extraer consejo.»

En las cartas de Paneth se encuentra por primera vez la descripción de la personalidad de Nietzsche en el trato con la gente, tal como lo confirman y alaban todos sus conocidos: conciliador, de tacto exquisito, sobre todo con las damas, porte tranquilo, completamente falto de pretensiones, firme convencimiento de su misión filosófica, pero sin petulancia alguna ni jactancia al hablar de ella, al contrario, un ser seductoramente modesto.

Es la expresión de la seguridad interior adquirida recientemente por fe. Nietzsche estaba convencido de que con Zaratrusta había conseguido un nuevo suelo, de que pisaba tierra firme intelectual, de que poseía un nuevo conocimiento filosófico demostrado. Es esto quizá lo que le proporcionó aquella mesura y seguridad en el trato, incluso con personas «de otras creencias», que pueden observarse también en gentes fuertemente ancladas en una fe: sacerdotes o sectarios. Además de esto estaba convencido de que poseía dos medios todavía para la exposición de su universo filosófico; medios de los que ningún filósofo antes que él dispuso en tal medida y con tan variada complementaridad. El 3 de enero de 1884 anota Paneth al respecto: «Luego nos pusimos a hablar de poetas, con ocasión de ello dijo que creía encontrar en él disposiciones poéticas hasta el grado que fuera; que las había retenido tanto tiempo que ahora sólo necesitaba abrir las compuertas.» Y: «Que quería realizar algunas composiciones musicales y dejarlas como complementos de sus escritos, puesto que podía decir en tonos algunas cosas que no era posible expresar en palabras[86]».

El encuentro hubo de ser buscado por el doctor Paneth —que procedía del fiel círculo de admiradores vieneses, fuertemente dominado por los judíos, y al que pertenecía también Lipiner—, quizá tal como lo hizo Paul Lanzky, con una carta a «poste restante». Nietzsche, después, fue a buscarlo el 15 de diciembre de 1883 a su laboratorio en Villefranche, sin encontrarlo, y dejó su tarjeta de visita. El 17 de diciembre Paneth intentó una visita en Niza. A pesar de la espera en la habitación, desconsoladamente humilde, de Nietzsche, esta visita tampoco tuvo éxito, hasta que una cita exacta por escrito juntó a los dos por primera vez el 26 de diciembre. Así pues, también Nietzsche tuvo mucho interés en este conocimiento, lo cultivó y gozó de él. Sin embargo, no surgió de ahí contacto epistolar alguno como sucedió en otros casos.

Paneth hubo de regresar muy poco después del 26 de marzo a Viena, donde en mayo se casó con su Sophie Schwab. El 31 de agosto de 1887 el matrimonio fue bendecido con un hijo —Friedrich, más tarde doctor en

filosofía. Josef Paneth pasó a docente privado de Fisiología en la Universidad de Viena, pero murió tempranamente en 1890 de tuberculosis. En los pocos años de su actividad consiguió descubrir las células tras él llamadas histológicas.

El conocimiento de Nietzsche por parte de Josef Paneth fue significativo para Sigmund Freud, a cuyo círculo más íntimo de amigos pertenecía Paneth. El 11 de mayo de 1934 escribía Freud a Arnold Zweig diciéndole que su amigo Josef Paneth le había trasmitido sus primeras impresiones sobre Nietzsche. Esto no carece de importancia, puesto que, a fin de cuentas, Freud apreciaba a Paneth hasta el punto de que en su obra «La interpretación de los sueños» expone su personalidad llamándolo «mi amigo Josef». Más tarde hubo de influir más esencialmente en la comprensión de Nietzsche por parte de Freud su discípula y amiga Lou Salomé, aunque ella silenciara ante Freud la relación personal habida con Nietzsche[72,127].

Josef Paneth escribe a su novia desde Niza sobre su impresión del primer encuentro con Nietzsche[86]: «Fue sumamente amable, no hay en él rastro de falso pathos o de profetismo, como yo había temido después de su última obra, más bien se comporta muy tranquila y naturalmente... Luego me contó, pero sin la más mínima afectación ni autoconciencia, que siempre se ha sentido portador de una tarea y que ahora, en la medida en que se lo permitan sus ojos, quiere desarrollar lo que hay en él... Probablemente también a ti te extrañaría su apariencia externa como a mí, no tiene nada de extravagante ni de rebuscada. Tiene una frente extraordinariamente grande y despejada, cabello castaño liso, ojos velados, hundidos, como corresponde a su media ceguera, cejas espesas, una cara bastante llena y un bigote poderoso, y por lo demás, completamente afeitado.»

Cuando a comienzos de marzo Paneth expuso su deseo de escribir un artículo sobre Zaratustra, que ya existía en sus tres partes completas, Nietzsche se opuso básicamente: «Dijo que aunque le parecía bien no le agradaría en absoluto, de modo que no sé si he de hacerlo, puesto que le resulta decididamente molesto. Que él nunca hubiera buscado tales contactos y que vive totalmente aislado; que tiene un 'grupo pequeño y tranquilo, pero escogido'. Está totalmente convencido de su misión y de su significación secular; en esa creencia se mantiene firme y grande, por encima de toda desgracia, por encima de sus padecimientos corporales, por encima de la pobreza. Impone un desprecio así de todo medio externo de éxito, una libertad tal de toda camarilla y propaganda... Cada vez me resulta más claro que Nietzsche es fundamentalmente un hombre de sentimientos.»

Paul Lanzky manifestó idéntica opinión en sus recuerdos posteriores, en conversación con Carmen Kahn-Wallerstein[132].

Zaratustra, tercera parte

En este ambiente surgió, en enero de 1884, nuevamente como una erupción, en diez días aproximadamente, la tercera parte del Zaratustra, pensada entonces como final, como coronación, y así designada. Los trabajos previos se remontan a algunos meses atrás, pueden constatarse por lo menos desde noviembre de 1883. Pero la forma definitiva, la escritura a limpio, emana de Nietzsche como de un artista: en un proceso creador cargado emocionalmente. La obra había tomado forma dentro de él, él la había llevado durante algunos meses en su corazón, en su fantasía la había contemplado totalmente definida, había sopesado sus proporciones y pulimentado sus detalles. Con el Zaratustra I y II había experimentado los «nuevos medios artísticos recientemente conseguidos» (cfr. *supra* pág. 190). Con la perfecta seguridad del maestro que dispone soberanamente de sus instrumentos, Nietzsche pone en el papel, ahora, frase tras frase, apartado tras apartado, tal como sabemos que sucedía en músicos como Bach y Mozart —y todo lo opuesto a Wagner, quien a menudo tenía que ganarse pacientemente al piano, acorde tras acorde, sus nuevas secuencias tonales, dado que no le venían dadas por un estilo de época.

A esa seguridad hubo de contribuir no poco la carta de su viejo amigo Erwin Rohde que, tras una interrupción de año y medio, le llegó en las Navidades de 1883 (con fecha 22 de diciembre de 1883): «Tu Zaratustra me ha producido, desde todo punto de vista, una impresión más agradable que muchos de tus últimos escritos. ¡Te felicito por esa *forma* más libre de expresar tus ideas, que no sólo es nueva en cuanto *forma*, ni sólo como tal diferente de tus anteriores cadenas de sentencias! El sabio persa eres efectivamente tú, pero es muy distinto expresar opiniones totalmente personales directamente como tales, o conseguirse un ser ideal que las exponga como *suyas*... Por esta razón, seguramente, Platón se inventó su Sócrates, y tú ahora tu Zaratustra. Además, lo que reviste así en la forma de un *poema* didáctico, goza también de los privilegios de un poema; pero no censuro a los poetas, ellos tienen la gran ventaja de poder exponer los más profundos y magníficos pensamientos e intuiciones sin tener que torturarse con una *demostración* de los mismos, que el 'filósofo', posteriormente, ha de componer trabajosamente. También tu lenguaje encuentra sólo ahora sus mejores tonos: considero insuperable especialmente el 'Prólogo', pero también algunos trozos de los apartados siguientes.» ¡Con esto Rohde reaccionaba todavía al Zaratustra I! Dos meses después, el 22 de febrero de 1884, ya compuesto entretanto el Zaratustra III, Nietzsche se siente libre para responder: «Mi Zaratustra está acabado en sus tres actos: el primero lo tienes, los otros dos espero poder enviártelos en 4-6 semanas. Se trata de una especie de abismo del futuro, algo horripilante, sobre todo en su bienaventuranza. Todo lo que hay en él es mío, sin modelo, comparación, predecesor; quien ha *vivido* una vez dentro de él

vuelve al mundo con otra cara diferente. Pero de ello no hay que hablar. Ante ti, sin embargo, como *homo litteratus*, no quiero callarme una confesión: —presumo con este Zaratustra haber llevado el idioma alemán a su perfección. Tras Lutero y Goethe había que dar todavía un tercer paso— ... lee a Goethe tras una página de mi libro —y verás cómo aquel algo 'ondulatorio' que caracteriza a Goethe como dibujante, tampoco le resulta extraño al artista del lenguaje. Yo tengo una línea más estricta, más varonil, pero sin caer, como Lutero, en la grosería. Mi estilo es un *baile;* un juego de simetrías de todo tipo y un sobrepasar y burlarme de ellas. Esto llega hasta a la elección de las vocales. —¡Perdón! me guardaré de reconocer esto ante cualquier otro, pero *tú*, creo que fuiste el único que lo hizo, me expresaste en una ocasión tu gusto por mi lenguaje—. Por lo demás, he seguido siendo *poeta* hasta cualquier límite de este concepto, a pesar de que me he tiranizado de firme con lo contrario de todo poetismo.» Por lo demás, la carta, sin embargo, respira «despedida»: «Así, amigo, me va con todas las personas que quiero: todo ha terminado, el pasado, los miramientos; se ve uno todavía, se habla, para no guardar silencio—, se escribe uno todavía para no guardar silencio. Pero la verdad la expresa la mirada: y ella me dice (¡la oigo con suficiente claridad!) 'Amigo Nietzsche, ahora estás *totalmente solo!*'.»

Publicación rápida

El 18 de enero de 1884 estaba listo el manuscrito del Zaratustra III, y todavía el mismo día Nietzsche escribe a su editor Schmeitzner. Se pone inmediatamente a la tarea de componer el manuscrito de imprenta. El 26 de enero informa a Overbeck: «Estoy a mitad de la copia. Con ello, el todo ha surgido exactamente en el transcurso de *un* año: más estrictamente en el curso de tres por dos semanas incluso. —Las dos últimas semanas fueron las más felices de mi vida: *jamás* bogué sobre un mar así con velas tales; y llegó a su culmen la alegría desbordante de *toda* esta historia de marino, que ya dura tanto como el tiempo que hace que me conoces, desde 1870.» Y el 8 de febrero: «Si Schmeitzner ha cumplido su palabra ya se estará imprimiendo. —Por lo demás, el Zaratustra *entero* es una explosión de fuerzas que se han ido acumulando durante decenios: en tales explosiones el causante mismo puede fácilmente saltar también al aire. A menudo tengo *esa* impresión: —no quiero ocultártelo.» Tampoco esta expresión tan plástica viene por casualidad: medio año antes, el 27 de agosto de 1883, había reventado la isla volcánica de Krakatau, «saltando al aire»: un fenómeno de la naturaleza que conmovería todavía largo tiempo los ánimos.

Esta vez no se interpusieron en el camino de la imprenta medio millón de libros de cantos de iglesia como anteriormente. El 27 de febrero está

ya en manos de Köselitz el primer pliego de pruebas, el 28 de marzo el último. El 30 de marzo también Nietzsche había acabado de corregir el último pliego y el 10 de abril exclama: «¡Hurra, querido y viejo amigo Overbeck, aquí está el primer ejemplar del último Zaratustra —que en justicia te pertenece a *ti!* Hay una idea en él, una idea completamente tremenda, por la que he de vivir todavía mucho tiempo.»

Se trata del dogma del «Eterno retorno de lo mismo», bajo cuya fuerza se siente atado Nietzsche desde entonces, y sobre el que funda su conciencia de enviado. Quiere, tiene que actuar. ¿Pero sobre quién?

Entonces vuelve a surgir el viejo plan de un conventículo de almas con intereses semejantes. Son líneas diversas las que convergen en ese punto, en el que, a fin de cuentas, llegan a fundirse motivos externos con la situación interior. Ya la agrupación escolar «Germania» de cuando tenía dieciséis años pone de evidencia la auténtica necesidad de Nietzsche de una comunicación intensa en el seno de un círculo pequeño, escogido. De estudiante en Bonn busca su satisfación en la asociación estudiantil —y sufre una amarga decepción—. En Leipzig consigue reunir a sus compañeros de especialidad en la sociedad filológica. Como joven catedrático de Basilea se considera afortunado de pertenecer al estrecho círculo de Tribschen. Después de perderlo se agarra a la amistad de Ida y Franz Overbeck, Heinrich Köselitz, Paul Rée, con el que vuelve a intentar formar un «estrecho círculo». Ultimamente se había sentado todavía, ávidamente, a la mesa de Malwida von Meysenbug, donde tuvo la esperanza de encontrar la alegría de un círculo pequeño e íntimo con Paul Rée y Lou Salomé —aunque en este caso la especial pasión por Lou se añadió con prepotencia a la permanente necesidad de tales contactos.

Ruptura con el antisemitismo

Casi todos estos intentos habían fracasado hasta entonces, acabaron en desavenencias o, por lo menos, en cansancio; un día cesaron por agotamiento y vacío. Sólo *una* comunidad había soportado todas las cargas: aquella con la madre y la hermana. Pero ahora también ella se rompe en parte. Quizá fueron precisamente los últimos conocimientos judíos hechos por Nietzsche los que llevaron a su hermana, en su celo misionero, por la causa de su prometido, a acosar a su hermano con amonestaciones. En todo caso, Nietzsche se lamenta el 1 de febrero de 1884[124] a su Heinrich Köselitz: «Además de todo esto mi hermana me sigue maltratando con cartas que yo colocaría bajo el concepto de 'antisemitismo'.» Nietzsche interrumpe totalmente durante algunos meses su correspondencia con ella —además sus cartas a la madre no llegan, lo que finalmente lo mueve a comienzos de junio a rogar al amigo Overbeck «enviar, y franquear también, la carta adjunta a mi madre a Naumburg—. Desde hace

aproximadamente dos meses no he conseguido que llegue una carta a sus manos; correos no consigue encontrar explicación alguna para esta desaparición repetida de cartas y postales con dirección correcta. Por fin he llegado a una sospecha sobre la que no quiero manifestarme más». Las invectivas contra su hermana se multiplican y todas ellas apuntan en la misma dirección. Si en febrero (carta a Malwida von Meysenbug, cfr. *supra* pág. 136) las quejas estaban todavía bajo el signo del episodio Lou, el acento, en las semanas siguientes, va trasladándose al punto de disputa «antisemitismo». Así el 2 de abril de 1884 a Overbeck: «La maldita manía antisemita estropea todas mis cuentas sobre independencia pecuniaria, discípulos, nuevas amistades, prestigio; ella nos enemistó a R. Wagner y a mí, ella es la causa de la ruptura *radical* entre mi hermana y yo, etc., etc... He sabido aquí cuánto se *me* reprocha en Viena un editor como el que tengo.» Esta información tuvo que provenir del doctor Paneth. El 2 de mayo Nietzsche califica a su hermana ante Overbeck como «persona auténticamente malvada», y, por el mismo tiempo, ante Malwida von Meysenbug[53] como «ganso presuntuoso y molesto», e informa: «Entretanto la situación ha cambiado en el sentido de que he roto radicalmente con mi hermana; quiera el cielo que no se le ocurra a Ud. hacer de mediadora e intentar reconciliarnos —entre un ganso antisemita sediento de venganza y yo no existe reconciliación posible alguna.» Elisabeth hubo de sentir dolorosamente esa «enemistad», puesto que, en carta a Köselitz del 26 de abril de 1884[54], se esfuerza por aminorar el conflicto a su acostumbrada manera: «Este invierno ha traído una ruptura total entre mi hermano y yo. Sé que tenía que suceder así, y que es bueno que haya sucedido también, pero me ha causado el más profundo dolor. Cuando pienso lo que le he querido y admirado, y que ahora todo ello ha terminado... Naturalmente no siento odio ni rencor contra él ¿de dónde habría de venir tal cosa? Veo cómo sobre mi pobre hermano reposa, como una fatalidad horrible, la inclinación trágica a ahuyentar de sí, por un comportamiento incomprensible, a todas las personas que más lo han querido. ¡Vaya vejez solitaria que le espera! ¡Pobre Fritz!... ¡Pero, por el cielo, no diga a nadie *cuál* es el motivo de nuestro apartamiento, guarde silencio! Es *fable convenue*, según Fritz, 'que la culpa de todo la tiene mi antisemitismo'. Desde entonces me ocupo de estas corrientes intelectuales, para que ello aparezca en cierta medida probable. Cielo santo, mi antisemitismo era hasta ahora una idea tan suave, tan soportable, que todos mis amigos se sorprenderán mortalmente de que haya podido ser la causa de una desavenencia.» También por parte de «Fritz» el amor fraterno conseguía un triunfo cuando Nietzsche hacía seguir su duro juicio de las palabras siguientes: «Por lo demás aplico todo grado de disculpa porque sé *lo que* puede alegarse en descargo de mi hermana y *lo que* se oculta en el fondo de su comportamiento, ignominioso e indigno en *mi* opinión: —el amor. Es completamente necesario que se embarque lo más pronto posible hacia el

Paraguay... Finalmente, me queda la muy incómoda tarea de arreglar de algún modo ante el Dr. Rée y la Srta. Salomé las cosas que estropeó mi hermana... Mi hermana reduce una criatura tan rica y original a 'mentira y sensualidad' —no ve en el Dr. Rée y en ella otra cosa que dos 'harapos', —*Por el contrario* la indigna, a pesar de los buenos motivos que tengo, mi justo sentimiento de considerarme profundamente ofendido por ambos.»

Sólo en lo que respecta al antisemitismo su juicio es duro, y sobre todo cuando es un judío mismo el que consiente en ello. Overbeck había leído «Don Tadeo», de Mickiewicz* en la traducción de Lipiner —el poeta del «Prometeo desencadenado» (1876), a quien Nietzsche años antes había tenido en gran consideración— y lo había alabado el 3 de abril de 1884. Inmediatamente Nietzsche entra en el tema: «Últimamente he oído cosas muy exactas sobre Lipiner: externamente un 'hombre de fortuna' —Pero, en lo demás, la forma típica del 'oscurantismo' *actual;* se ha hecho bautizar, es antisemita, *piadoso* (hace poco ha atacado con toda hostilidad a Gottfried Keller, achacándole 'falta de fe y de cristianismo auténtico')... Una persona con muchas miras colaterales muy 'prácticas', que aprovecha para sí los 'signos del tiempo'.» También esta información provenía del Dr. Paneth. Lipiner, en efecto, se había convertido en 1881 en bibliotecario de la Dieta del imperio austriaco, y en 1894 habría de conseguir llegar a consejero gubernamental. ¡El bautismo había merecido realmente la pena!

Pero, por lo demás, la referencia de Overbeck a esta lectura suya ofrece ocasión a Nietzsche para volver a anclarse en sus supuestos antepasados polacos: «También tu sugerencia respecto a Mickiewicz llegó en momento oportuno: me avergüenzo de saber tan poco sobre los *polacos* (¡quienes, a fin de cuentas, son mis 'antepasados'!) —¡cuánto desearía encontrar un poeta del estilo de Chopin y que me hiciera tanto bien como él!» Efectivamente, ahora necesita encontrar «suelo», en que apoyarse dado que su obra peligra por las dificultades en que las maniobras de su editor Schmeitzner, con su dedicación a la literatura antisemita, han colocado a la editorial. «Espero, dicho sea entre nosotros, la bancarrota de Schmeitzner. ¡Dónde acabarán entonces nuestros libros!», pregunta el 7 de abril a Overbeck. Pero hay otra preocupación totalmente distinta que lo invade en este asunto. Obviamente había ordenado que el modesto producto de sus libros llegara a Naumburg a su madre, «puesto que creí tener una buena ocasión para prestar un servicio auténtico a mi madre y mejorar algo, con ello, nuestras relaciones: ¡y entonces vuelve a interponérseme el dichoso antisemitismo!»

A todo ello hay que añadir las molestias de su debilidad visual. «Viajar solo —es para mí, miope, un auténtico martirio», se lamenta a Overbeck el 14 de febrero de 1884, y en ninguna parte se expresa más ingenuamen-

* Adam Bernard Mickiewicz, 1798-1855; «Pan Tadeusz», Epos, 1834.

te la medida de su desesperación que en lo que exclama en la misma carta: «¡Si no fuera yo tan pobre! Me gustaría al menos tener un esclavo, como lo tenía el más pobre de los filósofos griegos. Estoy demasiado ciego para muchas cosas.»

El viejo deseo de fundar una escuela

La referencia a sus filósofos griegos no era casual: a pesar de que en su respuesta del 22 de febrero de 1884 a Erwin Rohde, con las palabras: «Todo lo que hay en él [se refiere al Zaratustra I] es mío, sin modelo, comparación, predecesor», quiera oponerse al paralelo de Rohde con Platón-Sócrates, que éste había establecido en su carta navideña, tal paralelo le hizo revivir la vieja inclinación a una clara conciencia y promovió ideas para una escuela al modelo de la Academia de Platón, o del Peripatos de Aristóteles, o, más bien, del Jardín de Epicuro.

Aunque Nietzsche hable en estas ocasiones de una reunión de «almas de intereses semejantes» y de cosas así, y con ello piense en una actitud filosófica fundamental, él se ve en ello como «primus inter pares» al menos, si no como fundador y cabeza de escuela. Y precisamente para ello su personalidad era poco apropiada, su sistema filosófico no bastaba como base suya: tampoco después del Zaratustra, al que él mismo (a Malwida von Meysenbug, comienzos de mayo de 1884[4]) califica de «vestíbulo de mi filosofía», hablando al mismo tiempo, por primera vez, de que debía «volver a poner en movimiento la mano y no cansarme hasta que la obra capital esté acabada ante mí».

Aquí comienza el funesto error en el que cayeron también los primeros editores de Nietzsche (sobre todo su hermana) y muchos admiradores de su filosofía. Vieron en él un profeta, un fundador de escuela y, al final, encasquetándole un orden supuesto («La voluntad de poder»), se vieron obligados a hacer de una colección suelta de aforismos una obra capital sistemática. Pero la posibilidad de su modo de filosofar no conlleva en absoluto que se manifieste en una «obra capital», a la que siga una escuela, o que sobre él se funden instituciones, como sólo después de él, después de que Nietzsche hubiera despejado el camino para ello, y obviamente estimulado e influido por él, pudo hacer, por ejemplo, un Rudolf Steiner con su antroposofía. Nietzsche no construye una cosmología, una imagen total del mundo, en la que integre a cada persona y en la que se haya de integrar cada particular, de la que se siga una praxis vital (como en el helenismo había hecho la Stoa). Puede uno tener la postura que sea, en cuestiones de detalle o en lo fundamental, respecto a las tesis de Steiner —puede, incluso, rechazárselas completamente—, pero una cosa hay que reconocerle a él y a sus seguidores: ¡sus doctrinas ofrecen una praxis vital y una cosmología coherentes en sí mismas, en las que y según las cuales se

puede vivir, hoy incluso en la tercera generación! Y precisamente es esto lo que falta en Nietzsche, también tras de la adepción, difícilmente conseguida, al dogma del Eterno Retorno: una cosmología coherente y cerrada en sí misma. La tremenda y osada aportación filosófica de Nietzsche es de un tipo totalmente diferente. De modo parecido al danés Kierkegaard (1813-1855), a quien Nietzsche nunca conoció, arrastra al hombre, a la existencia humana, al centro de la filosofía, lo que hasta entonces era el dominio propio del arte, y muy especialmente del arte dramático. Y así como Kierkegaard (en «Aut-aut») parte del teatro musical, del «Don Giovanni», de Mozart[119], es decir, de la obra en la que Mozart abandona el campo de juego de lo sólo-humano, sobrepasándolo, «trascendiéndolo» por primera vez en las dimensiones de lo demoniaco — así Nietzsche parte de Wagner («Nacimiento de la tragedia»), quien amplía el camino abierto, y pisado por primera vez, por Mozart al drama musical, y ofrece en el «Anillo del nibelungo» una cosmología completa —una cosmología histórica del pasado oscuro, si se quiere—, que se hace tan fuerte y llega hasta tal punto a primer plano, sin embargo, que los actores sobre la escena, los hombres y los «dioses» de la acción dramática, son a menudo totalmente encubiertos por ella. Así se cumple un movimiento opuesto entre arte dramático y filosofía: primero la obra de arte dramático-musical abandona su suelo patrio, a saber, la representación de la persona interesante (en lo que coetáneamente Giuseppe Verdi sigue aferrado, consciente y obstinadamente, con *su* arte dramático-musical, los personajes de Verdi sólo se mueven por sus pasiones humanas), y se adueña de uno de los temas básicos de la filosofía, de la cosmología precisamente. Por el contrario, en Kierkegaard el hombre se abre paso, y en Nietzsche entra en plenas candilejas, como objeto central de la filosofía; y se trata del hombre en sus acuñaciones más interesantes, como César, Colón, Napoleón, aunque, a fin de cuentas, como proyecto, meta, «superhombre». Pero falta la elevación cosmológica, la pregunta por lo «circunscribiente». Ciertamente que ya en el diálogo platónico, en el socratismo, está en plena luz la educación del hombre a la perfección moral, pero todo en él se encuentra elevado por las «ideas», metafísicamente determinadas, de las que emana una cosmología en la que el hombre posee —aunque alto— un valor posicional. También el concepto aristotélico de «telos» pertenece en parte a este contexto; y el paralelo antiguo más cercano podría encontrarse en el «homo-mensura» de la sofística presocrática, que jamás aparece, sin embargo, con la dureza y las consecuencias que tiene en Nietzsche y por Nietzsche.

El paso de Nietzsche significa un cambio radical y completo en la temática y el sistematismo de la filosofía, un paso osado y valeroso que ha abierto posibilidades y dimensiones totalmente nuevas. De ello se alimentan, viven incluso, todos los que han llegado tras de él, cada uno a su modo. Pero fundar él mismo una *escuela:* eso no pertenece a la esencia de su pensamiento.

El mismo parece que lo entendió de otro modo —o que no tuvo una perspectiva suficiente de su posición dentro de la historia de la filosofía, de sus posibilidades y de sus límites; en cualquier caso, por esa época aproximadamente —a comienzos de marzo de 1884—, pudo escribir a un viejo conocido de la época de Tribschen, al director de orquesta de Zürich Friedrich Hegar[124]: «Sueño con que, en un tiempo no muy lejano, viviré en alguna parte del sur, a orillas del mar, en una isla, rodeado de los compañeros de trabajo y de los amigos más dignos de confianza: —Y también a Usted me lo he imaginado en ese tranquilo conventículo.» Extrañamente también cuenta entre esos «amigos más dignos de confianza» a Paul Rée y a Lou Salomé. En todo caso ése es el cuadro que pintó ante Overbeck (7 de abril de 1884): «Para el próximo invierno ya estoy bastante seguro... Quizá consiga fundar aquí una sociedad bajo la cual no sea totalmente el 'oculto'... Lanzky... ya está decidido a venir; deseo poder convencer a Köselitz. Quizá incluso al Dr. Rée y a la Srta. Lou Salomé, ante quienes quiero arreglar algunas cosas que mi hermana desarregló.»

Cree, además, haber ganado para la causa a otros conocidos, especialmente, sin embargo, a una nueva y joven admiradora. «Mis relaciones de este invierno me las puso a mano... la clientela de la casa. Un viejo general prusiano [la carta del 19 de septiembre de 1884 a la madre le llama General Simon] con su hija, ...una vieja pastora americana que me ha traducido del inglés, durante dos horas diarias aproximadamente [a Emerson, quizá también a Galton]; últimamente, Albert Köchlin y señora (Lörrach) se han portado conmigo de modo extraordinariamente amable. En este momento tengo visita, para 10 días aproximadamente, de una estudiante de Zürich, cosa que tú encontrarás graciosa —me hace bien, me tranquiliza algo, después de las 'grandes olas' interiores de los últimos meses... Y parece que entre ella y la Srta. Salomé existe una mutua admiración; tiene trato muy íntimo, asimismo, con la condesa Dönhoff y con su madre, naturalmente también con Malwida: de modo que existen suficientes personalia en común. Ayer fuimos juntos a una corrida de toros española.» Esa «estudiante de Zürich» era la austriaca

Resa von Schirnhofer

Se doctoró en 1889 en Zürich con una tesis sobre el tema «Comparación entre las doctrinas de Schelling y de Spinoza». En el *curriculum vitae* de esa tesis se presenta del siguiente modo[155]: «Yo, Resa von Schirnhofer, nací el año 1853 en Krems, Baja Austria. Mis padres son el lugarteniente Imperial-real, pensionado, Wilhelm Ritter von Schirnhofer y Therese von Schirnhofer, nacida Scharinger. Después de haber disfrutado de las primeras clases en las escuelas de Znaym, Mähren y Steyr, Alta Austria, y de haber pasado dos años como pupila en el internado civil femenino

Imperial-real de Viena, me consagré durante algunos años a estudios teóricos y prácticos de arte en la Academia de Bellas Artes del Museo Imperial-real de Viena. En el otoño de 1883 hice mi examen de madurez en el gimnasio estatal de Linz, para estudiar después, con la interrupción de un año, que pasé en París, en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Zürich, por la que, tras la aprobación del examen, fui promovida a doctor en enero de 1889.»

Los padres vivían entonces en Graz, donde el 6 de marzo de 1893 murió primero la madre, y poco tiempo después, el 29 de noviembre del mismo año, el padre. Dejaron a sus tres hijos Theresia, Wilhelmine y Adolf una pequeña fortuna y dos casas, por cuya venta cada uno consiguió sus propios bienes. Esto permitió a Resa (Theresia) una vida más libre; viajó mucho, cultivó buenas amistades y en 1909 eligió finalmente Brixen como lugar definitivo para vivir. Después de la primera Guerra Mundial perdió su fortuna, colocada en valores del Estado, y tuvo que salir adelante dando clases particulares de lengua y de piano. En 1945 —con 90 años— fue recogida en el hogar de ancianos «Hartmannsheim» de Brixen, donde el 26 de octubre de 1948 murió de debilidad senil.

Nunca desarrolló una actividad publicística grande. Para nosotros, sin embargo, resulta muy valioso un pequeño trabajo titulado «Sobre el hombre Nietzsche», escrito en el año 1937, que se encontró entre sus póstumos preparado ya como manuscrito para la imprenta[155].

La literatura nietzscheana, que crecía entonces rápidamente, y, sobre todo, la caricaturización de la persona de Nietzsche, al que ella siguió siempre admirando, la impulsaron a poner por escrito sus recuerdos. En la introducción observa al respecto: «Dado que todos nosotros sólo podemos vernos mutuamente a través de la personalidad intelectual propia, lo que yo aquí perfilo es mi *imagen* de Nietzsche, el modo como *yo* lo vi desde aquel aspecto esencial que él *me* ofreció en el juego movido, de efecto y contraefecto, de dos individualidades. Esa imagen de Nietzsche la he dibujado fielmente, en el marco de nuestros encuentros, tal como él mismo vive hoy en mi memoria; y en profunda simpatía con aquella personalidad genial, subyugante, que ya entonces sufría duramente por su destino; y a este respecto no pueden engañar las grandes palabras triunfales, los estados de ánimo eufóricos, el vuelo 'al cielo propio con alas propias', ni tampoco la así *querida* posición heroica frente a la vida.»

De la descripción de su primer encuentro con Nietzsche transcribimos lo siguiente: «En las vacaciones de Pascua de 1884, al final de mi primer semestre en la Universidad de Zürich, fui a Génova con la intención de encontrarme en la Riviera francesa con mi respetada y maternal amiga Malwida von Meysenbug. A mi pregunta de si vendría a Cannes me comunicó que esa primavera se quedaría en Roma y me propuso ir a Niza, donde encontraría a Nietzsche, a quien, debido a ella, no le resultaría extraña, y que, por su trabajo intenso en cavilosa soledad, necesitaba distraerse.»

¡Por tanto, fue de nuevo la maternal y solícita Malwida la que hizo de «destino» en esta ocasión! Resa von Schirnhofer anunció entonces su visita desde Génova, y Nietzsche la contestó inmediatamente, y en el tono más confidencial, el 31 de marzo: «¡Venga con toda tranquilidad, mi admirada Señorita! E inténtelo en la casa donde yo vivo ahora —la encontrará digna de confianza y cumplidamente suiza. Poco a poco se ha ido quedando bastante vacía, los pájaros de invierno se marchan. En lo que a mí respecta, ha encontrado Usted el momento más oportuno. Ayer envié el último pliego corregido de mi última parte de 'Zaratustra', —ahora estoy libre, más libre quizá que nunca, y dispuesto *totalmente* a cualquier '*otium cum dignitate*'.

»Así pues —le enseñaré Niza y, en lo posible, también a mí mismo, ya que Usted quiere 'conocer' profundamente al viejo solitario. No obstante, todo solitario tiene su caverna en sí mismo, y, a veces, tras la caverna, otra, y otra— quiero decir que resulta *difícil* conocer a un solitario. Supongamos que sale Usted de Génova el 3 de abril en el rápido de la mañana...»

Resa von Schirnhofer se atuvo a este plan de viaje. Sigue narrando: «En aquella época no conocía más escritos de Nietzsche que 'Consideraciones intempestivas' y el 'Nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música', libro que había excitado grandemente mi admiración juvenil. Sí sabía del cambio de postura de Nietzsche en relación con Wagner, que venía unido a una ruptura en su línea evolutiva —como parecía entonces—, pero no conocía sus nuevos escritos. No me resultaba desconocido tampoco en sus rasgos humanos, debido a lo que me había contado Malwida en Roma, así como a las observaciones ocasionales de su hermana, Donna Laura Minghettis y otras personas de su círculo, todas las cuales conocían personalmente a Nietzsche. Asimismo, por conversaciones con Lou Salomé en Bayreuth (donde me encontré, después de haberme citado previamente, con Malwida von Meysenbug para las representaciones de Parsifal de 1882, ocasión en que ésta me presentó a aquélla), había oído algunas cosas sobre los problemas filosófico-morales que ocupaban a Nietzsche. El desconcertante virtuosismo dialéctico de Lou Salomé, su agudeza, que llevaba hasta la sutileza sofística, me habían cautivado... De este modo, Nietzsche me resultaba conocido por las 'imágenes reflejas' que otros me daban de él, ahora me alegraba la posibilidad de una propia y seguí con gusto la proposición de la Srta. v. Meysenbug. En el primer encuentro con Nietzsche sentí en principio una cierta timidez. Pero sus nobles y amistosas maneras, sus aires serios y profesorales, nuestra común y maternal amiga, que estaba visiblemente presente como intermediario, me permitieron pronto recobrar mi abierta naturalidad. Durante los diez días de mi estancia en esa encantadora Côte d'Azur Nietzsche me dedicó muchos ratos de su precioso tiempo. Me llevó por sus caminos preferidos, dimos paseos, hicimos pequeñas excursiones, gozamos del encanto de la

naturaleza y del clima; me traía libros para que los hojeara y otros de los que le leía a veces, y, a pesar de lo grande que era la distancia intelectual entre el pensador y poeta y la estudiante, nunca llegó a manifestarse en las simples relaciones humanas. Pensador de estilo tan desinhibido, Nietzsche era una persona de sensibilidad exquisita, dulce y de escogida delicadeza en sentimientos y maneras en el trato con el sexo femenino... Nada había en su modo de ser que me molestara. Ni en su aspecto externo y comportamiento, ni en su modo de pensar, Nietzsche me pareció un alemán típico. También me contó, con visible satisfacción, cómo siempre le sucedía que los polacos se dirigían a él como a un compatriota suyo, y que según su tradición familiar el origen polaco de los Nietzsche... era seguro. Entonces esto me resultaba nuevo y me interesó, dado que había visto en Viena, en una pintura histórica de Jan Matjeko, cabezas de características formales semejantes, de un parecido en el crecimiento del bigote no meramente superficial, cosa que también le conté y por la que pareció alegrarse mucho. Y es que estaba muy orgulloso de sus características fisonómicas polacas.

»Puede hablar con el 'querido Profesor semiciego' —como entonces le llamaban algunos huéspedes conocidos suyos de la pensión de Génova— sobre todo lo que mi ingenua admiración había atraído a la esfera de mis intereses,... sobre mis autores latinos preferidos, sobre sueños extraños de contenido trascendente, vivencias de mi niñez, etc. De ahí surgían todo tipo de discusiones, interesantes observaciones por parte suya, nacidas de la abundancia de su riqueza de ideas. En el curso de una larga conversación sobre prejuicios recalcó fuertemente que siempre que se desechan prejuicios se cae en uno nuevo: que nunca se está libre de ellos... Nietzsche me dio una vez el buen consejo de dejar a mano por la noche papel y lapicero, como él hacía, porque de noche nos visitan a menudo extrañas ideas que habría uno de recoger inmediatamente en los despertares nocturnos, dado que por la mañana no vuelve a encontrárselas casi nunca, puesto que se diluyen con la oscuridad de la noche.

»De nuestras pequeñas excursiones... hay un paseo mañanero hasta el Mont Boron que me ha quedado especialmente en el recuerdo... Soplaba el mistral, que todo lo excita... Nietzsche, con ánimo ditirámbico, lo celebraba como el liberador de toda pesantez terráquea; para él en las vibraciones, en el bramido del viento había algo disolvente y benéfico. A cierta altura... había una sencilla hostería... Nos sentamos en medio de un magnífico panorama de montaña... Allí gusté por primera vez 'vermouth di Torino', ofrecido por Nietzsche, quien, estimulado por el mistral, se encontraba en un estado de ánimo excitadísimo, lleno de humor burbujeante y de ocurrencias graciosas. El 'monte vigilado' (por tropas francesas) fue el punto de partida de una serie de versos que casi se atropellaban unos a otros... Eran versos jocosos y entretenidos que me mostraron un Nietzsche inesperado. (Sólo muchos años más tarde, por la lectura del

'Nietzsche solitario' [pág. 228], supe que durante un largo viaje de ferrocarril en compañía de su hermana... inventó coplas comiquísimas, 'lo que le gustaba hacer cuando estaba de buen humor'.)

»En otra ocasión Nietzsche me invitó a acompañarle a la corrida de toros de Niza, en la que, por orden de la autoridad, no podían aparecer caballos ni podía matarse a los toros, cosa que correspondía a mis puntos de vista de amiga de los animales. Pronto, sin embargo, esa mansa escaramuza nos pareció una caricatura de la corrida de toros y comenzó a excitar nuestras ganas de reír. El comportamiento semejante de los seis toros... parecía evidenciar un conocimiento de las ordenanzas por su parte; especialmente cómico resultó el momento en que, al final, el toro corría a escape hacia la puerta que, al fondo, abría sus dos grandes batientes. Nosotros aplaudíamos esperando que el toro, como un actor, volviera e hiciera una reverencia agradecido. En esta corrida... la música de la obertura y de los intervalos de Carmen no estaba en absoluto en su lugar... Esa música electrizaba a Nietzsche, que la escuchaba transfigurado, haciéndome notar con palabras apasionadas el ritmo palpitante, lo elemental y pintoresco de ella... Cuando mucho más tarde leí en alguna parte que la admiración de Nietzsche por la música de Bizet había sido algo buscado, artificial, pose, reacción contra Wagner, ello se opuso a la imagen de Niza que me venía a la memoria. Más bien me parece que Nietzsche hubo de sentir lo excitante de esa música como una corriente viva que, penetrando en lo profundo de su ser psicopático, revolviéndolo, llenando todo su interior, le producía un sentimiento de felicidad parecido al efecto del rugiente mistral. Considero auténtico su amor por esa música; que después lo aprovechara y lo trasformara en un juicio de valor musical contra Wagner, eso pertenece al recinto de lo artificial y surge de uno de los trasfondos de su naturaleza.

»Nietzsche me propuso una excursión a Monte Carlo y una visita al casino, pero yo aclaré inmediatamente, de modo categórico, que en aquella atmósfera no podría respirar, y que de perder la dignidad, prefería volver a ver una corrida de toros en Niza... A veces hablábamos también de nuestros conocidos comunes y Nietzsche siempre encontraba tonos de gran respeto para Malwida von Meysenbug, aunque también se mofara ocasionalmente con mucho humor de su consideración optimista de las personas y de su modo superlativista de expresarse. Hablaba con gran admiración de la extraordinaria agudeza de Lou Salomé y de su 'Himno a la vida', que me recitó enteramente. Una vez me dijo que no debía escandalizarme por el pasaje —tan tristemente célebre después— del látigo en el Zaratustra... No me aclaró el origen primigenio de ese 'consejo' tan detalladamente como más tarde leí en el libro de Elizabeth, pero sí me dijo, sin rodeos, en quién hubiera pensado con ello...

»Tras un largo paseo matinal por la playa... y una conversación sobre el Yugurta de Salustio, que había suscitado mi preferencia de entonces por

ese autor... comenzó mi acompañante a hablar de Napoleón, la única personalidad histórica que parecía fascinarlo, y del que me hablaba con tanto gusto, con la mayor admiración, como de un tipo intermedio de transición al superhombre. También me mencionó que su propio pulso iba igualmente despacio... con sólo 60 pulsaciones por minuto. De lo que no habló entonces Nietzsche... fue de su próximo parentesco con el gran corso en lo que respecta a la fuerza de voluntad, a pesar de la diferencia de ambas personalidades cuando se considera el ámbito total de sus psiques. Así, en animada conversación, llegamos a la *jetée* y, de pie ante la baranda, él me mostró más allá de la brillante superficie del mar aquel lugar donde a veces puede verse a Córcega como débil línea. Se refirió entonces a su plan de visitar Córcega y cruzar la isla partiendo de Bastia y subiendo la montaña en dirección a Ajaccio como meta final.» (Siguiendo los pasos, pues, de Gregorovius, cuyo libro sobre Córcega conocía Nietzsche.)

«Fantasiosa y vital como soy, exclamé irreflexivamente: '¡Vaya plan tan atractivo y aventurero!' Entonces me preguntó Nietzsche si no podría acompañarle, y dijo que él había meditado ya mucho sobre ello y sabía ya exactamente la 'mejor manera' de llevarlo a cabo... El tema de Córcega no volvió a tratarse.

»Tanto en Niza como más tarde en Sils-Maria, Nietzsche habló conmigo mucho y muchas veces sobre Wagner. Al principio, cautelosamente; después, con mayor dureza, superándose él a sí mismo. Analizando sin consideración la persona de Wagner y su música, y recalcando en ellas, con crítica demoledora, lo inauténtico y lo teatral. De él escuché yo por primera vez que el padrastro de Wagner, Geyer, había sido su auténtico padre y que por ello tenía sangre judía. Aunque Nietzsche, excepto esta vez, jamás habló desfavorablemente ante mí sobre los judíos, en este caso, sin embargo, lo hizo al menos con un cierto matiz denigrante. El tema Wagner tenía para él un misterioso atractivo, y, sin que yo le diera ocasión alguna, siempre volvía a ello por los caminos de ideas más variados. Comenzando con duros acordes en tono mayor, acababa siempre en conmovedores sonidos en tono menor, sobre todo cuando rememoraba el tiempo de Tribschen, donde no había todavía ningún 'solitario en su cueva'. Entonces, de sus palabras surgía una profunda pena, y sus ojos se llenaban de lágrimas... Cuanto más a menudo me hablaba de ello,... más clara me aparecía la tragedia vivencial que supuso la pérdida de esa amistad de alta tensión —quizá demasiado sin límites—, y más visible el sangrar de una herida que ya no quería curarse...

»Entre los libros que Nietzsche me dio para que hojeara, uno de los primeros fue la obra, recientemente aparecida entonces, de Francis Galton*[1], el fundador de la eugenesia: 'Inquiries into Human Faculty and

---

*[1] Sir Francis *Galton*, antropólogo y psicólogo inglés, 16 de febrero de 1822-17 de

its Development.' Mientras yo hojeaba el libro... Nietzsche me explicaba en sus rasgos fundamentales los problemas tratados en él, y los resultados conseguidos en el campo de la trasmisión hereditaria, y la evolución, siguiendo a Darwin y refutando en parte sus teorías. Tras este subyugante *privatissimum* sobre la obra de ese investigador inglés, a quien él tanto admiraba, volvió a cogerme el libro.

»Le escuché muchas cosas sobre Henri Beyle (pseudónimo: Stendhal)... Me invitó a que le leyera del libro 'Poètes et Artistes d'Italie', de Emilie Montégut*[2], y me dejó, para que yo lo leyera, la obra del Père Didon*[3]: 'Les Allemands', porque él encontraba acertados los rasgos característicos del semblante espiritual de los alemanes y franceses, y digno de leerse lo que Didon dice en ella sobre los centros de formación superior y su evolución histórica en ambos pueblos... Libros que Nietzsche me aconsejó que leyera fueron: 'Les Mèmoires de Comte de Maurepas*[4], las de Madame de Rémusat*[5], 'L'Art au XVIII^{eme} siècle', de los

---

enero de 1911, primo de Charles Darwin, fundador de la *eugenesia* (también «eugenética»). Su obra capital «Hereditary Genius, its laws and consequences», 1862, es la base de una teoría de la transmisión hereditaria. En «Inquiries into human faculty and its development», 1883, trata la cuestión especial de la reproducción de los bien dotados. «Sus investigaciones se dirigen a la cuestión práctica de si es posible promover y modificar de tal modo el proceso de selección natural, que pueda conseguirse una forma más perfecta de humanidad.» (Nietzsche encontró aquí, confirmada por un científico, su idea del cultivo del superhombre.)

*[2] Emile-Jean-Baptiste-Joseph *Montégut*, 1825 (Limoges)-1896 (París). El peso fundamental de sus trabajos está en sus artículos para la revista literario-filosófica de mayor categoría de entonces, la «Revue des Deux Mondes»; tiene también traducciones del inglés: Emerson, Macaulay, Shakespeare. sus «Poètes et Artistes d'Italie» aparecieron en 1881.

*[3] Henri *Didon*, 17 de marzo de 1840 (Touvet-Dauphiné)-13 de marzo de 1900 (Toulouse). Entró muy pronto de novicio en los Dominicos y se convirtió en un predicador brillante —aunque también discutido. Se enfrentó intensamente con los problemas de la época, también con los sociales, y tuvo conflictos por ello con su Orden. El General de la Orden lo envió a Córcega, en cierta medida «para que volviera sobre sí». Pero Didon viajó por el Oriente, por los lugares de la historia sagrada; en 1882 visitó Berlín y Gotinga para conocer la situación de la teología alemana del tiempo. El fruto de ese viaje es el libro «Les Allemands» (París, Calmann-Levy, 1884; trad. alemana de Stephan Born, Bernheim, Basilea, 1884). Su obra fundamental, de todos modos, es una «Vida de Jesús», 1890. Didon tenía relaciones con la «Revue des Deux Mondes». En el prólogo de «Les Allemands» transcribe su programa: «En su prensa... y más todavía en su política exterior, Alemania encubre poco su enemistad irreconciliable con Francia; y sin embargo, yo voy a hablar de Alemania sin tratar de ensombrecerla, sin ser injusto con ella, del mismo modo que intento juzgar a mi patria sin alagarla y sin ofuscarme a mí mismo. Porque amo a Francia apasionadamente, quiero servirla con corazón abierto y ojos abiertos... La desgracia de la patria, sus graves siniestros, sus faltas no me han llevado a dudar de ella. Mi patriotismo ha mantenido inviolable mi fe en su vocación providencial, indestructible.»

*[4] Jean-Fréderic-Phélipeaux *Maurepas*, conde de, 1701-1781. No propiamente escritor sino político en la corte de Luis XV y Luis XVI. Caído en desgracia por un epigrama sobre la Pompadour. Fue ministro de Marina, de Asuntos Exteriores, primer ministro —pero sin cartera— y, finalmente, ministro de Finanzas. Sin firmes principios, corrupto y fluctuante, en ninguna parte prestó valiosos servicios. Sus memorias (publicadas en 1791 por el Abbé Soulavie) son interesantes por la idea que dan de la vida cortesana de la época.

*[5] Condesa Claire-Elisabeth-Jeanne *Rémusat*, Gravier des Vergennes, 1781-1821. Hija

hermanos Goncourt*[6], la obra histórica de Saint-Simon*[7], 'lo más estudiado por los escritores franceses contemporáneos, el 'Mémorial de Sainte-Hélène de Las Cases'*[8], etc. Respecto a los libros alemanes, aparte del de (Hermann) Grimm sobre Emerson, por el que tenía gran simpatía, sólo me citó la obra del gran historiador católico Johannes Janssen*[9], que consideraba 'la obra más importante sobre la Reforma, con un enorme acopio de material', y 'Verano tardío', del poeta austriaco Adalbert Stifter, que me citaba como un libro lleno de perfume de rosas. En posteriores encuentros habló a menudo y con gran estima de la historia de la literatura del siglo XIX de Georg Brandes, especialmente del tomo sobre los franceses. Los escritores franceses contemporáneos le interesaban mucho... Para la poesía dramática del período clásico, así como para el arte dramático escénico de los franceses, no tenía más que palabras de admiración. Me calificaba la cultura francesa del XVII y XVIII como perfección en la forma, porte lleno de estilo, distinción en los modales, cosas todas que, proviniendo de los círculos de la corte, encon-

---

de un diputado borgoñés, que fue guillotinado en 1793. Su esposo fue director del teatro Imperial con Napoleón I; ella, dama de corte de la emperatriz Josephine. Sus «Memorias» se refieren a sus recuerdos de la corte de Napoleón I, 1802-1808. Quemó una primera versión (que Chateaubriand había conocido) el día después de la vuelta de Napoleón de Elba (el 1 de marzo de 1815 y la volvió a escribir de nuevo durante el «Imperio de los cien días» (20 de marzo-22 de junio de 1815). Esta segunda versión fue publicada en 1880, en tres tomos, por su nieto Paul Rémusat.

*[6] Hermanos *Goncourt:* Edmond, 1822 (Nancy)-1896 (Champrosay); Jules, 1830 (París)-1870 (París).

Coleccionistas de arte, historiadores del arte y de la cultura, novelistas que abrieron nuevos caminos y, en ese sentido, fundadores del estilo impresionista-naturalista, por cuanto traspasaron a la novela los métodos cuidadosamente documentadores de sus trabajos históricos. Pusieron especial interés en el siglo XVIII. «L'Art au XVIIIième siècle» apareció primero en 12 cuadernos, de 1859 a 1875; en 1873-74, en dos tomos; en 1881-1884 en tres tomos. De las noticias de R. von Sch. no puede deducirse cuál fue la edición que usó Nietzsche.

*[7] *Saint-Simon*, probablemente Louis de Rouvroy, duque de, 16 de enero de 1675 (Versailles)-2 de marzo de 1755 (París). En sus memorias descubre, con agudeza crítico-psicológica, el trasfondo de la vida de la corte en la última época del reinado de Luis XIV. Compuesta entre 1691 y 1723, la primera edición completa apareció póstumamente en 21 tomos de 1829 a 1831. Gran influjo sobre los románticos. La advertencia de Nietzsche que cita R. von Sch. puede referirse a esta obra, aunque también pudiera valer para:

*[8] Emmanuel-Auguste-Dieudonné-Marius-Joseph *las Cases*, comte de l'Empire (pseudónimo A. Lesage), 1766 (castillo Las Cases en Revel, Alta Garona)-1842 (Passy-sur-Seine). Alférez de fragata con 21 años, emigrado en 1790, regresó durante el Consulado a Francia y se convirtió, con el tiempo, en el confidente más íntimo de Napoleón. Compartió con él el exilio en Santa Elena; escribió allí, bajo la supervisión de Napoleón, 'Le récit de la campagne d'Italie' y anotó diariamente las palabras y actos del prisionero. Vivió durante corto tiempo en Frankfurt am Main y tras la muerte de Napoleón pudo regresar a Francia. Su 'Mémorial de Sainte-Helène' apareció primero en 1823 en tres tomos, en 1835 en dos tomos, y más tarde, sin fecha, en Paris en dos tomos.

*[9] Johannes *Janssen*, 10 de abril de 1829 (Xanten)-24 de diciembre de 1891 (Frankfurt am Main). Historiador alemán, al final profesor en Frankfurt. «Historia del pueblo alemán desde finales de la Edad Media», 1876 ss., 8 tomos.

traban su expresión en la vida social... Mucho me habló Nietzsche de Taine, con el que estaba en contacto epistolar, y me recomendó que leyera su 'Origines de la France contemporaine'...

»Nietzsche me regaló entonces el 'Así habló Zaratustra', las tres partes, que habían aparecido recientemente; me lo entregó con amable solemnidad, escribió arriba 'amistosamente afecto', y abajo 'In nova fert animus'*[10]. Antes de que yo lo hubiera ojeado, buscó en la 2ª parte la Canción de noche y me invitó a leerla en voz alta. Ya su comienzo: 'Es de noche: ahora hablan más alto todos los manantiales. Y también mi alma es un manantial', que comencé a leer tímida y suavemente, por su belleza lírica, despertó en mi interior tonos resonantes... En otra ocasión me rogó que leyera en voz alta la canción de baile de la 2ª parte del Zaratustra... Inmóvil, con ademán de fatiga, Nietzsche estaba sentado allí, como sobrecogido por una nueva vivencia de su poema, olvidado totalmente de mi presencia, hundido en su mundo más propio, en aquello 'desconocido', 'insatisfecho', 'insaciable', de lo que dice Zaratustra en esas dos canciones que está en torno a él, en él.

»Cualquier palabra no hubiera sido otra cosa que un estorbo. Guardé silencio largo tiempo y dejé que el eco interior de Nietzsche y mi emoción poética fueran disminuyendo. Más tarde Nietzsche me dijo una vez cuánto bienestar le producía poder hablar, reír y, lo que era más extraño en las mujeres, callar, también, conmigo.

»De nuevo en otra ocasión me pidió Nietzsche que le leyera 'La otra canción de baile' de la 3.ª parte del Zaratustra. El final de la misma no lo había entonado probablemente con el suficiente misterio para su gusto, puesto que Nietzsche repitió con voz solemnemente alterada las campanadas de medianoche de la 'vieja y pesada campana vibrante':

¡Uno!
¡Oh hombre! ¡Presta atención!
¡Dos!
¿Qué dice la profunda medianoche?
¡Tres!
«Yo dormía, yo dormía—,
¡Cuatro!
«Me desperté de un profundo sueño
¡Cinco!
«El mundo ha sido pensado profundo,
¡Seis!
«Y más profundo que el día.
¡Siete!
«Profundo es su dolor—.

*[10] Ovidio, metamorfosis I, 1 (Proemio). El verso completo: In nova fert animus mutatas dicere formas, corpora:...

¡Ocho!
«Placer —más profundo aún que la amargura
¡Nueve!
«Dolor dice: ¡cesa!
¡Diez!
«Pero todo placer quiere eternidad—,
¡Once!
«—¡quiere profunda, profunda eternidad!»
¡Doce!

»... Después se levantó para despedirse, y cuando estábamos en la puerta cambiaron repentinamente sus rasgos. Con una expresión rígida en la cara, arrojando hurañas miradas en derredor como si amenazara un terrible peligro si alguien hubiera escuchado sus palabras, con la mano ante la boca para suavizar el tono, susurrando, me anunció el 'misterio' que Zaratustra había dicho a la vida al oído, y ante el cual ella le respondió: ¿Sabes tú eso, oh Zaratustra? Eso no lo sabe nadie.'

»Había algo de extravagante, de inquietante incluso, en el modo cómo me comunicó Nietzsche el «Eterno retorno de lo mismo», el tremendo alcance de esa idea. Más que su contenido me sorprendió la manera de comunicarlo. De repente era otro Nietzsche el que estaba ante mí y me había asustado.

»Pero dado que, sin desarrollar más la idea, volvió a su modo natural de hablar y a su comportamiento normal, y añadió, tranquilamente, que yo sólo entendería más tarde, en toda su envergadura, el gran significado de la revelación, me quedé con la impresión de que Nietzsche había jugado a propósito fortísimo con mi impresionabilidad para que lo tremendo de ese descubrimiento me resultara inolvidable. En Sils-Maria, debido a otra experiencia, recordé vivamente esta extraña escena a otra luz distinta.»

En este encuentro con Resa von Schirnhofer destacan algunos momentos de un paralelo desconcertante con los apasionados días de la primera convivencia de Nietzsche con Lou Salomé en el lago Orta, hacía casi exactamente dos años. Dejando aparte el hecho de que ambos conocimientos provinieron del círculo de las estudiantes de Zürich y por mediación de Malwida von Meysenbug, las semejanzas decisivas están, sobre todo, en el desarrollo externo: los paseos comunes, la vivencia del paisaje montañoso: en aquel caso próximo al lago, en éste cercano al mar; allí el Monte Sacro, aquí el Mont Boron; allí «el primer cognac de su vida» con Lou, aquí el primer «vermouth di Torino» para Resa. En ambos casos la confidencia de la manifestación de su angustioso «secreto», el dogma del «Eterno retorno de lo mismo», expuesto como para la ocasión de una iniciación, de una admisión en una comunidad mistérica: los versos iniciales tomados de las «Metamorfosis» de Ovidio y puestos como dedicatoria no fueron elegidos por el humor juguetón de un filólogo.

Lo que en esta ocasión faltaba totalmente era un «Paul Rée», un tercero en la reunión. Pero Nietzsche tenía intención de conseguirlo todavía. Es verdad que Nietzsche, como afirma ella, no volvió a hablar con Resa von Schirnhofer del plan de Córcega, pero no lo abandonó por el momento. Todavía el 25 de julio de 1884 escribe a Köselitz: «...me quedaré definitivamente en Sils y Niza, con cortas estancias intermedias (así, por ejemplo, está previsto, provisionalmente, para la primavera próxima, una excursión a Córcega partiendo de Niza; Resa von Schirnhofer y yo —*¡vivat tertius!)*.» Este «tertius» tenía que ser esta vez Köselitz, puesto que, sin la construcción de una relación triangular, Nietzsche no se atrevía a hacer el viaje.

Dada la fuerza de la fantasía poética de la que estaba dotado Nietzsche no hay que excluir el que la convivencia con Resa von Schirnhofer despertara y volviera a hacerle vivir otra vez el recuerdo de las horas felices con Lou. No hay pruebas, sin embargo, de que Nietzsche intentara, y ni siquiera pensara, en llevar su conocimiento con Resa von Schirnhofer hasta una *amistad* de recambio por la perdida Lou. Resa von Schirnhofer tenía asignada otra misión: servir de puente para uno de los nuevos conocimientos más importantes, para el encuentro con Meta von Salis.

Resa von Schirnhofer había conocido en los diez días de Niza (3-13 de abril de 1884) a un Nietzsche alegre, saludable, puesto que ningún acceso de su mal enturbió esa época feliz. Una semana después de su partida, el 21 de abril, también Nietzsche abandonó su cuartel de invierno, en el que se había rodeado de un nuevo círculo de conocidos realmente internacional, y se dirigió primero a Venecia, donde llegó a las siete de la tarde, muy cansado por el largo viaje, alojándose en «San Canciano, calle Nuova, 5256», donde permaneció hasta el 12 de junio, para aparecer después, repentinamente, en casa de los Overbeck, en Basilea.

Si el poeta Nietzsche había tenido en Niza sus días altos, en Venecia fue el músico Nietzsche el que deseaba recrearse, y para ello contaba, en primera línea, con su «Maestro Peter Gast», Heinrich Köselitz.

Diplomacia musical

Ya el 1 de febrero le había escrito: «Mientras tanto, mi deseo de su música se ha hecho tan grande que he de aparecer de improviso un día en Venecia. Es como un deseo después de una enfermedad grave: ¡creo que no encontrará en todo el mundo, querido amigo, unos días *tan* deseosos de escucharle!» Y el 25 de febrero: «...estoy sediento, literalmente, de su música... La música es, con mucho, lo mejor; ahora, más que nunca, desearía ser músico.» Esto vuelve a repetirse en todas las cartas siguientes.

El motivo en esta ocasión era que Köselitz estaba embebido en los últimos retoques a su ópera «Il matrimonio segreto», de la que esperaba

su brecha hacia el éxito, hacia su validación general como compositor. Y Nietzsche no sólo participaba de esa esperanza, sino que estaba ya seguro de su cumplimiento. Así, siguió todos los pasos y gestiones de su amigo con tensa simpatía interior. Los mínimos adelantos aparentes los saludaba con fanfarrias de alegría en sus cartas. Estudió incluso, como él mismo confiesa el 22 de marzo a Köselitz, un trabajo de Eduard Hanslick sobre la ópera de Cimarosa, «Matrimonio segreto», y observa al respecto, con inconfundible mordacidad, contra Wagner: «El [Hanslick] parece saber muy bien lo que falta a todos esos grandes potentados de la música, desde Schumann —unas veces el 'pleno brillo del sol' y otras el verdadero 'buffo.'».— Nietzsche cree que Köselitz posee esas cualidades y que se ha de convertir así en un antiwagneriano. Sólo *un* temor abrigaba Nietzsche: el texto no era nuevo, era desde hacía tiempo bien común de la escena operística en una versión musical maestra. El napolitano Domenico Cimarosa (1749-1801) había compuesto esta ópera en 1792, el primer año de su cargo de director de orquesta en la Opera de la corte de Viena —como sucesor de Salieri, tan controvertido en la biografía de Mozart. No sólo es la única de *sus* obras que perduró, sino también la única ópera cómica italiana del siglo XVIII que ha podido mantenerse de alguna manera hasta hoy al lado de las obras maestras de Mozart. Por ello se convirtió con el tiempo en una pieza de orgullo nacional para los italianos interesados (y versados) musicalmente. Llega ahora un compositor alemán, no acreditado todavía por obra alguna, coge el mismo libreto y se compromete a hacer las cosas mejor que «su» Cimarosa —así, esta circunstancia encerraba toda clase de peligros «en este siglo de locura por las nacionalidades»; precaverse de ellos desde el principio era una postura inteligente. El inconveniente del nombre Köselitz ya había sido subsanado hacía mucho tiempo por el pesudónimo artístico «Peter Gast» o «Pietro Gasti», pero seguía sin sonar italiano de modo convincente. La primera propuesta de Nietzsche, la italianización en «Coselli», hubiera sido ciertamente mejor. Hubo que buscar nuevos caminos, y Nietzsche volvió a proponer que dedicara la ópera a la reina de Italia Margherita. A Köselitz no le entusiasmó en absoluto la idea. El 25 de marzo contestó rehuyéndolo educadamente: «La reina Margherita —bueno, si Usted cree que una dedicatoria a ella cautivará antes a los italianos, puede que suceda así... Pero, en general, ello me produce mucha resistencia: los príncipes se encuentran en la molesta situación de tener que mostrarse siempre agradecidos, al final me colgarían todavía el título de caballero —¡horrible!, ¡ningún título al amor!, ¡ello estropea toda la consideración del mundo! —Y los compositores italianos son casi todos caballeros, porque se portan tan bien con su realeza.» Köselitz, por su parte, ve dos caminos: o bien conseguir primero estrenarla y luego un editor que la dé a conocer más ampliamente —o encontrar primero un editor que ponga todo de su parte también por estrenar la obra.

Köselitz quiere intentar antes el primer camino. El 29 de febrero expone su plan a Nietzsche: «Me quiero ofrecer a un empresario paduano, que ya ha organizado a menudo la temporada en el teatro Fenice de aquí, como director de orquesta para dos o tres óperas de éstas: Tannhäuser de *Wagner;* Don Juan, de *Mozart;* Tell, de *Rossini;* Vestal, de *Spontini;* Muerte de Portici, de *Auber;* Zampa, de *Herold;* Stradella, de *Flotow;* Reina de Saba, de *Goldmark;* Carmen, de *Bizet,* y para el Matrimonio secr. como primera ópera a estrenar, y sería para el Carnaval (cuyo comienzo es el segundo día festivo de Navidad 1884). En Carnaval el público tiene el mejor estado de ánimo, sobre todo al comienzo, es decir, en Navidad, Año Nuevo. Pondría como condición, además, que se organizaran cuatro o cinco conciertos con los medios musicales del teatro; en ellas presentaría algunas cosas que ya he anotado, que resultarían nuevas o que ya gustan a los venecianos.» Nietzsche contesta inmediatamente entusiasmado: «¡Qué magnífica novedad esa *decisión*... una solución tan natural a su larga estancia veneciana! ¡Sólo ahora me doy cuenta de *cuánto* me ha intranquilizado en el fondo que no *quisiera* Usted desfilar a la cabeza de *sus* tropas —con la batuta en la mano, me refiero—. *Ante todo* deseo ahora que se haga *inmediatamente* el contrato con el empresario sin mediar un día más.» Para él no hay duda (y por lo visto tampoco para el mismo Köselitz) de que su amigo es capaz de hacer todo eso. ¡Y sin embargo Köselitz no tenía formación ni experiencia alguna como director de orquesta; nunca se había puesto ante una orquesta, y mucho menos en el teatro!

Köselitz inicia conversaciones con personalidades influyentes de Venecia, también con el secretario del teatro Fenice, que le da esta información: «La sociedad convoca el concurso; sólo después vienen los empresarios. Para el invierno próximo todavía no se sabe nada con exactitud; hasta el verano no se decidirá nada al respecto. Me desanconseja totalmente ponerme en contacto *directamente* con el empresario; que lo haga si quiero, —pero el empresario no pondría interés en mi ópera y sólo se querría embolsar la fianza (6-8.000 fr.) que en cualquier caso habría de depositar.

»Me dirigí entonces a un editor milanés —me citó... de las tres firmas, especialmente la de Lucca..., así me ahorraría toda suerte de molestias con el empresario, que siempre sería un briccone... La firma de Lucca es muy rica, sostiene a muchos jóvenes compositores con la esperanza de que algún día lleguen a ser gloria díarte e díltalia. Si le gusta una obra ofrece grandes sumas, exige los mejores medios y toma ella, la editorial, los derechos del empresario.*»

---

* Francesco Lucca, 1801 (Cremona)-1872 (Milán), fue primero colaborador de la editorial Ricordi de Milán. En 1825 fundó él una editorial propia, en la que fundamentalmente admitía obras de compositores alemanes. Así, fue también el editor de Wagner para Italia. Su viuda, Giovanna Lucca-Strazza, continuó con el negocio, hasta que fue comprado en 1888 por Ricordi.

Las esperanzas de Köselitz (¡y de Nietzsche!) en un próximo estreno no habrían de cumplirse. Köselitz tendría que esperar hasta 1890. Carl Fuchs, fiel a Nietzsche, consiguió finalmente imponer la obra en Danzig (con el título de «El león de Venecia») —más de un año después del desmoronamiento de Nietzsche—. Nietzsche, por tanto, ya no pudo «vivir» un estreno tan añorado.

Con el maestro veneciano

Con tales esperanzas Nietzsche tomó el tren el 21 de abril para Venecia. Ese estado de ánimo era, además, el contrapeso urgentemente necesario al sentimiento que lo oprimía de tener que soportar la carga, ya casi no exigible a una persona, de la responsabilidad por un dogma como el del Eterno retorno.

Sabemos poco de las siete semanas largas que pasó en Venecia (21 de abril a 12 de junio de 1884). Primero le parece favorable la evolución musical de Köselitz. Así, escribe el 2 de mayo a Overbeck: «Estoy aquí en casa de Köselitz, en la tranquila Venecia, y oigo música, que es ella misma una especie de Venecia ideal. El hace progresos hacia un arte *más varonil:* la *nueva* obertura del Matrimonio es clara, severa y ardiente.» Pero esta opinión optimista no había de durar mucho tiempo. Muy pronto Nietzsche hubo de entrar enérgicamente en la obra. Abandonó definitivamente la esperanza de un estreno italiano y cambió el título. A Overbeck le informa al respecto el 21 de mayo: «Fue un momento oportuno el que escogí para venir a Venecia, puesto que nuestro maestro resulta difícil de convencer y piensa, en el fondo, que con escribir partituras está todo hecho. Apenas reflexiona sobre representación y representatividad de la obra; y ahora, ulteriormente, me doy cuenta de cuán importante fue el que yo lo llamara el penúltimo otoño a Leipzig —a pesar de que en principio parecía que había resultado inútil—. Pero no fue inútil: en otro caso él habría compuesto música imposible durante otros dos años más. Que su 'plan' con la firma milanesa Lucca era tan poco práctico como el veneciano, se lo demostré inmediatamente: con un ¡no! epistolar, rotundo, de esa firma. Asimismo, que su música es, en general, imposible por ahora para los italianos, además de que heriría su veneración por Cimarosa. En pocas palabras, que hubo una revolución en todas las cosas posibles, incluido el texto, finales y muchas formas de preguntas, que tienen que ver con el efecto a causar. Para resumir el resultado fíjate en este cartel de teatro.

EL LEON DE VENECIA

Opera cómica en cinco actos, por Peter Gast

»Supuesta primera representación en *Dresden* para Navidad, más o menos. —¿No lo he hecho bien?

Por lo demás, en lo fundamental todo va bien, incluso sorprendentemente bien: me refiero a la evolución de su talento; y si se purifica paso a paso de los restos del gusto *pequeño*, de la hipertrofia sajona-chinesa de la bonachonería y de cosas parecidas, entonces habremos de vivir todavía una nueva música clásica que se podrá permitir evocar los espíritus de los héroes griegos... Se me presenta aquí una buena ocasión para predicar mi moral estética, y en verdad no ante oídos sordos.» (La cita de «los espíritus de los héroes griegos» se refiere aquí al proyecto, en suspenso de una ópera «Nausicaa».) Y después, Nietzsche, sin mediación alguna, añade una idea sorprendente: «Hay que separar el gran evento R. Wagner de sus deficiencias personales transformadas en principios: en este sentido quiero echar mano a *su* obra y demostrar todavía, ulteriormente, que no sólo fue por 'casualidad' que chocamos.»

¿Qué clase de ideas y planes se ocultan tras este reconocimiento de la significación de Wagner y de su ligazón a él, confesada como fatal? ¿Veía, quizá, ante sí una tarea como la que mucho más tarde se habría de proponer Wieland, el nieto de Wagner? Quizá descubra algo al respecto el párrafo siguiente, que es el último de la carta: «Acepto con gusto tu expresión de 'místico separatista': hace poco le dije a Köselitz que no hay una 'cultura alemana', ni la ha habido nunca —¡excepto en el caso de los místicos solitarios, incluyendo *plenamente* entre ellos a Beethoven y a Goethe!»— ¿Sería, quizá, el otro par Wagner y Nietzsche? Con el Zaratustra, Nietzsche se ve a sí mismo completamente al nivel del Parsifal, y muy por encima de la aún tan aireada «alegría meridional» de su «discípulo» Peter Gast. Bueno, puede que para la satisfacción de pretensiones meramente estéticas baste Gast, e incluso mejor que el poeta mítico Wagner. Pero tampoco Zaratustra quiere simplemente, como poema puro, satisfacer meras pretensiones estéticas. «...y ya comienza lo que hace tiempo yo había profetizando, que en algunas cosas yo sería el *heredero* de R. Wagner» (a Overbeck, 7 de abril de 1884).

Acercamiento a Heinrich von Stein

Parece que para él pertenece a esa «herencia» el atraerse a Heinrich von Stein, del que sabía que, filosóficamente, mantenía firmemente los puntos de vista de Schopenhauer —y sobre todo, que pertenecía al círculo más íntimo de Bayreuth—. A finales del verano de 1883 Nietzsche le envió las

partes I y II, salidas hasta entonces, de su Zaratustra, e hizo que a finales de abril de 1884 siguiera la tercera. Heinrich von Stein agradece el obsequio, «la cálida verdad cuyo pulso me llega palpitante», y envía, a su vez, «lo que vuelvo a tener precisamente ahora entre las manos, poemas traducidos de Giordano Bruno», entre ellos uno «que, en su tiempo, gustaba muy especialmente a Wagner». Y añade: «Cuánto desearía que viniera este verano a Bayreuth al Parsifal... Cuando pienso en el Parsifal, pienso en una imagen de belleza pura —en una vivencia anímica de estilo puramente humano... Por eso, tímido y osado a la vez, expreso aquí ese deseo mío, no como wagneriano, sino porque deseo al Parsifal este oyente y a este oyente el Parsifal.»

Y Nietzsche responde el 22 de mayo (¡cumpleaños de Wagner!): «Esos poemas de Giordano Bruno son un regalo por el que le quedo agradecido de todo corazón. Los he 'tomado'... como gotas vigorizantes. ¡Si Usted supiera *qué* pocas veces me llega todavía de fuera algo *vigorizante!* Hace dos años dije, con una especie de rabia, que un acontecimiento como el Parsifal había de pasarme lejos, precisamente a *mí*; y ahora también, ahora que conozco un segundo motivo para ir a Bayreuth —*Usted*, mi querido Sr. Doctor, que pertenece a mis grandes 'esperanzas'—, también ahora vuelvo a tener dudas respecto a si *me es lícito* ir. A saber: el mandato, que está sobre mí, mi *tarea*, no me deja tiempo para ello. Quizá mi hijo Zaratustra le haya descubierto *lo que* se mueve en mí; y si logro de mí todo *lo que deseo*, moriré con la conciencia de que siglos venideros harán sus mejores votos en mi nombre. —¡Perdón! —Hay cosas tan graves que habría que pedir perdón antes de hablar de ellas.

»Finalmente quisiera, sin embargo, enterarme de cuándo son las representaciones, de cuándo irá Usted a Bayreuth y de si estaría quizá dispuesto a visitarme en la Alta Engadina (Sils-Maria).»

¡Así pues, no hay en Nietzsche indignación, por ejemplo, por el atrevimiento de invitarlo a Bayreuth, sino profundo pesar, incluso rabia contra sí mismo, por la renuncia penosamente soportada! Y aquí descubre clarísima, casi ingenuamente, el motivo por el que *tuvo* que separarse de Wagner: su obra, su tarea, el demonio de su filosofía le fijó otro camino: el suyo propio.

Heinrich von Stein comunica a Nietzsche el 28 de mayo de 1884 las fechas de las representaciones (del 21 de julio hasta el 8 de agosto, en total 10 representaciones, una cada dos días) y finaliza: «En cualquier caso, me mantengo cordialmente en el proyecto de un encuentro.»

El peso del dogma

Nietzsche inicia al joven y respetuoso admirador en su misterio del dogma del Eterno retorno y espera con ello ganar un «discípulo» que

pueda servirle algún día de emisario en Bayreuth. También a Malwida von Meysenbug, una de las fieles de Bayreuth, la «inicia» en la carga ritual que él soporta. Ya el 12 de febrero escribe: «Tengo cosas en mi alma que son cien veces más difíciles de soportar que *la bêtise humaine* [una invectiva contra los ataques de sus parientes]. ¡¡¡Es posible que yo sea para todos los hombres venideros una fatalidad, *la* fatalidad, —y, en consecuencia, es muy posible que un día, por amor a los hombres, enmudezca!!!» Y de modo parecido a como lo hizo a Heinrich von Stein, escribe el 21 de mayo de 1884 a Malwida (y también a Overbeck, casi con las mismas palabras): 'Mi tarea es tremenda; pero mi decisión no lo es menos. Lo que yo quiero, eso no se lo dirá seguramente mi hijo Zaratustra, pero se lo insinuará; aunque quizá haya que adivinarlo. Y ciertamente es esto: quiero impulsar a la Humanidad a decisiones de las que depende todo el futuro humano, y puede suceder que algún día siglos enteros hagan sus mayores votos a mi nombre. —Entendería por 'discípulo' una persona que me hiciera un voto incondicional—, y para ello necesitaría un largo tiempo de prueba y pruebas duras. Por lo demás, soporto la soledad: mientras que cualquier intento de los últimos años de mantenerme entre los hombres me ha puesto enfermo.»

Hay que preguntarse hoy cómo recibieron los destinatarios tales manifestaciones de una autoconciencia exaltada, ya entonces, en la primavera de 1884, sin escandalizarse en lo más mínimo por ello y sin que se les levantara la sospecha de una distorsión enfermiza de la conciencia. Sólo desde Bayreuth, sobre todo por parte de Cosima Wagner, habían llegado tales indicaciones, pero ya desde 1878, desde «Humano —demasiado humano». ¿Se tenía mayor clarividencia allí gracias a la antigua cercanía amistosa —o se sabía efectivamente algo más por fuentes de Leipzig o por el doctor Schrön de Nápoles? Todos los demás amigos y conocidos, empero, admitieron estas desmesuradas visiones de Nietzsche, que estaban, sin embargo, en crasa oposición con aquella persona familiar que conocían, tan sorprendentemente sencilla en el trato.

Habrá que intentar comprenderlo desde la situación espiritual del tiempo. Era una «época revolucionaria» (para usar una expresión de Jacob Burckhardt; a Burckhardt y a Nietzsche los unía una conciencia de crisis, más clara que en la mayoría de sus contemporáneos). Cambios radicales en el ámbito de la existencia espiritual y material se anunciaban, parecían insoslayables.

La filosofía materialista había rechazado al Dios-creador, explicando el surgimiento del cosmos como evolución totalmente autónoma a partir de leyes naturales «eternas», inmanentes a él, que las ciencias naturales se comprometían cada día más a seguir por entero en sus huellas, a usarlas y a manipularlas. Nietzsche, con sus expresiones sobre el «Dios muerto», introduce esta postura básica en el mismo Zaratustra.

Julio Verne (1828-1905), en sus novelas utópicas, había iluminado

esplendorosamente desde 1869, con visiones efectistas, las posibilidades aparentemente ilimitadas del conocimiento científico-natural y de lo realizable técnicamente. Thomas Edison (1847-1931), de la misma edad aproximadamente que Nietzsche, inició de hecho el camino con sus descubrimientos. Con la electricidad y la turbina de vapor se ofrecían nuevas fuentes de energía que, a su vez, abrían posibilidades completamente nuevas. En 1883 había muerto Karl Marx, que había legado la visión de un cambio total de estructuración de la sociedad humana.

A ello hay que añadir que los Estados europeos pretendían establecer con sus imperios coloniales una soberanía sobre el globo, por medio de la cual la cultura europea, el pensamiento europeo, *pudieran* ampliarse hasta una cultura terráquea. De ese mismo modo, el cristianismo, en su tiempo, se había extendido por el ámbito del imperio romano. ¿Por qué ahora la superación del cristianismo no iba a seguir los mismos caminos?

Revoluciones efectivas, visionarias y utópicas, en el ámbito tanto del entorno espiritual como del material, no eran nada extraordinario para las personas de la capa social a la que se dirigía Nietzsche; y la aparición de innovadores con algo más que mera conciencia de sí mismos era algo casi cotidiano. Expresión de ello eran también las artes: las formas monumentales que desembocaron en el «Jugendstil» y que se manifestaban en las artes plásticas, en la arquitectura, pero también en la poesía (series de poemas épicos) y en la música (Berlioz, Wagner, Bruckner, Mahler).

Precisamente durante las semanas de estancia en Venecia la cuestión sobre la función del arte —lo que para él significa la música— preocupó a Nietzsche de modo especial.

¿Ha de desvelar el abismo de la revolución, o debe ocultar al hombre interiormente inseguro, con el velo de ideales visiones, el terrible panorama? Estos son los problemas de la «moral estética» (también pudo haber dicho Nietzsche: la moral de la estética), de los que se ocupaba con motivo de la ópera de Peter Gast. ¿Es la apasionabilidad desnuda y sensual de «Carmen», o la agradable alegría del «Matrimonio», una alternativa auténtica a las estremecedoras visiones del más allá en «Tristán», al fracaso de los dioses (en el «Anillo») que supone la dedicación al poderío material al precio de la renuncia al amor —al amor al hombre—, o a la aspiración de Parsifal a un nivel más alto de ser hombre?

¿Hay aquí siquiera un O bien esto— o bien lo otro, o un Tanto esto como lo otro? Todavía no hay nada decidido al respecto —tampoco por parte del mismo Nietzsche—. El sólo se decidió en *una* cuestión: su conciencia mesiánica de enviado va muy concretamente unida a su «hallazgo» filosófico, al dogma del Eterno retorno de lo mismo, y es única y exclusivamente su secuela. Y de hecho, si un retorno tal, con todas sus consecuencias, fuera un hecho demostrable —o fuera creído por una parte mayoritaria de la Humanidad—, ello conllevaría un vuelco total de la existencia espiritual. Esta vida sería todas las repeticiones futuras inevita-

ble e incorregiblemente, prejuzgándolas hasta en el mínimo detalle, y estaría cargada, así, de una responsabilidad casi insoportable. Toda esperanza, toda creencia, incluso la posibilidad más lejana, de evasión de un alma a una eternidad —es decir: a algo completamente atemporal— privada de todo lo terreno —y con ello de toda miseria y dolor— quedaría destruida, diluida, y la «eternidad» supeditada a las leyes de espacio y tiempo, reducida a una secuencia —aunque infinita— temporal. Nietzsche se dio cuenta, por supuesto, de lo que esto habría de significar, tras todo el desarrollo filosófico desde Platón y hasta Kant, para el cristianismo, el islam y otras religiones del más allá, y tenía motivos para estremecerse ante ello. Cuál era en ello su estado de ánimo, lo revela una corta anotación epistolar de Köselitz a Cäcilie Gusselbauer del 5 de junio de 1884: «Nietzsche viene a casa y toca su grave música que no soporto demasiado. Al diablo esos tonos horrendos.»

¡Qué contraste con el humor alegre que había traído de Niza! De nuevo vuelve a mostrarse el terrible desdoblamiento de su existencia, que le hace sufrir desde la toma de posesión de su cátedra de Basilea por lo menos. Convicción y duda, orgullo por sus ideas filosóficas y miedo por la responsabilidad de sus consecuencias, necesidad de música animada y distrayente («Carmen», de Bizet; «Matrimonio», de Peter Gast) y atadura indisoluble a lo demoniaco de Wagner —todo ello perduraba en Venecia, donde un año antes había muerto Wagner y de donde había partido su última y tétrica marcha triunfal y donde ahora, sin esperanza y sin éxito, un Heinrich Köselitz luchaba por una ópera neo-clásico-romántica*. Nietzsche, de repente, intentó huir de todo esto por medio de uno de sus repentinos viajes.

En Basilea

Franz Overbeck escribe a Erwin Rohde el 27 de julio de 1884[50·188]: «Nietzsche apareció repentinamente aquí [en Basilea] el 15 de junio y se quedó algo más de 14 días; en aquel momento, en una situación de desamparo absoluto debido a un aislamiento que poco a poco se torna horrible, pero que a él, como se demostró aquí, sólo le resulta tan horrible cuando no se encuentra en soledad y en un clima agradable para él. Tiene puestas enormes esperanzas en su Zaratustra, sobre todo en su descubrimiento de la doctrina del eterno, mecánico retorno de todas las cosas. En el mundo de su historia es feliz ahora sólo de cuando en cuando, hasta que le llega a acongojar el hecho de que, por el momento, vive solo en él, tal como él lo entiende. Si no supiera todo lo que ya ha superado no podría pensar en él tan relativamente tranquilo como lo hago, teniendo en cuenta

* Como la que luego haría realidad Ermanno Wolf-Ferrari (1876-1948).

el estado en el que volvió a irse últimamente de Basilea... Respecto a su 'hijo Zaratustra', como le gusta llamarlo, comprendo lo suficiente para darme cuenta de que encuentra en él una fuente de alegría; a causa del libro mismo y de la suerte que tenga con su propio autor, no me atrevo a decidirme sobre si la fuente es tan rebosante como él cree.»

Nietzsche buscó contactos en Basilea con círculos universitarios, ante todo con Jacob Burckhardt. Pero ya se ha convertido en un extraño para los basileos, y vuelve a no soportar el clima de Basilea, sobre todo en esta estación del año. Aquí, en medio de esta decepción, surge el plan de explicarse «a sí mismo», buscando comprensión, por medio de una misiva completamente personal «A mis amigos», como escribe a Franz Overbeck el 10 de julio de 1884. Puede atisbarse en este plan el primer germen de su último escrito, el «Ecce homo», que seguirá sólo cuatro años más tarde y para cuya comprensión es importante conocer el primer motivo que lo impulsó. Por el momento reprime esta idea: «fue sólo la sugestión del aire de Basilea, una idea debida al desánimo. ¡Ni una palabra más sobre *mí!* El 'explicar-me' ya lo llevé a cabo por medio de la última parte de la 'Gaya ciencia'. También la idea de cursos en Niza es sólo una ocurrencia última de la desesperación, puesto que bien mirado ¿cómo *podría* ahora impartir cursos todavía?»

En esa misma carta describe su visión de la estancia en Basilea: «Basilea, o mejor mi intento de revivir el viejo trato de antaño con los basileos y la Universidad —me ha agotado profundamente. Un papel y un disfraz tales cuestan ahora demasiado a mi orgullo. ¡Mil veces mejor la soledad! ¡Y, si ha de ser así, perecer solo!—«Y a Köselitz el 25 de julio de 1884: «¡Por fin en Sils-Maria! ¡Por fin vuelta a —la razón! Entretanto todo ha sido demasiado irracional en torno mío (estaba como entre vacas); pero la mayor sinrazón fue *que* me quedara tanto tiempo en esas hondonadas y establos. Quien necesita distracciones, como sucede de vez en cuando, quien necesita ocasión para reír, libros y hombres maliciosos —que vaya a cualquier otra parte, pero no a Basilea et hoc genus omne. Lo más simpático que viví fueron los apuros de Jacob Burckhardt por *tenerme que decir* algo sobre el Zaratustra: no fue capaz de decir otra cosa que —'por qué no hacía un intento con el drama'.—»

De todos modos hubo de resultar difícil para Jacob Burckhardt ocultar su penosa decepción. En sus «Consideraciones histórico-universales» (título del libro de los cursos que impartió en 1870-71 «Sobre el estudio de la historia») se puede leer[65]: «La Wöluspa, que ya existía a comienzos del siglo 8.º... es un testimonio poderoso de los cantos mitológicos entre los escandinavos; además del mito abarca también el fin del mundo y el surgimiento de nueva tierra.»

Nietzsche había asistido a este curso (cfr. carta a Carl von Gersdorff del 7 de noviembre de 1870) y había discutido privadamente determinados problemas con Burckhardt. Entonces, respecto precisamente a tales

mitos y doctrinas que se referían a un retorno del proceso terráqueo, estaban de acuerdo en que eso era una idea absurda. ¿Y ahora? ¿Qué había de pensar Burckhardt de su antiguo colega, oyente e interlocutor, cuando éste ahora, y con tanto convencimiento, presentaba justamente esas ideas como el hallazgo fundamental de su esfuerzo filosófico y lo ponía como piedra de toque para saber si alguien «era de los suyos» o no —haciéndolo además en la forma poética de una leyenda? La referencia de Burckhardt al camino del arte poético, donde tales pensamientos pueden resultar interesantes en el reino sin límites de los mundos fantásticos (*él* pensaba quizá en un paralelo con el «Prometeo», de Spitteler) y en configuración artística, donde una personalidad profética puede interesar como tipo humano, como producto artístico, pero también humanamente, tal referencia era, en verdad, la única reacción posible para el historiador del arte.

Piora

Nietzsche huyó de nuevo a la altura de la vertiente sur de los Alpes, hotel Piora en el Ritomsee, a 1840 m. aproximadamente sobre el nivel del mar (así pues, algo más alto que Sils-Maria), a 700 metros hacia arriba o tres horas de camino, más o menos, de la estación de ferrocarril de Airolo, situada a la salida sur del túnel de San Gotardo[146]. No hay ningún dato que explique por qué fue a dar a este valle alpino solitario y retirado. Quizá se debiera a una recomendación de alguien perteneciente al círculo de conocidos de Basilea, es posible que incluso del mismo Overbeck, puesto que aquí encontró la completa soledad externa que, según la opinión que Overbeck expresó a Rohde, necesitaba. Pero otra vez resultó un fracaso. Ya después de una semana aproximadamente (el 12 de julio) Nietzsche abandona el lugar y se va a Zürich. Envía «al partir» de Airolo un anuncio de su llegada a la señorita Meta von Salis[213]: «... suponiendo que Usted sepa quién soy yo, no tiene por qué extrañarse de que desee conocerla. Permaneceré algunos días en Zürich, hotel Habis: comuníqueme allí, se lo ruego, noticia sobre el cuándo y el dónde de un encuentro.» Y firma: «Su seguro servidor Prof. Dr. Nietzsche.»

Meta von Salis sabía muy bien quién era el que se anunciaba a ella. Con seguridad, estaba perfectamente informada por su amiga Resa von Schirnhofer, y detrás de todo —o mejor: *sobre* todo— estaba Malwida von Meysenbug, preocupada por el aislamiento de Nietzsche, a cuyo círculo pertenecía esta joven estudiante de Zürich, como en su tiempo Lou Salomé y recientemente Resa von Schirnhofer, Helene Druscowitz y algunas otras más.

El 14 de julio de 1884 tuvo lugar en Zürich el primer encuentro, que al menos para Meta von Salis supondría uno de los acontecimientos más significativos de su vida. La primera toma de contacto fue de todos

modos corta; cuatro días más tarde (el 18 de julio) ya está Nietzsche en su refugio de verano de Sils-Maria; tuvo, por tanto, que abandonar Zürich el 17 de julio a más tardar.

En Sils —como en Niza— se hizo rápidamente con un pequeño círculo de huéspedes ocasionales en torno suyo, y parecía encontrarse especialmente bien rodeado de mujeres cultivadas y ya no tan jóvenes. Había también visitantes que venían expresamente por él. Nietzsche se convirtió en una especie de «atracción para forasteros». Con un cierto dejo de orgullo, irónicamente coloreado, resume el 2 de septiembre de 1884 a Köselitz: «Sils-Maria es de primerísima clase, como paisaje—y ahora también como me han dicho, a causa 'del solitario de Sils-Maria'. —Vea Usted, acabo de escribir rápidamente una 'inmodestia de primerísima clase'.»

Capítulo 7
ADMIRADORES

(Sils en el verano de 1884)

Meta von Salis-Marschlins

Graubünden —el mayor cantón suizo en extensión — es un país montañoso, salvaje e intrincado, variopinto tanto en la naturaleza física como en sus habitantes: aproximadamente la mitad de la población, es de habla alemana; en los valles interiores domina el romanche, dividido en tres dialectos bien definidos; y en los tres valles que dan al sur, la lengua materna es la italiana. Estos tres valles, además, envían sus aguas a la llanura lombarda, al Po y, por tanto, indirectamente al mar Adriático. Las aguas de la Engadina se juntan en el Inn y, como afluencia al Danubio, alcanzan el mar Negro. La mayor parte de la zona, sin embargo, alimenta al río del sino europeo, el Rin. Y ya desde la guerra de los Treinta Años, pasando por la Revolución Francesa, y hasta la época de la Restauración, el sino europeo alcanzó políticamente, a la inversa, la región de las fuentes del Rin.

Entre las familias que en esos años fatales estuvieron implicadas en todas las contiendas y enredos, e implicaron también a su patria, se cuentan los von Planta y los von Salis.

Los von Salis tenían su casa solariega en Bergell, que está orientado hacia el sur. Eran orgullosos señores, en posesión de privilegios importantes, a quienes en Veltlin y en torno a Chiavenna pertenecían grandes dominios, debiéndoles pagar tributo también multitud de campesinos. Al contrario que los von Planta, con mayores simpatías por Austria, los von Salis pusieron sus esperanzas en Francia. Los representantes más significa-

tivos de la familia se pusieron, como generales o como ministros, al servicio de Francia.

Ulysses von Salis, el mariscal de Luis XIII, compró en 1633, como refugio, el castillo Marschlins, en Igis (al norte de Chur, cerca del desfiladero que conduce al Prättigau), es decir, allí donde el Rin desemboca en el amplio valle por el que alcanza el Bodensee. Marschlins es un arrogante castillo de agua, construido en forma cuadrada en torno a un patio central, y con una torre en cada ángulo. El foso ya hacía tiempo que estaba seco, pero, a cambio, rodeaba al castillo una foresta magnífica.

Más de un siglo después otro Ulysses von Salis, el ministro (1728-1800), acomodó el castillo para internado. Habían prendido en él los ideales pedagógicos de su época, y estaba en contacto con los representantes contemporáneos suyos de la Ilustración y con los predecesores del «Sturm und Drang», primero en su propia patria Suiza (Johann Jakob Bodmer 1698-1783, Johann Caspar Lavater 1741-1801, Johann Heinrich Pestalozzi 1746-1827) y en el otoño de 1774 con el pedagogo alemán Johann Heinrich Basedow (1723 hasta 1790), al que fue a visitar a Dessau. A la vuelta rindió visita a Goethe en Weimar; Goethe se refiere a esta visita hacia el final del libro 15 de «Poesía y verdad», recordando a Salis como un hombre serio y comprensivo[102].

Ulysses von Salis intentaba hacer de Marschlins un «filantropio», donde los jóvenes fueran educados para una más alta realización del ser humano. También con esta idea dirigió la renovación arquitectónica de la arrogante residencia señorial. En este entorno y en este ambiente intelectual creció —un siglo más tarde también— Meta von Salis, que vino a añadir el componente esencialmente nuevo y revolucionario para entonces de que el sexo femenino no siguiera excluido de esa formación humana, sino que participara de las mismas oportunidades formativas que el masculino. Así, entró en el círculo de Malwida von Meysenbug y finalmente también en el de Nietzsche, quien por aquella época se hallaba rodeado de todo un ramillete de defensoras de los derechos de la mujer, a quienes él respetaba profundamente, siendo correspondido del mismo modo por ellas. También para él la realización de una situación humana superior es el objetivo fundamental, y no sólo en «Zaratustra», sino en toda su filosofía. Los pareceres pueden diverger diametralmente respecto a si *sus* caminos conducen a esa meta, pero que tal meta era la perseguida es algo que ha de reconocer hasta el peor enemigo.

En la noble grisona, que miraba orgullosa a sus antepasados, que, a pesar de sus ideales culturales revolucionarios, políticamente se mostraba aristocrático-conservadora, Nietzsche encontró una personalidad a la que de inmediato reconoció como esencialmente afín a su pensamiento. Por eso, ya tras su primer y corto encuentro en los días de Zürich, se creó entre ellos una amistad ideal, un sentimiento de afinidad que fue muy significativo para ambos, y para Meta von Salis quizá incluso vitalmente determinante.

Sobre el primer contacto personal en Zürich (ella ya conocía desde hacía tiempo al autor filosófico) Meta von Salis nos transmite lo siguiente en su libro sobre Nietzsche, «Filósofo y hombre noble»[212]: «¿Qué impresión me causó Nietzsche el 14 de julio de 1884? —El mismo acostumbraba a decir, con respecto a los lugares, que había de existir para cada persona un *optimum*, como para él representaba Sils-Maria. Pienso que cada uno tiene sus *optima* también entre las vivencias, cuando se trata de personas. Nietzsche encarnó para mí ese *optimum* en un sentido muy representativo, y eso que estoy muy acostumbrada al trato con hombres y mujeres de pueblos diferentes... Ya la primera impresión no fue comparable a ninguna otra recibida anteriormente. El aire extranjero, no alemán, de su cara correspondía con una apariencia sin pretensiones que no dejaba adivinar en él al catedrático alemán. Una fuerte seguridad en sí mismo hacía innecesaria la adopción de una pose. Aquel hombre, que veía en la ostentación un residuo de la esclavitud,... no tenía nada de las típicas maneras afectadas y pequeñoburguesas de los intelectuales. Desde el primer momento llamaba la atención su suave voz, llena de delicadeza y melodía, y su modo de hablar muy pausado... Si una sonrisa iluminaba aquel rostro bronceado por la larga permanencia al aire libre del sur, entonces adquiría una expresión conmovedoramente infantil que ganaba las simpatías. La mirada parecía, la mayoría de las veces, vuelta hacia adentro ...o proveniente de la profundidad buscando algo en lo que poner la esperanza que ya casi había perdido; pero siempre eran sus ojos los de una persona que ha sufrido mucho y que, a pesar de ello, ha resultado vencedora, y se yergue, melancólica, sobre los abismos de la vida. Ojos inolvidables, resplandeciendo por la libertad del vencedor, acusando y lamentando que el sentido de la tierra y su belleza se hubieran malversado en absurdo y fealdad.

»¿De qué hablamos? Del calor y del aire de tormenta, de amigos comunes y de lugares bien conocidos por ambos, de cosas de las que suelen hablar en el primer encuentro dos personas que saben una de otra... Después nos apartamos de lo usual, es decir, Nietzsche habló de sus intereses intelectuales y yo escuchaba. Una anotación de aquellos días me recuerda que tocó dos de sus pensamientos preferidos. El primero fue que el hombre sólo conoce la mínima parte de sus posibilidades, de acuerdo con el aforismo 336 de 'Aurora', que acaba con esta frase: '¿Qué sabemos nosotros adónde nos *podrían* llevar las circunstancias?' —Aforismo 9 de la 'Gaya ciencia': 'Tenemos en nosotros todos los jardines y plantaciones; y, con otro símil, todos somos volcanes crecientes a los que llegará la hora de su erupción: —aunque nadie sabe, es verdad, lo cerca o lo lejos que está' —y aforismo [274] de 'Más allá del bien y del mal': 'Hacen falta golpes de suerte y muchos imponderables para que una persona superior, en la que duerme la solución de un problema, llegue a actuar a tiempo todavía —llegue a la 'ruptura', como podría decirse—. Normalmente no sucede, y

en todos los rincones de la tierra hay gente que espera sentada, gente que apenas sabe hasta qué punto espera, y menos todavía que espera en vano'—. El segundo se refería a la música, que, según su opinión, está tan determinada por el carácter de una época cultural como el resto de las artes y de las ciencias. Toda una serie de aforismos demuestra lo minuciosamente que Nietzsche se dedicó a justificar este asunto. El tiempo me iría confirmando que Nietzsche gustaba de hablar de aquello que lo ocupaba en un momento concreto. Hablaba mejor y más subyugantemente que cualquiera que yo conociera, pero no evitaba en absoluto los asuntos vulgares, sino que los llenaba de significado por medio de la perspectiva totalmente individual desde la que los consideraba...»

En el pasado de Meta von Salis se daban algunos paralelos esenciales con las vivencias juveniles de Nietzsche; ello proporcionaba un tono común fundamental para la comprensión mutua, para la «armonía» espiritual. Nietzsche hubo de tener una conciencia muy clara de ello, puesto que realmente impuso su toma de contacto. Al llegar a Zürich calculó que su anuncio espistolar estaría ya en manos de Meta von Salis. De modo que ya en las primeras horas de la tarde fue a visitarla. Pero ella había salido ese día de excursión campestre. Al llegar al atardecer, en un tren todavía temprano, encontró al lado de la carta de Nietzsche su nota también. «No estando segura de la duración de su estancia en Zürich y no queriendo dejar pasar la ocasión de conocerlo personalmente, tomé inmediatamente un coche de punto para que me llevara hasta su hotel. En el puente de la estación vi a la señorita von Schirnhofer que venía despacio, en mi dirección, conversando con un extranjero. Dado que ella acababa de tener mucho trato en la primavera, en Niza, con Nietzsche, pude suponer que era él quien la acompañaba en su paseo. Bajé; fuimos presentados y quedamos en que él viniera a mi casa la mañana... siguiente.

»Eran días extremadamente calurosos aquéllos... Mi vivienda, arriba en Fluntern, ...gozaba, al menos de mañana, de cierto frescor y de una claridad tamizada. A Nietzsche, cuyos delicados ojos y cabeza sufrían por el calor y la luz brillante, esto le hizo mucho bien. Estuvimos hablando dos horas aproximadamente.»

Cuando el 1 de marzo de 1855 nació Meta von Salis, su padre, Ulysses Adalbert, tenía sesenta años, y su madre —también una von Salis, Margarete Ursula— treinta y seis. La diferencia de edad era todavía mayor que la existente entre los padres de Nietzsche. Se trataba de un matrimonio duramente probado. En las Navidades de 1849 habían perdido, por fallecimiento, dos hijas. Todas las esperanzas se fundaban en el hijo Ulysses —nacido en 1850—, como único trasmisor del apellido familiar que era, dado que a él le siguieron de nuevo dos chicas: Pauline y Meta. Pero en 1859 murió también el muchacho. Esto fue un golpe demoledor para el padre, que se acercaba a la vejez, y una lúgubre experiencia, que marcaría su modo de ser, para Meta, entonces de cuatro años, parecida a la

de Nietzsche, a la misma edad, debida a la temprana muerte del padre y del hermanito Joseph. De este modo la pequeña Meta se convierte en «una niña tímida, apasionada y poco comunicativa. Con seriedad meditabunda, sus ojos grandes, azules, miran al mundo. Son auténticos ojos de Marschlins, esos ojos azules resplandecientes, de los que dice la gente del pueblo que no hay falsedad que resista su mirada clara. No resulta fácil penetrar en ese alma infantil que oculta con temor su profunda sensibilidad, su riqueza de sentimientos, y que es quien más sufre, a la vez, por la tensión de ese estado. Los reproches en este sentido la vuelven aún más obstinada; la conciencia de la obligación y del pundonor, sin embargo, ya se han desarrollado fuertemente en ella ...El aprender no le resulta nada difícil[230].» ¡Qué cuadro más parecido al del serio escolar del gimnasio catedralicio de Naumburg! Meta von Salis confiesa en sus memorias autobiográficas: «Evolucioné a saltos, irregularmente, más influenciada por los libros que por la vida.» Pronto —más que Nietzsche con respecto a Pforta—, en 1863, Meta, con ocho años, fue llevada a Friedrichshafen, al «Paulinenstift», para un período de cuatro años de formación como interna. Se trataba, naturalmente, de una preparación para la profesión llamada «femenina», es decir, para llevar la casa; así lo quería su conservador padre. Tras un año, a continuación, en casa, un año de tranquila maduración en el sombrío castillo y su amplio horizonte, hubo de volver a un internado: el «Bäumlistorkel» de Rorschach. «Centro de cultivo de amas de casa» lo llama Meta; desde entonces, y para el resto de su vida, arrastraría consigo un profundo rechazo de la «profesión» de ama de casa. En su espíritu contemplaba otra tarea vital: hacerse educadora, educadora a lo grande. Primero consiguió, luchando contra la oposición paterna (al igual que Nietzsche hubo de hacerlo con la materna a la hora de dejar la teología), un puesto de educadora en una hacienda cerca de Würzburg. Allí conoció las «Memorias» de Malwida von Meysenbug, e inmediatamente se puso en contacto epistolar con la admirada autora, recibiendo de ésta acto seguido una invitación para que la visitara en Roma. Y realmente el invierno 1878-79 lo pasa Meta von Salis con Malwida von Meysenbug, y con ello entra por primera vez en el campo magnético de Nietzsche. En Roma, que se convertirá en la segunda patria de Meta, conoce primero a Donna Laura Minghetti, después al narrador Richard Voss (1851-1918), que en su tiempo fue famoso, a Bernhard Förster —futuro cuñado de Nietzsche—, a la baronesa galiciana Stein, y, sobre todo, a Levin Schücking (1814-1883), narrador realista westfálico, del círculo de Droste-Hülshoff, en cuya hija Theo, Meta von Salis encontrará una amiga para toda la vida.

A través de Malwida, Meta consigue en casa de la baronesa germano-rusa Wöhrmann, en Naumburg, un puesto de educadora para ocuparse de la hijita Diana. En mayo de 1879 llega Meta von Salis a Naumburg, dando con ello un paso importante de acercamiento a Nietzsche, ya que la

viuda del pastor Nietzsche y su hija Elisabeth pertenecen al círculo íntimo de amistades de la baronesa. Y es así como se llega al primer contacto personal entre Meta von Salis y la familia de Nietzsche, que justamente entonces se hallaba extremadamente preocupada por su «Fritz», que acababa de abandonar su cátedra de Basilea.

Sobre la baronesa Wöhrmann sobrevuela el encanto trágico, el «tremendum», de una persona marcada por la enfermedad[150]. Meta la describe del modo siguiente[230]: «Ante mí se hallaba una mujer que me produjo instantáneamente una impresión tan grande que no bastaba, con mucho, el esplendor y la belleza para justificarla. Ya repetidamente me había encontrado con mujeres cuya apariencia deslumbraba los ojos y provocaba una especie de admiración. Pero en este caso era el resplandor anímico el que impresionaba: la frente clara, los ojos azules resplandecientes, el rictus de dolor y bondad en torno a la bella y perfecta boca. Algo no terrenal, del más allá, vibraba en ondas apenas perceptibles en torno a aquella figura alta y delgada, cuyo porte y movimientos eran únicos en donaire.» Nietzsche fue en el otoño de 1879 a Naumburg para pasar allí el invierno. De modo que Meta von Salis y él vivieron durante algún tiempo en la misma ciudad. «Pero Nietzsche estuvo tan enfermo en aquellos meses de invierno que, a pesar del cálido interés que la señora von Wöhrmann manifestaba por él, nadie de nuestra casa, excepto el hijo mayor, llegó a verlo cuando íbamos de visita a casa de su madre. La baronesa Wöhrmann sólo le vio y habló con él una única vez, cuando el verano siguiente emprendió su último viaje al sur y él se llegó hasta la estación para saludarla. Repetidas veces hizo alusión después a sus maravillosos ojos, ...se llevó la impresión de que él había leído en lo profundo de su alma.» Nietzsche, que compartía el mismo sufrimiento, había reconocido el «tremendum», retrocediendo con temor ante ello. En la primavera de 1880 la señora Wöhrmann, a causa de su enfermedad (tuberculosis), va a Venecia, donde reside en el Palazzo Grimani. Meta tiene que ir primero a Marschlins: el padre quiere que se haga cargo de la administración de las propiedades. Pero ya a finales de octubre, sin embargo, Meta vuelve con la señora Wöhrmann a Venecia, donde permanece hasta el 30 de junio de 1881. De nuevo una época en la que Nietzsche y Meta von Salis están muy cerca espacialmente y, sin embargo, no llegan a establecer contacto personal. A pesar de los ruegos de la madre para que visitara a la enferma baronesa, estando como estaba él ya en Venecia, Nietzsche vuelve a evitar en esta ocasión el contacto personal, puesto que también ella pertenecía al círculo de Wagner: Cosima la visitó en Venecia todavía el 26 de octubre de 1880[258].

La partida de Meta el 30 de junio de 1881 significa el último adiós. El 1 de noviembre de 1881 muere en Venecia la señora Wöhrmann.

Meta von Salis pasa a continuación veinte meses en Inglaterra trabajando de educadora. Al comienzo sus experiencias fueron horribles. A la

primera familia la llama «trampa para ratas», y de una corrupta escuela de muchachas tiene que salir huyendo después de trece días. En otro instituto femenino el trabajo se acaba después de medio año, porque la directora, demasiado amable, se siente agotada físicamente. Y a continuación llega la dicha. En la casa de un mayor, de nombre Stuart, en Irlanda, la dueña, y la madre de su pupila Charlotte, se hacen amigas suyas, al igual que había sucedido antes con la señora Wöhrmann. Aquí Meta se queda un año completo, hasta el verano de 1883. Claramente, tras todo ello está, como modelo, la historia de Malwida von Meysenbug, tal como ella la cuenta en sus memorias, a las que también Nietzsche apreciaba. Se ve claramente, asimismo, que para Meta von Salis —al igual que para Malwida von Meysenbug— la forma supremamente ideal de las relaciones humanas es *la amistad* y no el matrimonio. Con ello está predestinada de forma especial también para la amistad con Nietzsche, para quien esa forma significaba asimismo el grado más alto de la relación personal.

De las experiencias tenidas hasta entonces concluye Meta von Salis, sin embargo, que así no llegará a dar el paso definitivo en sus intereses educativos más queridos: la cuestión de la mujer. Va más allá ahora que Malwida y, con veintiocho años, comienza estudios universitarios con el objetivo de terminarlos de modo oficial. Y alcanzará esa meta: en mayo de 1887 —a los treinta y dos años— supera su examen de doctorado en la facultad de filosofía de la Universidad de Zürich, con «magno cum laude», presentando una tesis de carácter histórico sobre Agnes de Poitou. De ese modo se convierte en la primera grisona con título de doctor. Más tarde explica a Nietzsche retrospectivamente «que realmente el título no le importaba mucho por ella misma, pero que en interés de la cuestión de la mujer no quiso irse de la Universidad sin antes haberlo conseguido».

A partir del otoño de 1883 estudia filosofía en Zürich —donde, como había sucedido antes con Lou Salomé, fue admitida en la Universidad sin título propio de bachiller por otros certificados que fueron considerados suficientes para ello— con los profesores Andreas Ludwig, Kym y Richard Avenarius.

Avenarius (1843-1896) era desde 1877 catedrático de «filosofía inductiva» en Zürich. Ha pasado a la historia de la filosofía como fundador del empiriocriticismo[33,247]. Persigue un conocimiento sin hipótesis y sin metafísica: pura descripción de la realidad. Frente a la frialdad de la logística de Avenarius, cristalizada en fórmulas y símbolos matemáticos, la «pasión del conocimiento» de Nietzsche, su filosofía, que suena como música profunda, instrumentada oscuramente, y que gira en torno a las últimas cuestiones del propio ser del hombre, y en torno al peso amenazador del eterno retorno, hubo de representar para la estudiante temperamental, conmovida por las experiencias, como una llamada proveniente de los mundos más lejanos. Y esa filosofía, además, no era un mero sistema elucubradamente construido, sino que bajo él había un hombre que sufría

por sus problemas y que extendía la mano buscando personas de la misma o, al menos, de semejante capacidad de sufrimiento. Por tanto, fue más que un mero gesto el que describe Meta von Salis: «Como despedida Nietzsche tomó mis dos manos en las suyas y expresó el deseo de que volviéramos a vernos.»

Más cerca de la exigencia nietzscheana de la realización del superhombre llevaron a Meta von Salis, a pesar de las grandes diferencias, las ideas de su otro maestro de filosofía, Andreas Ludwig Kym (1822-1900, desde 1851 docente en Zürich). El discípulo de Trendelenburg (1802 a 1872) defendía fundamentalmente una cosmovisión orgánico-teleológica, lo que no le impedía, sin embargo, «asimilarse en cierto modo al contrincante de la teleología, Spinoza... De la postura fundamental panteísta de Spinoza Kym quiere dejar tan poco como de la suposición de un dios personal»[33]. En camino hacia Nietzsche y parejo a la posición de Rütimeyer contra el materialismo de Darwin queda el convencimiento de Kym de que el alma humana posee movimiento y realidad propios, y que conforma el cuerpo desde dentro siguiendo fines determinados. Tiene prioridad conceptual con respecto al cuerpo. Nietzsche-Zaratustra va más allá de esa formulación general y postula esta otra: «Que vuestra voluntad diga: *sea* el superhombre el sentido de la tierra» (Zaratustra, Prólogo 3).

En cualquier caso la mayor adquisición de las lecciones del profesor Kym fue para Meta von Salis una compañera, la hija de Kym, Hedwig*, en la que encontró la amiga más fiel para toda la vida.

Meta von Salis completó sus estudios en otra facultad: con el jurista Aloys von Orelli (1827-1892), el especialista en derecho privado y federal alemán y suizo, la futura defensora de los derechos de la mujer aprendió los conocimientos jurídicos imprescindibles. Con vistas a la ampliación de su bagaje intelectual trabajó con el lingüista y especialista en sánscrito Heinrich Schweizer-Siedler (1815-1894; doctor en filología desde 1841; en 1849, catedrático en Zürich) —cuya esposa había sido una de las primeras estudiantes de Zürich— adquiriendo así el conocimiento de los griegos. El interés fundamental de sus estudios, sin embargo, estuvo centrado en el campo de la historia, en especial de la historia suiza. En él fue su maestro Gerold Meyer von Knonau (1843-1921); en 1872 docente privado todavía para todo el campo histórico en la Universidad de Zürich. En relación a la carrera académica de Nietzsche interesa un detalle de la biografía de Meyer von Knonau: en 1865 obtuvo, a los veintidós años, el doctorado en filosofía «in absentia», un procedimiento que no era inusual entonces. Meta von Salis asistió a las lecciones de

* Hedwig Kym dedicó a su amiga una enjundiosa necrológica (Chur, 1929); desarrolló una actividad literaria propia: Poemas (Munich, 1887), «En el cerco de los años» (Basilea, 1935), una tragedia doble: 1.ª parte, «El toro farnésico», 2.ª parte, «El ocaso niobíaco» (Basilea, 1935). «Horas del día y horas de la noche», poemas (Basilea, 1938).

historia del arte de Friedrich Salomon Vögelin (1837-1888), antiguo alumno de Jacob Burckhardt. Vögelin, dedicado también a la política —era miembro del Consejo Nacional (la «Cámara del Pueblo» de la Confederación Helvética)—, provenía de la teología, donde como pastor y predicador había encontrado rechazo debido a su orientación liberal y simpatizante con el primer David Friedrich Strauss. Filosófica y políticamente estaba cerca de su colega durante algún tiempo Friedrich Albert Lange, y seguía tendencias socialdemócratas. Seguramente esto no atrajo especialmente a Meta von Salis, pero sí «Jacob Burckhardt», que era la palabra clave con la que podía provocar en Nietzsche auténtica admiración; probablemente el himno de alabanza de Nietzsche a Burckhardt como modelo del profesor universitario contribuyó a que Meta, en la primavera de 1885, intentara matricularse en Basilea con Jacob Burckhardt. Pero la Universidad de Basilea seguía cerrada todavía para estudiantes del sexo femenino. Esta vez el propio Burckhardt apoyó la admisión, lamentando la decisión contraria de la regencia, en carta del 19 de marzo de 1885 al colega Kym, con estas palabras: «Con pesar he de responder a su distinguido escrito de antes de ayer que la petición de la Srta. von Salis ha sido rechazada por gran mayoría en la sesión de hoy de nuestra regencia. Ello se hizo, como Usted se imaginaría fácilmente, por motivos de principio y para todas las facultades. Siento especialmente que el rechazo se haya dado en un caso con tan buenos antecedentes, para el que hubiera deseado total aceptación.»

Extraña, penosa incluso, resulta la interpretación que Nietzsche hace del asunto; arroja una luz turbia sobre la sinceridad de su afecto, por lo demás *tan* espontáneo y emotivo, cuando el 31 de marzo de 1885 escribe a Overbeck: «He reído a causa de la medida de la Srta. v. Salis. Ello pertenece a las exquisiteces de los *agents provocateurs:* ella pretendía justamente *eso* que consiguió, un rechazo, para sacar de ahí capital para la 'agitación'.» Meta von Salis, con todo derecho, rechazó cualquier intención oculta de este tipo*.

* Después de que también Munich la rechazara como estudiante, Meta von Salis va por un semestre a Berlín. Allí asistió a las clases de Hirzel, Hilty, y realizó un curso práctico de economía con Oncken. Pasa los meses de verano en Munich estudiando fuentes históricas en la biblioteca estatal, después vuelve a la Universidad de Zürich. El 14 de febrero de 1886 muere su padre, con lo que ella se carga con la herencia de Marschlins. El 26 de mayo de 1887 obtiene el título de doctor. Vuelve a Marschlins, y desde allí emprende viajes de estudio y de conferencias; comienza su actividad literaria en 1886 con «El futuro de la mujer» (1893, 2.ª ed.). En 1893 escribe su libro sobre Nietzsche, «filósofo y hombre noble», cuyo manuscrito envía el 21 de mayo de 1893 «sin alegría» a la Editorial Naumann. Con ocasión del proceso contra las defensoras de los derechos de la mujer Caroline Farner, Dr. med., y Anna Pfrunder, se hace culpable de ofensa al honor del juez supremo de St. Gallen, Wittelsbach, lo que ha de pagar en 1894 con catorce días de prisión. ¡A su regreso es recibida triunfalmente por los habitantes de Marschlins!

En 1904 se ve obligada a vender la posesión de Marschlins a sus primos, los Salis-

Nuevamente en Sils

Cuando Nietzsche, tras la patética despedida de Meta von Salis, que, con el doble apretón de manos, significaba a la vez una toma de posesión, el 18 de julio de 1884 llega de nuevo a «su» Sils, pisa con un nuevo sentimiento ese suelo familiar. La amistad, tan rápidamente conseguida, de la aristocrática grisona de viejo abolengo le proporcionó allí, en aquel país amado y alabado, un tranquilizador sentimiento de legitimación y de patria: se sentía «legitimado» allí por Meta von Salis.

Nietzsche valoraba en mucho el influjo de los ancestros, considerando a cada individuo —y especialmente a las personalidades sobresalientes—, como producto de una evolución a través de generaciones, evolución conformada a la vez por las circunstancias vitales, entre las que contaba el «suelo» como significativa. No olvida recordar que, al fin y al cabo, él es el heredero de generaciones enteras de predicadores protestantes. Continuamente aparecen en la obra y en las anotaciones póstumas reconocimientos del valor de la acumulación generacional de méritos aristocráticos. Así en «Humano —demasiado humano» I, § 456: «Con razón puede uno sentirse orgulloso de una serie ininterrumpida de *buenos* antecesores hasta llegar al padre —pero no de la serie; pues ésta la tiene cualquiera. En la procedencia de buenos antepasados consiste la auténtica nobleza de nacimiento.» Más tarde amplía el pensamiento[4]: «El fenómeno fundamental: incontables individuos sacrificados a causa de unos pocos: como su posibilitación. —No hay que dejarse confundir: exactamente así sucede con los pueblos y las razas: ellos forman el 'cuerpo' para la producción de valiosos individuos aislados que continúan el proceso.» Y más tarde todavía, en el capítulo «Andanzas de un intempestivo» de «El crepúsculo de los ídolos», en el § 47, se vuelve a repetir: También la belleza de una raza o familia, su gracia y amabilidad de porte, se producen: se trata, como en el genio, del resultado final del trabajo acumulado por generaciones... Las buenas cosas son sobremanera costosas: y siempre es válida la ley de que quien las *tiene* es diferente al que las *adquiere*. La herencia es perfecta: lo que no se hereda es imperfecto, es comienzo.» Prescindiendo del ataque que dirige a Goethe, claramente apreciable por la elección de las palabras y su trastrueque, Nietzsche no hace aquí otra cosa que confirmar lo que siempre, desde su juventud, era un convencimiento suyo.

Meta von Salis era heredera, la última heredera, incluso, de su antigua rama familiar —con ella desaparece la línea marschlinsesa de los von Salis.

Maienfeld. Se compra un terreno en Capri y allí levanta la «Villa Helios». En otoño de 1928 regala esta posesión a las enfermeras alemanas «Hermanas de Sta. Isabel». El 15 de marzo de 1929 muere en Basilea, donde los últimos dieciocho años había encontrado un hogar en «el alto Aarau», es decir, en Oberer Heuberg 12, en casa de su amiga Hedwing Kym (casada desde 1910 con el consejero nacional Dr. Ernst Feigenwinter).

Una nobleza así tiene como consecuencia para Nietzsche, por necesidad natural, privilegios. Con tales convicciones Nietzsche demuestra su ascendiente prusiano y conserva el espíritu de Pforta. A esos privilegios pertenece el seguir repartiéndolos. Así como él en su tiempo había aceptado de su rey el regalo de una beca en Pforta, así acepta ahora de la noble von Salis un lugar en su suelo patrio. El alto valle alpino, situado en la techumbre de Europa, y en él el tranquilo lugar de Sils, se convirtió en su residencia propia: aquí recibía visitantes, personas que peregrinaban buscándolo, desde aquí anunció su mensaje filosófico. Desde aquí se atreve a introducirse en las regiones más frías y de mayor soledad del espíritu. Pero ¿no hay precisamente detrás de esa metáfora, tan fácilmente empleada por él, un Sils real, completamente diferente, desde el que en verdad se avanzó a las regiones heladas?

El otro Sils

En la época de Nietzsche vivió un oriundo silsiano que, efectivamente, se introdujo en las regiones más solitarias de su patria, que escaló cumbres de vértigo, consiguiendo con ello para su pueblo en aquellos años una fama universal al lado de los centros de alpinismo de siempre, Grindelwald, Zermatt y Pontresina: *Christian Klucker*[138],[145], uno de los guías de montaña personalmente más significado y significativo de todos. Nacido en 1853 (muerto en 1928) en Sils —propiamente en Fextal—, desde 1873 hacía de guía hacia los montes del entorno más próximo, ampliando cada vez más su radio de acción y la fama de su nombre. A causa suya llegaron a Sils los mejores alpinistas, para recorrer con él rutas recién abiertas u otras totalmente inexploradas*. También en su Ayuntamiento llegó a desempeñar con el tiempo Klucker un papel importante, en asuntos escolares y como presidente del Ayuntamiento. Hay que excluir totalmente que la pequeña población de Sils, donde todos se conocían unos a otros, e incluso la mayoría de las veces estaban emparentados, y que el propio patrón de Nietzsche, Durisch, no hablaran de ello, añadiendo historias fantásticas o, al menos, fantasiosas. Desde 1874 Christian Klucker trabajaba con el hotel «Alpenrose», donde Nietzsche iba por lo regular a comer. No se confundirá uno mucho si ve aquí la fuente de las metáforas de alta montaña de Nietzsche (sobre todo en Zaratustra);

* En 1883 fue el catedrático de química de Munich, Dr. Theodor Curtius, quien por primera vez (luego volvería siempre, excepto en 1884) fue a Sils para realizar desde allí con Klucker, escaladas en todo el ámbito de los Alpes, también en Wallis y en las tierras altas de Berna. Relativamente recientes, en la zona más próxima, eran las primeras escaladas del Bernina por el Biancograt (1878) y por el Piz Scerscen (1879) llevadas a cabo por Hans Grass, de Pontresina. En 1882, Kucker subió por primera vez al Bernina.

metáforas que, a pesar de todo el cuidado de sus formulaciones, resultan tan irreales, tan poco plásticas, precisamente porque no fueron *percibidas* por Nietzsche mismo, sino traídas de segunda mano, *escuchadas* en relatos.

Los caminos propios

Las ideas, sin embargo, que Nietzsche resalta con tales formulaciones, no fueron escuchadas en parte alguna. Con ellas progresa realmente en su camino, que lo conduce a la superación del dualismo del bien y del mal. La carta del 23 de julio de 1884 a Overbeck señala exactamente en esa dirección: «Estoy hundido en medio de mis problemas; mi teoría de que el mundo del bien y del mal es sólo un mundo aparente y perspectivista es de una novedad tal que a veces pierdo en ello la visión y el oído.» A la vez, también la soledad en el mundo real y en el suyo «perspectivista» le preocupa: «Las noches en que, completamente solo, me encuentro en el cuartito estrecho y bajo, son bocados duros de roer.» Parece tener la impresión de que le faltara el suelo bajo él, de perder contacto con el tiempo y el pasado. Mira a los cuarenta años pasados (Nietzsche cumple cuarenta en octubre) y lee sus libros. Busca el contacto consigo mismo, busca las raíces de su posición filosófica actual en su propio pasado. El 1 de agosto de 1884 expone a Overbeck la impresión que le causan sus propias lecturas: «Leyendo mi 'literatura' ...descubrí con satisfacción que tengo todavía en mí todos los fuertes impulsos de voluntad que aparecen en ella en palabras, y que tampoco en ese aspecto hay motivo alguno para el desánimo. Además, he vivido como yo mismo (sobre todo en 'Schopenhauer como educador') me había propuesto... Es una falta... del escrito citado el que propiamente no se hable en él de Schopenhauer, sino casi sólo de mí mismo —pero yo mismo no lo sabía cuando lo hice.» A la vez lee «también libros excesivamente mal impresos (libros *alemanes* sobre metafísica)» (a Overbeck, 22 de diciembre de 1884), y siempre de nuevo el «Verano tardío», de Stifter. Y el 19 de septiembre pide a la madre, de su biblioteca privada naumburguesa, al padre de la iglesia (latino escribiente) Arnobius, del que posee y usa una traducción alemana[183], y un tomo de Montaigne. Köselitz había leído la traducción de Schopenhauer del jesuita español barroco Baltasar Gracián (1601-1658) y el 5 de septiembre de 1884 escribe al respecto: «Es lo mejor que ha salido de la pluma de Schopenhauer, y tres veces más agudo que él», a lo que Nietzsche responde: «Respecto a B. Gracián siento lo mismo que Usted: Europa no ha producido nada más agudo y complicado (¡en el moralismo!). Frente a mi 'Zaratustra' da, en cualquier caso, una impresión rococó y de sublimes arabescos —o ¿qué piensa Usted sobre ello?»

Estos son los escasos —en relación con otras épocas— intereses literarios de aquel verano. Nietzsche se hallaba demasiado embebido con

la maduración de sus propias ideas y con la mirada hacia sus nuevos y temerarios caminos. «Hay horas, de nuevo, en las que esa tarea se presenta claramente ante mí, en las que un tremendo todo de filosofía (¡y de algo más que aquello a lo que siempre se ha llamado filosofía!) aparece desplegado ante mi vida. Esta vez, dado este 'embarazo', el más peligroso y difícil, he de procurarme situaciones favorables y hacer que brillen para mí todos los soles que he conocido. Asimismo habré de poner cuidado en evitar tales necedades climáticas como el salto Niza-Venecia-Basilea. Fundamentalmente habrá que dejarlo más bien entre Niza y Sils» (a Overbeck, el 18 de agosto de 1884). Para la elaboración de ese «tremendo todo» cree necesitar seis años: «En general, he acabado la tarea fundamental de este verano, tal como me la había propuesto, —los próximos seis años pertenecen a la elaboración del esquema con el que he bosquejado mi 'filosofía'. Los ánimos al respecto son buenos y esperanzados. Zaratustra tiene, por de pronto, el único sentido del todo personal de ser mi 'libro de devoción y de estímulo' —por lo demás resulta oscuro y oculto y ridículo para cualquiera» (a Köselitz, 2 de septiembre de 1884). ¡Por ello, la figura de Zaratustra le servirá en una cuarta parte para una liquidación de cuentas feroz con los «hombres superiores», los mejores de su tiempo! Por el contrario, para la exposición de su propia construcción filosófica intentará, en los cuatro buenos años que le quedan de conciencia despierta, la elaboración de una «obra capital» sistemática, que nunca llevará a cabo. También en esto sigue siendo lo que era en sus composiciones musicales: un improvisador fascinante; fascinante por la inmediatez intrínseca a toda improvisación.

Conocimientos incidentales

A pesar de todo, Nietzsche supo conseguirse alguna distracción y cambio por medio de sus compañeros de mesa. En ello se mostró como un interlocutor agradable, y, sobre todo, en el trato con las damas, se significaba por sus modos distinguidos y reservados, y era un acompañante bien mirado para las pequeñas excursiones en torno a Sils, o hasta Maloja, por un lado, y Surlej, por el otro. Parece que el Fextal le gustaba especialmente. El 10 de agosto puede informar a su madre: «No faltan personas con las que pueda hablar; con los Thurneysen-Merian, por ejemplo, he comido a mediodía durante tres semanas. Hay aquí una inglesa que ya me había escrito antes. Hace un momento acaba de despedirse de mí —completamente emocionado— un funcionario prusiano del registro de patentes (del círculo de Bismarck). Ya ves que 'el solitario de Sils-Maria' está mejor en esto este verano que el anterior; tampoco faltan, además, las buenas noticias que demuestran que la admiración, la veneración incluso, por mí crece extraordinariamente.» Y el 2 de septiem-

bre: «Estoy triste por la partida de mi exquisita compañera de mesa, la Srta. v. Mansuroff, *dame d'honneur* de la emperatriz rusa (una auténtica discípula de Chopin)». También a Overbeck le menciona la familia Thurneysen (conocidos de Basilea), al funcionario prusiano, y «Sidney von Wöhrmann me ha visitado», el hijo de la baronesa von Wöhrmann, muerta tres años antes. Incluso para su partida de Sils el 24 de septiembre encuentra compañía en la persona de los señores profesor Leskien y doctor Brockhaus de Leipzig, quienes lo acompañan hasta su final de etapa, Zürich, «para gran tranquilidad mía, puesto que el viajar solo se va convirtiendo poco a poco para mí en un asunto no falto de peligro e indescriptiblemente perturbador. Los ojos cada vez más oscurecidos», como se lamenta a la madre.

La inglesa a la que se cita en la carta a la madre pudo ser Miss Helen Zimmern, a la que él dio a conocer las 'Memorias' de Malwida von Meysenbug. El 1 de septiembre de 1884 informa al respecto a Malwida: «Miss Helen Zimmern (es la misma que, con buen éxito, ha presentado a los ingleses a Schopenhauer) me escribe 'quiero recordarle una vez más que ruegue a su amiga, la autora de 'Memorias de una idealista', que me haga llegar todos sus libros. Me sería grato poder darlos a conocer en Inglaterra a través de un artículo...' En una conversación, aquí en Sils-Maria, le hice a Miss Zimmern una indicación respecto a Usted.» Miss Zimmern, por tanto, hubo de estar aquel verano de 1884 en Sils, aunque nada más fuera corto tiempo, en contra de lo que supone Köselitz*.

Nietzsche había conocido a esta «inteligente judía» —como más tarde la presenta a sus amigos—, nacida el 25 de marzo de 1846 en Hamburgo, pero que desde los cuatro años había crecido en Inglaterra, ya en 1876 con ocasión de los festivales de Bayreuth, después de que, por consejo de Wagner, le hubiera enviado a ella con anterioridad su primera Consideración Intempestiva «D. Fr. Strauss». «Todavía hoy conservo el libro, provisto de una dedicatoria, y, naturalmente, lo enseño con gusto y con orgullo a mis visitantes», confesaba todavía en 1925 a Oscar Levy[153], en cuya (primera) edición inglesa de Nietzsche ella colaboró con las traducciones de «Más allá del bien y del mal» y de «Humano —demasiado humano». Fue la primera que, en 1874, publicó en Inglaterra un libro sobre Schopenhauer: «Schopenhauer. His Life and his Philosophy», del cual Wagner tuvo noticia casualmente. La felicitó por la valerosa obra llevada a cabo y la invitó a los festivales de 1876. En medio de la turbulencia de las semanas festivas, y también seguramente a causa del mal

* En sus notas al IV tomo de cartas, pág. 485, habla sólo de un contacto indirecto: «Miss Helen Zimmern... en el verano 84 fue advertida sobre Nietzsche (también sobre M. von Meysenbug) por Mrs. Fynn, epistolarmente desde Sils; a continuación, en agosto 84, ella misma escribió a Nietzsche desde Londres, en principio con motivo de una reseña de sus escritos en una de las Reviews inglesas.»

estado de salud de él en aquella época, sólo se llegó entonces a un fugaz conocimiento entre ella y Nietzsche. Pero parece que esto fue suficiente para determinar a Miss Zimmern a ir a Sils por causa de Nietzsche, no sólo en el verano de 1884, sino también, y esta vez dilatadamente, en el verano de 1886. De todos modos, quizá Oscar Levy exagera un tanto cuando la glorifica como la «amiga inglesa de Nietzsche» (título que le da en sus conversaciones con Miss Zimmern[153]), a pesar de que ello no obste para que el trato con ella representara, con seguridad, para Nietzsche una agradable ampliación de su ramillete de damas en la Engadina, del que Resa von Schirnhofer escribe lo siguiente[226]: «El centro de este círculo era una inglesa vieja, inválida, llena de espíritu, Mrs. Fynn, una católica convencida, por la que Nietzsche sentía un sincero respeto. Cuando más tarde la conocí personalmente en Ginebra me contó cómo Nietzsche, con lágrimas en los ojos, le había suplicado que no leyera sus libros, dado que 'había tanto en ellos que habría de herirla profundamente'.» Tampoco a la hija de Mrs. Fynn, asimismo presente, ni a la vieja Madame Mansuroff hubo de introducir Nietzsche apenas en sus problemas filosóficos. Por eso mismo significaba mucho para él encontrar en Miss Zimmern una persona preparada por sus lecturas de Schopenhauer y que le escuchaba paciente y comprensivamente durante sus caminatas, normalmente tan solitarias —física y espiritualmente*.»

Entretanto también Malwida von Meysenbug había vuelto a acordarse de modo especial de su solitario amigo, del muchacho de sus desvelos: ¡vuelve a prepararle otra vez una mujer, esta vez incluso rica y hermosa! El 8 de septiembre escribe a Elisabeth[54] que Resa v. Schirnhofer está «muy impresionada por el modo de ser, el espíritu y los sufrimientos de su hermano. Pero también ella sigue su propio camino, y hace bien. Su hermano, que me ha escrito, lamenta que sea tan fea, dado que él no puede soportar la fealdad durante mucho tiempo en torno suyo.» Nietzsche escribió a Malwida[124]: «¡Qué pena que, para hablar basileo, sea exteriormente 'so unanemüetig' ['tan poco graciosa']! No puedo soportar mucho tiempo la fealdad en torno mío (ya con relación a la Srta. Lou Salomé pensé que habría de necesitar superarme un tanto en estas cosas).»

Malwida saca de todo ello la conclusión: «Así pues, esto no resulta... Berta Rohr quiere venir a Roma y es en ella en la que pienso para su hermano... Es todavía hermosa, rica, totalmente libre... y... no contraria a un plan así.» Berta Rohr permaneció todavía hasta enero de 1885 en Roma con Malwida, pero Nietzsche decidió no ir allí ni dar lugar a un «encuentro» como ése. Era un niño quemado; ya una vez —y con inicio

* Miss Zimmern vivió en Londres hasta 1887, después se trasladó a Florencia, donde murió, anciana, el 11 de enero de 1934. El catálogo de libros del British Museum cita 39 libros suyos publicados, a los que hay que añadir numerosos artículos de revistas. Cfr. «Who was who» desde 1929 a 1940[117].

allí— había recibido las más profundas heridas anímicas, de las que todavía no se había curado. La experiencia con Lou no estaba aún superada.

Malwida seguramente creía poder conectar con un viejo afecto de Nietzsche. Diez años antes (el 22 de julio de 1874) Nietzsche había escrito a su hermana que «hace poco casi me decidí una noche a casarme con la Srta. Rohr; hasta tal punto me gustó» (cfr. tomo I, p. 583). Él hubo de contárselo también a Malwida como «curiosum»; así se lo indica a su hermana, y añade: «Tus reparos son mis reparos.» Los reparos vinieron, pues, primeramente de Elisabeth, lo que no le impide más tarde, el 13 de enero de 1911, escribir a Berta Rohr, quien permaneció hasta 1933 en contacto epistolar con ella y visitó también Weimar: «¿Sabe, querida, que mi hermano la encontró encantadora y que en una ocasión estuvo empeñado en prometerse con Usted, si Usted hubiera aceptado, naturalmente? También Usted se dio cuenta, creo, de hasta qué punto ése era mi deseo. Curiosamente lo único que retrajo de ello a mi hermano fue el reparo de que Usted tomaba la vida demasiado en serio, y que se inclinaba a la melancolía y al pesimismo. Mi hermano sabía demasiado bien que él habría de vivir en lucha, en cierto modo, contra todo un mundo, y que, por ello, una mujer habría de tener, ante todo, un temperamento fuerte y alegre[124].»

Personas cercanas a Berta Rohr, de Basilea, que la conocieron todavía de avanzada edad —murió el 30 de mayo de 1940, a los noventa y dos años—, nunca notaron en ella nada que hiciera pensar en un rasgo así, pesimista, de su carácter. Aunque siempre recalcó que, en general, no le gustaba la idea de casarse y que sólo a un momento de especial debilidad se debió el que finalmente, el 29 de marzo de 1890, contrajera matrimonio con el diplomático y bibliófilo profesor Agostino Stromboli en Florencia, adonde se trasladó a vivir. Aquí recibía gustosamente a conocidas y amigas de Basilea, que alababan en ella su seductora personalidad de eminente irradiación. Este mismo encanto pudo tenerlo también para Nietzsche ya en aquellos años.

Berta Rohr provenía de una familia de comerciantes, burguesa y adinerada, de Basilea. El padre procedía de Lenzburg (cantón de Aargau), pero se sentía en casa en Basilea, donde Berta nació, el 24 de enero de 1848, y creció. Recibió la cuidadosa educación de las hijas de la burguesía del tiempo; estaba dotada como pintora y, sobre todo, musicalmente: cantaba con voz bonita y tocaba correctamente el piano. Existía, pues, ese vínculo musical, tan importante para Nietzsche. Además, parece que era extraordinariamente hermosa, lo que, todo junto, hace que se comprenda el repentino afecto de Nietzsche en 1874. Pero ahora, diez años más tarde y después de la catástrofe-Lou, tales afectos han acabado para él definitivamente. Berta Rohr se convirtió en una gran admiradora de Jacob Burckhardt y todavía en 1930 quiso promover que su sepultura fuera trasladada

del cementerio («am Wolf») al claustro de la catedral, lo que fue rechazado, sin embargo, por la administración eclesiástica, con el argumento, entre otros, de que el claustro no era ningún «panteón basileo». También siguió admirando a Nietzsche hasta el final de su vida y lamentó su trágico destino[192,236,238,250].

Aunque a Bertha Rohr no pueda probársele rasgo melancólico o pesimista alguno, ciertamente tampoco era una naturaleza como la alegre austríaca Resa von Schirnhofer, a quien Nietzsche, a pesar de que su condición femenina poseía para él «demasiado poca gracia» (de ahí el «unanemüetig» basileo de la carta), apreciaba, sin embargo, como acompañante a causa de su carácter alegre. Y él necesitaba realmente ese estímulo, puesto que sus problemas de salud iban acompañados de signos amenazadores.

Signos amenazadores

Por una carta a la madre, del 10 de agosto de 1884, sabemos[124]: «Antes podía *caminar* de modo muy diferente. Dolor en el lugar de la espalda que tengo torcido.» ¿Padecía Nietzsche también una dolencia artrítica o se trataba de una lesión de la columna, consecuencia del accidente de monta que sufrió en el servicio militar? Se queja en general: «La salud da algunos motivos de preocupación: agotamiento excesivo... Desde hace algunos días oscurecimiento repentino de la vista, de modo que he interrumpido todo trabajo.» También se queja a Overbeck el 18 de agosto: «La salud no mejora, todavía no me he librado de este gran y extraño agotamiento. Estar tumbado tranquilamente —eso es lo que ha sucedido ahora al mucho pasear de años anteriores.» Pero a cambio puede informar: «La señorita Resa von Schirnhofer estuvo aquí algunos días, de visita..., es una criatura graciosa que me hace reír y que se acostumbra bien a mí.» Pero precisamente ella hubo de ser testigo en esos pocos días (poco antes del 18 de agosto) de uno de aquellos horribles accesos de la enfermedad, que en Nietzsche acompañaban a cualquier excitación, fuera agradable o desagradable. Todavía después de muchos años Resa tiembla al volver a representarse la imagen de aquello[226]: «Si en Niza había conocido a un Nietzsche aparentemente saludable —si exceptuamos sus ojos enfermos—, esa imagen cambió durante mi corta estancia en la Engadina, donde él habló mucho sobre sí mismo y sobre su dolencia, padeciendo además un fuerte ataque de la misma... Después de que Nietzsche hubiera estado invisible por enfermedad durante un día y medio, la Srta. Willdenow* y yo fuimos por la mañana a informarnos sobre su

* Compañera de Resa von Schirnhofer en Zürich, estudiante de Medicina después de un semestre.

estado. Se nos dijo que se sentía mejor y que le gustaría hablarme. Mientras mi acompañante esperaba a la entrada de la pequeña casita construida en la roca, fui conducida por una estrecha escalera arriba, a un pequeño y modesto comedor. Estaba allí, al lado de la mesa, esperando, cuando se abrió la puerta de la derecha, que daba a la habitación contigua, y apareció Nietzsche. Se apoyaba, cansado, en la jamba de la puerta medio abierta, tenía una expresión descompuesta en la cara pálida, y comenzó inmediatamente a hablar de lo insoportable de su dolencia. Me describió cómo, en cuanto cerraba los ojos, veía sobreabundancia de flores fantásticas que, entrelazándose y trepando, se abrazaban en incesante crecimiento y, cambiando de formas y colores, brotaban unas de otras, hacia arriba, en exótica frondosidad. 'Nunca tengo tranquilidad', se lamentó; palabras que me impresionaron. Después me preguntó, de repente, mirándome, temeroso, con sus ojos grandes, oscuros, con su voz suave e insistencia inquietante: '¿No cree Usted que esta situación es síntoma de locura incipiente? Mi padre murió por un padecimiento de cerebro.' Profundamente desconcertada por aquella pregunta que no esperaba en absoluto, me pasaron por la cabeza toda suerte de ideas... No contesté de inmediato, y Nietzsche repitió por segunda vez esa pregunta estremecedora, que me pareció delatar un sentimiento de miedo grande, apenas controlable. No sabía qué hacer, pero sentía que tenía que responder algo tranquilizante, aunque fuera en contra de mi captación intuitiva de la situación, y así, dije decididamente: que esos fenómenos de excitación de los nervios de la vista de sus débiles ojos no eran, con seguridad, presagios de una enfermedad del espíritu, etc., y me despedí con el deseo de un rápido restablecimiento de ese ataque. Esta escena me dejó una profunda impresión, sobre todo a causa del miedo expectante que se había expresado más todavía en su actitud y mirada que en sus palabras. Aún totalmente impresionada di cuenta de la conversación a Clara Willdenow... Necesitamos mucho tiempo para tranquilizarnos sobre esos oscuros temores y manifestaciones de Nietzsche, que delataban profundos sentimientos de miedo. Como en el resplandor de la luz del rayo, acerté a ver, por segunda vez, en las fatales profundidades de su personalidad; por un instante se me había presentado de nuevo un Nietzsche diferente.»

En ello tuvo, al parecer, más suerte Helen Zimmern, puesto que a la pregunta de Oscar Levy[153] «¿Descubrió alguna vez, estimada Señorita, rasgos de locura en Nietzsche? Ya sabe Usted que, especialmente en el mundo anglosajón, se ha considerado muchas veces su filosofía como la de un loco», ella respondió: «Sí —he oído algo de eso—. Pero yo misma jamás noté en Nietzsche signo alguno de la desgracia venidera. No sólo no se descubría en él ningún síntoma de locura, sino que ni siquiera era excéntrico, como les sucede a tantos artistas y poetas. De todos modos... evitaba ir a la *table d'hôte* —pero ¿a quién de nosotros, 'normales', nos gusta la *table d'hôte*? Tenía también la costumbre de comer diariamente

una manzana ...No, no: niego —y con toda la fuerza— que Nietzsche ya estuviera enfermo entonces. Todo lo contrario, daba la impresión de un hombre muy saludable en sus mejores años.» La verdad es que Nietzsche tenía una constitución desacostumbradamente robusta.

Otra pregunta delicada en torno a Nietzsche es siempre la de su comportamiento en relación con las mujeres, y siempre también nos encontramos con respuestas sorprendentemente semejantes, como la que formula así Helen Zimmern: «... que Nietzsche siempre fue de la más completa 'gentilezza'. Hay hombres, al parecer, que tienen teorías sobre las mujeres, que apenas las traducen en la praxis. Y hay que otros, probablemente, que son capaces de unir una praxis brutal con las teorías más hermosas. Nietzsche pertenecía ciertamente a la primera categoría.»

Aunque la periodista Helen Zimmern, más sensible intelectual que sentimentalmente, apenas haya captado el alcance de las manifestaciones de Nietzsche en relación con los lugares, su sereno informe confirma decididamente los recuerdos de la otra visitante familiar, Resa von Schirnhofer. Helen Zimmern cuenta: «Yo vivía entonces en el Hotel des Alpes, a donde Nietzsche venía todos los días para el lunch... Después iba siempre a pasear conmigo: por la orilla del lago Silvaplana hasta una roca que se adentraba en él y que a Nietzsche le gustaba mucho. A menudo me hablaba entonces de lo que había escrito por la mañana. Yo sólo lograba entender un poco de todo ello, pero sentía que para él resultaba un alivio el poder explayarse con un ser humano. ¡Parecía solo, tan tremendamente solo! Si yo tenía algún reparo, lo que sucedía pocas veces, él solía replicar: 'Efectivamente, pero como dice Zaratustra' —y entonces venía un párrafo de esa su gran obra, de la que por entonces ya había escrito la mayor parte.» Esto suena completamente pitagórico: αὐτὸς ἔφα— «El maestro lo ha dicho» (del «Zaratustra» sólo existían las partes I-III).

La narración de Resa von Schirnhofer es más profunda: «También a mí, como antes y después a otros de sus visitantes, Nietzsche me condujo a la roca rodeada de agua que está en la orilla del lago de Silvaplana, a la roca de Zaratustra, a aquel maravilloso paraje de grave belleza natural, donde el lago verdinegro, el bosque próximo, las altas montañas y la calma festiva entretejen juntos sus encantos. Después de sentarme, a ruegos suyos, en la para él 'roca sagrada', Zaratustra comenzó a hablar desde el mundo de su alta tensión espiritual y emocional, derramando sobreabundancia de ideas o imágenes, revestidas de un lenguaje ditirámbico. Después me habló de la rapidez sorprendente con que había surgido cada una de las partes de la obra, subrayando lo fenomenal de esa producción e inspiración, a las que la escritura apenas podía seguir. En el modo en que me hablaba de estas cosas no había rasgo alguno de locura patológica, ni siquiera de quasi-normalidad —lo que se llama presunción—, ni en la elección de las palabras de su conversación ni en el tono de la misma, que más bien delataba una sorpresa ingenua, inmensa, como

sobre algo enigmático para él, y que trasponía todo su ser en un desasosiego agitado. Esta visita a la roca de Zaratustra posee todavía hoy una realidad conmovedora en mi recuerdo. El tipo de creación poética de Nietzsche me pareció entonces fruto de una genialidad potenciada, y no se me ocurrió considerarlo críticamente ni interpretarlo sintomáticamente.

»Cuando seguimos por la orilla del lago, dejando tras de nosotros la zona del encanto de Zaratustra, se perdieron también las misteriosas vibraciones en el ser de Nietzsche, le llegó una distensión natural, favorecida por el exquisito frescor y por la pureza del aire de aquel claro día de verano, al que no amenazaba en el horizonte «nubecilla eléctrica» alguna de las que tanto temía Nietzsche. ...Me acuerdo todavía de un paseo matinal a orillas del lago de Sils hasta un lugar desde el que se podía divisar en la lejanía, pintorescamente situado, el hotel, recientemente construido, de Maloja, destinado 'a la aristocracia católica', como Nietzsche dijo. Después dimos la vuelta, subimos un pequeño promontorio donde, sobre un tapiz de césped frondosamente verde, atravesado por bloques de roca cubiertos de musgo, rodeado anularmente de espesa maleza, Nietzsche tenía su escondido lugar de tranquilidad, en el que el poeta y el pensador mantenía sin estorbos diálogo consigo mismo. Aquí comenzó a tocar de nuevo su tema preferido, esta vez sólo con una profunda tristeza y lágrimas en los ojos, lamentándose de la pérdida irreparable de la pasada amistad de Wagner.»

Sólo Resa von Schirnhofer, por su modo de ser, que alegraba a Nietzsche, le proporcionaba la libertad interior suficiente para manifestarle su pena más profunda, su sangrante herida anímica: sus sufrimientos a causa de Wagner. Pero ambas —Helen Zimmern y Resa von Schirnhofer— experimentaron a Nietzsche una vez en el momento de un auténtico *éxtasis*, tal como lo narran los místicos o incluso los yoguis, y como —de forma más o menos mitigada— pertenece al modo de creación artística de las personas espiritualmente productivas. Resulta significativo que la entrada (y la salida) de ese espiritual sobrepaso de fronteras vaya unida en Nietzsche a determinados lugares, a los valores sentimentales de un paisaje, y no al influjo de *narcoticis* —comenzando por la ingestión de café, té o alcohol, la nicotina, hasta las drogas duras—, como sucede en el caso de muchos artistas originales o simplemente de escuela. Nietzsche se distancia expresamente de tales estimulantes: «¡Oh, quién nos narrara la historia entera de los narcóticos! —es casi la historia de la 'formación', de la llamada formación superior» («Gaya ciencia», aforismo 86).

En esto Nietzsche se asemeja a Wagner, a cuyas condiciones de trabajo pertenecía algo que gustan de achacarle sus críticos rencorosos: el entorno lujurioso de un interior ricamente decorado, perfume e incluso vestimentas finas. También él, por tanto, para la excitación de su fantasía artística, dependía primariamente de un entorno estimulante, sólo que él lo encontraba en el interior y Nietzsche, por el contrario, en el paisaje.

Que estas peripecias espirituales pudieran ser también, en Nietzsche, síntomas de una enfermedad solapada es algo que no se les ocurrió siquiera a ambas damas entonces, tampoco a Resa von Schirnhofer, a pesar de que para ella aquella «fatal pregunta de Nietzsche... quedó en el recuerdo como una conmovedora revelación del miedo más atenazante y como un augurio». La mirada al abismo de ese miedo existencial de Nietzsche permaneció como experiencia aislada también para ella, porque el testimonio correspondiente, el párrafo de la carta a Köselitz del 26 de agosto de año anterior (1883), hasta ahora ha conseguido permanecer oculto. Cuando en 1897, Resa von Schirnhofer, con ocasión de una visita a Weimar, contó a Elisabeth Förster esa manifestación de Nietzsche, ésta la «rechazó inmediatamente y dijo con énfasis que seguramente yo había malentendido en su significado esa manifestación de su hermano, hecha, además, bajo los efectos todavía de un fuerte ataque. Pero que en ningún caso pudo él haber dicho que su padre murió de una dolencia cerebral, dado que murió a consecuencia de un grave accidente.»

Resa von Schirnhofer, sin embargo, no se dejó convencer por esta tesis. Nietzsche hubiera sabido también de ese accidente. Vio —correctamente— el motivo de ese auténtico miedo de Nietzsche a ser asaltado por la terrible enfermedad de la locura en la imborrable experiencia infantil de la temprana muerte de su padre a causa de una dolencia cerebral, cuya herencia temía Nietzsche (un accidente no es hereditario), con la justificación, además, de que sus dolores de cabeza eran un síntoma de ello. También con Resa von Schirnhofer, y más libremente que nunca y con nadie, se sinceró respecto a los a veces dudosos medios que empleaba para combatir su síntoma. Por eso son tan preciosas sus imparciales anotaciones: «Fue en Sils-Maria donde Nietzsche me habló de sus ataques de rabioso dolor de cabeza y de los diversos medios que empleaba para combatir su síntoma. «En Rapallo y en otros lugares de la Riviera di Levante, donde pasó su peor época en lo referente a la salud, él mismo se hacía toda clase de recetas, firmando como doctor Nietzsche, que, sin preguntas ni vacilaciones, le fueron preparadas y expedidas. Por desgracia no anoté nada de ello y sólo queda en mi memoria el conocido ácido clorhídrico. Deduzco que entre esos medios debía haber algunos sospechosos por el hecho de que Nietzsche me dijera expresamente que estaba maravillado de que nunca le hubieran preguntado si era médico y si estaba autorizado a recetar medicamentos de ese tipo. Por lo demás, así me lo dijo, él conocía su auténtica enfermedad mejor que ningún médico, y sabía también mejor que nadie qué medios había que aplicar. Nunca me dijo que hubiera usado haschisch, y tampoco puedo recordar haberle oído nunca la palabra haschisch; aunque no cabe duda de que, por sus intensas lecturas de los escritores franceses contemporáneos... ya le era conocido en el verano de 1884 el haschisch como estupefaciente recién introducido en Europa. Se hablaba ya del fumar haschisch, aunque sólo

como costumbre oriental para embriagarse, en la 'Gaya ciencia'.» (R. v. Schirnhofer remite a un párrafo en el § 86 que no suena «oriental» en absoluto: «¡Teatro y música: el fumar haschisch y el masticar betel de los europeos!»)... «Al igual que Nietzsche empleaba toda clase de medicamentos para sus insoportables accesos de dolor, también emprendía todo tipo de dietas. En el curso de una conversación sobre dietas me aconsejó el estudio del 'Tratado de fisiología' del fisiólogo inglés Foster*, del que él había aprendido mucho. Entonces oí hablar por primera vez de *stout and pale ale*. No sé si Nietzsche me ponderó por experiencia propia 'los buenos efectos del uso alternativo' de estos tipos ingleses de cerveza, pero creo que entraban dentro de la serie de sus experimentos dietéticos, que cambiaba a menudo.» Posiblemente Nietzsche siguió en esto el consejo de sus amigas inglesas Zimmern y Fynn.

De modo inusual y hasta sorprendente, Nietzsche se abrió a esta joven estudiante y le dejó echar una mirada en sus intimidades como a nadie, excepto quizá a Meta von Salis. Esto sólo fue posible porque su relación con estas dos mujeres no estaba emocionalmente cargada del mismo modo que, por ejemplo, con Lou Salomé —o incluso con Cosima Wagner. Y sin embargo Nietzsche se sentía fuertemente ligado humanamente a la joven austriaca, y cuando llegó la hora de la partida de ella, la acompañó hasta la diligencia, que venía de Maloja, diciéndole como despedida, «con lágrimas en los ojos: 'Esperaba que se quedara aquí más tiempo. ¿Cuándo volveré a escuchar de nuevo su reconfortante risa?'».

Sí, realmente Nietzsche necesitaba más que nunca del reír reconfortante. Su filosofía lo había introducido en ámbitos que ya no eran comprensibles sólo racionalmente, y que únicamente en el éxtasis se captaban —es decir, en un camino que sólo estaba abierto para él y en el que no podía esperar acompañante alguno. Y su alma sufría por dos heridas mortales en definitiva: por la pérdida del amigo paternal, Wagner, y por la del padre físico, a causa de una enfermedad que incluía, como posible condición hereditaria, una amenaza a su propia existencia. La toma de conciencia de esa amenaza fatal estampó el sello del miedo en el ánimo de Nietzsche.

Este es el alarmante balance del verano de 1884: ¡el incurable sufrimiento por Wagner y el miedo ante la catástrofe de la locura!

Pasajeramente Nietzsche volvió a encontrar solaz, y más duradero que la risa reconfortante de Resa von Schirnhofer. Fue el punto álgido humano de ese verano en Sils: la visita del

Barón Heinrich von Stein

del 26 al 28 de agosto de 1884.

---

* Nietzsche contaba con una traducción de N. Kleinenberg; Heidelberg, 1881.

Nietzsche ya hacía tiempo que había reparado en este prometedor intelectual, que había subido como una cometa en el círculo de Wagner y en la dirección de una renovación cultural de cuño wagneriano. No en balde, ya en enero de 1880, Paul Rée había comunicado a la madre de Nietzsche que Heinrich von Stein estaba en Bayreuth desde hacía algún tiempo (desde el 20 de octubre de 1879) como educador del pequeño Siegfrid Wagner (cfr. supra, p. 33). Consiguió ese encargo por recomendación de Malwida von Meysenbug; pero, después de un año, por exigencias paternas, hubo de abandonar ese puesto para habilitarse en filosofía en la Universidad de Halle. Lo hizo con un trabajo sobre Giordano Bruno (1548 a 1600), el filósofo-poeta italiano de las postrimerías del Renacimiento, que, en seguimiento del trastrueque copernicano de la imagen medieval del mundo, hizo de la relatividad de los juicios humanos sobre «el mundo» el objeto central de su filosofar —un «trasvalorador de todos los valores» también.

En julio-agosto de 1882 Heinrich von Stein fue a Bayreuth al estreno del «Parsifal» y vivió en la misma casa con Paul Joukowsky, Malwida von Meysenbug y Lou Salomé. Por medio de esta última, Nietzsche volvió a saber en Tautenburg del joven filósofo de la estética. Cuando en octubre de 1882 Nietzsche estuvo en Leipzig con Lou Salomé y Paul Rée, Heinrich von Stein intentó encontrarse con él. Apareció por allí el 31 de octubre (cfr. supra p. 125 ss.), desgraciadamente el día que Nietzsche había ido a Naumburg. En el invierno siguiente Heinrich von Stein pertenecía al círculo berlinés más íntimo de Lou Salomé y Paul Rée.

El siguiente gesto de acercamiento partió de Nietzsche. Al final del verano de 1883 le envió a Heinrich von Stein las partes I y II, hasta entonces aparecidas, de «Zaratustra», y en abril de 1884 la III, por el momento, entonces, la definitiva (cfr. supra p. 228), lo que Heinrich von Stein agradeció enviando a su vez alguno de sus propios trabajos, una traducción de Giordano Bruno. Y ahora —después de que la posibilidad, insinuada por Heinrich von Stein, de un encuentro en Bayreuth, con ocasión de las representaciones del «Parsifal» en 1884, fuera sopesada y luego desechada por Nietzsche— siguió la cita precisa para una visita de Heinrich von Stein en Sils.

«Gigantesco y delgado, erguido como un abeto, la cara fresca y llena, el cabello rubio, los ojos azules claros y muy abiertos[100]», así se presentó el 26 de agosto de 1884 ante el predicador del superhombre este vástago de vieja nobleza francona, documentada ya desde el siglo XII. Tenía entonces veintisiete años. Un Sigfrido ideal, aunque sin su despreocupación impertinente y anarquista. Malwida von Meysenbug veía en él, por el contrario[166], más bien un «ser algo rígido, retraído, poco expresivo».

Heinrich von Stein había nacido el 12 de febrero de 1857 en Coburg. A los once años perdió, por fallecimiento, a su madre, lo que dejó profundas huellas en su modo de ser y en su pensamiento. Inusualmente

dotado, acabó el bachillerato ya en marzo de 1874, es decir, con sólo diecisiete años. Fue primero a Heidelberg a estudiar teología, pero se decepcionó de la teología dogmática. A cambio encontró en Kuno Fischer (la fuente y la autoridad en Spinoza y Kant para Nietzsche), el docente de filosofía, a «su» maestro. Fischer le recomendó a Schopenhauer y a D. Fr. Strauss «como lecturas»; a Spinoza y Kant, «como estudio», y le previno contra el «disparatado» libro de Eduard von Hartmann.

Su segundo semestre lo pasó von Stein en Halle. Vuelve a intentarlo con la teología con Willibald Beyschlag; nueva decepción. Había esperado de la teología una purificación de su concepto de Dios, una ayuda en su «lucha por Dios», y quería de ella una respuesta a la pregunta «quién es bueno, quién es malo». Comparaba la Humanidad con una cadena que parte de Dios y vuelve a conducir a él, es decir, algo por encima del mero ser hombre. Cuando se rompe un eslabón se parte la cadena. De ahí que a cada uno se le imponga la responsabilidad del todo. La recomendación de Heinrich von Stein es, pues, la siguiente: «Permanece firme en ti mismo, que así sirves para todo.»

Puesto que la teología le negaba las deseadas respuestas y la ayuda que necesitaba, se volvió a la realidad, primero filosóficamente por el estudio de Darwin y Haeckel. Pero tampoco esto le satisfizo, le resultó «sistema» en exceso. Se va a Berlín y se cambia a la facultad de matemática y física. Aquí en Berlín se topa con la persona que, como maestro, le influye duraderamente: Eugen Dühring. No es su «filosofía», sino la gravedad heroica de su personalidad, lo que cautivó a Heinrich von Stein. Bajo el influjo de Dühring escribe en 1877 (con sólo veinte años) su tesis doctoral «Sobre la percepción», o sea «aisthesis», estética en sentido griego.

El tema de su primer libro original: «Los ideales del materialismo. Una filosofía lírica», que publica en 1878 bajo el pseudónimo Armand Pensier, muestra ya que a Heinrich von Stein no le satisface el materialismo, que esa filosofía tampoco le puede proporcionar las ansiadas respuestas.

Teología, dogmática, sistemática filosófica, racionalidad de las ciencias naturales, nada de ello le vale. Finalmente encuentra en el arte el medio del que está convencido que le suministrará las deseadas intuiciones. Pero también en esto necesitaba un «maestro», una personalidad rectora, y la encontró en el más vital representante de entonces de las pretensiones artísticas, en Richard Wagner. El año que Heinrich von Stein pasó en casa de Wagner como «educador de príncipes» fue el episodio decisivo de su corta vida. Cuando después se habilitó como docente en Halle, en el semestre de verano de 1881 y en el siguiente semestre de invierno de 1881-82, dio cursos, además de sobre Rousseau, sobre las relaciones entre arte y filosofía, e incluso directamente sobre Wagner con ocasión de sus escritos de teoría artística («Opera y drama»). En el semestre de invierno de 1882-83 Heinrich von Stein se ocupó detenidamente de Schopenhauer. A la vez surgió, en 1882, el libro «Héroes del mundo», de-

dicado a Wagner, con discusiones sobre Solón, Alejandro el Grande, Santa Catalina de Siena, Lutero, Giordano Bruno, Shakespeare, Cromwell. Además, compuso artículos para las «Bayreuther Blätter» sobre «Shakespeare como poeta del Renacimiento», «Los años de viaje de Goethe», «Obras e influencia de Rousseau», «Lutero y los campesinos», «Jean Paul» y «El Renacimiento», de Gobineau. Finalmente, el 24 de julio de 1884 se habilitó en Berlín con un trabajo sobre la relación entre Boileau (1636-1711) y Descartes (1596-1650). La posibilidad de asentarse en Berlín la debió, ante todo, a la influencia de Wilhelm Dilthey (1833-1911), que desde 1882, como sucesor de Lotze, era catedrático en esa ciudad y en quien Heinrich von Stein había encontrado su «maestro» últimamente. Apoyarse en alguien, admirar a alguien, parece haber sido un rasgo esencial suyo. Dilthey se ocupaba también en aquellos años, intensamente, del campo de tensión de la «Imaginación del poeta» (publicación de 1887) y del dominio filosófico de las emanaciones del arte.

Para Heinrich von Stein fue más bien un trabajo de filólogo el léxico-Wagner, sugerido por Cosima en 1882 y compuesto hasta 1883 juntamente con el biógrafo de Wagner C. Fr. Glasenapp; la literatura wagneriana pudo crear durante largo tiempo todavía, y fecundamente, a partir de los manuscritos póstumos de Heinrich von Stein. Su última y capital obra fue, en 1886, una historia del surgimiento de la nueva estética. Dilthey consiguió finalmente que se creara una cátedra de estética para Heinrich von Stein en la Universidad de Berlín. El 19 de junio de 1887 lo aprobó el Senado y nombró para ella a Heinrich von Stein —y al día siguiente (20 de junio), el intelectual, creador de imágenes dramáticas desde una gran capacidad de vivencias, sucumbió, con sólo treinta años, a una parálisis cardíaca.

Este acontecimiento, sorprendente para cualquiera, fue para Nietzsche un duro golpe, puesto que él se había prometido mucho de la capacidad de admiración de ese «discípulo». Y, sin embargo, esa muerte impidió una ruptura, ocultó diferencias fundamentales, hizo posible que Nietzsche conservara la imagen de un Heinrich von Stein tal como se la había formado en aquellos tres días del verano de 1884 en Sils. Y de hecho, en aquel momento, había muchas cosas en común que acercaron a ambos hombres.

A los dos la muerte les había ensombrecido la juventud —en un caso la de la madre; en el de Nietzsche, la del padre. Ambos habían disputado pronto el combate con la dogmática cristiana, y ambos se alejaron de ella decepcionados. Ambos poseían una aversión profunda a los «sistemas» filosóficos, ambos habían cursado ciencias naturales —Heinrich von Stein oficialmente como estudiante; Nietzsche, por lecturas que nunca abandonó. Ambos, por amplias rutas, habían seguido el mismo camino filosófico, a través de Darwin, Schopenhauer, y para ambos el arte no era simplemente una dádiva agradable de la vida, sino un aliado, al menos, de la filosofía, y, por ello, los problemas de la estética un tema central suyo.

Ambos habían llegado a docentes inusualmente jóvenes, ya con veinticuatro años, y ambos eran iniciados en el «misterio» Wagner. Sólo que Heinrich von Stein no estaba herido, como Nietzsche, por una decepción o por una ruptura con Wagner. Al contrario, Heinrich von Stein podía contarse todavía entre los miembros del círculo más íntimo de Bayreuth, a lo que Nietzsche hubo de renunciar dolorosamente. Le depara evidente satisfacción algo que cuenta el 14 de septiembre a Overbeck como un detalle sacado de sus conversaciones con Heinrich von Stein: «Daniela von Bülow* me ha hecho saber por él que ha roto su noviazgo y que ahora, como confortación, lee mi escrito 'Schopenhauer como educador'.» De todos modos las «Consideraciones intempestivas» siempre habían sido apreciadas en Bayreuth, e incluso Cosima se esforzó por conservar al Nietzsche de esos escritos como el «auténtico» Nietzsche en su memoria.

Los artículos de Heinrich von Stein le mostraban ampliamente siguiendo las mismas huellas que seguía Nietzsche. También para él, el representante de una filosofía era más importante que lo que representaba. Para él era el hombre el que debía parecer creíble, aunque todo lo que dijera fuera refutable. Eso se corresponde con la idea que Nietzsche tenía de la filosofía presocrática. Además, los grandes de la historia del espíritu y de la Humanidad, de los que trata Heinrich von Stein, los encontramos también, fundamentalmente, en Nietzsche. En el caso de Heinrich von Stein falta, comparado con Nietzsche, Napoleón, por ejemplo; en el caso de Nietzsche, por el contrario, Santa Catalina o Cromwell.

Y, sin embargo, ambos caminos conducen pronto en direcciones muy diferentes, no reconocibles todavía en esos días de verano de 1884, pero sí pocos meses después. Con la IV parte del «Zaratustra» Nietzsche completa su ruptura con el mundo que representa Heinrich von Stein y que Nietzsche mismo había defendido en las tres primeras partes de la obra.

Nietzsche volverá a negar —como ya lo había hecho en «Humano — demasiado humano»— la intuición artística, lo poético como medio de persuasión filosófica, que en las primeras partes de Zaratustra había experimentado y valorado de nuevo. Negará al arte el derecho (¡no la posibilidad!) de representar una cosmovisión, al modo como, por ejemplo, lo formula Malwida von Meysenbug en su diario[166]: «Lo que importa no es que el arte represente a lo sagrado, sino que *él* sea sagrado.» Exactamente eso es lo que Heinrich von Stein, siguiendo a Wagner y de acuerdo con la estética contemporánea, defiende: a saber, que el arte tiene no sólo el derecho, sino la obligación, que es su naturaleza más original incluso, el representar una cosmovisión, dado que sólo él la representa inmediatamente vivenciable. Nietzsche, por el contrario, traspasa el interés y el

* La primera de las dos hijas que Cosima tuviera de la unión con Hans von Bülow; nacida el 12 de octubre de 1860.

concepto del juicio estético de aquello *que* el arte ofrece al *cómo* lo ofrece, al arte como saber hacer, como τέχνη.

Heinrich von Stein hubiera podido entender esta concepción del arte. Ello no quiere decir que la hubiera hecho suya, pero ya la conocía de sus estudios de Boileau. Este satírico exponente de la Ilustración y esteta del clasicismo francés, aliado de Racine, defendió una postura semejante. Pero Heinrich von Stein nunca hubiera recorrido el mismo camino con Nietzsche, y el ataque de Nietzsche a la estética romántica no se hubiera podido desahogar sólo en el «Caso Wagner», habría tenido que implicar al fiel colaborador de la «Bayreuther Blätter».

Pero ahora Nietzsche no veía ese motivo de separación. Dado que Heinrich von Stein había seguido hasta ahora un camino tan semejante al suyo, creía que en lo sucesivo debían continuar juntos, y esperaba, en este caso especial, un auténtico discipulado del discípulo inter pares. Nietzsche resume su impresión el 14 de septiembre de 1884 en una carta a Overbeck: «La experiencia del verano fue la visita del barón von Stein (venía directamente de Alemania... y volvió directamente a casa de su padre —un modo de poner acento en una visita, que me ha impresionado). Es un magnífico ejemplar de hombre y de persona, y que a mí, a causa de su tono heroico, de base, me ha resultado del todo comprensible y simpático. ¡Por fin, por fin, otro, nuevamente, de los míos, y que instintivamente siente por mí un profundo respeto! ¡Es verdad que está todavía *trop wagnetisé* por el momento, pero también muy predispuesto hacia mí, a causa de la educación racional que ha recibido al lado de Dühring! ¡A su lado sentí continuamente, y del modo más fuerte, cuál es la tarea práctica que me corresponde en la vida, con sólo que cuente primero con jóvenes suficientes de un tipo muy determinado!... Respecto a Zaratustra, Stein me dijo con total franqueza que sólo había comprendido 'doce frases y nada más': ello me puso muy orgulloso, porque caracteriza la indecible extrañeza de todos mis problemas y luces... Sin embargo, Stein es lo bastante poeta como para sentirse profundísimamente conmovido, por ejemplo... por la 'otra canción de baile' (se la había aprendido de memoria)... Stein me ha prometido, por su cuenta, trasladarse conmigo a Niza a la muerte de su padre.»

Heinrich von Stein estaba realmente impresionado por Nietzsche. No pudo por menos, ya a la misma vuelta, que escribir a Bayreuth a Daniela von Bülow, el 31 de agosto, durante un alto del viaje en Zürich: «En la estrecha estancia campesina en Sils encontré a un hombre que, a primera vista, inspira compasión. Ya me había advertido Usted de antemano, con su comparación con Humperdinck, de lo pálido, lánguido, de su apariencia. ¿Me cree si le digo que hubo momentos en estos días en los que llegué a admirar total y cordialmente a ese hombre? Es verdad que él no debe hablar de sí. Si no lo hace, entonces uno piensa por sí mismo lo que este hombre sufre, y cómo de ello ha salvado un fuerte gozo de vivir. Yo fui

testigo de un día así de dolor. La noche siguiente no durmió: pero por la mañana nos saludó un día espléndido de sol. Ese día anduvimos juntos ocho horas en total, hablando sin cesar sobre los grandes asuntos de la vida, nuestro común recuerdo —sobre lo histórico —sobre lo eterno. Al atardecer todavía se sentía fresco y despierto, como a mí me gustó siempre imaginarlo. —Las praderas de la Alta Engadina y las cimas de nieves perpetuas, que las llenaban de luz, proporcionan a esos días, para mí, unas fuertes líneas que no se borrarán. —...Me he traído de Sils el deseo cordial de poder hacer algo por Nietzsche. Hay un destino que pesa sobre él y de todo lo lejano, aun de lo aparentemente lejano, escuché que él ya no puede ser feliz en la vida. Pero esto no está pensado con rigor, sólo en serio. —Nietzsche me ha encargado un cordial saludo para Usted; seguramente le agradará a Usted recibirlo; al que saluda pareció agradarle realmente.»

Günther Wahnes[262], que, de existencias de manuscritos, nos proporciona la noticia de esta reveladora carta, hasta entonces no publicada, añade la interesante observación de que nadie de entre los «wagnerianos», a los que ciertamente pertenecía Heinrich von Stein, ha vuelto a escribir algo así. «El noble Stein, elegante por naturaleza, estaba abierto, respetuosamente receptivo, a todas las grandes ideas que le ofrecía Nietzsche. Por entonces en los círculos de Bayreuth no dominaba todavía la opinión condenatoria de que Nietzsche, ya diez años antes de la crisis aguda de la enfermedad, estaba enfermo, opinión que señala a obras como el Zaratustra como creaciones de un loco.» ¡Se tenía en las manos sólo «Richard Wagner en Bayreuth», no todavía «El caso Wagner»!

También a otros «bayreutherianos» puede Heinrich von Stein confesar sinceramente su simpatía por Nietzsche, como lo hizo, por ejemplo, meses más tarde, el 11 de enero de 1885, a Malwida von Meysenbug[262]: «Mi encuentro con Nietzsche: queda como un bello acontecimiento, y no falto de significación para mí, ojalá para ambos... El desea discípulos —personas que comprendan una gran idea, todavía no revelada. Ya sólo la energía intelectual que hace falta para cobijar una idea tal, no expresada, me resulta un saludo fraterno en medio del caos de nuestro tiempo, orgulloso por su no-filosofía. Me ocupo mucho de esa idea no revelada que en alguna parte he oído sonar.» Y el 1 de diciembre de 1884 Stein escribe al redactor de las «Bayreuther Blätter», Hans von Wolzogen[262]: «Busqué y encontré en él al autor del 'Nacimiento de la tragedia', cuya personalidad ahora distingo, incluso muy bien, en el Zaratustra. Un duro destino pesa sobre él; lleno de anhelo de una comunidad amistosa y vivaz, no la ha vuelto a encontrar ya desde que un día fue infiel a esa suprema comunidad. En ese sentido tenía razón cuando, dejándose llevar por el estado de ánimo, comparó nuestro encuentro con la historia de Filocteto. La serena sublimidad de un bello día, allá arriba en Sils, en la Alta Engadina, nos permitió aspirar del más profundo sentimiento de lo trágico universal, respirar en la luz de Esquilo, de Heráclito.»

Aquí conecta Stein con la carta que le escribió Nietzsche poco antes de la partida, como último saludo desde Sils-Maria: «Su visita pertenece a las tres buenas cosas por las que estoy fundamentalmente agradecido a este año de Zaratustra. ¿Quizá para Usted ha resultado peor? ¿Quién sabe si Usted no ha encontrado en exceso a Filocteto en su isla? E incluso algo de aquella creencia de Filocteto: '¡Sin mi flecha no se conquistará Troya!' Un encuentro así como el nuestro trae siempre muchas consecuencias, mucho destino. Pero *esto* me lo cree Usted seguramente: desde ahora Usted es uno de los pocos cuya suerte, en lo bueno y en lo malo, va unida a la mía.»

Con el símil de Filocteto Nietzsche eleva el encuentro con Heinrich von Stein a un plano semejante a aquel del símil de Ariadna desde el que quiere contemplar su relación con Cosima y Richard Wagner. Con la paráfrasis de Sófocles parece precisar con exactitud la referencia. Pero hay por lo menos dos paralelos personales y un elemento de la acción que no concuerdan. El Filocteto de Sófocles[223] —de acuerdo con las leyendas tradicionales griegas— fue apartado por los aqueos, a causa de su ulcerosa y supurante herida producida por un mordisco de serpiente, de la expedición contra Troya y abandonado en una isla desierta. Filocteto-Nietzsche *no* fue expulsado por los «bayreutherianos», *él* fue quien los abandonó. Sólo él sabía en principio que había sido mordido, y por qué serpiente lo había sido, sólo él tenía idea del efecto de la herida. Algo de ello desvela en Zaratustra I: «Del mordisco de la serpiente.» El paralelo, no declarado, pero supuesto por la referencia a Sófocles, de Aquiles-Wagner no es correcto en modo alguno, o, cuando más, sólo porque en el momento de la acción ambos están muertos y son sólo sus espíritus los que flotan sobre la escena. ¿O fue el paralelo Hércules-Wagner el que veía Nietzsche? ¿Hércules, que aparece en Sófocles como *deus ex machina*, de quien Filocteto había recibido el arco y las certeras flechas, con los cuales únicamente puede conquistarse Troya? Entonces Nietzsche se vería como el heredero y representante del arco y las flechas de Wagner.

Y ¿cuál sería el papel de Heinrich von Stein en este drama? En Sófocles son el astuto y embustero Ulises y el «necio auténtico» Neoptolemo, hijo de Aquiles, los que llegan hasta Filocteto, enviados por los aqueos, para arrebatarle con astucia el arco y las flechas. A partir de aquí Sófocles desarrolla su emotivo drama: Neoptolemo, bajo la impresión que le produce el doliente Filocteto, renuncia a la astucia y al engaño, poniéndose así en medio del dilema: misión —fidelidad al compromiso— y lealtad humana. Nietzsche no pudo ver a Ulises en Heinrich von Stein; este paralelo hay que excluirlo con seguridad. ¿Y el de Neoptolemo-Stein? Tampoco aquí el paralelo es exacto. Heinrich von Stein no viene a Filocteto-Nietzsche como enviado de los «bayreutherianos» con un encargo insidioso, sino por su propia cuenta, como un joven filósofo que se acerca a una persona a la que desde hace tiempo respeta como un maestro de su especialidad. Lo hace, es verdad, con el conocimiento y la anuencia

de sus «bayreutherianos», con lo que —especialmente en el caso de Daniela, la hija de Bülow, que parece que, como tal, consiguió mantener una posición independiente dentro de su círculo—, pudieron haberse abrigado ciertas esperanzas de una reconciliación con el filósofo, al que ella apreciaba. Hay un punto, sin embargo, en que concuerda el paralelo: Heinrich von Stein fue tan impresionado por Nietzsche como Neoptolemo por Filocteto. Pero es exagerado lo que la señora Förster afirma en su comentario a las cartas: «Fue enviado a Sils-Maria para volver a ganar a Nietzsche para la causa de Bayreuth, pero ciertamente no para dejarse llevar por él por rutas nuevas y extrañas. Esto lo había olvidado un poco Stein en presencia de mi hermano, e incluso también en los primeros tiempos después.»

Nietzsche no podía fijarse con precisión en los paralelos de las figuras secundarias, estaba demasiado volcado hacia sí mismo para ello. Sólo veía con exactitud a sí mismo, y sólo a sí mismo se ponía en relación directa con el símil elegido. Sólo concuerda la figura de Filocteto. Pero queda abierta aún una inquietante cuestión: ¿Qué quería conquistar Nietzsche con sus flechas? «Flechas», un título que, precisamente por esa época, tenía pensado para una publicación especial consistente en una colección de aforismos. Según la leyenda se trata de la Ilión del viejo Príamo. ¿Dónde ve Nietzsche esta Ilión en su tiempo? Su libro de anotaciones podría ofrecer una respuesta[6]: «Sin mis flechas no será conquistada la Troya del conocimiento —eso digo yo 'Filocteto'.»

Todo queda, sin embargo, muy ambiguo y polifacético; esa referencia aparentemente tan simple de Nietzsche nos deja en un mar de preguntas sin respuesta. Sólo hay una cosa que puede ser ganada como dato biográfico esencial. En esos años de 1883-84 comienzan las autoidentificaciones de Nietzsche. Hemos de reconocer que la figura de Zaratustra no fue simplemente una licencia poética o un instrumento formal (como en el caso de Kierkegaard o de E.T.A. Hoffmann, por ejemplo), sino una transformación total: Nietzsche se convierte en Zaratustra, es Zaratustra. Ahora es Filocteto durante un tiempo relativamente corto, así como Dioniso, aunque todavía aquí no hable de este último. Estas metamorfosis aumentan desde ahora hasta los primeros días de la locura, cuando Nietzsche se hace incluso César y «el crucificado», junto a otras identificaciones que se siguen o se sobreponen rápidamente. Nietzsche comienza a perder*se*, para reconstituirse en figuras ficticias. Cuando esto comenzó, cuando al final del libro IV de la «Gaya ciencia» se anunció Zaratustra, él escribió —con total claridad todavía— al respecto: «Incipit tragoedia.»

Como Filocteto, él se ve ahora como héroe de una tragedia sofóclea, como víctima de un destino que actúa sobre él, condenado a la soledad, al aislamiento. Y esa resignación se da, inconciliable, al lado del componente contrario, la esperanza, la convicción incluso, de que en breve logrará reunir en torno suyo en Niza su círculo soñado de «personas superiores».

Este verano le había traído a Nietzsche personas con las que podía vivir: Meta von Salis, Helen Zimmern, Resa von Schirnhofer y ahora este magnífico Heinrich von Stein. En Niza le esperaba Paul Lanzky; en Venecia, Heinrich Köselitz, y, con todo secreto, seguía confiando todavía en Lou Salomé y Paul Rée (escribe a su madre a comienzos de septiembre: «El Dr. von Stein me ha hablado con el mayor respeto del carácter del Dr. Rée y de su cariño hacia mí —lo que me ha hecho *mucho* bien». Es extraño que vuelva a aparecer su vieja y acariciada idea de una comunidad. Después de las esperanzas que precisamente von Stein le había despertado con su aceptación, con ánimo desbordante, el 2 de septiembre escribe Nietzsche a Köselitz: «Tengo la esperanza para el futuro de que se formará en Niza una pequeña, pero exquisita, sociedad, de esta creencia en la gaya ciencia: y, en espíritu, ya le he dado a Usted, el primero, el espadazo de caballero que lo introduce en esta nueva orden. Hay que jurar y perjurar '¡con mistral!' —no sabría de otra obligación, puesto que entre personas como nosotros todo 'se entiende de por sí'.»

Esto es humor patibulario, puesto que, a la vez, lo carcome la preocupación por la pérdida de otra comunidad, de una unidad natural, el

Conflicto con la familia

También la madre sufre por la desavenencia de sus dos hijos e intenta iniciar con «Fritz» una correspondencia con el fin de hacerle volver al camino, de gestionar un intento de reconciliación —esta vez ojalá que duradera. Le invita a que vaya urgentemente a Naumburg para un encuentro a tres. Evidentemente cree que su presencia, su fiel bondad, conseguirá más de lo que consiguió un año antes en Roma la prudente Malwida von Meysenbug. ¡Pasa por alto las diferencias y las graves heridas que ella misma y, sobre todo, Elisabeth, con su encarnizada persecución y campaña difamatoria contra Lou Salomé y Paul Rée, han producido, y siguen produciendo, en el ánimo sensible de su hijo! Por eso él rechaza el ofrecimiento, y sólo estaría dispuesto a transigir si Elisabeth, junto con su doctor Förster, desapareciera en breve de Europa, y se tratara de un último encuentro, de una despedida por lo menos para años. «Se comprende que en un caso *así* olvidaría las consideraciones con respecto a la salud (y, más todavía, al dinero).» Pues mientras ese antisemita de Bernhard Förster se encontrara en Europa, y como prometido de Elisabeth Nietzsche, Nietzsche se sentiría traicionado y comprometido. Este es el otro factor con el que la madre no quería contar. El hijo le responde con toda decisión el 2 de septiembre: «Temo ahora los largos viajes... Sils y Niza, Niza y Sils —y, en medio, una estación para la primavera: así lo haré.» A pesar de ello Nietzsche se esfuerza, al escribir las cartas a su madre, por hacerlo en un tono amable; sólo a Overbeck le confiesa[124]:

«Me produce bienestar el no recibir cartas de Naumburg; pero lo trastornado y enfermo que estoy todavía al respecto lo da a entender el hecho de que después de cada una de las cartas que escribí a mi madre este verano, pasé dos días seriamente enfermo. Puedes imaginarte perfectamente cómo ha repercutido finalmente sobre mí la constante repetición de un hecho: el que todavía, en medio de la tremenda tensión y los grandes sentimientos que se despliegan sobre el destino de la Humanidad, se me siga arrojando un puñado de suciedad a la cara (¡y esto a causa de acciones mías, ante las que creo que toda persona de elevados sentimientos sólo habría de tener *uno:* el de respeto y admiración!).»

Finalmente, sin embargo, cede a las presiones y propone un compromiso: a mitad de camino entre Naumburg y Niza, para él de camino de Sils a Niza (¡línea de ferrocarril Chur-Lucerna-San Gotardo!) —y sin la madre, cuyo estilo moralizante no podría soportar precisamente ahora y en este asunto—. El 19 de septiembre le escribe:

«Mi decisión en relación a un encuentro con mi hermana quedará en sus manos. En consideración a tus temores ante el cólera no he elegido Lugano... Bien, Zürich, pensión Neptum, una casa buena y conocida: ya he enviado allí una nota... Yo, por mi parte, quiero partir de aquí el 24 de septiembre por la mañana temprano, y estaré el 25 por la mañana en Zürich... ¡Ojalá el encuentro tenga un buen final, y, sobre todo, que no surja de él una nueva desgracia!»

Pero Nietzsche no sólo va a Zürich a causa de la reconciliación con la hermana. En primer lugar, es todavía muy pronto para ir directamente a Niza; necesita una estación intermedia donde pasar el otoño, y ve en Zürich posibilidades que quiere aprovechar. Puede hacer algo por su Maestro Gast. En Zürich ocupa una posición musical relevante Friedrich Hegar, a quien él había conocido en los tiempos de Tribschen. Y, por su parte, desea un encuentro con Gottfried Keller, al que respeta profundamente. El 20 de septiembre, desde Sils, anuncia al difícilmente accesible poeta, con todo formalismo, su presencia en Zürich, a donde llega el 25 de septiembre por la mañana, después de que, siguiendo esta vez exactamente el plan, abandonara el día anterior su «residencia Sils», desde donde escribe todavía a la madre: «Poco a poco, el 'solitario de Sils-Maria' se ve tratado por doquier con todo respeto. Varios huéspedes de verano del hotel del lugar me han rendido visitas de despedida.»

Capítulo 8
DIAS DE VACACIONES

(Zürich, del 25 de septiembre al 31 de octubre de 1884)

La celebración de la reconciliación con la hermana en Zürich vino a resultar más breve que el encuentro que entre ambos tuvo lugar, bajo la tutela de Malwida, en los meses de mayo y junio del año anterior. De las cinco semanas que Nietzsche pasó en Zürich, Elisabeth no permaneció en la ciudad, a su lado, más arriba de dos: a partir del fin de semana de 27-28 de septiembre (y no «desde comienzos de septiembre», como dice en su biografía, II, 500); hasta el martes 14 de octubre, concretamente. En tan breve periodo no le fue demasiado difícil representar otra vez magistralmente el papel de hermano cariñoso, presentándose, además, a Elisabeth del modo menos conflictivo posible. Y parece ser que el engaño le salió, efectivamente, bien, a juzgar por la satisfacción que en seguida manifestaba al respecto. En este sentido escribía ya el 30 de septiembre, bien poco tiempo después del reencuentro, pues, a Köselitz: «Procurando complacernos al máximo, después de habernos hecho daño durante tanto tiempo». Y el 4 de octubre tranquilizaba asimismo a la madre, que ya había sido, posiblemente, informada de todo por Elisabeth: «... supongo que entretanto habrás tenido ocasión más que suficiente de enterarte de que tus hijos vuelven a llevarse del mejor modo posible y que son otra vez buenos chicos en todos los sentidos. Lo que no cabe saber hoy, desde luego, es cuánto tiempo va a durar esta convivencia.» Y ese mismo día informaba a Overbeck, al principio tomando todavía muchas distancias y con toda clase de reservas y cautelas: «... hasta el momento hemos tenido un sol espléndido en y sobre nosotros», pero añadiendo en seguida en una postdata algo que parecía librarle de una amenaza desfavorable: «Mi hermana es un animalito de lujo; creo que el

próximo año la perderé de vista por un tiempo muy largo por la conocida vía ultramarina».

Del sol espléndido «sobre nosotros» dieron cuenta cumplida ambos. Debió hacer uno de esos tiempos magníficos de los que en ocasiones cabe gozar en las estribaciones de los Alpes a comienzos del otoño, y que empapan de dulzura indescriptible y de un aroma delicado el paisaje lacustre y montañoso. «Tan hermoso como Niza» llegó, en efecto, a escribir Nietzsche (a Köselitz, el 30 de septiembre). Este era, pues, el estado de ánimo que le dominaba cuando su hermana le confirmó su compromiso con Bernhard Förtser, así como su traslado a Paraguay, la primavera siguiente, a raíz de la celebración de sus esponsales. Todavía no habían trasncurrido más que dos semanas escasas desde el momento en que dejara Zürich, y Nietzsche aún resumía así sus impresiones a Overbeck: «De todo este otoño, lo más reconfortante ha sido para mí mi hermana y la huella que me ha dejado; ha hecho oídos sordos a las vivencias de estos años y las ha apartado con toda decisión de su corazón. Y además —cosa que valoro, a propósito de cualquier persona, por encima de todo—, sin el menor rencor. Encontrar otra vez la disposición de ánimo cálida y abierta de ayer, sin sombra alguna, es cosa que no esperaba y que acaso ni siquiera merecía». Elisabeth, por su parte, no se despidió de él tan sin preocupaciones. A lo que parece, al cabo de pocos días tuvo ya el presentimiento sobrecogedor de la tragedia que amenazaba, dado que el 8 de octubre escribía a la madre[6] que «Fritz» necesitaba protección y cuidados, ya que de lo contrario podía «sobrevenirle rápidamente otra vez una parálisis cerebral o una pérdida temporal de la vista». Fundamentaba tal temor en «esa extraña concidencia de una especie de parálisis que le da por poco tiempo».

Que quería de todo corazón y admiraba sin medida a su hermano, es cosa que siempre habrá que reconocerle a Elisabeth. Sólo que a la vez hay que subrayar que tanto más de lamentar resulta que tuviera que deformar su imagen, haciendo de él un ídolo, que tuviera, en fin, que desfigurarlo para poder, precisamente, venerarlo sin fisuras. Tampoco esta vez alcanzó, pues, a percibir el sufrimiento y el temor que le corroían en lo más profundo de su alma. El simple hecho de que después de una tensión de varios meses de duración, de lo que había sido, incluso, una brusca repulsa, su hermano se manifestara dispuesto a reencontrarse con ella y a sellar la reconciliación, le hizo enteramente feliz. De ahí, por lo demás, que aquellas dos semanas se alargaran también en su recuerdo y que en su biografía hable de «magníficas semanas de septiembre y octubre» y llegue incluso a afirmar —aunque con posterioridad no volvieran realmente a verse sino otra vez, en septiembre del año siguiente—, que «Fritz aún se refirió muchas veces a este periodo, en el que nos fue dado disfrutar de la convivencia fraternal por última vez, con la alegría intacta de nuestros años juveniles». Reseña incluso las ocasiones concretas en que esta alegría

pudo ejercitarse: «...Por ejemplo, leyendo a Freiligrath. Nos compramos sus poemas en Zürich... 'He aquí, pues, uno al que los alemanes tienen por poeta'... dijo Fritz con expresión cómico-solemne. Y empezamos a componer poemas a la manera de Freiligrath..., narrando de ese modo pomposo y oriental... En la cuarta parte del Zaratustra ha quedado un testimonio impagable de aquel desbordante estado de ánimo en la medida en que la canción del viajero y su sombra, «Entre hijas del desierto», fue compuesta entonces».

¡Que Elisabeth viniera en encontrar inocentemente divertido precisamente este «poema» tan doloroso y sardónico, que viera en él la expresión de un «desbordante estado de ánimo»! ¡Qué ignorancia tan terrible revela este juicio! Aun sin necesidad de pasarse al extremo contrario y reducir la escena a un mero «recuerdo de burdel», como hace el psiquiatra Max Kesselring[134], lo cierto es que ya hasta el propio *motto* subrayado por Nietzsche, que repite como verso final, «Este desierto crece, ¡ay de quien dentro de sí guarda desiertos!», previene contra toda trivialización posible. Nietzsche guardaba dentro de sí desiertos. Y desiertos que le hacían todo bien difícil.

Existe, de todos modos, otro motivo por el que apenas cabe tampoco dar crédito a esta anécdota, según la cual este buen humor por el que momentáneamente se sentía dominado Nietzsche encontró precisamente en Freiligrath ocasión para ejercitarse. Porque si es cierto que es bien poco lo que en el poeta de orientación política radical Freiligrath (1810-1875), redactor en 1848, en Colonia, junto con Karl Marx, de la «Freie Rheinische Zeitung», y exiliado luego en Inglaterra, Holanda y Suiza, podía encontrar Nietzsche de atractivo como político o como escritor, con sus «baladas político-patéticas» y sus materias pintorescas, también lo es que Nietzsche había llegado a Zürich con la intención de encontrarse con su venerado

Gottfried Keller

y que sabía perfectamente que Keller estaba unido a Freiligrath por lazos de amistad desde la época del exilio de éste en Rapperswil y Hottingen-Zürich en 1845. Aunque en versión menos extrema, Keller compartía aún con su amigo puntos de vista políticos liberales y le estimaba como poeta. Incluso ahora, transcurridos ya ocho años desde la muerte de Freiligrath, guardaba el mejor recuerdo de él y se escribía con su viuda. Dada la intención de Nietzsche de entrar en contacto personal con Gottfried Keller, hubiera sido de lo más improcedente por su parte dificultarse con alusiones burlonas a Freiligrath el acceso a un hombre tan escasamente abordable, por lo demás, como Gottfried Keller. Hubiera entrado en colisión, en fin, de actuar así, con el cuidado y circunspección con los que Nietzsche llevó adelante este asunto.

Con anterioridad incluso a la llegada de Elisabeth a Zürich, o tal vez el día mismo de ésta, le llegó la invitación de Keller: «Como supongo que habrá llegado Vd. ya y tendrá alojamiento, me creo en condiciones de ofrecerle, mediante la presente, mi casa; espero recibir su estimada y bienvenida visita, lo que me permitirá saludarle personalmente». Sobre el intento nietzscheano, lleno de timidez, pero acompañado de éxito positivo, de rendirle ya tal visita al día siguiente informa Elisabeth en las notas intercalada en su edición de las cartas[7]: «Cuando entramos en el jardín, una voz femenina nos comunicó, en dialecto de Zürich, que el Señor Secretario de Estado había salido. Tras algunas negociaciones por un lado y por otro apareció alguien a la puerta de la casa que aceptó hacerse cargo de la tarjeta de mi hermano. La voz femenina aún se hizo oír, de todos modos, otra vez: ¿Qué quiere esa «doncella»? Se refería a mí, que me había quedado modestamente a la puerta de entrada del jardín, por si mi hermano no era recibido y nos decidíamos, en consecuencia, a dar un paseo, como pasó en seguida a explicar. Como respuesta obtuvo una risa algo ruda, aunque benevolente, y la voz que salía de detrás de la persiana dijo algo así como que bien hubiera tenido la «doncella» que lanzar una mirada, desde lejos, al señor secretario de Estado, cosa que, dada la notoriedad de Keller, mi hermano no discutió, aunque yo para nada había pensado en ello, desde luego. Keller tenía fama de huidizo, incluso de misógino. Al día siguiente ocurrió lo inaudito: que devolvió al señor profesor Nietzsche y a su hermana la visita en la pensión Segnes, lo que me dio la ocasión de asistir a la entrevista. Estuvieron increíblemente amables el uno con el otro y se dijeron cosas muy bellas; cuando, al fin, Gottfried Keller me dirigió la palabra y yo a mi vez le dije algo que le gustó y divirtió, una sonrisa se apoderó de su rostro, transformándolo en un sentido indescriptiblemente dulce y amable. Jamás he visto un rostro cuya expresión cambiara tanto por una sonrisa. En su expresión normal la cara de Keller tenía algo de huraño, de indiferente, de tal modo que apenas podía comprenderse que el autor de narraciones tan divertidas pudiera ofrecer semejante aspecto. Pero tan pronto como sonreía, los ojos le brillaban maliciosamente y su rostro entero pasaba a revelar una picardía llena de ingenio.

»El encuentro pareció satisfacer mucho a ambas partes. En ocasiones dieron juntos algunos breves paseos y, sobre todo, Keller le pidió permiso a mi hermano para introducirle en la comunidad de lectores de Zürich».

La alusión a la «Pensión Segnes» ha de entenderse como resultado de un fallo de la memoria de la informadora. Nietzsche y su hermana se hospedaron, en efecto, en la Pensión Neptuno. «Segnes» era el nombre del Hotel de Flims en el que estuvieron en 1873. El encuentro tuvo lugar el 30 de septiembre de 1884, como Nietzsche informa a Köselitz.

Asombra el laconismo con el que la señora Förster trata en su biografía el episodio de Keller, así como que no se dé cumplida cuenta de él en

las cartas de Nietzsche. Hasta el 8 de septiembre de 1887 no comenta Nietzsche, en efecto, en carta a Köselitz, que Gottfried Keller le habló del joven poeta Ferdinand Avenarius (1856-1923, hermano del catedrático de Filosofía de Zürich Richard Avenarius), y en la presunta carta del 25 de enero de 1888 a su hermana (una «transcripción primitiva») hay una alusión a la «avinagrada» hermana de Keller.

Que en las cartas de Keller no haya referencia alguna al encuentro con Nietzsche es cosa que puede quedar suficientemente explicada por el hecho de que en estos años Keller solo escribía cartas en contadas ocasiones y a muy pocos corresponsales, como los Exner de Viena, a quienes su opinión sobre Nietzsche poco podía interesar.

En este encuentro la veneración corría exclusivamente a cuenta de Nietzsche. Nacido en 1819 y, por tanto, solo un año más joven que Jacob Burchardt, seis años más joven que Richard Wagner y el padre de Nietzsche, y con veinticinco años más que éste, Keller era un representante paradigmático de la «generación de los padres», cosa cuyo aspecto exterior aún acentuaba más.

La veneración de Nietzsche por Keller debía datar, de todos modos, de algunos años atrás, dado que en la época de la «cueva de Baumann» (1873) en Basilea, los tres compañeros de casa Romundt, Overbeck y Nietzsche se autoconfirieron, tomándolo de la novela breve de Keller, el título de «Los tres fabricantes de peines justicieros». Es posible que fuera Adolf Exner, el eminente jurista de la Universidad de Viena, que entre 1869 y 1972 estuvo, como profesor joven, en la Universidad de Zürich, y que selló allí una amistad con Keller que duraría lo que la vida de ambos, quien despertó el interés de Nietzsche por Keller. Fue precisamente con el profesor Exner con quien Nietzsche hizo, en Pascuas de 1869, la decisiva excursión a la Tellsplatte en el curso de la cual visitó por vez primera Tribschen. Entre Jacob Burckhardt y Gottfried Keller existía asimismo una relación de consideración mutua —decir «amistad», como a veces se hace, tal vez fuera demasiado— desde la época de catedrático de Zürich (del otoño de 1855 a la primavera de 1859) de Jacob Burckhardt.

Puede, pues, que fueran estas dos vías personales las que llevaron a Nietzsche al narrador Keller, aunque, por supuesto, mucho más relevante resulta la afección de Nietzsche a Keller a partir de la propia obra de éste. Algunos trozos de «Der grüne Heinrich», en concreto, debieron afectarle de un modo particularmente personal, puesto que le procuraron la ocasión de pensar y creer que él mismo había sentido y experimentado también cosas semejantes. Nietzsche leyó la obra en 1881-82, en la segunda versión de la misma por tanto, versión en algunas de cuyas partes reelaboradas se encuentran huellas de la última y frustrada vivencia amorosa de Keller, de su amor, no satisfecho, por Marie Exner[143]. Ambos, Keller y Nietzsche, reciben a menudo y con gran facilidad la etiqueta de «enemigos de la mujer». Nada más falso. Uno y otro se vieron, sí, y en cualquier caso,

privados de la satisfacción amorosa, de la vivencia del amor en su plenitud correspondida. Y Keller de un modo, acaso, todavía más cruel que Nietzsche. Aunque a Keller le fue dado, de todos modos, poder convertir su último gran amor, el que sintió por la joven —demasiado austriaca Marie Exner, convertida entretanto en esposa del profesor von Frisch y en madre, en una afectuosa y cordial amistad que duró hasta el final. Entre Zürich y Viena se cruzaron, en efecto, cartas llenas de alegría y buen humor. Las solicitaciones de Nietzsche fracasaron, en cambio, llegando hasta la ruptura, hasta la enemistad incluso.

Antes de enfrascarse en «Der grüne Heinrich» Nietzsche había leído ya, de todos modos, «Die Leute von Seldwyla». Un año después de su encuentro con Keller se hizo leer en voz alta por su madre «Sinngedicht», que vio la luz en 1881. Encontramos así, a lo largo de los años, referencias nietzscheanas a Keller en cartas y apuntes que no dejan de llamar la atención, a la luz de los usuales juicios literarios de Nietzsche, por su incondicionalidad y asentimiento.

No tan unívocamente positiva fue, en cambio, y cuanto menos, la primera impresión que el joven Nietzsche causó, a su vez, a Keller con anterioridad a este encuentro. Incitado por algo o por alguien —y aquí parece imponerse otra vez el nombre de Adolf Exner, vinculado a ambos—, Keller leyó el «David Friedrich Strauss», de Nietzsche. Y en una carta escrita el 18 de noviembre de 1873 al crítico literario vienés y biógrafo de Hebbel Emil Kuh, encontramos un fuerte ataque, muy en la línea un tanto áspera de Keller, al «panfleto adolescente del señor Nietzsche» y a su «monótono tono de ataque». Un ataque en el que se habla incluso de un «filólogo» —y Keller no los tenía en demasiada estima— «al que ha enloquecido toda esa gaita schopenhaueriano-wagneriana y que ha montado en Basilea, con otro par de locos como él, un culto propio». Caracteriza al autor como «mozo dado a la especulación», «filisteo integral» que «con ese folleto sobre Strauss... lo que realmente busca es dar un golpe a partir del cual todos pasen a hablar de él, porque la simple profesión de maestro de escuela le parece demasiado aburrida y tranquila». Respecto de su invectiva contra la cohorte wagneriana hay que tener en cuenta que Keller se sentía unido, a través de sus amigos vieneses, a Brahms. Y en cuanto al «golpe», acaso convenga recordar que el propio Nietzsche utiliza esa expresión al enjuiciar tardíamente sus primeros escritos (bien «El nacimiento de la tragedia», bien la primera «Consideración Intempestiva»). En este sentido escribía, por ejemplo, el 25 de julio de 1888 a Carl Spitteler: «Lo más inteligente que cabe hacer para pasar a ser considerado 'en sociedad' es meterse, nada más entrar, en un *duelo*, dice Stendhal. Yo no lo sabía, pero eso es lo que hice».[121]

Del temprano juicio de Gottfried Keller Nietzsche no llegó nunca a saber nada, por fortuna. Así pudo encargar con toda libertad y sin la menor reserva mental que se enviara al venerado escritor, en septiembre

de 1882, «La gaya ciencia», haciéndole constar asimismo, en carta subsiguiente, el testimonio de su desbordante admiración. En junio de 1883 le hizo llegar igualmente la primera parte del Zaratustra. En su condición de editora de la correspondencia, la señora Förster da a entender que Nietzsche se sintió animado a ello por la «amable respuesta» que obtuvo de Gottfried Keller a raíz del envío de «La gaya ciencia», y lamenta la pérdida de esta carta. Pero en su invitación a que le hiciera una visita, Gottfried Keller añadía: «Aprovecho esta oportunidad, la primera que tengo para ello, para agradecerle cordialmente su Zaratustra; la verdad es que ni a raíz de este envío ni del anterior, tam bondadoso también por su parte, he tenido idea de adónde poderle enviar una carta de agradecimiento». «La gaya ciencia» no dio lugar, pues, a «amable respuesta» alguna; Nietzsche se limitó, a lo que parece, llevado de su ferviente admiración, a hacer llegar su obra al sin duda un tanto perplejo Keller. En cuanto a su posible envío de las otras partes del Zaratustra al escritor suizo, ninguna constancia ha quedado de ello, salvo que se acepte como tal la fórmula general con la que Nietzsche le anunció, el 14 de octubre de 1886, una vez más —la última vez—, el envío de un libro, «Más allá del bien y del mal»: «Entretanto me he tomado la libertad, siguiendo una vieja y querida costumbre, de enviarle mi último libro; cuanto menos, ése ha sido el encargo que he trasmitido a mi editor, C. G. Naumann. Es posible que este libro vaya, por el carácter interrogativo de su contenido, contra el gusto de Vd. ¡pero tal vez no por su *forma*!».

¿Cómo discurriría la relación entre ambos en los paseos, sin duda no demasiado numerosos, de aquel octubre de 1884? Debían ofrecer juntos una imagen impagable. El señor secretario de Estado Keller era muy bajo –medía aproximadamente, según parece, 1,50 m.—, gordo, pesado, de andar lento y poco hábil. Nietzsche le sacaba por lo menos la cabeza; tenía el rostro bronceado por el sol de la montaña y estaba fuerte gracias a sus marchas diarias de varias horas; de no ser por la modestia general de su aspecto y por el tono retraído y circunspecto de su presencia, la tentación de tomarle por un «deportista de acero» hubiera sido fácil.

¿Y de qué pudieron hablar? Keller solo se sintió duraderamente impresionado por un filósofo en sus años mozos, aunque se trató, desde luego, de un filósofo que figuraba muy centralmente en el acervo formacional de Nietzsche: Ludwig Feuerbach. Estaban, pues, en cierto modo, de acuerdo, aunque con matices muy diferentes, en el juicio sobre los «curas», por decirlo a la manera de Keller. Pero ¡qué profundas eran, en todo lo demás, las diferencias! Keller era un tipo singular, conocido en toda la ciudad, querido y admirado (fue nombrado doctor *honoris causa* de la Universidad de Zürich en 1869, con ocasión de su 50 aniversario). Sus paisanos se enorgullecían de él, de su condición de escritor reconocido en todo el ámbito lingüístico alemán, y de escritor, además, que durante quince largos años había servido de modo sobresaliente a la cosa pública desde su puesto de secretario de Estado. Nietzsche era, por el contrario, el

«solitario de Sils», un *fugitivus errans* casi sin contactos, carente de comunidad verdadera, al que pocos conocían y algunos más hostilizaban.

Aún mayores eran las diferencias de naturaleza. Keller era un hombre muy dotado visualmente. La pintura había tenido para él en su juventud la misma importancia que la música tuvo para Nietzsche, no habiendo en este sentido afinidad alguna entre ambos; las pretensiones de Keller en materia musical no iban más allá de la canción popular, que estimaba mucho. De ahí que las visiones poéticas y literarias de Keller sean —como en el caso de Goethe— *plásticas*, pudiendo ser traducidas sus imágenes a términos visuales; sus descripciones de paisajes podrían servir incluso de modelo pictórico. Caso contrario, pues, al de Nietzsche, en quien apenas hay visiones plásticamente concebidas y presentadas. Keller es un escritor realista; su sentir apunta a «este mundo»; sus hombres viven y son percibidos en su vivir. Keller los mete *dentro* de su literatura. Nietzsche se explaya, concretamente en el Zaratustra, en visiones fantasmas; construye seres, modos de comportamiento; proyecta *hacia fuera* su propia problemática; la allega a su entorno.

De todos modos, no cabe pensar que Gottfried Keller, tan buen observador y conocedor de los hombres, fuera incapaz de percibir lo extraordinario de Nietzsche y de sentir por él la debida consideración. A favor de ello habla su invitación a Nietzsche a la sociedad de lectores de Zürich, una asociación literaria muy exclusiva. Es posible que para sí pensara, en cualquier caso, de modo parecido a como lo hizo a propósito del «Prometeo», de Spitteler, que Josef Victor Widmann le envió en 1881-82. Tenía que «penetrar antes en el canto misterioso y grandiosamente ingenuo», comentó. Con el tiempo vino a molestarle su «carácter apocalíptico y un tanto sofístico»[34]. En cualquier caso, la consideración prosiguió. Un tanto unilateral, desde luego, pero prosiguió.

Interludio musical

Hacer en la medida de lo posible algo por el compositor Peter Gast, el fiel Köselitz, tras del voluntario abandono por éste de su nido veneciano, era el otro objetivo que perseguía en Zürich.

Köselitz viajó el 22 de junio a Dresden, a casa de Ernt Schuch (1846-1914). Schuch, natural de Graz, había trabajado como director de orquesta en Basilea en 1871, por lo que puede que en esta elección de Köselitz jugara algún papel un antiguo conocimiento de Nietzsche. En 1872 se trasladó a la Ópera de la Corte de Dresden, donde permaneció hasta su muerte, siendo director de la misma en 1882 y director general de Música en 1889. Más tarde se hizo famoso estrenando a Strauss («Salomé», «Electra», «El caballero de las rosas») y en 1897 el emperador de Austria le hizo miembro de la nobleza hereditaria.

Köselitz le había visitado ya en enero de 1883 con la partitura de su opereta «Broma, astucia y venganza», siendo muy bien recibido. Por decisión de Nikisch no hubo lugar entonces al estreno de la misma, justificadamente, como el propio Köselitz reconocía con toda franqueza en carta a Nietzsche, puesto que, según parece, la instrumentación era tosca, imposible, literalmente no ejecutable. Ahora, en junio de 1884, Köselitz le entregó la partitura de su ópera «Matrimonio secreto». Schuch le dio a conocer su deseo de tener un texto alemán y una partitura para piano. Ante ello Köselitz se retiró a su Annaberg familiar, dando cuerpo allí a «ramplones versos alemanes», como él mismo dice. A fines de agosto volvió a Dresden, sintiéndose, de modo excepcional, lleno de esperanza en lo tocante a la aceptación de su ópera, ahora titulada (a iniciativa de Nietzsche) «El león de Venecia». Pero también era consciente de la inmadurez de esta ópera primeriza suya, y puso grandes esperanzas en el trabajo de Schuch. «Es un hombre singularmente dotado para el género... Su gusto es exquisito, tiene gracia y fuego en el cuerpo, y una mirada sumamente aguda para lo más importante, para los efectos y para todo lo que enaltece... Es el hombre de las ejecuciones únicas. Sabe inmediatamente lo que es demasiado largo o lo que suena demasiado lleno, lo que hay que quitar, etc.» Pero a pesar de este arranque, de nuevo acabó la cosa en una decepción.

Paralelamente a ello Nietzsche se movía también, una vez más, por su *Maestro* Peter Gast. Todavía desde Sils le escribía el 20 de septiembre: «He reemprendido mi relación con el director de orquesta Hegar, de Zürich, y voy a intentar convencerle por todos los medios para que ponga en su repertorio y dirija 'Broma, astucia y venganza'... En principio es solo un intento: si no consigo nada, habremos aprendido otra vez lo que ya sabíamos, pero con ello nada se habrá perdido, todo seguirá 'como antes'.» Pero el propio Köselitz ya había dejado de creer en «Broma, astucia y venganza». Prefería «El león», pero incluso respecto de esta nueva obra suya se sentía poseído por la desconfianza. De ahí que dejara al destino la tarea de decidir y asintiera a la propuesta de Nietzsche, enviándole la partitura a Zürich. Llegó el 29 de septiembre y el 30 estaba ya en poder de Friedrich Hegar, como el propio Nietzsche le comunicaba a Dresden, comentándole: «Si hay voces de la orquesta, podría oír ya la Obertura en los próximos días. Hegar procura que este otoño mío sea una fiesta, quiere que se interprete para mí la 'Arlesienne', cosa que yo bien deseo, y además en privado, en la Sala de Audiciones. Ha convencido, además, al señor Freund, el discípulo de Liszt, al que yo conozco ya de antes, para que toque para mí lo que me apetezca».

Nietzsche estaba plenamente convencido de la calidad de la música de su amigo, y parece que llegó incluso a conseguir algo gracias a esa capacidad de persuasión que da una convicción absoluta. Parece, en efecto, que Nietzsche procuró un material necesario, haciendo sacar copias

de la Obertura para las voces de la orquesta, «todo ello por no más de 21 francos. ¡Es algo cómico! Mejor no puede uno invertir su dinero», reconocía a su hermana. Y consiguió, efectivamente, hacer realidad una representación privada, con él como único espectador, en la Sala de Audiciones de Zürich el 18 de octubre de 1884, con lo que quedaba conseguido ya un estreno mundial con fecha conocida. Por culpa de la partida de su hermana no pudo asistir Nietzsche, en cambio, al primer ensayo, el 14 de octubre.

Pero no en todas partes, ni siquiera ante devotos fieles, conseguía resultar tan convincente la fe de Nietzsche en «su» *Maestro*. En este sentido informa Resa von Schirnhofer, por ejemplo, sobre un encuentro durante estos días de Zürich: «En uno de éstos encontré al profesor. Freund... en su compañía; acababa precisamente de comenzar con él una discusión sobre una posible representación de 'El león de Venecia', de Peter Gast. Con tal ocasión Nietzsche volvió a dar curso desbordante al discurso entusiástico de su ánimo musical sobre la obra de su amigo, obra cuya gracia, cuya riqueza melódica, dijo no poder alabar lo suficiente. No consiguió, de todos modos, despertar mi interés, dado que dejó ver con demasiada claridad la punta contra Wagner. Por el contrrio, lo que en esa misma ocasión me contó sobre Hugo Wolf —'su paisano', como subrayaba— me impresionó fuertemente; Nietzsche era entonces, en efecto, el primero en hablarme admirativamente sobre este genio musical, totalmente ignorante del futuro y de lo que más tarde acabarían por parecerse sus destinos personales».

También Hegar tenía algo que objetar a la obra de Gast (Nietzsche había introducido a Köselitz como compositor exclusivamente bajo este nombre artístico). Tras del primer ensayo, el 14 de octubre de 1884, Nietzsche comentaba así, en efecto, a Köselitz[121]: «Estuve con él por la tarde y me contó que sentía mucho que no estuviera Vd. con nosotros. Se expresaba con gran simpatía y sincera benevolencia sobre nosotros dos. 'Mucho talento' y cosas parecidas, lo que va de suyo. Pero —hay un 'pero'— no se cansó de insistirme en la urgente necesidad de que consiga Vd. una gran orquesta (en el punto de la instrumentación encuentra continuamente una contradicción entre la finura de los objetivos y el «error de los medios» y lo prueba con ejemplos). Se refirió, pues, a su orquesta imaginaria; también comentó que usa y abusa Vd. demasiado de ciertos efectos coloristas que le gustan, etc. etc. Sentí una especie de opresión en el pecho; insistió en que su música suena, indiscutiblemente, de un modo diferente a como Vd. se imagina, y que de oírla, Vd. sería el primer asombrado», a lo que Köselitz respondió: «La Obertura ha sido escrita después y viene fuertemente orquestada como mera música instrumental: *quiero* derribar la puerta antes de entrar en la casa. Están ahí, pues, los *forti* más fuertes de toda la obra».

Friedrich Hegar, nacido en 1841 en Basilea, se formó en 1875-61 en

Leipzig, y desde 1862 fue director de orquesta en Zürich. Desde 1865 era, en su condición de director, el músico más influyente de Zürich. Tras de los estrenos suizos de los Preludios del «Tristan» (el 5 de marzo de 1867) y de «Los maestros cantores» (el 12 de enero de 1869)[84], Wagner creyó poder contarle entre los suyos. Le invitó a Tribschen a las veladas dedicadas a los cuartetos, veladas en las que Wagner estudiaba, junto con músicos de Zürich, los cuartetos de Beethoven. En una de estas ocasiones Hegar ofició, aunque a desgana, como primer violín. Aquí le conoció asimismo Nietzsche, como ya hemos tenido ocasión de reseñar. Más tarde Hegar se distanció progresivamente de Wagner, estrechando lazos de amistad con Brahms.

Esta evolución no afectó para nada a la relación amistosa con Nietzsche, que se mantuvo sin la menor sombra, incluso después del envío, por éste, de su desgraciada «Meditación de Manfredo». Hizo, pues, a Nietzsche el nuevo favor de estudiarse la por él tan altamente valorada Obertura de «El león», llegando además hasta procurarle otros placeres musicales, como, por ejemplo el *adagietto* en do mayor para instrumentos de arco de la «Arlesienne», de Bizet*. Ambas partes se mostraban buena disposición mutua y una consideración muy alta. Todavía en la primavera de este año de 1884 había manifestado Nietzsche a Hegar por carta su deseo de invitarle a ingresar en su grupo de «amigos dignos de toda confianza». Y ahora Hegar le hacía una contraoferta, sobre la que Nietzsche informaba a Köselitz el 22 de octubre: «Hegar... me propuso ayer que venga Vd. acá todos los otoños —está dispuesto a cederle gustosamente media hora de cada uno de sus ensayos para que tome Vd. mismo 'en su mano' la orquesta, estudiando y representándose así sus cosas». Era algo que Köselitz deseaba ardientemente. Así pues, lió sus bártulos inmediatamente y el 29 de octubre estaba ya en Zürich. Hegar llegó tan lejos en su afán por complacerle, que el 7 de diciembre le dejó dirigir, en un concierto de la Asociación Coral «Armonía», la Obertura de «El león». Overbeck, que se había trasladado a Zürich tan solo por esta razón, informaba así a Nietzsche el 21 de diciembre: «He oído, pues, al fin, de Obertura de Köselitz... La música me pareció de una ingenuidad como hoy ya no es frecuente, pero sonaba bien... El público se mostró complacido y tuve la alegría de ver cómo mis aplausos se perdían entre los demás... Dirigía el propio Köselitz, aunque era de la opinión de que la dirección de Weber o Hager habría mejorado su pieza. Es posible que le resulte demasiado difícil salir de sí mismo para ser un buen director... Tanto más he acabado, en fin, por convencerme del mérito que has contraído sacando a Köselitz de Annaberg y situándole en una atmósfera más adecuada para su

* Hegar siguió dirigiendo la orquesta de Zürich hasta 1906. Hasta 1914 fue director del Conservatorio de esta ciudad, inaugurado a instancias suyas en 1876. Murió el 2 de junio de 1927 en Zürich.

arte... En cuanto a su trato con los músicos de Zürich, Köselitz se mostró todo el tiempo muy satisfecho».

No tan satisfecho estaba, en cambio, el propio Nietzsche de su amigo Köselitz a los pocos días de su convivencia en Zürich. El 30 de octubre se quejaba a su madre[121]: «He instalado a Köselitz del mejor modo posible (en la misma casa en la que vive Helene Druscowitz con su madre) y he intentado convencerle también de que almuerce con las Stas. Willdenow y Blum, así como con Miss Correll y otras conocidas, que creo que es lo que más le conviene, dado lo incluso excesivamente plebeyo de sus costumbres. Nadie puede saber lo que tengo que autosuperarme en el trato con este cuerpo y este espíritu tan lerdos».

Se trataba, en su mayoría, de estudiantes del círculo de Meta von Salis y Resa von Schirnhofer, residentes en Zürich. Concretamente en la señorita Dra. Helene Druscowitz creía haber encontrado Nietzsche un nuevo fiel; en cuanto mujer filosóficamente instruida era posible sostener con ella, cuando menos, una conversación interesante. De ello informaba a su hermana el 22 de octubre de 1884: «Por la tarde di un largo paseo con mi nueva amiga Helene Druscowitz, que vive con su madre algunas casas más allá de la Pensión Neptuno; de todas las mujeres que he conocido, creo que es la que con más seriedad y provecho se ha metido en mis libros. Mira a ver si te gustan sus últimos escritos... Creo que es una criatura veraz y ordenada a la que mi 'filosofía' no puede hacer daño. Y lee también las narraciones de mi admiradora berlinesa, la Srta. Glogay; son muy alabadas por su 'finura psicológica'.»

Esta Berta Glogay, nacida el 22 de octubre de 1849 en Königsberg, había crecido y se había formado en Berlin, y ya a los veintitrés años publicaba ensayos y narraciones bien recibidos. Interrumpió, no obstante, su actividad, siguiendo los consejos de su padre, y solo tras largos viajes al extranjero, con su carga de experiencias e impresiones, tomó otra vez la pluma. Entre 1880 y 1883 dio comienzo a la serie de sus novelas cortas maduras[18]. El homenaje contenido en esta carta parece obedecer a un arrebato único y pasajero, dado que Berta Glogay desaparece del círculo de conocidoa de Nietzsche con la misma rapidez con la que entró en él. Pero resulta suficientemente revelador respecto de la violenta apetencia de seguidores que aquejaba a Nietzsche por estas fechas. Creyó haber ganado con ella una nueva «admiradora» y eso le bastó ya para recomendar la lectura de sus narraciones —que ni siquiera había leído—, obras, en fin, que no han llegado a encontrar lugar alguno en la historia de la literatura.

En el caso de Helene Druscowitz, criatura excéntrica y confusa que todavía le ocuparía molestamente durante mucho tiempo, Nietzsche se equivocó enteramente. Helene Druscowitz nació el 2 de mayo de 1856 en Viena[278*], y ya en 1873 pasó el Bachillerato y la Reválida del Conservato-

* Y no 1858 como dicen las enciclopedias.

rio de Viena. Es posible que fuera su fuerte componente musical lo que de ella atrajo a Nietzsche, juntamente con lo alegre de su carácter vienés. Estudió en Zürich filosofía, filología clásica, arqueología, orientalística, germanística e idiomas modernos. Todavía joven, puesto que solo tenía veintidós años, consiguió el doctorado en Filosofía por la Universidad de Zürich. Al igual que muchas otras estudiantes universitarias de su tiempo, Helene Druscowitz estaba vinculada al movimiento feminista y fundó las revistas femeninas «La lucha sagrada» y «El desafío» (sus desmesurados ataques al mundo masculino no pueden ser leídos sino con risas y cabeceos). Se enfrascó asimismo en Kant y Schopenhauer, Herbert Spencer y Paul Rée. Con clases y conferencias en Viena, Zürich y Basilea, así como viajes a Francia, Italia, España y el norte de Africa desarrolló una agitada actividad; se autotituló «Doctora en Sabiduría Cósmica», publicó con diferentes pseudónimos (Adalbert Brunn, H. Foreign, E. René, H. Sckorausch); se ocupó de problemas de la Mística y murió, al fin, en pleno colapso espiritual, colpaso del que ya en 1897 informaba Meta von Salis, el 31 de mayo de 1918 en Mauer-Ohling (Baja Austria).

Cuando Nietzsche conoció en 1884 a Helene Druscowitz, ésta había escrito en 1882 una tragedia, «Sultán y Príncipe», y estaba dedicada por aquellas fechas a una serie de escritores ingleses, y «entre ellos a la Eliot, a la que admira mucho, así como a un libro sobre Shelley. Ahora traduce... a Swinburne», informaba Nietzsche el 22 de octubre de 1884 a su hermana. Un tema de singular actualidad para Nietzsche, desde luego (ya hemos aludido a los ecos de Shelley en el Zaratustra). «Se manifestó... en términos encomiásticos sobre su conocimiento de los poetas ingleses», recuerda asimismo Meta von Salis[212]. Sus preocupaciones filosóficas, centradas en una serie de problemas metafísicos concretos, debieron dar pie asimismo a conversaciones interesantes, particularmente sobre la libertad de la voluntad, cuestión que tan importante papel ocupa en los escritos juveniles de Nietzsche. En torno a estas cuestiones giran también sus escritos tardíos: «Intento moderno de un sustitutivo de la religión», 1886 (el título apunta al Zaratustra nietzscheano, que tiende a juzgar como un ensayo frustrado); «¿Cómo pueden resultar posibles la responsabilidad y la imputabilidad morales sin libertad de la voluntad?», 1887; «A propósito de la nueva teoría (Hacia la fundamentación de una visión del mundo suprarreligiosa)», 1888-1889; «Eugen Dühring», 1889, publicado en 1900 (aunque escrito tal vez antes); «El trascendentalismo libre o El supramundo sin Dios» y «Pesimismo ético», 1903.

En la discusión del tema del libre albedrío —o de la libertad de la voluntad— Helene Druscowitz toma posición decidida contra Kant y Schopenhauer a partir de la frase de Paul Rée «Puedo hacer lo que quiero», en la que «lo que quiero» remite a lo que *puedo* querer, planteándose así la cuestión del origen de este poder. Y aquí es donde está la no libertad. Solo que Helene Druscowitz no ve las *causas* éticas ancladas en la

trascendencia, sino en un nivel más próximo, en las «potencias de la naturaleza» que asume como apriόricas, esto es, sin raíz causal. De ello resulta, en su opinión, una especie de «orden moral del mundo», de «bien» y «mal» puestos de modo absoluto, del que el hombre puede ser y es sabedor. En este saber de lo bueno y de lo malo descansa su responsabilidad. La punta antinietzscheana resulta, desde luego, evidente. Cierra así sus reflexiones: «Pero quien crea que hay que quedarse aquí y considerar el hacer humano *sub specie necessitatis*... (no comprende la voz de la naturaleza), no percibe hacia dónde camina la naturaleza con todo su poder, aunque a menudo con insuficiente selección y aplicación de sus medios, desde luego».

En qué medida la elección de temas, la formulación de los títulos y las posiciones filosóficas defendidas podían venir aquí consciente o inconscientemente influidas por una orgullosa voluntad de competir con Nietzsche, bien prosiguiendo, bien ofreciendo una alternativa radical a sus reflexiones, es cosa que solo en el marco de una investigación más amplia y resolutiva podría ser tratada*. Lo único importante para nosotros es que Nietzsche lo percibió así, evidentemente, y que eso le entristeció no poco, por mucho que sólo diera curso explícito a su fastidio en una ocasión, y de modo muy breve, en un paso de una carta a Carl Spitteler fechada el 17 de septiembre de 1887[121]: «El pequeño ganso literario Druscowitz es cualquier cosa menos mi 'discípula'.» Por sus conversaciones con él Meta von Salis sabía perfectamente, por otra parte —y estaba, en consecuencia, en mejores condiciones para informar sobre ello—, el modo como Nietzsche reaccionaba «cuando alguien que conocía personalmente se erigía, sin autorización, en juez suyo. No veía en ello sino un fenómeno negativo de parasitismo espiritual, y se sentía profundamente herido en su sensibilidad. Es lo que ocurrió cuando la Dra. Helene Druscowitz le atacó tan superficial como implacablemente en su 'Intento de un sustitutivo de la Religión'. Pero de todo ello no hay ni rastro en estos alegres días de octubre de 1884. Igual alegría, e incluso felicidad, le produjeron dos nuevas amistades musicales que Nietzsche tuvo que agradecer a Hegar. Se trataba del pianista húngaro Robert Freund (1852-1936), discípulo de Moscheles, Tausig y Liszt, profesor, desde 1875, en Zürich, en el Conservatorio que dirigía Hegar, y de Eugen d'Albert (1864-1932), que como pianista destacaba sobre sus contemporáneos, sobre todo por sus interpretaciones de Beethoven**.

Las musas vinieron con ello a procurar una singular satisfacción al melómano Nietzsche, siempre tan hambriento de música, pero no sin

---

* Dejemos abierta, en cualquier caso, la cuestión de si la «importancia» de la Druscowitz podría o no justificar tal empeño.

** De sus numerosas composiciones es la ópera *Tiefland* la que con mayor éxito ha logrado prevalecer.

obligarle a la vez, y en contrapartida, a enfrentarse a una amarga decepción: «El virtuosismo de Eugen d'Albert y de Freund al piano me ha procurado entretanto un goce tan exigente y refinado que ya no puedo oír tocar a mi viejo amigo Köselitz», reconocía a su madre el 30 de octubre de 1884[121].

A ello hay que unir que sus últimos días en Zürich vinieron a verse ensombrecidos con una amenaza a un nivel muy distinto:

Preocupaciones editoriales

de las que ya nunca se vería libre y que llevarían a Nietzsche a tener que imprimir sus últimos escritos a su costa.

Las tensiones vinieron por ambas partes, aunque obedeciendo, en cualquier caso, a causas diferentes. La Editorial Schmeitzner se vio implicada, de modo cada vez más llamativo, en la agitación antisemita. Nietzsche se dio cuenta de que su persona y su obra quedaban así comprometidas, dado que no estuvo muy lejos de pasar a ser subsumido bajo esa categoría. Schmeitzner tenía, por otra parte, dificultades financieras, estaba a las puertas de la bancarrota. En esta situación se hubiera librado a gusto del «poco rentable» Nietzsche. Ya el 4 de octubre comentaba Nietzsche, en consecuencia, a Overbeck: «Schmeitzner quiere *venderme* por 20.000 marcos, pero no encuentra quien *se atreva* a cargar conmigo». Y el 30 de octubre: «Entretanto he comprendido que tengo que sacar cuanto antes mis escritos de manos de Schmeitzner, es decir, que tiene que ser obligado a venderlos ahora. (Porque preciso, dicho en pocas palabras, tener todavía en vida discípulos, y si los libros que he publicado hasta la fecha no sirven de cañas de pescar, es que han 'fracasado en su misión')». Nos encontramos aquí ya, pues, con la imagen de la caña de pescar de «La ofrenda de la miel» del libro IV del Zaratustra.

También a su madre escribía ese mismo día en igual sentido: «En cuanto al... asunto de Schmeitzner... es muy importante para mí sacar mis escritos de sus manos cuanto antes; y si el anuncio de una demanda puede contribuir a que se vea obligado a venderlos, creo que lo que más le conviene es que nuestro tío* de los pasos necesarios en ese sentido. A la carta que entretanto me ha hecho llegar Schmeitzner no pienso contestar: no ha hecho nada de lo que le he pedido y ni siquiera me ha enviado una liquidación. Se ha limitado a consolarme hasta el año próximo. Quiero que se le indique a Schmeitzner que para la venta de mis escritos vaya pensando, por ejemplo, en el editor berlinés Oppenheim (el editor de Karl Hillebrand y de la Srta. Druscowitz)». Nietzsche quería, pues, publicar en la misma editorial que Helene Druscowitz. Para saber lo que esto significa

* El consejero de Justicia Dächsel en Sangerhausen.

basta con pensar en lo que para él representaba la simbiosis editorial con Overbeck bajo el sello de Schmeitzner o con Wagner bajo el sello de Fritzsch.

Desenlace

En la carta que el 30 de octubre —un día, pues, antes de su partida— escribía a su madre, sacaba así el balance de estas cinco semanas favorecidas por un tiempo favorable y en las que, en consecuencia, no tuvo ningún ataque de jaqueca: «Así pues, la época de las vacaciones ha terminado ya para mí y pienso que he ahorrado fuerzas y he hecho nuevo acopio de ellas para volver, en mejores condiciones, a mi tarea. No sin temor y terror —pero *debe* ser así.»

La tarea le llama: su filosofía, que en verano ha visto en sus rasgos esenciales como «un todo inmenso», le empuja; percibe como misión suya avanzar en el camino de la elaboración de una «obra fundamental». Y para ello abandona el 31 de octubre de 1884 Zürich, esa acogedora ciudad que tanto calor humano le había ofrecido, y sale de nuevo al encuentro de su helada soledad en el Sur. Paradoja esta típicamente nietzscheana que arroja una luz reveladora sobre el carácter disonante de su existencia.

Capítulo 9
ZARATUSTRA SE AGOTA

(De noviembre de 1884 a junio de 1885)

Los soleados días de vacaciones de Zürich constituyeron un mero momento de pausa: su sosiego se reveló pronto como engañoso. En Nietzsche fermentaba una obra nueva. Los esbozos, proyectos, borradores y notas de este periodo tienen una extensión muy superior a la de la obra que tomó cuerpo definitivo al cabo de este semestre invernal. Poderse entregar sin perturbaciones externas ni acontecimientos inhibidores a su trabajo a lo largo de un proceso creativo tan duro como éste es cosa que hay que interpretar, sin duda, como una suerte para Nietzsche. El discurrir externo de estos meses en los cuarteles de invierno de la Riviera, que Nietzsche no abandonó hasta el 9 de abril de 1885, ofrece bien pocos acontecimientos y puede ser repasado con rapidez.

Menton

La meta inicial del viaje era Menton. Situado cerca de la frontera italiana, todavía bajo la influencia cultural de Italia, pero ya en suelo francés, en la inmediata proximidad de los centros mundanos de Monte Carlo y Niza, y a apenas 25 kms. de la gran ciudad de Niza, era un lugar que ofrecía el paisaje ideal de Zaratustra: mar y montaña. Con un pequeño esfuerzo, y a través de una serie de caminos de marcha, podía Nietzsche acceder a las estribaciones de los Alpes Marítimos y gozar desde sus promontorios de una amplia vista sobre el mar, que en los días claros podía extenderse hasta la isla de ensueño, Córcega.

Nietzsche llegó a Menton el 2 de noviembre (de 1884) tras un viaje

sumamente incómodo (tuvo que cambiar cuatro veces de billete, hacer transbordo dos veces y pasar las aduanas otras dos veces con toda clase de molestias) y tuvo que detenerse allí durante tres largos días para reponerse de las molestias y sobresaltos del viaje. Encontró una «pequeña habitación de trabajo muy agradable, casi como en Zürich, llena de sol. Pero la casa está casi vacía y la comida es, de momento, de pena (pequeños trozos recalentados de carne, no me sienta nada bien). Si la cosa no mejora, volveré de nuevo a Niza, donde me dan comida suficiente y todo muy bien asado, no como aquí, donde se guisa del modo más basto... Por lo demás, desde el punto de vista del paisaje Menton me resulta más apetecible que Niza. Más tranquilo, más grandioso, la montaña y el verde más a mano, sin tener que andar por lo menos 40 minutos, como ocurre en Niza, hasta salir al campo... En cuanto a la influencia del mar y del cielo, como desde que salí de Niza en primavera he estado siempre enfermo, salvo las semanas de Zürich, me resulta favorable, la verdad» (7 de noviembre de 1884, carta a casa).[124] De todos modos, aunque llegó incluso a escribir en estos términos a su hermana «Comparado con Niza, Menton es algo magnífico. He descubierto ya ocho paseos posibles», la vecina Córcega le atraía. Paul Lanzky dio el salto para informarse y el propio Nietzsche tomó contacto con la propietaria de una pensión de Ajaccio, informando así a casa (probablemente el 19 ó 20 de noviembre): «Me ha escrito también la Sra. Dra. Müller, propietaria de la Pensión Suiza de Ajaccio, aceptando la oferta que le hice. Y también he recibido una carta muy larga de la Sta. Resa, de París, quien, según creo, quiere hacerme una visita a Corcega», cosa que alegró mucho a Nietzsche, dado que «quiero tener siempre a mi lado personas de ánimo alegre. Cuánto siento no haber ido yo mismo a París». Entretanto, su aislamiento y la soledad en Menton pasaron a resultarle más oprimentes que gratificantes. No habían pasado aún del todo tres semanas, y ya quería abandonar el lugar. «Creo que no debo dejar perder la singular oportunidad de Córcega. Pero antes iré a Niza, a ver si me sienta tan bien como otras veces. Cuando esté de nuevo repuesto, veremos».

Pero incluso Córcega acabó por hacérsele cuesta arriba; siente miedo ante un posible nuevo aislamiento en una isla acaso poco acogedora. El 28 de noviembre comunicó a casa la decisión definitiva: «Hoy me siento exhausto. El asunto de Córcega, liquidado. El Sr. Lanzky regresará hoy de allí pasará el invierno conmigo en Niza, en la misma Pensión. (Resultado de cartas y telegramas). Quiero y tengo que aferrarme a Niza, con vistas a mi 'colonia' futura, que hoy me parece más posible (quiero decir: gente simpática a la que enseñar mi filosofía). Tan solo como aquí o en la Engadina no estoy bien, la enfermedad me acompaña siempre. Entre Niza y Menton lo que hay, además, es una cierta diferencia de humedad en el aire: soy un animal delicado».

Niza, invierno de 1884-85

A comienzos de diciembre Nietzsche está otra vez en su pensión de Genève, en la pequeña *rue* St.Etienne, donde se reencontró de nuevo con viejos conocidos. El 5 de diciembre llegó —reclamado telegráficamente— Paul Lanzky, inconmovible en su lealtad. También el viejo general Simon había vuelto al familiar refugio invernal. Lo que no encontró, sin embargo, es esa sociedad de «hombres elevados» ante la que poder desarrollar *él mismo* su filosofía. En cuanto a su anhelada mejoría, también la persiguió en vano en aquel tráfico humano más intenso. Sobre Paul Lanzky se quejaba ya al cabo de tres semanas (el 21 de diciembre de 1884) a su madre y hermana y otra vez a comienzos de enero: «...una persona sumamente atenta y llena de devoción hacia mí —pero la vieja historia de siempre: cuando necesito a alguien que me entretenga, la cosa queda siempre dispuesta de tal modo que el que entretiene soy yo—. Se calla, suspira, parece un zapatero y no sabe ni reír ni mostrar ingenio. A la larga, inaguantable». De lo mismo se lamenta a Overbeck, llegando incluso a añadir: «Mejor un mamarracho»[121]. Ni siquiera la publicación de un trabajo sobre Nietzsche en pequeño periódico húngaro vino a mejorar la cosa; todo lo contrario. «No he tenido otro remedio que hacer con el autor lo que el año pasado con el Sr. Dr. Paneth, otro gran admirador y devoto: rogarle que deje de escribir sobre mí. No tengo el menor deseo de dejar crecer en torno mío una nueva especie de clan a lo Nohl, Pohl y Kohl*. Prefiero mil veces la clandestinidad absoluta en la que vivo a la convivencia con charlatanes soñadores y mediocres».

Nietzsche no tiene ya, pues, compañero de diálogo alguno al que poder sentir como su igual. Tanto mayor es, en consecuencia, el peligro que ahora le acecha: caer como mercancía comercial en manos de vocingleros del mercado. Por lo demás, lo que de una operación así podía salir, lo que a una gran idea podía ocurrirle cuando ése acababa siendo su destino, es cosa que Nietzsche conocía bien y a la que se había referido asimismo de modo explícito a propósito de Bayreuth. No otro es el sentido de su amargura de 1876. A su ruptura con Wagner ayudó no poco, en efecto, la decisión de aquel espíritu afín de condescender «al mercado» y de

* Karl Friedrich Nohl (1831-1885) fue *privatdozent* y más tarde catedrático en Heidelberg. No puede ser caracterizado tanto como un tratadista científico de cuestiones musicales cuanto como un divulgador literario de las mismas. Entre sus numerosas biografías de músicos, las dedicadas a Mozart y Beethoven, ocupan un lugar importante. En 1883 publicó una obra titulada «La importancia de Wagner para el arte nacional». Como publicista wagneriano más definido hay que contemplar a Richard Pohl (1826-1896), miembro del círculo más estrecho de Bayreuth. Se dedicó también a Berlioz y a Liszt, con el que entró en contacto personal en Weimar entre 1854 y 1864. J. G. Kohl, a su vez, publicó en 1873 un escrito «Sobre pintura tonal en el idioma alemán» en el que alababa la técnica wagneriana de la aliteracion[255]. Se trata, pues, de una alusión de Nietzsche a tres conocidos propagadores del culto wagneriano.

encargar la propaganda de la mercancía a gentes como Hans von Wolzogen y los citados Nohl, Pohl y Kohl.

Años después caería él mismo, ciertamente, como «éxito editorial», en manos peores. Y reducido a mero pretexto y pura coartada sería sometido, además, a uso y abuso por criminales políticos. Solo que no llegó a vivir ni experimentar decepción tan terrible. Pero, en cualquier caso, las consideraciones que —en la estela de la experiencia wagneriana— inscribe en la primera parte del Zaratustra. «De las moscas del mercado», no pudieron protegerle una vez muerto: «Donde la soledad acaba, allí comienza el mercado; y donde el mercado comienza, allí comienzan también el ruido de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas venenosas... El pueblo comprende poco lo grande, esto es: lo creador. Pero tiene sentidos para todos los actores y comediantes de grandes cosas... Huye, amigo mío, a tu soledad: te veo acribillado por moscas venenosas. ¡Huye allí donde sopla un viento áspero, fuerte!»

Pero precisamente aquí hunde sus raíces también el insoluble conflicto nietzscheano: no pudo soportar la soledad, se vio llevado a buscar una y otra vez el compromiso con la mediocridad. Y así, a mediados de enero de 1885 envió a Paul Lanzky, a pesar de las reservas citadas, a St. Raphael a informarse sobre las posibilidades de una estancia de ambos allí, con igual «éxito» que en el caso de Córcega, esto es, acabando todo en la decisión de permancer en Niza, a pesar de lo escasamente simpática que le era esa «ruidosa ciudad de franceses», con su algarabía de coches en el paseo. «En sí, la ciudad de Niza me resulta de lo más desagradable; me comporto a la defensiva, como si no estuviera aquí: lo que me gusta es el aire y el cielo de Niza», reconocía ya el 22 de diciembre a Overbeck. Pero tampoco el cielo se portaba esta vez demasiado bien. El tiempo era excepcionalmente malo, como —a tenor de ello— la propia salud de Nietzsche. En una carta a casa, tal vez del 21 de enero, se quejaba[124]: «Estoy siempre enfermo. Esta noche me he sentido desesperado y no sabía qué hacer o no hacer. Tenemos aquí también un tiempo invernal. Hoy nieva, como ayer. Pero ¿qué son dos grados bajo cero? No encuentro palabras para describir la influencia que un cielo nublado tiene sobre mí. El barómetro marca 20 grados por debajo de lo que me resulta soportable. Los médicos de Niza dicen que para los enfermos crónicos los efectos de este invierno son peores que los de cualquier otro... Quisiera comprobar algún verano qué tal me sienta el frescor estival en algún sitio no alejado (a una altura de entre 1.000 y 1.200 metros), dado que no hay lugar de Europa que pueda competir, ni siquiera en verano, con éste en lo que hace al cielo, a este cielo luminoso, abierto y capaz de levantar el ánimo de la Provenza. Pero también hay otros motivos que empujan al Norte».

Particularmente mal le iban los ojos. «Manchas, un velo, incluso flujo lacrimoso. No creo que vuelva otra vez a Niza: el peligro de ser atropellado es aquí demasiado grande. Me han tenido que colocar en la mesa; mi

estado es tal que no puedo comer ya en público» (a Overbeck el 31 de marzo de 1885).

Problemas materiales

Una preocupación de tipo muy distinto se presentó también en el horizonte. Los seis años de abono de la pensión a partir del momento de su abandono de la cátedra que le prometieron las autoridades e instituciones de Basilea, llegaban a su término en junio. Se trata, por lo demás, de un problema al cuidado del que había quedado Franz Overbeck. Lo mucho que coadyuvó a solucionarlo de modo favorable para Nietzsche es cosa, conviene recordar también, que en la *noblesse* de su amistad silenció, por cierto, cuidadosamente. Solo conocemos de ello lo que comunicó al respecto a Nietzsche el 28 de marzo. Dejadas a su curso difícilmente hubieran ido las cosas así. Gentes tan prudentemente calculadoras como las de Basilea no habrían dado, en una época además de economía poco floreciente, semejante muestra de generosidad sin una intervención oportuna. Tanto más tuvo que sorprender, por tanto, a Nietzsche la noticia de Overbeck: «En su última sesión la Junta de Gobierno autorizó los 1.000 francos del fondo de Heusler para el año en curso; y en los próximos años volverá, fuera de toda duda, a hacerlo. Por parte de la Sociedad Académica han vuelto a quedarte asegurados, para los tres próximos años, 1.000 francos por año. En cuanto a la aportación del Estado, dada la mala situación general, ha fallado, como ya te anuncié hace poco. De todos modos, puedes esperar con toda seguridad el próximo 1 de julio los 500 francos usuales».

Como una enfermedad perniciosa iba, además, desarrollándose y acentuando su presencia el conflicto con Schmeitzner. El 31 de marzo comentaba, en este sentido, resignadamente Nietzsche a Overbeck: «Del proceso contra Schmeitzner no tengo noticias nuevas. El mismo se puso al final como plazo el primero de enero. Pero, como de costumbre, ha vuelto a dejarlo pasar sin decir ni 'pío'. Espero conseguir al menos lo que más deseo, librar de sus manos y, con ello, de la 'publicidad', las tres primeras partes del Zaratustra. Ya veremos». Pero esto es sólo una parte del problema editorial, porque más adelante leemos: «Por supuesto que no he encontrado editor para la cuarta parte del Zaratustra. Por *mi parte*, estoy contento y disfruto casi de ello como de una suerte nueva. ¡Cuánta vergüenza he tenido que superar siempre en todas mis publicaciones! Cuando un hombre como yo saca la suma de una vida profunda y escondida, el resultado pertenece a los hombres escogidos, y sólo ante sus ojos y su conciencia debe ser presentado. Pero basta; hay tiempo. Mi apatencia de discípulos y herederos me vuelve impaciente en algunas cuestiones, y según parece, en los últimos años me ha llevado incluso a

cometer tonterías vitalmente peligrosas. En los últimos tiempos la enorme dificultad de mi tarea me incita una y otra vez al equilibrio: sé bastante bien qué es lo primero y lo único que necesito». —«Una luz se ha encendido ante mí: ¡Zaratustra no habla al pueblo, sino a sus iguales! ¡Zaratustra no tiene que convertirse en pastor y perro de un rebaño!

Para incitar a muchos a apartarse del rebaño —para eso he venido» (*Zaratustra*, «Prólogo», 9).

El conflicto con Schmeitzner —una disputa legal bastante banal— y la búsqueda frustrada de un nuevo editor son cosas con las que cualquier autor puede encontrarse. Sólo que en el caso de Nietzsche venían a sacar a la superficie un conflicto profundo, una crisis de la conciencia de sí mismo y en la fe que tenía en su propia obra, la duda, en fin, en la justificación de esta obra y en su propia justificación *respecto* de ella.

Sólo por un instante y ante un amigo permitió Nietzsche que se hiciera la luz sobre esta problemática que le laceraba en lo más profundo.

Preocupaciones por Heinrich Koselitz

La participación de Nietzsche en el destino de Köselitz se mantuvo bastante equilibrada en la tensión entre la esperanza y la decepción. Tras del éxito del concierto del 7 de diciembre en Zürich, Nietzsche pasó a creerle a resguardo y en la mejor situación. Creyó que Köselitz podría efectivamente ganar una base nueva en Zürich desde la que reiniciar y asentar con renovado brío su carrera de compositor. Se vio, por otra parte, reforzado en esta creencia por una carta de 15 de febrero de 1885 en la que Köselitz le hablaba de su proyecto de una nueva ópera, «Orfeo y Dionisos», y le presentaba ya un detallado esbozo de la acción, vertebrada en tres actos. La respuesta de Nietzsche se hizo, de todos modos, esperar un mes. El 21 de marzo de 1885 le contestaba en efecto: «Su 'Orfeo' me ha llenado de nostalgia y melancolía. ¡Ay amigo, ojalá pueda Vd. escribirme pronto que su obra está ya compuesta! Es un hallazgo *magnífico*.» En la melancolía no dejaba de acentuar su presencia la decepción. El pasado 22 de noviembre Nietzsche envió a Köselitz, todavía desde Menton, su canción de danza «Al mistral», incitándole a componer una pieza orquestal orgiástica: «Si de alguien habrá de ser esto, es *suyo*, y lo será cuando esa gran danza orquestal, noble y desenvuelta, que dormita en Vd. despierte y tome cuerpo. Una danza para gran orquesta, una orquesta que pueda rugir y tronar bien». Pero no salió nada de ello y Köselitz tenía que reconocer, desalentado, el 15 de febrero de 1885: «Sólo en el Sur podrá aguijonearme musicalmente el himno al mistral. La música que he hecho aquí (en Zürich) no me gusta nada.» Pero Nietzsche tuvo su mayor decepción cuando a mediados de marzo Köselitz regresó súbitamente a su antiguo escondite de Venecia, del que Nietzsche le creía ya liberado, razón por la

que durante todo este tiempo había vivido con la intención de volver en primavera a Zürich para reencontrarse con Köselitz y procurarle el apoyo moral que sin duda precisaba para avanzar por el nuevo camino. Este viraje inesperado no dejó, por tanto, de extrañar a los amigos. Así, Overbeck le escribía el 28 de marzo: «¿Tienes todavía la intención firme de demorarte en Zürich tras de la repentina desaparición de Köselitz? Debo reconocerte que la postal que me envió 14 días antes de su regreso a Venecia y, concretamente, la víspera de su partida, me llenó de consternación. Desde Año Nuevo no había oído nada de él, y tenía la idea de... animarle a visitarnos aquí un par de días una vez acabadas mis clases. Considero muy peligroso este regreso, por lo menos para los proyectos teatrales de Köselitz; en cuanto a los motivos que hayan podido llevarle a ello, en la postal no viene ni palabra, por lo que estoy al respecto en una molesta oscuridad.» Nietzsche le contestó a vuelta de correo: «La brusca desaparición de nuestro músico 'reincidente', que también me consternó con una postal, me ha causado un gran disgusto. Pero eso no sirve de nada; tendré que ir otra vez, como el año pasado, a Venecia a ver qué es lo que va mal. Por lo demás, tenemos que ser justos: hace años que lleva una indigna vida de perro como copista de música, ¡para qué extrañarnos de que por una vez tire por el camino de en medio! Ese tener que copiar partituras enormes y hacer transcripciones para piano en los años más productivos de un hombre, cuando lo que hace falta es algo distinto, me llena de congoja. Así de duro no lo tuvo nunca Richard Wagner... Falta dinero —*voilà tout*—. Y por eso 'El león de Venecia' tiene antes que rugir en público. Haré lo que pueda!»

Ya antes, el 21 de marzo, había escrito Nietzsche a Köselitz: «Cuando recibí su comunicación, durante una hora me sentí singularmente satisfecho, por Vd. y por mí, porque le sé a Vd. mejor en Venecia que en Zürich, como en mi propio caso. Después, casi me enfadé con Vd.: me pareció que a la vista de todo lo que acordamos la primavera pasada (concretamente, que con vistas al trabajo futuro se había acabado Venecia...) debería Vd. haber tomado la decisión de trasladarse a Génova, o, más bien, de escribirme un par de líneas antes... Pero ahora es ya demasiado tarde para esto, y hace mucho que mi enfado pasó también. Me digo incluso que su Venecia es mi tentación favorita, tentación a la que no tardaré en sucumbir. Mi salud es mala... y muchas y muy raras melancolías se han apoderado de mi corazón.»

El mismo día justificaba Nietzsche ante los suyos la huida de Köselitz a Venecia: «El pobre Köselitz no ha podido aguardar más tiempo en Zürich, como en su tiempo me ocurrió a mí... con Basilea: el clima de estas ciudades está en contradicción con nuestras capacidades productivas y este tormento constante nos hace sentirnos mal y nos enferma.» Y a la vez que buscaba una disculpa justificaba su propia huida: «Es posible que volvamos a vernos este año. Pero no en Naumburg: ya sabéis que no me

sienta bien y no hay inclinación alguna en mi corazón hacia ese lugar. Nací allí, pero nunca he llegado a sentirme 'en casa'.» A lo que sigue una comunicación inesperada: «Lumbago, como de costumbre.» Y: «Por excepción, este invierno Niza es menos seca y menos clara. Pero antes de finales de marzo no creo que pueda marchar».

Y por esas mismas fechas le encargaba ya a Köselitz: «Acuérdese Vd., cuando se pasee, de buscarme una habitación que me convenga: alta, tranquila, llena de muebles, de estilo antiguo, y en una casa limpia y ordenada.»

Nietzsche aún aguantó hasta después de Pascuas (5 de abril) en Niza, abandonando esta ciudad el 9 de abril. Se detuvo todavía en Génova y el 10 de abril, por la tarde, llegó a Venecia, donde tomó una habitación en casa Fumagalli, en la calle del Ridetto, habitación que no debió gustarle demasiado, puesto que el 16 de abril informaba ya a casa: «No he encontrado ninguna vivienda a mi gusto». Köselitz no había estado, pues, lo suficientemente previsor. La decepción que produjo nuevamente a Nietzsche iba, de todos modos, más lejos. No en lo tocante a su música, por la que Nietzsche sentía interés y nostalgia, y que era algo «de primer rango», de «calidad y sonido mozartianos». Era la persona lo que motivó sus quejas repetidas: «Me encontraría más a gusto en Venecia si mi querido amigo Köselitz... no estuviera aquí. Es un animal, absolutamente negado para el trato. *Tengo que superar demasiadas cosas* y es algo que no me gusta nada.»[124]

Preocupaciones por Heinrich von Stein

Una sombra no del todo comprensible para Nietzsche oscureció su imagen de Heinrich von Stein. También a él le había permitido lanzar una mirada libre y exacta sobre el sufrimiento y la esperanza que le embargaban. A finales de noviembre le dedicaba el poema *La nostalgia del solitario. Como recuerdo de Sils-Maria:*

¡Mediodía de la vida! ¡Epoca solemne!
¡Jardín estival!
Dicha inquieta en el estar, el contemplar y el aguardar.
Dispuesto día y noche aguardo a los amigos.
¿Dónde estáis, amigos? ¡Venid! ¡Es tiempo! ¡Es tiempo!

¡En lo más alto estaba dispuesta mi mesa para vosotros!
¿quién vive tan cerca de
las estrellas, tan cerca de los lejanos abismos luminosos?
Aquí arriba he descubierto *mi* reino.
Y todo esto, que es mío, ¿acaso no lo descubrí para vosotros?

Ahora os ama y hacia sí os atrae incluso el acerado
gris de los glaciares
con rosas frescas.
Os busca el arroyo, nostálgicos apremian y se encuentran
viento y nube cada vez más alto en el azul,
contemplándoos a vista de pájaro desde la ardiente lejanía.

¡Ahí estáis, amigos! Aunque me duela, ¿acaso no es a *mí*
a quien queríais?
Dudáis, os debatís en el asombro —¡ay, más valdría
que os entregarais al rencor!
¿No soy yo ya lo que está en juego? ¿Borráis mano, paso, rostro?
Y *lo* que soy, ¿no lo soy ya para vosotros, amigos?

¿Me he convertido en otro, en un ser
extraño incluso para sí mismo? ¿De mí me he evadido?
¿Soy un luchador que demasiadas veces ha dirigido
contra sí sus armas? ¿Un luchador que demasiadas veces
ha empleado contra sí su fuerza,
un luchador al que su propia victoria hiere e inhibe?

He buscado los lugares en los que el viento golpea con mayor fuerza.
He aprendido a vivir
donde nadie vive, en las zonas heladas y desérticas.
He olvidado el rostro de Dios y el rostro de los hombres,
la maldición y el rezo.
Un fantasma soy que se desliza por los glaciares.

Héme aquí convertido en un *cazador* peligroso: ¡mirad cuán tenso está mi arco!
Sólo el más fuerte habría podido disparar así.
Pero ¡ay! Hasta un niño sería capaz
de poner ahora en él la flecha: ¡fuera de aquí! ¡A vuestra salud, amigos!

¡Mis *viejos* amigos! Pálidos os veo,
llenos de amor y de espanto.
Pero no, ¡marchad! ¡No os enojéis! ¡Aquí no podríais tener vuestra morada!
Aquí, en este reino alejado del hielo y de la roca
hay que ser cazador y parejo a la gamuza.

¿Os dáis la vuelta? ¡Ya has soportado demasiado, corazón mío!
¡Fuerte fue tu esperanza!
Mantén tus puertas abiertas a amigos *nuevos*,

¡abandona a los antiguos! ¡Abandona el recuerdo!
Si antes fuiste joven, ¡más y mejor lo eres ahora!

¡Oh deseo juvenil que se ha perdido lejos de toda comprensión compartida!
Aquéllos por quienes me incliné,
aquéllos a los que escogí y contemplé como a mis pares,
su envejecimiento los ha alejado de mí.
¡Sólo quien evoluciona y se transforma sigue a mi lado y es mi igual!

¡Mediodía de la vida! ¡Segunda juventud!
¡Jardín estival!
Dicha inquieta en el estar, el contemplar y el aguardar.
Dispuesto día y noche aguardo a los amigos:
¡A los *nuevos* amigos! ¡Venid! ¡Es tiempo! ¡Es tiempo!

Heinrich von Stein respondió a esta «llamada» de un modo incomprensible. Lleno de tristeza dio Nietzsche curso expresivo a esta decepción suya en una nota marginal incluida en la carta de comienzos de enero de 1885 a su madre y hermana: «¡Qué carta tan oscura me ha escrito el bueno de Stein... Nadie sabe ya comportarse!» De no haber sido tan profunda la impresión que Heinrich von Stein causó a Nietzsche con ocasión de su encuentro veraniego, hubiera sufrido una nueva decepción irreversible llamada a mutar en ruptura y ulterior enemistad. Porque Stein le animó nada más y nada menos que a contemplar el futuro bajo la especie de un grupo reunido en torno al código vinculante de la interpretación de su diccionario wagneriano y a unirse a esta comunidad. Stein se había unido ya a tal fin con dos espíritus igualmente dispuestos: «Estos diálogos y discusiones toman un significado cada vez más alto y más libre... Me acordé, en medio de todo ello, de Vd., y pensé que le hubiese gustado participar en esta plática... ¿Podría servirle una cosa así como paso previo, como escalón preparatorio del monasterio ideal?» Y acto seguido echa mano Stein de nuevo de la comparación con Filoctetes: «Comparto la creencia de que sin la flecha de Filoctetes Troya no habría sido conquistada. ¿Acaso cree por ello menos Neoptolemo que al *héroe muerto* le corresponde efectivamente la participación mayor en esa conquista? ¿Le impide acaso esta creencia comprender a Filoctetes?»

Heinrich von Stein da, pues, por perdido su futuro sin el héroe muerto Wagner. ¿Acaso no hubiera tenido Nietzsche que considerar *esta* confesión más bien como algo terriblemente claro que como una carta *oscura?*

Preocupaciones por la obra

En todos estos acontecimientos externos y en el melancólico poema que sin recortar reproducíamos arriba se refleja la situación espiritual de Nietzsche, continua y alternativamente arrojado a la esperanza y al temor, oscilante entre el sentimiento supremo de la plenitud y la duda en las posibilidades de la obra, entre el orgullo vocacional, la consciencia, incluso, de su misión y la condena a una soledad inútil.

Nietzsche está sometido a estas fluctuaciones como quien obedece al ritmo inexorable de una ley de la naturaleza, y en ello coincide con casi todos los hombres activamente entregados a la creación, cuanto menos con los creadores en el plano artístico. Se trata, a propósito de todos ellos, de un vivir oscilante entre una tensión sumamente elevada, acompañada de una productividad apenas abarcable, y descargas agotadoras con pausas absolutas en la producción que abren genuinas fases depresivas, que pueden incluso tener su raíz en una disposición más o menos clara a la depresión.

Estas fases que se suceden resultan comparables a los golpes de un péndulo que en Nietzsche se veía acelerado con fuerza demoniaca hacia una oscilación cada vez más frenética, cuyo final no podía ser otro que la destrucción. Pero de esa καταστροφή aún estaba muy lejos en 1885, año cuyo invierno representó para él un periodo de calma que vino a traducirse en una pausa bastante larga en su producción.

No se trata, de todos modos, de que Nietzsche estuviera en esta época inactivo. Toma cuerpo el Libro IV del Zaratustra, siguen las reelaboraciones de la obra juvenil, la parte V de «La Gaya ciencia», los nuevos prólogos, un número gigantesco de notas y esbozos asumibles casi como pequeños ensayos de su planeada «obra fundamental». Pero hasta «Más allá del bien y del mal» (1886) no estalla de nuevo el Nietzsche verdaderamente productivo; sólo entonces puede dar un nuevo paso en el terreno que era el suyo, sólo entonces puede golpear de nuevo el péndulo, con increíble fuerza creadora, al otro lado, hasta el terrible final.

Las tres primeras partes del *Zaratustra* habían brotado eruptivamente en lo que aún fue un período de alta tensión creadora. En ellas daba Nietzsche pasos esenciales en el camino de su propia filosofía: con el postulado del superhombre intentaba crear el modelo de un hombre pleno, perfecto, capaz de alzarse sobre el animal y despegarse de él para convertirse en un émulo de Dios, en el sentido de un viejo anhelo de las religiones y filosofías. Aunque, desde luego, desde semejantes premisas aún no se había esbozado un modelo de este tipo. Con el dogma del Eterno retorno había intentado Nietzsche, por otra parte, salir al encuentro del peligro de perderse en una eternidad incomprensible, invertebrada. Y, paralelamente, en sus cuadernos de notas daba el paso siguiente, encaminado a dejar a sus espaldas, con la superación del «bien» y del «mal» en

cuanto par de contrarios que se combaten y excluyen, un dualismo que incluso en el monoteísta cristianismo hace sentir, con el «demonio», su influyente presencia.

Un año había transcurrido desde la redacción de la tercera parte del Zaratustra. En este periodo el impulso eruptivo parece apagado. La cuarta parte, surgida en el invierno de 1884-85, sólo lleva el ropaje del Zaratustra, a lo que hay que unir todos los signos de un trabajo esforzado —cosa que a propósito de una obra de arte cuenta entre sus posibles rasgos positivos—, entre ellos una estructura sumamente artística y un desarrollo meditado del comienzo al fin. Pero no aporta ninguna idea nueva, no representa paso filosófico alguno hacia delante. Bien de manera inconsciente, bien de manera simplemente no confesada, Nietzsche revela cuanto menos cierta percepción por ese «desgaste» con su decisión de no dar al público esta obra, una obra por la que precisamente a causa del tormento de su génesis tenía que tener una especial debilidad. No encontrar editor para la misma es algo que —con todo lo paradójico que resulta tratándose de un autor— vino a percibir como liberador. Quedaba así trazado su empeño: que sólo un par de elegidos tuvieran acceso a esta obra. Hoy Nietzsche habría podido poner fácilmente en manos de estos amigos su manuscrito recurriendo a algunos de los fáciles y no demasiado costosos medios de reproducción y difusión existentes. Pero entonces tenía que proceder a editarlo en una tirada muy limitada. Sorprende *quién* recibió la primera notificación de ello: tras una interrupción en sus relaciones de casi dos años, Nietzsche se dirigió el 12 de febrero de 1885 a su viejo y «acomodado» amigo Carl von Gersdorff: «Te comunico hoy, no sin algún escrúpulo, algo que conlleva una pregunta cuyo destinatario eres tú. Hay una cuarta (y última) parte del Zaratustra, una especie de final sublime, que no está en absoluto destinada al público (la palabra 'público' en relación con mi entero Zaratustra me suena cada vez más algo así como 'casa de putas' y 'mujer pública', ¡perdón!). Pero esta parte debe y tiene que ser impresa ahora: 20 ejemplares a distribuir entre yo mismo y mis amigos y con la mayor discreción posible. Los gastos de una impresión así... no pueden ser altos; pero en lo que hace a mí, estoy, a consecuencia de la absoluta falta de honradez de mi editor, peor de dinero que nunca... Dicho de otro modo, a mis cuarenta años aún no he 'ganado' realmente ni un céntimo con mis numerosos escritos, lo que no deja de representar el humor (y si se prefiere, el orgullo) de todo el asunto. *Más* no puedo decir. Dame, querido y viejo amigo mío, una respuesta serena y espontánea... tan pronto como te sea posible.» La pregunta estaba formulada con gran delicadeza, desde luego, pero no por ello era menos clara. Pero de una respuesta no hay el menor rastro. Gersdorff no le contestó hasta mayo, pero al envío de un ejemplar en edición limitada. Un viraje favorable en el proceso contra Schmeitzner puso finalmente en manos de Nietzsche los medios necesarios para pagar la impresión.

El 14 de febrero mostraba Nietzsche asimismo la obra a Köselitz: «Dicho sea entre nosotros: hay algo nuevo como 'fruto' de este invierno, pero carezco de editor y, sobre todo, no tengo ya el menor deseo de ver impresas mis cosas. La increíble majadería de publicar una cosa como mi Zaratustra, sin necesitarlo, me ha sido premiada con parejas majaderías: como era de esperar.

Mediodía y eternidad
de
Friedrich Nietzsche
Primera Parte: La tentación de Zaratustra

Por lo demás, tal vez impublicable: una 'irreverencia' compuesta con el humor de un payaso. Pero quien sienta simpatía por mí y me halague con música de Köselitz, podrá leer la cosa *privatissime*.» Tan pronto como tiene noticia de que su Köselitz está en Venecia, le hace llegar las galeradas. El 22 de marzo de 1885 tenía ya Köselitz el primer pliego de éstas; el 26 podía hablar ya de cuatro. El 6 de abril, lunes de Pascua, Nietzsche acusa a Venecia recibo de los pliegos 5 y 6 ya corregidos. Nietzsche y Köselitz repasaron juntos en Venecia las correcciones que aún faltaban de los pliegos 7, 8 y 9, y el 13 de abril la cosa podía darse ya por acabada. La imprenta debió trabajar velozmente (C. G. Naumann, en Leipzig), dado que el 9 de mayo Nietzsche podía escribir ya a Gersdorff: «... hace pocos días te puse un ejemplar de mi cuarto y último Zaratustra en Correos». También Overbeck recibió en los primeros días de mayo un ejemplar. Según declaración de Nietzsche a su hermana, los costes de imprenta subierton a «284 marcos con 40». También a ella le envió dos ejemplares, de los que uno iba destinado al Dr. Förster, pero no sin insistir también en este caso en su «ruego expreso de que se guardara un sigilo absoluto sobre esta segunda parte, como si no existiera».

Pero, ¿por qué esta precaución o esta inhibición? En el fondo, la elaboración y génesis entera del libro revela e indica un rechazo de los amigos y de cuantos seres Nietzsche había estimado grandemente hasta el momento, seres que, a su vez, se creían altamente estimados por él. A lo largo de la cuarta parte del Zaratustra resulta, por otra parte, también perceptible algo de ese tono, de ese talante al que Nietzsche se refirió ya en una ocasión, a propósito de su «Meditación de Manfredo», caracterizándola, frente a Hans von Bülow, como *cannibalido*, y sobre el que abundó nuevamente en los siguientes términos[8]: «Precisamente al oír esta música de 'Manfredo' tuve una sensación aguda y difícil de este tipo, una sensación patéticamente sarcástica; era un placer, en realidad, algo así como una ironía diabólica.» ¡Y esto ya en octubre de 1872, como reacción frente a Byron y con la intención de liberarse a un tiempo de él y del «dulce sajón»

Robert Schumann! Doce años después, en otoño de 1884, esta jovialidad demoniaca estallaba de nuevo en su obra. Todavía en el verano había formulado Nietzsche así sus «superaciones», su distancia respecto de los grandes que, en cualquier caso, aún le dominaban[6]: «He ascendido a una cumbre alta y luminosa: y hay quien si ayer, en mi juventud, brillaba sobre mí y me iluminaba como una estrella, hoy está muy lejos de mí, pero *por debajo* de mí, como, por ejemplo, Schopenhauer, Wagner.» Pero a lo largo del otoño de 1884 su tono descendió, su distancia perdió altura, convirtiéndose para él en un infierno, en algo «diabólico».

El viraje tuvo que consumarse de manera relativamente rápida, dado que todavía en el mismo cuaderno de notas puede leerse algo más adelante[6]: «¿Grito de socorro de los hombres superiores? Sí, de los fracasados.» Y la cosa aumenta de grado hasta llegar a la inclusión de la nobleza alemana de sangre en una descalificación global. Entre abril y junio de 1885 escribe, en efecto, en una caracterización de los alemanes, tal y como han venido a resultar como «raza» a partir de las turbulencias y crisis del siglo XVII: «La peor suerte es, desde luego, la corrida por la nobleza alemana: ha sido la más dañada. Quienes, de entre sus miembros, se quedaron en casa, cayeron en el alcoholismo; los que salieron, y volvieron, contrajeron la sífilis. Hasta hoy, bien poco es lo que ha tenido que decir en las cosas del espíritu.»[6] Ya algo antes podía leerse: «¿Dónde encontrar una familia distinguida en cuya sangre no haya contagio venéreo y podredumbre?»

Que Nietzsche no rehuyera la ominosa voz «sífilis» es cosa para la que pueden proponerse diversas hipótesis explicativas. ¿Tal vez no cabía hablar —al menos por estas fechas— de una infección luética en el caso del propio Nietzsche? ¿O se trataba, simplemente, del desconocimiento, por su parte, de haber contraído tal infección? ¿Quería más bien precaverse contra una sospecha o mostrar que tampoco los «distinguidos» eran mejores en eso? Para todas estas posibilidades cabe buscar una justificación «psicológica», pero con ello nada queda probado. Y en todas las repeticiones venideras la pregunta sigue abierta. Lo único que parece tener alguna relevancia es que Nietzsche formuló tal reproche sin más reservas, como una objeción evidente a la calidad humana de esta nobleza.

El hundimiento del tono vital elevado tiene su reflejo, después del verano de 1884, en la

Historia de la obra

Las notas y esbozos del verano y de comienzos del otoño de 1884 pertenecen más bien, por su estilo y contenido, al grupo de las obras anteriores al Zaratustra y, muy especialmente, a «Humano —demasiado humano», y enlazan directamente con las obras tardías, en particular con

«Más allá del bien y del mal» (1886). Incluso este título figura ya varias veces como esbozo o más bien, por así decirlo, como plan, como intención. En el orden del pensamiento y, sobre todo, en lo que hace al carácter de la letra de su estilo profético, Zaratustra se nos aparece ya como una obra superada.*

Nietzsche veía realmente su tarea filosófica futura ante sí, como testimonia en varias cartas. Veía extendido ante sus ojos el material a reelaborar y conformar como quien ve extenderse a sus pies, desde lo alto de una cumbre, el paisaje que le rodea, percibiendo nítidamente sus conexiones topográficas, pero también sus transiciones, escisiones y rupturas. Se trata de una visión pareja a la que Jacob Burckhardt supo conquistarse para la historia.

Nietzsche había escogido una atalaya muy alta, lo que le permitía percibir con mirada totalizadora un vasto espacio de lo que conforma las condiciones de existencia de los hombres, sus problemas, nacidos de la excesiva proximidad y de la falta de visión de conjunto, y sus prejuicios y juicios errados. Tenía, pues, que aferrarse a algunos «lugares espirituales»; tenía que marcarse algunos puntos de orientación. Y lo hacía con numerosos proyectos de títulos y libros, con disposiciones de libros futuros o en marcha. El músico que había en él le llevaba, por lo general, a la forma sinfónica cuatrimembre[201].

Para medir e iluminar un dominio tan vasto él solo, Nietzsche no se sentía en condiciones. Necesitaba colaboradores, gentes dispuestas a pensar con él. De ahí que precisamente en este momento se apoderara de nuevo de él, con fuerza desusada, la idea de la «orden». Y no ocultaba, desde luego, el modelo al que se acogía: «Pitágoras fundó una orden para escogidos, una especie de orden de templarios»[1·6], y: «Quiero fundar una nueva casta: una liga o comunidad de seres superiores a la que los espíritus y las conciencias acosadas puedan solicitar consejo; seres que no sólo sepan vivir, como yo mismo, más allá de los credos políticos y religiosos, sino que hayan superado también la moral.»[1·6] Nietzsche dice también en qué contextos se percibe y sitúa a sí mismo: «En la consideración del mundo como un juego divino y en el estar más allá del bien y del mal tengo como predecesores a la filosofía del Vedanta y a Heráclito»[1·6]; Nietzsche no toma en consideración los paradigmas antiguos más realmente próximos —las escuelas de Platón, Aristóteles y los estoicos o el Jardín de Epicuro— sin duda de una manera consciente: le parecen demasiado «públicos», demasiado comúnmente accesibles, no suficientemente «escogidos». Y en cuanto a lo posantiguo, prescinde, sin más, de ello. Casi ininterrumpidamente explicita, y gira en torno a este punto de

* La forzada selección y agrupación llevada a cabo en los volúmenes de los escritos póstumos de la edición GOA y, sobre todo, en los volúmenes 13 y 14, desdibuja totalmente este hecho, que no sale a la luz sino gracias a la nueva edición completa que reproduce fielmente los cuadernos de los manuscritos en su factura genuina.

manera casi circular, contra quién y contra qué toma partido, frente a quién y frente a qué delimita su propio espacio, a qué se opone. Se sitúa frente a Platón, Kant, Schopenhauer, Wagner y el cristianismo. Y con menor frecuencia, pero acaso por ello de modo más sangrantemente burlón, frente a Dühring y Eduard von Hartmann. Y todo ello quiere desarrollarlo ante «seres superiores». Cree poder reunir en torno suyo algunos de éstos en Niza y abandona, en consecuencia, Menton, renuncia a Córcega, ¡y encuentra a Paul Lanzky, al viejo general Simon y a la familia Koechlin de Basilea! Heinrich von Stein le escribe una carta «oscura», Köselitz sólo le merece consideración como músico, y los demás, como por ejemplo Rohde, callan.

Se apodera, pues, de él la decepción, el asco, y en una ironía diabólica renuncia por algún tiempo a todos sus planes filosóficos, se recubre de nuevo con el manto de Zaratustra y se burla con afectada jovialidad de los «seres superiores», cuyos gritos en petición de auxilio escucha y en cuyo socorro quiere aparentemente salir, apaciguando su sed de superhombre. Pero no hace otra cosa que reunirlos en su cima, para dejarlos ahí abandonados a sí mismos, desesperadamente presos en su problemática y constreñidos por su peso terrenal, incapaces de seguirle en su vuelo alciónico. «Al atardecer me tendrás de nuevo, en tu propia caverna permaneceré sentado, paciente y pesado como un leño — ¡y te aguardaré!» («El grito de socorro»), hace que el adivino le amenace. ¡En una carta Nietzsche califica a Köselitz de «leño»!

Caricaturiza a todos aquellos sobre los que se eleva o respecto de los que se cree superior. Equiparar precisamente a Wagner, por ejemplo, con el «mago» (en los borradores le llama casi siempre «el hechicero») o al «Papa jubilado» con Liszt, al «meticuloso del espíritu» con alguno de sus amigos científicos, como, por ejemplo, Overbeck o el filósofo Rohde, sería ir, desde luego, demasiado lejos; pero las figuras de los «seres superiores» de Nietzsche llevan todas rasgos suyos.

Llama la atención que en este círculo «sublime» no figure una sola mujer. Pero al tomar nota de ello conviene no olvidar que el ser más altamente valorado y venerado por Nietzsche fue una mujer: Cosima Wagner. De ella no se burla una sola vez, ni sobre ella (como tampoco, por lo demás, sobre Goethe o Beethoven) ironiza nunca. En cuanto a las restantes mujeres cultivadas que se cruzaron en su camino, como Marie Baumgartner, Louise Ott, o las feministas Malwida von Meysenbug, Meta von Salis o Resa von Schirnhofer, ninguna podía elevarse, por grande que fuera la estima que Nietzsche llegara a sentir por ellas, al nivel de los «seres superiores». En Lou Salomé no llegó Nietzsche, por último, a encontrar mucho más que una hetaira inteligente al modo antiguo. En la cuarta parte del Zaratustra «la mujer» no hace acto de presencia, sino simplemente en el contexto de las «hijas del desierto» y bajo la especie de las muchachas fáciles Dudú y Suleika.

Sólo que nada de ello encaja con los dos clichés más usualmente difundidos a propósito del problema planteado por la relación entre

Nietzsche y la mujer

El juicio más superficial es aquel que, incluyendo a Nietzsche en la estela de Schopenhauer, lo define sin más como un «detractor de la mujer», remitiendo, al hacerlo, al dicho de la vieja mujer en el primer libro del Zaratustra: «¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!». Ya sus mismas admiradoras se ofendieron por ello, cosa que, según parece, le divirtió no poco. En este sentido escribía, en efecto, a comienzos de mayo de 1885 a su hermana: «Todo cuanto suspira por la emancipación de la mujer ha llegado poco a poco, poco a poco, a la conclusión de que soy su 'bestia negra'. En Zürich, gran furor contra mí entre las estudiantes. ¡Por fin!» Y nuevamente, a finales de mayo, a su madre: «Las jóvenes damas, o por lo menos, cuanto bulle alrededor de Malwida von Meysenbug, no es de mi gusto; y no tengo las menores ganas de buscar distracción entre gente tan chiflada.» Pero Nietzsche tampoco era el santo varón celibatario que presenta, idealizándolo sobremanera, su hermana. El mismo se opone, una y otra vez, con violencia, a tal pretensión: «A quien la castidad le resulte difícil, se le debe desaconsejar: para que no se convierta ella en el camino hacia el infierno — es decir hacia el fango y la lascivia del alma», leemos también en el libro primero del Zaratustra. Y en el cuarto («Del hombre superior»): «No seáis virtuosos por encima de vuestras fuerzas. Y no queráis de vosotros nada que vaya contra la verosimilitud... Si los padres de alguien fueron aficionados a las mujeres y a los vinos fuertes y a la carne de jabalí: ¿qué ocurriría si ese alguien pretendiese de sí la castidad? ¡Una necedad sería ello!... Y si fundase conventos y escribiese encima de la puerta: 'el camino hacia la santidad', — yo diría: ¡para qué! ¡Eso es una nueva necedad!... yo no creo en eso. En la soledad crece lo que uno ha llevado a ella, también al animal interior. Por ello resulta desaconsejable para muchos la soledad. ¿Ha habido hasta ahora en la tierra algo más sucio que los santos del desierto? En torno a *ellos* no andaba suelto tan sólo el demonio — sino también el cerdo.»

De aquí a Sigmund Freud el paso a dar ya no es, ciertamente, demasiado grande.

La moral sexual de Nietzsche está tan lejos de sus contemporáneos como puede, cuanto menos, estarlo de la deformada moral del siglo XIX en general, una moral a la que nunca se cansa de atacar por su mendacidad. También en lo tocante a este punto deben ser considerados los supuestos básicos de los que parte.

En cuanto filólogo clásico, Nietzsche hunde sus raíces en los textos y en el código moral de los autores antiguos, en los que se habla de estas

cosas con una claridad que no deja de asombrarnos una y otra vez. Nietzsche conoce todas las formas de existencia de la mujer en la Antigüedad, desde las esclavas de los templos de Afrodita a Penélope. Conoce las historias orientales de Herodoto, así como la ruda claridad de la comedia aristofanesca y de las anécdotas de Diógenes Laercio*.

A partir de esta formación de base da el salto directo, como crítico moral —y paralelamente, por lo demás, a lo que hace a propósito de su entera filosofía—, de la Antigüedad a su época, sin tomar en demasiada consideración las muchas mediaciones y escalones que separan una de otra. De ahí que pueda, además, citar y transcribir con la entera libertad del autor antiguo sentencias que de no conocer esta base no podrían menos de extrañar en el hijo del párroco de Naumburg y alumno de la institución educativa, de orientación luterana, de Pforta. Con la particularidad, además, de que precisamente en Pforta tuvo la ocasión de conocer a los antiguos, absorbiendo, a lo que parece, mucho más del espíritu de la Antigüedad de lo previsto en el programa escolar filológico. Sobre lo lejos que le llevó esta libertad, basten algunos ejemplos. En el libro cuarto del Zaratustra, «De la ciencia», leemos: «Casi os asemejáis, me parece, a aquellos que han contemplado durante largo tiempo a muchachas perversas bailar desnudas.» ¿Contempló Nietzsche en Niza, en el invierno de 1884-85, en el que hace suya esta imagen, tales muchachas? Paralelamente comenta, a propósito de los «ultra-platónicos» Hölderlin y Leopardi, que sucumbieron por su abstinencia[1, 6]: «Contradicciones con los hechos más simples: por ejemplo, con el hecho de que, de tiempo en tiempo, un hombre necesita una mujer, igual que de tiempo en tiempo necesita una buena comida.» O[1]: «No somos precisamente castas estatuas: cuando se necesita una mujer, hay que encontrar una mujer, sin necesidad de romper ni formar por ello matrimonios.» Y también en años posteriores irrumpe una y otra vez la idea[1]: «... como triaca contra la prostitución (o como ennoblecimiento de la misma), matrimonios a plazo fijo, legalizados (durante años, durante meses) con garantía para los hijos».

Su hermana negó todo ello con indignación suprema, falsificando, probablemente, la verdad, cuando en la disputa que mantuvo en Jena, en agosto de 1882, con Lou Salomé, ésta le replicó abruptamente que su «Fritz» le había propuesto unirse a ella en concubinato. Al igual que Tannhaüser, se demoró y veló en el Hörselberg; también sintió veneración por una Elisabeth (no su hermana), con la diferencia de que su «Elisabeth», Cosima, no murió como una santa por su salvación, ni le redimió. Tampoco era el trovador cristiano medieval que recita poemas de amor

* Respecto de los resultados a que podía llevar la gazmoñería y el alejamiento del desenfado moral de los originales griegos, incluso en época muy reciente, cabe encontrar un valioso ejemplo en la edición bilingüe griega e inglesa de la novela pastoral de Longo *Dafnis y Cloe*. ¡A mitad de la traducción inglesa, la pieza III, 14, algo delicada, sin duda, aparece, de pronto, en versión latina![156].

sublime y de amor terrenal, que determinan su imagen de la mujer; se trata, más bien, del hetairismo antiguo, nunca superado del todo por Nietzsche. Aunque también conocía, desde luego, la antítesis antigua entre la Afrodita «celeste» y la «vulgar»*.

Todo esto influye en su *pensamiento* cuando *escribe* «la mujer». En el trato, en cambio, la personalidad que en un momento dado tiene ante sí le incita a comportarse del modo adecuado, modo que en él era, por lo general, el propio de un retraimiento respetuoso y distinguido.

En el libro IV de su Zaratustra Nietzsche abandona este retraimiento en lo que hace a sus «seres superiores» de sexo masculino.

El lugar especial del libro IV

Parece evidente que en sus primeros esbozos Nietzsche no pensaba en añadir simplemente una cuarta parte a su Zaratustra. Se proponía, más bien, elaborar un libro nuevo, muy relacionado, desde luego, con éste, pero autónomo; autónomo en el sentido, por ejemplo, de la relación existente entre «El caminante y su sombra» y «Humano —demasiado humano» o entre «La gaya ciencia» y «Aurora». Se trataba, pues, en su intención manifiesta de un nuevo caso de obras llamadas a constituirse en un par. Uno detrás de otro, sin apenas solución de continuidad, esboza títulos para este nuevo libro: «Filosofía del eterno retorno», «Ensayo de transvaloración de todos los valores» o «A los seres superiores. Llamada de un solitario»[201] y poco después, sorprendentemente, «El eterno retorno. Una profecía» y «Una filosofía profecía», en el que la palabra originaria «filosofía» fue pronto tachada y sustituida, sin más, por «profecía». El título escogido fue, finalmente, «Melodía y eternidad». Una filosofía del eterno retorno».

Pero en el intermedio tomaron cuerpo, desde luego, una y otra vez nuevos esbozos de títulos del tipo de «Más allá del bien y del mal», «Ordenación jerárquica de los hombres», «Los buenos europeos», «Qué es distinguido» y «Transvaloración de todos los valores»[201].

Se trata, pues, de un escrito programado como una obra nueva, cerrado en sí mismo, que partiendo del eterno retorno como idea funda-

* Herodoto I, 105, cita el templo de la 'Αφροδίτη οὐρανία en Ascalón, Siria, como el santuario más antiguo de esta diosa. En «El Banquete» platónico, 180d y 181a, se dilucida ampliamente la necesidad y conveniencia de asumir dos diosas del amor, porque hay dos Afroditas y porque existen altares para ofrecer sacrificios a ambas: para la originaria, 'Αφροδίτη Οὐρανία y para la más moderna, «vulgar», 'Αφροδίτη Πάνδημος. En 185b y 187d se profundiza otra vez en la confrontación, aunque en lugar de 'Αφροδίτη se habla de "Ερως. Que se trata de sinónimos, tanto en la tradición como en el uso lingüístico, es cosa que viene a quedar confirmada en «El Banquete» VIII, 9, de Jenofonte, donde a propósito del culto a ambas Afroditas se distingue claramente entre ἁγνότεραι y ῥᾳδιουργότεραι. Nietzsche conocía asimismo el epigrama 13 de Teócrito, donde el nombre poético de Κύπρις no se invoca expresamente a la 'Αφροδίτη πάνδημος, sino a τὴν θεὸν οὐρανίαν.

mental de una nueva metafísica, idea hasta ese momento simplemente esbozada, tenía que llegar a una transvaloración de todos los valores (morales), situándose «Más allá del bien y del mal». Pero ni la fuerza ni la tensión creadora le alcanzaban ahora para paso tan decisivo; la alta tensión espiritual había cedido y Nietzsche estaba en una pausa creadora. De ahí que se propusiera un objetivo de alcance más reducido: renunciar y tomar distancias.

Presentó esta transformación con el ropaje de una fábula sugestiva: en su cueva (¿Sils?) escucha, según parece, el grito de socorro de esos hombres que tienen necesidad de él como él tiene necesidad de ellos. Sale a su encuentro en la llanura y los reúne en su cueva en las alturas. Pero la decepción es mutua, como se narra en el poema dedicado a Heinrich von Stein:

> Aquellos por quienes me incliné,
> aquellos a los que escogí y contemplé como a mis pares,
> su envejecimiento los ha alejado de mí.
> ¡Sólo quien evoluciona y se transforma sigue a mi lado
> y es mi igual!

Y también:

> ... Aunque me duela, ¿acaso no es a *mí*
> a quien queríais?
> Dudáis, os debatís en el asombro —¡ay, más valdría
> que os entregarais al rencor!
> ¿No soy yo ya lo que está en juego?...
> y *lo* que soy, ¿no lo soy ya para vosotros, amigos?

En su propio estado de necesidad, sin embargo, que por estas fechas no le permite elaborar una obra autónoma, toma pie formalmente del modo más estrecho en su anterior Zaratustra, concretamente en el prólogo, y enlaza con él hasta el punto de poderse afirmar que juntos —el prólogo y la cuarta parte— se mueven en un marco común. De este modo, y en orden a ello, la obra entera viene a recibir *a posteriori* su carácter unitario. La escena comienza así («La ofrenda de miel»): «Un día, cuando se hallaba sentado sobre una piedra delante de su caverna y miraba en silencio hacia fuera —desde allí se ve el mar a lo lejos, al otro lado de abismos tortuosos— sus animales estuvieron dando vueltas, pensativos, a su alrededor y por fin se colocaron delante de él. 'Oh Zaratustra, dijeron, ¿es que buscas con la mirada tu felicidad?' —'Qué importa la felicidad!, respondió él, hace ya mucho tiempo que yo no aspiro a la felicidad, aspiro a mi obra'.» El libro termina con la misma imagen, encontrándose nuevamente en las líneas finales, las mismas palabras, igual material temático: «¡Yo aspiro a mi obra!»

Pero el carácter unitario no debe buscarse sino en la forma, por mucho que enlace temáticamente («Del hombre superior») con el «Yo os enseño el superhombre». Y demás material lingüístico de los apartados 3 y 4 del Prólogo.

Nietzsche pensó asimismo en una ocasión dejar morir al final a su Zaratustra, dándole una meta, un objetivo (un τελος), acaso como el que encontró Empédocles. Pero tampoco «clausura» la cuarta parte; queda abierta de cara a un futuro incierto, difícilmente reconocible, esfumándose la visión del paisaje filosófico en el horizonte. Cegado el ojo por el contraluz de un sol que supuestamente se pone, la percepción pierde nitidez. Haberse dejado tentar por el grito de socorro de los «hombres superiores», haber dejado su obra en la estacada, adentrándose, por compasión, ante su menesterosidad, en las llanuras humanas, a las que bajó, es lo que Nietzsche caracteriza como su «último pecado». De ahí el gesto teatral con el que se veda a sí mismo el peligro de una nueva tentación a la que acaso sucumbir otra vez, cerrando así su obra: «¡Compasión! ¡La compasión por el hombre superior!, gritó, y su rostro se endureció como el bronce. ¡Bien! ¡Eso — tuvo su tiempo! Mi sufrimiento y mi compasión — ¡qué importan! ¿Aspiro yo acaso a la felicidad? ¡Yo aspiro a mi obra! ¡Bien! El león ha llegado, mis hijos están cerca, Zaratustra está ya maduro, mi hora ha llegado: — Esta es mi gran mañana, mi día comienza: ¡asciende, pues, asciende tú, gran mediodía! — Así habló Zaratustra, y abandonó su caverna, ardiente y fuerte como un sol matinal que viene a oscuras montañas.»

En la obra a la que ahora aspira, el «superhombre», el «eterno retorno» y el entero mundo de Zaratustra no tendrán ya la menor relevancia; en cuanto recipiente de contenidos ideales de orden filosófico (en el supuesto de que alguna vez haya podido realmente acogerlos), es algo ya agotado. Queda por delante el gran trabajo crítico bajo los rótulos «inocencia del devenir» y ese impulso primigenio al que en la estela de Schopenhauer vino Nietzsche a caracterizar, tan desafortunadamente y dando pie a tantas confusiones, como «voluntad» y «voluntad de poder». Y este trabajo crítico hunde sus raíces en el ámbito anterior al Zaratustra, enlazando con «Humano —demasiado humano». Es plenamente abandonada la idea de una comunidad, de una «orden»; la decepción había sido demasiado grande. El lamento, verdadero «grito de socorro» lanzado por Nietzsche en su poema a Heinrich von Stein (que guarda con la cuarta parte del Zaratustra una relación similar a la que en Wagner tienen las canciones a la Wesendock con el «Tristán») se había extinguido «sin respuesta»*. El dolor que esta decepción le produjo estalla y se refleja en muchos pasajes del libro cuarto del Zaratustra y refleja la tragedia del destino de Nietzsche como filósofo, una tragedia que coadyuva no poco a esa fascinación que por esta obra

* «Lohengrin» wagneriano 259.

han sentido y sienten tantos lectores no filósofos, una obra que a pesar de las objeciones y observaciones críticas de orden contenidista y relativo a su lugar en la evolución del propio Nietzsche que puedan hacérsele, no deja de ser una obra enteramente válida. Y ello en orden, sobre todo, a su disposición musical, al hecho de haber sido elaborada «desde el espíritu de la música».

De nuevo ha intentado Nietzsche hacer posible el designio de llevar la filosofía por los caminos y con los medios del arte más allá de los límites que la pura *ratio* le ha trazado: «El objetivo genuino de todo filosofar es la *intuitio mystica*», escribía por estas fechas[6]. El mundo es para él, asimismo, «cual un oscuro bosque lleno de animales... y mejor aún, un mar rico y lleno de absimos». («La ofrenda de la miel»). «El mundo de los hombres, el mar de los hombres: — a *él* lanzo yo ahora mi caña de oro y digo: ¡ábrete, abismo del hombre!»

El balance de un decepcionado

Pero lo que pesca, los hombres cuyo grito de socorro había creído oír, no son los que había esperado. En «El saludo» les dice abiertamente: «Es posible, en verdad, que todos vosotros seáis hombres superiores... mas para mí — no sois lo bastante elevados ni lo bastante fuertes.» Frente a ellos alaba sus animales, águilas y serpientes (en «El más feo de los hombres») rememorando a Shelley: ¡Y ante todo y sobre todo, habla con mis animales! ¡El animal más orgulloso y el animal más inteligente — ellos son, sin duda, los adecuados consejeros para nosotros dos!» Y los confronta («El signo») y mide con sus «hombres superiores»: «Mi águila está despierta y honra, igual que yo, al sol. Con garras de águila aferra la nueva luz. Vosotros sois mis animales adecuados, yo os amo. ¡Pero todavía me faltan mis hombres adecuados!»

Que ni siquiera entre los primeros y más poderosos vino a encontrarlos es cosa que formula en «Coloquio con los reyes» con versos drásticos:

> En otro tiempo —creo que en el año primero de la salvación—
> dijo la Sibila, embriagada sin vino:
> «¡Ay, las cosas marchan mal!
> ¡Ruina! ¡Ruina! ¡Nunca cayó tan bajo el mundo!
> Roma bajó a ser puta y burdel,
> el César de Roma bajó a ser un animal, Dios mismo se hizo judío.»

Un lugar especialmente amplio ocupan los ataques al cristianismo y a la imagen de Dios propia de la fe popular de la época y que en el marco de ésta era difundida. En «El Papa jubilado» lanza Nietzsche el siguiente

reproche: «Era un Dios oculto, lleno de secretos. En verdad, no supo procurarse un hijo más que por caminos tortuosos. En la puerta de su fe se encuentra el adulterio... Cuando era joven, este Dios del Oriente era duro y vengativo, y construyó un infierno para diversión de sus favoritos.» Y al parágrafo 132 de «La Gaya ciencia» vino a añadir: «Contrariaba el gusto de mis ojos y de mis oídos, no quisiera decir nada peor sobre él.» Cuando se leen, por otra parte, las frases que copiamos a continuación parece imposible no pensar en la audaz inversión llevada a cabo por Carl Spitteler, con su consideración del mundo como el pecado original de Dios: «Era también oscuro. ¡Cómo se irritaba con nosotros, resoplando cólera, porque le entendíamos mal! Mas, ¿por qué no hablaba con mayor nitidez? Y si dependía de nuestros oídos, ¿por qué nos dio unos oídos que le oían mal? Si en nuestros oídos había barro, ¡bien!, ¿quién lo había introducido ahí? ¡Demasiadas cosas se le malograron a ese alfarero que no había aprendido del todo su oficio! Pero el hecho de que se vengase de sus pucheros y criaturas porque le hubiesen salido mal a él, eso era un pecado *contra el buen gusto*. También en la piedad existe un buen gusto: *éste* acabó por decir: 'Fuera tal Dios! ¡Mejor ningún Dios, mejor construirse cada uno su destino, a su manera, mejor ser un necio, mejor ser Dios mismo!'» ¡Al hilo de su derrumbe espiritual estas palabras últimas aparecerán de nuevo! Junto a sus ataques vehementes y no exentos de momentos cínicos escasamente preocupados por su posible carácter ofensivo, encontramos, de todos modos, una crítica benevolente al fundador del cristianismo paulino que parece más bien inofensiva: «Para aquel predicador de las pequeñas gentes acaso fuera bueno que él sufriese y padeciese por el pecado del hombre. Pero yo me alegro del gran pecado como de mi gran consuelo.» He aquí, en cualquier caso, unas de las objeciones fundamentales de Nietzsche contra la teoría que con más éxito se ha opuesto a su «hombre superior». Sencillamente, que se dirige a la amplia masa, buscando complacer a los débiles e insignificantes.

Que en este ajuste general de cuentas tuviera que hacer acto de presencia también Wagner es cosa de la que no cabe extrañarse. Pocos hombres hicieron sufrir tanto a Nietzsche como Wagner. En boca del «mago» pone, en efecto: «Oh Zaratustra, estoy cansado, siento náuseas de mis artes, yo no soy *grande*, ¡por qué fingir! Pero tú sabes bien que — ¡yo he buscado la grandeza! Yo he querido representar el papel de un gran hombre, y persuadí a muchos de que lo era: mas esa mentira era superior a mis fuerzas. Contra ella me destrozo.» Así es como en 1882 Nietzsche vino a representarse desiderativamente la «conversión» de Wagner a él, a la filosofía y al servicio en el ámbito del arte. Pero «Parsifal» marcó la definitiva separación de sus caminos. Y para esta obra y su autor tienen, sin duda, plena validez las frases («De la ciencia»): «¡Ay de todos los espíritus libres que no se hallan en guardia contra *tales* magos! Perdida está su libertad: tú enseñas e induces a volver a prisiones — tú, viejo

demonio melancólico, en tu lamento resuena un atractivo reclamo, ¡te pareces a aquellos que, con su alabanza de la castidad, invitan secretamente a entregarse a voluptuosidades!» En esa consumación de todo un desarrollo ideal que es el capítulo «La canción del noctámbulo» Nietzsche consigue dejar, al fin, tras sí el enojoso ajuste de cuentas para centrarse en la idea central en cuyas redes estaba, por estas fechas, preso: la profecía del eterno retorno, cerrando en el capítulo «El signo» la acción global de un modo apoteósico. Parte de una pregunta dirigida a sus amigos seguidores de Schopenhauer y allegados al círculo de Wagner que han caído en el pesimismo: «Amigos míos, ¿qué os parece? ¿No queréis vosotros decirle a la muerte, como yo: *¿Esto* era la vida? Gracias a Zaratustra, ¡bien! ¡Otra vez!» Y les pide e incita: «¡Cantadme ahora vosotros la canción cuyo título es *Otra vez*, cuyo sentido es «¡Por toda la eternidad!», cantadme vosotros, hombres superiores, el canto de ronda de Zaratustra!

¡Oh hombre! ¡Presta atención!
¿Qué dice la profunda medianoche?
'Yo dormía, yo dormía, —
de un profundo sueño me he despertado: —
El mundo es profundo,
y más profundo de lo que el día ha pensado.
Profundo es su dolor. —
El placer es más profundo aún que el sufrimiento:
El dolor dice: ¡Pasa!
Mas todo placer quiere eternidad, —
—¡Quiere profunda, profunda eternidad!'.»

Despedida del mundo de Zaratustra

Tan melancólico poema corresponde muy bien al estado anímico de Nietzsche, pero no a las necesidades y apetencias de su alma. Esta pedía una música exenta de gravedad, ligera, precisamente la que creía encontrar en las melodías de su *maestro* veneciano. «Ni la música misma ni su idealidad mozartiana me cansan nunca. Estaría escuchándola siempre. Pero puede que precisamente por tratarse del tipo de música que más necesario me resulta hoy no sea yo el más adecuado para calibrar su valor efectivo.» (a Overbeck, 4 de mayo de 1885). Fue, por lo demás, el único placer al que pudo Nietzsche acceder durante los ocho días de su estancia en Venecia, que abandonó el 6 de junio para encontrarse de nuevo el 7 en Sils.

Nietzsche tuvo, pues, una actitud tranquila y reservada en Venecia, y en orden a ella guió su comportamiento, también en lo relativo a las cartas. Una sola carta salió aquellos días camino de su círculo de amigos;

dirigida, concretamente, a Overbeck. Con esta sola excepción, Nietzsche no escribió más que a su familia, y ello por un motivo muy especial, al que se refiere en su carta a Overbeck: «El 22 de mayo se casa mi hermana. Tú entiendes bien de qué fecha se trata*. A mi pregunta acerca del 'regalo de bodas', por así decirlo, que en esta situación mía podría hacer, me ha sido expresado el deseo de que esa lámina de Durero que obra en tu poder, «Caballero, muerte y diablo» se traslade como un símbolo valiente y precioso con estos dos emigrantes a su nuevo y lejano hogar. Me causa verdaderamente un gran dolor arrebatártelo, porque, en definitiva, tienes tú, que eres, a tu manera, un solitario y navegante, tanta necesidad de tales consuelos como cualquier emigrante. Es posible, de todos modos, que resulte demasiado sombría para tu gusto. En tal caso envíasela, si te apetece, a mi hermana.»

Pero de lo que hubiera sido, a no dudar, el mejor regalo imaginable para Elisabeth, la presencia de su querido hermano en la ceremonia, ni una palabra, aunque esta vez Nietzsche no podía aducir como pretextos razones financieras, dado que en este sentido informaba así también a Overbeck: «El padre de Schmeitzner ha salido fiador y en junio me serán pagados los 5.600 marcos. Lo primero que pienso pagar con ello es la impresión de mi Zaratustra IV.» Ya en esta misma carta podemos tomar nota una vez más de cómo Nietzsche se despide del Zaratustra: «Ha sido pensado como final: vuelve a leer, por favor, el prólogo de la primera parte... Observación expresa: no he enviado ejemplar alguno a Burckhardt ni a nadie de Basilea. Silenciemos, pues, el hecho de la existencia de una cuarta parte.» Nietzsche estaba torturado por la duda, y ya al comienzo mismo de la carta desvelaba a su amigo la razón oculta: «Me ha asaltado entretanto la sospecha de que tal vez des en pensar que el autor del Zaratustra ha perdido el juicio. La verdad es que el peligro que me acecha es muy grave, pero no este tipo de peligro: ya no sé, ciertamente, si soy la esfinge, que pregunta, o aquel famoso Edipo al que se formulaban las preguntas. Tengo, pues, dos posibilidades para el abismo.» Y entre las notas de esta época encontramos asimismo: «Sobre salud y enfermedad, genio, neurosis, dionisiaco.»

Zaratustra queda, con su lenguaje hímnico y profético, a sus espaldas. En el sosiego de Venecia, en el trato con Köselitz en un ambiente pequeño-burgués y sin estridencias, consuma Nietzsche sus desgajamientos, así como su paso al aislamiento, ese paso que ya había configurado dramáticamente, proyectándolo en imágenes de tamaño sobrenatural en su Zaratustra IV, haciéndolo en un tono sobrio, desde luego, pero no por ello menos doliente. ¿Cómo no descifrar ahí un lamento —y no precisamente menor— por la abismal decepción sufrida? Tampoco Lou Salomé es olvidada en este contexto: «No he visto el libro que acaba de publicar

* Cumpleaños de Wagner.

—«Lucha por Dios»—, y por ahora no tengo la menor intención de verlo... Si tu amada esposa quiere comunicar a la señorita Salomé un juicio algo más favorable sobre esas memorias seminoveladas, digámoslo así, nada tengo, la verdad, que objetar. En definitiva, lo que ha llevado a cabo es precisamente lo que yo di en esperar de ella en Tautenburg. En cuanto a todo lo demás, ¡ojalá se la lleve el diablo!», responde a una consulta de Overbeck. También de ese recuerdo quiere librarse.

Pero sus confesiones más agitadas y emotivas las reserva, por estas fechas, para las cartas a su madre y hermana: «Tu hijo no está hecho para el matrimonio; si algo deseo y necesito, es ser libre hasta el último límite... A decir verdad, acaso me viniera mejor una mujer entrada en años y, sobre todo, un criado eficiente... Une a eso la inusual y nada tolerable audacia de mis opiniones. Audacia intolerable, claro es, para el promedio alemán, para esos amigos y vecinos 'respetables' que habrían de rodearme. Hacer siempre comedia, como tanto he tenido y tengo que hacer, es cosa que me repugna.» Y sin transición irrumpe de nuevo la idea del suicidio: «... es posible que todas mis preocupaciones por el futuro pudieran resolverse de un solo golpe. Por la mañana aún soporto la vida, pero por la tarde y al anochecer, apenas. E incluso me parece que ya he hecho bastante —y en circunstancias bien desfavorables— para poder marcharme con todos los honores.» Y a ello se une el lamento por la pérdida de Wagner: «Por otra parte, me ha afectado que eligieras el 22 de mayo como fecha para la ceremonia matrimonial: me parece, en todos los sentidos, como si te hubieras dejado caer y te aferraras a un palmo de tierra en el que yo estuve una vez sentado. Y me duele... Aunque la verdad es que me he alejado enormemente de todo aquello y ni siquiera tengo a quién contar en qué dirección.» Con no menor seriedad vuelve a aparecer el tema en la carta que escribe, para la precisa ocasión de la boda, a su hermana: «En este día en el que se decide el rumbo de tu vida... tengo que hacerme una especie de balance vital. A partir de ahora tendrás cosas muy diferentes y más importantes en la cabeza y en el corazón que las de tu hermano... Que cada vez tengas que compartir más el modo de pensar de tu esposo —que en absoluto es el mío, por mucho que tenga también que honrar y alabar en él— es cosa que pertenece al orden natural de la vida. De todos modos, para que en el futuro tengas una especie de directriz sobre el enorme cuidado e incluso el sentido de protección que exige el enjuiciamiento de tu hermano, quiero comunicarte hoy... dónde radica y a qué se debe lo grave y difícil de mi situación. Hasta hoy mismo, y desde mi más temprana infancia, no he encontrado a *nadie* que tuviera en su corazón y en su conciencia el peso, los intereses, las carencias y los problemas que a mí mismo me agobian. Esto me obliga —aún hoy— a presentarme haciendo mía tal o cual de las clases de humanidad permitidas. Y sin embargo, es un artículo de fe para mí que sólo cabe desarrollarse en plenitud entre iguales en criterio, en voluntad y en sentimiento...;

carecer de ellos es mi *malheur*. Mi existencia universitaria fue un largo y trabajoso intento de adecuación a un medio falso; igual debo decir de mi aproximación a Wagner, aunque en este caso fuera en dirección opuesta... Cuando me he encontrado o he creído encontrar un rincón o un palmo en común con alguien, me he sentido feliz hasta el ridículo... Pero comunicarse no es cosa que, por ganas de comunicación que tenga uno, quepa conseguir a voluntad; hay que encontrar a *la persona* con la que tal comunicación pueda darse. El sentimiento de que hay en mí algo extraño y lejano... sigue siendo el grado más fino de 'comprensión' con el que hasta la fecha me he encontrado. Cuanto hasta hoy he escrito es fachada; para mí mismo, sigo estando al comienzo y habiéndomelas con meros guiones.»

Y después de la fiesta se dirige a la madre: «En cuanto al día de la boda, tuve la suerte de que una familia de Basilea... hiciera conmigo... una salida al campo en coche; verme obligado a hablar con gentes semidesconocidas es cosa que me produjo un verdadero descanso. Es posible que esté bien que las cosas hayan salido como han salido; incluso los dos (el Dr. Förster y yo) nos hemos comportado hasta la fecha amablemente el uno con el otro y hemos dado pruebas de la mejor voluntad... para mi gusto personal, un trato más íntimo con semejante agitador es cosa inimaginable... Aún no sé qué va a ser de mi este verano. Seguramente el viejo Sils-Maria, a pesar del terrible recuerdo que guardo de todas mis estancias allí. Siempre enfermo, sin la alimentación que necesito, aburriéndome de modo indecible por falta de luz en los ojos y de seres humanos y llegando siempre a septiembre sumido en una especie de desesperación.»

A pesar de todo, no quiere parecer misántropo. Con palabras similares a las utilizadas por Beethoven para dar comienzo a su «Testamento de Heiligenstadt» se disculpa Nietzsche por no haber estado presente en la boda: «Pero no pienses que me considero por ello, en modo alguno, un hombre oculto, o retraído, o desconfiado; ¡todo lo contrario! ¡De serlo no sufriría tanto!... No me tengas, pues, querida Lama mía, por loco, ni por decididamente malo. Y, sobre todo, no me tomes en cuenta que no estuviera presente en tu fiesta: ¡mal padrino hubiera hecho un filósofo tan 'enfermizo'!»

Era, evidentemente, la fatiga anímica lo que quiso ahorrar a su superexcitable constitución nerviosa, como reconoce a su madre: «Si algo he tenido presente durante todo el tiempo eres tú; he dado vueltas a la cosa una y otra vez. Y como tu hijo tiene una mala salud, he estado —en consecuencia— siempre enfermo; esta primavera está siendo una de las primaveras más melancólicas de mi vida.» Y concluye: «No sabes cómo me fastidia siempre que mi estúpida salud y tu Naumburg y tu casa no se lleven bien. Poderte tener a mi lado no sería un regalo pequeño para mí.»

Demasiado pronto —al cabo sólo de cuatro años— vendría a confirmarse que Naumburg y la casa de su madre serían su último y más seguro refugio.

Capítulo 10
«YO ASPIRO A MI OBRA»

(Verano y otoño 1885)

Con el intermedio veneciano —acerca del que el 4 de julio de 1885 escribe a Overbeck: «Venecia ha sido, globalmente hablando, un martirio para mí; como resultado, mucha melancolía y desconfianza frente a todo lo emprendido»— termina la «pausa creadora» y se pone a dar vida externa y concreta a la imagen de la filosofía que lleva dentro de sí y que con su mirada interior contempla alciónicamente, como se contempla, total y extenso, un vasto paisaje. Una imagen que no resulta, por lo demás, reducible a un ἕν, a una «raíz primigenia», a un «principio» o punto similar de partida o destilador de filosofía conformada en sistema. En música se cuenta con la posibilidad de una variación recurrente, de un desvelamiento o despliegue graduales del tema: de toda una serie de variaciones surge finalmente y toma cuerpo entero el tema. Así tuvo que surgir al fin, de los miles de variaciones y modulaciones que Nietzsche desarrollaba y confiaba a sus cuadernos de notas, su «filosofía». Nietzsche fue intentándolo por el camino de componer, a partir del torrente de sus pensamientos lingüísticamente fijados, «obras», «libros» que tienen, sin duda, cierto carácter de acabamiento y unidad formales, pero que dependen fuertemente unos de otros y que no vienen, en definitiva, a representar otra cosa que estaciones de su diálogo, fluyente de modo ininterrumpido, con sus problemas. En este sentido bien puede decirse que en la unificación y composición de los aforismos de los años 80 bajo el título por estas fechas preferido, entre otros muchos, por Nietzsche, de «La voluntad de poder», sus editores posteriores le han seguido metódicamente. Pero tampoco por esta vía han venido a conseguir lo que por ella no pudo conseguir tampoco el propio Nietzsche: crear una «obra fundamental»

sistemática, exponer, por fin, su tema de forma nítida, sencilla y purificada de todos los detalles, ornamentaciones y digresiones hermenéuticas. De esta necesidad habla a Overbeck en una carta fechada el 2 de julio de 1885: «Pero mi 'filosofía', si es que tengo el derecho de nombrar así a lo que me atormenta hasta las raíces de mi propio ser, ya no resulta comunicable, al menos no por la vía de la publicación impresa. De ahí que cada vez sean mayores mis deseos de tener una conferencia reservada con Jacob Burckhardt y contigo, no tanto para informaros de novedades cuanto para preguntaros cómo creéis vosotros que podría salir de este laberinto.» Así pues, se atrevió, ciertamente, y a pesar de todo, a intentarlo.

En su esfuerzo por dar cuerpo expositivo a la imagen conjunta y global de su filosofía, Nietzsche optó por partir de bien lejos. Intentó, en efecto, enmarcar también sus obras tempranas —dando un salto por encima del Zaratustra, como si este libro no existiera en absoluto— en esta imagen general. En junio de 1885 comienza a reelaborar, en Sils, «Humano —demasiado humano» de cara a una segunda edición, aunque desde el punto de vista de la demanda editorial no había tal urgencia, toda vez que la primera no había alcanzado sino un muy modesto éxito de venta. Pero Nietzsche sentía la necesidad de comenzar su nuevo curso dando un rodeo, enlazando con los escritos juveniles. Era perfectamente consciente, por lo demás, de que el gigantesco trabajo al que con todo ello tenía que entregarse podía desbordar los límites de sus fuerzas físicas, harto reducidas. De ahí que aceptara gustosamente cuanta ayuda viniera a ofecérsele de modo espontáneo, a pesar de haber vivido ya alguna que otra decepción con ayudas de este tipo, como la que iba a vivir también esta vez.

Al círculo de conocidos de Köselitz en Zürich pertenecía, en efecto, asimismo, una dama alemana ya entrada en años, natural de Karlsruhe o de Miningen, que vivía en Suiza —y en los años posteriores, en Arbon, junto al lago Constanza—: la señora Louise Röder-Wiederhold. Algún percance difícil debió impulsarla a la soledad y al abandono de su patria. Según parece, se preocupó grandemente por el desdichado destino de Köselitz como compositor, participando en sus cuitas. Es posible que gustara incluso no poco de su música, ya que en Zürich, por ejemplo, intercedió ante Friedrich Hegar, alabándola. De todos modos, en tanto que Nietzsche se refiere siempre a ella, en las cartas, llamándola «la Sra. Röder», en las cartas de Köselitz no pasa de ser «La Wiederhold». A través de Köselitz debió enterarse asimismo de lo precario de la situación de Nietzsche y de sus necesidades y urgencias, así como Nietzsche de la solidaridad e interés que había despertado en ella. De ahí que le escribiera invitándola a Sils, adonde llegó el 8 de junio, permaneciendo hasta el 6 de julio, «leyéndole en voz alta y escribiéndole al dictado con la mayor bondad y disponibilidad». Las horas que precisaba de sus servicios eran dos al día, al principio, y después tres, aunque corriendo todavía junio se

veía obligado ya a escribir lo siguiente a Resa von Schirnhofer[226]: «De momento tengo en casa a la excelente Sra. Röder-Wiederhold; soporta y aguanta 'angélicamente' mi deprimente 'antidemocratismo' —le dicto, en efecto, durante un par de horas diarias mis ideas sobre los europeos de hoy y de... *mañana*—; pero me temo que al final no podrá aguantar más y abandonará Sils-Maria, bautizada como está con la sangre de 1848. Creo que otro punto de lo más conflictivo lo constituyen mis ideas sobre la 'mujer en sí'. En fin, me temo que nadie resiste mucho a mi lado. Aunque habrían muchos motivos, desde luego, para desearme una buena compañía. Ay, ¿quién *conoce* mis 'siete soledades'?» Y el 23 de julio se lamenta, en carta a Köselitz[124]: «Pero, dicho sea entre nosotros, no acabo de congeniar con ella; no deseo que la cosa se repita. Cuanto le he dictado carece de valor; además, ha llorado más de lo que puedo aguantar. Es inestable; no hay mujer capaz de entender que una desgracia personal no es argumento alguno, y que, en cualquier caso, si algo no puede procurar es el fundamento para una consideración global de todas las cosas. Pero lo más grave es que no tiene modales; a veces mueve las piernas como si se columpiara. A pesar de todo me ha ayudado en un momento muy difícil con la mejor intención y como mejor ha podido.» Para Nietzsche esto era lo determinante. Suficiente, en cualquier caso, como para mantener con ella, durante los años siguientes, un contacto epistolar respetuoso y amable.

Adolf Ruthardt

Nietzsche hizo este verano dos nuevos conocimientos en Sils: «Hemos tenido aquí de huésped a un excelente músico y compositor, el profesor Ruthardt* de Ginebra, el maestro de mi vieja Mansuroff. Se ha allegado mucho a mí; volveré, sin duda, a verle» (a su hermana, el 21 de agosto de 1885). Ruthardt se refería con detalle a este encuentro en 1921[208]. De acuerdo con este testimonio, llegó a Sils el 1 de agosto, a invitación de su alumna la señorita von Mansuroff, y permaneció allí tres semanas**.

* Adolf Ruthardt, nacido en Stuttgart el 9 de febrero de 1849, residía desde 1868 en Ginebra, donde daba lecciones de piano. En 1886 se trasladó a Leipzig, de cuyo Conservatorio fue catedrático hasta 1914. Murió en Leipzig el 12 de septiembre de 1934. Era conocido, sobre todo, como editor de obras importantes dedicadas al estudio del piano y, finalmente, por su «Guía a través de la literatura pianística» (1925).

** Sobre esta relación profesor-alumna informa Ruthardt en los siguientes términos: «La Srta. von Mansuroff era una dama perteneciente a los círculos de la más alta nobleza rusa, tía del embajador príncipe Orlow, representante de Rusia, primero en París y luego en Berlín. Residente en Ginebra... se dedicaba conmigo, así como también, y paralelamente, con Friedrich Klose (1862-1942, más tarde discípulo de Anton Bruckner)... y con Houston

La señorita von Mansuroff procuró que el encuentro con Nietzsche tuviera lugar ya el primer día, invitando a Ruthardt a recorrer con ella el camino forestal que bordea el Silvaplaner y «en un pequeño recodo de la senda apareció de repente Nietzsche ante nosotros.

»La apariencia externa de Nietzsche me causó una impresión de lo más simpática. De altura media, esbelto, bien formado, erguido, pero sin rigidez, de gesticulación armoniosa, parca y serena, el pelo casi negro, el poblado bigote y un terno claro, llamativo en exceso, pero del mejor corte y caída, le conferían un aspecto que en nada cabría identificar con el de un erudito alemán. Más bien hacía pensar en un aristócrata del Sur de Francia o en un oficial español de alta graduación vestido de civil. Sus rasgos faciales, nobles y saludablemente bronceados por muchas estancias al aire libre y al sol, así como sus grandes ojos oscuros, transmitían una imagen de gran seriedad, pero en modo alguno esa expresión sombría, esquinada y diabólica que tantas veces se le ha atribuido en retratos y bustos. Tras intercambiar algunas frases de cortesía nos acompañó, esforzándose caballerosamente por entretener a la señorita Mansuroff, hasta el umbral del *Alpenrose*... Ya se había despedido, tendiéndome la mano del modo más gentil, cuando la señorita von Mansuroff le retuvo con las siguientes palabras: 'Está Vd. amistosamente invitado, querido señor profesor, a honrarnos con su visita esta tarde... aquí en el número 4... que he tomado como sala de música. El Sr. Ruthardt se propone interpretar Bach, Chopin y Schumann para nosotros...' No sin cierto embarazo y con expresión casi sufriente se pasó Nietzsche la mano por su frente grande y noblemente abombada, a la par que dijo en tono de lamento: '¡Ay, música! En mi estado la música no me sienta bien'... Pero al atardecer, apenas había comenzado con el preludio de la 'Fuga en la menor para órgano' de Bach, en la versión para piano de Liszt, cuando, contra toda expectativa, vi entrar a Nietzsche y ponerse a escuchar muy atentamente mi interpretación. Toqué acto seguido el pequeño nocturno de Chopin y, por último, la *Kreisleriana* de Schumann. Entre pieza y pieza tuvieron lugar interesantes conversaciones, al hilo de las que insté a la señorita Mansuroff a

---

Stewart Chamberlain (1855-1927; contrajo matrimonio en 1908 con la hija de Wagner Eva, viviendo desde entonces en y para Bayreuth) a estudios de contrapunto con el suficiente rendimiento como para llenar un cuaderno entero de fugas a 2, 3, 4 y 5 voces, que vale la pena tener en cuenta, y acerca del que Nietzsche tuvo más tarde noticia y llegó incluso a consultar. Dominaba el alemán, el francés, el inglés y el italiano como su propia lengua materna, y a la vez que profundizaba en sus estudios contrapuntísticos se dedicaba al español. De acuerdo con mis cálculos, esta dama tan singular debía tener aproximadamente sesenta años, dado que en su juventud aún tuvo la suerte de poder estudiar piano con Chopin. A pesar de su edad avanzada, su afán de aprender seguía tan vivo que durante su estancia veraniega en Sils-Maria... proseguía sus estudios conmigo por vía epistolar. Pero como ambos percibíamos lo insuficiente de semejante método, acepté, encantado, su invitación a proseguir en Sils-María personalmente y en un medio agradable la enseñanza oral interrumpida».

hablamos de sus recuerdos sobre Chopin, que escuché con verdadera ansia, y en cuyo curso tuve asimismo la ocasión de admirar las agudas observaciones de Nietzsche. Sobre la 'Kreisleriana' guardó total silencio, dejando manifestar su entusiasmo libremente a la dama.

Al día siguiente por la tarde vino Nietzsche a recogerme para dar un paseo por el Fextal... Nietzsche... pasó... a hablar sobre la tarde anterior. «Explíqueme usted el porqué de la predilección tan extraña que siente la Srta. Mansuroff por Schumann y, concretamente, por su *Kreisleriana*. Por mi parte sólo puedo interpretarlo como fruto de una sensibilidad confusa, máxime cuando a pesar de su asombroso talento para los idiomas y para la música no parece interesarse lo más mínimo por la literatura. Es posible que ni siquiera haya leído a E. T. A. Hoffmann, por lo que no puede saber de qué va realmente en este malogrado programa musical sin título.' A ello le respondí: 'La sensibilidad musical de esta rusa es enteramente alemana...'. 'Sí, alemana', me interrumpió Nietzsche, 'alemana en el sentido de una cierta somnolencia sentimental volcada al interior y de la entrega a una especie de disipación individual, pequeño-burguesa y pegajosa de los sentimientos que sólo genera total indiferencia por la Humanidad. Schumann fue, sin duda, una naturaleza honrada y de gran talento, pero no ha representado bendición alguna para la música en general y no digamos ya para la música alemana en particular. Ese hacia-dentro ocultador y proclive al retraimiento resulta incluso peligroso, no menos peligroso que el hacia-fuera teatral de Richard Wagner'». Ruthardt pasó a defender a Schumann, haciendo saber a Nietzsche cuánto sentía que no hubieran dado resultado los intentos por ganar a Wagner para la causa de Schumann y que este rechazo de Schumann por parte del «maestro» se reproducía en los wagnerianos. A ello respondió Nietzsche asombrado: «¿Acaso me tiene usted *todavía* por un wagneriano?» Hacía años que el desvío de Nietzsche era conocido en su círculo de amigos íntimos. Así podía, por ejemplo, Carl von Gersdorff escribir a Köselitz el 1 de febrero de 1882[14]: «Aquí (en Leipzig) dieron ayer *Tristan*. Nietzsche tiene razón: uno quisiera quedarse sólo con 100-200 compases. Acabaré convirtiéndome en un decidido antiwagneriano y, ciertamente, de tanto escucharlo», haciéndose eco del aforismo 167 de *Aurora*. A Ruthardt, por el contrario, la «ruptura de Nietzsche con Wagner le había permanecido oculta», como reconoce y expone: «No me fue ahorrado, ay, tenerme que enterar suficientemente de aquella ruptura por él mismo y tenerme, también, que sentir sacudido hasta lo más profundo. Porque si los ataques de Nietzsche a Wagner se habían mantenido hasta el momento dentro de ciertos límites, ahora aumentaban de tono de día en día, y mis últimas conversaciones con él me llenaron... en este sentido, de tristeza. Toda mi capacidad de contradicción y de razonamiento, toda mi fuerza persuasiva ejercitadas al máximo: ¡lo intenté realmente desde mi convicción más absoluta y mi sentido de la fidelidad y del afecto! ¡En vano! La brillante y armoniosa

imagen de su impresionante personalidad se habría visto indeclinablemente oscurecida y deformada de no habérseme caído las escamas de los ojos, por así decirlo, poco tiempo antes de nuestra despedida.» Por desgracia Ruthardt no nos cuenta qué clase de información compensadora obtuvo a propósito de Nietzsche, aunque es de suponer que guardaría alguna relación con el estado de salud de éste.

En los recuerdos de Ruthardt resulta asimismo valiosa para nosotros su indicación de cómo determinadas conversaciones pasaban a tomar cuerpo definitivo en su obra. Cita como ejemplo el aforismo 245 de «Más allá del bien y del mal» que, en lo concerniente a Schumann, reproduce con exactitud lo formulado en sus conversaciones. Podemos tomar nota, en efecto, de que cuando Ruthardt intentaba justificar la «música sobre el 'Manfredo'» de Schumann, «que a Nietzsche parecía desagradarle especialmente», éste «me desarmó enteramente, llegando incluso a hacerme soltar la carcajada, cuando con toda seriedad me preguntó si podía imaginarme a Astarte, el hada de los Alpes, transformada en cazador de gamuzas de la Suiza sajona». En «Más allá del bien y del mal» cabe leer, en efecto: «Schumann, refugiado en la 'Suiza sajona' de su alma, hecho a medias a la manera de Werther y a medias a la manera de Jean Paul, ¡ciertamente, no a la de Beethoven!, ¡ciertamente, no a la de Byron! —su música sobre el 'Manfredo' es un desacierto y un malentendido que llegan hasta la injusticia... este Schumann ya no fue en música más que un acontecimiento *alemán*, y no uno europeo, como lo fue Beethoven, como lo había sido, en medida más amplia aún, Mozart —con él la música alemana corrió su máximo peligro de perder la voz para expresar el alma de Europa y de rebajarse a ser una mera patriotería.»

Con claridad y concisión que hacen de ello un dato imposible de ignorar viene a manifestarse aquí cómo y hasta qué punto se sentía Nietzsche a sí mismo como europeo, cómo y hasta qué punto quería ser asumido como un acontecimiento europeo. Sin esta autocomprensión resultaría difícil, en efecto, entender por qué aplicaba a Schumann tal patrón de medida. También a él tendría que haberle reconocido la condición de acontecimiento europeo al nivel de la música, pero en esos momentos tal confesión le hubiera costado demasiado.

El hombre con la droga asiática

El otro conocimiento del que, junto al de Ruthardt, da cuenta Nietzsche en la misma carta a su hermana del 21 de agosto de 1885 vendría a dar pie más tarde a las más arriesgadas especulaciones: «Tengo trato ahora con un holandés que me cuenta muchas cosas de China (con su orgullo áspero y helado ha sublevado al hotel entero, pero tan pronto como nos encontramos toma cuerpo la más amable e instructiva conversación que

puedas figurarte.)» A este conversador fugaz del que en ningún otro lugar podemos encontrar datos que nos permitan hacernos una imagen más exacta de él (a su madre, Nietzsche se limitó a decirle que venía de Java y que estaba emparentado con las damas Fynn) vino a imputársele más adelante, sin prueba concluyente alguna, haber dado a Nietzsche una extraña droga del Lejano Oriente con poderes calmantes, cuyo consumo le habría llevado al derrumbe espiritual. Frente a ello tienen, en cambio, que ser tomadas en serio las explicaciones que daba Nietzsche precisamente ese mismo otoño de 1885 de que para dormir y descansar mejor no recurría a otro medio que a la *cerveza*, y en Navidades podía llegar incluso a escribir que no tenía necesidad alguna de somníferos*.

Aparte de estas nuevas relaciones Nietzsche se veía rodeado y abrigado por su vieja corte de Sils: la señoras Mansuroff, las damas Fynn —madre e hija— y el general Simon con su hija. En agosto se añadieron «dos bellas jóvenes condesas» (las señoritas von Rantzau y von Alten, de Munich), «o un antiguo alumno de Pforta, que está aquí con su hermana, o el prof. Leskien y el doctor Brockhaus, de Leipzig», como escribía a su madre. Al «antiguo alumno de Pforta» le dedicó la siguiente nota marginal: «El Dr. Fritzsch de Hamburgo, inicialmente *famulus* de Volkmann, uno de los pocos que oía atentamente cuando al anochecer improvisaba, en Pforta, al piano». Le hubiera resultado preferible, por más estimulante, una compañía más juvenil. «Tal vez se lleguen acá las muchachas de Zürich... tal vez vengan las Stas. Willdenow y Blum hasta este solitario». A ello hay que unir que el 1 de agosto envió a Helene Druscowitz el «secreto» Zaratustra IV, que ésta no aceptó sino como préstamo, devolviendo muy pronto el libro a la dirección de Köselitz, cosa de la que tanto éste como Nietzsche se alegraron mucho, dado que poco después Nietzsche calificaba —con mejor conocimiento de causa— esta prueba de confianza como una «tontería».

Trato con libros

Así transcurre la vida en Sils con esa moderada comodidad y esa tranquilidad exterior que Nietzsche necesita para volcar sin trabas su pasión en la obra. Y algo que corresponde asimismo a las condiciones de la máxima tensión de su labor creadora: Nietzsche lee de nuevo mucho. Su filosofar es literalmente diálogo, su discusión siente la necesidad de un contrincante, de un compañero, cuanto menos, de discusión. Y éste puede ser hasta un libro, dado que detrás de todo libro hay siempre un

* Después de Navidades de 1885 a Elisabeth y al Dr. Förster, en una observación marginal en la pág. 2 de la carta: «He aprendido a dormir de nuevo (sin somníferos).»

autor con el que, por el camino de la lectura, entrar en contacto personal. El problema existencial que tortura a Nietzsche es el del «aislamiento». con la mirada puesta en Dante y Spinoza reconocía a Overbeck el 2 de julio de 1885: «Y, en definitiva, ninguno de cuantos de algún modo tenían un «Dios» como compañía sabía de la soledad cuanto yo sé. La vida se confunde hoy para mí con el deseo de que con todas las cosas pase a ocurrir algo muy diferente de lo que hoy ocurre y conozco; y que aparezca alguien capaz de privar a mis «verdades», ante mis propios ojos, de credibilidad». Es la unilateralidad extrema de su actividad y, dentro de ésta, la de su punto de vista lo que pasó a hacérsele consciente como «soledad».

Tanto en Niza como en Sils hay un cajón de libros que no le acompañan en sus viajes. En ambas colecciones figuran algunos préstamos de Overbeck, a los que ahora recurre Nietzsche. El 2 de julio informa a Overbeck: «Tan pronto como me vi aquí arriba, una de las primeras cosas que hice fue buscar tu 'Teichmüller'; en seguida pude ver, por desgracia, que faltaba, de donde se deduce que tiene que estar en el cajón de libros de Niza... Menos mal que tengo aquí, en cambio, de tu tesoro bibliográfico, el 'Mainländer'». Teichmüller significa retorno y renovación de vínculos con los colegas de la primera época de Basilea. De Teichmüller toma Nietzsche conceptos del tipo de «perspectivismo» y «el mundo verdadero y el aparente» como expresiones lingüísticas y posiciones conceptuales. Con la lectura de Mainländer revitaliza una vez más los vínculos con su propia época schopenhaueriana. Philipp Mainländer, nacido en 1841 en Offenbach a. M., llevó su fidelidad a Schopenhauer, a la negación de la voluntad de vida, hasta sus últimas consecuencias: en 1876 —contando, pues, tan sólo treinta y cinco años— abandonóla voluntariamente.

También formalmente miraba Nietzsche hacia atrás. Informaba a Overbeck, por ejemplo, de que lo que dictaba a la señora Röder «tendría que recibir el título algo así como de quinta consideración intempestiva. En cualquier caso, lo suficiente como para procurarme algo de aire», y del contenido venía a decir: «La reflexión sobre los problemas de fondo, su meditación en profundidad... , y lleva una y otra vez... a las mismas decisiones y tomas de posición: están ya, todo lo disfrazadas y oscurecidas que se quiera, en mi 'Nacimiento de la tragedia', y cuanto he aprendido y trabajado de nuevo he venido a inviscerarlo ahí y ha pasado a convertirse ya en parte de aquello.»

El 28 de julio Nietzsche recibió —a iniciativa, probablemente, de Köselitz— el libro de Heinrich Widemann «Conocer y ser». Como contrapartida Nietzsche le hizo llegar —a través de Köselitz— su Zaratustra IV. El 1 de agosto se manifestaba Nietzsche, en carta a Köselitz[124], en los siguientes términos sobre el libro de Widemann: «... personalmente tengo que decirte que ha sido casi como una pequeña desgracia para mí (a causa del Dühring y de toda esa prédica de mezcolanza vulgar de física y de hechos

de consciencia), pero vendrán todavía muchos más *quidproquis* de este tipo e incluso peores». Días antes había manifestado, de todos modos, su reconocimiento a Widemann en una carta cortés y formalmente perfecta: «Con su carta y el envío de su libro... no es de poca monta el honor que me ha hecho, por no hablar de la última página del mismo, donde formula usted a mi hijo Zaratustra, de modo solemne y gestivo, la primera censura pública que le ha sido dado recoger: créame usted que es algo que no olvidaré nunca».

Widemann discutía con Dühring, lo que llevó a Nietzsche de nuevo a enfrentarse con el «Curso de filosofía» de este último. En este contexto vino a interesarse también por un paso de libro de Bebel «La mujer en el pasado, el presente y el futuro», que vio la luz en 1883, paso sobre cuya pista debió ponerle Köselitz. A lo que parece, Köselitz poseía el libro, y nos cabe suponer que en mayo, en Venecia, lo habían leído juntos, o, cuanto menos, discutido a fondo; de lo contrario no se comprende que Nietzsche recordara tan precisamente el paso textual en cuestión y preguntara por él. De todos modos, su recuerdo fallaba en un punto concreto, dado que su pregunta apuntaba inicialmente a una frase de la autora inglesa Elisabeth Blackwell citada por Bebel*. Köselitz le procuró dos de estas citas, suponiendo, de todos modos, y con razón, que lo que Nietzsche había archivado en su memoria era otra cita textual de Bebel, original de éste, pero sin ser capaz, a su vez, de dar con ella (según cabe inferir de la respuesta de Nietzsche a Köselitz del 22 de septiembre). Nietzsche no se interesaba, evidentemente, por el sociólogo marxista o por el hombre de partido alemán Bebel, sino por sus consideraciones y reflexiones psicológicas sobre «la mujer», esto es, sobre uno de los temas que desde la primavera pasada más le interesaban e inquietaban. Suponiendo que esta era la cita buscada por Nietzsche, Köselitz le copiaba, entre otros, el siguiente paso textual: «... precisamente porque la mujer tiene que someterse a las mayores inhibiciones en lo referente a la satisfacción normal de sus más violentas inclinaciones naturales. Esta contradicción entre necesidad natural y coacción social le lleva a lo antinatural, a vicios y depravaciones secretos...» Con la elección de este texto ilumina Köselitz, de modo asombroso, hasta qué punto había llegado a aproximarse el curso mental de Nietzsche, en sus conversaciones con él, al horizonte de un Sigmund Freud.

* Elisabeth Blackwell, nacida el 3 de febrero de 1821 en Counterslip, Bristol, Inglaterra; muerta el 31 de mayo de 1910 en Hastings. Fue la primera mujer que alcanzó a doctorarse en Medicina. En 1857 fundó un hospital para mujeres en Nueva York, pero ya en 1869 volvió, de modo duradero, a Inglaterra. Sus *Autobiographical Sketches* (1895) pasan por un *pioneer work*.

Un proyecto operístico

Otra lectura vino a procurarle variación e impulso inesperados: la obra de Ferdinand Gregorovius «Córcega» de 1854[103]. En el segundo tomo figura el episodio de Marianna Pozzo di Borgo del año 1794: en Appieto, cerca de Ajaccio, y en medio del torbellino del Carnaval, su hijo Félix fue muerto a tiros por Andrea Romanetti por una cuestión de honor. Marianna di Borgo se puso ropa de hombre, se armó y persiguió a la cabeza de una tropa formada por su propia parentela al asesino de su hijo, al cual dio alcance. Obligado a rendirse y sin munición, Romanetti se entregó a su enemiga con la condición de poderse confesar una última vez. Marianna le llevó al cura Saverius Casalonga de Teppa. Durante la confesión de Romanetti ella misma rezó por la salvación del alma de su enemigo. Cuando la tropa llevó al extremo del pueblo, para fusilarlo, al hombre que ella había condenado, Marianna se puso, con ademán protector, delante de él, lo perdonó en nombre de Dios y lo acogió en su parentela, cuya protección pasó a ofrecerle.

¡Qué no vino Nietzsche a proyectar y soñar poner en marcha con esta materia escénica! A comienzos de agosto escribió a Köselitz: «¡Viva! Desde ayer no paro de pensar en algo de lo más apropiado para usted y que me ha venido caído del cielo... a saber, un tema magnífico para un texto operístico. Léase usted en el libro que le acompaño la historia que figura en la pág. 196, y proceda a las correcciones lógicas y pertinentes (por ejemplo hacer de Marianna no la madre, sino la hermana del asesinado, y que en el momento culminante, al final de la pág. 198, lo que venga a salvar a Romanetti no sea el *amor* repentino, que pone fin al odio y priva de sentido a la *vendetta* familiar). Ya ve que se trata de un tema que tiene todo lo que usted necesita, precisamente porque es usted el más indicado para darle vida. Primer acto: ambiente de fiesta sureña, Carnaval, interrupción sangrienta. Segundo acto: el gran canto fúnebre corso, el juramento de venganza ante el catafalco, solos y coros. Tercer acto: dar vida y sentido a la *peligrosa* soledad de un condenado a muerte y perseguido. Montañas, bosques, cuevas, escondites, traición. Cuarto acto: catástrofe con una tensión terrible; final, con el juramento de reconciliación y fraternidad de los dos linajes enemigos. Todo es *viril*, el elemento histérico de lo wagneriano queda a más de mil millas de lejanía: se dispara muchas veces; el amor (que ya en el primer acto tiene que ser insinuado, de algún modo, en germen) es, esta vez, amor de la *acción* y no de la expansión lírica: lo que no impide que en momento culminante del cuarto acto tenga lugar un dúo amoroso precisamente por eso tanto más efectista... El efecto de las furias de la venganza del segundo acto es algo en lo que ningún músico se le ha anticipado. El todo tiene lógica, una extrema lógica pasional... El papel de Marianna, la muchacha combativa que en el segundo acto tiene que aparecer como una erinia, es muy bueno; también el de

Romanetti, que, por el contrario, tiene que parecer reconcentrado, lleno de una severa distinción y provisto, en cualquier caso, de todos los rasgos de una persona profunda, que se *burla* de sus enemigos y de la muerte misma.»

«Montañas, bosques, cuevas, escondites» y «soledad peligrosa», un héroe que se burla de sus enemigos y de la propia muerte: metáforas todas ellas de y para su filosofía. Nietzsche se encuentra a sí mismo en la figura de Romanetti, y acaso espera él también, a la altura asimismo del cuarto acto, la liberación de su amenazada existencia por el amor de la acción. Pero tan escasamente como ésta vino la ópera a convertirse en algo real. Köselitz no era el hombre ni el músico para esta tarea.

En las discusiones acerca del desvío nietzscheano respecto de Wagner se maneja, en ocasiones, el argumento de que por debajo hay una decepción de Nietzsche o un deseo de vengarse de Wagner porque éste nunca tributó reconocimiento alguno, ni menos convirtió en realidad, un proyecto de ópera que Nietzsche le presentó. Se trata, en cualquier caso, de reflexiones que no cabe traer a colación a propósito del proyecto de *Marianna*, primero porque por aquellas fechas hacía ya más de dos años de la muerte de Wagner, y segundo, porque Nietzsche esbozó a grandes rasgos la acción para su «maestro Peter Gast», lejos, pues, de toda ambición personal.

El proceso de Schmeitzner

Las dificultades y tensiones con el editor Schmeitzner, que ya habían comenzado en octubre del año anterior, urgían ahora una decisión. Köselitz fue el primero en ser informado por Nietzsche de la situación el 21 de agosto de 1885[124]: «en las últimas semanas hubo rayos y centellas en el asunto de Schmeitzner. Pero, en fin, parece que ya está todo encauzado: el 1 de octubre recibiré efectivamente mi dinero (7.000 francos). Aunque me han dejado en paz todo lo posible en este asunto y unos y otros han procurado no molestarme demasiado, cuando las medidas decisivas se hicieron necesarias todo cayó sobre mí: los abogados, mis parientes, el propio Schmeitzner, incluso el señor Widemann. Todo eran cartas y telegramas, y la responsabilidad caía sobre mí. ¡Qué broma! Gracias a una medida muy enérgica y repentina (embargo de la editorial entera en mi nombre, de tal modo que al regreso de un viaje Schmeitzner se lo encontró todo sellado y no pudo siquiera entrar) con lo que nadie contaba, vino a hacerse una especie de presión suprema. Yo había dado a mis abogados el encargo, dicho sea entre nosotros, de sacar rápidamente a subasta forzosa la editorial entera (buscando, al mismo tiempo, los medios para quedarme con mis libros). Esta «subasta forzosa» aterrorizó a Schmeitzner: de seguirse este procedimiento todo se habría convertido en

papel para vender al peso (yo no habría recuperado así mi dinero, claro es, pero sí mi «literatura». Inmediatamente después de la subasta me hubiera querellado contra Schemeitzner, cuya fianza obra en poder de mis abogados; en fin, todo estaba previsto). Tal y como están ahora las cosas, es poco menos que imposible romper por cuarta vez una palabra dada y no pagar. Los medios para ello va a procurárselos la venta de toda la editorial al señor Erlecke, de Chemnitz (cuya firma tiene la sede en Leipzig) por 14.000 marcos, a cobrar el 1 de octubre. Tengo en las manos el contrato de compra. Una vez recibido el dinero, procedería yo a cobrar. Inmediatamente después, el embargo sería levantado.

Pero la «presión suprema» no llegó a tener lugar, dado que Schmeitzner se las ingenió para ganar tiempo y salir del mal paso con una promesa, como Nietzsche informaba a su hermana todavía el mismo 21 de agosto: «La 'presión suprema' ordenada... ha cumplido su función coactiva. El 1 de octubre pagará Schmeitzner, depositando la suma en el despacho del abogado Kaufmann; éste tiene el encargo de remitirle acto seguido el dinero... La citada presión me hubiera sido demasiado fácil de realizar. ¡Me quedo, pues, sin mis libros!» Pero el dinero no llegó en la fecha prevista. A Overbeck, quien tenía, por lo demás, que estar perfectamente al corriente de todo, le informaba Nietzsche después del 1 de octubre[124]: «En estos momentos lo que más importancia tiene para mí y más me ocupa es el asunto de Schmeitzner. En dos años ha faltado cuatro veces a su palabra; mejor dicho, he sido lo suficientemente loco como para regalarle toda mi confianza cuatro veces, a pesar de las malas experiencias que he tenido con él». La última experiencia aún estaba, de todos modos, por venir. Y así, el 7 de octubre informaba Nietzsche de nuevo a Overbeck: «Acabo de recibir noticias del caso Schmeitzner (malas noticias, ante las que difícilmente puedo evitar la amargura) que dicen bien a las claras que no tengo que esperar ni un céntimo de este lado; a pesar de la confianza que tenía en ello y de los cálculos que me había hecho contando en firme con esa suma (pago de la impresión del Zaratustra IV..., de una cuenta con el librero Lorentz que tengo mucho interés en liquidar y, por último, todo ese viaje nórdico). La fecha fijada... para la venta de la editorial entera de Schmeitzner... a Erlecke... era también la de ese 1 de octubre. ¡Y ahora me dicen que no ha salido nada de lo previsto! El abogado de Schmeitzner es el padre de Widemann». Pero Nietzsche no se dio por vencido. El 17 de octubre comunicaba a Overbeck: «Entre tanto, la historia de Schmeitzner ha seguido avanzando, avanzando —no diré «progresando», claro es... presión suprema a la vista, toda su editorial, desde junio, confiscada judicialmente por mí como garantía. En el supuesto de que el embargo tenga lugar, habrá que intentar que mi producción literaria —los derechos de mis obras— vuelvan, en su totalidad, a mis manos, para poder así cederla después a un nuevo y más digno editor (tal vez a Veit y Cía. del Sr. Credner, de Leipzig).»

El 23 de octubre podía, por fin, informar a su madre: «Felizmente, el dinero de Schmeitzner obra ya en mi poder»[124]. El 12 de noviembre notificaba, asimismo, lacónicamente, a Overbeck: «*Schmeitzner ha pagado*» (el subrayado es del propio Nietzsche).

Las cartas a Overbeck de este periodo contienen, hablando en términos generales, muchos pasos relativos a la situación económica de Nietzsche. Una tercera parte, cuanto menos, de la pensión de Basilea no había sido ratificada; los correspondientes acuerdos de las autoridades no habían autorizado, en su día (1879), los subsidios más que para un plazo de 6 años. Por intercesión de Overbeck; sin embargo, y gracias al tino y cuidado con que procedió en este asunto, las correspondientes cantidades habían seguido siendo pagadas en cierto modo «por costumbre». En esta época más bien insegura para Nietzsche y de perspectivas de futuro un tanto oscuras, asombra, pues, tanto más la decisión que el 9 de enero de 1886 comunicaba, en una nota de postdata, a Overbek: «Como primera aplicación de los dineros de Schmeizner, he hecho cubrir la tumba de mi padre con una gran losa de mármol. (De acuerdo con sus deseos, será también la tumba de mi madre.)»

No se trataba, claro es, de la «primera aplicación». Nietzsche había pagado ya una cuenta nada desdeñable que tenía pendiente con el librero de viejo Lorentz, de Leipzig, por la compra de cajones enteros de libros, así como también los gastos de la impresión del Zaratustra IV. Estos los había hecho ya efectivos el 29 de octubre.

Pero ¿qué significado podía tener el gasto principal, la gigantesca losa de mármol para la tumba de su padre en el sencillo, incluso pobre, cementerio del lejano y retirado Röcken, al cabo casi de cuarenta años? ¿Pagaba de este modo el hijo una hipotética deuda por haberse desviado tanto como pensador del camino previsto por el padre, un padre siempre asumido como irreprochable, o satisfacía con ello una mera deuda piadosa? ¿Intentaba Nietzsche reforzar en su consciencia los vínculos con su padre físico tras haber perdido a Wagner, el padre electivo que lo había sustituido? ¿O hay que poner todo el acento en la indicación de que también allí quería ser un día enterrada su madre, una madre hacia la que cada vez se sentía más fuertemente inclinado? ¿Corresponde todo el peso de la declaración a esta frase puesta, como de pasada, entre paréntesis?

No poseemos otra indicación que este paso epistolar. La losa funeraria era, en cualquier caso, algo más que un gesto. Nietzsche acostumbraba a velar con un manto de silencio precisamente las más tiernas e íntimas emociones de su espíritu como *sancta* y *pudenda* o, a lo sumo, permitía a sus más allegados, y únicamente a través de alguna indicación somera, lanzar una mirada fugaz a su interior. Podemos, pues, dar aquí por supuesta alguna vivencia profunda, un contenido simbólico a un acto tan sencillo y tan incidentalmente reseñado.

Viaje otoñal

Hacia el 15 de septiembre de 1885 Nietzsche abandonó, tras un verano lleno de trabajo, Sils con destino a Naumburg, lugar desde el que al cabo apenas de una semana se lamentaba, en carta a Köselitz, en los siguientes términos: «No ha sido posible evitar un viaje al Norte. Por mucho tiempo será el último viaje en esta dirección equivocada. Y cuanto tengo que objetar, sobre todo a las condiciones climáticas de Naumburg, es cosa que se confirma de modo tan preciso y unívoco que ya pienso con algún temor, en el viaje de vuelta y en las consecuencias negativas y debilitadoras de esta estancia. Por lo demás, pasar otra vez algún tiempo con los míos me hace mucho bien: la «materia explosiva» ya nos separará y dispersará a todos, en la figura del Dr. Förster, a lo largo y a lo ancho del mundo en plazo harto breve.» Nietzsche se trasladó el 5 de octubre a Leipzig, abandonando esta ciudad el 1 de noviembre camino de su «patria» sureña.

A pesar de la recelosa pregunta hecha el 30 de agosto (todavía desde Sils) a Heinrich von Stein «sobre si puedo permitirme Alemania —el clima alemán en todos los sentidos, física y anímicamente», el viaje al Norte no tenía únicamente objetivos económicos y de negocios, relacionados con el proceso de Schmeitzner y la búsqueda de un nuevo editor. Nietzsche obedecía, al emprenderlo, al mismo impulso interior que le hizo volver sus ojos a su obra anterior y encargar la losa funeraria de mármol. Para poder seguir trabajando en su obra filosófica necesitaba paz y sosiego en y con el entorno humano, con la consiguiente atención también a sus viejas relaciones amistosas y familiares para compensar su alejamiento espiritual. Del modo más claro lo formula en una carta escrita a Overbeck el 17 de octubre de 1885 nuevamente en Naumburg, adonde había regresado desde Leipzig con ocasión de su cuarenta y un cumpleaños. Se acuerda y concede en ella «el derecho a llevar a conocimiento el sentido de la vida, lo que exige lejanía, separación y desgajamiento, acaso también enfriamiento. Habrás observado más que suficientemente hasta qué punto la escala de los «sentimientos helados» ha venido a convertirse casi en mi especialidad: cosa natural cuando se vive tanto tiempo en 'las alturas', en las 'cumbres montañosas' o, también, al 'aire libre', como el forajido». Nada más lógico, pues, y por otra parte, que me vuelva sensible, cada vez más sensible, al fino atractivo del calor. Sí, cada vez *agradece* uno más la amistad».

Un último encuentro

Por estas fechas Heinrich von Stein invitó afectuosamente a Nietzsche a un nuevo encuentro entre ambos. Todavía desde Sils le escribía Nietzs-

che así: «Con sumo gusto accedería a sus deseos... incluso espacialmente, y no sólo de corazón y con 'buena voluntad'... La probabilidad de que en otoño me acerque hasta Naumburg es grande.» Dio la casualidad de que Heinrich von Stein se encontrara a finales de septiembre en Bad Kösen, lo que vino a procurarle a Nietzsche la ocasión de trasladarse allá. El camino pasaba por su viejo hogar espiritual, la escuela de Pforta. Pero también a Kösel le ataban recuerdos queridos de la misma época. Allí había tocado el piano a cuatro manos con Anna Redtel, a la que regaló una serie de composiciones encuadernadas en un hermoso volumen formado, en buena parte, por copias caligráficas, y para el que escogió el título de *Poemas rapsódicos*[125].

Pero exactamente el mismo día hizo Heinrich von Stein, a su vez, el camino hacia Naumburg, de modo que en algún punto de la carretera vinieron inesperadamente a encontrarse ambos. Fuera por lo repentino del encuentro o por la sobriedad del lugar, lo cierto es que aquél se desarrolló de manera fría y envarada, alzándose entre ambos, al modo de una barrera, una sensación de extrañamiento que no acababa de resultarles comprensible. Posteriormente intentaron revitalizar epistolarmente la vieja amistad uno y otro, Heinrich von Stein escribiéndole y Nietzsche dando siempre respuesta a sus cartas. De todos modos, quedó un resto distanciador de este encuentro, que estuvo llamado a ser el último entre ambos antes de la inesperada muerte de Heinrich von Stein el 20 de junio de 1887*.

El cuñado

Mucho más le importaba a Nietzsche solucionar de modo satisfactorio un problema familiar: la relación con su cuñado Bernhard Förster. Y se esforzó por solucionarlo correctamente. El 15 de octubre de 1885 y con ocasión del día de su cumpleaños, celebrado en Naumburg, en el círculo familiar, tuvo lugar el único encuentro entre ambos hombres que en

* H. von Stein a Nietzsche, 7 de octubre de 1885: «Permítame que se lo reconozca abiertamente: la verdad es que la reducción de todo a un solo día tras haber recorrido Suiza y Alemania en su búsqueda y haber sido llevados, además, a encontrarnos por el azar, es cosa que no ha podido menos de decepcionarme. En el camino Naumburg-Kösen hubiera sido posible... una relación cordial. Tengo la impresión de que esto no volverá a repetirse, dado que nuestro encuentro casual estaba, en realidad, proyectado con afecto y calor... La libertad interior que siento tan pronto como me pongo a conversar con usted ha sido y es para mí una notable experiencia. Creo que es algo que usted allega a quienes trata desde su autónoma, solitaria y libre existencia.» Nietzsche respondía el 15 de octubre desde Leipzig: «Su carta, con la que me encontré ayer en Correos, me ha conmovido: tiene usted toda la razón. Y ¿para qué serviría probar que al menos, por mi parte, no ha habido injusticia contra usted?»

tantas cosas estaban en posiciones antipódicas. Nietzsche informó inmediatamente sobre sus impresiones, es decir, tan pronto como estuvo de regreso a Leipzig, el 17 de octubre, a Overbeck: «El Dr. Förster no me ha resultado antipático; tiene algo amable y noble en su ser y parece estar perfectamente hecho para la acción. Me sorprendió ver cuántas cosas resolvía de modo continuo y lo fácil que le resultaba; en ese terreno soy muy diferente. Sus valoraciones no son precisamente de mi gusto, como es lógico; todo está demasiado pronto liquidado para él. Creo que a *nosotros* (a ti y a mí), esos espíritus nos parecen un tanto precipitados.» Nietzsche declinó otro encuentro. El 27 de octubre pasó nuevamente por Naumburg, pero evitó la casa de su madre, a la que acto seguido invitó, desde Leipzig, a trasladarse allá para despedirse de él, que partía ese mismo día camino del Sur; inicialmente hacia Munich*.

La madre le dejó partir no sin gran preocupación. Sabía demasiado acerca de su soledad y de los peligros que por ella le acechaban, así como sobre el peligro real de un accidente, dada su debilidad ocular y la situación de desvalimiento a que le condenaba. De ahí su plan, trazado con la mejor intención, sobre el que Nietzsche informaba, un tanto divertido, a Overbeck invirtiendo la situación: «La actual soledad de mi madre es otra fuente de preocupación para mí. Es posible que arreglemos la cosa de modo que pase, por lo menos, una parte del año conmigo, por ejemplo, en Venecia. A mí podría venirme muy bien; dada mi constitución física y mi media ceguera, una persona dispuesta a cuidarme competentemente me es cada vez más necesaria.» Y en uno de los márgenes de la carta: «Imagínate que mi madre quiere casarme con la hija de mi antiguo jefe militar, el general von Jagemann.»

Encuentro doloroso con dos libros

Un encuentro de tipo muy diferente evocó en él recuerdos y sentimientos de naturaleza dúplice. Sobre todo ello escribió Nietzsche primeramente a Heinrich von Stein, el 15 de octubre de 1885: «Ayer vi el libro de Rée sobre la conciencia**. ¡Qué vacío, qué aburrido, qué falso! Sólo se debería hablar sobre las cosas de las que se tiene experiencia. La seminovela de su *inseparable soeur* Salomé, que, cómicamente, cayó ante mis ojos al

---

* Nietzsche le escribía el 30 de octubre[121]: «Por favor, ven a verme el domingo, 1 de noviembre; salgo de aquí a las seis de la tarde, de modo que tendremos tiempo de sobra para estar juntos si te decides a venir por la mañana, en el tren que llega a las diez horas y cincuenta y seis minutos. Como es lógico, iría a la estación a esperarte. Figúrate que el pasado martes pasé por Naumburg, precisamente cuando los Förster se hospedaban en tu casa... pero hasta las ocho de la tarde, en que llegaron, utilicé bien el tiempo e hice visitas.»

** «La génesis de la conciencia», Berlín, 1885.

mismo tiempo, me produjo una impresión muy diferente. Desde un punto de vista formal todo es en ella adolescente, frágil, y la pretensión de presentar el cuerpo de la obra como fruto de la narración de un hombre provecto es perfectamente cómica. Pero la cosa misma tiene su seriedad, también su altura. Y si, ciertamente, no es lo eterno femenino lo que atrae a esta muchacha, sí tal vez lo eterno masculino.

Olvidé decirte hasta qué punto puedo degustar la forma austera, clara y casi incluso antigua del libro de Rée. Es el *habitus* filosófico. ¡Qué lástima que hábito semejante no esconda un «contenido» mayor! Entre alemanes nunca se honrará bastante a quien conjura, como Rée ha sabido hacerlo, el verdadero demonio alemán, el genio o demonio de la oscuridad. —Los alemanes se creen profundos».

Y de modo muy similar se expresaba, dos días después, en carta dirigida a Overbeck*.

La comparación de ambas cartas viene a hacer patente y a posibilitarnos el conocimiento de una característica típica del Nietzsche escritor de cartas: cuando en un mismo día o en un plazo temporal breve escribía varias cartas a destinatarios diferentes, todas ellas parecían obedecer a un mismo estereotipo, todas ellas, incluso cuando se trataba de más de cinco, contenían similares e incluso idénticas formulaciones, con matices diferenciales tan nimios que un lector rápido apenas podría caer en ellos. Se percibe así hasta qué punto Nietzsche alentaba un pensamiento, lo llevaba consigo, trabajaba en su formulación y acababa incorporándoselo, hasta el punto de no poder librarse de él.

Hacia el Sur

La primera estación del viaje fue Munich, donde Nietzsche pasó por la residencia del barón von Seydlitz, presidente de la Asociación Wagneriana local. Nietzsche era perfectamente capaz de distinguir y valorar en el círculo de los «wagnerianos» las cualidades personales. El «núcleo» de las «Bayreuther Blätter» le parecía sospechoso o cómico. Esta vez no se trataba de la tríada «Nohl, Pohl, Kohl», sino de Edmund von Hagen, nacido en 1850, cuyo libro «Aportaciones a la revelación de la esencia del

* «Ayer tuve la ocasión de tropezarme... con «La génesis de la conciencia» de Rée, y al primer vistazo agradecí al destino haberme negado hace dos o tres años a que dicha obra, dirigida a mí, me fuera explícitamente dedicada. Pobre, de escasa fuerza conceptual, senilmente débil. Al mismo tiempo, y por una graciosa ironía del destino, me encontré con el libro de la señorita Salomé, que me afectó de modo muy diferente. ¡Qué contraste entre la forma femenino-adolescente y sentimental y el contenido lleno de saber y de voluntad autoafirmativa! Hay altura ahí; y si lo que atrae a esa muchacha no es, ciertamente, lo eterno femenino, sí tal vez, lo eterno masculino. Por lo demás, cien resonancias de nuestras conversaciones de Tautenberg.»

arte wagneriano» (Berlín, 1883) Nietzsche aún leyó en Leipzig y sobre el que el 29 de octubre informaba, tras el mote de «Schöps» a su casa, añadiendo la siguiente acotación: «La verdad es que menos divertido que maravillado... he repasado los 'juicios de la prensa' sobre Edmund von Hagen... en este asunto de gusto los wagnerianos (p. ej., las 'Bayreuther Blätter') están fuertemente comprometidos»*.

A pesar se la rebelión contra Wagner que late, contenida, en su interior, y que en ocasiones estalla —como, por ejemplo, frente a Adolf Ruthardt—, Nietzsche estima y valora, sin embargo, el trato con las personalidades verdaderamente importantes del círculo de Wagner y, especialmente, con el barón von Seydlitz, hombre de gran cultura y de notable temperamento artístico, así como con su vital esposa Irene, de origen húngaro, que debió causarle una gran impresión, ya que después de esta visita al hogar de los Seydlitz reconocía que de tener que elegir esposa, ésta tendría que ser idéntica a aquélla en su modo de ser y en su aspecto: «...divertida, bella, todavía muy joven y, por lo demás, una fierecilla valiente *a lo* Irene Seydlitz (con la que casi me tuteo)», escribía a comienzos de enero de 1886 a Naumburg.

Nietzsche viajó al cabo de pocos días (habla de siete), «excelentemente provisto por la señora von Seydlitz de *beefsteaks a la Wiel* y de una botella de té» a Florencia, desde donde el 7 de noviembre escribía a su casa que todavía no se encontraba en el «lugar adecuado», ya que «Florencia no acaba de convencerme, es ruidosa, está pavimentada de modo muy desigual y encierra gran peligro con tanto carruaje».

A finales de noviembre agradecía Nietzsche a la señora von Seydlitz las provisiones que le había procurado para el viaje y le narraba un episodio a propósito del que esbozaba pensamientos que obligan a aguzar el oído, dado que traicionan una vez más el duradero y profundo escepticismo que alentaba Nietzsche sobre sí mismo —tanto sobre su mundo de ideas y sus obras como sobre la justificación de éstas—: «En Florencia sorprendí al astrónomo local en su observatorio...** ¿Podrá creerse que

* En sus *Diarios* I, 560, Cosima recordaba el 12 de agosto de 1872 a E. von Hagen: «La gente cuenta que un tal señor von Hagen, que se dio a conocer como un admirador entusiasta, ha estado ahí con el solo objeto de visitar el cuarto de trabajo». Y el 13 de agosto: «Por la tarde, visita de la familia von Hagen; el hijo, que estudia Filosofía, pidió un viaje a Bayreuth como regalo de cumpleaños».

** Respecto de la persona del astrónomo, los editores del epistolario nietzscheano (*Ges. Br.* I⁷) dicen: «No hemos podido averiguar su nombre». Leopold Zahn[274] le llama en su biografía (pág. 273) «el conocido astrónomo Leberecht Tempel». Debe haberse tratado de *Ernst Wilhelm Tempel*, nacido en 1821 en Nieder-Kunersdorf (Sajonia), fallecido en 1889 en Florencia. Tempel era originariamente litógrafo de profesión; como astrónomo aficionado descubrió en 1859 un cometa y una nebulosa. Entre 1860 y 1870 descubrió, trabajando como ayudante en el Observatorio Astronómico de Marsella, varios planetas y numerosos cometas. En 1874 fue propuesto para la dirección del Observatorio Astronómico de Florencia-Arcetri, que aceptó, haciendo desde este puesto numerosos descubrimientos, de los

aquel anciano canoso tenía junto a su mesa de trabajo, muy leídos y manejados, los escritos de vuestro amigo y que recitaba entusiasmado pasos de «Humano —demasiado humano». La imagen de esta existencia eremita perfecta y estilizada es el regalo más valioso que me ha sido dado llevarme de Florencia. Y a la vez también, por supuesto, el mordisco más doloroso: un mordisco de conciencia, ciertamente. Porque, evidentemente, este investigador solitario había llegado en lo que hace a la sabiduría de la vida... mucho más lejos que vuestro amigo. Además, también estaba *sano:* y que un filósofo esté enfermo es cosa que puede asumirse ya como un *argumentum contra* su filosofía. Entretanto me permitirá ratificarle que desde que tengo *mi* filosofía y no sirvo a 'falsos ídolos' sano a 'velocidad de vértigo' y sigo sanando». Al hablar de 'falsos ídolos' se refería en primera línea, claro es, a Schopenhauer y, sobre todo, a Wagner. Y, sin embargo, este obstinado reconocimiento de mejora progresiva de su estado de salud no resulta convincente. Por lo demás, ¿a qué podía deberse tanta insistencia en ello?

Por el camino Nietzsche, a quien la semiceguera dificultaba en extremo las cosas, tuvo ocasión de preocuparse por una anciana e ingenua esposa de pastor, que sin conocimiento alguno del país, de las gentes, ni menos del dinero, se había lanzado 'hacia el Sur' acompañando a su hija. Se trata de un episodio del que Nietzsche informó a su madre del modo más personal, por cuanto que ¡cuán a gusto hubiera tenido a su lado a la 'anciana esposa' enviudada del párroco Nietzsche para cuidarla con amor filial! Le comunicaba asimismo que al día siguiente (el 8 de noviembre) se encontraría con el Sr. Lanzky en su refugio de Vallombrosa, alabándole, al mismo tiempo, las excelencias de este lugar. Y, sin embargo, el viaje acabó

Nuevamente en Niza,

desde donde el 11 de noviembre daba noticias suyas en los siguientes términos: «No os asombréis demasiado... de que el topo hamletiano deje oír su voz hoy desde Niza y no desde Vallombrosa («Valle umbrío»). Poder experimentar casi al mismo tiempo el aire de Leipzig, Munich, Florencia, Génova y Niza ha sido una gran cosa. No podéis figuraros hasta qué punto ha resultado Niza la triunfadora total de esta competición. Vivo, como siempre, en la *Pension de Genève, petite rue St. Etienne;* una reforma completa y la total renovación de telas y colores han hecho de ella un lugar de lo más apetecible. Mi vecino de mesa es un obispo, un

---

que dio cuenta detallada en diversas publicaciones, entre otras en «Sobre nebulosas. Según observaciones llevadas a cabo en los años 1876-1879 con el telescopio de Amici desde el Real Observatorio Astronómico de Arcetri, Florencia» (con dos láminas), Praga, 1885[174].

Monsignore que habla alemán.» También a Overbeck le reconocía el 12 de noviembre de 1885: «En los dos últimos meses he hecho un respetable *voyage en zigzag* y mi silenciosa esperanza de encontrar algo nuevo para mí, sea lugar o persona, se ha visto frustrada. Por el contrario, cabeza y salud hicieron notar sus exigencias: parece que nada supera ni puede sustituir a Sils-Maria y Niza.» Tampoco parece, sin embargo, que una vez allí pareciera Niza haberle procurado la solución. De ello se quejaba a Overbeck a comienzos de diciembre: «Estoy otra vez experimentando en materia de vivienda, etc.; en la honrada Pensión Suiza sólo aguanté tres días, aunque vuelvo más de lo necesario a ella. Algo independiente y adecuado para mí tendrá que poder encontrarse por fin, aunque desconfío cada vez más de conseguirlo alguna vez. De ahí mi necesidad de personas que cuiden de mí. Lo poco práctico de mi naturaleza, la semiceguera y, por otra parte, lo lleno de temores, desasistido y postrado que a consecuencia de mi salud me encuentro, me condenan a menudo a situaciones que casi acaban conmigo.

»¡Casi siete años de soledad y en su mayor parte una verdadera vida de perros, porque me ha faltado todo lo necesario! Doy gracias al cielo de que nadie me haya visto así bien de cerca.» Como nueva dirección anota «*rue St. François de Paule 26 (2me. étage a gauche)*». Entusiasmado, le describe el 24 de noviembre a Köselitz la vista de que disfruta desde su habitación: «Y cuando oiga cómo se llama la plaza hacia la que mira mi ventana (árboles grandiosos, a lo lejos grandes edificios rojizos, el mar y la tan conseguida *Baie des Anges)*, a saber *Square des Phocéens*, tal vez suelte Vd., como yo, la risa ante el desmesurado cosmopolitismo de esa combinación de palabras que —por mucho que parezca ser cierto que los fócidas se instalaron aquí en otro tiempo— suena de un modo victorioso y supraeuropeo, de un modo muy consolador que me dice 'aquí estás en tu sitio'.»

El filósofo clásico que fuera y el «europeo» se alegraban a partes iguales en Nietzsche. Pero la presión de la soledad —una soledad sólo aliviada por la modesta sociedad de la pensión— le oprimía ahora doblemente, de modo que Nietzsche deseaba con urgencia un alma afín cerca de sí. Con acento implorante se dirigió a Köselitz, intentando convencerle, con una sugestiva descripción de Niza, de las ventajas que podía ofrecerle un traslado a esta ciudad, sin que esto supusiera, claro es, que uno y otro pasaran a vivir en una vecindad demasiado estrecha, ni menos en un hogar común. Porque el trato diario con Köselitz seguía pareciéndole a Nietzsche, hoy como ayer, insoportable. Cuando en una ocasión, en el invierno, dio en proyectar una estancia en Venecia con vistas a introducir algún cambio en el normal curso de sus días, no dudó en hacer a Overbeck la siguiente observación (octubre de 1885): «...que tras de la partida de Köselitz (de Venecia a Viena) me resultará a mí, el solitario, al fin, *posible*». Pero ahora, en su solitaria celda de Niza, deseaba tenerlo cerca: «El aire es

incomparable, no hay en Europa otro que posea fuerza tan incitante, como tampoco cabe encontrar cielo tan luminoso como éste. Te diré, por último, que aquí puede vivirse por poco dinero, por muy poco dinero, y que el lugar es lo suficientemente grande como para permitir cualquier grado apetecible de aislamiento protector. Tenemos a nuestra disposición objetos de la naturaleza de los más escogidos, como las sendas forestales de la montaña próxima o la península Saint-Jean; también... puede visitarse en sólo un par de horas... el gran paseo, abierto y magnífico, al lado del mar que se rompe con fuerza contra las rocas. En cuanto a nosotros dos, animales laboriosos y solitarios, nos apartaremos cuidadosamente el uno del camino del otro, pero en tal o cual ocasión organizaremos una pequeña fiesta de convivencia. Ocurre, por último, que soy uno de los mejores amantes de su música y creo que en esta última parte de mi vida me faltaría algo insustituible de quedarme sin Vd. y su arte... De no gustarle esto, cada sábado por la noche tiene a su disposición un barco que le llevará a Ajaccio... No es sólo curiosidad lo que me incita a preguntarme cómo le sentaría a Vd. este clima; tampoco se trata de la mera añoranza de un amigo. Aquí uno es tan 'extraalemán'... no puedo expresarlo con fuerza suficiente». Una vez más, pues, dibujaba su presencia la necesidad de desbordar las limitadoras fronteras nacionales con el consiguiente paso al más amplio espacio de «Europa».

Irrumpe un mundo extraño

Todo esto, incluso el más pequeño detalle biográfico, está al servicio de la obra. Protegido de y frente a pequeñas y mezquinas irritaciones y tensiones provenientes del lado de la familia o de los amigos y conocidos, así como de y frente a intereses particulares (o incluso «nacionales»), había llegado el momento de culminarla. Nietzsche deseaba acceder, por fin, a lo que ya en 1871 había caracterizado, en la fundamentación de su solicitud de la cátedra de Filosofía de Basilea, como su apetencia profesional más profunda: «Pensar hasta el final algo filosóficamente unitario y perseverar de modo duradero y sin molestias ni alteraciones en el tratamiento ideal de un problema». Tal empeño había venido a serle negado durante quince largos años, y no en último término por su propio desasosiego interior, por su pasión de conocer y su devoradora conciencia de crisis. Y ahora la anhelada tranquilidad venía a verse perturbada una vez más. En la medida en que con ellas se adelantaba a su época, sus posiciones europeístas le habían hecho sentirse ya aislado y solitario o, cuanto menos, extraño al espíritu de su tiempo. Ahora pasaba a verse inmediatamente confrontado con los nacionalismos hipertrofiados hasta el exceso a consecuencia de los empeños y aspiraciones de su cuñado, el doctor Bernhard Förster. En otoño de 1885 vio, en efecto, la luz el libro de Förster «Colonias alemanas

en el territorio superior de La Plata, con especial atención en Paraguay»[91] y Nietzsche lo leyó en noviembre en Niza.

El europeísmo de Nietzsche no era de motivaciones políticas, por lo que tampoco preveía ni se identificaba con tal o cual forma de «internacionalismo». Para él Europa era un gran espacio cultural, sostenido espiritualmente por una tradición, fluyente desde la Antigüedad, en orden a la cual la importancia concedida a las fronteras nacionales y estatales era más bien menor. En esto Nietzsche venía, por lo demás, a revelar del modo más unívoco su origen: su origen familiar, tantas veces citado con orgullo, que le vinculaba a generaciones enteras de predicadores de la doctrina cristiana que conformó a Occidente, y su origen cultural, espiritual y profesional, que le llevaba a hundir sus raíces en la filología y la historia clásicas, así como en el humanismo. Como «Occidente» entendía, pues, una unidad espiritual y una realidad. Y en este espacio deseaba ver inserta su obra, como acontecimiento espiritual europeo. E incluso en el cristianismo combatía —junto a sus incrustraciones platónicas— las huellas de su origen oriental. Tanto más tenían, en consecuencia, que decepcionarle, incluso repugnarle, los puntos de vista de su cuñado, que en su emigración a un estado sudamericano no apuntaba al todo de una posible cultura europea, sino a una cultura nacionalmente delimitada y definida como específicamente «alemana» capaz de procurarle el núcleo desde el que «alemanizar» aquella parte del mundo. Con ello Förster entraba, desde luego, con paso y acento propios, en el torbellino colonial contemporáneo.

Hacía ya mucho tiempo que con la independencia de los Estados Unidos, un siglo antes, y, tras de la Revolución Francesa y del episodio de la hegemonía mundial napoleónica, la de las «posesiones» españolas y portuguesas en Sudamérica, se habían separado de las correspondientes dinastías del Viejo Mundo los territorios conquistados y dominados en siglos anteriores como «colonias» en el recién descubierto continente americano. Pero los estados del Viejo Mundo necesitaban ahora de nuevo, de manera urgente para su industria en plena expansión materias primas baratas, así como artículos alimenticios a bajo precio, para poder mantener bajos los costes salariales de su proletariado. También pasaba a insinuarse la posibilidad de trasladar a futuras nuevas colonias el excedente de población. Y así, sin mayores reflexiones ni reservas, fueron movilizados Biblia, aguardiente y granadas de cara a la magna empresa de conseguir, para su explotación, territorios gigantescos en Africa y Asia. Inglaterra y Francia se habían asegurado ya, en efecto, extensiones territoriales vastas y rentables; Portugal y Bélgica se lanzaron asimismo con energía a la tarea e Italia comenzó a recomponer su clásico dominio mediterráneo tras el asentamiento en firme de los franceses en Túnez y de los ingleses en Egipto. El ideal colonial cobró fuerza asimismo en Alemania, una vez políticamente digerida en el interior la victoria de 1871 y medianamente

soldado y en funcionamiento ya el Reich. En la estela de estos acontecimientos y en este clima internacional fundó Carl Peters (1856-1918) la «Sociedad Alemana de Africa Oriental» y sus colonias.

Nietzsche no parece haber visto todo este proceso político tan importante y de consecuencias tan funestas para el futuro de Europa; no tomó conciencia de él; su crecido oleaje no llegó hasta Sils, con su distinguida corona floral de damas, ni a la decente *Pension de Genêve*, de Niza. Tampoco ejerció la menor influencia sobre «Bayreuth» ni sobre los planteamientos y problemas teóricos y filosóficos que ocupaban a Nietzsche. Sólo le enardecía e irritaba *una* parte de los esfuerzos coloniales alemanes y ésta venía representada, de modo vehemente, precisamente por su cuñado. La colonización alemana estuvo orientada desde un principio por ideólogos racistas infiltrados en ella, entre cuyos representantes más caracterizados figuraba Bernhard Förster. Para estos hombres no se trataba simplemente de colonizar y tomar en posesión política una verdadera —al menos parcialmente— *terra incognita*, como en el caso, por ejemplo, de Africa Central, sino de asentar en lugares que les parecían adecuados para ello y constituidos ya en estados independientes minorías de origen alemán que pudieran servir en ellos como fermento de la esencia alemana y que vinieran asimismo a convertirse, con la habilidad y el sentido del trabajo concienzudo de los alemanes, en una capa importante y, en la medida de lo posible, incluso dirigente. Tal cosa parecía realizable en algunos lugares, como, por ejemplo, el Este europeo, pero también en América del Sur, con una población formada por indios «domesticados» y criollos que en su mayoría vivían en condiciones sumamente precarias y cuyas aspiraciones eran, en cualquier caso, muy limitadas. A lo que Nietzsche no podía menos de ofrecer, de entrada, reparos era a la pretensión de extender por el mundo la «cultura» europea —o, simplemente, la alemana—, en la medida en que su consciencia crítico-cultural sufría precisamente por considerar que esa presunta cultura europea descansaba, en su propia patria, sobre pies muy débiles, de modo que si de algo estaba necesitada era, ante todo, de clarificar y reforzar sus propios fundamentos.

Förster era consciente, por supuesto, de que el tipo de colonización por él propugnado planteaba el problema del futuro de un modo muy singular. No lo era, en cambio, de la amplitud y gravedad de las consecuencias, de cara a tal futuro, de la empresa tanto para los colonizadores como para los estados infiltrados. En el caso de Europa Oriental estos «fundadores» nos legaron el problema de las minorías, llamado a dar tanto y tan difícil juego al hilo de la Segunda Guerra Mundial. La fundación de Förster en Paraguay se extingió, por otra parte. En cualquier caso, en su libro[91], sólo alude a todo ello de modo harto breve (pág. 8): «Que se establezcan colonias en estos países, bien en dependencia directa del Imperio Alemán, bien bajo dominio extranjero, es cosa que me parece de todo punto indiferente: una colonia que se desarrolle con energía sabrá

salvaguardar también bajo bandera extraña sus derechos nacionales y económicos, y un país colonial políticamente dependiente de la madre patria vendrá, en cualquier caso, de tener un robusto desarrollo hacia delante, a pedir su independencia y liberarse.» Pero éstos eran ya hechos empíricos; a lo que por aquellas fechas nadie se atrevía es a extraer sus forzosas consecuencias.

Por esta parte Förster ve, pues, claro. Pero ante las consecuencias de *su* política colonial cierra, simplemente, los ojos, lo que resulta tanto más sorprendente cuanto que en su libro —un libro extremado, sin duda, pero no por ello escrito con menor exactitud científica— añade a sus observaciones juicios harto sobrios: «Una vez que, bien recientemente, ha pasado a ser reconocida la fundación de colonias alemanas como una parte de la gran tarea social y económica de nuestro pueblo, lo que importa es analizar este problema y profundizar, con seriedad y claridad, en él, superando el estadio, un tanto nebuloso, de fiesta local tradicional» (V), de cara a proponer al ansia viajera de los hijos de nuestra patria que no tienen hogar objetivos provechosos.» He aquí la tarea que propone. Enfrentado a la cuestión de la elección de metas para los emigrantes alemanes, excluye Europa Oriental (7): «Que el Sur de Rusia, los países del Bajo Danubio y la Península balcánica constituyen el ámbito más próximo y también el más natural para la colonización alemana y, en consecuencia, el objetivo más seguro para la emigración es cosa que... entre otras... ha probado, bien claramente, Paul de Lagarde... Pero a la vista tanto de la gravedad de las circunstancias por las que atraviesa el Imperio Ruso, donde judíos y nihilistas trabajan planificadamente y, según parece, con éxito, en la destrucción de lo existente, como del evidente desmoronamiento de Estado Dual austríaco y de la descomposición estatal de los países balcánicos, difícilmente cabría recomendar tales lugares como meta para los emigrantes alemanes.» Hace que dos interlocutores —cuyo nombre no da— le llamen la atención sobre América del Sur y, en especial, sobre el Paraguay, y para responder a la pregunta (10) acerca de «las perspectivas» que ofrece este país «a los alemanes dispuestos a instalarse definitivamente en él» se embarca el 2 de febero de 1883 en Hamburgo y una vez en Montevideo, adonde llega el 2 de mayo, decide recorrer el país de un lado a otro durante dos años, generalmente a caballo; trabaja en una colonia ya existente como agricultor, con el objeto de examinar las condiciones de rentabilidad del suelo; visita como huésped, bien recibido por gentes hospitalarias, numerosas propiedades; entra en estrecho contacto con la población y puede, por ello, describir finalmente el país y la gente, las posibilidades económicas, el clima, etc., por observación y experiencia propias del modo más agradable e incitante. Lo único que suena un tanto extraño en su libro, y es algo que el comprometido lector Nietzsche no deja de aducir en su contra, es cómo se deja notar en él una y otra vez el *basso ostinato* de su ideología ario-racista, una

ideología que le lleva, por otra parte, y a menudo, a incurrir en falacias un tanto burdas. Ni puede ni quiere darse cuenta de que un grupo de colonizadores de estirpe y personalidad «alemanas» subrayadas casi hasta la provocación, no podría menos de permanecer siempre como un cuerpo extraño entre una población mixta regida, desde los comienzos de la era colonial, primero por jesuitas españoles, luego por franciscanos italianos, y ajena, en consecuencia, a cualesquiera otras influencias del espíritu europeo que las provenientes de lado románico o latino de éste. Y la idea de una eventual asimilación de los colonos a la población de origen inspira a Förster un verdadero horror. De ahí sus advertencias a propósito de la emigración a los Estados Unidos (6): «la rica y poderosa corriente de hombres alemanes, tan densa de contenido... se diluirá y decaerá sin más en lo americano. Digámoslo claramente: cada vez que un alemán se transforma en un *yankee*, la totalidad de los humanos sufre una pérdida en su riqueza», de modo que «no hará falta convencer a quien valora su naturaleza alemana como un bien superior a cualquier otro, de que se mantenga y prevalezca, y no sólo él mismo, sino también sus hijos». En este contexto contempla a Sudamérica bajo una luz más favorable (7): «Aquellos pueblos, unidos hoy ya en lo geográfico y en un futuro no muy lejano acaso también en lo político... podrán recibir, con el tiempo, una impronta no sólo germánica, sino específicamente alemana, si los alemanes emigrados se dirigen a ellos en grupos compactos, moral y espiritualmente fuertes, y no sólo no abandonan allí su idiosincrasia y su idioma, sino que se aferran con fuerza renovada a ellos y los ennoblecen y depuran.» Förster considera, por otra parte, esta tarea tanto más urgente cuanto que a ella unía la de liberar estos pueblos de la influencia de los viejos colonizadores, a los que dedica el siguiente duro juicio[16]: «En los terribles procesos de la Inquisición española, bajo Felipe, se percibe la influencia que el judaísmo hispánico ejerció sobre la estructura moral de este pueblo. Todavía más empapados de judaísmo parecen estar los portugueses, cuya irrupción en el Nuevo Mundo parece haber sido aún más fea y baja que la actividad de los por lo menos caballerosos castellanos.» A ello opone Förster[28]: «En los países de La Plata todos ven con absoluta claridad que un crecimiento más enérgico del bienestar y del nivel educativo y moral se consumaría con mayor rapidez con una fuerte afluencia de razas europeas mejores, y desde este punto de vista los alemanes no parecen ir a la zaga de pueblo europeo alguno; es decir, resultan preferibles a la mayoría de ellos.» Y no duda en demostrar la necesidad de este refuerzo renovador con una coloreada descripción de la indolencia de la población indígena, india y criolla[74]. «La situación paradisíaca de poder vivir sin trabajar duramente, que al judío temeroso del trabajo se le aparece como un ideal, resulta casi realizable... en aquellas zonas tropicales: la Lengua y la Gayngua existen casi sin trabajo verdadero, aunque, por supuesto, la existencia es también miserable y a un ario apenas le resultaría soporta-

ble... De todos modos, gracias a la adición y mezcla de sangre aria superior y gracias también al ejemplo que los blancos han dado desde hace siglos a los indios, se percibe en todas partes un incremento notable del nivel de laboriosidad..., cosa que cabe comprobar de modo particularmente evidente allí donde mayor ha sido la dosis de sangre aria allegada a la población indígena» (79). «La población campesina no vive en lugares cerrados... como fue siempre costumbre entre los arios, antes... de que el contacto con el semitismo corrompiera lo ario». Y tras una serie de repetitivas consideraciones de este mismo tenor, Förster añade, sin rubor, como final (194): «Como colonización entendemos: trasplante de nuestra propia cultura a un suelo nuevo, que le resulte favorable, y ello de un modo tal, debemos añadir en nuestra condición de idealistas, que todo lo casual, arificial y falso quede eliminado, a la vez que se subraye de modo consciente y decidido lo genuino, eterno y valioso de nuestra idiosincrasia como pueblo.» Y un suelo así ofrecía Paraguay (203): «El gobierno... tiene perfectamente claro que para el decaído país no hay medio mejor y más seguro de elevación que... la radicación... pronta y masiva en Paraguay de emigrantes europeos con los dones y peculiaridades de la mejor raza.» Casi ingenuamente desvela Förster el objetivo de este trabajo colonizador «éticamente» fundamentado (204): «Con un poco de dedicación y de paciencia cabría educar en los paraguayos, tanto hombres como mujeres, una población laboriosa bien dispuesta y no precisamente torpe; ya ahora puede contarse con ella... con sueldo escaso y en la cantidad que se precise.» ¡Los emigrantes del primer momento pasaban, pues, a ser convertidos ahora en una capa dominante!

Finalmente Förster se presentaba a sus lectores como colaborador de las «Bayreuther Blätter» aludiendo a anteriores trabajos suyos: «Resonancias de Parsifal» y «Un alemán del futuro» (*Bayr. Bl.*, 1883). ¡Nietzsche se había distanciado explícitamente de esta revista desde el primer momento de su publicación y ahora encontraba a su cuñado entre los colaboradores! Poco podía, pues, consolarle que Förster remitiera a Goethe (pág. 134): «Se cumplían entonces (el 22 de marzo de 1884) exactamente cincuenta y dos años del momento en que a los alemanes nos fue arrebatado el hombre que con claridad superior a la de cualquier otro concibió y desarrolló la idea de una cultura puramente humana a fundar sobre una tierra y un suelo nuevos mediante una educación nacional. Si a mis esfuerzos les fuera concedido que aquella máxima idea social a la que Goethe dio curso expresivo en 'Wilhelm Meister' llegara a avanzar un paso por el camino de su realización, entonces mi trabajo no habría sido en vano.» Tal cosa no le fue dada a Förster, pero consiguió, en cambio, con sus ideas y proyectos, que Nietzsche, empujado por la proximidad del parentesco, se viera casi en la necesidad de tomar parte en una discusión a la que no eran ajenas corrientes políticas cargadas de premoniciones de crisis. Encontramos sus puntuales respuestas en las anotaciones contempo-

ráneas y hasta en «Más allá del bien y del mal». La discusión, llamativamente intensa, en torno a la pregunta acerca de «qué es alemán», los juicios sobre lo alemán y lo germanizante, las reflexiones sobre el problema de las razas y el europeísmo, todo ello no resulta, en fin, comprensible sino a partir de este estímulo y en orden a él.

Que en Europa seguían habiendo fronteras entre los estados y «patrias» es cosa sobre la que Nietzsche vino a verse adicionalmente advertido también por aquellas fechas. Con la marcha de la pensión y la mudanza a un apartamento propio Nietzsche había dejado de ser turista temporal en periodo de vacaciones para convertirse en residente. Tuvo, en consecuencia, que darse de alta con todas las de la ley, para lo que necesitó un pasaporte válido. Le fue útil una vez más, en este sentido, su viejo pasaporte de Basilea, extendido el 29 de septiembre de 1876 con una validez de un año y renovado, la última vez por un año más el 14 de abril de 1883 en el Consulado Suizo de Génova. Se dirigió, pues, al cónsul suizo en Niza y obtuvo el siguiente asiento: *Vu du Consulat Suisse a Nice pour inscription au Registre d'Inmatriculation* y *Bon pour six mois. Nice 11 Decb. 1885*[112], costándole todo ello 2,50 francos.

Schmeitzner se venga

Nietzsche había impulsado su pleito con su editor Schmeitzner con el objetivo de recuperar nuevamente los derechos editoriales de sus obras anteriores y, con ello, la libertad de reelaborarlas y adecuarlas orgánicamente al conjunto de su producción. Con los graves pasos dados, como el embargo y el sellado de la editorial, no había coadyuvado precisamente a hacer de Schmeitzner un socio bien dispuesto para su causa. Y éste, que no dejaba de ser un hombre de negocios mucho más experimentado que Nietzsche, consiguió con exigencias y contramedidas bien calculadas no sólo no perder nada, sino incluso vengarse.

Sus cartas a Köselitz (6 de diciembre de 1885), a Overbeck (aproximadamente 6 de diciembre de 1885) y a su familia en Naumburg, que son los corresponsales a los que se limita su entera correspondencia desde la primavera, con la excepción de una carta a los señores Seydlitz, Fynn y Schirnhofer, y dos cartas, respectivamente, a los señores von Stein y Widemann, nos informan cabalmente del fracaso definitivo de su objetivo principal: no sólo rescatar los derechos de edición de sus libros y de los de Overbeck del hundimiento de la firma editorial de Schmeitzner, sino mantenerlos lejos de la sospechosa vecindad de la propaganda antisemita, tan intensamente representada y propalada por Schmeitzner. Sin olvidar, claro es, los planes particulares que Nietzsche abrigaba en relación con «Humano —demasiado humano». Pero Schmeitzner consiguió mantener en pie su editorial, permaneciendo, pues, como titular de los derechos de edición

de las obras de Nietzsche, derechos que defendió y utilizó contra éste con la misma obstinación que Nietzsche había mostrado en su ofensiva. «Desgraciadamente... no ha sido posible conseguir la subasta; y tanto sus escritos (de Overbeck) como los míos siguen completamente enterrados, y sin posibilidad alguna de desentierro, en ese agujero de antisemitas... Mi «literatura» ha dejado de existir. Con este juicio me he despedido de Alemania. Nadie sabe en Alemania (ni siquiera allí donde se cree conocerme bien) lo que quiero de mí o siquiera si quiero algo, y que de ello he llegado incluso a conseguir una buena porción en las circunstancias más difíciles.

»Con Credner me había puesto de acuerdo sobre una segunda edición de 'Humano —demasiado humano', para la que había preparado y puesto en condiciones todo, hasta la copia... ¡todo un verano he empleado en ello! Con su exigencia de una suma de 2.500 marcos para la destrucción de los ejemplares aún restantes de la primera edición, Schmeitzner ha echado el cerrojo sobre todo ello. La posibilidad de segundas ediciones ha quedado, pues, aplazada, si no he entendido mal, *ad acta*... Mis libros... figuran en todas partes como «literatura antisemita» y así serán conocidos, como me ha confirmado un librero de Leipzig. ¡Y precisamente ahora viene el bueno de Widemann y me gasta la mala pasada de dedicarnos al horrendo anarquista y lengua viperina de Eugen Dühring y a mí un mismo elogio!»

No importándole parecer incluso cínico, Schmeitzner había formulado, al hilo de sus exigencias de dinero, «propuestas indecorosas» en torno a cómo podría Nietzsche conseguir, «metiendo barullo en torno suyo», más ventas para sus obras. «Desgraciadamente, respecto de los citados medios de ruido y barullo me remitía al señor Widemann, quien me comunicaría más detalles: razón más que suficiente, desde mi punto de vista, para no querer ver ni considerar como existente al señor Widemann. Es una verdadera desgracia que esté tan próximo al tal Schmeitzner... Y para colmo, ese último ultraje que me ha sido infligido con su idea de poner juntos los nombres de 'Dühring' y 'Zaratustra'. Con este indicio tengo bastante. El antisemitismo corrompe todo buen gusto, incluso en el caso de lenguas no implicadas inicialmente.» Pero: «Lo mejor es que todo está otra vez en el mejor de los órdenes... que mis parientes me quieren más que nunca..., que mi hermana tiene muchísimo que hacer en una dirección de la que no tengo por qué esperar contratiempos, que Niza y Sils-Maria han sido descubiertos y que se ha alcanzado, en estos momentos, un estado alciónico que no ha de resultar desfavorable al surgimiento de una filosofía.»

Pero también este estado «alciónico» tenía su cara negativa. «Siete años de soledad quedan a mis espaldas. En realidad, no estoy en absoluto hecho para la soledad y ahora, que ya no veo cómo poder librarme de ella, me asalta casi cada semana un hastío tan repentino de la vida, que me siento enfermo», se lamentaba en carta a su madre fechada el 20 de diciembre de 1885. «He aquí que estamos otra vez en Navidad y me llena de desolación

pensar que sigo... condenado a vivir como un paria o como un cínico detractor del género humano. Nadie se ocupa ya lo más mínimo de mejorar mi existencia... Las viejas amistades reposan y se han vuelto duras como la piedra. Cuando pienso cuán calurosamente he acogido a tantos, me aterro... ante la posibilidad de seguir haciéndolo con quién sabe qué personas.»

El día de Nochebuena le llenó de contento un paquete, recibido como regalo de su casa, que abrió y vació, desbordante de alegría y gratitud, en medio de la calle. Seguidamente «dirigí mis pasos hacia mi península St. Jean, recorrí un largo camino en torno a la costa y me senté, por fin, entre soldados jóvenes que jugaban a los bolos... Vuestro animal bebió entonces *tres* grandes vasos de un vino dulce del país y casi llegué a sentirme un poco borracho... Entonces opté por volver a Niza y cené en mi pensión como un príncipe; también lucía un gran árbol de Navidad». Es la primera y única vez que Nietzsche se mezcló tan abiertamente «con el pueblo», en este caso, con soldados que metían bulla y jugaban a los bolos. Desde sus años de Pforta se había movido siempre en la sociedad más exquisita y sólo en ella: académicos, patriciado de Basilea, baja nobleza (casi todas las damas que conocía) y los exponentes contemporáneos de la vida musical.

La fiesta de Nochebuena revivió en él nuevamente hermosos recuerdos de su infancia y le hizo sentirse consciente de la pérdida de esa instancia de protección y de cobijo que un día fue para él la fe paterna en que le educaron. Tal vez hundiera ahí sus raíces la decisión de encargar una losa funeraria para su padre (que comunicó, como se recordará, el 9 de enero a Overbeck). La excitación fue, en cualquier caso, lo suficientemente intensa como para ponerle, como cada año, al hilo de las Navidades o de Año Nuevo, enfermo durante un par de días.

Trabas y resultados favorables en la obra

Este año de esperanzas y de partida hacia la obra nueva a la que aspiraba acabó, pues, externamente con fracaso e impotencia y con los usuales días de enfermedad. Pero sus cuadernos de notas de esta época procuran un testimonio sobrecogedor de lo que, a pesar de todo, trabajó en estos meses y del terreno que ganó en la maduración de sus propios y originales procesos de pensamiento. Permiten vislumbrar, en efecto, la agilidad y movilidad increíbles del trabajo conceptual de Nietzsche, un trabajo capaz de empujarle sin freno ni sosiego de un extremo a otro de su paisaje filosófico. Y revelan, por otra parte, cómo se entregó, al mismo tiempo, con la capacidad de apasionamiento que le caracterizaba, al diálogo con las cuestiones que venían a planteársele desde fuera, apartándolo

temporalmente de la tarea central que se había impuesto: crear la gran obra filosófica sistemática en la que tomara al fin cuerpo expresivo lo fundamental de su filosofía, más allá de la mera atención a problemas particulares del momento. Pero en este empeño no dejaba, en cualquier caso, de preservar otra cualidad, específicamente suya: la actualidad fascinante.

Pero lo que vienen a hacerse perceptibles no son sólo los desvíos afluyentes del entorno, sino el desasosiego interior y el aguijón demoniaco del pensador Nietzsche que salen aquí a la luz, cruzando de parte a parte y de modo constante, toda pieza de trabajo sistemático. Las entradas en los cuadernos de notas se suceden unas a otras a ritmo acelerado. Y si se intenta elaborar un catálogo temático, al cabo de pocas páginas se han alcanzado ya las dos docenas de epígrafes. Aunque las ideas de Nietzsche giran siempre, más o menos, en torno de las mismas cuestiones fundamentales y revelan, a una mirada global, un ámbito de intereses restringidos, también es cierto, por otra parte, que el filósofo no se detiene más allá de dos o tres apuntes seguidos —desde el epígrafe breve al aforismo, pasando por pequeños esbozos de ensayos— en el mismo tema.

Este desasosiego de pensamiento no es el resultado de algo así como una incapacidad para la concentración. Pertenece, más bien, por el contrario, a la naturaleza de la cosa: el exceso de facetas ofrecidas a una mirada que incide a un tiempo sobre su filosofía *y* sus consecuencias apenas puede ser adecuadamente captado en una exposición ordenada de modo sucesivo.

¿Por dónde comenzar, pues? Este es el problema respecto del que quiere saber cómo saldrían Overbeck y Burckhardt. Una y otra vez vienen a quedar interrumpidos los apuntes temáticos, que se suceden con densidad creciente, por esbozos de títulos de libros, con y sin divisiones en capítulos, que obedecen, en su mayoría, a la forma cuatripartita. También anota Nietzsche series de epígrafes relativos a las cuestiones particulares a tratar. De las docenas de títulos de obras de estos meses van destacándose, como más importantes, tres: 1. «De la ordenación jerárquica de las personas» (en diferentes formulaciones). 2. «Más allá del bien y del mal», y 3. «La voluntad de poder». En determinados momentos también parece resultar importante, junto a lo citado, el esbozo «El espejo» como «Oportunidad de autorreflexión para los europeos». Los títulos de libros relacionados con Zaratustra y el eterno retorno, como «Mediodía y eternidad» y similares, todavía dominantes en mayo-junio de 1885, van siendo progresivamente arrinconados. Y casi sin excepción todos estos títulos de obras reciben un título adicional o subtítulo, que restringe su ámbito a un *Preludio* o a un *Ensayo de una filosofía del futuro*, o que apunta a lectores hasta ahora inexistentes. Lo que, por otra parte, no deja de reflejar asimismo la aporía en la que Nietzsche se debate tras haber puesto enteramente en cuestión el «conocimiento» como posibilidad. Nietzsche imprime a la crítica del

conocimiento un viraje enteramente nuevo y, sin quererlo, problematiza ante todo su propia actividad. ¡Discute la posibilidad de deducción lógica y recurre a ella ininterrumpidamente! Y discute también la causalidad. Para Nietzsche no hay, en efecto, «razones» ni «causas» de obligadas consecuencias. A sus ojos, lo que llamamos razones o causas son resultados ya muy tardíos, y las consecuencias no son otra cosa que valores de experiencia, comprobaciones de algún decurso usual, que no «explican» nada. «¿Qué es lo único que puede ser *conocimiento*? —'Interpretación', no 'explicación'»[6]. 'Conceptos' no son sino signos muy abreviados y abreviadores para multiplicidades incomprensibles. El propio «átomo» es ya una multiplicidad de este tipo, y su sinónimo latino, que empleamos para los humanos, «individuo», es una designación errada para una formación compleja. Con un «concepto» nada es «concebido», nada queda explicado ni comprendido, sino simplemente designado de modo inexacto, simplificadora y abreviadamente, y sólo mediante este procedimiento se disponen casos o fenómenos aparentemente idénticos, que permiten una inferencia «lógica». Pero todo esto descansa en un error, en una «mentira» en sentido extramoral. Y con ello recurre Nietzsche a su primer escrito filosófico, aún inédito, del año 1873: «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral», cerrando así el arco con el recurso a sus orígenes filosóficos.

En la raíz de todos los fenómenos y experiencias cree Nietzsche que opera una energía, una fuerza que —con no excesiva habilidad— caracteriza como «voluntad de poder». Todo cuanto es aspira a hacerse válido, a prevalecer, a ganar en poder. Golpea y se mide con lo que tiene al lado, que es impulsado por igual motor. Lo más poderoso gana la primacía, lo meramente equivalente queda en un equilibrio fluctuante. De este forcejeo constante surge el movimiento, del que es expresión el resultado 'mundo', único al que corresponde realidad y tras del que no hay ni puede haber ningún «otro» mundo o mundo «más alto», ningún «ser eterno», como tampoco «ideas» (Platón) o «cosa-en sí» (Kant).

Nietzsche supera y disuelve también la división sujeto-objeto. Para él no hay sujeto cognoscente alguno enfrentado a un objeto «objetivo» que pasa a conocer o concebir. Parte explícitamente de la cuestión clásica de si lo que es igual sólo puede ser concebido por lo igual o también por lo desigual, y liquida el problema caracterizándolo como una cuestión imposible, dado que no existe lo igual ni puede ser «conocido» en absoluto. También en cuanto «cognoscentes», como se nos llama, formamos parte de este cosmos, un cosmos al que sólo podemos experimentar y designar, un cosmos que no puede ser para nosotros sino certeza estética.

Nietzsche forcejea *externamente* con el problema formal, lo que se refleja en los numerosos esbozos de obras al hilo de los que toma seriamente en consideración la posibilidad de poner en marcha una nueva serie de «consideraciones intempestivas». Pero *internamente*, con lo que forcejea es con la imposibilidad de fundamentación. Su filosofía es viven-

cia, su visión ha tomado cuerpo y densidad en él, y de buscar comprensión o, aún más, acuerdo con sus puntos de vista, tendría que encontrar, para satisfacer tal empeño, alguien en posesión de igual vivencia, alguien de igual experiencia básica, de orden estético, del cosmos, alguien a quien sólo en vano cabe buscar, porque como el mismo Nietzsche subraya, no hay casos idénticos. En lo que hace a este punto, esto es, en este sentido específico, se encuentra terriblemente solo, sin compañeros de viaje, sin comprensión. Desesperado, confía a su cuaderno de notas algo que no deja de arrojar una luz frustrante sobre ese presunto tono conciliador suyo en el trato cotidiano que tan positivamente glosaron sus conocidos[6]: «*Inter pares:* una expresión embriagadora, tanta es la dicha y desdicha que encierra para quien ha estado solo durante toda una vida; para quien jamás encontró un igual, un ser al que poder considerar suyo, por mucho que lo buscó por mil caminos; alguien, en fin, que en el trato humano siempre tuvo que ser el hombre del disimulo alegre y bienintencionado, de la adecuación buscada y a menudo encontrada, y que conoce, por experiencia harto larga, lo que es esa buena cara al juego siniestro de lo que acostumbramos a llamar 'campechanía', a lo que, naturalmente, pertenecen también esos peligrosos estallidos desgarradores de toda infelicidad disimulada, todos los deseos no apagados, todas las corrientes retenidas y convertidas en salvajes del amor, la locura repentina de esa hora en la que el solitario abraza a un ser cualquiera y lo trata como amigo y caído del cielo y regalo valioso, para una hora después arrojarlo de su lado con asco, con asco sobre todo de uno mismo, que está como sucio, como rebajado, como enajenado de sí mismo, como enfermo de su propia compañía.» Lo que le quedaba abierto como posibilidad de obra era, precisamente, la exposición de las consecuencias de su concepción del mundo. Y lo intentó a propósito del problema de la «moral». Pero también aquí puso resignadamente un interrogante[6]: 'Más allá del bien y del mal' es cosa que cuesta esfuerzo. Traduzco como si lo hiciera *a* un idioma extraño, no estoy siempre seguro de haber encontrado el sentido. Todo demasiado burdo como para gustarme.»

También el concepto de verdad es relativizado. Sólo desde un punto de vista, desde una «perspectiva», puede ser tenido algo por verdadero, nunca demostrado. Con el tener-por-verdadero se fijan y determinan también, con los conceptos, valores, que a cada nuevo punto de vista —perspectiva— cambian su peso específico. De ahí que todo cambio de perspectiva traiga consigo inexcusablemente una «transvaloración de todos los valores». Y a esta tarea se veía emplazado Nietzsche.

Si no hay verdad cognoscible, si no hay sujeto cognoscente alguno capaz de conocer la verdad, si no hay causalidad, si los conceptos nunca alcanzan, o alcanzan de modo muy incompleto, la cosa designada, ¿cómo tomar en consideración siquiera la posibilidad de una «obra» filosófica de corte sistemático? A la vista de la naturaleza de *esta* filosofía, obviamente

no; sería un intento —de los tantas veces caracterizados y estigmatizados por el propio Nietzsche— de probar como verdadera la imposibilidad de la verdad, una *contradictio in adjecto*.

De ahí que tampoco la «transvaloración de todos los valores» situada en el horizonte pudiera ser otra cosa que una realización parcial a partir de su filosofía, nunca ésta misma. De ahí que al «ordenar temáticamente» y bajo titulaciones generales pensamientos y formulaciones de este tipo en la gran edición en octavo[1], los editores difuminaran y corrompieran rasgos esenciales de los escritos póstumos de Nietzsche, haciendo de todo punto ininteligible su filosofar. La aventurada empresa de decir lo indecible, empresa siempre tentativa, desarrollada siempre desde el espíritu de la prueba y el ensayo, y una y otra vez interrumpida, la empresa de encerrarlo en formulaciones, de hacerlo más experimentable mediante la melodía del lenguaje que mediante la —en cualquier caso puesta en cuestión— lógica de la proposición, tenía que perderse enteramente de vista y ser destruida. Quedaron, pues, simplemente, cúmulos de afirmaciones repetitivas, que, en consecuencia, no podían parecer sino penosamente arrogantes. También vinieron a perderse ese temblor, esa vacilación y ese miedo a las consecuencias que tan perceptibles resultan cuando se tienen a la vista estos apuntes en su factura original, con sus interrupciones abruptas y sus interpolaciones asombrosas. Una y otra vez intenta Nietzsche apartar la vista de los problemas que le abrasan y devoran a un tiempo, para retomar el contacto con el entorno. Pero los cuadernos de apuntes dan también testimonio elocuente de cómo a lo largo de estos meses va desvaneciéndose lentamente esta referencia al mundo, de la que finalmente no quedan sino unos cuantos, más bien pocos, dolorosos puntos de contacto. En los huecos entre las notas y apuntes crítico-epistemológicos hacen ahora acto de presencia, en sucesión cada vez más densa, los esbozos de títulos de libros, de los que en una ocasión se encuentran hasta diez de un golpe (¡primavera de 1886!). Nietzsche anota al respecto[6]: «Que prefiera reflexionar sobre la causalidad antes que hacerlo sobre el proceso que mantengo con mi editor, no es precisamente por *desinterés;* mi utilidad y mi placer quedan del lado del conocimiento, ahí es donde mi tensión, desasosiego, pasión han laborado durante más tiempo», y se lamenta[6]: «Sigo sin poder pasar ni una hora entre mis iguales; en todo hacer y quehacer el gusano secreto 'Lo tuyo está en otra parte', ¡martirizado por niños, gansos y enanos; pesadilla...»

Cuando se cultiva la crítica del conocimiento hay que retrotraerse inevitablemente a Kant. También Nietzsche tiene que hacerlo, por lejos que sienta de sí a Kant, y lo hace de un modo llamativamente lacónico y sin entrar en una confrontación seria, sino, por lo general, en un tono de ligera ironía, precisamente *porque* Kant le queda tan ajeno. A comienzos de este periodo, o sea, entre abril y junio de 1885, las alusiones aún son relativamente abundantes; en otoño se pierden por completo, el nombre

de Kant desaparece por entero. Igual ocurre con Descartes, Leibniz, Hegel y Schopenhauer, con quienes, de todos modos, aún se transparenta una relación directa. También figuran observaciones a propósito de Platón y del problema de Sócrates. Salta a la vista, en cualquier caso, una utilización frecuente de Teichmüller y, nuevamente, de Spir, a quien Nietzsche se refiere indicando incluso paginación. Tiene, pues, a mano sus obras en su cajón de libros en Sils. En la época de Sils aparece también a menudo el nombre del abate Galiani, cuyas cartas a madame d'Epinay había leído Nietzsche en primavera con singular placer, con los elogios pronunciados que suelen acompañar a sus numerosas alusiones a autores franceses, o a sus reflexiones a partir de ellos, como es el caso de Montaigne, Baudelaire, Stendhal, Merimée y, sobre todo, Pascal. Víctor Hugo, en cambio, no sale bien parado: «gusto plebeyo». Con especial dureza trata Nietzsche a Eugen Dühring, el «ceporro alemán» y la «salamandra de pantano», al que reconoce laboriosidad científica, pero sin dejar por ello de convertirlo en blanco de todos los desprecios, sobre todo en cuanto guarda relación con el «antisemitismo», lo ario-semítico, el «patrioterismo» y, sobre todo, la «teutomanía», el casticismo germanizante. Y no faltan ahora tampoco sino muy raramente los ataques paralelos a Bismarck, al parlamentarismo y a la democracia como dominio del número en lugar del espíritu.

A menudo se entrega Nietzsche a consideraciones en tono muy duro sobre «los alemanes» de su época, de los que apenas espera nada. «Me siento al margen del *Reich* alemán, y no veo razón alguna para ser amigo o enemigo de algo que me queda tan lejos.»[6] Nietzsche pasa, en efecto, a distanciarse enérgicamente: «Tengo cada vez más la impresión de que no somos lo bastante simples ni lo bastante bonachones como para incorporarnos activamente a todo ese patrioterismo de Marcas y Junkers y asentir a esa consigna suya entontecedora y jadeante de odio de *Alemania, Alemania sobre todas las cosas*»[6]. Pero, por otra parte, cuando pensaba en las grandes figuras de Alemania, no desesperaba de su futuro; confiaba, por el contrario, en sus posibilidades. «Los únicos alemanes a los que me refiero aquí son algo joven y en desarrollo.» Por delante de todos figuran, a sus ojos, Goethe, Heinrich Heine, Händel, «nuestro tipo más hermoso de *hombre* en el reino del arte», así como, y con frecuencia, Beethoven, Mozart, «la flor del barroco alemán», y Richard Wagner.

De todos modos, ningún nombre aparece en estas notas con tanta frecuencia, ni ningún otro ser humano tiene una presencia tan intensa en sus cuadernos como Richard Wagner. Y con él, la tragedia de su antigua amistad. Y ello en los contextos más inesperados.

A pesar de toda su polémica *contra* Wagner, y al hilo incluso de la misma, Nietzsche intenta una y otra vez salvaguardar una imagen positiva de su en el fondo venerado Richard Wagner. «Ese Richard Wagner al que hoy se venera en Alemania, y se le venera con toda la quincallería

ostentosa de la peor patriotería germanizante: es un Richard Wagner al que no conozco; es más, tengo la sospecha de que nunca existió: es un fantasma.»[6]. Durante la época de las conversaciones con Adolf Ruthardt, y después de ella, los ataques se vuelven cada vez más intensos y hostiles: «...hay que descender al último Wagner y a sus 'Bayreuther Blätter' para encontrar una ciénaga de arrogancia, falta de claridad y patrioterismo como la representada por los discursos a la nación alemana» (¿Fichte o Bismarck?)[6]. Ya por estas fechas encontramos formulaciones que luego figurarán de nuevo en «El caso Wagner».

En el ánimo de Nietzsche va tomando cuerpo, de todos modos, una segunda decepción sobre Wagner: «Los viejos románticos van cayendo y un buen día se les ve, no se sabe cómo, con los brazos extendidos ante la cruz: eso es lo que le ha pasado también a Wagner. Asistir a la degeneración y decadencia de un hombre así es una de las cosas más dolorosas que me ha sido dado experimentar»[6]. Nietzsche no perdonó a Wagner —del que había escrito: «Lo he amado y a nadie más. Era un hombre a la medida de mi corazón, tan amoral, tan ateo, tan gustoso de las antinomias, que caminaba solo...»— que hubiera pasado a «arrastrarse ante la Cruz», y ni siquiera ante la de Lutero, sino ante la cruz romana de Cosima. Tal era, en cualquier caso, la impresión que sacó Nietzsche de «Parsifal». Y no iba muy desencaminado. El propio Wagner se chanceaba a menudo de Cosima por su «ojo católico», como ella misma viene a reconocer abiertamente en sus diarios. En otoño Nietzsche repite la confesión de comienzos del verano de 1885[6]: «He amado y venerado a Richard Wagner como a nadie más; y si no hubiera tenido al final el mal gusto —o la triste necesidad— de hacer causa común con una clase imposible de 'espíritus', con sus seguidores, los wagnerianos, yo habría, por mi parte, carecido de motivos para decirle adiós durante toda su vida: a él, al más profundo y audaz, pero también al peor comprendido de todos los difíciles de comprender de nuestros días, al hombre con quien haber tenido la suerte de encontrarme más ha podido beneficiarme en el plano del conocimiento; más, en cualquier caso, de lo que me ha beneficiado cualquier otro encuentro. Dejando sentado previamente, claro es, lo que no deja de resultar primario: que su causa y la mía no deben ser confundidas y que se precisa una fuerte dosis de autosuperación antes de poder distinguir del modo más estricto, como yo aprendí a hacerlo en este caso, entre 'suyo' y 'mío'. Haber llegado, como me ha sido dado llegar, a ser consciente del extraordinario problema del autor... es cosa que me hubiera resultado imposible de no entrar en contacto con ese hombre... La mejora del teatro no me importa demasiado; su 'eclesialización', todavía menos; la verdadera música de Wagner no es cosa suficientemente mía... Lo que más ajeno me ha resultado de él, el patrioterismo germanizante y el semiclericalismo de sus últimos años...» Y, finalmente, plantea Nietzsche la pregunta sobre «lo que los profanos estiman de Richard Wagner: tal vez despierte sus

sentimientos románticos y todo el temor y temblor de lo infinito y de la mística romántica; nosotros, los músicos, nos sentimos encantados y seducidos». «¡Nosotros, los músicos!» Nietzsche se incluye, pues, entre ellos, lo que revela sus profundas vinculaciones a la música, una vinculación nunca inoperante en él, de modo que no sólo dedica a la música como tal algunas consideraciones en sus cuadernos de notas, sino también a músicos como Mendelssohn y Brahms, a quienes, por cierto, infravalora notablemente. Y en medio de todo ello, el hondo suspiro «Richard Wagner, indefinidamente ¿ésta es hoy la solución?»[6]. Pero también el otro lamento: «Entretanto he alcanzado a saber demasiado de la terrible y dolorosa tragedia que se oculta tras la vida de un hombre como el que ha sido Richard Wagner.»[6] Lo que Nietzsche nunca llegó a saber es lo insatisfecho que el propio Wagner hubo de sentirse por las «Bayreuther Blätter», tan despreciadas por él, y lo mucho que sufrió por ello. Si las mantuvo fue, en cualquier caso, con el solo objeto de asegurar una base a la existencia de H. von Wolzogen y su familia.

Sobre todo ello se alza la tragedia *de su* vida. Súbitamente irrumpe el nombre de

Ariadna

en una ocasión, incluso como título de un escrito o de un libro[6]. Ya antes había aparecido, en efecto, en el contexto de una de las exposiciones crítico-dilucidarias más detalladas de su posición filosófica, titulada «Moral y fisiología»[6], donde caracterizaba como una «precipitación» «el que durante tanto tiempo se hubiera considerado precisamente a la consciencia humana como el escalón más alto de la evolución orgánica y la más asombrosa de todas las cosas terrenales, es más, incluso como su floración suprema y su objetivo. Lo verdaderamente asombroso es más bien *el cuerpo*: cómo ha llegado a ser posible el cuerpo humano es cosa que nunca cabrá admirar bastante». Esta consideración cambia repentinamente de curso, y en el contexto de una descripción de una vivencia personal «pensar, sentir, querer» pasan a verse relativizados en su significado: «Hablando de este modo por los codos me entregué, sin la menor inhibición, a mi tarea educativa, puesto que era feliz por haber encontrado a alguien que se mostraba capaz de escucharme del principio al fin. Pero llegados precisamente a este punto Ariadna no pareció ser capaz ya de resistirlo más —la historia tenía lugar durante mi primera estancia en Naxos—: 'Pero señor, me dijo, ¡Vd. habla un alemán de cerdos!'— 'Alemán, le respondí de buen talante, simplemente alemán! ¡Deje Vd. lo de los cerdos, diosa mía! Infravalora Vd. la dificultad de oír cosas finas en alemán'.— '¡Cosas finas!. gritó Ariadna sobresaltada, ¡pero si todo eso no era más que positivismo! ¡Filosofía de hocico! ¡Estiércol y maremágnum

conceptual de cien filosofías! ¿Adónde quiere ir eso a parar?', y al hablar así jugaba impaciente con el famoso hilo que un día guió a su Teseo por el laberinto.— Quedó, pues, claro que en su formación filosófica Ariadna llevaba un retraso de dos siglos.»

¿Quién es esta Ariadna? De los años del hundimiento sabemos —Nietzsche así lo dijo— que como Ariadna hay que entender a Cosima Wagner. «Naxos» sería, pues, en este caso igual a Tribchen, y la conversación dataría de hace quince años. ¿Podía sustentar ya entonces Nietzsche la tesis ahora defendida o podía, cuanto menos, haber expresado por aquellas fechas ideas parecidas? Los «Cinco Prefacios» que por entonces dedicó a Cosima, e igualmente el escrito «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral», así permitirían suponerlo, dado que parten de formulaciones similares.

De resultar aceptable la equiparación Ariadna-Cosima ya para este momento, 1885, el anterior paso textual podría remitir también a otra cosa: al mantenimiento, por parte de Nietzsche, de diálogos imaginarios con Cosima, al recurso, por su parte, a un fantasma de Cosima, sencillamente para tener un interlocutor posible.

No nos resulta fácil tomar consciencia del peso y de la amplitud del *fatum* trágico unido a esta relación tan decisiva. Y en cuanto a lo mucho que la relación con los Wagner —con Richard y con Cosima— gravitó sobre Nietzsche y lo mucho que sufrió con ella, hemos de contentarnos con suposiciones. Los días transcurridos en la «isla de los bienaventurados» —Tribschen— siguieron siendo para él la época más feliz de su vida, la época de una dicha perdida.

Capítulo 11
PRIMERA COSECHA

(Más allá del bien y del mal. De enero a agosto de 1886)

«Yo aspiro a mi obra»: con estas palabras se había despedido Zaratustra. Los primeros trabajos en este sentido no se habían visto acompañados, en 1885, por el éxito. Ni había conseguido reelaborar sus obras primerizas, ni llevar a buen término una obra nueva. Estaba, además, sin editor. Interiormente, sin embargo, estaba maduro, su mirada había ganado en penetración y agudeza, reconocía, en fin, *ahora* su filosofía con esa claridad que en cierto modo le permitió darle vida de un solo trazo en todo un grupo de obras, de «Más allá del bien y del mal» a «Ecce homo».

Nietzsche tenía ahora cuarenta y un años. Profundamente enraizado en el pensamiento antiguo, tomaba ahora, en consecuencia, cuerpo en él la convicción de haber alcanzado e incluso sobrepasado la *acmé* de su vida. De ahí que pasara a usar ahora expresiones como la del «gran mediodía» que se inclina al otoño, que se caracterizara como «viejo filósofo» y que en una ocasión no dudara en firmar una de las cartas a su madre con un «tu vieja criatura».

Para quien así se ve y se siente ya en la época postrera, es tiempo indudable de recoger la cosecha, sobre todo si está tan madura como lo estaba en el caso de Nietzsche, fundamentalmente a raíz de los trabajos de los últimos meses. Y a eso pasó ahora a dedicarse.

Nietzsche trabaja intensamente a lo largo del invierno entero, menos perturbado por sucesos ajenos y molestias exteriores que durante el invierno anterior en Niza; tan escasamente perturbado que llegó incluso a sentir la nostalgia de una pequeña «comunidad». Le llena de alegría anticipada el anuncio de una visita a Niza, en las próximas Pascuas, del profesor Heinze y su esposa. «Lo mismo ha prometido el señor Lanzky,

de Vallombrosa, (tengo todos los motivos para estar agradecido por haberme podido encontrar con un hombre como Lanzky, un carácter singularmente noble y fino, aunque no sea, por desgracia, un 'espíritu': a la larga acabará por convertirse en algo así como mi 'razón práctica', como economista, consejero en asuntos de salud y cosas similares)», escribía Nietzsche con tono elogioso a Overbeck el 9 de Enero de 1886. Paul Widemann dio a conocer (a través de la madre de Nietzsche) el deseo de poder vivir un par de años cerca de él, a lo que Nietzsche manifestó, a pesar de algunos reparos, que «hay sin duda razones para ver en ello una prueba de buen ánimo». Y seguidamente pasa a reconocer a Overbeck: «Me aferro finalmente a la esperanza de que mis tres damas, que tan afectuosa inclinación me han demostrado, *mes dames* Fynn y Mansuroff, se decidan a venir asimismo por aquí. Una vez se ha encontrado uno a sí mismo, no tiene precisamente la elección de abandonarse: almas distinguidas y delicadas como éstas, con las que resulta posible tratarse, sin hacerse uno la violencia usual, sólo se encuentran muy raramente. Ahora están en Inglaterra. También daba cuenta así de una impresión musical satisfactoria: «Cuenta a tu querida esposa que he oído una obra juvenil de Bizet, la *suite* para orquesta 'Roma' (¡el pobre Bizet no llegó a oírla nunca!). Muy atractivo, ingenuo y refinado a la vez, como todo lo de este último maestro de la música francesa»*.

El 8 de enero de 1886 su madre le comunicaba una buena noticia: Erwin Rohde acababa de aceptar una cátedra que le había sido propuesta por la Universidad de Leipzig. Relacionaba con ello la esperanza de que su hijo se le acercara algo más. «De hecho Leipzig, que es casi mi patria, se ha convertido hoy en algo doblemente valioso para mí como *Rendez-vous* de todos mis buenos conocidos y camaradas de otros tiempos», reconocía Nietzsche en una carta a Overbeck.

Por otra parte, el hecho de que Bernhard Förster y su esposa se hubieran trasladado definitivamente a Paraguay a comienzos de febrero, no podía menos de facilitarle, en el futuro, una estancia posible en Leipzig y Naumburg. Aunque no se trataba, simplemente, de un alivio para Nietzsche. Porque el estado de ánimo de su madre, a quien la despedida —que creyó que iba a ser de por vida—, sentó muy mal, y a quien la soledad pesaba grandemente, no dejaba de constituir para él una fuente de graves perocupaciones. Con ocasión de su cumpleaños el 2 de febrero, le escribía: «No poder estar precisamente esta vez a tu lado en el día de tu cumpleaños es cosa que me llena de una tristeza muy especial: porque dados los muchos sentimientos, tan fuertes y encontrados, que este día

* La *suite* «Roma», compuesta en 1866-68, así como la *suite* de «L'Arlésienne» y la «petite suite d'orchestre» representaron para Bizet unos primeros éxitos tras del nulo eco obtenido por sus óperas primerizas y otras obras de orquesta que sólo después de 1872 encontraron un eco.

suele traer consigo, sería un alivio para tu corazón conservar disponible por lo menos uno de tus hijos como buen europeo... Aunque quién sabe cuánto va a durar la cosa todavía: el cansado de Niza también se siente otra vez atraído por el Norte, 'por el hogar allá en el Norte', como el famoso suabo.»

Los Förster le habían «abrumado y desbordado» con regalos y escritos de Bernhard Förster con ocasión de la Navidad y del Año Nuevo, cosa por la que a comienzos de enero expresaba su agradecimiento en tono afectuoso. Se trata, en efecto, de una carta casi desbordante de buen humor y alegría de vivir. Nietzsche alaba el magnífico clima de Niza, con sus doscientos veinte días de cielo despejado al año. «El aire suave, los colores delicados de todo tipo, la indescriptible luminosidad solar, es algo capaz de entusiasmar a cualquiera, o, por lo menos, a mí. Mi cabeza vale aquí diez veces más que en Zürich o Leipzig, aquí, donde el clima me resulta «congenial», por expresarme de manera sumamente culta. No hay duda de que cada año (¡cada invierno, no el resto del tiempo!) mi salud da ahora un salto hacia delante; y desde luego, la salud de mi cabeza, no la de mis ojos», que cada vez parece tener peor. El 25 de febrero hacía constar aún en una carta a su madre: «De nuestros emigrantes acabo de recibir el gentil envío de un hermoso anillo de oro, con el siguiente lema grabado por dentro: «Piensa con cariño en B. y E.». Lo haré de corazón, aunque debo confesar que esa unión «B. y E.» pesa no poco sobre mi ánimo. No tengo nada en común con la idiosincrasia de Förster, no digamos ya con sus tendencias. En fin, que no deja de ser una suerte que se haya marchado justo antes de la «hora del cierre», creo que en eso tienes razón. Esta observación final alude —como Elisabeth haría constar más tarde en su edición de las cartas— a una nueva e intensa participación reciente de Förster en el movimiento antisemita.

Una petición vino a remover de nuevo las aguas de la problemática wagneriana. Nietzsche responde a su madre el 6 de enero de 1866[121]: «¿Qué el Sr. Z... quiere comprar la partitura para piano de la marcha de Kaiser (de Wagner) por no menos de 22 marcos? Pero si nueva no cuesta más allá de 22 peniques... Creo que aquí hay un malentendido. Además, tengo interés en conservarla; es una música que sigue gustándome mucho. La partitura de la marcha del Kaiser que obra en mi poder no está en venta. Es, primero, un regalo que me hizo Wagner a mí; segundo, el propio Wagner dirigió con este ejemplar de la partitura la primera interpretación de la obra (en Leipzig); tercero, en las notas del texto hay correcciones y cambios hechos a mano, lo que da a este ejemplar un valor único.»

Al mismo tiempo le preocupa su otro problema con un músico, en este caso Köselitz. A comienzos de enero Nietzsche escribe a Felix Mottl, de Karlsruhe, sobre la ópera de Köselitz. Mottl le contesta en febrero[124] que «da el mayor valor a mi recomendación, 'la recomendación de un hombre

al que admiro entusiásticamente'». A pesar de todo, el 29 de marzo Köselitz recibe una respuesta negativa[13]. Un duro golpe para Nietzsche es la muerte del hijo de su tutor Wilhelm Visscher-Bilfinger, el Prof. Wilhelm Vischer-Heusler de Basilea, que muere el 30 de marzo de 1866 contando solo cincuenta y dos años. Como en otros casos parecidos, Nietzsche necesita bastante tiempo, unas cuatro semanas, para recuperarse y poder escribir una carta de pésame. Sale aquí a la luz el motivo profundo de su lucha contra la compasión: no tiene valor para ello, le deprime, le desasosiega en exceso, como la música misma de Wagner, a la que más bien evita que rechaza.

El problema del editor

Lo que, por otra parte, tampoco le ayuda a conseguir el recogimiento y la paz necesarios para escribir la carta adecuada a su dolor real y a la envergadura de la pérdida sufrida por la familia, es su trabajo intensivo en un nuevo libro y las tensiones e irritaciones que le procura la búsqueda de editor. «Tengo editor... Siendo, en efecto, tan tarde que estaba ya a punto de irme anoche a dormir, di casualmente con una carta que alguien había metido por debajo de la puerta de mi habitación... La leí. Era de Credmer, y lo que me contaba me dio tal alegría que me puse por un momento a danzar en círculo en ropa de cama. No pude evitarlo, a pesar del frío, ya que hasta hoy no he encendido fuego. Le había ofrecido el segundo tomo de 'Aurora'... acepta con gusto y me pide expresamente que le cuente entre mis admiradores. Cree que es preciso que ocurra algo que ponga fin irrevocable a mi relación con Schmeitzner y expresa el deseo de comprar a este el resto de 'Humano —demasiado humano'. En fin, se comporta como el tan largamente deseado editor del futuro.» (A su madre, 30 de enero de 1886). Este segundo tomo de «Aurora» no era otra cosa que lo que ya había anunciado como continuación de las «Consideraciones intempestivas» y que finalmente vio la luz bajo el título de «Más allá del bien y del mal». La cuestión del título quedó clarificada muy pronto, ya en las semanas siguientes. El 10 de marzo repetía de nuevo en una carta a Overbeck que Credner estaba dispuesto a «editar el segundo tomo de 'Aurora'» en su firma y que deseaba «ser incluido entre mis admiradores», cosa que, dado su «emparentamiento» reciente con el antisemitismo, vino Nietzsche a glosar en tono evidentemente divertido: «Jamás he encontrado fidelidades tan arraigadas en Israel», lo que no era cierto, porque precisamente en los círculos judíos, en Viena, por ejemplo, es donde tenía sus admiradores más fuertes y sus más comprensivos seguidores. Con tono breve y decidido añade Nietzsche al final de su carta el siguiente apéndice: «Muy metido en el trabajo. Por cierto, no te preocupes: no habrá ningún segundo tomo de 'Aurora'.»

Dos semanas más tarde, el 27 de marzo, comunicaba a Köselitz: «He utilizado este invierno para escribir algo tan cargado de dificultades que el valor que necesitaba para publicarlo flaquea y vacila aquí y allá. Se llama:

Más allá del bien y del mal

Preludio de una filosofía del futuro.»

Pero en seguida hicieron nuevamente acto de presencia las dificultades con el editor. A su cuñado le escribe el 11 de abril de 1886: «Con Credner y Schmeitzner, de disgusto en disgusto» y esboza un paralelismo con los fracasos operísticos de su *Maestro* veneciano, al que escribe el 21 de abril: «Sigo insistiendo en que en lo que hace a su música soy *yo* quien lleva toda la razón y no el Sr. Mottl, cuyo juicio intento explicarme psicológicamente, pero sin querer en absoluto hacerlo mío. El wagnerianismo es lo que en estos momentos se cruza en su camino... Tenemos que encontrar los medios y las vías para resistir y defendernos, porque de lo contrario acabarán con nosotros, con Vd. y conmigo. Perdone que 'me' mezcle en esto, pero el caso es que las cartas negativas de los editores alemanes me dan la impresión de que conmigo ocurre lo mismo que con Vd., que nos limitamos a enviar nuestras 'partituras' al destierro en un armario... En cuanto a mi manuscrito, todavía está en el aire una negociación con el editor berlinés C. Heymons (esto es, con la Editorial Carl Duncker). Si no sale nada de todo esto, también tendrá el asunto una cara positiva para mí. Porque es un libro terrible, que se me ha escapado enteramente del alma, muy negro, casi tinta de calamar. Tengo la impresión como de haber agarrado algo 'por los cuernos', ciertamente no un 'toro'.» Y a la madre le notifica el 28 de abril[124]: «Los últimos tiempos han sido muy duros y malos para mí... Ante todo en problemas y fastidios con los editores: con Credner no he llegado a nada (aunque todavía hoy he hecho un último intento indirecto mediante una carta a Heinze), con los otros editores, tampoco... Es algo grave, en muchos sentidos una de las consecuencias... es que la suma de dinero extra con la que contaba firmemente para este año se me va, ¡y con *ella* es con la que me proponía ir a verte!» El 1 de mayo le comunicaba a Overbeck, desde Venecia la mediación del profesor Heinze: «Hasta la fecha, todas mis negociaciones con los editores han fracasado, en circunstancias no del todo faltas de interés; Heinze hará un último intento, pero aquí ocurre lo mismo que con el *negativum* de Mottl: todos estos señores *querrían* hacerlo, pero no *pueden*. (La opinión pública como conciencia)». Nietzsche revela aquí un buen olfato para los móviles y motivaciones de fondo, sólo que sin *una* diferenciación importante: el juicio de los «círculos competentes» sobre Köselitz como compositor estaba ya, sin duda, hecho desde 1882; sobre su propia obra sólo ahora comenzaba a hacerse. La mediación de Heinze fue, sin duda, pensada por

las fechas en que éste residía en Niza con su esposa. Llegaron el 4 de abril y se quedaron más o menos hasta Pascuas (25 de abril).

La vida social de Niza

Así pues, aunque Nietzsche no dejaba en ocasiones de encontrar alguna distracción incitante en Niza, ya no se sentía en condiciones de permanecer allí por más tiempo, aunque sólo fuera por el calor en aumento. En contra de sus expectativas, sus damas Fynn y Mansuroff no aparecieron en Niza, pero sí, a finales de enero, el viejo holandés con el que había trabado conocimiento el verano anterior en Sils, «lleno de alegría de volverme a ver... El mismo holandés, antes en el Ministerio, pero por el estado de sus ojos obligado a dejar su puesto, vuelve siempre a Niza, porque aquí sus molestias oculares ceden como en ningún otro sitio..., exactamente como en mi caso», informaba a su madre el 30 de enero, añadiendo un saludo de la vieja esposa del pastor (Hamann). A la hermana le comenta, desinhibido y en tono ameno, cosas de una familia de Basilea, los Köchlin, a la que se sentía «muy unido», y no duda en informar sobre esponsales y fallecimientos en las familias de Basilea, así como sobre nuevos catedráticos de su Universidad. También cree Nietzsche haber encontrado un nuevo médico, el Prof. Dr. Schweninger de Heidelberg, el médico de Bismarck, «que cree poder ayudarme (tiene, no sé por qué, cierta inclinación hacia mí; parece ser que coincidimos largo tiempo a la hora de comer en el 'Kopf'*). Schweninger está adecuando ahora en Heidelberg el hotel de mayores dimensiones, allá en lo alto del castillo, para sanatorio». De la alusión de Nietzsche no se desprende si se trataba de un encuentro en Niza o de un conocimiento trabado simplemente por vía epistolar. Del círculo nitzscheano se borran nombres y personas tan repentinamente como aparecen en él.

En el periodo que media entre 1869 y 1870, en que pudo coincidir con Schweninger en el «Kopf», Nietzsche no le cita nunca. Por otra parte, Schweninger tampoco era profesor de la Universidad de Basilea.

La impresión que sacó Nietzsche de un concierto celebrado en Monte Carlo, del que informa a Köselitz el 27 de marzo de 1886, fue más bien negativa: «...he oído con gran curiosidad viejas cosas de Rameau (de 1736) dirigidas por un austriaco; después también modernidades últimas de Massenet, orquestadas de un modo horriblemente efectista. No tenía ni idea de que también con la orquestación cabía hacer piruetas tan obscenas. El último acontecimiento musical de estos lugares ha sido el 'coro ruso', que se desplaza, hace giras por toda Europa y que aquí, en Niza, donde viven muchos rusos, ha tenido un gran éxito. No en lo que a mí afecta,

* Restaurante de Basilea.

aunque no dejo de reconocer que las piezas artísticas del canto coral como tales, los *pianissimi*, las aceleraciones del *tempo* y cierto tono de doncella pura de las voces, merecen todo reconocimiento. Pero las propias piezas no eran, por una parte, lo bastante rusas... por otra sí, pero sólo en el sentido y de acuerdo con los instintos del hombre vulgar (con un rasgo corporal melancólico...); faltaba enteramente la nota masculina, la expresión de las capas dominantes y de su orgullo.» Nietzsche se negó, pues, a cruzar la frontera del *kitsch*.

El manuscrito de «Más allá del bien y del mal» parece haber quedado listo ya para la imprenta en Pascuas; los conocidos han abandonado Niza o parecen estar en trance de despedida; los días festivos trajeron cierta calma a la tierra y a las gentes, que también alcanzó a Nietzsche. Pudo sentirse así en condiciones de escribir a la señora Vischer-Heusler una carta de pésame. Gracias a los conocidos de Basilea, con los que no se encontró en Niza por simple casualidad, revivió de nuevo con fuerza en su ánimo la Basilea intelectual y espiritual. Rechazó la idea de «dejarse atrapar nuevamente por la Universidad» simplemente por motivos climatológicos, «en tanto, al menos, que no se me ofrezca un auditorio aquí en Niza» (a su hermana el 12 de marzo). Parece claro que en los círculos de Basilea a los que Nietzsche se sentía todavía fuertemente vinculado y en los que, por otra parte, gozaba de gran estima, se habían hecho planes o formulado, al menos, ideas, en este sentido, que llegaron a oídos del propio Nietzsche.

Wilhelm Vischer-Heusler

Por todo ello pudo sentir Nietzsche la muerte de Wilhelm Vischer, que sólo tenía once años más que él, como si tratara de la muerte de un colega. A ello se une que el fallecido era el hijo menor —nacido el 4 de agosto de 1833— de su tutor Wilhelm Vischer-Bilfinger, en cuya casa Nietzsche se había encontrado repetidamente con él, aprendiendo a estimarle como el sólido y concienzudo erudito que fue durante su vida. Vischer había estudiado, asimismo, diez años antes que Nietzsche en Bonn, y tuvo que ser, sin duda, un motivo de satisfacción para ambos intercambiar recuerdos al respecto. Al igual que Nietzsche, Vischer también se matriculó inicialmente en Bonn como teólogo. Cuando en Navidades de 1853 visitó a unos antiguos compañeros de colegio en Göttingen y los encontró entregados al estudio de la filología, bajo la orientación de Karl Friedrich Hermann y Friedrich Wilhelm Schneidewin, y llenos de entusiasmo por esta ciencia, de un entusiasmo que a él, en cualquier caso, le faltaba en sus propios estudios, sintió encenderse dentro de sí una chispa decisiva. De todos modos, no encontró ahí «su» materia. Le encontraría al fin gracias a Georg Waitz al lado de quien se formó como historiador de la Escuela crítica. Tras del doctorado, en 1856, pasó Vischer a enseñar

historia, en 1857, en el Instituto Pedagógico de Basilea. El 13 de octubre contrajo matrimonio con Sofía Catalina Heussler, hija del fabricante Heussler-Thurneysen. Se trataba de familias, todas ellas, a las que Nietzsche se sentía allegado. Tras del nacimiento del primer hijo, Karl Wilhelm, Vischer se trasladó nuevamente con su joven familia a Göttingen, para seguir formándose al lado de Waitz. En 1866 regresó a Basilea, primero como sucesor de F. G. Gerlach en el cargo de director-jefe de la Biblioteca de la Universidad. Siguió en este puesto hasta 1872, enseñando paralelamente Historia desde 1867 en la Universidad como catedrático extraordinario. El 17 de enero de 1874 pasó a catedrático numerario; en 1877 se hizo cargo del Rectorado. Todo esto ocurrió en los años en que Nietzsche participó de la vida de Basilea; asistió, pues, directamente al decurso personal y profesional —y, por tanto, a la problemática— de su colega. Nietzsche supo valorar muy bien lo que esto significaba, es decir, lo que era enseñar historia en una universidad pequeña como la de Basilea al lado de un hombre como Jacob Burckhardt. Vischer supo dominar esta tarea y salir airoso de la prueba separándose conscientemente del camino de Burckhardt, entregado a la Historia Universal, optando, por su parte, al cultivo de la historia de sus patrias menores: Basilea, la Confederación Helvética y la vecina Suabia. También desde un punto de vista metodológico puede decirse que vino a convertirse en el complemento de Burckhardt. Porque si éste utilizaba soberanamente las fuentes de que disponía, Vischer hacía accesibles fuentes y promocionaba ediciones de ellas.

Como era tradición usual e incuestionada en estas familias de Basilea, tanto si se participaba activamente en la vida económica como fabricante, como si se enseñaba en la Universidad local, se estaba a disposición de la colectividad, interviniendo, cuando era preciso, o simplemente conveniente, en los procesos políticos. Wilhelm Vischer actuó en el plano político con el solo objeto de conservar «su» Universidad como institución de la ciudad de Basilea frente a los intentos de los círculos centralistas radicales de hacer de ella una Universidad federal, paralela, por ejemplo, a la Universidad Politécnica Confederal, lo que hubiera acabado por trasladarla a Zürich o Lucerna. Vischer defendía absolutamente la estructura federalista del Estado Federal. «Su heredada sensatez y su particular sentido de la vida digna, gustaban de manifestarse a veces en una magnificencia distinguida, en el apoyo a obras de interés general o en presentes constantes de utilidad, por ejemplo, para la Universidad o para su biblioteca»[111]. Wilhelm Vischer era un político patricio conservador típico. Su acusada y rectilínea personalidad condicionó decisivamente la imagen que Nietzsche se hacía de una «persona distinguida». Nada más auténtico y sincero, por tanto, que lo que escribió a la viuda, Sofía Vischer, en su carta de pésame del 28 de abril[4]: «Tal vez me sea lícito añadir que con él ha quedado asimismo enterrada una parte esencial de mi vida y de mi pasado, en la que no puedo pensar sino con gratitud y complacencia: pertenecía al

grupo de aquellos excelentes colegas de Basilea que en una época de la vida en la que no puede uno aspirar a merecer mucha confianza y que, en el fondo, está aún por «probarse», se dirigieron a mí con una confianza incondicional, ofreciéndome, de palabra y de hecho, toda clase de ayuda, de acuerdo con el modelo de su respetabilísimo y para mí tan querido como inolvidable padre. De la última visita que le hice en Basilea (hace dos años...) aún me llevé y guardé para mí esa impresión de confianza profunda, de una confianza que, si se me permite decirlo, nos inspirábamos *el uno al otro*.»

Reminiscencias de Basilea

Pero también por otras vías hace «Basilea» acto de presencia en este mes de abril en el círculo de intereses de Nietzsche. Lee, por ejemplo, gracias a los buenos oficios de Overbeck, la lección inaugural del nuevo catedrático de Química Fisiológica de la Universidad de Basilea, Gustav von Bunge (1844-1920), un livón de Dorpat, sobre «Vitalismo y mecanicismo». Overbeck hace las siguientes observaciones al respecto: «El autor es un adepto de Schopenhauer y es de suponer que con sus veleidades metafísicas disgustará un tanto a los actuales investigadores de la naturaleza. En su forma actual no dejan de remitir también, por supuesto, al futuro, pero su aplicabilidad no me resulta inteligible. Bunge es, de todos modos..., un hombre original y es posible que su conferencia llegue a interesarte.» Bunge siguió después caminos propios que —a partir, más o menos, de 1900— habrían de alejarle de su ámbito científico originario. Su valiente lucha contra el alcoholismo, llena de significado social y político-sanitario, hizo de él un hombre famoso. Hasta el punto de que, todavía en vida, los círculos intelectuales y políticamente rectores de Basilea le erigieron, en 1915, un monumento en forma de fuente artísticamente construida[263].

Hace llegar a su madre tres números del diario local «Basler Nacrichten» con sendos artículos del propietario rural Vigier, que encuentra, a lo que parece, dignos de atención: «De estudiante estuvo en Berlín, y sus recuerdos del 48 impresionan sobremanera por el contraste. ¡Resulta tan inverosímil que hayamos podido vivir ya *nosotros* situaciones tan contrarias! ¿Quién piensa que nuestro *Reich* alemán vaya a resistir cuarenta años? ¡Hoy todo pasa tan rápidamente!» Suena casi como una cita de Jacob Burckhardt.

Junto a estas reminiscencias de Basilea que irrumpen repentinamente, lo que ocupa de nuevo su atención es un libro francés, «Un crime d'amour», de Paul Bourget, sobre el que escribe a Overbeck el 10 (?) de abril de 1886: «Por fin una nueva obra de 'literatura de cámara', nada apropiado para la masa. Se están dando conferencias sobre ella.» Y acto seguido

recomienda a Overbeck la obra de Julius Lippert «Cristianismo, fe popular, costumbre», «que tiene mucho de mi manera de pensar sobre la religión y un montón de hechos sugestivos».

Con estas ocupaciones va retrasando Nietzsche el traslado a Venecia, que pospone por un presunto peligro de cólera. De todos modos, el 30 de abril llega a Venecia, «tras un par de semanas de penosa inseguridad».

En Venecia

Nietzsche se hospeda en la vivienda vacía de Köselitz, que éste le había ofrecido. Desde otoño de 1885 Köselitz estaba, por su parte, en el Norte, buscando —sin éxito— un teatro dispuesto a representar su obra. Así pues, del 3 de octubre a comienzos de enero de 1886 paró en Viena. Con evidente sensación de fracaso buscó después refugio en la casa paterna, en Annaberg, donde permaneció hasta agosto de 1886, con la excepción de una escapada a Leipzig, del 6 al 20 de junio, organizada por Nietzsche.

Nietzsche necesita de la singular soledad que puede procurarle Venecia sin Köselitz, ya que se siente exhausto. «Había tanto de un orden muy distinto que pensar este invierno, había tanto tan distinto y tan pesado sobre mí», escribe el 7 de mayo desde Venecia a la señora von Seydlitz, «que ni siquiera tuve tiempo para pensar en mí, cosa a la que sus líneas me han invitado del modo más amistoso. Tome Vd. todo esto literalmente, por cómico que le parezca. Pero un hombre como yo se siente tan tenso en su problema —en su 'tarea' habría que decir más bien, ¿no?— como sobre uno de esos hermosos instrumentos antiguos de tortura. Una vez 'superada' la cosa, queda uno *roto* por largo tiempo. Por ejemplo, ahora: un manuscrito con el malévolo título de 'Más allá del bien y del mal' es uno de los resultados del invierno; el otro está aquí en Venecia, yo mismo, más allá tal vez del bien y del mal, pero no del asco, del aburrimiento, de la *malinconia* y del dolor de ojos». Pero tampoco esta vez resiste Nietzsche por mucho tiempo el retraimiento. El 11 de mayo está ya en Munich, no puede encontrarse con los Seydlitz, pero llega a entrevistarse con el director de orquesta Hermann Levi para recomendarle la ópera de Köselitz. Se entera al hacerlo, para su gran alegría, que este famoso director de la música de Wagner es también un decidido entusiasta de Bizet, más incluso que él mismo. Nietzsche no parece, pues, saber ni intuir nada de lo que hacía ya tres buenos años había dejado sentado Levi en su juicio sobre Köselitz: «un músico absolutamente incompetente».

Naumburg-Leipzig

Esta vez Munich era sólo una escala. Desde esta ciudad anuncia a su madre su llegada, calculada para dos días más tarde, el 13 de mayo, a Naumburg. Desde aquí viaja repetidas veces a Leipzig con el fin, en

primer lugar, de clarificar sus problemas editoriales, de hacer algo por su *Maestro Gast*, en segundo, y de encontrarse, por último, con su viejo amigo Erwin Rohde, entregado a su nueva actividad docente. El 13 de mayo constata resignadamente: «La carencia de editor dura ya tres meses, y he resuelto la cosa del mismo modo costoso, pero señorial, del año pasado» (a la hermana), lo que no quiere decir sino que el propio Nietzsche asumía los gastos de edición de su última obra. Sólo que si en el caso del Zaratustra IV hizo, en su día, una tirada limitada, para uso privado, ahora programa una edición de *Más allá del bien y del mal* destinada al comercio librero, recurriendo a C. G. Naumann no sólo como impresor del manuscrito, sino también como editor comisionista, de modo que Naumann venía, en realidad, a pasar de impresor a editor.

El encuentro con Rohde llevó a una decepción mutua. «En Leipzig he asistido a una de las clases de Rohde. También en este caso tuve al final que decirme: 'por hoy ya he tenido intercambio de sobra'. Y Leipzig no es precisamente un lugar de refugio y reposo para mí, eso está claro.» Rohde se sintió igualmente decepcionado por la 'vida espiritual' de su nuevo teatro de operaciones y sacó en seguida las consecuencias. Ya el 20 de junio podía Nietzsche comunicar confidencialmente a Overbeck: «¡No puedes figurarte cómo está Rohde! Le he encontrado del peor de los humores, fuera de sí por la tontería que ha hecho de abandonar Tübingen y totalmente contrariado con Leipzig, de modo que su decisión de poner en marcha su traslado a Heidelberg (cosa que entretanto ha ocurrido ya *formaliter*) no podía parecer sino de lo más razonable, *faute de plus raisonnable*.» (Rohde tampoco se sintió a gusto en Heidelberg. Sufrió por el retroceso, incluso la decadencia, de la filología griega en todas las universidades: un efecto de la euforia materialista de la época guillermina.)

Pero también en el caso de Rohde lo que dejó tras sí este encuentro —tan deseado por parte de Nietzsche, al menos— con el viejo amigo y compañero de polémicas —un encuentro llamado, por otra parte, a ser el último encuentro personal entre ambos tras largos años de separación—, no fue otra cosa que decepción. Más tarde reconocía así a Overbeck[187, 229]: «Una indescriptible atmósfera de extrañamiento, algo que superaba por completo mi capacidad de comprensión y mi medida, le rodeaba. Si por un lado había algo en él que me resultaba desconocido, por otro carecía de mucho de lo que ayer pudo caracterizarle. Como si viniera de un país del que él fuera el único habitante.» Nietzsche debió notar este extrañamiento y debió sufrir también por él. Necesitó, en efecto, un plazo considerable de tiempo —signo siempre de haber recibido una herida profunda— antes de poder hablarle de ello a su fiel Overbeck. Sólo dos meses después, el 14 de julio, vino, en efecto, a escribirle: «En esta atmósfera universitaria degeneran los mejores: como trasfondo y última instancia percibo siempre, incluso en naturalezas como la de Rohde, una maldita ramplonería general y la más absoluta falta de fe en su materia. ¿Quién podría, pues,

comprender a alguien que *diu noctuque incubando* vive desde la primera juventud entre problemas y sólo en ellos encuentra su dolor y su dicha? Richard Wagner... lo hizo: de ahí el alivio que fue Tribschen siempre para mí, en tanto que ahora no tengo lugar ni personas a quienes recurrir en busca de ese solaz y ese consuelo.» Tener fe en la materia propia, vivir entre problemas y con ellos, arder en el dolor y la dicha de lo experimentado, de lo percibido y vislumbrado: no es, ciertamente, la filosofía de Nietzsche, pero sí el filósofo tal y como lo anuncia en «Más allá».

También comenta ahora abiertamente a Overbeck sus decepciones de orden editorial: «De mis negociaciones con todos los posibles editores he sacado finalmente en claro que no me queda más que un camino, que es el que sigo ahora. Intento que vea la luz algo a mi costa: suponiendo que se vendan 300 ejemplares, los gastos quedan cubiertos y el experimento puede eventualmente repetirse. La firma C. G. Naumann pone su muy respetable nombre. Que esto quede entre nosotros. El abandono en que Schmeitzner ha tenido mis cosas es indescriptible: desde hace diez años no se distribuye ejemplar alguno, ni siquiera se envía nada a la crítica; ni un punto de distribución en Leipzig; no digamos ya anuncios. En fin, mis escritos, de «Humano —demasiado humano» en adelante son, dicho brevemente, *anécdota*. Del Zaratustra se han vendido 60-70 ejemplares en cada caso, etc. La explicación de Schmeitzner es siempre la misma: que desde hace diez años ninguno de mis amigos tiene el valor de manifestarse abiertamente a favor mío. Quiere 12.500 marcos por mis escritos.» Sobre las condiciones pactadas a este respecto (nunca puestas, de todos modos, por escrito, y fiadas, simplemente, a la palabra dada), informaría así Naumann el 13 de febrero de 1889 al ser invitado a ello[187]: «Mis acuerdos con el Sr. profesor Nietzsche relativos a la editorial descansan sobre una propuesta verbal. El Sr. profesor Nietzsche me visitó el año 1886, proponiéndome que imprimiera y actuara yo mismo como editor de sus obras, corriendo él con el déficit que pudiera quedar si las ventas no conseguían cubrir los gastos de edición. En el caso de una editorial filosófica, esta última hipótesis es casi obvia, porque aunque el Sr. profesor Nietzsche pueda tener un pequeño grupo de seguidores fieles, éste no es tan nutrido como para garantizar que los gastos de edición de obras de cierta envergadura queden cubiertos; (¿además?), el Sr. profesor Nietzsche enviaba siempre un número excesivamente alto de ejemplares de regalo, que unido al de los ejemplares que había que enviar necesariamente a la crítica, hacía que una edición que de por sí era ya muy reducida quedara notablemente diezmada.

Como derechos de autor sobre ejemplar vendido en librerías quedaba garantizado, por mi parte, al Sr. profesor Nietzsche, el usual 5 por 100; de haber algún superávit, se aplicaría a la edición de obras futuras.»

A comienzos de junio Nietzsche dedica toda su actividad a la promoción de su amigo Heinrich Köselitz. El 5 de junio toma una habitación en

Leipzig, en la Auenstrasse 48 (II), e insta a su protegido a acudir desde Annaberg con un telegrama: «Encuentro muy deseado. ¿Quizá por una semana?» Köselitz está ya en Leipzig al día siguiente y permanece dos semanas, hasta el 20 de junio. El encuentro comenzó con una grata sorpresa para Nietzsche: Köselitz vino con la partitura de su arreglo de la canción de Nietzsche *Oración a la vida*, con la letra que Lou Salomé había puesto en 1882 a la melodía del *Himno a la amistad;* ahora en composición para coro y «música militar», esto es, música armónica (instrumentos de viento). Pensando en su posible ejecución y por creer que era allí donde podía tener las mejores oportunidades, Nietzsche envió la partitura inmediatamente a Zürich, a Friedrich Hegar. Hasta la fecha Hegar se había mantenido siempre muy propicio tanto con él como con Köselitz y disponía, además, de los medios necesarios para la ejecución de la pieza: coro y orquesta. Aunque en este caso estaba en juego el interés de Nietzsche como compositor, lo cierto es que en Leipzig se puso a actuar del modo más desinteresado a favor de Köselitz, dado que «desde que él mismo se ha movido y preocupado por su obra, todo ha quedado empantanado. Por lo menos aquí en Leipzig he conseguido algo: una ejecución privada de la última obra de Köselitz (el septeto) en la que sólo intervienen artistas muy escogidos, las primeras fuerzas de la orquesta local. El éxito fue instructivo, aunque no agradable. La música no sonó bien, demasiado gruesa. Creo que es urgente que Köselitz se decida a vivir en una ciudad genuinamente musical, para oír y aprender en materia de orquestación. En cuanto a su ópera, negocio ahora con Nikisch (sin demasiada esperanza). Köselitz me trajo el texto acabado de la ópera corsa (se llama *Mariana)* que ha compuesto en Annaberg. Pero no he sido capaz de aprobarlo, por estimable que resulte el valor con que se lanzó a la tarea. Dentro de un año aún lo hará mejor.» (A Overbeck, el 20 de junio). También en esto se equivocaría Nietzsche. Todos sus esfuerzos a favor, por y para Köselitz, fueron inútiles. A mediados de junio otra noticia de una muerte golpeó en lo más profundo a Nietzsche, aunque de modo muy diferente a como en el caso de Wilhelm Vischer.

El 13 de junio de 1886 encontró, en efecto, la muerte el rey Luis II de Baviera en el lago Starnberg. Tal vez nadie supiera tanto como Nietzsche, salvo Cosima, el propio Wagner y, en cualquier caso, Hans von Bülow, de lo que este rey había significado directamente para Wagner e indirectamente para el arte alemán y la vida artística europea, y lo que Wagner había significado para él. También en este caso hubiera podido escribir Nietzsche, como a Sofía Vischer, que «con él ha quedado asimismo enterrada una parte esencial de mi vida y de mi pasado.» Nietzsche había vivido en Tribschen todas las tensiones provocadas por las precipitadas ejecuciones de las obras de Wagner que la impaciencia del rey había forzado en Munich, todo cuanto había dado alas, en fin, y había decepcionado también a Wagner, hasta la salvación financiera de la

empresa de Bayreuth por el rey. Nietzsche podía, por tanto, escribir el 20 de junio con toda justificación a Overbeck: «La tragedia bávara me ha conmovido profundamente; sé demasiado sobre sus factores desencadenantes.»

De todos modos, los momentos felices aumentan por estas fechas. Paul Widemann, el amigo de Köselitz y en otro tiempo alumno, como éste, de Nietzsche en Basilea, aprovecha la ocasión de la estancia de Nietzsche en Leipzig y le hace, desde Dresden, una visita de un par de días. Deja a Nietzsche una buena impresión. «Es un hombre capaz, estimable y fino, aunque por el momento su filosofía me parece todavía esencialmente inmadura. Pero un comienzo así no deja de tener su importancia», comunica a Overbeck, a quien también interesaba este asunto, el 20 de junio. También impulsa Nietzsche negociaciones entre los editores Fritzsch y Schmeitzner con vistas a la recuperación de sus obras tempranas. El 21 de junio informa brevemente a la madre sobre la situación: «Schmeitzner quiere 12.000 marcos por mis libros: al Sr. Fritzsch le parece demasiado. Con este propósito el Sr. Schmeitzner viajó hasta aquí del modo más rápido» (esto es, de Chemnitz a Leipzig)[124].

La noche del 27 de junio abandona Nietzsche Leipzig con destino a Sils, embargado por el sentimiento liberador de ser totalmente independiente. Es su propio editor en lo que hace a su nueva obra, que está ya en imprenta y que verá efectivamente la luz el 21 de julio; Köselitz cargó una vez más con la tarea de repasar las pruebas. Transcurridos más de dos años desde la aparición, el 10 de abril de 1884, del Zaratustra III (el Zaratustra IV quedó prácticamente sin editor), irrumpe Nietzsche por fin con un nuevo libro que en la línea de «Aurora» y «La gaya ciencia» sirve a su tarea filosófica, tal y como ahora puede verla claramente ante sí. Con el *Preludio de una filosofía del futuro*, como subtitula su «Más allá», se rotura la vía libre sobre y en la que piensa recoger la cosecha de sus trabajos filosóficos de tantos años. Es como el preludio de una gran ópera al que sigue la acción principal y en el que por primera vez se presentan los temas y motivos, con el aspecto de trabajados y sistematizados en una frase formalmente cerrada —la técnica wagneriana del *leit-motiv* aplicada a la filosofía—. Y quién sabe si dada la vinculación espiritual de Nietzsche a Wagner lo que aquí operaba no era la misma voluntad formal que en la concepción wagneriana del «Anillo» al preludio del 'Oro del Rhin' sigue la trilogía, todo ensamblado por una técnica omnirrecurrente del *leit-motiv*, siendo desarrollados los motivos a partir de *un* acorde fundamental. Vistas así las cosas, «Más allá del bien y del mal» sería 'El oro del Rhin' wagneriano. Pero su acción principal termina con el juego de máscaras del «Crepúsculo de los ídolos».

La obra fundacional

Todas las dudas sobre la justificación de su nueva perspectiva, que aún arrojaban sus sombras sobre todas las partes del Zaratustra, han quedado atrás para Nietzsche. En el nuevo libro irrumpe más autoconsciente y decidido que nunca. Los pensamientos están concebidos del modo más claro y se concentran sobre los problemas más urgentes, sin venir, al mismo tiempo, tan sistematizados como para ofrecer la imagen de rígidas proposiciones de un todo dogmático, algo contra lo que ya en el prólogo, fechado en junio de 1885, tomaba posición del modo más unívoco y vehemente: «Suponiendo que la verdad sea una mujer, ¿cómo?, ¿no está justificada la sospecha de que todos los filósofos, en la medida en que han sido dogmáticos, han entendido poco de mujeres?... Lo cierto es que ella no se ha dejado conquistar: y hoy toda especie de dogmática está ahí en pie, con una actitud de aflicción y desánimo... Hablando en serio, hay buenas razones que abonan la esperanza de que todo dogmatizar en filosofía, aunque se haya presentado como algo muy solemne, muy definitivo y válido, acaso no haya sido más que una noble puerilidad y cosa de principiantes... (como la superstición del alma, la cual, en cuanto superstición del sujeto y superstición del yo, aún no ha dejado de causar daño)... La filosofía de los dogmáticos ha sido, esperémoslo, tan sólo un hacer promesas durante milenios... No seamos ingratos, con ellas, aunque también tengamos que admitir que el peor, el más duradero y peligroso de todos los errores, ha sido hasta ahora un error de dogmáticos, a saber, la invención por Platón del espíritu puro y del bien en sí... Pero la lucha contra Platón o, para decirlo de una manera más inteligible para el 'pueblo', la lucha contra la opresión cristiano-eclesiástica durante siglos —pues el cristianismo es platonismo para el 'pueblo'— ha creado en Europa una magnífica tensión del espíritu...: con un arco tan tenso nosotros podemos tomar ahora como blanco las metas más lejanas. Es cierto que el hombre europeo siente esa tensión como un estado penoso; y ya por dos veces se ha hecho, con gran estilo, el intento de aflojar el arco, la primera, por el jesuitismo, y la segunda, por la ilustración democrática... Mas nosotros, que no somos ni jesuitas, ni demócratas, y ni siquiera suficientemente alemanes; nosotros los *buenos europeos* y espíritus libres, *muy* libres —¡nosotros la tenemos todavía, tenemos la penosidad toda del espíritu y la entera tensión de su arco! Y acaso también la flecha, la tarea y, ¿quién sabe?, incluso el *blanco*...»*.

Nietzsche divide su libro en nueve capítulos, que presenta como «secciones», que no alcanzan la extensión de las «Consideraciones intempes-

* «El Cristianismo es platonismo para el pueblo»; es una evidente paráfrasis del famoso lema «la religión es el opio del pueblo», que se basa en la formulación marxiana de 1843: «la religión... es el opio del pueblo.»[10]

tivas», pero ostentan sus mismos rasgos característicos. La concepción originaria parece, pues, mantenerse en cuanto a los aspectos formales. Pero también a nivel temático enlazan los primeros capítulos con los escritos tempranos, si bien van más allá de ellos, desembocando en perspectivas nuevas o, en cualquier caso, recientemente asentadas. El cuarto capítulo, «Sentencias e interludios», revela su carácter de *intermezzo* ya en el mismo título. En los capítulos 5-8 se centra Nietzsche en sus temas filosóficos básicos de orden ético, estético y teórico-artístico, metafísico y epistemológico. Se anuncia aquí tanto la «Genealogía de la moral» como «El caso Wagner» y la transvaloración de todos los valores. Finalmente Nietzsche se esfuerza por clarificar su propia autoimagen en una especie de «Ecce homo». Nietzsche era demasiado consciente del carácter personalizado y vivencial de su filosofía, de la dependencia de su perspectiva respecto de sus propios contenidos vivenciales, como para que la clarificación de su punto de vista personal y de la perspectiva a él vinculada no le urgiera y abrasara el alma como un postulado de honradez intelectual.

Con esta nueva posición suya, Nietzsche viene a situarse, de modo esencial y radical, más allá de la tradición filosófica anterior, que todo lo percibía bajo el dogma dualista de la oposición de «bueno» y «malo», postulando lo «malo» como realidad espiritual autónoma, en relación de antagonismo con lo «bueno». Nietzsche elimina, como metafísica, la contraposición dios-demonio, y con ella, el fundamento de una moral, metafísicamente anclada, de lo «bueno en sí».

En la *Sección Primera* «De los prejuicios de los filósofos» ataca Nietzsche inmediatamente la base metafísica de la ética (§2): «La creencia básica de los metafísicos es la *creencia en la antítesis de* los valores. Ni siquiera a los más previsores entre ellos se les ocurrió dudar ya aquí en el umbral, donde más necesario era... Pues, en efecto, es lícito poner en duda, en primer término, que existan en absoluto antítesis, y, en segundo término, que esas populares valoraciones y antítesis de valores sobre las cuales los metafísicos han impreso su sello sean algo más que estimaciones superficiales, sean algo más que perspectivas provisionales... acaso... perspectivas de rana... ¡Mas quién quiere preocuparse de tales peligrosos 'quizás'! Hay que aguardar para ello la llegada de un nuevo género de filósofos... Y hablando con toda seriedad: yo veo surgir en el horizonte a esos nuevos filósofos.»

Nietzsche disocia y separa las etiquetas de «bueno» y «malo» respecto de esa «verdad» y esa «mentira» en que vienen ancladas en la tradición filosófica, en la que a menudo son usadas casi como sinónimos (y al hacerlo enlaza con su escrito juvenil). En el parágrafo 4 leemos: «La falsedad de un juicio no es para nosotros ya una objeción contra el mismo... La cuestión está en saber hasta qué punto ese juicio favorece la vida, conserva la vida, conserva la especie, quizá incluso selecciona la especie... Admitir que la no-verdad es condición de la vida: esto significa,

desde luego, enfrentarse de modo peligroso a los sentimientos de valor habituales; y una filosofía que osa hacer esto se coloca, ya sólo con ello, más allá del bien y del mal». (§34): «Que la verdad sea más valiosa que la apariencia, eso no es más que un prejuicio moral; es incluso la hipótesis peor demostrada que hay en el mundo... no existiría vida alguna a no ser sobre la base de apreciaciones y de apariencias perspectivistas... Sí, ¿qué es lo que nos fuerza a suponer que existe una antítesis esencial entre 'verdadero' y 'falso'? ¿No basta con suponer grados de apariencia...? ¿Por qué el mundo que *nos concierne en algo* no iba a ser una ficción? Y a quien aquí pregunte: '¿es que de la ficción no forma parte un autor?', ¿no sería lícito responderle francamente: *por qué?*... ¿Es que no está permitido ser ya un poco irónico contra el sujeto, así como contra el predicado y el complemento? ¿No le sería lícito al filósofo elevarse por encima de la credulidad en la gramática?»

En la *Sección Segunda*, «El espíritu libre», esboza Nietzsche por una vez con detenimiento, y recurriendo a su método indirecto, los rasgos del filósofo de espíritu libre del futuro. Y lo hace anticipando en sus juicios y elaborando incluso, como si fuera ya tal, un catálogo de sus temas. En el esbozo de este filósofo futuro Nietzsche da ya por supuesta su convicción de la existencia de una ordenación natural de rango de los humanos, lo que no deja de ser, en definitiva, una idea propia de la tradición antigua. Aristóteles distingue («Política» I, 4) entre quienes, de acuerdo con su naturaleza, han nacido para señores y caudillos, y quienes lo han hecho para esclavos. Y en «La República» platónica, todo el poder y la función legislativa entera corresponden, absolutamente, a los filósofos. Pero también frente a ello delimita Nietzsche su «espíritu libre», como frente a los «librepensadores» de su época, excesivamente asfixiados todos ellos, para él, en su dogmatismo, esto es, en exceso aferrados a sus «principios». En el §42 escribe: «Un nuevo género de filósofos está apareciendo en el horizonte: yo me atrevo a bautizarlos con un nombre no exento de peligros. Tal como yo los adivino... esos filósofos del futuro podrían ser llamados, con razón, acaso también sin razón, *tentadores*. Este nombre mismo es, en última instancia, sólo una tentativa y, si se quiere, una tentación.» Y en el §43: «¿Son, esos filósofos venideros, nuevos amigos de la 'verdad'?... Con toda seguridad no serán dogmáticos. A su orgullo, también a su gusto, tiene que repugnarles el que su verdad deba seguir siendo una verdad para cualquiera... Mi juicio es mi juicio: no es fácil que también otro tenga derecho a él... Hay que apartar de nosotros el mal gusto de querer coincidir con muchos... En última instancia, las cosas tienen que ser tal como son y tal como han sido siempre: las grandes cosas están reservadas para los grandes; los abismos, para los profundos, y las delicadezas y estremecimientos, para los sutiles, y, en general, y dicho brevemente, todo lo raro, para los raros.» Y en el §44: «¿Necesito decir expresamente, después de todo esto, que esos filósofos del futuro serán

también espíritus libres, *muy* libres... con la misma seguridad con que no serán tampoco meros espíritus libres, sino algo más, algo más elevado, más grande y más radicalmente distinto, que no quiere que se lo malentienda ni confunda con otras cosas? Pero al decir esto siento... el *deber* de disipar y alejar conjuntamente de nosotros un viejo y estúpido prejuicio... En todos los países de Europa... hay ahora gente que abusa de ese nombre, una especie de espíritus muy estrecha, muy prisionera, muy encadenada... *niveladores* es lo que son esos falsamente llamados 'espíritus libres'... como esclavos elocuentes y plumíferos que son del gusto democrático y de sus 'ideas modernas': todos ellos, hombres carentes de soledad... torpes y bravos mozos... que son, cabalmente, gente no libre y ridículamente superficial, sobre todo en su tendencia básica a considerar que las formas de la vieja sociedad existente hasta hoy son más o menos la causa de *toda* miseria y fracaso humanos... A lo que ellos querrían aspirar con todas sus fuerzas es a la universal y verde felicidad-prado del rebaño... y el sufrimiento mismo es considerado por ellos como algo que hay que *eliminar*. Nosotros los opuestos a ellos, que hemos abierto nuestros *ojos* y nuestra conciencia al problema de en qué lugar y de qué modo la planta 'hombre' ha venido hasta hoy creciendo de la manera más vigorosa hasta la altura, opinamos que esto ha ocurrido siempre en condiciones opuestas; opinamos que, para que esto se realizase, la peligrosidad de su situación tuvo que aumentar antes de manera gigantesca, que... su 'espíritu' tuvo que desarrollarse... hasta convertirse en algo sutil y temerario, que su voluntad de vida tuvo que intensificarse hasta llegar a la voluntad incondicional de poder, nosotros... nos encontramos en el polo *opuesto* de toda ideología moderna y de todos los deseos gregarios... Y en lo que se refiere a la peligrosa fórmula 'más allá del bien y del mal' con la cual evitamos al menos ser confundidos con otros: nosotros *somos* algo distinto de los *libres-penseurs*, *liberi pensatori*, *Freidenker* (librepensadores), o como les guste denominarse a todos esos bravos defensores de las 'ideas modernas'.»

La *Sección tercera*, «El ser religioso», se dirige fundamentalmente contra el cristianismo; en algunas de sus partes se percibe, de todos modos, a Platón como contrincante, como quedó ya anunciado en el prólogo, y tiende, asimismo, un puente entre las correspondientes secciones de «La gaya ciencia» y el posterior «Anticristo»: «La fe, tal como el primer cristianismo la exigió y no raras veces la alcanzó... esa fe no es aquella cándida y ceñuda fe de súbditos con la cual se apegaron a su dios y a su cristianismo, por ejemplo, un Lutero o un Cromwell o cualquier otro nórdico bárbaro del espíritu; antes bien, era ya aquella fe de Pascal, que se parece de manera horrible a un continuo suicidio de la razón... La fe cristiana es, desde el principio, sacrificio: sacrificio de toda libertad, de todo orgullo, de toda autocerteza del espíritu; a la vez, sometimiento y escarnio de sí mismo, mutilación de sí mismo. Hay crueldad y hay fenicismo religioso en esa fe... su presupuesto es que la sumisión del espíritu *procede un dolor* indes-

criptible... los hombres modernos, con su embotamiento para toda la nomenclatura cristiana, no sienten ya la horrorosa superlatividad que había, para un gusto antiguo, en la paradoja de la fórmula 'Dios en la cruz'. Nunca ni en ningún lugar había existido hasta ese momento una audacia igual en dar la vuelta a las cosas... como la de esa fórmula: ella prometía una transvaloración de todos los valores antiguos. El Oriente, el Oriente *profundo*, el esclavo oriental fueron los que de esa manera se vengaron de Roma y de su aristocrática y frívola tolerancia, del 'catolicismo' romano de la fe.» Y en el § 47: «No hay tipo alguno (como el del hombre religioso) en torno al cual haya proliferado hasta hoy tal multitud de absurdos y supersticiones... ¿Cómo es *posible* la negación de la voluntad? ¿Cómo es posible el santo? Esta parece haber sido realmente la pregunta gracias a la cual Schopenhauer se hizo filósofo y por la que comenzó. Y de este modo fue una consecuencia genuinamente schopenhaueriana el hecho de que su partidario más convencido..., es decir, Richard Wagner, finalizase justamente aquí la obra de toda su vida... si se pregunta, sin embargo, qué es en realidad lo que en el fenómeno entero del santo ha resultado tan irresistiblemente interesante a los hombres de toda índole y de todo tiempo, también a los filósofos: eso es, sin ninguna duda, la apariencia de milagro que lleva consigo, es decir, la apariencia de una inmediata *sucesión de antítesis*... que de un 'hombre malo' surgía de repente un 'santo', un hombre bueno».

En el § 51 remite Nietzsche a otro efecto de lo santo: «Hasta ahora los hombres más poderosos han venido inclinándose con respeto ante el santo... presentían en él —y, por así decirlo, detrás del signo de interrogación de su apariencia frágil y miserable— la fuerza superior que quería ponerse a prueba a sí misma en ese vencimiento, la fortaleza de la voluntad, en la que ellos reconocían y sabían venerar su propia fortaleza y su propio placer de señores... Los poderosos del mundo aprendían un nuevo temor en presencia del santo, presentían un nuevo poder, un enemigo extraño, todavía no sojuzgado: la 'voluntad de poder' era la que los obligaba a detenerse delante del santo. Tenían que interrogarle.»

Nietzsche deja claro que sus reservas al cristianismo se limitan a su núcleo genuino, el Nuevo Testamento (§52): «en el Antiguo Testamento judío, que es el libro de la justicia divina, hombres, cosas y discursos poseen un estilo tan grandioso que las escrituras griegas e indias no tienen nada que añadir a su lado. Con terror y respeto nos detenemos ante ese inmenso residuo de lo que el hombre fue en otro tiempo... el gusto por el Antiguo Testamento es una piedra de toque en lo referente a lo 'grande' y lo 'pequeño': tal vez ese hombre (el hombre culto de hoy, incluido el cristiano del crstianismo culto) seguirá pensando que el Nuevo Testamento, el libro de la gracia, es más conforme a su corazón (hay en él mucho del genuino olor tierno y sofocante que exhalan los rezadores y las almas pequeñas). El haber encuadernado este Nuevo Testamento, que es una

especie de rococó del gusto en todos los sentidos, junto con el Antiguo Testamento, formando *un solo* libro llamado la 'Biblia', el 'Libro en sí': quizá sea ésa la máxima temeridad y el máximo 'pecado contra el espíritu' que la Europa literaria tenga sobre su conciencia.»

A ello añade todavía el filólogo Nietzsche en la *Sección cuarta* §121: «constituye una fineza el que Dios aprendiese griego cuando quiso hacerse escritor, y el que no lo aprendiese mejor.»

Con espíritu de dura confrontación eleva Nietzsche a conciencia las consecuencias destructivas, para las propias religiones, de esa disponibilidad al sacrificio tan insistentemente cultivada y propugnada por ellas (§55): «En otro tiempo la gente sacrificaba a su dios seres humanos, acaso precisamente aquellos a quienes más amaba.... Después, en la época moral de la Humanidad... los instintos más fuertes... la naturaleza propia... finalmente, ¿qué quedaba todavía por sacrificar?... ¿no tenía que sacrificar (la gente) a Dios mismo y, por crueldad contra sí, adorar la piedra, la estupidez, la fuerza de la gravedad, el destino, la nada? Sacrificar a Dios por la nada... este misterio paradójico de la crueldad suprema ha quedado reservado a la generación que precisamente ahora surge en el horizonte...»

Finalmente Nietzsche sopesa, comparándolos y confrontándolos entre sí, los inconvenientes y las ventajas de las religiones (§61): «El filósofo, entendido en el sentido en que lo entendemos *nosotros*..., como el hombre que tiene la responsabilidad más amplia de todas, que considera asunto de su conciencia el desarrollo integral del hombre: ese filósofo se servirá de las religiones para su obra de selección y educación, de igual modo que se servirá de las situaciones políticas y económicas existentes en cada caso... la religión puede, pues, ser utilizada incluso como medio de procurarse calma frente al ruido y las dificultades que el modo *más grosero* de gobernar entraña, así como limpieza frente a la *necesaria* suciedad de todo hacer-política. Así lo entendieron, por ejemplo, los bramanes: con la ayuda de una organización religiosa se atribuyeron a sí mismos el poder de designarle al pueblo sus reyes, mientras que ellos mismos se mantenían y se sentían aparte y fuera, como hombres destinados a tareas más superiores y elevadas... Ascetismo y puritanismo son medios casi ineludibles de educación y ennoblecimiento cuando una raza quiere triunfar de su procedencia plebeya y trabaja por elevarse hacia el futuro dominio... a los hombres ordinarios... la religión les proporciona el don inestimable de sentirse contentos con su situación y su modo de ser, una múltiple paz del corazón... la religión y el significado religioso de la vida lanzan un rayo de sol sobre tales hombres siempre atormentados, y les hacen soportable incluso su propio aspecto... quizá no exista, ni en el cristianismo ni en el budismo, cosa más digna de respeto que su arte de enseñar aun a los más bajos a integrarse, por piedad, en un aparente orden superior de las cosas y, con ello, a seguir estando contentos con el orden real...»

En el §62 escribe: «Por último, ciertamente, para mostrar también la

contrapartida mala de tales religiones y sacar a la luz su inquietante peligrosidad: es caro y terrible el precio que se paga siempre que las religiones *no* están en manos del filósofo, como medios de selección y de educación, sino que son ellas las que gobiernan por sí mismas y de manera *soberana*... en el balance total... las religiones soberanas cuéntanse entre las causas principales que han mantenido el tipo 'hombre' en un nivel bastante bajo, han conservado demasiado de *aquello que debía perecer*. Hay que agradecerles algo inestimable... todo lo que los 'hombres de iglesia' del cristianismo, por ejemplo, han hecho hasta ahora por Europa. Sin embargo... cuando atraían hacia los monasterios y penitenciarías anímicas, alejándolos así de la sociedad, a los interiormente destruidos y a los que se volvían salvajes: ¿qué tenían que hacer, además, para trabajar con una conciencia tan radicalmente tranquila... en el *empeoramiento de la raza europea...?* ¿No parece, en efecto, que durante dieciocho siglos ha dominado sobre Europa *una sola* voluntad, la de convertir al hombre en un *aborto sublime?*... tales son los hombres que han dominado hasta ahora, con su 'igualdad ante Dios', el destino de Europa, hasta que acabó formándose una especie empequeñecida, casi ridícula, un animal de rebaño, un ser dócil, enfermizo y mediocre: el europeo de hoy...»

Con la *Sección quinta* «Para la historia natural de la moral» enlaza Nietzsche con la época de «Humano —demasiado humano», con las conversaciones con Paul Rée en Sorrento, si bien para llegar aquí mucho más lejos de lo representado por aquel punto de vista. Nietzsche echa en cara a la entera filosofía moral del pasado que si bien se preocupó, sin duda, por la génesis, origen y desarrollo de la moral, bien a partir de la «ley divina», bien a partir del «imperativo categórico», desatendió, sin embargo, absolutamente la moral como problema, su esencia en cuanto tal.

§186: «El sentimiento moral es ahora en Europa tan sutil, tardío, multiforme, excitable, refinado, como todavía joven, incipiente, torpe y groseramente desmañada es la 'ciencia de la moral'... qué es *lo que* aquí necesitamos todavía por mucho tiempo... recogida de material, formulación y clasificación conceptuales de un inmenso reino de delicados sentimientos y diferenciaciones de valor... como preparación de una *tipología* de la moral... con una envarada seriedad que hace reír, los filósofos en su totalidad han exigido de sí mismos, desde el momento en que se ocuparon de la moral como ciencia, algo mucho más elevado, más pretencioso, más solemne: han querido la *fundamentación* de la moral. Y todo filósofo ha creído hasta ahora haber fundamentado la moral; la moral misma, sin embargo, era considerada como 'dada'... Lo que los filósofos llamaban 'fundamentación de la moral', exigiéndose a sí mismos realizarla, era tan sólo, si se lo mira a su verdadera luz, una forma docta de la *creencia* candorosa en la moral dominante, un nuevo medio de *expresión* de ésta...»

Como esencia de la moral, como naturaleza de la misma, reconoce Nietzsche su severidad, su inflexibilidad, su ejercitación y funcionamiento

a lo largo de extensos periodos de tiempo, el estrechamiento de la perspectiva (o lo que es igual, la estupidez relativa) con vistas a la doma y disciplinamiento de los seres humanos en un determinado sentido. Una moral «vuelta a la naturaleza» en el sentido de dejar libre curso a los llamados «impulsos naturales» choca contra la naturaleza de la moral. §188: «En contraposición al *laisser aller*, toda moral es una tiranía contra la 'naturaleza', también contra la 'razón': esto no constituye aún, sin embargo, una objeción contra ella, pues para esto habría que volver a decretar, sobre la base de alguna moral, que no está permitida ninguna especie de tiranía ni de sinrazón. Lo esencial e inestimable en toda moral consiste en que es una coacción prolongada... recuérdese bajo qué coacción ha adquirido toda lengua hasta ahora vigor y libertad, la coacción métrica, la tiranía de la rima y del ritmo... No es poca la probabilidad de que precisamente esto sea 'naturaleza' y 'natural', ¡y *no* aquel *laisser aller!* Todo artista sabe que su estado 'más natural', esto es, su libertad para ordenar, establecer, disponer, configurar en los instantes de 'inspiración', está muy lejos del sentimiento del dejarse ir, y que justo en tales instantes él obedece de modo muy riguroso y sutil mil leyes diferentes... Lo esencial 'en el cielo y en la tierra' es, según parece, repitámoslo, el *obedecer* durante mucho tiempo y en *una única* dirección: con esto se obtiene y se ha obtenido siempre, a la larga, algo por lo cual merece la pena vivir en la tierra, por ejemplo, virtud, arte, música, baile, razón, espiritualidad... algo transfigurador, loco y divino... Aunque admitimos que aquí tuvo asimismo que quedar oprimida, ahogada y corrompida una cantidad grande e irreemplazable de fuerza y de espíritu (pues aquí, como en todas partes, 'la naturaleza' se muestra tal cual es, con toda su magnificencia pródiga e *indiferente*, la cual nos subleva, pero es aristocrática)... Esta tiranía, está arbitrariedad, esta rigurosa y grandiosa estupidez son las que han *educado* el espíritu; al parecer es la esclavitud, entendida en sentido bastante grosero y asimismo en sentido bastante sutil, el medio indispensable también de la disciplina y la selección espirituales». Y en el § 198 «Todas esas morales que se dirigen a la persona individual para procurarle su 'felicidad', según se dice, qué otra cosa son más que propuestas de comportamiento en relación con el grado de *peligrosidad* en que la persona individual vive a causa de sí misma; recetas contra sus pasiones, sus inclinaciones buenas y malas, dado que éstas tienen voluntad de poder y quisieran desempeñar el papel de señor.»

Nietzsche ve como «historia natural de la moral», como naturaleza suya, su rigidez, pero también su condición de instrumento en manos del que manda —también de un instinto de mando— para hacer que prevalezca una voluntad poderosa. En cuanto a lo *que* prevalezca como tal, su enjuiciamiento no corresponde ya metódicamente a la determinación esencial de la moral, sino a la clasificación de lo ambicionado e imperativo. Y aquí pasa a detenerse Nietzsche con su dura crítica en las valoraciones

vigentes en la época. §203: «¿Adónde tendremos que acudir *nosotros* con nuestras esperanzas? *A nuevos filósofos*, no queda otra elección; a espíritus lo suficientemente fuertes y originarios como para empujar hacia valoraciones contrapuestas y para transvalorar, para invertir 'valores eternos'... Para esto será necesario en cierto momento una nueva especie de filósofos y de hombres de mando, cuya imagen hará que todos los espíritus ocultos, terribles y benévolos que en la tierra han existido aparezcan pálidos y enanos... Existen pocos dolores tan agudos como el haber visto, el haber adivinado, el haber sentido alguna vez cómo un hombre extraordinario se apartaba de su senda y degeneraba» (Nietzsche apunta, sin duda, a Wagner)..., «pero quien posee el raro ojo que permite ver el peligro global de que 'el hombre' mismo *degenere*, quien, como nosotros, ha conocido la monstruosa casualidad que hasta ahora ha jugado su juego en lo que respecta al futuro del hombre —¡un juego en el que no intervenía ninguna mano y ni siquiera un 'dedo de Dios'!» (alusión a Epicuro), «quien adivina la fatalidad que se oculta en la idiota inocuidad y credulidad de las 'ideas modernas», y más aún en toda la moral europeo-cristiana: ése padece una ansiedad con la que ninguna otra es comparable... La *degeneración global del hombre*, hasta rebajarse a aquello que hoy les parece a los cretinos y majaderos socialistas su 'hombre del futuro', —¡su ideal!— esa degeneración y empequeñecimiento del hombre en completo animal de rebaño (o, como ellos dicen, en hombre de la 'sociedad libre'), esa animalización del hombre hasta convertirse en animal enano dotado de igualdad de derechos y exigencias son *posibles*, ¡no hay duda! Quien ha pensado alguna vez hasta el final esa posibilidad conoce una náusea más que los demás hombres, ¡y tal vez una nueva tarea!»

En la Sección Sexta, «Nosotros los doctos»,

Nietzsche se ocupa de este filósofo venidero y hace ver, ante todo, que pertenece al «futuro» y no al «presente»[204]. «A riesgo de que el moralizar manifieste ser también aquí lo que siempre ha sido —a saber, un intrépido *montrer ses plaies*, según Balzac—, yo me atrevería a oponerme a un indebido y pernicioso desplazamiento de rango que hoy... amenaza con establecerse entre la ciencia y la filosofía... La declaración de independencia del hombre científico, su emancipación de la filosofía, constituye una de las repercusiones más sutiles del orden y desorden democrático: por todas partes la autoglorificación y autoexaltación del docto encuéntranse hoy en pleno florecimiento y en su mejor primavera... '¡Nada de dueños!', eso es lo que quiere también aquí el instinto del hombre plebeyo; y después de que la ciencia se ha liberado, con el más feliz éxito, de la teología, de la cual fue 'sierva' durante mucho tiempo, aspira ahora con completa altanería e insensatez a dictar leyes a la filosofía y a representar ella por su parte el papel de 'señor', ¡qué digo!, de *filósofos*...» Nietzsche

previene enérgicamente ante el predominio de los tecnócratas y sociólogos, para quienes está permitido cuanto resulta factible, sin fijación moral de objetivos ni restricción alguna en orden a una moral rigurosa. Y pregunta por lo que «de modo tan absolutamente radical ha dañado el respeto a la filosofía y abierto las puertas al instinto del hombre de la plebe. Confesémonos, pues, hasta qué punto le falta a nuestro mundo moderno la especie entera de los Heráclitos, Platones, Empédocles y como se hayan denominado todos esos regios y magníficos eremitas del espíritu; y con cuanta razón, a la vista de los representantes de la filosofía que hoy, gracias a la moda, están tanto por encima como por debajo... por ejemplo... el anarquista Eugen Dühring y el amalgamista Eduard von Hartmann, le es lícito a un honesto hombre de ciencia sentirse de una especie y una ascendencia mejores. Es en especial el espectáculo de esos filósofos del revoltijo que a sí mismos se denominan 'filósofos de la realidad' o 'positivistas' el que consigue introducir una peligrosa desconfianza en el alma de un docto joven, ambicioso». Y en el §205: «Los peligros que amenazan al desarrollo del filósofo son hoy en verdad tan múltiples que se dudaría de que ese fruto pueda llegar aún en absoluto a madurar. La extensión de las ciencias, la torre construida por ellas, han crecido de modo tan gigantesco, con lo cual ha aumentado también la probabilidad de que el filósofo se canse ya mientras aprende o se deje retener en un lugar cualquiera y 'especializarse'... De hecho, durante largo tiempo la multitud no ha comprendido al filósofo y lo ha confundido con otros, bien con el hombre científico y con el docto ideal, bien con el iluso y ebrio de Dios, religiosamente elevado, desensualizado, 'desmundanizado'. §211: «Insisto en que se deje, por fin, de confundir a los obreros filosóficos y, en general, a los hombres científicos con los filósofos... Pero los auténticos filósofos son hombres que dan órdenes y legislan: dicen 'así debe ser', son ellos los que determinan el 'hacia dónde' y el 'para qué' del ser humano... Su 'conocer' es crear, su crear es legislar, su voluntad de verdad es voluntad de poder.» §213: «Lo que un filósofo es, eso resulta difícil de aprender, pues no se puede enseñar: hay que 'saberlo', por experiencia —o se debe tener el orgullo de no saberlo—. Para entrar en un mundo elevado hay que haber nacido, o dicho con más claridad, hay que haber sido criado para él: derecho a la filosofía —tomando esta palabra en el sentido grande— sólo se tiene gracias a la ascendencia... Muchas generaciones tienen que haber trabajado anticipadamente para que surja el filósofo; cada una de sus virtudes tiene que haber sido adquirida... la soberanía de las miradas dominadoras, de las miradas hacia abajo, el sentirse a sí mismo separado de la multitud y de sus deberes y virtudes, el afable proteger y defender aquello que es malentendido y calumniado, ya sea Dios, ya sea el demonio, el placer y la ejercitación en la gran justicia, el arte de mandar, la amplitud de la voluntad, el ojo lento, que raras veces admira, raras veces mira hacia arriba, raras veces ama...»

Y sin solución de continuidad avanza, desde este nivel de su argumentación a la

Sección Séptima: «Nuestras virtudes»

§214: «¿Nuestras virtudes? —Es probable que también nosotros sigamos teniendo nuestras virtudes, aunque, como es obvio, no serán aquellas candorosas y macizas virtudes en razón de las cuales honramos a nuestros abuelos, pero también los mantenemos un poco distanciados de nosotros. Nosotros, los europeos de pasado mañana, nosotros primicias del siglo XX... si es que debemos tener virtudes, tendremos, presumiblemente, sólo aquellas que hayan aprendido a armonizarse de manera óptima con nuestras inclinaciones más secretas e íntimas, con nuestras necesidades más ardientes: ¡bien, busquémoslas de una vez en nuestros laberintos!» Estas virtudes del filósofo —del hombre superior— no descansan sobre los prejuicios morales, porque (§219) «el juicio y la condena morales constituyen la venganza favorita de los hombres espiritualmente limitados contra quienes no lo son tanto, y también una especie de compensación por el hecho de haber sido mal dotados por la Naturaleza, y, en fin, una ocasión de adquirir espíritu y volverse sutiles: la maldad espiritualizada». Nuevamente recurre Nietzsche a la técnica de la imagen negativa, de las imágenes de contraste, señalando, estigmatizando, lo que *no* pueden ser las virtudes de los filósofos (al modo, pongamos por caso, de una «teología negativa»): «moral no egoísta» (§221), «compasión» (§222), «la ciencia histórica, como guardarropa de disfraces a los que recurrir para, enfundándose en ellos, 'ser' algo» (§223), el «sentido histórico» (§224) y (§225) «todos esos modos de pensar que miden el valor de las cosas por el *placer* y el *sufrimiento* que producen, esto es, por estados concomitantes y cosas accesorias». Son «ingenuidades y modos superficiales de pensar, a los cuales no dejará de mirar con burla, y también con compasión, todo aquel que se sepa poseedor de fuerzas configuradoras y de una conciencia de artista... El bienestar, tal como vosotros lo entendéis —¡eso no es, desde luego, una meta, eso a nosotros nos parece un final!—. La disciplina del sufrimiento, del gran sufrimiento —¿no sabéis que únicamente esa disciplina es la que ha creado hasta ahora todas las elevaciones del hombre?—. Aquella tensión del alma en la infelicidad, que es la que le inculca su fortaleza, los estremecimientos del alma ante el espectáculo de la gran ruina, su inventiva y valentía en el soportar, perseverar, interpretar, aprovechar la desgracia, así como toda la profundidad, misterio, máscara, espíritu, argucia, grandeza que le han sido donados al alma: ¿no le han sido donados bajo sufrimientos, bajo la disciplina del gran sufrimiento?... Hay problemas más altos que todos los problemas del placer, del sufrimiento y de la compasión; y toda filosofía que no aboque a ellos es una ingenuidad». En la

Sección Octava: «Pueblos y patrias»

pasa Nietzsche a ocuparse de uno de los temas que por estas fechas más intensamente reclamaban su atención.

Investiga la fuerza espiritual de cuatro pueblos europeos, su capacidad de oponerse a la «locura de las nacionalidades», que por aquellas fechas parecía atravesar una fase ascendente, su capacidad, en fin, de oponerse a la autodestrucción de Europa y de coadyuvar a la educación de ese «europeo» que, por su parte, postulaba y al que veía venir de modo imparable en el siglo xx. Pero Nietzsche no apuntaba precisamente a una Europa unida políticamente, que no habría representado más que un nuevo «nacionalismo» europeo, un nacionalismo sobre una base más amplia, sino a una fuerza espiritual, a un espacio cultural creador de sentido, indicador, en una palabra, de un camino. Desde esta perspectiva Nietzsche ilumina y clarifica «sus» alemanes, franceses, ingleses —y judíos—. Y porque «Europa» vale para él, ante todo, como un espacio cultural, la mide en orden a sus rendimientos en filosofía, literatura y, sobre todo, música. Nietzsche comienza, en consecuencia, el capítulo (§240) con una brillante caracterización de la obertura de «Los maestros cantores» de Wagner —la más brillante, tal vez, de las suyas—, extrayendo de ello una caracterización llena de colorido de «los alemanes»: «Vistas las cosas en conjunto, no hay aquí belleza, ni sur, ni la meridional y fina luminosidad del cielo, ni gracia, ni baile, ni apenas voluntad de lógica; incluso hay cierta torpeza..., un aderezo pesado..., un centelleo de preciosidades y recamados doctos y venerables; una cosa alemana, en el mejor y el peor sentido de la palabra..., una cierta potencialidad y sobreplenitud alemanas del alma..., un exacto y auténtico signo característico del alma alemana, que es a la vez joven y senil, extraordinariamente madura y extraordinariamente rica todavía de futuro. Esta especie de música es la que mejor expresa lo que yo pienso de los alemanes: son de anteayer y de pasado mañana —aún no tienen hoy»—. Más que a sus poetas y filósofos, Kant, Hegel y, naturalmente, Schopenhauer (el más próximo a él), Nietzsche se refiere a la situación y posibilidades, que expone y sopesa, de los alemanes en lo que afecta a sus músicos, ante todo Wagner, pero también Mozart, Beethoven y Schumann (§245): «Los 'viejos y buenos tiempos' han pasado, con Mozart entonaron su última canción: —qué felices somos por el hecho de que su rococó nos continúe hablando... ¡Ay, alguna vez esto habrá pasado! —¡más quién dudaría de que antes aún habrá desaparecido la capacidad de entender y saborear a Beethoven! — el cual no fue, en efecto, más que el acorde final de una transición estilística y de una ruptura de estilo... sobre su música se extiende esa crepuscular luz propia del eterno perder y del eterno y errabundo abrigar esperanzas —la misma luz en que Europa estaba bañada cuando, con Rousseau, había soñado, cuando bailó alrededor del árbol de la libertad de la Revolución y, por fin,

casi adoró a Napoleón... ¡qué extraña suena a nuestro oído la lengua de aquellos Rousseau, Schiller, Shelley, Byron, en los cuales, juntos, encontró su camino hacia la palabra el mismo destino de Europa que en Beethoven había sabido cantar! —la música alemana que vino después forma parte del romanticismo... un movimiento que, en un cálculo histórico, es aún más corto, aún más fugaz, aún más superficial... Weber: ¡qué son para nosotros hoy «El cazador furtivo» y «Oberon!» ¡O «Hans Heiling» y «El vampiro», de Marschner! ¡E incluso el «Tannhäuser», de Wagner! Es esta una música que ha ido dejando de sonar, si bien todavía no está olvidada».

Que la literatura alemana le hace *sufrir*, es cosa que Nietzsche revela con la siguiente queja: (§246): «¡Qué tortura son los libros escritos en alemán para quien dispone de un tercer oído! ¡Con qué repugnancia se detiene éste junto a ese pantano, que, lentamente, va dándose la vuelta, de acordes carentes de armonía, de ritmos sin baile, que entre alemanes se llama un 'libro'!» §247: «Que el estilo alemán tiene que ver muy poco con la armonía y con los oídos muéstralo el hecho de que justo nuestros buenos músicos escriben mal. El alemán no lee en voz alta, no lee para el oído... El hombre antiguo, cuando leía..., lo que hacía era recitarse algo a sí mismo, y, desde luego, en voz alta..., esto quiere decir, con todas las hinchazones, inflexiones, cambios de tono y variaciones de *tempo* en que se complacía el mundo público de la Antigüedad... Tal como lo entendían los antiguos, un periodo es, en primer término, un todo fisiológico, en la medida en que está contenido en una sola respiración... Nosotros no tenemos propiamente ningún derecho al gran periodo, nosotros los modernos, nosotros los hombres de aliento corto en todos los sentidos... En Alemania... no ha habido propiamente más que un único género de oratoria pública y más o menos conforme a las reglas del arte: la que se hacía desde el púlpito... La obra maestra de la prosa alemana es, por ello, obviamente, la obra maestra de su máximo predicador: la *Biblia* ha sido hasta ahora el mejor libro alemán. Comparado con la Biblia de Lutero, casi todo lo demás es sólo 'literatura' —cosa ésta que no es en Alemania donde ha crecido y que por ello tampoco ha arraigado ni arraiga en los corazones alemanes: como lo ha hecho la Biblia.»

Frente a ello Nietzsche no se cansa nunca de alabar las ventajas de la literatura francesa —y la música de su Georges Bizet. §254: «Tres son, sin embargo, las cosas que los franceses pueden hoy mostrar con orgullo, como herencia y patrimonio suyos y como indeleble señal de una vieja superioridad de cultura sobre Europa... En primer lugar, la capacidad de sentir pasiones artísticas, de entregarse a la 'forma', capacidad para designar la cual se ha inventado, junto a otras mil, la frase *l'art pour l'art*: esto es algo que no ha faltado en Francia desde hace tres siglos y que ha posibilitado, una y otra vez, gracias al respeto al 'número pequeño', una especie de música de cámara de la literatura, que en vano se busca en el resto de Europa—. Lo segundo sobre lo que los franceses pueden fundar

una superioridad sobre Europa es su antigua y compleja cultura moralista, la cual hace que, hablando en general, incluso en pequeños *romanciers* de los periódicos y en ocasionales *boulevardiers de Paris* se encuentre una excitabilidad y una curiosidad psicológicas de las que en Alemania, por ejemplo, no se tiene la menor idea... Hay todavía un tercer título de superioridad: en la esencia de los franceses se da una síntesis, lograda a medias, entre el norte y el sur... que un inglés no comprenderá jamás: su temperamento, que periódicamente se vuelve hacia el sur y se aleja de él... presérvalos del horrible claroscuro del norte y de los espectros conceptuales y la anemia debidos a la falta de sol—, nuestra enfermedad alemana del gusto, contra cuyo exceso se ha recetado por el momento, con gran decisión, sangre y hierro, quiero decir, la 'gran política'... Para los mediterráneos natos, para los 'buenos europeos' —para ellos ha escrito su música Bizet, ese último genio que ha visto una belleza y una seducción nuevas—, que ha descubierto un fragmento del sur de la música».

Nietzsche pasa por encima de la filosofía francesa con paso rápido —con la sola excepción de los moralistas—; respecto de la inglesa, ni siquiera eso. En los ingleses de su tiempo no encuentra literatura digna de ese nombre (ha «superado» a Byron y Shelley), ni tampoco música capaz de interesarle. Le resultan, en consecuencia, de todo punto extraños; no los «vive». Y con su filosofía están en un campo muy distinto. Era la vieja contraposición entre la «filosofía natural jonia» (Tales y sus sucesores) y las escuelas italianas, centradas más bien en cuestiones de ética y de «dialéctica», de los pitagóricos y los eleatas, tal como Nietzsche los conocía ya de Diógenes Laercio (Proemio 18), la que operaba en su relación con la filosofía inglesa, fundamentalmente empirista. Las definiciones de Diógenes Laercio —«La parte (el ámbito) de la física trata del cosmos y de lo que hay en él; la ética, del bios (del modo de vida) y de lo que nos afecta; la dialéctica procura los conceptos de ambos»* —engloban, pues, lógica, teoría del conocimiento y metafísica. El antiguo concepto de «dialéctica» es muy distinto del moderno, basado en Hegel. Está claro donde se sitúa Nietzsche: en la tradición de los éticos y «dialécticos», en la serie de Parménides-Platón-Aristóteles-Kant-Hegel-Schopenhauer. Y también contra quién está: contra los «jonios», con los que identifica a los ingleses. §252: «No son una raza filosófica —esos ingleses: Bacon significa un atentado contra el espíritu filosófico en cuanto tal; Hobbes, Hume y Locke, un envilecimiento y devaluación del concepto 'filosófico' por más de un siglo. Contra Hume se levantó y alzó Kant; de Locke le fue lícito a Schelling decir: *je meprise Locke;* en la lucha contra la cretinización anglomecanicista del mundo estuvieron acordes Hegel y Schopenhauer (con Goethe)... Qué falta y qué ha faltado siempre en Inglaterra sabíalo bastante bien aquel semicomediante y rector, aquella insulsa cabeza revuelta que

* τὸ ἀμφοτέρων τοὺς λόγους πρεσβεῦον.

era Carlyle, el cual trataba de ocultar bajo muecas apasionadas lo que él sabía de sí mismo: a saber, qué era lo que le fataba a Carlyle —auténtica potencia en la espiritualidad, auténtica profundidad en la mirada espiritual, en suma, filosofía... Pero lo que resulta ofensivo incluso en el inglés más humano es su falta de música, o, hablando con metáfora (y sin metáfora)—: el inglés no tiene ritmo ni baile en los movimientos de su alma y de su cuerpo, más aún, ni siquiera tiene el deseo de ritmo y baile, de 'música'. Oígasele hablar... en fin: ¡óigaseles cantar! Pero yo exijo demasiado...» §253: «Hay verdades tales que son las cabezas mediocres las que mejor las perciben... a esta tesis, tal vez desagradable, vémonos empujados precisamente ahora, desde que el espíritu de unos ingleses estimables, pero mediocres —doy los nombres de Darwin, John Stuart Mill y Herbert Spencer— comienza a adquirir preponderancia en la región media del gusto europeo... No se olvide, en fin, que los ingleses han causado ya una vez, con su bajo nivel medio, una depresión global del espíritu europeo: lo que se llama las 'ideas modernas' o 'las ideas del siglo XVIII' o también las 'ideas francesas...'.»

Nietzsche dedica un amplio espacio a los judíos. §250: «¿Qué debe Europa a los judíos? —Muchas cosas, buenas y malas, y sobre todo una que es a la vez de las mejores y de las peores: el gran estilo en la moral, la terribilidad y la majestad de exigencias infinitas... Nosotros los artistas, entre los espectadores y filósofos, sentimos por ello frente a los judíos —gratitud.» Pero en el §251: «Todavía no me he encontrado con ningún alemán que haya sentido simpatía por los judíos; y por muy incondicional que sea la repulsa del auténtico antisemitismo por parte de todos los previsores y políticos, tampoco esa previsión y esa política se dirigen, sin embargo, contra el género mismo del sentimiento, sino sólo contra su peligrosa inmoderación... Que Alemania tiene judíos en abundancia suficiente, que el estómago alemán, la sangre alemana, tiene dificultad... aún sólo para liquidar ese quintum de 'judío' —de igual manera que lo han liquidado el italiano, el francés, el inglés, merced a una digestión más robusta—: eso es lo que dice y expresa claramente un instinto general... el instinto de un pueblo cuya naturaleza es todavía débil e indeterminada, de modo que con facilidad se la podría hacer desaparecer, con facilidad podría ser borrada por una raza más fuerte. Pero los judíos son, sin ninguna duda, la raza más fuerte, más tenaz y más pura que vive ahora en Europa..., gracias sobre todo a una fe decidida, la cual no necesita avergonzarse frente a las 'ideas modernas'... para lo cual tal vez fuera útil y oportuno desterrar a todos los voceadores antisemitas del país. Se debería acoger a los judíos con toda cautela, haciendo una selección; más o menos, como actúa la nobleza inglesa. Resulta manifiesto que quienes podrían entrar en relaciones con ellos sin el menor escrúpulo son los tipos más fuertes y más firmemente troquelados ya de la nueva germanidad, por ejemplo, el oficial noble de la Marca: tendría múltiple interés ver si no se

podría hacer un injerto, un cruce entre el arte heredado de mandar y obedecer —en ambas cosas resulta hoy clásico el mencionado país— y el genio del dinero y de la paciencia (y sobre todo, algo de espíritu y de espiritualidad, que tanto faltan en el mencionado lugar).»

Nietzsche dibuja y desarrolla todo este «*tour d'horizont*» con el objeto de examinar la operatividad de los hechos considerados de cara a conseguir (o restaurar) la unidad cultural europea existente hasta el final del clasicismo. §256: «Gracias a todo eso y a otras muchas cosas, totalmente inexpresables hoy, ahora son pasados por alto o reinterpretados de manera arbitraria y mendaz los indicios más inequívocos en los cuales se expresa que Europa quiere llegar a ser una. En todos los hombres más profundos y más amplios de este siglo su verdadera orientación global en el misterioso trabajo de su alma tendía a preparar el camino a esta nueva síntesis y a anticipar, a modo de ensayo, el europeo del futuro... Pienso en hombres como Napoleón, Goethe, Beethoven, Stendhal, Heinrich Heine, Schopenhauer: no se me tome a mal el que también cuente entre ellos a Richard Wagner, respecto del cual no es lícito dejarse seducir por sus propios malentendidos», con lo que Nietzsche alude «al último Wagner y a su música de 'Parsifal'», respecto de la que al final del capítulo señala: «¿Es esto aún alemán?... lo que oías es Roma —¡la de Roma sin palabras!»

En la

Sección Novena: «¿Qué es aristocrático?»

Nietzsche se ocupa a grandes trazos, y para terminar, del problema de quien debiera «dar el tono» en la Europa futura, de quien tendría, en fin, que dirigirla espiritualmente, asumiendo así el papel de Goethe, Beethoven y Schopenhauer —o sea: literatura, música, filosofía—. Con gran insistencia repite Nietzsche que cuando alude a la unidad europea no tiene *in mentis* una empresa de orden político o económico, sino un espacio cultural. Pero un espacio cultural llamado no precisamente a acoger una unidad cultural —nivelada hacia abajo para todos—, sino un espacio en el que los distintos e inconfundibles «grandes» vengan a alcanzar su plena efectividad. No hay «hombres iguales» por su naturaleza y, en consecuencia, tampoco hay «aspiraciones iguales», siendo ésta, por lo demás, una cuestión que ya ocupó a los antiguos en relación con la «justicia». La máxima «suum cuique» encontró las interpretaciones más contrapuestas. Nietzsche rechazó la «igualdad de los hombres», también en las fórmulas indirectas «ante Dios» e incluso «ante la ley». Se atiene estrictamente a una «escala de jerarquía y de diferencia de valor entre un hombre y otro hombre», máximamente diferenciada, que de una u otra manera «necesita de la esclavitud. Sin el pathos de la distancia, tal como ésta surge de la inveterada diferencia entre los estamentos..., no podría surgir tampoco en modo alguno aquel otro pathos misterioso, aquel deseo de ampliar cons-

tantemente la distancia dentro del alma misma, la elaboración de estados siempre más elevados, más raros, más lejanos, más amplios, más abarcadores, en una palabra, justamente le elevación del tipo 'hombre', la continua 'auto-superación del hombre'».

De este hombre «grande», selecto en el sentido genuino del término, exige Nietzsche que sea el hombre aristocrático. No obstante, en §287: «¿Qué es aristocrático?... ¿En qué se delata, en qué se reconoce el hombre aristocrático, bajo este cielo pesado y cubierto del dominio incipiente de la plebe...? —No son las acciones las que constituyen su demostración —las acciones son siempre ambiguas, siempre insondables—; tampoco son las obras. Entre los artistas y los doctos encontramos hoy muchos que delatan con sus obras que un profundo deseo los empuja hacia lo aristocrático, pero justo esa necesidad de lo aristocrático es... el elocuente y peligroso síntoma de su carencia. No son las obras, es la fe la que aquí decide, la que aquí establece la jerarquía, para volver a tomar una vieja fórmula religiosa en un sentido nuevo y más profundo: una determinada certeza básica que un alma aristocrática tiene acerca de sí misma, algo que no se puede buscar, ni encontrar, ni, acaso, tampoco perder. *El alma aristocrática tiene respeto de sí misma.*» Queda fijada, con ello, una posición absolutamente antitética respecto del dogma cristiano del pecado original. A partir de aquí resulta mucho más nítidamente inteligible el ataque nietzscheano a la ética cristiana. El alma manchada por el pecado original y, en consecuencia, despreciable, no es digna de respeto, sino de reprobación. Para Nietzsche esta ética es minusvaloradora, degradante: moral de esclavos. A pesar de todo, Nietzsche no tiene reparos en reconocer al cristianismo la medida positiva en que supo, cuando lo hizo y allí donde lo hizo, sembrar y realzar el respeto como posibilidad anímica. §263: «Hay un instinto para percibir el rango que es ya... indicio de un rango elevado; hay un placer en los matices del respeto que permite adivinar una procedencia y unos hábitos aristocráticos... La manera como en conjunto se ha mantenido hasta ahora en Europa el respeto a la Biblia es tal vez el mejor elemento de disciplina y de refinamiento de la costumbre que Europa debe al cristianismo; tales libros profundos y sumamente significativos necesitan, para su protección, una tiranía de autoridad venida de fuera a fin de conquistar esos milenios de duración que se precisan para agorarlos y descifrarlos. Mucho se ha conseguido cuando a la gran masa... se le ha infundido, por fin, el sentimiento de que a ella no le es lícito tocar todo; de que hay vivencias sagradas ante las cuales tiene que quitarse los zapatos y mantener alejada su sucia mano... A la inversa, en los denominados hombres cultos, en los creyentes de las 'ideas modernas', acaso ninguna otra cosa produzca tanta náusea como su falta de pudor, su cómoda insolencia de ojo y de mano, con la que tocan, lamen, palpan todo; y es posible que hoy en el pueblo bajo, sobre todo entre los campesinos, continúe habiendo más relativa aristocracia del gusto y más

tacto del respeto que entre el semimundo del espíritu, que lee los periódicos, entre los cultos.»

A estos hombres nada aristocráticos, curiosos y dispuestos a hacerse con todo y meterse en todo sin el menor respeto dedica Nietzsche también un recuerdo y una reflexión. §270: «La soberbia y la náusea espirituales de todo hombre que haya sufrido profundamente —la jerarquía casi viene determinada por el grado de profundidad a que los hombres pueden llegar en su sufrimiento—, su estremecedora certeza... de saber más, merced a su sufrimiento, que lo que pueden saber los más inteligentes y sabios, de ser conocido y haber estado alguna vez 'domiciliado' en muchos mundos lejanos y terribles, de los que '¡*vosotros* nada sabéis!'..., esa soberbia espiritual y callada del que sufre... encuentra necesarias todas las formas de disfraz para protegerse del contacto de manos importunas y compasivas y, en general, de todo aquello que no es su igual en el dolor. El sufrimiento profundo vuelve aristócratas a los hombres, separa... Hay 'hombres científicos' que se sirven de la ciencia porque ésta proporciona una apariencia jovial... Hay espíritus libres e insolentes que quisieran ocultar y negar que son corazones rotos, orgullosos, incurables (el cinismo de Hamlet —el caso Galiani)... De lo cual se deduce que a una humanidad más sutil le es inherente tener respeto por la máscara y el no cultivar la psicología y la curiosidad en lugares falsos.»

He aquí una advertencia, esta última —y precisamente ella—, que nunca podrá ser tomada suficientemente en serio: con gesto grave nos da Nietzsche a entender que también en lo que hace a *su* sufrimiento —en este caso, el sufrimiento por el futuro del hombre europeo—, tenemos que poner punto final a cualquier «intento explicativo», banalmente psicologista, dejando de enfrentarnos a él como a algo o alguien que puede ser aislado y tipificado como un caso psicológico especial, para insertar su vida y su obra en el gran curso, en el vasto aliento de la Historia de la Filosofía. §292: «Un filósofo: es un hombre que constantemente vive, ve, oye, sospecha, espera, sueña cosas extraordinarias; alguien al que sus propios pensamientos le golpean como desde fuera, como desde arriba y desde abajo, constituyendo su especie peculiar de acontecimientos y rayos; acaso él mismo sea una tormenta que camina grávida de nuevos rayos; un hombre fatal, rodeado siempre de truenos y aullidos y acontecimientos inquietantes. Un filósofo: ay, un ser que con frecuencia huye de sí mismo, que con frecuencia tiene miedo de sí, —pero que es demasiado curioso para no volver a sí una y otra vez...»

Nietzsche cierra el libro con un diálogo imaginario con «su» dios Dionisos. Y enmarca en él una frase que permite intuir *dónde* ha aprendido Nietzsche tan profundo dolor. Hace, en efecto, decir a su Dionisos: «En determinadas circunstancias yo amo a los seres humanos —y al decir esto aludía a Ariadna, allí presente» (§295). ¿Veía en ella «al hombre aristocrático» lleno de «respeto a sí mismo»?

El lugar de «Más allá»

Con este nuevo libro Nietzsche ha demarcado el ámbito de la filosofía, al que apunta su mirada. Es el ámbito que, recortado desde la Antigüedad respecto del de la empiria, se alza y define como el propio de la filosofía especulativa, de la ética y de la «dialéctica». Hay, sin duda, *un* objeto respecto del que Nietzsche no duda en afirmarse también como empírico: su aproximación al hombre es la de un «psicólogo». Pero también esto se revela, visto de más cerca, como la máscara del filósofo.

Se trata, sin duda, de un ámbito asumido y heredado de los antiguos. Pero Nietzsche lo ilumina y clarifica desde un punto de vista enteramente nuevo, que queda más allá del «bien» y del «mal», lo que no quiere decir sin moral, sino con una moral que no mide y sopesa exclusivamente en orden a bien y mal. La posición de Nietzsche ha de buscarse en otro ámbito, en un terreno en el que se mide con otras pautas, en el que se tiene otro ángulo de mira, otra perspectiva sobre el ámbito filosófico. Nietzsche es perfectamente consciente de que con ello se sitúa en oposición a la entera tradición filosófica desde Platón. En la medida, por otra parte, en que al hacerlo inserta las religiones —y primordialmente el cristianismo— en el nuevo ángulo de mira, como no podía ser de otro modo dada su posición —y en orden a ella—, se sitúa también en oposición radical a las mismas, a pesar del reconocimiento parcial de algunas de sus excelencias.

Con pautas y métodos de medida nuevos toman también vida nuevos valores, de lo que necesariamente se deduce una «transvaloración de todos los valores». También esto es antiguo. Encontramos, en efecto, tanto la expresión como la cosa misma en Diógenes Laercio, en la vida de Diógenes-Kyon («el perro»), IV, 20, donde παραχαρὰττειν τό ηολιτικόν νόμισμα significa tanto la transvaloración del dinero (como monedero falso), cuanto de la costumbre, es decir, de «lo que vale públicamente».

Los escritos de Nietzsche que irían sucediéndose hasta el derrumbe son la consecuencia de la posición asumida y formulada en «Más allá». También el material con el que Nietzsche quiere proceder a la construcción de su filosofía resulta ya aquí visible. «Más allá» no es, pues, el «preludio» de una filosofía simplemente; es la exposición que —como en la composición de una sonata— contiene el entero material temático y determina, a la vez, el tono fundamental. Con la consideración detenida de este libro hemos adquirido, en cualquier caso, una perspectiva fundamental de cara a cuanto aún ha de seguir.

Remate en Sils

La impresión del nuevo libro hubiera podido empezar todavía durante la estancia de Nietzsche en Leipzig. Hasta el 21 de junio habían sido ya

corregidos siete pliegos; el 26 de junio, diez. El 27 de junio por la noche abandonó Nietzsche Leipzig, hizo una breve parada el 28 en Rorschach, junto al Lago de Constanza, y llegó por fin el 29 a Chur, por aquellas fechas la última estación de ferrocarril en el viaje a la Engadina, «enfermo, como no podía ser de otro modo tras un esfuerzo tan grande. Tengo también jaqueca. De todos modos, he dado un largo y maravilloso paseo por el bosque, respirando un vivificante aire de montaña. La preparación del viaje ha sido magnífica: no puedo agradecerte bastante tu presencia y ayuda». (A la madre, 29.6.86.) El 30 de junio el coche de Correos le llevó de nuevo a su Engadina. Entretanto, Köselitz se tomó el mayor interés por llevar a un buen y pronto término la corrección de las restantes pruebas, que Nietzsche se hizo enviar a Sils tanto por Köselitz como por la imprenta. El 5 de julio agradece a Köselitz «tanta diligencia en las correcciones: de hecho su envío sólo me ha llegado dos horas después que el de Naumann, cosa nada corriente», dado que las pruebas para Köselitz habían tenido que dar un rodeo a través de Annaberg. En Sils se encuentra también de nuevo su guirnalda de damas, las Sras. Fynn y Mansuroff, que le cuidan afectuosamente, como escribe a su madre el 14 de julio[124]: «Ayer me obsequiaron mis damas con requesón hecho con leche agria, a la manera rusa, acompañado de dos hermosos panes integrales.» Un obsequio que encajaba muy bien, ciertamente, con la nueva dieta que se había propuesto: «Durante todo este tiempo he seguido encontrándome enfermo, descontento y psíquicamente inhibido, también mal alimentado. Pero ahora tengo algo que parece sentarme bien: como queso de cabra y lo acompaño con leche... ¡He encargado cinco libras de malta a la fábrica! Espero que lleguen hoy. Dejemos, pues, el jamón... También las sopas: todo cocinar me resulta demasiado fatigoso». Parece difícil no percibir aquí reminiscencias, seguramente inconscientes, de Diógenes Laercio, quien cuando en el Proemio 7 informa de los nigromantes dice que su alimento consistía en «col, queso y pan negro.» Nietzsche concede siempre el mayor valor a una alimentación racional, aunque queda el interrogante de si a la luz de la moderna ciencia de la alimentación *sus* experimentos dietéticos podrían ser calificados o no de racionales. En «Más allá» figura también una observación al respecto (§ 234): «La estupidez en la cocina; la mujer como cocinera; ¡el horroroso descuido con que se prepara el alimento de la familia y del dueño de la casa! La mujer... habría tenido que encontrar desde hace milenios, en efecto, como cocinera, los más grandes hechos fisiológicos, y asimismo habría tenido que apoderarse de la medicina!... La completa falta de razón en la cocina, eso es lo que más ha retardado, lo que más ha perjudicado el desarrollo del hombre: hoy mismo las cosas están únicamente un poco mejor. Un discurso para alumnas de los cursos superiores.»

A mediados de julio todavía sigue en pie la inseguridad editorial. «Hasta el momento Fritzsch no ha podido entenderse con Schmeitzner,

aunque es posible que la cosa llegue a cuajar, dado que según parece Fritzsch da el mayor valor a tener "todo Nietzsche", así como todo Wagner, en su editorial: una vecindad que no deja de sentarme radicalmente bien.» Pero ya el 5 de agosto podía informar a su amigo Overbeck: «Acaba de telegrafiarme Fritzsch desde Leipzig "¡Ya lo tenemos!" —palabras que me han llenado de gozo. Queda así definitivamente superado un funesto error de mi época de Basilea (cierto "exceso de confianza", como tantas otras veces en mi vida).» Y acto seguido: «El nuevo libro, un resultado que desde la lejanía no hubiera podido conseguir, está ya listo; el encargo de hacerte llegar un ejemplar a Basilea salió hace ya algunos días. Y ahora viene el *ruego*, viejo amigo mío: léelo desde el principio hasta el final, y no te dejes amargar ni dominar por la extrañeza, haz acopio de todas tus fuerzas, de la fuerza, sobre todo, que puede darte tu benevolencia hacia mí, esa benevolencia paciente y tantas veces puesta a prueba.» El ruego de Nietzsche era realmente superfluo. Nada podía debilitar la fidelidad de Overbeck. Otro viejo amigo sí le haría, en cambio, perder el libro: Rohde.

Una vez acabada la impresión el 21 de julio y enviados el 1 de agosto 2 ejemplares directamente del editor a Köselitz, el 5 de gosto de 1886 «Mas allá del bien y del mal» estaba ya disponible.

Capítulo 12
NUEVOS ESTIMULOS

De agosto de 1886 a junio de 1887

La fatiga de los esfuerzos de «Más allá del bien y del mal» y el sereno desenlace en Sils pasaron de pronto a transformarse, a raíz de la publicación del libro y de la noticia, el 5 de agosto de 1886, del traspaso de las obras anteriores a la editorial de Fritzsch, y como ya Nietzsche se había figurado, en una nueva actividad: «La impresión del libro me ocupa también hasta el fastidio; sólo con los primeros ejemplares disponibles comenzará para mí la libertad (y la posibilidad de pensar algo nuevo).» (El 20 de julio a Köselitz.)

El entorno y el modo de vida representan el mayor contraste imaginable con la dimensión cosmológica de la obra. Pero precisamente eso es lo que Nietzsche necesitaba ahora para reponerse y distraerse: lo cerrado del alto valle montañoso, lo idílico de la orilla del lago, lo alciónico de la amplia y serena superficie de agua en medio de las fantásticas formas de las montañas. A lo que había que unir, claro es, el «pequeño mundo» de sus conocidos, que le animaba sin excitarle nunca, cultivado y transparente; cosas no sólo que le resultaban necesarias, sino que venían incluso a reflejar su propia disposición de ánimo. Hay un punto, de todos modos, en que el contraste entre todo ello y su obra se le hacía particularmente visible: en lo relativo a sus manifestaciones sobre la mujer y sus amistades femeninas. No dudó en reconocerlo abiertamente ante Köselitz el 20 de julio: «¡Qué cosa tan cómica! Hará uno bien de protegerse contra la emancipación femenina: otra vez ha venido a caer sobre mí una de esas damitas literarias, Miss Hellen Zimmern... creo que hasta ha traducido Schopenhauer como educador. Naturalmente es judía: —hasta qué punto esa raza tiene en sus manos en estos momentos la vida intelectual europea

es cosa que roza ya con lo absurdo (me ha hablado hoy, precisamente, largo y tendido sobre su raza)... Las dos inglesas, la vieja Mansuroff y un tercio del público del año pasado están de nuevo aquí.» Entre el 7 y el 9 de septiembre Meta von Salis se acercó a visitarle, lo que vino a representar para él —igual que para ella— un par de días de excepción. Vino con su madre y su amiga Kym por el paso de los Alpes Julianos, llegando a Sils-Maria, al Hotel «Alpenrose». hacia las 8 de la tarde, justo a tiempo para sentarse a la mesa a cenar. Meta von Salis dejó constancia de aquellos días en los siguientes términos[212]: «Una vez que nos hubimos sentado hacia la mitad de la mesa, miré alrededor y mis ojos miopes tomaron buena nota de que Nietzsche estaba en uno de los extremos. Me pareció más juvenil que en nuestro primer encuentro y vi que estaba en animada conversación con la dama sentada a su derecha, que pude conocer al día siguiente como Miss Helen Zimmern... Tuve ocasión aquella noche de observar una vez más con cuanta firmeza y atención se comportaba Nietzsche con las damas y, sobre todo, con las de mayor edad —contrariamente a lo que con tanta falsedad como frecuencia se decía de él—. Poco antes de retiramos de la mesa le hice llegar mi tarjeta. Cuando se acercó a nosotros y le presenté a mi madre y a mi amiga, estuvo encantadoramente amable y cariñoso con mi madre. No daba impresión alguna de estarse haciendo la menor violencia... Acto seguido se esforzó por convencer a mi madre de que se quedara al día siguiente en Sils-Maria... quería hacerle los *honneurs* del lugar, le describió los singulares atractivos del paisaje, de la península, de los lagos... para mí Nietzsche está tan inextricablemente unido con Sils-Maria como Heráclito con el santuario de la diosa en Efeso. Fue su *optimum* en el Norte... En el silencioso mundo montañoso de la Alta Engadina, en el entorno saturado de formas y colores de la limpia Sils-Maria, donde parece flotar como una promesa el aroma del Sur cercano sobre los dos picos del Piz Badile, entró el hombre más solitario, orgulloso y tierno de nuestro siglo en su reino originario, igual que el hijo de un rey nacido en el destierro... Nietzsche no simpatizaba sólo con el paisaje, sino también con las personas. Cuando las equívocas recensiones sobre sus escritos comenzaron a perderse hasta allá arriba y el médico, el maestro y el párroco, con los que acostumbraba a charlar en el café, las leyeron, se alegró tanto de la ausencia de curiosidad impertinente en estos señores, como divertido vino a resultarle observar cómo todos ellos hacían, del modo más discreto, en su presencia alusiones a la "peligrosa materia explosiva"... Cuando Nietzsche me recogió en la mañana del 9 de septiembre de 1866, nuestro primer paseo fue a la península (Chasté)... Pronto estuvimos sobre el primer promontorio. Aquí había compuesto Nietzsche en otro tiempo, cuando todavía no había caminos que facilitaran el acceso a este lugar... tumbado sobre el musgo y los brezos llenos de sol... una parte de su 'Zaratustra'. Aquí había deseado ser enterrado cuando le llegase la hora... Nietzsche habló del asombroso parentesco de carácter

entre la Riviera di Levante y la península... poseía el talento más idóneo para encontrar lugares privilegiados de la tierra... Acto seguido pasó Nietzsche revista retrospectiva al lento proceso de restablecimiento que en su día experimentó en Sils-Maria. Al comienzo de su estancia aquí la excursión alrededor del lago de Silvaplana (unos 12 km.) le resultaba tan fatigante que tomó la costumbre de dejarse caer sobre un repliegue de la roca de Zaratustra hasta sentirse lo suficientemente repuesto como para volver a Sils a través del bosque... Al final nos encontramos hablando de su obra y de la falta de comprensión que había mostrado el llamado buen público... Según iba profundizando en la génesis y en el decurso de sus trabajos tardíos, más cuidaba de no enfatizar las cosas fuertes que escribía. El pensador solitario cuyas ideas no encuentran eco ni resonancia, eleva involuntariamente la voz y cae con facilidad en sus escritos en un tono irritado.»

Por estas fechas ocurrió también algo sobre lo que Helen Zimmern informó muchos años después apoyándose en sus vivaces recuerdos[153]: «En el hotel vivía muy cerca de mí (la Srta. Mansuroff), que había sufrido un colapso nervioso y que padecía de fuertes obsesiones. Era ya septiembre y la temperatura había bajado mucho, y los amigos de la paciente reservaban un coche cada día y le hacían aguardar a la puerta del hotel con el fin de llevarla a Italia y a un clima más cálido. Pero el coche tenía que volverse cada día a casa y sin la paciente, que se negaba una u otra vez a abandonar su habitación. Un día Nietzsche, que había oído hablar del curioso caso, dijo a los preocupados amigos de la dama: "¡Confiénmela Vdes. a mí un día!" Y un mediodía, aparcado ya el coche ante el establecimiento, apareció Nietzsche en efecto, de repente, a la puerta del hotel con la dama enferma, que le seguía tan dócilmente como un perrillo, cuando lo que solía hacer cuando oía hablar de partir era más bien bramar. Ninguno llegamos a saber nunca cómo lo consiguió. Pero seguro que no recurrió a su famoso látigo.»

Contrariamente a la breve visita de Meta von Salis, Helen Zimmern, con la que Nietzsche había tenido ya un encuentro fugaz en Bayreuth, y que en el verano de 1884 había llegado a Sils para una breve visita de tres días, permaneció durante nueve semanas en Sils, esto es, aproximadamente hasta el 20 de septiembre. Su vecindad de mesa influyó, a lo que parece, positivamente sobre Nietzsche, que por fin pasó a comer con la debida regularidad.

Informa así a su madre sobre ello el 17 de agosto: «Entretanto me ha ido algo mejor: la receta que yo mismo me prescribí es harto singular: ir al hotel y comer lo que comen todos. Y la verdad es que vuelvo a encontrarme en condiciones (necesito comidas fuertes para sentirme bien: pero por desgracia, por desgracia, no soy lo suficientemente rico como para poder permitirme una "cura" tan conveniente).» Para gobernarse algo mejor en aquella situación de necesidad, hizo que su madre le enviara cada vez con

más frecuencia comestibles. Las «cestas» llegaban como en su día a Pforta y a Bonn. Una extensa correspondencia con su madre —que más tarde fue eliminada, por desgracia, de la primera edición de sus cartas— gira en torno a estas pequeñas preocupaciones cotidianas, iluminando de modo conmovedor la estrecha y humana relación recíproca existente entre madre e hijo.

Entre una muerte y una boda

A lo largo de aquel verano tuvieron lugar dos acontecimientos que, según toda evidencia, conmovieron tanto a Nietzsche que necesitó un largo período de tiempo hasta poder llevar un eco de los mismos a su correspondencia.

El 31 de julio de 1886 murió en Bayreuth Franz Liszt. Se encontraba allí de modo más bien casual. En el curso de uno de sus largos viajes visitaba a su hija Cosima con ocasión de los Festivales. Recibió sepultura en Bayreuth en un pequeño mausoleo propio. Una noticia de este tipo no podía menos de recorrer el mundo con la velocidad del viento, y Nietzsche tuvo que enterarse pronto. Pero sólo dos meses después, el 24 de septiembre, se refirió a ello, y no en una carta al músico Köselitz, sino a Malwida von Meysenbug: «Así es, pues, como el viejo Liszt, que tanto sabía de la vida y de la muerte, ha acabado por dejarse enterrar en el mundo y en la causa wagnerianas: como si de manera inevitable e inextricable tuviera ahí su sitio. Es algo que me ha dolido hasta el alma de Cosima: se trata de una falsedad más en torno y sobre Wagner, uno de esos malentendidos casi insuperables al hilo de los que hoy crece y se alimenta la fama de Wagner. A la luz de lo que he ido viendo hasta el momento de los wagnerianos, el wagnerianismo actual no puede menos de parecer una inconsciente aproximación a Roma, que hace lo mismo desde dentro que Bismarck desde fuera.» Nietzsche estaba perfectamente al corriente de los conflictos anímicos y sociales que habían turbado y oscurecido, en una primera época, la relación de Liszt con su obstinada hija a raíz del asunto de su divorcio de Bülow, y no ignoraba, por otra parte, lo «agradecida» que Cosima estaba a su padre por su nacimiento extramatrimonial, por la educación estricta, falta de todo amor y bajo supervisión ajena que le impuso, por su problemática unión con la princesa Sayn-Wittgenstein, así como por su «entrada» final en la Iglesia como abate, lo que llevó a Nietzsche a la siguiente glosa malévola en «El crepúsculo de los ídolos»: «Liszt: o la escuela de la facilidad para correr — detrás de las mujeres», en la que incluye al viejo pianista; hay una «escuela de la facilidad para correr» del discípulo de Beethoven Carl Czerny, ¡pero para piano! El reproche nitzscheano de que el origen católico de Cósima había corrompido a Wagner y de que «Parsifal» había sido el resultado es

cosa que la definitiva reconciliación de padre e hija no podía menos de venir a abonar. En la vida espiritual de Nietzsche Franz Liszt era un fuerte factor de peso ambivalente.

Una impresión harto diferente causó a Nietzsche, por supuesto, la comunicación que su viejo amigo Paul Deussen le hizo de haber contraído matrimonio con Marie Volkmar, una joven 19 años menor que él, el 16 de agosto de 1886 en Berlín[74]. Junto al sentimiento de alegría no dejó de obrar en Nietzsche también si no cierta envidia, sí al menos algo de amargura sobre su propio destino, sobre su incapacidad para abandonar su agobiante aislamiento por ese camino. Hubieron de pasar, pues, cinco semanas hasta que Nietzsche pudiera escribir a su amigo. Es posible, por otra parte, que en ambos casos desempeñara un papel un factor diferente: ¡ambas cartas son posteriores a la partida de Helen Zimmern! «Querido viejo amigo, he aquí... la mejor ocasión para desearte felicidad, o más bien para no tener siquiera que deseártela. Aférrate a lo que tienes ahora... sobre todo dado que en tu caso la "felicidad" es una mujer de buena ley; porque la felicidad huye con demasiada facilidad de nosotros (quiero decir, de nosotros y demás engendros del conocimiento).» Nietzsche aprovecha la ocasión para enviar a su viejo amigo su último libro, «Más alla del bien y del mal». «Como signo de lo mucho que me gustaría saberme de nuevo cerca de ti, me he permitido enviarte mi más joven y maliciosa criatura: espero que en tu proximidad pueda aprender algo de esa "moralidad" y dignidad vedantescas de las que su padre carece por entero.» Nietzsche viene, pues, a corresponder así finalmente al «Sistema de los Vedanta» publicado por Deussen en 1883. Entonces (el 16 de marzo de 1883), Nietzsche manifestó su gratitud en los siguientes términos: «Me causa un placer singular poder conocer por una vez la expresión clásica de la forma de pensamiento que más ajena me resulta: no otra cosa me parece tu libro... lo leo página a página con absoluta "malicia" —difícilmente podrías imaginarte, pues, lector más agradecido.»

Deussen fue «seducido» en su día por Nietzsche para la causa de Schopenhauer. Pero entonces Nietzsche se sintió inhibido para ofrecerle la contrapartida que por aquellas fechas, esto es, en 1883, hubiera correspondido, el Zaratustra: «El azar ha querido que en estos momentos de esté imprimiendo precisamente un manifiesto mío, que donde tu libro dice ¡no! viene a decir ¡sí! pocos más o menos con la misma elocuencia. Es como para reírse; pero tal vez te duela y no sé todavía con certeza si te lo enviaré. Para poder hacer tu libro no deberías pensar sobre todas las cosas tanto como yo; y tu libro debería ser hecho. En consecuencia...». Ahora, pasados ya tres años, y una vez convertidos en realidad tangible no sólo «Más allá», sino también la ardua sinfonía del Zaratustra, se decidió Nietzsche a ofrecer su contrapartida. Le hacía, sin duda, un gran bien que más allá de la diversidad de sus posiciones filosóficas hubiera prevalecido la confianza humana. Por otra parte, Nietzsche había podido desarrollar, en

el tiempo transcurrido, una relación más objetiva con la obra de su amigo: «En lo que a mí toca, tu libro me ha enseñado mucho cuantas veces he vuelto a él y ha despertado en mí un renovado interés. Me gustaría que hubiera algo igual de claro y trabajado con igual habilidad dialéctica sobre la filosofía de los *Sankhya*.» Deussen trabajaba en una obra de esta temática, que apareció al año siguiente.

Así se había imaginado Nietzsche desiderativamente su relación con Richard Wagner, una relación en la que a pesar de todas las diferencias en lo fundamental de la obra, el respeto y la consideración se mantuvieran vivos en la amistad personal. Esta misma actitud se revela a un nivel más simple: al lado de todas las manifestaciones críticas sobre «la mujer» dejadas caer en su obra, siempre conservó sus conocimientos y amistades femeninos, basados en el respeto mutuo y ensalzados una y otra vez desde todos los lados.

Nietzsche desempeñó siempre un papel importante en la evolución de Deussen. El fue quien en 1872 procuró a Deussen el puesto de preceptor de la familia de los príncipes rusos Kantchin que tan decisiva resultaría en su evolución. Desde entonces Deussen pasó a convertirse en una de las máximas autoridades en sánscrito y filosofía india. Nietzsche siguió este camino desde lejos, pudiendo en un determinado momento escribir a Deussen: «este verano hablé a menudo sobre ti con Leskien (Prof. en Leipzig)... me comentó la extraordinaria consideración que tiene Böhtlingk por tu obra; cree que sería más fácil crearte una cátedra de sánscrito que de filosofía. En el fondo, te habrías sentado, dada tu doble capacidad, entre dos sillas: —de acuerdo con la vieja costumbre del mundo académico sólo tiene valor la "especialidad", no hay que servir a dos señores, al menos cuando se trata de dos señoras, como la filosofía y la filología—.» Deussen aún llegó a obtener en 1889 una cátedra de filosofía en Kiel, donde murió en 1919.

Puesta a punto de un inmenso material

Entonces, en 1883, Nietzsche había escrito a Deussen una carta en la que puede leerse lo siguiente: «Que no hayas olvidado lo que es trabajar a conciencia... no es precisamente lo último que quisiera celebrar... El cielo lo sabe: sin laboriosidad como es debido ni en el paraje más hermoso crece otra cosa que mala hierba. Visto desde cerca, ni siquiera el mejor artista tiene por qué diferenciarse del artesano. Odio esa chusma que no quiere esfuerzo ni oficio y que sólo valora el espíritu como cosa de buen paladar.» Y a ello se atuvo él mismo, también en este verano de 1886. A partir del 5 de agosto, en que pudo encontrarse con las manos suficientemente libres, se puso a trabajar con toda intensidad. Primero se dedicó a lo que hacía un año no había podido aún culminar: la preparación de las

nuevas ediciones de sus obras primerizas —¡incluyendo el Zaratustra! Las notas y apuntes a que había ido dando cuerpo, y que tenía ya en orden, permitieron a Nietzsche enviar en un plazo asombrosamente breve y a un ritmo sin fisuras al editor los manuscritos que tenían que entrar en imprenta. El 16 de agosto le tocó el turno al «Prefacio» de «Humano —demasiado humano»; el 29 de agosto, a la nueva introducción a «El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música» con el título provisional de «Ensayo de autocrítica», dado que precisamente en lo que hace a esta obra, que había surgido bajo el peso íntegro de la veneración por Wagner, era importante destacar lo que la vinculaba a las obras posteriores; importaba mucho, en fin, mostrar qué había surgido de la propia esencia nietzscheana y qué de la momentánea vinculación a Wagner, hasta en el estilo romántico-florido.

El 31 de octubre hacía Nietzsche una sorprendente confesión a Köselitz sobre la marcha del trabajo: «Me parece, viendo las cosas *a posteriori* que ha sido una suerte no haber tenido 'Humano —demasiado humano' ni 'El nacimiento de la tragedia' a mano al escribir esas introducciones, porque, dicho sea entre nosotros, ya no aguanto ese engendro. Espero seguir creciendo, en gusto y criterio, por encima del "escritor y pensador" Nietzsche y más allá de él.» El 2 de septiembre ya tenía Nietzsche en sus manos las galeradas de la «Introducción» a «Humano —demasiado humano» I, que envió en seguida a Köselitz con la siguiente advertencia: «Hágame Vd. el favor de pasar su ojo crítico por esta "Introducción" y eche una mano a mi ortografía —¡y no sólo a ella!» En su ilimitada confianza venía Nietzsche a extender así una carta blanca que resultaría funesta para su obra y, sobre todo, en lo que hace a sus cartas como vehículo, al hilo de su primera publicación, de un falseamiento de su verdadera naturaleza. Porque esta carta blanca no fue luego invocada sólo por Köselitz, sino por el «Archivo» mismo, en el que Köselitz tuvo intervención como colaborador. El autor dejó de velar sobre el uso de la misma, a diferencia de lo que había hecho siempre y sobre lo que las cartas instruyen en parte. La sola mención comprobable afecta a la discusión en torno al título de «Aurora». En los mismos días salió también camino de Fritzsch, que lo puso en seguida en marcha, el manuscrito, listo para la imprenta, de la nueva introducción a «Humano —demasiado humano». El 12 de septiembre había ya un juego de pruebas en poder de Köselitz (que se encontraba por entonces en Munich, en casa de la Sra. Rothpletz, la suegra de Overbeck). El 13 de septiembre había otro en Sils. El 31 de octubre podía presentar a la editorial las nuevas ediciones completas de «El nacimiento de la tragedia» y «Humano —demasiado humano» I y II.

Nietzsche está, por aquellas fechas, lleno de planes y del mejor humor. Frecuenta asimismo una sociedad estimulante: una actriz de Viena, una cantante de ópera de Munich y, como vecina de mesa, la hija de 17 años del compositor de «El barbero de Bagdad», Peter Bornelius (1824-1874), que

no despertó, de todos modos, sus complacencias. Contrariamente a la hija musical de Cornelius, su ópera, que alaba como «*finesse* de primer rango», la hija carnal le parece, en efecto, «*sans sa finesse*» (a la hermana, 2 de septiembre de 1886). Todas estas damas debieron esforzarse al máximo para distraer a Nietzsche, según se desprende de su observación en este sentido a Köselitz. Según Nietzsche, en efecto, «cuanto había de artista cantó e interpretó, en realidad, sólo para mí, lo que de seguir mucho tiempo así no dejaría, desde luego, de convertime en un niño mimado». Había además unos diez catedráticos de universidad, aproximadamente, en Sils, cuatro de ellos sólo en su hotel, «con los que el trato es correcto».

Tiene que aparecer primero «Aurora», acto seguido «La gaya ciencia», «con el anunciado anexo poemático de las "Canciones del príncipe Vogelfrei". Espero dar de este modo un nuevo interés a los libros y también, editorialmente hablando, alas» (a Köselitz, el 2 de septiembre de 1886). Naumann informó a Nietzsche sobre el éxito de ventas de «Más allá». Se había vendido la mitad de la edición (unos 200 ejemplares largos), el público «había picado bien el anzuelo». En un tono casi desbordante informaba de todo ello también a la hermana y al cuñado: «En cuanto al invierno, lo pasaré en Niza; sólo que voy a tener que buscarme alguien para que me organice allí una existencia "más digna" (porque me acerco a ese terrible momento en el que uno empieza a ser un "animal famoso" y tiene que dejarse ver a la *entrée*—). Según el juicio de cuantos me han visto, mi salud ha mejorado decisivamente. Signo de ello: engordo. Sólo los ojos han ido atrás —porque he forzado demasiado la vista. Para los cuatro próximos años se anuncia la elaboración de una obra fundamental en cuatro tomos; el título es ya como para echarse a temblar: *La voluntad de poder. Ensayo de una transvaloración de todos los valores*. Tengo todo lo necesario para ello: salud, soledad, buen humor, a lo mejor incluso una mujer.» Esta cordialidad en el trato con sus parientes recibiría pronto un rudo golpe. En octubre comenzó a ser masivamente sableado desde allá. Primero escribió a Overbeck sobre ello el 27/28 de octubre de 1886: «Parece como si estuviera obligado a tener dispuesto, para todos los casos posibles, el escaso dinero del que dispongo... Pero, por otra parte, en un asunto tan tonto de dinero no acabo de saber decir que no.» Overbeck le contestó a vuelta de correo (el 29 de octubre) solidarizándose con su prudente actitud: «En lo que hace a la petición de Paraguay, por mi parte... no podré desaconsejarte nunca bastante... No compliques tu situación de ese modo.» Es probable que con este buen consejo de amigo sentara ya ahora Overbeck las bases de esa actitud, por parte de la hermana, de odio y enemistad hacia él que tan funesta resultaría para la investigación nietzscheana a raíz de la conversión de aquélla en dueña y señora del archivo. La colaboración con el sosegado Overbeck hubiera resultado, en efecto, más mucho más fructífera que la fatigante pelea.

La petición creó a Nietzsche unos problemas de conciencia nada

insignificantes. Por una parte le resultaba difícil dejar en la estacada a su querida hermana en un momento de verdadero apuro financiero. El no le resultaba prácticamente imposible. Por otra, la razón le aconsejaba, dada su propia situación, ser de lo más cuidadoso con las reservas de dinero, puesto que a la miseria editorial, de tan costoso resultado, que suponía el tener que imprimir los próximos libros a su costa, se unía el aumento de la inseguridad de su pensión de Basilea, por lo menos en lo que hacía a la tercera parte de ella —1.000 francos suizos—, aportada por la caja del Estado, sobre la que Overbeck tenía en los últimos tiempos serias reservas. De quedarle, a pesar de todo, algún sobrante, es lógico que Nietzsche pensara antes en mejorar la situación, en absoluto color de rosa, de la madre. Y le quedaba, curiosamente, tal sobrante. Pero se lo ofreció a su madre a la vez que le negaba el préstamo a la hermana aduciendo su «propia situación de penuria financiera». Le comunicó su negativa formulándola del modo más delicado y con cuanta precaución le fue posible: «Reconozco que la idea... de ver a mi hermana dedicada a la cría de ganado... todavía me resulta de lo más extraña... Aún comprendo menos por qué queréis cambiar vuestra existencia, modesta pero segura, de propietarios agrícolas por el incierto Gran Chaco. ¿Para qué sobrecargarse con tantas tierras y, en consecuencia, con tantas preocupaciones económicas? ¿O es que queréis enriqueceros rápidamente? Ni diez caballos conseguirían llevarme a un lugar como ese en el que, si mi información no me falla, no cabe encontrar ni siquiera una buena biblioteca... tengo necesidad de Europa, porque es la sede de la ciencia en este mundo... Incluso en el caso de verme obligado a abandonar Europa (lo que no es del todo imposible, dado que se empieza a mirar mi producción como algo peligroso e inmoral), nunca podría escoger, por motivos de salud, países cálidos... En lo que hace a mi dinero, mi buen sentido me aconseja, coincidiendo en ello con el de mi amigo Overbeck, no atarme ahora en absoluto a nada ni a nadie... ¿Quién sabe qué es lo que puede ocurrir precisamente en mi vida en los próximos cuatro años? Lo cierto es que la subsistencia de mi pensión de Basilea depende ahora de un conjunto de pequeños azares.» Puede, por otra parte, leerse lo siguiente en la carta que escribió a su madre desde Niza el 13 de noviembre[121]: «Entretanto he intercambiado, en relación con el otro asunto, cartas con Overbeck, y me desaconseja de todo punto comprometer mi dinero como se me pide... Overbeck me ha recordado, con toda la razón del mundo, lo inseguro de mi situación. Tienes toda la razón, hubiese sido mil veces más aconsejable y hermoso darte a ti el dinero para la casa... En contra de la idea de convertirme en propietario agrícola en Paraguay habla también, por otra parte, el hecho de que a raíz de ello no se me pagaría ya pensión alguna en Basilea. "Nietzsche tiene además media milla de tierra y ganado", he aquí un argumento para que en la ahorrativa y razonable Basilea se decidieran a retirarme la pensión con la mejor conciencia del mundo.» Y acto seguido,

el siguiente paso inesperado: «¿Con qué podría darte para navidades una pequeña pero grata alegría, mi buena madre? Pero tendrías que aceptar con toda seriedad mi propuesta. Tengo ahorrados, en efecto, 500 francos suizos; puedo, pues, permitirme un pequeño lujo. Además, no tengo a nadie sino a nuestra buena madre.» Y acto seguido pondera de nuevo: «Niza sigue siendo lo mejor, aunque sólo en la estación fría. Incluso el otoño es aquí demasiado suave para mí, me vuelvo melancólico y me aburro. Puede que pase alguna vez un invierno en la Engadina; parece que ahora son unos 300 los forasteros que se han decidido a hacerlo en St. Moritz (entre ellos mi trío ruso-inglés).» En cualquier caso, esta vez tuvo que añadir una restricción: «Tenemos mal tiempo, mucha lluvia; hubo también una gran marea que causó muchos daños. Yo mismo fui alcanzado por una ola y tuve que huir hacia un árbol.» ¿Fue acaso al árbol del conocimiento, que siempre está tan dispuesto para salir en auxilio de los filósofos?

De nuevo en el cuartel de invierno

Nietzsche abandonó Sils el 25 de septiembre, marchando esta vez directamente a la Riviera sin parada intermedia otoñal. De Génova marchó en dirección hacia el Este, camino de los parajes de Rapallo, con sus recuerdos zaratustrianos, y se instaló en Roca Ligure, lugar que sin duda conocía de sus estancias anteriores en el ámbito de la península, en Santa Margherita y Portofino.

El 2 de octubre escribe lleno de entusiasmo por el paisaje a Mrs. Fynn y repite, reforzada ya, la descripción en una carta a Köselitz fechada el 10 de octubre: «Imagínese Vd. una isla del archipiélago griego que un azar hubiera llenado de selvas y montañas... Hay algo griego en todo esto... por otra parte, también algo que hace pensar en piratas, en acontecimientos repentinos, en algo oculto y peligroso; por último... un trozo de selva de pinos tropicales, de los que no hay en Europa, algo brasileño... Nunca di tantas vueltas buscando refugios por un lado y por otro, en verdadera insularidad y soledad robinsonianas; muchas veces enciendo también una hoguera. Ver cómo se alza la pura llama inquieta con su humo grisáceo y blanquecino contra el cielo sin nubes, rodeado de brezos y con esa augusta serenidad propia de octubre, que sabe volcarse en mil tipos de amarillo, ¡oh, querido amigo, esta felicidad posveraniega sería algo para Vd., tanto como para mí y acaso todavía más!» Nietzsche vive en el Albergo d'Italia, cuyas habitaciones limpias y bajos precios alaba, aunque en una carta a Mrs. Fynn no deja de quejarse en los siguientes términos[90]: «La cocina es detestable; aún no he podido ver un bocado regular de carne.» Tal vez fuera este el motivo por el que pasó muy pronto a pensar en un cambio. El 10 de octubre comunicaba, en efecto, a Köselitz: «Escríbeme... a esta

dirección: Niza...», hacia donde partió el 20 de octubre, con destino, una vez más, a su vieja Pensión de Genève.

Pero Nietzsche no se limitó al disfrute de una vivencia romántica de la naturaleza, cuya intensidad procuró, además, aumentar una y otra vez recurriendo a la comparación con un original —las islas jónicas— que ni siquiera conocía. Ni hizo sólo arder fuego para contemplar como subía el humo blanco por el firmamento azul. Trabajó también intensamente. Acabó un nuevo «Prefacio» a «La gaya ciencia», escribió un libro V para esta misma obra, «para dar al todo un valor paralelo al de 'Aurora', quiero decir, desde el punto de vista editorial», como comentaba a Köselitz el 15 de febrero de 1887, amplió los «Idilios de Mesina» componiendo las «Canciones del príncipe Vogelfrei», que añadió con este mismo título a la obra. Y además esbozó un nuevo prefacio para «Aurora».

Respuestas a «Más allá del bien y del mal»

Paralelamente a todos estos trabajos literarios, Nietzsche sostuvo asimismo un intercambio epistolar animado, en buena parte en la estela de las reacciones a «Más allá», reacciones que en lo esencial iban desde el rechazo tajante a la condescendencia benévola. El gesto más violento vino del lado del viejo amigo Rohde. Nietzsche le había hecho llegar asimismo el libro, y sería de lo más extraño que no le hubiera enviado paralelamente la carta de acompañamiento que añadió a los demás ejemplares regalados. Pero tal carta nos falta. Como también falta una respuesta directa de Rohde a Nietzsche. ¿Fue acaso censurada toda esta correspondencia por Rohde cuando con su asistencia se preparó en el Archivo de Weimar la edición? Sí se ha conservado, en cambio, su toma de posición al respecto, comunicada a Overbeck el 1 de septiembre de 1886[188]: «He leído la parte fundamental con el mayor desagrado. Se trata, en su mayoría, de discursos de un saciado después de la comida... Lo genuinamente filosófico de estas páginas es tan pobre y casi infantil como lo político... simple y escrito desde un perfecto desconocimiento del mundo. Y sin embargo, no dejan de encontrarse *aperçus* ingeniosos... lugares ditirámbicos. Pero el todo da una impresión de ocurrencia arbitraria; de convicción no cabe ni hablar... No estoy ya en condiciones de tomarme en serio estas eternas metamorfosis. Son visiones de un solitario y pompas de jabón conceptuales... Sólo que ¿para qué comunicarlas al mundo como una especie de Evangelio? En cambio, lo que uno se encuentra es el eterno anuncio de cosas tremendas... ¡que luego ni siquiera aparecen para la aburrida decepción del lector! — esto es algo que me repugna profundamente.» Hoy nos sería muy fácil acusar a Rohde de incomprensión. Pero en 1886 Rohde no disponía aún del conocimiento y de la visión de conjunto que hoy nos permiten situar el libro de Nietzsche en el lugar que le corresponde en la obra global y

percibir su función dentro de ella (en la medida al menos en que la expresión «obra global» pueda resultar pertinente a la vista de una producción que ha quedado como un torso interrumpido por la enfermedad), así como dentro del curso general de la historia de la filosofía hasta nuestros días. Desde la antigüedad —una antigüedad canónica precisamente para el filólogo Rohde— los filósofos habían percibido como su tarea fundamental indagar el ἀρχή, el principio, la raíz primigenia de todas las cosas, mostrando lo que en el flujo de los fenómenos había de constante, lo que era eternamente, el τοον, y elaborando sobre esta base sus sistemas cosmovisionales, sus cosmologías y cosmogonías. Y todavía en su propio siglo había podido vivir Rohde la difusión del poderoso sistema hegeliano, así como, paralelamente, el esfuerzo schopenhaueriano por retrotraer el mundo fenoménico (el mundo de la mera «representación») a un impulso originario para el que recurría al nombre de «voluntad». Rohde sabía —y había asistido él mismo a ese proceso en años anteriores— que Nietzsche había crecido en esa filosofía. Y ahora el mismo Nietzsche ponía en cuestión la pregunta fundamental, el esfuerzo y el empeño básico de la filosofía anterior. La búsqueda del ἀρχή pasaba a convertirse de pronto en un error nacido de las convenciones gramaticales, del esquema del proceso de pensamiento operante de acuerdo con la división en sujeto y objeto, de acuerdo, en fin, con la separación del sujeto respecto de su propia acción, con el presupuesto consiguiente de que para toda acción debe *haber* también un actuante. «Yo veo» presupone un vidente y algo que es visto. Todo esto era puesto en duda por Nietzsche. Al filólogo —gramático— Rohde le resultaba sencillamente imposible seguir y consumar este paso mental. De ahí que no pudiera percibir las consecuencias sobremanera graves a que tenía que llevar el desarrollo general, hasta sus últimas consecuencias, de esta idea. Nietzsche percibía este resultado peligroso e intentaba ilustrarlo recurriendo a diferentes tópicos y objetos parciales. Y desarrollaba estos intentos a tientas, inseguro y desde su propio y terrible sentido de la responsabilidad, con resultados naturalmente puntuales, incidiendo una vez aquí, otra vez allá. Desde su educación filosófica y su situación, Rohde se sintió repelido por ello con razón. Es evidente que la total relativización de todos los juicios de valor llevada a cabo por Nietzsche, con su no reconocimiento para los mismos de otra vigencia que de la derivada de su condición de mero resultado de una «perspectiva», de un punto de vista propio del ser humano por su puesto en el cosmos y en orden a él, con la consiguiente negación, a propósito de ellos, de toda posibilidad de conocimiento veritativo absoluto y objetivo, representaba una posición que no podía ser compartida por un Rohde que se sentía comprometido con la ciencia, esto es, con la búsqueda de la verdad objetiva.

Tan científico como Rohde era el catedrático de teología Franz Overbeck, crecido en la misma tradición filosófica que él —y que Nietzsche. Y

sin embargo, se comportó de forma notablemente más abierta. Por supuesto que no hacía suya la posición radical y transvaloradora de todo Nietzsche, pero la percibía, por lo menos, como una posición posible. Su vinculación humana a Nietzsche le imponía, por otra parte, considerarlo todo *sine ira ac studio*, distinguir entre el hombre y la cosa que representaba, de modo similar a como la amistad personal entre el consecuente schopenhauriano Deussen y el renegado Nietzsche no se vio en absoluto afectada por el abismo de las posiciones filosóficas. De ahí que Overbeck indicara a Rohde, antes que nada, en carta fechada el 23 de septiembre de 1886[188], que hablaba con demasiada cólera. En cuanto al asunto de fondo, le reconocía que «el libro no me ha clarificado un solo paso más sobre los últimos puntos de vista y objetivos del autor; después del Zaratustra me ha parecido algo así como la típica recaída que tanto da que pensar sobre estos libros de espíritus solitarios. Y así en cuanto a la mayor parte de lo que Vd. objeta: en principio estoy en y por sí de acuerdo, pero globalmente hablando y en definitiva, soy de una opinión enteramente distinta».

Overbeck ve de modo correcto —aunque lo considera erróneamente «recaída»— que Nietzsche venía a enlazar con los escritos anteriores al Zaratustra, excluyendo en cierto modo éste. No percibe aquello sobre lo que Nietzsche había tomado consciencia al intentar proseguirlo, a saber, que los caminos que habían sido abiertos y recorridos con Zaratustra llevaban fuera de la filosofía, llevaban a ámbitos, en fin, en los que la formulación conceptual verbalizada no era ya posible. Zaratustra se balancea entre lo racional y lo irracional, entre el conocimiento mediante conceptos y la experiencia por vivencias inmediatas, por ejemplo, en la poesía o la música. Por lo demás, el propio Nietzsche había señalizado este peligro al caracterizar el Zaratustra como su «sinfonía».

Muy diferente fue la posición adoptada por el distinguido Jacob Burckhardt. El libro de Nietzsche le quedaba, por supuesto, muy lejos, pero se atribuyó a sí mismo el motivo de la falta de comprensión, poniendo, al hacerlo, en práctica una idea fundamental de Nietzsche: la justificación de la perspectiva.

Con una confianza casi conmovedora puso Nietzsche su libro en las manos de aquel hombre admirado, acompañándolo de una carta fechada el 22 de septiembre de 1886 en Sils: «...¡siento tan profundamente llevar ya tanto tiempo sin haberle visto ni haber podido hablar con Vd.!... No conozco a nadie que tenga tantos presupuestos en común conmigo como Vd.: tengo la impresión de que Vd. ha percibido estos mismos problemas... acaso con más fuerza incluso que yo y con más profundidad, puesto que es Vd. más silencioso... En fin, baste con saber que hay aquí un problema que felizmente... no nos es dado compartir con demasiados de entre los vivos y los muertos. Expresarlo es tal vez el riesgo más peligroso que existe, no en relación con quien se atreve a tal, sino en relación con

aquellos a quienes se habla de ello. Mi consuelo es que, en estos primeros pasos, faltan los oídos para mis grandes novedades, exceptuando los suyos, mi querido y venerado amigo: para Vd. no serán, ciertamente, "novedades".» Jacob Burckhardt contestó con tacto exquisito y gran calor humano —contando, claro es, con su natural reserva— el 28 de septiembre (el libro debió llegarle y ser leído por él antes que la carta de Nietzsche). Burckhardt le agradecía de corazón el envío. «Por desgracia sobrevalora Vd. demasiado... mi capacidad. Nunca he estado en condiciones de ocuparme de problemas —o de clarificar, al menos, sus premisas— del orden de los suyos. Jamás he tenido una cabeza filosóficamente capaz e incluso el pasado de la filosofía me es prácticamente extraño... Lo que en su obra me resulta, sobre todo, comprensible son los juicios históricos y, muy especialmente, sus visiones de nuestra época: sobre la voluntad de los pueblos y su temporal parálisis; sobre la antítesis de la gran seguridad del bienestar frente a la deseada educación por el peligro... sobre la democracia como heredera del cristianismo; muy especialmente sobre los futuros fuertes de esta tierra... ¡Cuán apocados parecen, en cambio, los pensamientos que ocasionalmente acostumbra a hacerse uno sobre el destino general de la actual humanidad europea! —El libro desborda con mucho mi pobre y vieja cabeza, y cuanto más me adentro en su asombrosa visión de conjunto del ámbito entero del movimiento espiritual hoy en curso y más tomo nota de su fuerza y su dominio de los matices, tanto más limitado y tosco me siento.» Se trata, sin duda, de una actitud de todo punto asombrosa en un sabio que contaba ya con 68 años y que aún se había educado por entero en el espíritu del clasicismo de Weimar. Una actitud nutrida, sin duda, de dos fuentes, como revela el final de la carta: «¡Cuánto me hubiera gustado haber podido saber algo de su estado por su carta! Por mi parte he dejado, por razón de mi avanzada edad, la cátedra de historia, conservando de momento sólo de la historia del arte.»

Burckhardt se sentía solidario del colega que veía en Nietzsche en su miseria física. Y como científico se había resignado frente a las inquietantes fuerzas que formaban y regían la historia, restringiéndose a la historia del espíritu en sus manifestaciones en el arte figurativo.

De gran importancia para Nietzsche vino a ser una recensión del libro que bajo la firma de Joseph Victor Widmann (1842-1911) apareció en el suplemento literario del periódico de Berna *Der Bund* el 16-17 de septiembre de 1886. Nietzsche pasaba aún por wagneriano, y no sólo eso, sino que era considerado miembro incluso del círculo más íntimo de Bayreuth. Y lo era, sin duda, dado que precisamente por estos días (el 29 de octubre) reconocía a Overbeck: «Es admirable lo fielmente que todos estos seguidores de Wagner continúan vinculados a mí; creo que saben que hoy todavía me siento tan allegado como ayer al ideal al que se sentía allegado Wagner —¿qué importa que haya tenido que tropezar con lo mucho humano— demasiado humano que el propio Wagner ha ido

poniendo en el camino de su ideal?» Widmann era, por el contrario, amigo personal de Brahms; se hospedaba a menudo en su casa de Berna o pasaban juntos breves y gratas temporadas en el Lago de Thun. Widmann tenía amistad también con Carl Spitteler, lo que llegaría a tener importancia tanto para éste mismo como para Nietzsche y, concretamente, para sus relaciones mutuas.

El padre de Widmann era párroco protestante, convertido a partir de su antigua condición de monje de origen moravo, en Liestal, la joven capital del cantón de la región de Basilea. Había accedido a la autonomía desde las turbulencias de los años 30, y la madre era también monja conversa. El elemento que todo lo dominaba en la casa parroquial de Liestal, en la que Carl Spitteler, nacido en esa misma población en 1845, creció como un segundo hijo, era la música. Joseph Victor Widmann fue a las Facultades de la vecina Basilea, estudió teología, filología y filosofía en esta ciudad, en Heidelberg y en Jena, ocupó temporalmente el cargo de organista y director de música de Liestal (1886), después fue ayudante del párroco, desde 1868 director de una escuela para señoritas en Berna, donde defendió la formación femenina avanzada, y a partir de 1880 se encargó de la redacción del suplemento literario del periódico liberal y librepensador *Der Bund*, el más importante de Berna. Tenía dotes literarias, concretamente una gran facilidad, y creó una obra literaria de notables dimensiones. En su mundo de vivencias nunca irrumpió, sin embargo, la estremecedora experiencia del gran sacrificio, en la que hunde sus raíces el escritor importante. Pero poseía un intelecto brillante y dúctil, que le ayudó a convertirse en un crítico sobresaliente.

Con la atención pública a su obra por parte de un seguidor de Brahms tan conocido como Widmann quedaba, sin duda, abierto un puente a Nietzsche del lado del otro gran partido artístico, el contrario a Wagner. En cualquier caso, cabe suponer, cuanto menos, que con ello había venido a crearse una base para que Nietzsche expusiera, también públicamente, la transformación de sus puntos de vista en lo relativo al problema de Wagner, dado que su última palabra pública al respecto seguía siendo la cuarta «consideración intempestiva», «Richard Wagner en Bayreuth».

Widmann fue, ante todo, el primer lector y comentador que supo valorar las consecuencias de la relativización nitzscheana del conocimiento filosófico desde una interpretación perspectivista. Y fue el primero también en percibir la peligrosidad del libro. Recurrió a una comparación plástica con el coche que, cargado de dinamita para la apertura del túnel de San Gotardo, circulaba ante los ignorantes habitantes de los valles con una bandera negra que indicaba lo peligroso de su carga. Así tenía que ser considerado el libro de Nietzsche.

Nada hacía padecer tanto a Nietzsche como la infravaloración o el rechazo con el argumento de que sus ideas no eran nuevas o carecían de relevancia, al modo de Rohde. Pero tampoco era de su agrado el reconoci-

miento acrítico, del tipo del de Köselitz. En Widmann encontró por vez primera un crítico que tomaba su obra en serio, que percibía todo su peligro y prevenía desde una visión aguda de lo que estaba realmente en juego.

Widmann provocó, en cualquier caso, con su recensión, algo que apenas pudo proponerse; reforzó la autoimagen de Nietzsche en cuanto instrumento de un gran destino europeo, su creencia de que con él, con su superación y relativización del problema filosófico fundamental se había producido el viraje decisivo en la filosofía, de tal modo que con él la historia de la filosofía pasaba a quedar dividida en dos mitades. Verse tomado en serio en este sentido tuvo que entusiasmarle. Sin pérdida de tiempo envió su libro a la vieja y fiel Malwida von Meysenbug, extractándole, el 24 de septiembre, las partes del comentario de Widmann que más le habían interesado. Particularmente orgulloso le puso la frase «Aquí hay dinamita», que subrayó. En cualquier caso, ¡cómo y qué extractó Nietzsche es cosa que por sí misma constituye ya una historia!*

A esta clarividente recensión y a la carta de Jacob Burckhardt, que causó a Nietzsche un inicial efecto beneficioso, vino a añadirse un tercer «reconocimiento» que impulsó poderosamente la confianza de Nietzsche en sí mismo, pero que no dejaba de llevar también en sí el germen de otro doloroso desgarramiento. Desde Niza se dirigió en estos términos a su madre a finales de octubre: «Uno de los franceses más importantes, por espíritu, carácter e influencia, Henri (¡error de Nietzsche!) Taine, un hombre de tan alta calidad como Jacob Burckhardt de Basilea, me ha enviado una carta extraordinaria en agradecimiento a mi último libro. Pocos conocen honores como los que se hacen a tu hijo. Siempre he sentido como propio el interés del viejo pensador independiente y amplio de miras.» A consecuencia de esta alta valoración de Nietzsche por parte de Taine, por un lado, y de las mordaces reservas de Rohde, por otro, la vieja amistad llegaría a su final absoluto un año después.

Preocupaciones de compositor

De nuevo causa preocupación a Nietzsche una criatura de su propio pasado musical. La adaptación de su *Himno a la vida* hecha por Köselitz no había encontrado en Hegar el esperado reconocimiento. El 30 de septiembre escribió éste, en efecto, a Nietzsche, tras disculparse por el retraso de su respuesta por una enfermedad, lo siguiente[124]: «He interpretado varias veces su composición adentrándome cada vez más en su sentir. Hay asperezas armónicas a las que es preciso acostumbrarse, pero que a mí ni

* El texto completo del comentario de Widmann figura en el vol. IV de esta obra, en la sección *Documentos*.

me molestan ni pueden tampoco perturbarme ya la impresión que causan tanto el hermoso poema como la intimidad y sinceridad que empapan su música. De todos modos, la instrumentación no llega a estar siempre bien lograda. Los clarinetes en "la" no suenan adecuadamente tan alto; igual ocurre en ocasiones con las trompetas. En una adaptación los oboes tendrían que haber resultado imprescindibles.» En el dorso de esta carta, que hizo llegar, a su vez, a Köselitz, introdujo cambios, por el contrario, en su arreglo para gran orquesta, es decir, instrumentos de arco y de viento, introduciendo también un oboe y conservando los clarinetes en «la», como parece obvio dado el tono en «re» mayor de la pieza. Un arbitrario cambio armónico introducido por Köselitz dio lugar aún a una viva correspondencia[125].

Otoño

Una nueva —y última— vez se dirigió Nietzsche a Gottfried Keller. Primero le envió el libro y el 14 de octubre, una carta llena de admiración y de respeto. Keller no contestó, como era ya su costumbre en aquellos años. Interpretar su silencio como muestra de aversión a Nietzsche equivaldría, en cualquier caso, a llevar muy lejos las pruebas disponibles. Por primera vez desde la pérdida de Wagner se sentía Nietzsche, sin embargo, de nuevo *inter pares*, en un círculo de espíritus parejos: Keller, Burckhardt y ahora también Taine. El literato menor Lanzky, que se había puesto a su disposición para todo aquel invierno, pasó, en consecuencia, a resultarle molesto. El 8 de septiembre se lamentaba Nietzsche a su madre: «¡Si ya que no me enriquece nada por lo menos me distrajera y ofreciera algún aliciente este buen hombre! En este sentido incluso me asusta Niza: ¡santo cielo, lo que me han aburrido hasta la fecha las personas y la buena cara que a pesar de todo he tenido que poner!» Y el 19 de septiembre: «Por cierto que he pospuesto el reencuentro con el Sr. Lanzky; temía aburrirme con él tanto como hace dos años.» Pero a lo que parece la separación no fue posible, dado que Lanzky llegó y quiso llevarse a Nietzsche a Córcega. Pero Nietzsche no secundó el plan, «porque el hombre que tenía que acompañarme me provoca, visto más de cerca, el mayor rechazo». (A Seydlitz, el 26 de octubre): «Mis casi tres cuartos de ceguera me obligaron a abandonar todo intento de experimentar por mí mismo y huir cuanto antes a Niza, lugar que mis ojos han aprendido a conocer 'de memoria'».

Aunque no dejaba de proclamar, en los más diversos frentes, su satisfacción por el reconocimiento de Burckhardt, le corroía una decepción secreta que confió a Overbeck: «La carta de Jacob Burckhardt... me turbó, aunque era de lo más elogiosa y considerarda para conmigo. Pero ¡qué me importa hoy *eso!* Lo que yo deseaba oír es "¡eso es lo que a *mí mismo* me preocupa! ¡*Me* he quedado mudo al verme enfrentado a ello!"

Solo en este sentido, mi viejo amigo Overbeck, me hace sufrir mi "soledad". ¡No me faltan las personas, pero sí aquellas con las que poder compartir mis preocupaciones, mis preocupaciones!»

Acuciado así, en varias direcciones, por los estímulos, la esperanza y las dudas, regresó Nietzsche el 20 de octubre de 1886 a Niza, donde le esperaba un invierno lleno de trabajo.

Rearme contra el platonismo

Al aislamiento en su aburrida —y, en cualquier caso, no demasiado estimulante en el terreno del espíritu— Niza opuso Nietzsche un intenso trabajo de lecturas, con las que sobrecargó sus débiles ojos. De «tres cuartos de ceguera» era, según expresión propia, su estado. Diez años llevaba viviendo con el temor a la ceguera; ya durante su época de catedrático en Basilea le fue temporalmente prohibida (1873) por el médico toda lectura, lo que le obligó a enseñar *par coeur* (de acuerdo con la gráfica expresión francesa), sin ayuda de notas ni manuscritos. Nietzsche era perfectamente consciente del daño irreparable que con ello podía hacerse, pero no podía renunciar a la fuerza incitadora de los libros; necesitaba el diálogo con el autor, y muy especialmente con los autores contemporáneos y sus problemas actuales. Estos ocupaban un lugar de primer orden en sus intereses; lo que a Nietzsche le fascinaba era, en efecto, la discusión inmediata, apasionada y vital con el espíritu de su época. Sólo excepcionalmente recurría a autores anteriores, y cuando lo hacía, se trataba siempre de autores antiguos con proyección actual. En la primavera de 1887, por ejemplo, leyó, como informaba a Overbeck el 9 de enero: «... el comentario de Simplicio a Epicteto: tiene uno claramente dibujado ante los ojos el esquema filosófico entero en el que se incrustó el cristianismo, razón por la que este libro de un filósofo "pagano" causa la impresión más cristiana imaginable (aunque con total ausencia, claro es, del mundo de él, "temor a Dios", etc.). La falsificación de todo lo real por la moral brilla ahí en todo su esplendor; deplorable psicología; el filósofo reducido a "cura rural". ¡Y de todo ello tiene la culpa Platón! Ha sido y es la mayor desdicha de Europa.»

Encontramos por vez primera citados en Nietzsche de manera explícita a los autores de la Antigüedad tardía Epicteto y Simplicio. Es de suponer que Epicteto le sería cuanto menos conocido por las alusiones de Schopenhauer. De dónde le vino la incitación a la lectura del mismo es cosa que nos oculta. Cabe suponer que de las conversaciones con el grupo de catedráticos residentes en Sils durante el verano, y concretamente en relación con la fórmula nietzscheana «el cristianismo es platonismo para el pueblo» de «Más allá del bien y del mal»). Desde esta «perspectiva» leyó Nietzsche a este autor, como se desprende de sus manifestaciones a Overbeck.

Leer a su autor —Simplicio— en el original griego habría sido, sin duda, lo más adecuado para un «catedrático de filología griega», título con el que aún se presentaba, con el mayor énfasis, por doquier y al que sólo renunciaba en su círculo más íntimo. (Es de suponer, en cualquier caso, que de haberlo hecho así habría tenido una mejor imagen de sí mismo.) Utilizó, sin embargo, la traducción de K. Enk[220], que figura en la biblioteca que dejó a su muerte y que muestra señales de haber sido muy utilizada[138]. De Epicteto tenía la traducción comentada de Karl Link[83].

El frigio Epicteto (aprox. 50-120, según otros testimonios 60-140 d. C.) llegó a Roma como esclavo, pudiendo estudiar allí, en condición ya de liberto, filosofía con Musonio y enseñar él mismo más tarde. A raíz de la expulsión de los filósofos por el emperador Domiciano (94/95), se trasladó a Epiro, donde pasó a dirigir, en Nicópolis, una prestigiosa Escuela Filosófica de estricta orientación estoica. Precisamente por estos orígenes caracterizó Nietzsche en una ocasión la teoría de Epicteto, cuya pieza central es de naturaleza ética, en términos de «moral de esclavos». No dejaban de haber, de todos modos, importantes puntos de contacto. El joven Nietzsche se había ocupado ya del tema *Fatum e historis* (cfr. volumen I) y, muy especialmente, de *Voluntad libre y factum*, es decir, de la responsabilidad ética. La respuesta de Epicteto a este problema fue de claridad y sencillez grandiosas[83]: «De todo lo que hay, unas cosas están bajo nuestro control (en nuestro ámbito de disposición), las otras no.»*

Están bajo nuestro control nuestros propósitos e intenciones (ηροαιρόωις), así como nuestros deseos y su realización; se evade a nuestra capacidad de disposición todo aquello a lo que nos ata nuestro destino (οι κοινωνοι] p. ej., nuestro cuerpo, nuestras propiedades, nuestra parentela, nuestra patria. También tenía Nietzsche que asentir a la forma como pasaron a ser transmitidas las doctrinas de Epicteto: no en áridos tratados elaborados por él mismo, sino en la diatriba viva, en la forma de diálogos de intención didáctica tal y como a partir de sus lecciones vino a darles cuerpo su discípulo Arriano, autor también de un extracto de las mismas al que tituló *Enchiridion* («Manual breve»).

A pesar de su reiterada insistencia, en su ética, en la vinculación de todos los hombres a la Divinidad y en su condición de criaturas de la misma, Epicteto figuraba, en su condición de estoico de orientación «conservadora», en las filas de los descendientes de la filosofía natural jonia, lo que no deja de resultar significativo tanto histórico-filosóficamente como en orden a la posición de Nietzsche. También en la física estoica sigue siendo «Dios», esto es, el Logos, la materia, una materia, en cualquier caso, sumamente fina y sutil, que gracias a su finura, que desborda nuestra capacidad de representación, lo empapa y penetra (materialmente) todo. El fuerte talante «religioso» de Epicteto hizo posible al

* τῶν ὄντων τὰ μέν ἐστιν ἐφ ἡμῖν, τὰ δέ οὐκ ἐφ'ἡμῖν (*Ench.* I, 1).

helenismo tardío, tan amigo de las leyendas (leyendas de Cristo, de María y de los santos), percibir en él la influencia de escritores cristianos tempranos, hacerle un sitio, en fin, en sus filas como un cristiano encubierto. Y en el período bizantino el *Enchiridion* fue incluso reelaborado para uso cristiano.

Si estos desdibujamientos de límites y fronteras permanecieron aún en el ámbito común de la fe, los padres de la Iglesia fueron, en cambio, demasiado lejos al presentar la filosofía de la época, que era predominantemente estoica o neoplatónica, como una adaptación del acervo conceptual cristiano. El proceso de influencia fue, por el contrario, inverso: los dogmáticos cristianos primitivos pasaron todos bien por la Escuela del Talmud, bien —en proporción mucho mayor— por la Stoa o el platonismo en Alejandría, Atenas y Roma. Y eran precisamente estas huellas lo que Nietzsche se proponía reconstruir y descifrar en su crítica del cristianismo, sobre todo en su vertiente ética. Porque la ética no es un hallazgo ni un privilegio del cristianismo. A lo que debe allegarse asimismo la observación de que también ella surgió de las circunstancias objetivas y de las necesidades del espacio ecológico común del Mediterráneo oriental. Las numerosas coincidencias resultaban, pues, casi obligadas.

Con su comentario al *Enchiridion* de Epicteto, Simplicio vino, cuatrocientos años más tarde, a acentuar el desdibujamiento de frentes. Aunque, en cualquier caso, no por «cristianizarlo», dado que siempre se opuso a ello como neoplatónico. Tuvo que vivir un destino similar al de Epicteto. También él tuvo que abandonar patria y áreas de influencia cuando el emperador Justiniano cerró en el 529 la Escuela de Filosofía de Atenas. Como platónico Simplicio siempre aspiró a la síntesis de las diferentes escuelas. Sus comentarios a Aristóteles tienen, en este sentido, gran importancia. Sólo que Simplicio «armonizaba» sobre la base de la descendencia eleática, que en Platón tuvo tan gran operatividad. Y precisamente esto es lo que Nietzsche vino a reprocharle en la breve observación a Overbeck. De todos modos, este rechazo global no deja de resultar, ciertamente, curioso y sobremanera inadecuado, dada su superficialidad, tanto para el filólogo como para el filósofo Nietzsche. Encontramos con frecuencia creciente juicios globales despreciativos de este tipo, cuando precisamente en este caso, por el contrario, lo que hubiera sido de esperar es que Nietzsche honrara a Simplicio como el último luchador valeroso de la Antigüedad contra el cristianismo. Simplicio reprocha a la nueva doctrina, como uno de los rasgos que marcan su inferioridad, honrar sólo a seres muertos (Cristo, los Santos) y no como en el neoplatonismo, a los astros eternamente vivos y a la magnificencia del cosmos. Sería difícil encontrar otro pensador que hubiera empequeñecido a los hombres, precisamente por comparación con el cosmos así contemplado, hasta el grado en que lo hizo Nietzsche en «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral». También debería, por otra parte, haberse encontrado gratamente

reafirmado en sus principios con la negación del dualismo de bien y mal llevada a cabo por Simplicio. Para Simplicio el «mal» no es un αρχη coordinado cualitativamente al bien, no es, en fin, una contrapotencia de origen propio y específico, sino más bien una caída, un defecto, una discriminación de lo bueno*.

En el rechazo de Simplicio desempeña también un papel importante otra antítesis: la tensión, existente desde la Antigüedad, entre los Diadocos materialistas —científico-naturales— jonios —Heráclito, Leucipo, Demócrito, Epicuro (Nietzsche se autocalifica, por ejemplo, de epicúreo), entre otros—, por una parte, y el chamán Pitágoras y la escuela de filósofos que llevaba su nombre, así como los eleatas Jenófanes y Parménides, por otra. Al máximo nivel filosófico se trata del enfrentamiento, en Atenas, entre Platón y Aristóteles. Y ahora irrumpía de nuevo, en pleno siglo XIX, alimentada por los progresos de las ciencias de la naturaleza y de la técnica y por las tensiones sociales en la estela del capitalismo, esta vieja antítesis entre idealismo y materialismo. En esta situación, tan condicionada y determinada por una época, Nietzsche tomó las armas para luchar, en el marco de un ataque global y de principio, contra el platonismo (de fundamentos eleáticos) y, muy especialmente, en la versión del mismo que ofrece, por venir marcado por él, el cristianismo. Templó sus armas estudiando a los platónicos de la Antigüedad tardía, con vistas a poder esgrimir así argumentos más punzantes en la discusión de sus tesis. En este contexto hay que situar su desafortunado *excursus* sobre Simplicio. Con la transvaloración de todos los valores platónico-cristianos —que es a lo que apunta su filosofía— venía Nietzsche a situarse, en su condición de sucesor tardío de la filosofía natural jonia (¡recuérdese cómo eran precisamente los presocráticos lo que con mayor fuerza atrajo su interés docente en Basilea!), presuntamente cerca también de los materialistas contemporáneos, contra los que en una ocasión (en su Zaratustra) no dejó de alzarse. También ahora intentó ganarles el paso, con su insistencia en preguntar por un αρχη en el que seguía creyendo, un αρχη que estaba convencido, por lo demás, de haber encontrado, como una y otra vez anunciaría, en sus obras tardías, allegándole, con tono cada vez más exaltado, el rótulo, acaso no demasiado feliz, de «voluntad de poder».

Como filósofo Nietzsche conocía perfectamente las técnicas de elaboración de los fundamentos de una obra científica y también los de una exposición filosófica sistemática. Su intención, tantas veces manifestada,

---

* τοῦ ἀγαθοῦ παρατροπή (*quae est aversio infimi boni*, un desvío del bien rebajado). Simpl. 172 a: παρυφισταται τῶ ἀγαθω εκπτωσις αὐτοῦ και στερησις ὑηάρχον. Οὕτω γὰρ ἔρχει και νόσός ηρὸς ὑγειαν, και κακίαφυχῆς πρὸς ἀρετηῄν. Lo malo viene esencialmente situado al lado de lo bueno como un desvío, un despojamiento, una carencia. La corrupción del alma se relaciona con la virtud como la enfermedad con la salud. Nietsche hubiera, pues, podido encontrar aquí su antítesis: bueno es lo que es sano, fuerte; malo es lo débil, carencia.

de estudiar ciencias naturales, así como su reciente ocupación con autores de este ámbito, que en principio no podían menos de resultarle poco familiares, dan testimonio de esta voluntad metódica suya. Pero también en esta ocasión tendría su pasión, su sentimiento interior de alejamiento y abandono de aquello, que arrancarle de ahí y volcarle de nuevo a la diatriba y la polémica; ¡paradójicamente en un platonismo de la forma!

Dostoyevski

Metido de lleno en la discusión filosófica contemporánea se vio Nietzsche a raíz de su último descubrimiento literario: Dostoyevski. ¿Le vino la incitación de la cita de «El adolescente» cuya versión alemana acababa de ver la luz, que había puesto Widmann al comienzo de su recensión del «peligroso libro» de Nietzsche? Dada la rapidez y sensibilidad con que Nietzsche reaccionaba a los signos de la atmósfera espiritual de la época, un estímulo de este tipo hubiera podido parecer suficiente, aun cuando su obediencia a él no fuera enteramente consciente. Porque todavía el 23 de febrero de 1887 escribía a Overbeck: «De Dostoyevski no conocía hace pocas semanas ni siquiera el nombre —hombre inculto como soy, que no lee ni cuanto menos un "periódico". En una visita casual a una librería la suerte puso bajo mis ojos la obra recién aparecida en traducción francesa, *L'esprit souterrain* (¡algo parecido me ocurrió a los 21 años con Schopenhauer y a los 35 con Stendhal!) El instinto del parentesco (¿o cómo tengo que llamarlo?) habló de inmediato, mi alegría fue extraordinaria.» El nombre de Dostoyevski tenía, de todos modos, que serle conocido a Nietzsche desde la recensión de Widmann, esto es, desde finales de septiembre, y el capítulo "Del pálido delincuente" del Zaratustra invita a pensar en un conocimiento todavía más temprano. Tal vez latía un recuerdo en su subconsciente que le hizo aferrarse al libro al ver el nombre en la cubierta. Algo muy parecido debió, sin duda, ocurrirle con Schopenhauer y Stendhal, a quienes cita como puntos de comparación y testimonios de su instinto literario, un instinto capaz de vagar y orientarse a través de los sueños —si es que con ello no viene, simplemente, a encubrirse y remitirse subterráneamente al yugo de una creencia un tanto opresora en el destino. En lo que Nietzsche tenía razón, en cualquier caso, es en su afirmación de que hasta ese momento Dostoyevski había carecido de importancia para él, ni siquiera en las conversaciones con Lou Salomé (1902), que conocía las obras de Dostoyevski, vino, documentadamente, a despertarse un interés nietzscheano por este escritor. Y de repente ahora, seis años después de la muerte de Dostoyevski (9 de febrero de 1881), se lanza Nietzsche con la pasión que le caracterizaba a su obra. Escribe a Köselitz una carta centrada casi exclusivamente en este tema y hace referencias a él en cartas a Malwida von Meysenbug, Hippolyte Taine, Overbeck y, un año des-

pués, a Georg Brandés. Nunca, sin embargo, a la madre ni a la hermana. Resulta, asimismo, llamativo que Nietzsche leyera a Dostoyevski exclusivamente en lengua francesa, por mucho que en un principio fuera lo más lógico, dado que en Niza difícilmente hubieran podido encontrarse otras ediciones del gran escritor. Importa subrayar, en cualquier caso, que con todo ello Dostoyevski vino a fundirse, a ojos de Nietzsche, enteramente con el espíritu francés, pasando incluso a ser percibido por él como uno de los más caracterizados «novelistas parisinos», como escribía el 4 de julio de 1887 a Hipolyte Taine. El 20 de octubre de 1888 escribía aún a Georg Brandés en este sentido: «Tengo algún que otro libro ruso, sobre todo de Dostoyevski (en versión francesa, por Dios ¡no en alemán!), que me procura los mejores momentos.»

Lo que encantaba a Nietzsche de Dostoyevski no era tanto su capacidad literaria, su técnica de escritor, cuanto lo profundo de su mirada al alma humana, lo incisivo de su penetración literaria psicológica. «Salvo Stendhal, nadie me ha proporcionado tanto placer y sorpresa: un psicólogo con el que "me entiendo"» —es la primera manifestación de Nietzsche que encontramos en su carta a Köselitz del 13 de febrero. Y el 7 de marzo volvía a dirigirse a él sobre Dostoyevski en los siguientes términos: «... descubrió así la fuerza de su intuición psicológica, aún más, su corazón se suavizó y profundizó con ellos— su libro de memorias de esta época, *La maison des morts*, es uno de los libros más humanos que existen. Lo primero que conocí, recién difundido en lengua francesa, llevaba por título *L'esprit souterraine*. Constaba de dos novelas cortas: la primera, una especie de música desconocida, la segunda, una verdadera obra maestra del genio psicológico... hasta el punto de que me sentí desbordado por el entusiasmo. Entretanto he podido leer, por recomendación de Overbeck, ...*Humiliés et offensés*». A consecuencia de ello Köselitz se procuró un tomito de la colección Reclam, proclamó, como el sentido de la obligación propio de su condición de «discípulo fiel y agradecido» (como firmaba casi todas sus cartas) le indicaba, su total acuerdo y se lo envió seguidamente a Nietzsche. Este le contestaba el 27 de marzo: «Los franceses traducen con más delicadeza que el terrible Jüd Goldschmidt (con su ritmo de sinagoga).» El 30 de marzo Köselitz se permitía también una observación un tanto restrictiva: «Cierta timidez y apatía propias de un ambiente de solteros me ha llamado la atención, tal vez por venir precisamente del mundo grandioso de luchas y amores del 'Orlando furioso'. ¡Oh este Ariosto!» Köselitz se refería a la narración «Noches blancas», dado que la edición francesa de *Humiliés et offensés* que pidió prestada a Overbeck se perdió en Correos, peripecia que suscitó a Nietzsche, el 15 de abril, el siguiente comentario llamativo: «Ante todo hay que reconocer que tal vez esta frustración del envío tenga también sus ventajas: lo cierto es que Vd. ha podido reinstalarse con mayor razón en la luminosidad solar de Ariosto que en ese crepúsculo invernal de San Petersburgo.» Se trata,

por de pronto, de la última manifestación de Nietzsche sobre Dostoyevski, con la que, como con un gesto involuntario de la mano, lo eliminaba de su espíritu, dado que el estudio de los historiadores del cristianismo primitivo le era ahora más urgente. Que la lectura de Dostoyevski dejó huellas profundas en él, es cosa que sólo cuando el derrumbamiento en Turín vendría a revelarse. Queda, en cambio, como cuestión abierta la del grado y medida en que determinadas ideas y formulaciones de sus obras posteriores fueron influenciadas por las discusiones de Nietzsche con el nihilismo ruso moderno y con las teorías de la justificación de los violentos (p. ej., en «Crimen y castigo», III, 5), o por fuentes comunes a ambos, a las que Nietzsche habría podido tener acceso a través de Lou Salomé o incluso, simplemente, de Malwida von Meysenbug (quien frecuentó durante su exilio londinense círculos de emigrantes rusos revolucionarios), dado que las indicaciones y notas del propio Nietzsche no procuran las debidas claves resolutorias.

Intereses históricos

De la extensión y alcance de estas lecturas invernales nos procuran un indicio las breves manifestaciones contenidas en una carta a Overbeck fechada el 23 de febrero de 1887. En primer término cita al historiador y orientalista francés Ernest Renan (1823-1892), a cuya *Histoire des origines du christianisme*, elaborada entre 1863 y 1883 como «historia de las circunstancias y de los *sentiments* de Asia Menor» Nietzsche no asiente por considerar que «parece flotar de un modo cómico en el aire».

Con esta atención a Renan Nietzsche no dejaba, ciertamente, también de echar una mirada al ámbito de intereses y tensiones de Richard Wagner. Porque Wagner leía con atención creciente, desde 1873 cuando menos, a Renan, cosa que hizo, por otra parte, hasta sus últimos días. Con juicio diferenciado, desde luego, pero con pleno acuerdo, incluso con provecho reconocido. Afirma, por ejemplo, haber recibido una estimulación esencial, de cara a su propia relación con el cristianismo, de la *Vida de Jesús* (1863, versión alemana de 1864), y ello por mucho que generalmente no esperara demasiada profundidad de los autores franceses de su época en estos asuntos. Encontró, pues, más en ese texto que los comentaristas modernos, que no dudan en sintetizarlo señalando que: «...despoja a Cristo de su carácter divino y lo explica a partir de sus aspectos geográficos, culturales y psicológico-individuales» y «no destaca otros caracteres del cristianismo que los sociales y morales, más allá de toda comprensión adecuada del elemento religioso»[32].

Por presiones del elemento clerical Renan perdió su cátedra de filología y orientalística durante años. Ya esto debió haberle ayudado a ganarse a Nietzsche, pero éste no encontró ahora motivos de complacencia en la orientación científico-positivista en este campo. ¿Le era acaso conocido a

Nietzsche asimismo el acuerdo de Wagner con Renan a partir de conversaciones en Tribschen o incluso en Bayreuth en 1874?

Las relaciones internas de Wagner y Nietzsche con la literatura francesa siguieron, en términos generales, procesos diametralmente divergentes. Cuando Wagner percibió en 1880 (26 de marzo) que encontraba gusto en la lectura de determinados autores franceses, comentó que «se volvería como Nietzsche»[258]. Valoraba positivamente a Víctor Hugo —por el que Nietzsche sentía casi desprecio—, estaba contra Voltaire, al que oponía a Renan (31 de mayo de 1878). Políticamente se inclinaba a Dühring («salamandra de pantano» para Nietzsche) y a los por Nietzsche tan despreciados socialdemócratas, de los que esperaba el futuro. Wagner percibía el enorme contraste entre las circunstancias sociales de su entorno alemán medio y la costosa manutención de la corte militar de Berlín; un problema que Nietzsche jamás se planteó.

Por estas fechas Nietzsche leyó a *un* historiador alemán, Heinrich von Sybel (1817-1895), cuya «obra fundamental», como Nietzsche la llamaba, la leyó, sin embargo, ¡en lengua francesa! Como la obra fundamental de Sybel *La fundación del Imperio Alemán por Guillermo I*, en 7 tomos, no apareció hasta 1889-1894, es de suponer que esta lectura lo sería de la obra mayor juvenil de Sybel, *Historia de la época de la Revolución 1789-1800*, en 5 volúmenes, aparecida entre 1853 y 1879. Es posible, dado el tema, que la incitación al respecto le hubiera venido a Nietzsche de Jacob Burckhardt. De modo marginal señala Nietzsche que fue previamente instruido y preparado para los problemas de Sybel por la lectura del estadista e historiador conservador francés Alexis Charles Henri de Tocqueville (1805-1859), el «importante analista del mundo contemporáneo» (Dilthey), y del crítico e historiador Hippolyte Taine (1828-1895), con el que había comenzado a mantener una correspondencia, así como también por la lectura de Montalembert. Este Comte Charles de Montalembert (1810-1870) representaba una tendencia orientada hacia una alianza de la Iglesia con la libertad democrática y el sistema parlamentario, lo que en realidad era más que suficiente para impedir que Nietzsche valorara positivamente su historia en cinco tomos del monacato occidental (5.ª ed. 1874-77) por su carácter científico. De todos modos, no dudó en hacer a Overbeck la siguiente consulta: «¿Conoces la obra de Montalembert *Moines d'Occident?* O; más bien, ¿conoces algo más sólido y menos partidista que esta obra, aunque dedicado igualmente a sacar a la luz los beneficios que la sociedad europea debe a los conventos?» ¿Se trata de una pregunta retórica a la que sólo cabía responder con un: no hay nada mejor? Overbeck debió recibirla como una consulta auténtica, crítica, porque le recomendó sustituir al «prolijo panegirista» Montalembert por la *Historia de las costumbres europeas de Agustín a Carlomagno* 2.ª ed., 1879) del inglés William Lecky (1838-1903), que él mismo no conocía, pero que le había sido recomendada. Nietzsche se negó: «Tengo la obra de Lecky. Pero a

estos ingleses les falta "el sentido histórico" y unas cuantas cosas más. Lo mismo puede decirse del muy leído y traducido americano Draper.» Al igual que la obra de Lecky, la *Historia de la evolución espiritual de Europa* de John William Draper (2.ª ed., 1871) figuraba en la biblioteca de Nietzsche[183]. En todo ello no deja de poder apreciarse una vez más la preferencia, tan enfatizada en *Más allá*, por los autores franceses frente a los anglosajones, así como la confrontación con Wagner. ¡Wagner estimaba, en efecto, a Lecky!

El interés de estos meses se centra, pues, preferentemente en los historiadores, y concretamente en los historiadores contemporáeos de la ética cristiana, con los que y con la que se proponía iniciar en su obra una discusión crítica, desarrollar, en fin, un diálogo. Se trataba, dado «el estado de los ojos», de trabajos preparatorios fatigantes y de gran ambición, investigación de fundamentos con vista a la «obra fundamental», que después aún vendrían a ser aprovechados por lo menos en el *Anticristo*. Cita a Dostoyevsky, paralelamente, entre sus «distracciones» después del trabajo, «distracciones del psicólogo», que precisamente por eso no eran superficiales ni tenían por qué quedar en el ámbito del mero esparcimiento.

Distracciones de este tipo encontraría también de nuevo en la música y en el teatro.

Música y teatro

El 22 de septiembre comunicaba Nietzsche a Köselitz las siguientes impresiones: «El pasado domingo (19 de diciembre de 1886) me refugié, huyendo de la melancolía, en el teatro: *Boccaccio*, una opereta que ahora conozco ya en tres idiomas. Pero ¡con qué diferencia era esta interpretación francesa la mejor de todas! Estaba dominado por el asombro: esa elegancia y finura de gestos, esa profunda bonhomía en la interpretación, esa ausencia de la sempiterna ordinariez alemana... Por tres, cuatro veces me sentí yo mismo —por absurdo que parezca— con lágrimas en los ojos. La gran jovialidad, he ahí lo que ahora me conmueve más.» También en este caso sintió, pues, Nietzsche un hechizo especial ante el ropaje francés de esta nueva opereta vienesa, más escorada del lado de Offenbach que del de Johann Strauss. *Boccaccio*, obra dada a conocer en 1879, fue compuesta por el austriaco Franz von Suppé (1819-1895), director de orquesta en Viena.

De modo muy diferente se vio afectado Nietzsche, en cambio, por una impresión de orden puramente musical. En enero de 1887 fue a un concierto en Monte-Carlo, en el que pudo oír por vez primera el Preludio de «Parsifal» interpretado por una orquesta. Conocía la pieza desde 1882, en arreglo para piano, pero la magia del ropaje orquestal y el peculiar efecto

del sonido le procuraron una vivencia nueva y profunda. El 21 de enero informaba a Köselitz al respecto: «Quiero decirle exactamente lo que *comprendí* allí... Preguntaba estrictamente estética: ¿Ha hecho Wagner alguna vez algo *mejor?* La más alta consciencia y determinación psicológica en orden a lo que aquí ha de ser dicho, expresado, comunicado; la más breve y directa forma para ello; hasta el último matiz del sentimiento llevado a lo epigramático; una claridad tal de la música como arte descriptivo que se impone la imagen de un escudo grabado con arte consumado; y, por último, un sentimiento sublime y extraordinario, una vivencia, un acontecer y latir del alma en la raíz de la música que confiere a Wagner la mayor de sus glorias... Algo similar sólo puede encontrarse en Dante y en nadie más. ¿Acaso algún pintor supo pintar nunca una mirada de amor tan melancólica como ha sabido hacerlo Wagner con los últimos tonos de su preludio?» Con ello venía Nietzsche, curiosamente, a coincidir de modo llamativo con el propio Wagner, quien a propósito de esta problemática comentó en una ocasión (el 22 de octubre de 1882[268]): «No es posible pintar a Cristo, pero en tonos cabe reproducirlo.» Y cuando Cosima le alabó por haber renunciado a sacar a Cristo en escena, creando, en contrapartida, la figura de Parsifal, no dudó en exclamar: «¿Que un tenor haga de Cristo? ¡Al diablo!»

Nietzsche comprendió a «su» Wagner sin el ropaje dramático, sin el disfraz del actor, simplemente como músico. «Soy ahora tan antiteatral, tan antidramático», escribía el 1 de abril a Köselitz, «... La corrupción de la música por los miramientos y convenciones del drama resulta cada vez más visible; a través de Richard Wagner el público... ha anunciado ya su voluntad de tiranía de un modo peligroso. (¿Hasta dónde llega mi desconfianza? Dos teatros han puesto este invierno en escena *Carmen*, uno francés, otro italiano —¡y su amigo se ha vedado a sí mismo obstinadamente *Carmen!* Retorno de la música de la antinaturaleza teatral a la *naturaleza* de la música— que en definitiva no es sino la forma máximamente ideal de la veracidad moderna».

Sin tener en cuenta este viraje decisivo en su relación con la música no cabe entender el ataque nietzscheano en los años siguientes al «actor Wagner» como lo más negativo y funesto para el —por él tan venerado— «músico Wagner». Para Nietzsche el «caso Wagner» radicaba en el sometimiento del músico al actor, no dejando de resultar curioso que el propio Wagner percibiera algo de ello, hasta el punto de no querer componer, tras «Parsifal», sino sinfonías, idea esta, por otra parte, que le ocupaba desde 1876: «Una vez creada la orquesta invisible, quiero inventar también el teatro invisible» (23 de septiembre de 1878[278]).

Esperanzas para Köselitz

También ahora quedó, pues, unido Nietzsche a Wagner, a su «Parsifal», por hilos especialmente sutiles. Desde agosto de 1886 Köselitz estaba, por consejo, sin duda, de Nietzsche, en Munich. El 14 de agosto informaba desde allí de las profundas impresiones que causó en él una representación de «Parsifal» (Köselitz estaba, pues, en Bayreuth), a lo que Nietzsche replicó: «Me alegra que sus experiencias del 'Parsifal' no hayan venido a desautorizar del todo mis juicios y prejuicios formulados y aventurados desde la lejanía.» Sin que todo ello viniera, sin embargo, a impedirle llamar la atención de Köselitz asimismo sobre el hecho de que «ahora puede oírse también en Munich el ciclo entero de los Nibelungos... Tal pueda Vd. sacar fruto de tan magnífica ocasión». El objetivo principal de la estancia de Köselitz en Munich, donde permaneció hasta el 6 de enero de 1887, era, de todos modos, entrar en contacto con Hermann Levi, quien desde su puesto como director de la orquesta de la corte dominaba, desde 1872, la vida teatral del lugar. Köselitz consiguió finalmente una ejecución decepcionante para él (y posiblemente también para los intérpretes y para el público) de su septeto, con el que ya en Leipzig había tenido poca suerte con Nikisch, el 1 de enero de 1887, bajo la dirección de Richard Strauss, quien a la sazón ocupaba en Munich el cargo, a sus veintidós años, de tercer director de orquesta. No era ningún secreto que Köselitz había podido acceder a Levi gracias a la recomendación de Nietzsche. Tal vez resulte de interés para la biografía de Strauss señalar que el joven Strauss entró con este septeto de Köselitz por primera vez en el círculo más íntimo de Nietzsche, al que pagó su tributo en 1896 con su poema musical «Así habló Zaratustra» (op. 30). La decepción no representó sorpresa alguna para Levi; ya había tenido ocasión de experimentarla en otoño de 1882.

Köselitz llevaba en Munich una existencia miserable. Sobrevivía penosamente a base de recensiones para la *Süddeutsche Presse*. Por unos honorarios mínimos de 4 céntimos por línea se ocupaba de la sección de información musical. Nietzsche se alegraba, por una parte, de que Köselitz pudiera poner en práctica y perfeccionar sus facultades literarias, y no dejó, en este sentido, de animarle a dar forma y sistematizar mediante un trabajo de carácter más fundamental en el ámbito de la estética lo que de forma más o menos rutinaria iba haciendo suyo. Por otra, sin embargo, no podía menos de conmoverle y deprimirle el estado de servidumbre y casi miseria en que veía a su protegido. Creía que en un plazo de diez años el gusto musical habría evolucionado, alejándose grandemente de Wagner, lo que supondría, para Köselitz, la llegada de su momento. Se trataba, pues, de aguantar hasta entonces, también financieramente, y con tal objeto hacía el 9 de diciembre el siguiente ofrecimiento a Köselitz: «Y en lo que hace al dinero, ¿le satisfaría que diera a mi banquero de Naumburg la or-

den de transferirle 2.000 marcos? A cuenta de su futuro, querido amigo mío: no vea en ello otra cosa que un préstamo.» Y ponía este ofrecimiento bajo el *motto* κοινὰ τῶν φίλρν (entre amigos las cosas son comunes)*. ¡No deja de resultar curioso que a Nietzsche le faltara tal fe en el futuro en el caso de las empresas paraguayas de su cuñado!

Köselitz declinó el ofrecimiento con cortesía, pero también con determinación: «Incluso sabiendo que dispone Vd. de una renta de 500.000 marcos, tendría toda clase de reservas para disminuirla en 2.000; dándose el caso de que su situación no es en modo alguno tan brillante, sería un crimen "capital" no prevenir a Vd., de cuya vida y capacidad dependen las más decisivas tareas, contra un paso que en modo alguno —y menos a favor de un músico fácilmente sustituible— debe dar.»

La pobre existencia propia

Externamente transcurrió también este invierno de 1886/87 en Niza sin acontecimientos especiales. «Hace frío, en mi caso personal incluso mucho frío. Una habitación al Norte sin estufa: habitualmente, dedos azulados. ¡El frío que ha pasado en los siete inviernos de mi existencia en el Sur! En realidad, no tengo medios suficientes como para vivir aquí; los precios que piden las pensiones por las habitaciones que dan al Sur son demasiado altos para mí, sobre todo cuando se trata de viviendas privadas bien situadas. Si a eso se une mi verano en la Engadina, con 10, 11 y 7 grados centígrados de media mensual (la última corresponde a septiembre), resulta la existencia más friolenta que pueda uno procurarse en esta vida.» Así informaba el 25 de diciembre a Overbeck. El 3 de enero se mudaba, de todos modos, a una habitación que daba al Sur: «rue de Ponchettes 29, primer piso, con sol, cosa absolutamente necesaria, dado lo riguroso del invierno; la situación anterior era ya insostenible para el cuerpo y para el espíritu. Interrogante: ¿durará el dinero hasta el próximo envío?... Ayer conté 21 viviendas habitadas por mí en los 7 inviernos de Génova y de Niza: otras tantas fatigas e incomodidades, en todos los sentidos. ¡Ay, la suciedad del Sur! En los últimos meses he visto aquí casi 40 habitaciones, sin encontrar nada pasable... para un animal limpio y reflexivo como yo».

Hasta qué punto estaba Nietzsche entregado por estas fechas a su trabajo es cosa que resulta particularmente clara a la luz de su «reacción», esto es, de su pasividad ante el acontecimiento natural que «sacudió» realmente a Niza: un intenso terremoto a las 6 de la mañana de un Miércoles de Ceniza, 23 de febrero de 1887. El número de víctimas fue elevado y muchas casas quedaron destruidas, contándose entre éstas aquellas en las que vieron la luz los libros tercero y cuarto del Zaratustra, como

* Diog. Laerc. VIII, 10 κοινὰ τὰ φίλων εἶναι.

comentó Nietzsche (a Mrs. Fynn)[90]: «Así tendrá que visitar la posteridad un lugar de peregrinaje menos, lo que no deja de constituir una ventaja.» La noche siguiente dio Nietzsche un paseo general «para difundir algo de valor y de tranquilidad, porque el pánico es enorme y la ciudad está llena de sistemas nerviosos deshechos», así como «para buscar a mis conocidos, que pasaban todos la noche al aire libre, del peor de los humores —con grave inconveniente, me temo, para su salud, dado que la noche era fría. Hubieron pequeños temblores, los perros aullaban, media Niza estaba en pie. En lo que a mí respecta, dormí bien, tanto antes como después de la ronda de inspección. Lo peor es que con esto la *saison* ha acabado de golpe. En estos términos sintetizaba Nietzsche su experiencia del terremoto en una carta a Overbeck fechada el 24 de febrero.

Entretanto, y al hilo de todo ello, el trabajo de Nietzsche iba a buen paso. El 14 de noviembre de 1886 anunciaba a Overbeck que los nuevos prefacios a «Aurora» y «La gaya ciencia» «quedaron ayer... ultimados ya por mí para la imprenta... Estos cinco prefacios son tal vez la mejor prosa que he escrito hasta el momento». (Se trata de los prefacios a «El nacimiento de la tragedia», «Aurora» y «La gaya ciencia», así como los dos redactados para «Humano —demasiado humano».) De todos modos, siguió trabajando en ellos y retocando aquí y allá. El 22 de diciembre enviaba aún, en efecto, a Köselitz el prefacio a «La gaya ciencia» de la imprenta; el 5 de marzo las primeras pruebas del anexo «Canciones del Príncipe Vogelfrei»; el 27 de marzo se decidió por fin Fritzsch a imprimir también el nuevo libro quinto de «La gaya ciencia», cosa que hasta entonces había rechazado, pese a tratarse de una operación a cuenta del propio Nietzsche. El 9 de abril corregía Nietzsche ya los 18 pliegos de la nueva edición de «La gaya ciencia», trabajo este que se alargó un poco, dado que Nietzsche no recibió, para su corrección, los cinco pliegos del nuevo libro quinto de la obra hasta el 26 de mayo. Cuatro semanas más tarde, el 22 de junio de 1887, aparecían paralelamente las nuevas ediciones de «Aurora» y «La gaya ciencia». Con ello quedaba cerrado el trabajo de revisión y puesta a punto de sus obras tempranas. Al siguiente día pasaba a vivir otro «final», concretamente el de su época de compositor. Recibió, en efecto, la partitura de su «Himno a la vida» en la nueva reelaboración para coro y orquesta (no sólo para orquesta de instrumentos de viento) de «Peter Gast». Inmediatamente, el 24 de junio, enviaba Nietzsche el original manuscrito para su impresión a Fritzsch.

Hacia la Engadina dando algunos rodeos

Entretanto Nietzsche había abandonado hacía ya tiempo Niza, buscando refugio primero, como todos los años cuando la temperatura subía en el Mediterráneo, en las primeras estribaciones, casi en los bordes de los Alpes. Este año (1887) partió una semana antes de Pascuas, el 3 de abril,

para una primera estación, a Cannobio, en la orilla derecha del lago Maggiore, o sea, del lado de la montaña, un poco al sur de la frontera suiza: montaña y agua, y se instaló en la Pensión Villa Badia. Nietzsche se dio cuenta inmediatamente de que allí no permanecería mucho tiempo; había demasiado sol y, en consecuencia, una luz en exceso viva para sus sensibles ojos. El 4 de abril daba ya como próxima dirección Zürich. A pesar de todo, aún permaneció cuatro semanas, llegando incluso una vez a pensar en una marcha más hacia el sur, a Venecia, para donde hubiera tenido que partir el 1 de mayo, a visitar a Köselitz, «por las mañanas en su habitación y con su música, los colores de la tarde en la Piazza —¡eso es que lo hasta ahora ha sido para mí la primavera!» (el 15 de abril a Köselitz). Y: «Por lo demás, en Venecia viviría tranquilo y retirado, como un eremita, sin comer carne y evitando cuanto tensa y llena de sombras el alma. Aún no hace mucho escribía a Overbeck que sólo amo un lugar en la tierra, a saber, Venecia.» Con toda agudeza percibía Nietzsche: «En realidad, lo que todos nosotros echamos de menos es una estética musical, no es ya posible fundamentar de modo cabal nuestros valores, por fuertemente que los sintamos: en mi caso, un verdadero estado de necesidad. La posición entera del arte se ha convertido en un problema para mí, así como, hablando en términos psicológicos, lo que ocurrió realmente conmigo..., lo que tuvo lugar en mí cuando me alejé de Wagner (y antes de Wagner, ya de la música de Schumann). Quiero averiguar por qué su 'Lövenmusik' me parece en tan alta medida refrescante, llena de poderosa alegría, entrañable, cordial, gloriosa.» Y sobre esta cuestión quería hablar largamente con el músico Köselitz, ya que en toda la tradición filosófica no había encontrado un *partner* capaz de arrojarle luz en esta discusión. Pero su estado físico acabaría por llevarle por otro camino.

Pasó a pensar en curas a base de baños y masaje en establecimientos famosos entonces por sus curas de agua fría, como los de Mammern o del Castillo Brestenberg, a donde podía llegar desde Zürich.

El 28 de abril llegó a Zürich a última hora de la tarde, instalándose nuevamente en su Pensión Neptuno. Aquí se encontró dos veces con Meta von Salis, recibió el 4 de mayo la visita de Overbeck, venido a tal efecto desde Basilea, pudo hablar largamente con Hegar sobre Köselitz, mostrándosele Hegar muy amable y accesible, y la mañana del 6 de mayo hizo una visita a Resa von Schirnhofer. Fue su último encuentro. Resa von Schirnhofer había llegado la tarde anterior de París, donde había conocido en casa de su amiga común Natalia Herzen (hija adoptiva de Malwida von Meysenbug) a un amigo de Turgeniev, lleno de recuerdos personales de Dostoyevski, cuya *Maison des morts* acababa precisamente de leer en París. «La conversación de la rue d'Assas en París... pudo, pues, continuar así en Zürich, llevada por Nietzsche del modo usual en él, esto es, arrojando luz conceptual sobre cada tema y destacando brillantemente sus aspectos mayores, hasta el punto de que por mucho que los detalles del contenido

de la conversación se hayan borrado de mi mente, su fulgor ha quedado intacto en la penumbra de un recuerdo lejano.»[226] Nietzsche le había recomendado, con especial énfasis, *L'esprit souterrain* como «extraordinariamente cautivador», manifestándole a la vez su contrariedad por lo deficiente de la versión alemana: «Había comparado la versión alemana con la francesa, comprobando que en la primera habían sido suprimidos sin más precisamente los más finos *aperçus*, así como también largos análisis psicológicos. Uno de sus conocidos había contrastado, además, a petición suya, el texto ruso con ambas versiones, y le había confirmado la amputación alemana del texto original.» De él Nietzsche no leyó después intensivamente, hasta este momento, otra cosa que el tomito de las dos narraciones, dado que su interés principal estaba centrado en los historiadores. Overbeck le había prestado, atendiendo a ello, *Revolución de la literatura*, el último escrito (publicado en 1886) del joven berlinés —cuyo *Diario lírico*, publicado en 1885, poseía Nietzsche ya— Karl Bleibtreu (1859-1928). En este libro Bleibtreu propugnaba un lugar activo en la vida pública para la creación poética y literaria, una creación llamada, a sus ojos, a ocuparse, en el marco de un realismo extremo, de problemas del momento y de cuestiones sociales[32]. La reacción de Nietzsche a tal propuesta fue dura, tan dura como la que le provocó el naturalismo de Emilio Zola, ¡a pesar del idioma francés! Ni el realismo ni el naturalismo iban con el estilo de Nietzsche, próximo, por el contrario, al impresionismo. El 4 de mayo le devolvió, en efecto, a Overbeck el libro con el siguiente comentario: «Bleibtreu ha dejado en mí una sensación amarga: una Alemania en la que los descontentos son esto, no es, ciertamente, mi patria, y mucho menos mi esperanza.» Y el 13 de mayo: «Para un hombre que no tiene sentido ni vista para otra cosa que la "literatura", este Bleibtreu escribe como un cerdo en medio del más vulgar estiércol de periódico, enteramente incapacitado y romo para toda clase de *nuances* de las palabras; su cólera no convence, su ingenio chistoso no va más allá de lo que suele llamarse un "vulgar parloteo" —¡y ni sombra de un substrato filosófico! (¡Ni siquiera tiene una estética!)»[124]. El mismo día que este escrito de Bleibtreu leyó Nietzsche además «a un francés insatisfecho, a un independiente (porque para su catolicismo hace falta hoy más independencia que para el librepensamiento), *Oeuvres et hommes. Sensations d'histoire* de Barbey d'Aurevilly» (1808-1889). «Léelo, léelo bajo mi responsabilidad: pertenece a la sociedad literaria. Como novelista me resulta insoportable.» La obra constaba de ensayos que habían ido siendo publicados desde 1860. También en este caso era el realismo lo que a Nietzsche le resultaba «insoportable».

No menos insoportable le resultaba el clima de Zürich: «soleado, sofocante, ruidoso, mezquino, una constante incitación a la danza de la partida», partida que tuvo efectivamente lugar la tarde del 6 de mayo. Los planes de Mammern y Brestenberg se diluyeron en la opresiva atmósfera

mediterránea de aquella zona suiza, y como próximo objetivo anunció Nietzsche Chur, la pequeña y hermosa, así como tranquila, capital del cantón montañés de Graubünden, a cuya entrada estaba situada, a unos 600 metros sobre el nivel del mar. Meta von Salis informa[212] que Nietzsche hizo, en un principio, un intento con Amden, que en la falda noroeste del Kurfisten quedaba con sus 930 metros, aproximadamente, de altitud a unos buenos 500 metros por encima de la vaguada del Walensee y de Lindtebene[146]. Pero también «el calor y la falta de sombra» le arrojaron de aquí. La atención de Nietzsche había recaído sobre Amden a raíz de una sugestiva descripción de este lugar que encontró en una guía de viajes. Por otra parte, es posible que el lugar le fuera recomendado por sus amigos de Zürich, para los que Amden era un lugar de excursión próximo y querido.

El 8 de mayo estaba Nietzsche ya en Chur, hospedándose en Villa Rosenhügel, y permaneció allí hasta el 8 de junio. Chur le ofrecía hermosos bosques en las cercanías (ya en una visita anterior, simplemente de paso, le había gustado grandemente el camino forestal hacia Passug) y, por otra parte, la vieja ciudad episcopal poseía una biblioteca bien surtida de unos 20.000 volúmenes. Le ofrecía «esto y aquello, que me instruye. Por vez primera ha caído en mis manos la famosa 'Historia de la civilización en Inglaterra' de Buckle, y ¡sorprendentemente!, se ha revelado que Buckle es uno de mis antagonistas más fuertes. Resulta apenas creíble, dicho sea de paso, lo enormemente deudor que en cosas históricas se ha hecho E. Dühring de los pedestres juicios de valor de este demócrata: exactamente igual que de Carey, de cuyos 'Oeconomica' esenciales se ha apropiado sin excepción. *In philosophicis* la cosa aún es más grave: es realmente una de las cabezas menos originales... Hubiera podido llamarle amalgamista con el mismo derecho con que se lo llamé a E. von Hartmann», escribía Nietzsche el 20 de mayo a Köselitz.

Decepciones

A las decepciones causadas por autores de temática histórica y filosófica aún vendrían a añadirse en estas semanas nuevas vivencias e impresiones desagradables.

La amistad con Erwin Rohde entró, en efecto, en una fase crítica. Por entonces lo único que aún quedaba vivo entre ellos era la consideración personal, un afecto amistoso nutrido de recuerdos hermosos de una época lejana, la relación anímica, en fin. Nietzsche había abandonado hacía ya mucho tiempo la ciencia que un día los uniera, la filología clásica, de la que Rohde había venido a convertirse en representante eximio. Es más, a menudo incluso la menospreciaba y fustigaba. También el vínculo musical se había roto, ya que Rohde siguió siendo «wagneriano». En su último

encuentro personal, en Leipzig, en la primavera de 1886, hubieron de sentirse ya, por lo demás, como extraños el uno para el otro. Y en cuanto a lo insuperable del abismo filosófico presuntamente abierto entre ambos, el rechazo de Rohde en la carta a Overbeck bien podía asumirse como testimonio más que suficiente al respecto. La base sobre la que descansaba esta amistad no podía ser ya sobrecargada con más elementos negativos sin saltar por los aires. Y Nietzsche aumentó la carga, sobrevalorando tal vez su capacidad de resistencia, con una crítica acerba. Tal vez se viera Nietzsche inclinado a tal sobrevaloración a raíz de la visita que el 28 de febrero de 1887 le hizo el doctor Heinrich Adam, que permaneció cerca de un mes en su entorno próximo. Adam era un filólogo de la escuela de Rohde. Había investigado sobre las fuentes de Diodoro *(«De fontibus Diodori»)*, lo que llevó a Nietzsche a alentar la remota esperanza de que proseguiría sus antiguos —y abandonados— estudios sobre Diógenes Laercio, por los que, según parece, siempre sintió cierta inclinación u orgullo. Pero Adam se dirigió a Nietzsche para —harto de la filología— estudiar con él filosofía. En la medida en que lo hizo por consejo o, cuanto menos, con conocimiento de Rohde —cosa de la que no nos ha quedado testimonio, pero en la que, según todos los indicios, Nietzsche creyó—, es obvio que Nietzsche pudo, o incluso tuvo, que sentirse considerado y estimado por Rohde como filósofo y, en consecuencia (dada la general tendencia nietzscheana a situar al filósofo por encima del mero científico), como superior a él mismo. Por lo demás, Nietzsche no dejó de manifestarse escéptico respecto del posible éxito de los estudios filosóficos del citado Dr. Adam. De ahí que el 18 de mayo se dirigiera directamente a Rohde en los siguientes términos: «A su impetuosa y poco fundamentada exigencia de dedicarse a la filosofía no he podido menos de reaccionar, como va de suyo, con la mayor desconfianza; de todos modos, muestra ahora la mejor voluntad para entregarse al estudio de la filosofía antigua, al menos eso hemos conseguido... Ahora escribe preguntando... si no podrías encontrarle un pequeño puesto en alguna biblioteca. Me parecería sobremanera positivo que viviera algún tiempo bajo tus ojos y bajo tu crítica y disciplina, dado que es persona insegura... Yo mismo... no sé como habérmelas con los "jóvenes" y tengo, además, experiencia más que suficiente como para poner en duda que pueda resultarles siquiera útil. Mi solaz son los *viejos*, como Jacob Burckhardt o Taine: —y ni siquiera mi amigo Rohde me resulta, ni de lejos, lo bastante viejo—. Pero "ya llegará el día".» La respuesta de Rohde a esta carta procuró la ocasión para sobrecargar la base sobre la que descansaba su amistad, cosa que Nietzsche hizo de inmediato. Reaccionó en tono ofensivo contra las duras manifestaciones críticas de Rohde sobre Taine; es de suponer que Rohde calificaría de inadecuada la comparación de Taine con Burckhardt. Según el testimonio de los editores de las cartas de Rohde, Fritz Schöll y E. Förster, la respuesta de Rohde fue destruida por éste —con la coopera-

ción, cuanto menos, y el conocimiento de la Sra. Förster— en 1894, al ser llevada al Archivo de Nietzsche en Weimar. Que posteriormente (en 1902) la Sra. Förster lamentara como innecesario el *auto de fe* no es cosa que valga demasiado, ya que las manifestaciones de Rohde tampoco debieron ser tan terriblemente duras. Pero esto es así y puede ser valorado en esos términos hoy, es decir, a esta altura de los tiempos. En su momento, sin embargo —y eso es lo que importa—, hirieron profundamente a Nietzsche, le soliviantaron y provocaron en él una reacción de inesperada violencia, de vehemencia casi juvenil, con las peores consecuencias. «Acabo de escribir a Rohde una carta lo más dura y, a la vez, lo más amable posible, por una manifestación irrespetuosa suya sobre Taine», comunicaba Nietzsche a Köselitz el 20 de mayo. La carta de Nietzsche a Rohde del día anterior contenía, en efecto, sentencias como las siguientes: «No, mi viejo amigo Rohde, no permito a nadie hablar con tal falta de respeto sobre Mr. Taine, y menos que a nadie a ti, porque va contra toda decencia tratar así a alguien de quien sabes que *yo* le tengo en la mayor estima... En lo que hace a un erudito como Taine, que está incluso mucho más próximo de tu propia *species*, deberías tener los ojos más abiertos. Calificarlo de "vacío" es, sencillamente, una solemne tontería, hablando en términos estudiantiles... En la dolorosa historia del alma moderna, que en muchos sentidos es incluso una historia trágica, Taine tiene su lugar como representante cabal y digno de consideración de no pocas de las más nobles cualidades de ese alma... Con tales cualidades un pensador merece respeto... Su vida ha sido creada, con su anuencia o sin ella, para una misión, de ahí la relación en que está con todos sus problemas (y no en esa relación tan arbitraria, tan accidental como la que tú, igual que la mayoría de los filólogos, tienes con la filología). ¡No lo tomes a mal! Pero creo que si *sólo* conociera de ti esa manifestación, te despreciaría por la falta de instinto y de tacto que en ella se expresa. Por fortuna he podido comprobar tu probada valía por otros caminos. ¡Pero tendrías que oír a Burckhardt hablar de Taine!»

Era demasiado fuerte y es de suponer que un hombre como Rohde, seguro ya en su ciencia y más que suficientemente "probado" en el mundo científico contestaría a vuelta de correo y con no menor violencia. Nietzsche vendría con ello a darse cuenta, por fin, de que había puesto en juego la amistad personal, una de sus últimas amistades, a la que quería aferrarse tenazmente en su aislamiento creciente. Con toda premura (¡el mismo 23 de mayo!) contestaba a Rohde apaciguadoramente: «El modo como me dejé llevar contra ti anteayer por una cólera repentina no es precisamente agradable, querido amigo, pero es, cuanto menos, bueno que haya ocurrido así: porque me ha traído algo muy valioso, tu carta, que me ha aliviado profundamente y que da otras vías a mis sentimientos para contigo... Une a eso que si se exceptúa a Burckhardt, Taine ha sido durante largos años el único que me ha hecho llegar palabras amables y clarividentes sobre mis

escritos, hasta el punto de haber llegado yo a considerarlos como mis únicos lectores. De hecho, cada uno de nosotros tres está obligado a contar con los otros, dada nuestra condición de nihilistas radicales: aunque por mi parte... no desespero aún totalmente de encontrar la salida y el agujero a través de los que llegar a 'algo'».

Cuando uno está tan profundamente metido en sus galerías interiores y sigue cavando, pasa a convertirse en un ser 'subterráneo', desconfiado, por ejemplo. Es algo que corrompe el carácter. En mi última carta tienes una buena prueba de ello. ¡No le des otro valor!»

Pero nada podía hacerse ya; la base común se había roto y sólo la noticia del derrumbe del amigo en 1889 alcanzó a despertar en Rohde la suficiente compasión como para llevarle a olvidar esta grieta. En la sombra del sufrimiento de Nietzsche por razón de Wagner apenas se ha atendido suficientemente a la conmovedora tragedia del fracaso precisamente de esta vieja amistad. Y quedará, sin duda, en una relativa penumbra, dado que nos faltan los documentos más valiosos.

En la comunicación a Köselitz figura, inmediatamente después de la frase con la expresión «lo más dura y a la vez lo más amable posible» lo siguiente: «Paralelamente, una carta sobre asuntos de dinero concernientes a Paraguay: estoy lo suficientemente cuerdo como para tener el mayor cuidado en no mezclarme en modo alguno en esa empresa antisemita. Por cierto que hay una grandiosa porción de tierra... en poder de mis deudos... bautizada como "Nueva Germania".» Pero la grandiosa empresa estaba ya en las mayores dificultades financieras. Y ahora Förster no se limitaba ya a *pedir* a su cuñado que le prestara su apoyo, se lo exigía. Lo que no dejaba de ser demasiado para Nietzsche. El 20 de mayo cursó a Kürbitz, banquero de ambos en Naumburg, las siguientes instrucciones[121]: «Mi cuñado... me pone... ante la exigencia de salirle fiador por unos gastos que ascienden a 4.500 marcos; se trataría, concretamente, de que pudieran ser ahora pagadas por Vd. tres monedas del Imperio por un montante igual al citado, y que yo lo compensara en el supuesto de que tal importe no lograra ser cubierto en el país por pagos o por un crédito de aquí a julio. *No estoy en condiciones* de aceptar tal proposición y le ruego que así se lo comunique, cuando tenga ocasión, al Sr. Dr. Förster.»

Rezuman estas líneas una dureza y un encono inusuales en Nietzsche. Sólo por ello habría ya que concluir que la carta a «mi querida hermana», fechada el 2 de mayo de 1887, que figura en las *Cartas reunidas* V, 723, y que comienza con la frase «Tu cariñosa carta me llegó ayer», no puede ser otra cosa que una de las más flagrantes falsificaciones[7]. En realidad, antes de responder directamente Nietzsche esperó a que se le calmara la cólera. Necesitó para ello dos semanas, al cabo de las cuales, el 5 de junio, se dirigió a su hermana, y no al cuñado, explicándole en los términos conciliadores que, como es bien sabido, empleaba con las damas y, muy especialmente, con su hermana, cómo los gastos de impresión de sus libros y la incerti-

dumbre acerca de la prosecución de su pasión de Basilea le obligaban a no comprometerse. De todos modos, no la dejó totalmente en la estacada. Hizo lo que pudo: «De acuerdo con una idea de nuestra querida madre, he conseguido reunir... 1.800 táleros, que vuelan hacia ti. Me he quedado a cambio con todas esas cosas tuyas que preferiste dejar en Naumburg.» ¡Podría volver así, y efectivamente volvería, a «su» casa!

Menos parece haberle perturbado el ánimo el anuncio del compromiso matrimonial de Lou Salomé. De su comentario a Malwida von Meysenbug, el 12 de mayo de 1887, parece desprenderse más bien un sentimiento de suave melancolía y resignación: «La Srta. Salomé me ha comunicado asimismo su compromiso matrimonial, pero tampoco le he contestado, aunque le deseo sinceramente éxito y felicidad. Hay que evitar este tipo de personas, a las que falta todo sentido del respeto. Nadie sabe decirme quién es el Dr. Andreas.» Carl Friedrich Andreas había nacido en 1846 en Batavia (Java), trasladándose a los seis años con sus padres a Hamburgo. En la medida en que por su ascendencia familiar estaba vinculado a Persia y Malasia, tenía una relación muy especial con los idiomas orientales, que le llevó a convertirse en un orientalista eminente. Tras una concienzuda preparación filológica, se doctoró en 1868 sobre un texto persa pasando en 1871 a ocupar un puesto docente como orientalista en Kiel. Con una expedición alemana viajó a Persia; en 1875 se trasladó en misión diplomática a la India, se negó a obedecer la orden de regreso que le cursó el Ministerio, pasando por su cuenta a Persia, desde donde regresó en 1882 a Alemania. En los primeros tiempos sobrevivió, más bien precariamente, en Berlín dando clases particulares de idiomas orientales. Hasta 1887, fecha en que se le ofreció un puesto en el Instituto de Lenguas Orientales recién fundado en Berlín, no comenzó su carrera como científico, razón por la que Nietzsche ignoraba su nombre. Más tarde llegó a ser un docente de gran prestigio en Göttingen, donde murió en 1930. Forzó su matrimonio con Lou Salomé, y forzado se mantuvo. Pero Nietzsche no llegó a enterarse nunca de esto. Es posible que hubiera despertado incluso su compasión.

Poco antes de su partida de Chur asistió Nietzsche todavía a un concierto, en el que pudo escuchar «El paraíso y el Peri» de Robert Schumann, op. 50, compuesta en 1843, para solistas, coro y orquesta, «para mi mayor contrariedad... No, ¡qué reblandecimiento tan vergonzoso del sentimiento! Y ¡cuánto filisteísmo y espíritu pequeño-burgués flota en ese lago de *limonade gazeuse!* Eché a correr», escribía el 17 de junio desde Sils a Overbeck. Como compensación dio en pensar «con verdadera nostalgia en las breves y divertidas melodías de nuestro Maestro veneciano», al que instó, por cierto, a dirigirse a Hans von Bülow, que estaba a la sazón tomando posesión en Hamburgo del cargo de Director de la Opera, con la intención concreta de plantearle el asunto de su ópera. «¡Si no lo hace él, no lo hace nadie!»

Su envío a Köselitz de un libro por el que éste le manifestaba su agradecimiento el 11 de junio —«El verdadero canto gregoriano en su evolución» (1869), de K. Franz Emils von Schafhäutl— procura una sorprendente imagen de los intereses musicales que momentáneamente alentaba Nietzsche. ¿Trabó Nietzsche tal vez conocimiento con esta obra en la ciudad episcopal de Chur?

Hacia las cumbres

El calor en aumento impulsó de nuevo a Nietzsche hacia los valles de altura. Intentó evitar Sils, porque era un lugar demasiado caro ya para él, pero también necesitaba tranquilidad para su trabajo, sus estudios y sus investigaciones. Su estancia veraniega en Sils había llegado casi a hacerse famosa y atraía a huéspedes no precisamente deseados. Nietzsche hizo un intento con Lenzerheide, «donde hay un bosque denso y profundo» y un lago tranquilo. Bosque y lago, no otro era el paisaje que desde el verano de 1873 en Flims más atraía a Nietzsche. El 8 de junio recorrió la breve distancia que le separaba de aquel lugar, situado a una altura de 1.500 metros sobre el nivel del mar. Pero sólo lo resistió unos días. Es posible que no soportara, como en otras ocasiones, la excesiva soledad exterior. A ello vendría, sin duda, a unirse la depresión o, al menos, la irritación debida a su escasa familiaridad con aquellos lugares. Y como hizo en otoño, que regresó a Niza porque «se la sabía de memoria», encaminó ahora sus pasos a Sils.

En varias cartas había anunciado Nietzsche para el verano siguiente, como lugar de estancia, Celerina (en la Engadina, entre Samadan y St. Moritz), donde, según toda evidencia, se proponía vivir en el mismo lugar que el viejo general Simon, pero —escribía el 17 de junio de 1887 a Overbeck— «lo de Celerina me ha salido mal, figúrate que el viejo general Simon acaba de morir precisamente ahora, y el dueño de la casa en que íbamos a hospedarnos no quiere mantener en pie las condiciones convenidas. La pérdida de este viejo y estricto militar, con el que tanta amistad tenía, es realmente una pérdida para mí: ha representado tantas veces a mi lado el papel de 'Crítica de la razón práctica', digámoslo kantianamente, que bien puede decirse que soy ahora, sobre todo en el extranjero, mucho más descuidado y "menos práctico" que antes.» Murió en Siena, a los 71 años. En consecuencia, Nietzsche escogió su Sils, aunque tuvo que arreglárselas aquí, en un principio, sin su grupo acostumbrado, dado que sus «damas», las Sras. Fynn y Mansuroff, pasaban este verano en Maloja.

Capítulo 13
FINAL Y ATAQUE

(Desde la «Genealogía de la moral» hasta la «Voluntad de poder». Verano de 1887 a abril de 1888.)

En aquel junio de 1887 Nietzsche llegó a Sils en un estado no óptimo. Se sentía cansado y fatigado ante la carga de su tarea y por el cúmulo de trabajo y de concentración que ella exigía; le va consumiendo la pasión con la que vive los problemas. Cada vez más sus notas aparecen con la incandescencia de esa pasión, y de la obra de ese verano, la «Genealogía de la moral» surge un hálito ardoroso. Frente a ello, en la mayor contraposición, está la frialdad y racionalidad de su modo de vida. La existencia interior y la exterior siguen escindiéndose progresivamente. Por una parte vemos al tranquilo paseante por caminos apacibles del bosque, a la vera del lago murmurante o en remotos valles alpinos, gustosamente acompañado por damas cultas y cultivadas, en conversación seria y ponderada, o en barca sobre el lago, dejándose introducir en el movimiento rítmico y melódico del remo. Por otra parte, braman sus palabras y frases en los cuadernos de apuntes como la tempestad y la tormenta, galopan como la música tempestuosa de Wagner, o como el vendaval en los valles alpinos cuando sacude las casas haciendo temer realmente que uno salga volando con la casa como si estuviera en un globo aerostático. Y así como en el vendaval lo más lejano parece cerca y se vuelve cristalino y preciso en sus contornos, así las frases de Nietzsche, cristalina y precisamente, amenazadoramente incluso, aparecen cercanas a sus ideas más lejanas y descarriadas.

El paralelismo puede continuarse: muchas personas se ponen enfermas por ese viento del sur, padecen dolores de cabeza, náuseas, insomnio y se sienten fatigadas y débiles como tras una grave enfermedad. Parece que Nietzsche padece en su interior esos mismos síntomas del vendaval.

«Hasta ahora aquí arriba no he hecho nada mucho mejor que estar enfermo», escribe pocos días después, el 17 de junio, a Overbeck. «Llegué con un fuerte ataque de mi dolor de cabeza, tuve vómitos durante 12 horas, en uno de esos estados a los que está demasiado acostumbrada incluso, por desgracia, mi pequeña habitación de aquí. Este estado concluyó en un profundo resfriado general, con fiebre, insomnio, falta de apetito, mareos, apatía, debilidad: de modo que puedo andar menos de lo que quiero y me pongo a sudar inmediatamente (a pesar de la cercanía de la nieve: ante mi ventana queda el resto de un alud). A pesar de ello me alegro de estar aquí de nuevo e incluso del hecho siquiera de estar aún aquí. El haberme mantenido estos últimos años —esto ha sido quizá lo más difícil que hasta ahora me ha deparado el destino.»

Todavía estaba bajo la impresión de la muerte de su amigo paternal el general Simon, cuando el 26 de junio le llegó la conmovedora noticia de la temprana muerte de Heinrich von Stein el 20 de junio. Es de nuevo a Overbeck a quien el 30 de junio abre su corazón: «Tu notificación... me ha conmovido hasta el más profundo dolor: o, más bien, todavía me tiene completamente fuera de mí. Le tenía tanto cariño; era una de las pocas personas cuya existencia, por sí misma, me proporcionaba alegría. Tampoco dudaba de que, por así decirlo, él se me reservara para más tarde... Por qué no fui llamado yo en lugar suyo —hubiera tenido más sentido. Pero todo es tan absurdo: ¡y esa noble criatura, la especie más hermosa de hombre que yo he llegado a vislumbrar en el curso de mis relaciones wagnerianas, ya no existe!—» En este estado de ánimo Nietzsche contempla turbia toda su situación general y sigue quejándose: «Mi salud sale del paso sólo lentamente...: hay una cierta y profunda paralización psicológica cuyo motivo y localización no consigo encontrar, gracias a la cual la sensación normal... se halla permanentemente por debajo del punto cero; —sin exageración alguna, desde hace un año no he tenido *un* día siquiera en el que espiritual y corporalmente me haya encontrado claro y de buen ánimo. Esta continua depresión (por el día y también de noche) es peor que esas crisis fuertes y extremamente dolorosas a las que me veo sometido tan a menudo.» Hemos de creer a Nietzsche que no consiga tener idea alguna de la causa profunda de sus siempre repetidas recaídas de salud, ya que no conocía su enfermedad y no podía valorarla, al menos en sus posibles consecuencias. Si no, no habría podido dar a la imprenta por ese tiempo, en su obra más reciente entonces («Genealogía» III, 17), frases como: «Un sentimiento tal de paralización puede tener la más diversa procedencia: por ejemplo como secuela... de corrupción de la sangre, malaria, sífilis y cosas parecidas (depresión alemana tras la guerra de los Treinta Años que infectó a media Alemania con malas enfermedades, preparando con ello el suelo al servilismo alemán, a la pusilanimidad alemana).» Y, en el otoño, incluso esta anotación[6]: «... podría introducirse la castración en la lucha con los malhechores y enfermos (así en el caso de

todos los sifilíticos): ¡pero para qué! ¡hay que pensar más económicamente!» ¿Poseía Nietzsche una idea de su enfermedad?

Precisamente en esos días se muestra cuán rápidamente podían suceder tales cambios repentinos de estado de ánimo, cuán rápidamente podía seguirse la desesperanza del confiado optimismo. Sólo cinco días antes de la turbia notificación a Overbeck, el 25 de junio, Nietzsche había escrito todavía a su madre: «la salud, al menos eso parece, vuelve a progresar. Hasta ahora sigo siendo el único huésped en Sils.» Esto habría de cambiar pronto. Aunque su círculo femenino este año había preferido el nuevo hotel de Maloja, a 6 kilómetros, en el extremo superior del lago de Sils, Nietzsche gozó sin embargo de la agradable proximidad de una persona comprensiva y sensible: Meta von Salis. En junio había hecho el doctorado en la universidad de Zürich en historia, siendo así la primera grisona que consiguió el título de doctor. Ahora, el 18 o el 20 de julio, fue a Sils a recuperarse y distenderse con su amiga Hedwig Kym, donde permaneció siete semanas hasta entrado septiembre*.

Dado que ella y su amiga fueron durante ese verano en Sils los únicos amigos más cercanos a Nietzsche con los que departía gustosamente, el trato entre ellos se hizo intenso durante todo el tiempo, tan intenso que las malas lenguas expandieron rápidamente el rumor de un próximo matrimonio entre Nietzsche y Meta von Salis. A Meta von Salis esto la indignó[121]: el que «las mujeres sólo ven desde esa perspectiva todavía una amistad entre un hombre y una mujer». Ella creyó que estas penosas habladurías no llegaron a oídos de Nietzsche, en cualquier caso nunca lo hizo objeto de sus conversaciones. Así, nada enturbió esas siete semanas enteras de interesante comunicación espiritual a alto nivel, de las que Meta von Salis nos ha trasmitido recuerdos inestimables[212].

Semanas plenas con Meta von Salis

«El verano fue extraordinariamente caluroso. Incluso allí arriba, tan cerca del límite de la nieve perpetua, durante las horas del mediodía era preferible permanecer en casa... Ambos hoteles estaban llenos de huéspedes, y casi todas las familias del pueblo habían alquilado habitaciones. Nosotros nos alojamos en una magnífica casa típica de la Engadina, a este lado del puente sobre el arroyo Fex y apretada a la carretera que lleva al Fextal... Nietzsche vivía en la misma casa de antaño, al otro lado del puente, y casi todas las mañanas, y de vez en cuando también por las

* Según sus propios datos[212], abandonó Sils un lunes, que sería el 5 de septiembre; según una noticia de Nietzsche a Köselitz del 8 de septiembre, habría partido el día anterior, o sea el miércoles 7 de septiembre, cosa más probable, ya que la notificación de Nietzsche se sigue inmediatamente, mientras que M. v. S. pone las fechas de memoria años más tarde.

tardes, se acercaba a visitarnos cuando hacía buen tiempo y un calor moderado, para recogernos en vistas a dar un paseo, y si no para conversar familiarmente en la habitación. Si durante un día entero no aparecía entonces es que estaba enfermo. Pero esto no fue a menudo el caso entonces y el tiempo, con pequeñas interrupciones, permaneció gloriosamente hermoso durante las siete semanas de mi estancia... En el Alpenrose algunos conocidos y amigos... fueron formando poco a poco un pequeño círculo en torno a mí y a mi amiga, al que nos dedicábamos durante las comidas —Nietzsche comía únicamente a mediodía en el hotel, y además solo, antes que el resto. Por lo demás pasábamos por exclusivistas y lo éramos de veras, puesto que preferíamos hacer solos nuestras excursiones... A Nietzsche le gustaba "recuperarse" conmigo de su soledad, de su trabajo, así como, a la vez, de sus pretenciosos visitantes. En mi cuarto, adornado de flores, nos sentábamos durante horas, yo con mi trabajo en la mano, y él hablando sobre algo que acababa de pensar, de leer o de vivenciar. Le gustaba que le escucharan... jamás despreció lo simple que encontraba en su camino: hablaba con comprensión del miedo de su casero de que también su buey cayera víctima de la epidemia que había de hocico y pezuñas, y ello además ante la cosecha del heno que se avecinaba... Con una sonrisa significativa Nietzsche me transmitió en el transcurso de las semanas la felicitación de su madre, quien me consideraba mucho más desde que detentaba el título de doctor» (quede ahí la cuestión de hasta qué punto Nietzsche no expresaba con ello su propio sentir; ¡de hecho, y de modo que salta a la vista, él siempre prefirió la compañía «académica»!). «Repetidas veces me hablaba de mujeres que se habían distinguido de algún modo. Así por ejemplo, un invierno en Niza fue vecino de una würtemberguesa... Como hija fiel de su... patria colocaba "al" Schiller por encima de "el" Goethe y fundaba esta predilección en el argumento usual del valor moral superior. Sobre la aparición grotesca de este prejuicio en el caso presente Nietzsche no podía más que sonreírse, pero por lo demás la comparación de ambos poetas le resultaba insufrible. Del mismo modo tampoco quería oír hablar de Gottfried Keller y Konrad Ferdinand Meyer, porque reconocía a Keller mucho más contenido y originalidad que al artista del lenguaje Meyer... Me di cuenta de hasta qué punto apreciaba a Goethe cuando un día encontré en nuestra casa tres anuarios que él había traído y que más tarde volvió a llevarse con estas palabras: "Siempre se siente uno bien en la cercanía de este grande."... (La) predilección por Adalbert Stifter lleva a una peculiaridad de la estructura de su ánimo. A causa de la tensión de todas las potencias intelectuales para llegar a la raíz de la moral en sus profundidades fundantes y para no retroceder ante resultado alguno, a causa de una tremenda tensión interior e intranquilidad de descubridor que hacía estremecer dolorosamente todos sus sentimientos, Nietzsche necesitaba de vez en cuando del sosiego y de un entorno amigable. Ya de por sí él era

delicado, fácilmente vulnerable, dispuesto a la reconciliación, lleno de temor de herir a otros; su tarea exigía dureza, prohibía los compromisos, le producía a él y a otros dolor y amargura. Por eso leía libros como el «Verano tardío» de Stifter, '*Humiliés et offensés*' de Dostoyevski. Por un momento los prolijos pasajes de las novelas de Stifter... producían un efecto curativo, que no impedía después la crítica, sin embargo, '*Humiliés et offensés*'... Nietzsche lo había leído —como me contó en el curso de un paseo al atardecer a orillas del lago de Silvaplana— con lágrimas en los ojos. Criticaba toda una serie de sentimientos en su intensificación, pero no porque él *no* los tuviera, sino, al contrario, porque los *tenía* y *conocía* su peligro. Por supuesto que hablábamos mucho de libros y de escritores. Nietzsche poseía *le flair du livre* y, a pesar de sus ojos dolientes, leía mucho... Como casi todos los buenos lectores marcaba ciertos párrafos bien en el texto o bien al margen. De ese modo se ha conservado en los libros que fueron suyos, por así decirlo, un trozo de su vida espiritual.

»Los modernos escandinavos lo subyugaban menos con sus aportaciones literarias que los rusos y su análisis psicológico trenzado hasta el detalle. Pero en primera línea estaban para él los franceses, tanto los clásicos como los del siglo XVIII y XIX, sobre todo los moralistas, los psicólogos y los novelistas. Por recomendación suya leí a Fromentin, Doudan, las descripciones costumbristas y culturales de los Goncourt, y me ocupé aún más con Stendhal, Mérimée, Taine y Bourget. Entre los poetas modernos le interesaban Vigny, de Lisle y Sully Prudhomme.

»Stendhal imponía a Nietzsche fundamentalmente, sin duda, porque poseía un fuerte natural capaz de emociones, una constitución extremamente sensible con férrea fortaleza... Repetidamente resaltaba Nietzsche cuánto más clarificadoramente soluciona Stendhal que Kant el problema de la belleza, al enfrentar la *promesse de bonheur* al gusto desinteresado... Como enemigo y detractor de la revolución francesa y de todas las falsificaciones conceptuales e históricas que ella conlleva, Nietzsche saludó con corazón alegre y aliviado la gran obra de Taine sobre tal acontecimiento. La mayor impresión se la causó el tomo sobre Napoleón. Me contó que había escrito a Taine diciéndole que resumía la impresión general en la fórmula: Napoleón es la síntesis de superhombre y de inhumano, pero que le parecía que la expresión le había resultado demasiado fuerte al fino francés... El '*Inmortel*' (1888) de Daudet regocijó por una parte a Nietzsche, y por otra lo repelía. Lo regocijó en tanto en cuanto se ponían en evidencia sin consideraciones los engranajes de la Academia francesa y Daudet no pudo ocultar enteramente su ardiente deseo de uno de los 40 sillones; lo repelió la desagradecida y despiadada parodia de Córcega y de los corsos. Leyó con satisfacción la respuesta que le dieron aquellos insulares escarnecidos a causa de su pobreza... Pobre como sinónimo de despreciable era una valoración extraña a Nietzsche y digna de la chusma rica... Renan le resultaba antipático a Nietzsche: lo

llamaba fauno —habíamos hablado de la "Abbesse de Jouarre"— y lo tomaba tan poco en serio entre los franceses como a Eduard von Hartmann entre los alemanes. De este último opinaba que se reía de sus lectores.

»Con los ingleses y americanos no mantenía contacto alguno en general. No les concedía capacidad filosófica... No le bastaron, ni mucho menos, la lucha de Darwin por la existencia, ni la explicación de Spencer de los fenómenos éticos y biológicos. Carlyle se personificaba para él en la imagen del Ursus triturador y le servía como mejor ejemplo del significado de la alimentación hasta para las funciones superiores y más espirituales del hombre... Por el contrario, el radiante, suave y, sin embargo, masculino Emerson lo subyugaba...

»La presencia de muchos basileos en Sils y el trato con sus conocidos entre ellos, trasladó a Nietzsche otra vez y vivamente a le época de su profesorado. En general había sacado y conservado una buena impresión de Basilea, como correspondía también a su preferencia en general por el constreñimiento, incluso llevado demasiado lejos, frente a un modo de ser burdo y a la falta de formas... La digna postura de los ortodoxos basileos frente a Nietzsche no se desmintió ni siquiera en el momento más difícil. Mientras que periodistas radicales de Suiza quisieron haber profetizado ya hacía mucho tiempo a partir de sus obras su enfermedad, una vez que ya se hubo manifestado, el episcopal 'Allgemeine Schweizer Zeitung' sólo tuvo palabras de consuelo respetuoso por su trastorno mental...

»En el verano de 1887 Nietzsche se mostró de cuando en cuando muy simpático y dispuesto a bromas inocentes. Le producía alegría acompañarnos a mí y a mi amiga al lago, se dejaba introducir en los secretos del remo y gozaba del débil atisbo de peligro que suponía el ir en barca con viento fuerte. "Es usted una auténtica aventurera", me gritó una mañana de cielo tempestuoso... en que yo hice recogerlo y lo esperaba impaciente en el bote... La despedida en septiembre me resulta inolvidable. El último día antes de mi partida fue domingo (4 de septiembre). Caminábamos por la orilla del lago de Silvaplana, al pie del Corvatsch. El aire tenía ese tono plateado otoñal al que Nietzsche gustaba calificar de "ultraterreno". El lago se movía quedamente y las pequeñas olas, en las que se dibujaban nubes rosáceas vespertinas, discurrían susurrantes viniendo una y otra vez a la orilla y retirándose siempre. "Como si quisieran también ellas darle a usted la mano de despedida", dijo nuestro acompañante con su voz melódica. Después, cuando regresábamos a su casa a través de la línea de campo yermo que hay entre el lago y la parte de Sils que mira a él, hizo esta consideración, con un suspiro muy leve: "Ahora vuelvo a quedarme viudo y huérfano."...»

Cortas visitas en Sils

La unilateralidad del trato diario fue distendida un tanto por una invitación a Maloja de sus damas Fynn y Mansuroff, que aceptó el 15 de julio. Escribe a Overbeck: «Juntos estuvimos alegres y cordiales; el hotel, por lo demás, con un lujo agradable. Hasta se me "sirvió" un pequeño concierto —tocó un elegante holandés muy dotado (Grieg, Jensen, Parsifal).» Y el 11 de agosto son ellas las que van a visitarlo a Sils: «Las acompañé todavía una media hora a su regreso...; el último baile de disfraces fue un gran éxito para Miss Fynn (incluso los periódicos informan de ello); se me la quiere presentar en mi próxima visita con los dos vestidos que usó entonces: primero como dama de la corte rusa, después como campesina rusa. Parece que fueron los vestidos más hermosos del baile. —Por dar una idea de la asistencia: el 9 de agosto circulaban en Maloja, en torno al hotel, 900 coches aproximadamente, de ellos unos 500 eran carrozas y carruajes. Muy al estilo de Niza. Nuestro Sils, por el contrario, conserva su carácter idílico», escribe a su madre el 12 de agosto. Desde el otoño anterior Nietzsche vuelve a mantener un contacto epistolar algo más frecuente con Malwida von Meysenbug. El 30 de julio de 1887 le escribe de modo especialmente detallado y abierto sobre sus dificultades de salud, sobre su iniciada depresión, sobre las dolorosas defunciones, respecto a las cuales encuentra palabras emocionadas sobre Heinrich von Stein, sobre la reedición revisada de sus primeros libros, y sobre una amarga decepción humana: «No debe confundirme, querida amiga, con el imbécil y vanidoso Lanzky: se trata de un literato de décima fila al que he propinado un puntapié cuando me di cuenta del mal uso que comenzó a hacer de mí y de mi literatura. ¿Soporta usted siquiera un página de sus empalagosos desatinos? Resulta comprensible de por sí que su "Crepúsculo", del que usted me habla, me sea absolutamente desconocido: tal cosa no puede traspasar el umbral de mi casa, tan poco como el Sr. Lanzky mismo[124].»

Pero la sorpresa más hermosa se la tenía reservada a Nietzsche el fin de la temporada: el 2/3 de septiembre lo visitó su viejo amigo Paul Deussen con su joven esposa, en el curso de un largo viaje a pie que los llevó desde Stilfserjoch-Veltlin-Comersee-Bergell-Maloja hasta Sils «donde Nietzsche nos esperaba ya hacía tiempo... Se ocupó de nosotros con extremada atención, casi con ternura, cosa que antes no era propia suya, me llevó a sus lugares preferidos, a su vivienda muy primitiva, a "su cueva", como él la llamaba, nos acompañó hasta Silvaplana, y las lágrimas aparecieron en sus ojos cuando regresó a su soledad, mientras nosotros, con ánimo alegre, por St. Moritz y Pontresina... (alcanzamos) en unos días más mi vieja Ginebra[74].» Nietzsche informa a Overbeck de esta visita alabando el «conmovedor afecto... El va a Grecia; el rodeo por Sils fue muy amable. Por cierto, el *primer* catedrático de filosofía de credo schopenhaueriano: y

parece que yo y nadie más soy el culpable de que haya llegado a este modo de pensar. *Va benissimo!* Yo doy más valor al hecho de que Deussen sea el primer intelectual europeo que conoce desde dentro la filosofía hindú, sobre la base de una preparación kantiano-schopenhaueriana (—"cree" en ella: para esto Schopenhauer fue de hecho el necesario escalón intermedio). Me trajo la obra más refinada de esa filosofía, los Sutras védicos, traducidos por él y publicados a cargo de la Academia.»

Con esta sencilla descripción refrena Nietzsche la tremenda excitación venturosa que desencadenó en él la visita. Más abiertamente confiesa una sensación de desconsuelo. Pocos días después de su partida escribe a Meta von Salis[213]: «Sils ya no vale nada desde que usted está fuera. Septiembre posee un pérfido carácter: frío, nevoso, lluvioso, desazonado —yo mismo me encuentro enfermo en cada instante. Si fuera de otro modo ya hace tiempo que tendría usted noticias mías, también una palabra del más cordial agradecimiento: puesto que usted me ayudó esforzadamente a superar, como en un viaje en góndola, un verano de trabajo, difícil y en el fondo azotado por vientos contrarios.»

La despedida de Meta von Salis y la visita de Deussen —que de otro modo también había de convertirse en una despedida, e incluso para siempre, puesto que hasta su desmoronamiento ya no hubo encuentro alguno con el viejo amigo— hicieron surgir de nuevo las acostumbradas consecuencias: ya durante la visita de Deussen no se sintió Nietzsche bien del todo, y los días siguientes trajeron consigo un fuerte ataque. Así en carta a Mrs. Fynn[90], lamenta no haber podido ir el 6 de septiembre desde Engadina a Maloja a despedirla (ella fue a pasar el invierno a Ginebra), y el 11 de septiembre pide disculpas a su madre porque, a causa de un ataque de dos días (9/10 de septiembre), no ha podido agradecer inmediatamente el envío de víveres, que, para mantener su dieta, se han convertido para él en algo de una importancia definitiva.

Férreo programa dietético

Todo su modo de vida volvía a ser de un rigor semejante a una cura; y también esto al servicio de su obra. «Todo el mes de julio estuve muy diligente», escribe el 3 de agosto a su madre. «Parece que con la salud también han vuelto a mejorar mis fuerzas intelectuales. He llevado a cabo asimismo algunas mejoras en la organización de mi modo de vida, que han tenido decididamente *muy* buenas repercusiones. Una de ellas es el hecho de no haber participado ninguna vez todavía de la *table d'hôte*, cuya degustación encierra ciertos riesgos incalculables: además la sala está muy caliente, superllena (100 personas aproximadamente, muchos niños), con ruido, basta, nada para tu tierno animalito, que últimamente está un poco demasiado orgulloso para dejarse echar de comer *en masse* sin remordi-

mientos de conciencia. Así pues, como solo media hora antes: todos los días un buen beefsteak rojo con espinacas y una gran tortilla (con mermelada de manzana dentro). Por esto pago lo mismo que por la *table d'hôte*. Por la noche nada más que algunas rajitas de jamón, dos yemas de huevo y dos panecillos. Pero lo más esencial es la innovación por la mañana temprano... Sobre las 5 tomo una taza de cacao amargo (van Houten), que yo mismo me preparo, luego me vuelvo a echar en la cama, vuelvo a dormirme bajo su efecto, pero me levanto puntualmente a las 6 y, cuando ya estoy vestido, bebo aún una gran taza de té. Entonces me pongo a trabajar —y esto funciona. El sistema entero resulta mucho más tranquilo y está más sopesado; también mi humor es mejor. En el mes de julio sólo he padecido tres grandes accesos de dolor de cabeza, con vómitos que duraron días enteros, lo cual resulta un auténtico progreso frente a los meses anteriores... Hoy quiero todavía encargar jamón de Wiel a su lugar principal de procedencia.» Este se hallaba en aquella época en Eglisau a. Rhein. Pero a Nietzsche no le satisficieron los suministros, sabida la importancia decisiva que para él tenía la calidad del jamón: poco salado y no demasiado grasiento. Es uno de los temas principales en la correspondencia con la madre, que tiene que cuidarse en general de las cosas de necesidad cotidiana, incluso de las plumas de escribir. A principios de junio se las pide el hijo[124]: «Me resultaría muy deseable una cajita con 12 docenas de plumas de acero, pero de esta marca exacta... S. Roder, Hoflieferant, Berlín, Stahlfeder Nr. 15 Breit.

»Son las únicas plumas con las que puedo escribir bien (tan bien, por ejemplo, como está escrita esta carta)». En agosto encarga a la madre «dos corbatas, una grande y ancha para dar la vuelta y otra para prender». El 12 de agosto agradece «las corbatas: que corresponden a mis "profundas" exigencias... ¡Muy bien la camisa! Puesto que ese tipo me lo pongo cada vez más (no por la noche, pero por el día). También me parece que las mangas son razonablemente cortas... Finalmente los calcetines y los guantes: ¡querida madre, qué cantidad de cosas buenas! Olvido lo sorprendentes que me resultaron los polvos efervescentes: como si hubieras barruntado lo que tu vieja criatura deseaba este verano.»

La madre ya le había procurado en Chur víveres para las comidas menores. Así él, después de llegar a Sils, agradece y ruega a la vez: «... me vendría muy bien jamón (la salchicha de jamón más fina) y al mismo tiempo quisiera hacer a la pequeña Adrienne un bonito (distinguido) regalo. La gente de esta casa son buenos conmigo y tu viejo animal tiene pocos rincones en la tierra donde la gente sea buena con él». Se trata de uno de los pocos testimonios de la relación de Nietzsche con sus patronos Durisch en Sils, que desgraciadamente fue suprimido en la publicación de las cartas por la hermana. En el envío de agosto venía además algo especial que agraece Nietzsche: «El deguste de los bizcochos tengo que retrasarlo todavía un poco; los he colocado en una caja de latón. El cacao

lo compararé con gran interés con dos preparados que bebo diluidos (el holandés van Houten y el suizo Sprüngli): veamos qué nación gana el premio.» Parece que Nietzsche experimentó una gran decepción con la miel. «Miel» que, por lo demás, es una metáfora para todo lo bueno y digestivo. El 25 de junio había pedido a la madre «algo de miel». Pero el 5 de agosto le escribe: «¡Nada de miel, por favor! (la última vez me sentó mal)... Por fin: de la farmacia de la Herrenstrasse 100 gramos de ruibarbo en trozos. Y, por favor, lo más pronto posible.» Esto lo necesita Nietzsche con seguridad para ayudar su digestión, pesada a pesar del mucho movimiento al aire libre. Así pues, se limita a medios caseros inocuos sin que volvamos a oír nada de medicamentos en esta época (a no ser el *mal* uso de ellos que más tarde afirmara la hermana como explicación del desmoronamiento). También prescindió de bebidas alcohólicas, cosa que subraya varias veces en las cartas, como por ejemplo el 15 de septiembre todavía a Köselitz: «Nada de vino, nada de aguardiente —de esto he llegado a convencerme.» También vuelve a cuidar más su aspecto externo. A su ropero no sólo pertenecen las corbatas y camisas que le envía la madre, sino que él mismo contribuye a ello: «En Chur he hecho revisar y arreglar trajes, ropa (camisas, calcetines, botas, etc.): de modo que ahora vuelvo a estar en buen orden», escribe a la madre el 25 de junio.

«*Muthgen*»

No sin una sonrisa de satisfacción Nietzsche consideró como un incidente gracioso una consulta del archivo Goethe de Weimar. Tras la muerte del nieto de Goethe, Walter Wolfgang von Goethe, el 15 de abril de 1885, el legado del poeta se trasladó a Weimar, fundando a continuación una sociedad Goethe. Se intentó rápidamente esclarecer la biografía del gran hombre y recoger sus obras y cartas. La gran duquesa Sophie encargó al archivo Goethe el preparar la edición completa, que más tarde llevaría su nombre, cuyos primeros tomos salieron ya en 1887. En relación a esto le llegaron a Nietzsche «comunicados y consultas, ... de las que resulta que, cómicamente, la investigación goethiana se introduce también en mi historia familiar: pues ha surgido la idea de que la "Muthgen" (alrededor de 1778) amiga del joven poeta no fue otra que mi abuela paterna, Erdmuthe Dorothea Krause, hermana del catedrático de teología, el königsbergiano Prof. Krause, que fue el sucesor de Herder como superintendente general de Weimar, y posteriormente esposa del superintendente Dr. Ludwig Nietzsche en Eilenburg (mi abuelo).» (A Overbeck, el 6 de julio de 1887.) Pero (el 17 de julio): «He dado un buen susto al bravo archivero e investigador de Goethe al haberle mostrado (a través de mi madre) que es improbable que en 1778 "Muthgen" fuera amiga del joven poeta a tenor de la circunstancia de que "Muthgen" vio la

luz de este mundo en diciembre de ese año. ¡El infeliz ya había hecho imprimir su "descubrimiento"! —ahora queda aún la posibilidad de que la Muthgen del diario de Goethe fuera la madre de mi abuela. La semejanza con "la de Goethe", por lo demás, resulta firme bajo todas las circunstancias; incluso la llamada del Prof. Krause como sucesor de Herder fue obra de Goethe.»

Nietzsche no podía sospechar entonces el significado que el archivo de Goethe habría de adquirir para su propio legado —¡y cómo, temporalmente, un «archivo Nietzsche» repercutió sobre la actividad del archivo Goethe!

La imagen clásica del filósofo

Con su estricto modo de vida Nietzsche da perfectamente al exterior la clásica imagen del filósofo sacada de la antigüedad; aunque todavía sobre Kant se ha conservado la broma de que los habitantes de Königsberg hubieran podido poner en hora sus relojes por el turno regular de sus paseos. Una autodisciplina así presupone un espíritu vigilante y duro, la conciencia de trabajar en una gran tarea y de que la obra sólo puede surgir por una dedicación lo más exclusiva posible de las fuerzas. Sería algo completamente errado —cosa que se ha hecho— el pretender ver ya en aquellos años, por el modo de vida de Nietzsche, síntomas de una desorientación espiritual para sacar de ahí, después, conclusiones sobre la calidad de la obra. Precisamente a ello se refiere Meta von Salis remitiéndose a su experiencia inmediata[212]: «Desgraciadamente ya no es cuestión alguna el hecho de que hubo un cierto número de personas que ya años antes de la aparición de lo horrible explicaban a Nietzsche como anormal. Chamberlain escribe (¡1896!) que su razón se obnubiló poco después de la composición del escrito "Richard Wagner en Bayreuth" (1876), y uno de sus antiguos conocidos me preguntó a comienzos de 1888* si en el verano anterior no había yo notado en él ningún signo de trastorno espiritual, sonriéndose con superioridad cuando yo lo negué.

»Normal-anormal son términos pomposos pero baratos cuando se piensa seriamente que, como Nietzsche gustaba de recalcar, no hay personas normales en general... Para la plebe cualquier persona no plenamente corriente está loca; Lombroso califica al genio de anormal... pero sin poder determinar con exactitud ni siquiera aproximada el límite entre la persona genial y la no genial. Yo, como lega en el asunto, no me permito juicio alguno en un tema tan delicado, pero tampoco dudo en afirmar que quien quiera declarar enfermo mental a Nietzsche antes de finales de 1888

* Se trataría más bien de 1889, tras la corta visita de Meta von Salis en el verano de 1888.

debe sacar las consecuencias de Lombroso y sospechar de los espíritus sobresalientes de todas las épocas.»

Meta von Salis se refiere certeramente a la calamidad que ocasionó el yerno de Wagner, Houston Stewart Chamberlain (1855 a 1927), con su tesis —una *prophetia ex eventu*. Es efectivamente sorprendente con qué ligereza este hombre en 1896 en su libro sobre Wagner[68] manipula datos y fechas sobre Nietzsche —y que nadie se escandalizara ante tal «ciencia» sucia, que llegó a tener efectos duraderos y que durante decenios fue una traba para la comprensión de Nietzsche. Y al respecto no consuela el hecho de que hiciera a su suegro Wagner el flaco servicio de introducir su obra, como «herencia germánica», en el activo de la política chauvinista alemana, de lo que la obra de Wagner no se ha liberado ya hasta hoy día. Igualmente funesta y duradera ha sido la permanencia en la conciencia pública de la interpretación de Chamberlain del Nietzsche enfermo mental.

Hay que reconocer, por el contrario, qué claridad y dominio espiritual poseía Nietzsche precisamente en esta época, con qué dureza y consecuencia se obligaba al trabajo concentrado contra sí mismo y contra todo halago de la comodidad. Y esta claridad, dureza e implacabilidad caracterizan también, y progresivamente, el estilo, el ropaje literario de sus escritos. Y con ello los contornos del núcleo, del edificio conceptual, o, por recurrir a un símil ya empleado, el paisaje filosófico, se hacen más nítidos, cristalinos incluso, más precisos y casi como el paisaje en el viento del sur.

El último himno

Primero, esa claridad había beneficiado ya la revisión de sus escritos tempranos, que ahora aparecerían definitivamente acabados ya, en nuevas versiones. Un final del mismo estilo representa el «Himno a la vida», la única de sus composiciones musicales que Nietzsche dio a la imprenta. Es en cierta medida el extracto del «Himno a la amistad» de 1873/74. La introducción y los dos largos interludios de entonces se suprimieron, quedando sólo el núcleo duro, la estrofa de antes, triplemente intermitente[125]. Nietzsche escribe sobre esta pieza musical no sólo a la madre, pero sí primero a ella: «lo único que ha de aparecer de mis composiciones, para que se tenga siquiera algo que pueda ser cantado en recuerdo mío.»

El grabado de las notas se efectuó rápidamente, y el 8 de agosto Nietzsche ya pudo leer las primeras pruebas. Sólo encuentra reparos que hacer respecto a la portada*, y de ello se sigue una correspondencia epistolar larga y desagradable. Nietzsche no consiguió imponer sus ideas y exigencias, y el 29 de agosto hubo de capitular al fin ante la rutina

* Para la controversia con Köselitz a causa de un cambio tonal que éste había llevado a cabo, remitamos aquí simplemente a la publicación[126].

editorial de Fritzsch. Se trataba de un editor musical, y éstos tienen su propio catecismo. Hasta que apareció la partitura se llegó entretanto a finales de octubre.

Bajo estos trabajos que cierran un período creador ya pujaban hacia arriba, sin embargo, fuerzas salvajes para ponerse al ataque. El manuscrito que Nietzsche envió a Naumann el 30 de julio de 1887 y que apareció en 10 de noviembre bajo el título de

«Para la genealogía de la moral.
Un escrito polémico»

anuncia abiertamente con el subtítulo la voluntad de ataque. Como ya lo había recalcado, casi con insistencia, respecto a todas las cuatro partes del «Zaratustra», también ahora Nietzsche, para este escrito, ofrece uno de sus fabulosamente cortos tiempos de composicion: «Fue de hecho rápidamente decidido, comenzado y terminado: según el resguardo de correos envié (por segunda vez) el manuscrito a Naumann el 30 de julio: el inicio del trabajo, que por desgracia no anoté, tuvo que suceder en torno al 10 de julio» (a Köselitz, 8 de agosto de 1887). Ello podría dar la impresión de que el libro se pergeñó con intuición genial. Pero también aquí se oculta detrás un trabajo minucioso, diligente y a menudo penoso. El legado contiene anotaciones al respecto que hubieron de ser escritas lo más tarde poco después de la experiencia del «Preludio del Parsifal», a comienzos de enero en Monte Carlo. Ello se sigue de la vecindad inmediata a las anotaciones correspondientes sobre el Parsifal.

Más atrás en el tiempo pueden quedar las raíces de la gran cita de Tertuliano sacada del tratado «De spectaculis» de este padre de la iglesia, que escribió en torno al año 200, y que aparece en el «Primer tratado» § 15. En una carta a Overbeck que hay que fechar el 17 de julio de 1887 Nietzsche dirige «un ruego a ti como "padre de la iglesia" —necesito urgentemente un trozo de Tertuliano en el que esta alma bella describe las alegrías que en el "más allá" gozará ante la visión de sus enemigos y de los anticristianos: los tormentos son especificados muy irónica y malvadamente por referencia a las antiguas profesiones de esos enemigos. ¿Te resulta posible acordarte de ese trozo? ¿y eventualmente enviármelo? (*originaliter* o también traducido: lo *necesito en alemán*)». Overbeck envía inmediatamente una edición latina del texto, y el Prof. Nietzsche no encuentra tiempo para traducir el pasaje, que resulta literariamente complicado. De modo que en las ediciones de Nietzsche aparece incomprensible para los no versados en latín, y sólo las observaciones intermedias en alemán permiten barruntar el profundo contenido*. El 30 de agosto Nietzsche agradece al amigo el rápido envío y le confiesa a la vez:

* Traducción en vol. IV, Documentos n.º 5.

«He hecho de tu *adnotat.* al respecto el uso más despreocupado... En mis manuscritos ya se encontraba antes de la llegada de tu carta una parte del trozo, pero me resultaba precioso el recibirlo *in extenso.*» ¿Qué clase de extracto era éste, de qué época y con qué objetivo?

Nietzsche sabía que su amigo Overbeck, como historiador de la iglesia, se ocupaba a menudo de Tertuliano, y que incluso había mantenido en 1878 una controversia sobre un pasaje de Tertuliano con su colega, más joven, Adolf Harnarck[18]. ¡Pero a pesar de los muchos escritos de Tertuliano que Overbeck trata o cita también en esos años, nunca aparece entre ellos el «De spectaculis»! Los editores de la GOA[1] suponen que Nietzsche ya había citado antes a Tertuliano y remiten a la triple aparición en «Humano» y «Aurora» de «credo quia absurdum est». ¡Pero esto nunca aparece así en Tertuliano! Si Nietzsche hubiera utilizado entonces el texto de Tertuliano no habría podido usar del modo que lo hace ese dicho corriente. (Sobre esta cuestión textual, cfr. Büchmann[19].)

Así pues no es probable que este extracto de sus manuscritos procediera de la época de Basilea. Ni leyó entonces a Tertuliano —ni arrastró consigo tantos años las anotaciones de entonces. El supuesto más indicado parece el de datar su procedencia del otoño de 1882, durante el cual realizó en Leipzig, con Lou Salomé, estudios histórico-religiosos. Aquellas anotaciones pudieron llegar a Sils en el cajón de los libros. Un estímulo proveniente de la última época —en la biblioteca de Chur— no puede defenderse, ya que esta biblioteca (según un informe personal del bibliotecario) no posee el texto de Tertuliano.

Tampoco puede ya saberse qué edición le envió Overbeck. Los textos que poseía Overbeck no han llegado todos al legado, y precisamente falta el Tertuliano. Podía tratarse de una edición más antigua, pero también de la de Ernst Kussmann (Gotha, 1887), que no se apoya, sin embargo, en la mejor tradición. En cualquier caso Nietzsche sigue en la cita el texto de esta redacción superada por Reifferscheid en 1890.

La «Genealogía de la moral» viene a unirse sin violencia alguna a la obra completa. «Añadida como complemento y aclaración a la última publicada "Más allá del bien y del mal"», observa Nietzsche en un dictamen previo. Pero en el *Prólogo* remite mucho más atrás todavía (§ 2): «Mis ideas sobre la procedencia de nuestros prejuicios morales... tuvieron su expresión primera, concisa y provisional en aquella colección de aforismos que lleva el título de "Humano —demasiado humano", cuya redacción comencé en Sorrento durante un invierno que me permitió hacer un alto como hace un alto un caminante, y abarcar con la mirada el vasto y peligroso país por el que hasta allí había caminado mi espíritu... Esto ocurrió en el invierno de 1867-77; las ideas mismas son más antiguas... Pero el que todavía hoy las mantenga, el que ellas entre tanto se hayan sostenido a sí mismas, unidas unas a otras cada vez con mayor fuerza, ... esto refuerza en mí la alegre confianza de que desde el principio... no

surgieron en mí esporádicamente, sino de una raíz común, de una voluntad primordial de conocimiento... que pujaba en lo profundo, hablando cada vez con mayor precisión. (§ 3)... De hecho, ya siendo yo un muchacho de trece años me acosaba el problema del origen del mal: a él le dediqué... mi primer ejercicio filosófico de escritura.» Tras esta remisión a la época de Sorrento, Nietzsche considera imprescindible delimitarse frente a Paul Rée. (§ 4): «El primer estímulo para divulgar algo de mis hipótesis sobre el origen de la moral me lo proporcionó un librito claro, limpio e inteligente, también resabido, ... que me atrajo —con esa fuerza de atracción que posee todo lo opuesto, todo lo antipódico. El título del librito era "El origen de los sentimientos morales"; su autor el Dr. Paul Rée; el año de su aparición 1877. Quizá nunca haya leído nada a lo que con tanta fuerza haya dicho no dentro de mí, frase por frase, conclusión por conclusión, como a este libro: pero, sin embargo, sin disgusto ni impaciencia.»

Tras otras remisiones —a «Aurora» y «Gaya ciencia» y a la controversia latente con Schopenhauer— Nietzsche se aplica en el primer capítulo, titulado «Primer tratado», al tema actual del «más allá»: «bueno» y «malvado»; «bueno» y «malo».

Nietzsche ataca en primer lugar a los «psicólogos» (sociólogos) ingleses —entre los que incluye expresamente a Paul Rée—, que quieren reducir los juicios morales de valor a experiencias de utilidad y, donde éstas parecen faltar, a la falta de memoria en relación a la utilidad ya experimentada. A esto Nietzsche opone la tesis (§ 2): «El juicio "bueno" no procede de aquéllos a los que se dispensa "bondad"! Más bien han sido "los buenos" mismos, es decir, los nobles, los poderosos, los hombres de rango superior y elevados sentimientos los que sintieron y establecieron a sí mismos y a su obrar como buenos, a saber, como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo, de bajos sentimientos, vulgar, plebeyo. Desde ese *pathos de la distancia* es de donde se arrogaron el derecho de crear valores, de acuñar nombres de valores: ¡qué les importaba a ellos la utilidad!... El pathos de la nobleza y de la distancia, ... el sentimiento global y radical, duradero y dominante, de una especie superior y dominante en relación ... a un "abajo" —*ése* es el origen de la oposición "bueno" y "malo"». Relacionando etimológicamente los conceptos «malo» («schlecht») y «sencillo» («schlicht») (§ 4), concluye que el hombre «sencillo» justamente no ha sido el «bueno»=el noble. Precisamente en esta parte es donde Nietzsche intenta esclarecer los conceptos morales a partir de desarrollos prehistóricos. En ello demuestra un arrojo intempestivo para su tiempo: el de levantar la tapadera del pozo a través del cual podemos mirar hacia el fondo abismático y primigenio del hombre, donde yacen en cadenas el odio, el afán de venganza y la atrocidad. Muestra lo que sucede cuando los demonios encadenados consiguen la fuerza, la prepotencia para moverse «liberados», sin las cadenas de «bueno» y «ma-

lo», más allá de esa delimitación de fronteras. Y aquí sucede algo que tan a menudo se le ha achacado a Nietzsche: sus palabras sobre la «bestia rubia» que aparece entonces. Se le ha tomado mal a Nietzsche este horripilante diagnóstico de la esencia humana, como si él hubiera inventado o incluso recomendado a esa «bestia rubia». Con el ataque al reconocimiento desnudante de Nietzsche se ha intentado eliminar la vergüenza ante sí mismo: para silenciar el mal uso contrario, la justificación de la propia inhumanidad. Nietzsche dirige su mirada conscientemente a situaciones *pre*históricas o al menos muy lejanas, cuando dice esto de ese «animal de rapiña desatado» (§ 11):

«Disfrutan allí la libertad de toda constricción social, en la selva se desquitan de la tensión ocasionada por una prolongada reclusión y encierro en la paz de la comunidad, allí *retornan* a la inocencia propia de la conciencia de los animales rapaces, cual monstruos que retozan, los cuales dejan acaso tras de sí una serie abominable de asesinatos, incendios, violaciones, torturas, con igual petulancia y tranquilidad de espíritu que si se tratara simplemente de una travesura estudiantil, convencidos de que de nuevo, para mucho tiempo, tendrán los poetas algo que cantar y que ensalzar. Resulta imposible no reconocer en la base de todas estas razas nobles al animal de rapiña, a la magnífica bestia rubia que vagabundea codiciosa de botín y de victoria... La fiera tiene que volver a salir, tiene que volver a la selva: —la aristocracia romana, árabe, germánica, japonesa, los héroes homéricos, los vikingos escandinavos— en esa necesidad coinciden todos ellos... Su indiferencia y desprecio de la seguridad, del cuerpo, de la vida, del bienestar, su horrible jovialidad y el profundo placer que sienten en toda destrucción, en todas las voluptuosidades del triunfo y de la crueldad— todo esto se concentró para quienes lo padecían en la imagen del "bárbaro", del "enemigo malvado", por ejemplo del "godo", del "vándalo".» Desde Homero los poetas han enaltecido a esos «héroes» llamados por Nietzsche «monstruos retozantes», mientras que él advierte frente a dos ejemplos de un tiempo histórico claro: «La profunda, glacial desconfianza que despierta el alemán en cuanto llega al poder, también ahora —sigue siendo un rebrote de aquel horror inextinguible con el que durante siglos Europa contempló el furor de la rubia bestia germánica.»* ¡Y precisamente la cita de Tertuliano vale como documento estremecedor de que tampoco la «cristiandad», solemnemente afirmada en la voz más alta, está a salvo de ceder a la crueldad sanguinaria de la venganza! Venganza, expiación (ajuste de cuentas) por la culpa, y, como equivalente, como posible medio de pago y de liberación de la crueldad, placer por las penas del deudor víctima: eso es lo que intenta mostrar

---

* También Wagner, años antes, poseía un preciso sentimiento de ello, como cuando (el 1 de diciembre de 1881), a su modo, dulcificado por el humor, decía[268]: «Alemania es un mendigo armado hasta los dientes. No es bueno que nos encontremos en la calle.»

Nietzsche como fundamento más originario de «*culpa, mala conciencia y cosas semejantes*» en el «Segundo tratado» que se titula así. De ese modo, la «jurisprudencia», y especialmente el derecho penal, es reducido a la ley del talión (II, § 5): «La equivalencia viene dada por el hecho de que, en lugar de una ventaja directamente equilibrada con el perjuicio (es decir, en lugar de una compensación en dinero, tierra, posesiones de alguna especie), al acreedor se le concede, como restitución y compensación, una especie de sentimiento de bienestar, —el sentimiento de bienestar de serle lícito descargar su poder, sin ningún escrúpulo, sobre un impotente, la voluptuosidad "*de faire le mal pour le plaisir de le faire*", el gusto por la violación... Por medio de la "pena" impuesta al deudor el acreedor participa de un derecho de señores: por fin llega también él una vez a experimentar el exaltador sentimiento de serle lícito despreciar y maltratar a un ser como a un "inferior" —o, al menos, ... el verlo despreciado y maltratado. La compensación consiste, pues, en una remisión y en un derecho a la crueldad.» (§ 6): «Ver sufrir produce bienestar, hacer sufrir produce más todavía— ésta es una tesis dura pero es un axioma antiguo, poderoso, humano, demasiado humano.»

Y esta relación se da no sólo entre individuos, es decir en el derecho privado, sino también respecto de la comunidad en el derecho público (§ 9): «Uno vive en una comunidad, disfruta de las ventajas de ésta (¡oh, qué ventajas! hoy las infravaloramos a veces), vive protegido, bien tratado, en paz y en confianza, tranquilo respecto a ciertos perjuicios y hostilidades a los que está expuesto el hombre de fuera, el "proscrito"... ¿Qué ocurrirá en otro caso? La comunidad, el acreedor engañado se hará pagar... Lo que menos importa aquí es el daño inmediato...: prescindiendo todavía de él, el infractor es ante todo un "fractor", un quebrantador de contrato y palabra frente al todo, ... El infractor es un deudor que no sólo no devuelve las ventajas y anticipos que se le dieron sino que incluso atenta contra su acreedor: por ello a partir de ahora no sólo pierde, como es justo, todos aquellos bienes y ventajas, —más bien ahora se le recuerda la importancia que poseen tales bienes... La "pena" es en este nivel de las costumbres sencillamente la copia, el mimo del comportamiento normal frente al enemigo odiado, desarmado, sojuzgado... es decir, el derecho de guerra y la fiesta de victoria del *vae victis* en toda su inmisericordia y crueldad.» Estas son las formas originarias y fundamentales de un tiempo originario. (§ 10): «Cuando su poder se acrecienta, la comunidad deja de conceder tanta importancia a las infracciones del individuo, pues ya no le es lícito considerarlas tan peligrosas y subversivas para la existencia del todo como antes: el malhechor ya no es "proscrito" ni expulsado... La voluntad, que aparece cada vez más decidida, de considerar que todo delito es pagable en algún sentido, es decir, la voluntad de separar, al menos hasta un cierto grado, una cosa de otra, el delincuente de su acción -he ahí los rasgos que se han impreso cada vez más claramente en el

desarrollo ulterior del derecho penal... Siempre el "acreedor" se ha vuelto más humano en la medida en que más se ha enriquecido; al final, incluso, la medida de su riqueza viene dada por la cantidad de prejuicios que puede soportar sin padecer por ello... Clemencia; éste continúa siendo... el privilegio del más poderoso, mejor aún, su más-allá del derecho.»

Decididamente Nietzsche se precave frente a la imputación de que la comunidad, el «Estado», haya *surgido* por una armonía así, por mutuos convenios y promesas: esas situaciones son niveles posteriores. Con ello Nietzsche ataca decididamente las teorías de Estado de Rousseau y de todos aquellos que defienden un «*contrat social*» como origen del Estado. Nietzsche considera que la transformación de una población errante, sin forma, en un Estado es consecuencia de un acto de violencia, que (§ 17) «fue llevado hasta el final exclusivamente con puros actos de violencia, — que el "Estado" más antiguo apareció, en consecuencia, como una horrible tiranía, como una maquinaria trituradora y desconsiderada, y continuó trabajando de ese modo hasta que aquella materia bruta hecha de pueblo y de semianimal no sólo acabó por quedar bien amasada y maleable, sino también «conformada... "Estado":... quién es mentado por ello —una horda cualquiera de rubios animales de presa... que, organizados para la guerra y con fuerza para organizar, coloca sin escrúpulo alguno sus terribles zarpas sobre una población tal vez tremendamente superior en número, pero todavía informe, todavía errabunda... Yo pienso que así queda refutada aquella fantasía que le hacía comenzar con un "contrato". A quien puede mandar, a quien por naturaleza es "señor", ... ¡qué le importan los contratos!... Su obra es un instintivo crear-formas, imprimir-formas, son los artistas más involuntarios, más inconscientes que existen... en ellos impera aquel terrible egoísmo del artista que mira las cosas con ojos de bronce y que de antemano se siente justificado, por toda la eternidad, en la "obra", lo mismo que la madre en su hijo. No es en ellos donde ha nacido la "mala conciencia", ... pero esa fea planta no habría crecido sin ellos, faltaría si bajo la presión de sus martillazos... no se hubiera sacado del mundo un ingente quantum de libertad... y se hubiera hecho, por así decirlo, latente.» Consecuencia de ese machacar y comprimir, es un hombre (§ 16) «que ... impacientemente se desgarraba, se perseguía, se mordía, se roía, se sobresaltaba, se maltrataba a sí mismo. Este animal al que se quiere "domesticar", que se golpea furioso contra los barrotes de su jaula, este ser al que le falta algo, devorado por la nostalgia del desierto, que tuvo que crearse sacando de sí mismo una aventura, una cámara de suplicios, una selva insegura y peligrosa —este loco, este prisionero añorante y desesperado fue el inventor de la "mala conciencia". Pero con ella se había introducido la dolencia más grande, la más siniestra, una dolencia de la que la humanidad no se ha curado hasta hoy, el sufrimiento del hombre *por el hombre*, *por sí mismo*.» Son los problemas de la agresión, de la represión, de las neurosis violentas —de los que tras, desde y por Nietzs-

che trata el análisis existencial— los que él ilumina aquí tan crudamente, y ha de iluminar así, dado que su época todavía era demasiado reacia a ellos. Pero Nietzsche no se conforma con el análisis provocador del modo de ser humano, en el que se anclaron tantos de sus contemporáneos, sus conscientes e inconscientes, confesos o no confesos epígonos, sobre todo en la especialidad «dramática». Inmediatamente surge su creencia en el futuro del hombre como una posibilidad de especie superior, la creencia a la que se dirige su «Zaratustra», en el que también él como artista, como poeta, y no como conquistador o domador de hombres, y más allá del bien y del mal, desarrolla una forma de vida como meta, forma de vida que deja muy tras de sí todo lo animal. «Añadamos en seguida [§ 16, final] que, por otro lado, con el hecho de un alma animal que se volvía contra sí misma, que tomaba partido contra sí misma, había aparecido en la tierra algo tan nuevo, profundo, inaudito, enigmático, contradictorio *y lleno de futuro*, que con ello el aspecto de la tierra se modificó de manera esencial... Desde entonces el hombre cuenta entre las más inesperadas y apasionantes jugadas de suerte que juega el «gran Niño» de Heráclito, llámese Zeus o Azar, —él despierta un interés, una tensión, una esperanza, casi una certeza, como si con él se anunciase algo, se preparase algo, como si el hombre no fuera una meta, sino sólo un camino, un episodio intermedio, un puente, una gran promesa—.»

Se trata del viejo sueño de los filósofos —también del por Nietzsche tan denostado Platón—, de que la filosofía sea un medio, un camino, quizá *el* camino hacia la humanidad auténtica, completa, liberada de su procedencia de «animal de presa». En todo caso puede discutirse si los métodos que Nietzsche ofrece concretamente, uno a uno, conducen a la meta fijada*. Con ello la «Genealogía» no sólo viene a añadirse sin fisuras a la obra total de Nietzsche sino también, en general, al prolijo decurso de la historia de la filosofía.

El «Tercer tratado», «*Qué significan los ideales ascéticos*», con su arreglo de cuentas con «el sacerdote» y con sus salidas contra el Nuevo Testamento y Lutero, ya señala hacia el «Anticristo», y adelanta algunas de sus tesis. hay algunos párrafos sobre Wagner, sobre todo respecto a su «Parsifal», sorprendentemente y sólo a duras penas conectados con el tema principal de la «Genealogía de la moral». La experiencia musical de enero de 1887, el hechizo que Nietzsche experimentó en sí mismo por el preludio del «Parsifal», lo inquietó, hasta el punto que hubo de elaborarla para liberarse

* Muchos de sus puntos de vista remiten a inspiraciones o modelos antiguos, esencialmente preplatónicos, por ejemplo al fragmento de Critias DK88 B25 (Nietzsche usaba todavía la colección de Mullach). La procedencia de Nietzsche de la filología clásica se hace precisamente perceptible en la «Genealogía» no sólo externamente en las muchas citas latinas y en ciertas formulaciones griegas aisladas, sino también en el acopio de ideas. ¡He aquí un campo fructífero para la crítica que está abierto todavía!

de ella. La ligazón de los párrafos sobre Wagner y el «Parsifal» a la crítica general del ideal ascético aparece muy artificial a la luz de la experiencia impulsora. Sin embargo en un punto sí están en el mismo plano que el resto: remiten a escritos posteriores. Así como antes al «Anticristo», ahora al «Caso Wagner» y a «Nietzsche contra Wagner». Nietzsche expone aquí con extrema claridad su postura filosófica fundamental contra Wagner y el «Parsifal» (III, 25): «El arte en el cual precisamente la *mentira* se santifica, la *voluntad de engaño* tiene a su favor la buena conciencia, se opone al ideal ascético mucho más radicalmente que la ciencia: así lo advirtió el instinto de Platón, el más grande enemigo del arte producido hasta ahora por Europa. Platón contra Homero: éste es el antagonismo total, auténtico — de un lado el "allendista" con la mejor voluntad, el gran calumniador de la vida, de otro lado el involuntario divinizador de ésta, la *áurea* naturaleza. Una sujeción del artista al servicio del ideal ascético es por ello la más propia corrupción del artista que pueda haber, y, por desgracia, una de las más frecuentes: puesto que nada hay más corruptible que un artista.» Al poner este párrafo entre paréntesis Nietzsche lo caracteriza como excursus y como anticipación.

En este contexto tampoco hay que dejar de considerar que parece darse ahora la posibilidad de un contacto personal con Johannes Brahms, el músico no dramático etiquetado en el mundo musical como la antípoda de Wagner. El 18 de julio de 1887 Nietzsche escribe a Köselitz: «Algo curioso de paso: el Dr. Widmann ... me ha escrito entusiásticamente; también respecto a Brahms... (este último interesado en "Más allá", ahora con idea de llevarse al espíritu la "Gaya ciencia"). —¿¿¿Podría yo hacer algo en este sentido por el "León de Venecia"??? Interrogación.»

Nietzsche sabía con toda exactitud que el camino para un éxito operístico de su protegido Köselitz no podía pasar ciertamente por el no dramático Brahms. El signo de interrogación también se dirige a sí mismo, como ya 13 años antes, en 1874, tras la audición del «Canto triunfal» de Brahms en Basilea, cuando Nietzsche escribe el 14 de junio de 1874 a Rohde: «... fue para mí una de las más duras pruebas de conciencia estéticas». Sin disimular una comunicación con Köselitz, Nietzsche lo comenta también a su madre el 5 de agosto con visible satisfacción: «Me escriben que el famoso compositor Johannes Brahms... se ocupa mucho con mis libros. Parece que tu vieja criatura tiene algo atractivo para los señores músicos.» Las ideas y las esperanzas de Nietzsche con relación a Brahms aparecen más claras en la carta del 11 de septiembre a Widmann, en la que al final de un largo PS añade inesperadamente[124]: «... ¿estaría usted dispuesto a entregar algo en mi nombre al Sr. Johannes Brahms, en el supuesto de que esté todavía en su cercanía? (a saber, una composición musical mía que aparece justamente ahora, "Himno a la vida", coro y orquesta). Porque yo soy, en efecto, como decía Wagner, "un músico frustrado" (al igual que él mismo era un "filólogo frustrado").»

Ultimos acentos en Sils

Después de la visita de Paul Deussen y su mujer, tras la partida de Meta von Salis y de las damas Mansuroff y Fynn, Sils vuelve a tornarse inhóspito en sentido literal: sin huéspedes. A ello se añade un tiempo horrible: el otoño es mucho más frío que otros años (y «sombrío, lluvioso: lo que aumenta el sentimiento de frío»), escribe el 15 de septiembre a Köselitz. Nietzsche pasa frío. Lo que ahora no le deja descansar son las pruebas de corrección de la «Genealogía de la moral» que ya están llegando. El 7 de septiembre llega el pliego 4, al día siguiente el 5, y el 11 de septiembre el 6. Hay algo, además, que le da un nuevo impulso en su cotidianidad: la consulta del poeta y editor Ferdinand Avenarius sobre si quiere participar en la revista «Der Kunstwart» que ha de aparecer a partir del 1 de octubre.

Nietzsche no quiere en principio rehusar bruscamente, puesto que dada su falta de editor entonces (tuvo que imprimir la «Genealogía» otra vez por sus propios medios) esto podía suponer un último refugio. Así por lo menos se expresa el 8 de septiembre en carta a Köselitz: «Quiero decir sí en general, considerando que es bueno tener un lugar en el que ocasionalmente se pueda uno expresar *in aestheticis*. Al hacerlo pensé más en usted que en mí. Avenarius es un poeta..., pero más todavía un intermediario muy tranquilo con instinto para el negocio de libros.» Pero sólo dos días más tarde se esfuma ese amago de disponibilidad para el compromiso. La carta de Nietzsche del 10 de septiembre a Avenarius contiene además una sorpresa: recomienda no sólo a Köselitz sino —y ello con insistencia— a *Carl Spitteler*. «A tales consultas siempre he dicho no hasta ahora: ello no ayuda nada, tengo que volver a hacerlo en este caso. No vea usted en ello más que una de las cinco mil necesidades que incluye una resuelta voluntad de independencia. No se es "filósofo" impunemente. Decididamente no quiero tener nada que ver con revistas: siempre son partidistas y sobre todo cuando ellas mismas no creen serlo... A propósito, se me devuelve con bastante amabilidad esta "abstinencia" mía: también "se abstienen" de mí. Por lo menos eso es lo que me dice Gottfried Keller (que "mi nombre no aparece prácticamente nunca en las revistas alemanas")... Yo, por mi parte, nunca he leído todavía tres líneas sobre mí que me hayan interesado... Por otra parte, para manifestarle mi interés llamo su atención, apreciabilísimo Sr. Lyricus, sobre dos personas cuyo gusto fino y libre *in artibus* ha despertado ya varias veces mi admiración (—y que saben lo que es escribir). En un caso se trata de un músico alemán que vive desde hace años en Venecia en un aislamiento indigno; ocasionalmente, muy ocasionalmente, coge también la pluma (bajo algún pseudónimo cualquiera, por ejemplo, Thomas Murner): habría que inducirle a expresar por escrito sus opiniones sobre la música y los músicos. Le doy a usted la dirección exacta rogándole discreción: Signor Enrico Köselitz, San

Canciano, calle nuova 5256 *Venecia*. El otro es un suizo, el Prof. Spitteler (Neuveville, en el cantón de Berna); ¿no le resulta conocido, quizá, bajo el nombre de "Tandem"*? Unos cuantos artículos estéticos suyos, que conocí casualmente... me descubrieron una cabeza inusualmente reflexiva y fina (—escribe festivamente: ¡qué suerte!). Le recomiendo encarecidamente a estos dos hombres; su colaboración honraría a la revista más exquisita...» Y después de la firma: «Ad vocem de la música: prevéngase ante todos los wagnerianos que escriben, —se trata de ganado vacuno o de ciénaga[124].)

¿No ha leído Nietzsche ni tres buenas líneas sobre sí? ¿Y la recensión de Widmann por la que realmente se entusiasmó?

Esto resulta tanto más sorprendente por cuanto al día siguiente escribe a Widmann: «... transmita, por favor, mi cumplido más devoto a su extraordinario colaborador el Prof. Spitteler: acabo de leer su "Crítica de la orquesta moderna"**. ¡Con gran saber, tacto, independencia de juicio! ¡qué *esprit*, qué gran humor de artista! Y por lo que respecta a su gusto *in rebus musicis et musicantibus* sólo una cosa me impide alabarlo —que precisamente es también *mi* gusto. Me vinieron a la memoria algunas cosas suyas dignas de reflexión que leí el invierno pasado en Niza (sobre el teatro y lo teatral);... en suplementos dominicales del "Bund" con los que me hice de modo enteramente casual. ¿No podrían leerse juntos tales *Aesthetica* de este hombre? Ello constituiría un libro de un rango como pocos, hecho para algunos buenos degustadores y gente especial, que no faltan precisamente hoy día. *Pulchrum est paucorum hominum*. —Invitado amabilísimamente en una revista de arte, me tomé la libertad de proponer al Sr. Spitteler en mi lugar.»

Nietzsche ya no viviría el cumplimiento de su deseo de un libro que recogiera los escritos de Spitteler sobre asuntos estéticos, pero sí el que Avenarius siguiera inmediatamente su recomendación, cosa que Spitteler agradece a Nietzsche, no sin incluir algunas consideraciones a las que vuelve a reaccionar Nietzsche inmediatamente. El 17 de septiembre le escribe[121]: «Una única palabra respecto a sus líneas: puesto que estoy pensando en la partida. Razona usted sobre redacciones y editores, —¡esto me dispone un poco en contra de usted! ¡Perdón! Cuando se producen cosas que no son pasto para la masa, no puede censurarse a los proveedores de la masa porque permanezcan indiferentes frente a ellas. Por ello no tienen por qué ser ni "pusilánimes" ni "vendidos". —Hay que considerar tal situación como privilegio propio... y, a pesar de todo, mantener con los dientes el buen humor. ¡El que hoy día "ríe mejor" —¡créame!— es quien ríe el último! Y —no hay que pretender vivir de los propios talentos (supuesto, naturalmente, que se trate de tantos de excepción).» Y otra vez

* «Tandem» es el pseudónimo bajo el que Spitteler publicó su «Prometeo y Epimeteo».
** Podría tratarse del artículo «Alegoría en la orquesta», esta «Crítica de la orquesta moderna» de Spitteler[224].

tras la firma: «Voy a hacer algunos intentos para conseguir un editor a su *Aesthetica*.»

La partida es realmente inminente. El 19 de septiembre, tarde para las condiciones de ese valle alpino, abandona Nietzsche Sils, tras una estancia de más de tres meses, viajando directamente hacia el sur, o sea, por el paso de Maloja y por el Bergell. En medio de la tormenta y de la tempestad llega el 20 de septiembre a Menaggio, en el lago de Como, donde ya se han establecido sus damas Fynn, y el 21 de septiembre por la tarde a las siete y media a Venecia, donde pasa un mes exactamente en la cercanía de su Köselitz, hasta que el 22 de octubre —por última vez— se retira a su cuartel de invierno de muchos años: Niza.

Por última vez en Venecia

Venecia significa tranquilidad, pausa de recuperación, recuperación también por la música anodina de su maestro Pietro Gast. Todavía el 15 de septiembre había dudado Nietzsche entre elegir Venecia o Leipzig como meta de su viaje (a Köselitz), «el útimo con fines intelectuales, puesto que en relación con la tarea primordial que me queda por realizar en la vida, tengo todavía mucho que aprender, investigar, leer. Pero de ahí se seguiría no un "otoño", sino un invierno entero en Alemania: y, sopesándolo todo, mi salud me desaconseja perentoriamente, por este año todavía, tal peligroso experimento. Con ello, todo termina en Venecia y Niza: —y además, juzgado desde mi interior, necesito primero un profundo aislamiento conmigo mismo más perentoriamente que el aprender y el informarme en relación con 5.000 problemas concretos». Así pues, el trabajo fundante para su «obra capital» vuelve a retrasarse por lo menos por un año.

Y dado que Nietzsche tiene en su cercanía a Köselitz, el círculo de su correspondencia epistolar pierde durante este tiempo un miembro y, consecuentemente, las informaciones sobre este mes se vuelven escasas. Como destinatarios sólo continúan Overbeck, la madre y la hermana en Paraguay.

Nietzsche vive en la calle dei Preti 1263 (San Marco). Esta vez la estancia se ve favorecida por una situación climática que agrada especialmente a Nietzsche: «claro, fresco, puro, sin nubes, casi como en Niza», escribe a la madre el 3 de octubre. Pero Venecia sigue siendo para Nietzsche la ciudad en la que murió Wagner, y ello hace que el «problema Wagner» se vuelva cada vez especialmente vivo, incluido el problema «Ariadna». De ese tiempo procede también este oscuro bosquejo: «Pieza satírica al final/
Entremezclar: cortos diálogos entre Dioniso, Teseo y Ariadna.
Teseo se vuelve absurdo, dijo Ariadna, Teseo se vuelve virtuoso —

celos de Teseo ante el sueño de Ariadna. Queja de Ariadna. El héroe admirándose a sí mismo, volviéndose absurdo,
Dioniso sin celos: "Lo que amo en ti ¿cómo podría amarlo en Teseo?"
—Ultimo acto. Boda de Dioniso y Ariadna.
"no se es celoso cuando se es dios: dijo Dioniso, a no ser de los dioses".
"Ariadna, dijo Dioniso, eres un laberinto: Teseo se perdió en ti, ya no tiene hilo; ¿de qué le vale ahora que no fuera devorado por el Minotauro? Lo que lo devora es peor que un Minotauro."
"Me adulas" respondió Ariadna: estoy cansada de mi compasión, en mí han de perecer todos los héroes: este es mi último amor por Teseo: lo destruyó[6].»

Sin duda «Teseo» representa aquí a Wagner.

El lugar y la forma del apunte son tan curiosos que ya han dado pie a diferentes tipos de interpretaciones y a cuestionamientos crítico-textuales. Primero aparece (encuadrado en una cajita): «Pieza satírica al final», y después: «Entremezclar: cortos diálogos entre Dioniso, Teseo y Ariadna.»

Volvamos nuestra mirada al año decimoséptimo de la vida de Nietzsche. Entoces, como historiador, hubo de llegar a dominar el material ermanárico. Pero en seguida el material lo superó, y entonces encontramos en sus anotaciones autobiográficas de 1862[4]: «Para la poesía estaba todavía demasiado conmovido y no lo suficientemente alejado aún para crear un drama; pero en la música sí se expresó con éxito mi estado de ánimo, en el que se había encarnado plenamente la leyenda de Ermanaric.» Ahora es el problema de «Cosima» el que no está superado. Y en este caso es el poeta el que viene a ayudar a Nietzsche. En forma artística, lo pergeña en unos cuantos rasgos. (Podach se escandaliza de la banalidad de las formulaciones, pasando por alto que sólo se trata de palabras clave.) Esta escena grave ha de hacerse soportable por el hecho de que es «entremezclada» en la pieza satírica. ¡Tendríamos aquí en proyecto algo interesante: una anticipación formal de la «Ariadna en Naxos» de Hofmannsthal-Richard Strauss!

La biblioteca de Venecia debía de estar ampliamente documentada en revistas alemanas. Por una vez Nietzsche no pudo quejarse de que fuera «desconocido» o «ignorado». En cualquier caso, ya dos semanas más tarde, el 3 de octubre, puede ofrecer a su madre toda una antología de juicios sobre sus libros, especialmente sobre «Más allá»: «... un espeluznante revuelto de falta de claridad y de aversión. Pronto es mi libro "sublime tontería", pronto es "diabólicamente calculante", pronto me merecería subir al patíbulo por su causa... pronto me enaltecen a filósofo de la aristocracia junkeriana, pronto escarnecido como un segundo Edmund von Hagen, pronto compadecido como Fausto del siglo XIX, pronto puesto de lado precavidamente como "dinamita" e inhumano. Y este trozo de conocimiento de mí ha necesitado aproximadamente 15 años; si se hubiera entendido algo de mi primer escrito "Nacimiento de la trage-

dia", ya entonces podría haberse uno horrorizado y santiguado del mismo modo... Indudablemente siempre seré "descubierto" unos cuantos años antes en Francia que en la patria.» La madre, como es comprensible, estaba asustada por todo ello y suponía que esta ola de rechazo se la había granjeado su hijo por sus ataques al cristianismo. A lo que el 18 de octubre, él le responde: «... dicho sea para tu tranquilidad... Los juicios que te transcribí procedían todos y cada uno de la esfera de los partidos no eclesiásticos... No se trataba de juicios de teólogos. Casi todas esas críticas (que procedían en parte de intelectuales y críticos muy inteligentes) se defendían expresamente contra la sospecha de algo así como ... quererme "entregar a los cuervos del púlpito y a las cornejas del altar". La contraposición en la que yo me encuentro es cientos de veces más radical como para que entraran en consideración seriamente cuestiones religiosas y matices confesionales.» Y tampoco todos estos juicios consiguen quebrantarlo en la fe en la inexorabilidad de su tarea filosófica: «... conozco suficientemente a los hombres para saber cómo en 50 años habrá cambiando la opinión sobre mí, y en qué gloria de veneración resplandecerá entonces el nombre de tu hijo, por las *mismas* cosas por las que ahora se me maltrata y afrenta.»

A pesar del buen tiempo, a pesar de la música tranquilizante de su admirador Köselitz, Nietzsche tiene que abandonar Venecia. Fundamentalmente es por la luz, que causa molestias a sus ojos; él cree que es debido a la humedad del aire. Así, el 21 de octubre de 1887, abandona este amable refugio que le sirvió de vacación entre sus lugares fijos de residencia en el verano y en el invierno.

Por última vez en Niza

El viaje resultó accidentado, «tremendamente fatigoso; peligroso incidente entre Génova y Milán (en los túneles, de noche); dos horas de demora. Llegada a Niza con fuertes dolores de cabeza. La maleta abierta, la cerradura saltada», así se queja a Köselitz la mañana del 23 de octubre desde su Pensión de Genève, donde vuelve a hospedarse. Así pues, el viaje Venecia-Niza por Génova había durado dos días. Pero en compensación Niza está ahora «considerablemente más cálida» y «posee ahora algo embriagante. Alegre elegancia mundana, gran entrada libre de la pródiga naturaleza en el liberalismo de la gran ciudad en tiempo y espacio, un cierto exotismo y africanismo de la vegetación (—mi propia cueva, alta, colorista, me parece judío-extravagante). ¡Aquí estoy otra vez, inglés e indiferente, en medio de multitud de ingleses!»

A pesar de ello en los primeros días desarrolla precisamente una actividad febril para ofrecer su «Himno a la vida», que acaba de aparecer, a todos los directores de orquesta que conoce para que lo estrenen. Köselitz

tiene que encargarse desde Venecia del envío de las partituras a 15 destinatarios, Nietzsche envía sus cartas de acompañamiento y de recomendación, una tras otra, la mayoría el mismo 23 de octubre, desde Niza; así por ejemplo a H. von Bülow en Mannheim, a Felix Mottl en Karlsruhe, a Hermann Levi en Munich, a Carl Riedel en Leipzig y a Alfred Volkland en Basilea. Precisamente en esta última ciudad Nietzsche espera una audición en la catedral, o sea, allí donde en 1874 la «Canción triunfal» de Brahms había constituido una experiencia tan grande para él. Además cree que allí encontrará la mayor comprensión: «Supuesto que este "Himno a la vida" le gustara y una representación suya no le pareciera falta de interés: no albergo ninguna duda de que despertaría vivo interés en la sociedad basilea. No hay lugar alguno en el que haya tan buena disposición hacia mí, viejo filósofo, como en Basilea[121].» En el borrador de la carta aparecía además la referencia a una audición en la catedral con la esperanza, «¿si yo, viejo filósofo, sueño con oírme a "mí" mismo una vez en ese lugar?»

Sin embargo no está muy seguro del asunto. A Felix Mottl le pregunta: «... ¿qué pensará de mí hoy que me atrevo a enviarle música de mí mismo? ¿Considera este Himno de un filósofo posible, cantable, oíble y representable? —Yo por mi parte me hago esa ilusión, más todavía: desearía que esa música completara la *palabra* del filósofo allí donde, necesariamente, dadas las características de la palabra, ha de quedar impresa. La pasión de mi filosofía se expresa en ese Himno.»

Mottl, designado director del festival del próximo verano, hubo de dar a conocer en Bayreuth la partitura y la carta. Refiriéndose a la última frase de la carta de Nietzsche, Cosima responde a Mottl: «Temo que con o sin pasión el filosofar me ha proporcionado mucha depresión... Y ahora todavía música.»* Esta misma imagen la encontramos después de cada obra filosófica: por una parte, un vacilante retraimiento, arredramiento, y por otra, una profesión pública, llevada a menudo con cinismo, que supere esa inseguridad.

Los esfuerzos no dieron su fruto, el «Himno» de 1874, en el que Nietzsche había introducido en 1882 —no sin forzarlo— el texto del poema de Lou Salomé, y que ahora aparecía en dos estrofas en versión para coro y orquesta de Peter Gast, no llegó a ser apreciado en este último arreglo tal como deseaba Nietzsche, a pesar de que en algunas respuestas había palabras prometedoras, como por ejemplo en la de Felix Mottl.

Con visible satisfacción Nietzsche registra la respuesta de Brahms: «J. B. se permite expresarle sus más expresivas gracias por su envío: por la distinción —así la siente él— y por los importantes estímulos que él le debe a usted. Con gran respeto servidor suyo.» Nietzsche espera anhelante

---

* Para esto y para el uso equivocado que hasta ahora se ha hecho de este párrafo epistolar de Cosima, cfr.[122].

juicios competentes sobre su composición, esperando de ellos reconocimiento. Quiere lo que Wagner no le concedió a su vez: verse legitimado como músico. A ello ha de ayudarle ahora Brahms.

La vida durante los cinco meses de invierno 1887/88 en Niza

vuelve a transcurrir tan regular como resulta posible, para que no irrumpa en él ninguna conmoción externa que le pueda impedir su trabajo.

En primer lugar, Nietzsche se queda en su pensión usual y no hace ya ningún intento de encontrar un nuevo alojamiento, sino que se instala mejor. Se procura una estufa. Su precaución habría de hacerse valer puesto que ese invierno precisamente fue, al menos en su primera mitad, inusualmente frío. Nevó incluso. Tras una semana en Niza, el 31 de octubre, escribe a su madre[124]: «Hoy, mi querida madre, no escribó más que una cartita-estufa; puesto que la cuestión es urgente. Hasta ahora he padecido mucho por el frío prematuro: mi habitación, parterre alto, hacia el norte, al lado de un frío jardín, además nada bajo en absoluto, me produce ya dedos azulados y sentimientos terribles: ¡qué no ocurrirá entonces en el invierno propiamente dicho! Inmediatamente después de la recepción de tu amable carta me puse a la búsqueda de estufas de alquiler, ...pero volví fundamentalmente decepcionado. Pedían 50 fr. por una estación (sin material calefactor; asimismo sin los costos de la colocación y transporte); ... Entonces tu estufita me parece mucho más barata: además puedo atenderla yo mismo y no necesito al mozo para encenderla (ese tipo de estufas no lo hay aquí). Mi ruego consiste pues, querida madre, en enviarme con el mayor ahorro de tiempo posible la estufita junto con 2 quintales de material... Pero todo ha de hacerse inmediatamente. Ruego también una descripción exacta de cómo se calienta y se limpia la estufa, etc.»

La estufa llega en el transcurso de tres semanas, y el 23 de noviembre Nietzsche puede escribir a su madre «que por primera vez esta mañana estoy aquí sentado, en la habitación caldeada: —he tenido que sufrir mucho hasta conseguirlo pues el tiempo fue también pésimo».

También quiere en adelante mantener en mejor orden su aspecto externo. A la carta del 31 de octubre añadió como PS: «Uno de los chalecos negros está feamente desgarrado por el lado: la tela parece muy débil. —Un par nuevo de pantalones han costado 4 táleros. —Me sigue faltando una corbata para rodear, pero ancha (no como la última, sino como las de antes que cubrían toda la camisa. La abertura del chaleco es demasiado grande). Hasta ahora no he encontrado en Niza ninguna corbata tal como la que necesito: pero seguiré buscando.» Volviendo la mirada a estos meses de invierno, el 20 de marzo de 1888 puede escribir a

su madre que, a pesar del encarecimiento que le ha supuesto también la estufa, entre otras cosas, vive significativamente *por debajo* de las condiciones que han de pagar los demás huéspedes del hotel, y a cambio de ello tiene incluso algo que no puede dejar de enaltecer: «Una habitación que me agrada, alta, con una luz extraordinaria para mis ojos, arreglada últimamente, con grande, pesada mesa, *chaise longue*, librería y con pañel pintado marrón rojizo oscuro que yo mismo he elegido. Sigue pareciéndome que he de aferrarme a Niza: su influjo climático sobre mí me resulta más benéfico que ningún otro. Aquí aún puedo volver a usar mis ojos tanto como en otra parte. La cabeza se ha vuelto más libre bajo este cielo, año a año; las lúgubres consecuencias de años de larga enfermedad en la proximidad y espera de la muerte aparecen aquí más suavizadas. No puedo olvidar que también mi digestión es aquí mejor que en ninguna otra parte; pero, sobre todo, mi espíritu se siente más despierto y soporta más fácilmente su carga —me refiero a la carga de un sin-vida, a lo que está condenado un filósofo. Por término medio paseo una hora por la mañana, tres horas por la tarde, a grandes pasos —día a día el mismo camino: es suficientemente hermoso para ello. Tras la cena me siento hasta las 9 en el salón, entre ingleses e inglesas, que lo son casi todos, en mi mesa, junto a una lámpara con pantalla. Me levanto a las seis y media y me hago yo mismo mi té: con él tomo algunos bizcochos. A las doce el desayuno; a las 6 la comida principal. Nada de vino, ni cerveza, ni espirituosos, ni café: la mayor regularidad en el modo de vida y de nutrición. Desde el verano pasado me he acostumbrado a beber agua: un buen signo, un progreso.»

Curiosamente, de la aparición definitiva de la «Genealogía de la moral» el 10 de noviembre no existe referencia alguna en las cartas, a pesar de que Nietzsche parace haberla esperado con creciente inquietud. «De Naumann nada todavía. Dudo casi de que sepa realmente que estoy en Niza», escribe el 3 de noviembre todavía a Köselitz; y: «¿A qué periódicos y revistas he de enviar ejemplares? ¡Dado el cariz científico y exclusivo de estos tratados, a los menos posibles! Sí, por el contrario, a las revistas especializadas de Alemania, Francia e Inglaterra.» Y a la hermana el 11 de noviembre de 1887: «Acabo de encargar a mi editor que te haga llegar un ejemplar de mi último libro. Propiamente me hubiera gustado ahorrártelo: puesto que hay párrafos en él... que no convienen en absoluto a tus oídos actuales. Pero quiero impedir a toda costa que el libro llegue a ti por otro camino diferente; y puesto que, tras la experiencia de "Más allá del bien y del mal", casi he previsto que ello sucediera, elijo entre dos "males" el menor y te lo envío yo mismo.»

Sorprendentemente Nietzsche proyecta una continuación, un segundo «escrito polémico» bajo el mismo título de «Genealogía de la moral», de nuevo en tres «tratados», que enumera sucesivamente: «Cuarto tratado: el instinto gregario en la moral. Quinto tratado: para la historia de la moral

—desnaturalización; Sexto tratado: entre moralistas y filósofos de la moral.» Y añade como palabras clave para la secuencia de ideas: «la moral —ya lo he dicho una vez— fue hasta ahora la Circe de los filósofos. Ella es la causa del pesimismo y nihilismo. Cuya fórmula suprema formula[5].»

Pero ¿qué son todos esos «tratados» en los que Nietzsche se va alejando cada vez más del aforismo en dirección el ensayo corto? Se trata de la aproximación, de la vuelta a la forma de la «consideración intempestiva».

El plan, sin embargo, no llega a desarrollarse a pesar de que las notas de la primera época en Niza se mueven fundamentalmente aún en el ámbito de ideas de la «Genealogía». Progresivamente va adquiriendo importancia el plan para «La voluntad de poder», pero también a éste, a su vez, se le vuelven a superponer otros, siendo definitivamente abandonado por las ideas que llevan a «El anticristo», «El caso Wagner». «El crepúsculo de los ídolos» y «Ecce homo». En forma cada vez más rápida se van siguiendo planes para obras y disposiciones para libros bajo los títulos más diferentes. A Nietzsche lo acosa realmente una necesidad interior de configuración.

Ruptura, restablecimiento, nuevo comienzo.

También en cuanto a las relaciones humanas se da en el otoño de 1887 el cambio de siempre entre el perecer y el devenir. El 11 de noviembre emprende Nietzsche un nuevo —último— intento de restablecer la amistad con Rohde. Le envía el «escrito que acaba de aparecer» («Genealogía»). Ya esto mismo se trata de una valoración equivocada de la situación puesto que si hay *algo* que a Rohde ya no le guste de Nietzsche, son justamente sus escritos. El tono de Nietzsche tiene algo de amargor suplicante: «A mi edad y en mi aislamiento *yo* ya no quiero perder a las pocas personas al menos en las que he tenido confianza alguna vez.» La segunda valoración equivocada se le cuela al «psicólogo» Nietzsche en su largo PS, en el que vuelve a insistir en el embarazoso desacuerdo sobre Taine no apartándose de su punto de vista: «Tal cosa se la perdono al príncipe Napoleón; no a mi amigo Rohde.» Esto no lo compensa Nietzsche tampoco con su lamento al final de la carta: «Tengo ahora 43 años tras de mí y estoy exactamente igual de solo que lo estuve de niño.» Pero Rohde permaneció mudo y «sin respuestas, la llama se ha extinguido»[259].

En correspondencia Nietzsche sí tuvo suerte en el caso de otro viejo amigo: Carl von Gersdorff. Aunque hacía dos años y medio que no había vuelto a oír nada más de él, Nietzsche le envía la «Genealogía de la moral» y Gersdorff responde el 30 de noviembre. Aprovecha ya para dar las gracias retardadamente por «Más allá del bien y del mal»[14]: «Paseé contigo

más allá del bien y del mal, alegrándome por ello como un escolar en placeres prohibidos. Muchas, muchas gracias por tu sincera especulación. La vida que llevo todavía no me ha vuelto romo ante tus ideas; procuramos que el aire espiritual que respiramos no sea malo... Tú vives en un mundo hermoso, libre, y yo te considero dichoso porque puedas vivir como filósofo.» Es seguramente sincera la respuesta que le da Nietzsche el 20 de diciembre: «Pocas veces en la vida una carta me ha proporcionado una alegría así... Tal felicidad no podría llegarme en mejor momento que en éste. En un sentido significativo mi vida está justamente ahora en pleno mediodía: una puerta se cierra, otra se abre... Quién y qué me restará, ahora que he de pasar a los propiamente fundamental de mi existencia (que estoy condenado a pasar a ello — — —), eso es una cuestión capital... Ello me movió, precisamente ahora, a recibir como regalo tu carta y tu vieja amistad.»

No tan serenamente se desarrolló el nuevo contacto inaugurado con *Carl Spitteler*. Para ello, ambas partes, cada una a su modo, eran caracteres demasiado peculiarmente acuñados. Después de que Nietzsche consiguió asegurar a Spitteler la colaboración en el «Kunstwart» de Avenarius creyó que había creado los presupuestos para una actuación en correspondencia. Puso a disposición de «Der Bund» bernés sus libros para una recensión y Spitteler compuso efectivamente una reseña para el suplemento del Año Nuevo. También aquí el «psicólogo» Nietzsche calculó mal. Era total y absolutamente impensable que Spitteler —de suyo ni filósofo ni inclinado a la filosofía, a pesar de su «Aesthetica»— en pocas semanas se hubiera podido enfrentar a las obras de Nietzsche (¡Nietzsche mismo exigía siempre la lectura pausada!) tan profundamente como para confeccionar una crítica o incluso sólo una exposición del contenido filosófico, eso aparte de que tampoco podía imponérselo ni siquiera a un círculo escogido de lectores. ¡«Der Bund» no era una revista especializada! Nietzsche se sintió pues provocado, pero desistió, sin embargo, de una rápida reacción irreflexiva y sólo el 10 de febrero, escribió con fría ironía, en forma indirecta, como a un tercero lejano. Pero la carta va dirigida directamente a Spitteler[124]: «El Sr. Spitteler posee una inteligencia fina y agradable; sólo que, por desgracia, según me parece, esta vez la tarea misma quedaba demasiado de lado y fuera de sus perspectivas normales como para que siquiera se diera cuenta de ella. No dice ni ve nada más que *aesthetica*: mis *problemas* permanecen francamente en el silencio, —yo mismo incluido. No se ha mencionado ni un punto esencial siquiera que me caracterice. Y, finalmente, en el ámbito de lo formal, entre mucha gentileza, no faltan tampoco exageraciones y errores, por ejemplo: "un anti-Strauss sólo ha podido hacerlo un Profesor"... O: "los aforismos cortos es lo menos conseguido" (—y yo, burro de mí, que me había imaginado que desde el inicio del mundo nadie había dominado como yo el *aforismo pregnante:* testimonio mi Zaratustra). Por fin el Sr. Spitteler encuentra que el estilo

de mi escrito polémico es lo contrario de uno bueno; que pongo todo en el papel tal como me llega a la cabeza, sin reflexionar siquiera sobre ello... *Yo* hablo con audacia apasionada y dolorida de tres de los más graves problemas... para ello, para estas cosas nuevas bajo cualquier respecto, me he inventado un nuevo gesto lingüístico —y mi oyente no oye más que estilo y, además, estilo malo, y lamenta al final que su esperanza en Nietzsche como escritor haya decaído por ello significativamente. ¿Es que yo hago "literatura"? —Parece que incluso considera a mi Zaratustra también un tipo superior de ejercicio estilístico (—el acontecimiento más profundo y decisivo —del *alma*, ¡con permiso!, entre dos milenios, el segundo y el tercero—) Una última interrogación: ¿por qué se ha acallado mi "Más allá"?» A esta última cuestión Nietzsche podría haberse respondido fácilmente a sí mismo: este libro había sido recensionado extensamente por el propio redactor jefe Widmann en el folletín del «Bund» en septiembre de 1886. Habría que hacer notar aún, respecto al contenido de la carta, que Nietzsche, en su alta autoconsideración como maestro del aforismo pregnante «desde el inicio del mundo», olvida la epigráfica antigua que representa un género literario peculiar, de amplio alcance y de gran calidad artística. Ya puede documentarse aquí la presuntuosa autovaloración —sobre todo en relación a su «Zaratustra» —que se repite meses después en el «Ecce homo» y que gusta de interpretarse como síntoma de la época final. Pero todo ello ya se da ahora y con plena claridad.

Por suerte, de este «intercambio de golpes» no se siguió ruptura alguna. En ello volvían Nietzsche y Spitteler a ser parecidos: ¡ambos estaban acostumbrados a la dureza dialéctica! En cualquier caso Spitteler responde apaciguadoramente y Nietzsche sigue preocupándose por él. El 4 de marzo de 1888 le pudo comunicar: «Hoy, en lugar de una respuesta cualquiera, una buena noticia. Tras múltiples intentos fracasados y descorazonamientos, al final he conseguido interesar a un editor por la publicación de su *Aesthetica*. Acaba de escribirme el jefe de una de las casas con más consideración de Leipzig (la firma Veit & Co.), el Sr. Hermann Credner, de un modo que no puede calificarse sino de afable: me promete considerar este asunto... ¡No sea excesivamente "suizo" en el trato con este editor algo mimado y pretencioso (que proviene de una antigua familia de Profesores de Leipzig y que además es el editor del Tribunal Supremo del Reich alemán)! Con el deseo de poder seguir siéndole útil / Su / Dr. Friedrich Nietzsche Prof.»

También volvió a enviar a Jacob Burckhardt el nuevo libro, otra vez con una carta llena de recato y respeto: «Todas las bandejas servidas por mí a la mesa contienen tantas cosas duras y de difícil digestión que invitar a alguien a ellas, sobre todo a alguien tan admirado como usted, es más bien un abuso de las relaciones amistosas... Perdón si de cuando en cuando me digo a mí mismo para consolarme: "hasta ahora sólo tengo dos lectores, pero *qué* lectores"», a saber Jacob Burckhardt e Hippolyte

Taine. «Nadie puede pensar más agradecidamente respecto a usted, hombre respetadísimo, de lo que yo lo hago.» Burckhardt respondió brevemente agradeciéndolo y se remitió a una carta posterior que ya no necesitaría escribir nunca.

Pero la gran conquista de esa época fue sin duda Georg Brandes, el considerado docente de la Universidad de Copenhague, que comenzó a interesarse vivamente por Nietzsche.

Elisabeth Förster informa[7] de que en el verano de 1886 un caballero vienés llamó la atención de Nietzsche respecto a Brandes. Por desgracia no da nombre alguno. Pero podemos suponer que fue uno de los profesores que se hospedaron en Sils aquel verano, y que provenía del círculo vienés de admiradores —existente desde hacía tiempo y en su mayoría judío— como antes Lipiner y Paneth.

Nietzsche hizo en 1886 que le llegara a Brandes «Más allá del bien y del mal», y ahora, a pesar de que éste no había reaccionado al primer envío, la «Genealogía de la moral». No es la única vez que Nietzsche demuestra una cierta perseverencia en estas cosas. En este caso mereció la pena. El 26 de noviembre contestó Brandes: «Esta vez, sin embargo, me urge expresarle inmediatamente mis más sinceras gracias por el envío. Es para mí un honor ser conocido por usted, y conocido de tal modo que hasta haya usted pensado en ganarme como lector suyo.» A continuación Brandes trata brevemente de las cosas que los unen y de las que los separan en sus posiciones y expresa su deseo de un encuentro personal: «Usted pertenece a las pocas personas con las que me gustaría hablar.» Pero a ello ya no se llegó. Y lo que falta es cualquier referencia a una ocupación más intensa con la filosofía de Nietzsche, incluso en un curso universitario. La mayor impresión se la causa a Nietzsche la expresión de la carta de Brandes «Su aristocrático radicalismo»: «Con su permiso, ésta es la expresión más inteligente que he leído hasta ahora sobre mí.» Nietzsche olvida que él ya se había entusiasmado igualmente por la de «caminante de riscos» de Burckhardt y por la «dinamita» de Widmann. A la carta del 26 de noviembre de Brandes responde Nietzsche desacostumbradamente pronto y extensamente el 2 de diciembre. A la primer llamada se abre espontáneamente y sin reserva ante el nuevo compañero —como ya había sucedido tantas veces. Básicamente Nietzsche es fácilmente abordable y de buena fe. Esto ya le había proporcionado algunas decepciones, pero corresponde tanto a su ser que vuelve a repetir cada vez sin reparos el intento. Por lo demás su situación lo impulsa a tal comportamiento: anhela comprensión, cercanía humana: «Unos cuantos lectores a los que se respete, y fuera de ellos ninguno —ése es mi deseo efectivo... Tanto más feliz soy cuanto, por lo que respecta al *satis sunt pauci**, a mí los *pauci* no me faltan ni nunca me han faltado. De los vivos entre ellos cito... a mi

* Séneca, epist. al Luc. 7, 11.

extraordinario amigo Jacob Burckhardt, Hans von Bülow, Mr. Taine, el poeta suizo Keller; de entre los muertos al viejo hegeliano Bruno Bauer y a Richard Wagner. Me produce verdadera alegría que un misionero cultural y europeo tan bueno como usted quiera estar entre ellos en adelante; le agradezco de todo corazón esa buena voluntad.»

Nietzsche hace enviar a Brandes sus escritos anteriores «en bloc» incluso el secreto «Zaratustra IV» y además su «Himno a la vida», con la pregunta: «¿Es usted músico?» Brandes no lo es, *sus* impresiones artísticas más profundas se las debe *él* a la plástica y a la pintura. En una instancia importante como ésta falta la coincidencia.

Rápidamente se instaura una abundante correspondencia. Dentro todavía de lo que queda de año van y vienen más de veinte cartas de relieve, tanto por lo que respecta a su extensión como a su contenido. Con ello, sorprendentemente, ha aparecido un nuevo punto álgido en la vida de Nietzsche, pero también se presenta un viejo problema en recrudecida actualidad.

Nietzsche se ve ampliamente comprendido y sostenido por judíos: primero Lipiner, después Paneth, últimamente Helen Zimmern, Avenarius y ahora (pseudónimo para Cohen). Por otra parte y de modo equívoco es reivindicado por la agitación antisemítica creciente, a lo que pudo contribuir como factor previo el parentesco con su cuñado Bernhard Förster y contra lo cual él se defendía vehementemente: desde que «he leído la "correspondencia antisemita" ya no guardo consideración alguna. Este partido me ha malquistado uno tras otro con mi editor, mi fama, con mi hermana, con mis amigos —nada se opone tanto a mi influjo como el que el nombre de Nietzsche haya sido puesto en relación con antisemitas tales como E. Dühring: no tiene que tomárseme a mal si recurro a métodos en defensa propia. Arrojo fuera de la puerta a *cualquiera* que me resulte sospechoso en este aspecto (comprendes hasta qué punto me resulta beneficioso verdaderamente el que ese partido comience a declararme la guerra: sólo que llega 10 años tarde—)», se queja a la madre el 29 de diciembre de 1887[121].

Pero ¿es esa postura realmente la de Nietzsche? ¿No ataca cada vez más en el cristianismo, junto a la tradición de la metafísica y de la ontología de Platón, la ética judía también?

En Nietzsche combaten las viejas contraposiciones: la Hélade contra el Oriente, más exactamente: filosofía natural jónica contra rigidez fideísta judía. El derrotero helenístico de Nietzsche, sobre todo sobre la base de la filosofía natural jonia preplatónica, ilustrada, impelente hacia el escepticismo, lo vuelve a penetrar de nuevo, impregna sus ideas. Cae en la misma escisión que había vivido Wagner, que Nietzsche vuelve a encontrar plasmada en la obra tardía de Wagner, bajo el signo contrario.

Externamente Wagner estaba en el círculo antisemita (Heinrich von Stein, H. von Wolzogen, también Cosima), que, de todos modos, adquirió

su desagradable caracterización en la segunda generación (Winifred Wagner, H. St. Chamberlain). Sin embargo encarga al judío Hermann Levi la dirección de la orquesta en el estreno del «Parsifal». Y precisamente en esta obra se refleja ese mismo conflicto. El castillo del Grial queda al norte de los Pirineos, es decir, en el ámbito norteño, «ario» de leyendas. El castillo encantado de Klingsor queda más allá, en la pendiente sur de los Pirineos, en el ámbito (entonces) oriental-moro-semita. En la vida práctica Wagner se decide por Levi, en la obra deja perecer al oriental Klingsor y vencer al «elfo de la luz» Parsifal.

¿Se abre para Nietzsche una solución parecida? De modo que se deja sostener en el mundo por los Zimmern-Avenarius-Brandes, mientras en la obra (en el «Anticristo») asesina la ética judaica como una «moral de esclavos», como la moral de un pueblo oprimido que sólo por ese camino llega al poder? El destino no le dejó tiempo ya para decidirse, y así, en sus cuadernos de apuntes de esa época aparecen, sin solución, las manifestaciones más controvertidas, una al lado de otra, contradiciéndose, como testimonios de una dura pelea apasionadamente mantenida: ¡una mina para eclécticos con segundas intenciones precisas!

El acorde dominante del presente

Los movimientos de ideas de Nietzsche siempre tuvieron una referencia real en el sentido de que recibieron un vivo estímulo bien sea a través de personas, de libros o de la música. En ese invierno de 1887/88 dominaron esencialmente tres relaciones humanas. Entre ellas la nueva con Georg Brandes. No menos importante es la de Carl Spitteler, acrecentada aún por la música. Como amigo de J. V. Widmann estaba cercano a Brahms, no sólo personalmente, sino también por su gusto musical grandemente formado; propiamente anómalo. Cabría suponer más bien en él, poeta mítico épico, una afinidad con el poeta mítico dramático Wagner.

Spitteler publicó en esa época algunos trabajos sobre estética, especialmente sobre el arte tonal, que Nietzsche leyó con interés. Ahora también él se volvía a ocupar intensamente de su posición problemática frente a la música y sobre todo frente a Wagner, que intentó explicar definitivamente con el «Caso Wagner» y con «Nietzsche contra Wagner». Justamente la historia del surgimiento del segundo escrito descubre lo fuertemente impulsado por Spitteler que estaba Nietzsche, hasta el punto de que pensó editarlo como publicación en común, e incluso bajo el nombre de Spitteler.

Las anotaciones de esos meses, que se mueven sobre todo en torno al círculo problemático de la ética y del cristianismo (éste comparado, por ejemplo, como fruto de sus lecturas, con el budismo, los Vedas e incluso

con Manú), se ven repetidamente interrumpidas por consideraciones aisladas, hasta incluso pequeños ensayos, sobre Wagner y la música en general.

Nietzsche recurre incluso a la disputa histórico-musical Piccini-Gluck para cimentar su postura filosófica fundamental contra Wagner. Claridad y estímulo para ello le proporcionan las cartas del abbé Galiani a Madame d'Epinay, que él cita.

Niccoló Piccini, nacido en 1728 en Bari, muerto en Passy, cerca de París, fue un típico representante de la ópera italiana de la escuela napolitana. Al lado de *opere serie*, consideradas y exitosas, alcanzó su fama por la ópera bufa. Desde 1776 trabajó en París, donde —en contra de su voluntad— círculos literarios y sociales lo instauraron como rival de Gluck, una antítesis que perdió rápidamente actualidad con la muerte de Gluck el 15 de noviembre de 1787, puesto que, a pesar de todo su ropaje fundamentalmente estético, se había constituido con fuertes tintes personales y nacionalistas. Gluck, el alemán nacido en 1714 en el Alto Palatinado, que residía en Viena y que ahora, apoyado por ciertos círculos cortesanos, podía representar, como invitado, en París sus «óperas reformistas», levantó la protesta de los Marmontel, La Harpe, d'Alembert, es decir, de autores que Nietzsche seguía apreciando. Prescindiendo del centenario de la muerte de Christoph Willibald Gluck, que trajo a la memoria aquella polémica, existían muchos paralelos con la polémica actual en torno a Wagner, quien con su declaración de guerra a la «gran ópera» francesa, que llegó al culmen con Meyerbeer (a la que él mismo hace concesiones en los «Maestros cantores»), apela expresamente a la obra reformista de Gluck. Calificándose ahora —tardíamente— como «piccinista», Nietzsche no hace más que ocultar su conflicto interno irresuelto con la música de su tiempo. El le discute a ella, y sobre todo a la obra dramática, el derecho a ser imagen de algún transfondo, de remitir a la trascendencia, que es justamente lo que intentan tanto Gluck como Wagner. Nietzsche reclama frente a ello la «integridad artística» (como lo formula claramente más tarde en una carta a Malwida von Meysenbug), o sea el predominio en la obra dramática musical de la forma musical («ópera de número»), la experiencia inmediata y sensible de la pasión humana tal como la ofrece la ópera italiana. El gran reproche que le hace a Wagner es lo místico delirante de su música, a lo que Nietzsche mismo es tan receptivo —pero que no se puede permitir porque va contra su dieta espiritual, con todas las consecuencias psicosomáticas que ello acarrea.

¡Los últimos encuentros con el preludio del «Parsifal» y otros, le han mostrado aterradoramente cuán vulnerable resulta en este aspecto! Intenta reprimir ese delirio por medio de otro que le parece más inofensivo. Así, por medio de «Offenbach: música francesa, con espíritu voltairiano, libre, altanero, con una leve risa sardónica, pero claro, ingenioso hasta la banalidad (—sin afeites—) y sin la *mignardise* de la sensibilidad vienesa de

encaje y enfermiza[6].» Y finalmente vuelve siempre a oponer «Carmen» de Bizet a Wagner, como «antialemán: el bufo. El baile moro»[6]. También Niza le ofrece este invierno alguna cosa de ese tipo, pero no ópera italiana, sino teatro francés: cuatro veces «Carmen», la ópera temprana de Bizet, «Los pescadores de perlas», de la que se sale después del primer acto ya que era todavía demasiado «Wagner», y las tres operetas de Offenbach «La Périchole», «La Grand-Duchesse (de Gerolstein)», «La fille du Tambour-major». Además «Kakmé» (ópera cómica 1883) de Léo Delibes (1836-1891) y «Amleto» (Hamlet, 1868) de Ambroise Thomas (1811-1896), «delicadezas todas ellas», como observa Nietzsche. El 6 de enero de 1888 informa a Köselitz sobre un concierto en Monte Carlo (el 29 de diciembre de 1887) con música francesa contemporánea, «para hablar con más propiedad, todo ello un mal Wagner»: «Ya no puedo soportar esta pintoresca música sin ideas, sin forma, sin ingenuidad ni verdad alguna. Nerviosa, brutal, insoportablemente molesta y grandilocuente —¡¡y con tantos afeites!! En un caso se trataba de una especie de tempestad marina, en otro de una cacería salvaje (de César Frank), en el tercero de un ballet de Erinnias (¡¡¡referido a la Orestíada de Esquilo!!!). *Esto* es décadence — —». Esta expresión se va a convertir ahora en una de las monedas verbales diarias de Nietzsche, vuelto a estimular de nuevo por el colaborador del «Journal des Débats» Paul Bourget, puesto que la expresión como tal ya la conocía por las conversaciones de Tribschen[258]. «La música me produce ahora sensaciones como propiamente nunca todavía. Me libera de mí mismo, me desencanta de mí mismo... y cada vez, tras una noche de música (—he oído 4 veces "Carmen"), una mañana llena de ocurrencias e ideas resueltas... Es como si se me hubiera bañado en un elemento natural. La vida sin música es sencillamente un error, un incomodo, un exilio» (a Köselitz, 15 de enero de 1888). Sin embargo, Nietzsche intenta evadirse completamente de la música para concentrarse en su tarea fundamental tal como la ve en la elaboración de su «obra capital» varias veces anunciada: «La voluntad de poder.» «Ya no conozco nada, ya no oigo nada, ya no leo nada: y a pesar de todo ello no hay nada que me *interese* más, realmente, que el destino de la música», confiesa resignado a Köselitz el 21 de marzo. Tampoco lo ayuda nada la pretendida abstinencia de la música, el problema «música» ya no lo deja tranquilo —¡y menos aún la figura carismática de los Wagner, Richard y Cosima! El 25 de noviembre de 1887 confía a su diario[6]: «La Sra. Cosima Wagner es la única mujer de gran estilo que he conocido; pero yo le achaco que estropeó a Wagner... El "Parsifal" de Wagner fue principal y primordialmente una condescendencia de gusto de Wagner a los instintos católicos de su mujer, la hija de Liszt.» Un poco antes se dice: «Lo que aprecio de Wagner es el buen trozo de anticristo que representaba Wagner con su arte y estilo. Yo soy el más decepcionado de todos los wagnerianos, puesto que en el instante en el que ser pagano fue más honesto que nunca, Wagner se hizo cristiano. ¡Nosotros los

alemanes, supuesto que alguna vez hayamos tomado en serio las cosas serias, somos todos blasfemos y ateos! ¡Wagner también lo era!—»*

Esta decisión siempre acechante, entre el rechazo fundamentalmente filosófico y la decepción personal por una parte, y la rendición ante el encanto musical de Wagner, la figura paterna y la atadura a Cosima por otra, el destino tampoco le permitió solucionarla. Nietzsche intentó ahuyentar el problema con el «Caso Wagner» en el sentido de una ruptura por una declaración pública de guerra, pero tampoco esto tuvo éxito; el problema continuó y requirió todavía sus fuerzas. Finalmente hubo de escribir aún el «Nietzsche contra Wagner» —y con ello siguió alejado de su tarea fundamental.

De improviso surgió todavía otra problemática en la tranquilidad cuidadosamente guardada de su jardín espiritual epicúreo, en el que debía florecer la planta «obra capital», pero que ahora fue completamente pisoteada: ¡la gran política, transmitida por mediación de uno de sus queridos ramilletes de damas!

Bismarck, Stoecker, el «Reich» en el campo de mira [17, 21; 22; 27; 59]

El 5 de marzo de 1888 Nietzsche informa a la madre: «las noticias de San Remo no tienen nada de agradables: este sistema de mentira y de desfiguración arbitraria de los hechos, tal como lo prosiguen mes a mes esos ingleses, en cooperación con un médico inglés indigno, ha indignado incluso a los extranjeros, sin hablar ya de los médicos alemanes, de toda la familia imperial, de Bismarck. Por una casualidad estoy muy bien, demasiado bien, informado sobre los *intima intimissima* de esta horrenda historia. —Por cierto que desde el 1 de marzo tenemos aquí la gran guerra aduanera entre Italia y Francia: nuestra provincia es la más afectada por ella. Niza se procura de Italia *todo* lo que necesita como alimentación... La guerra aduanera, con sus tasas inauditas, lo que consigue simplemente es hacer un corte entre ambas naciones... Se quiere establecer una comunicación directa por barco de vapor entre Niza y Argelia.»

El 9 de marzo de 1888 muere el emperador Guillermo I, a los 91 años, y su hijo, ya de 57 años, el príncipe heredero Federico III, casado con una hija de la reina Victoria de Inglaterra, hubo de hacerse cargo de la dignidad de emperador, a pesar de que era un hombre gravemente enfermo, muriendo tan sólo tras 99 días de «gobierno», el 15 de junio de 1888. Padecía de un cáncer de laringe y había buscado alivio para sus males en el aire de San Remo. Su médico inglés de cabecera rechazó el diagnóstico, impidiendo con ello una operación que, hecha con antelación

* Esta anotación la incluyó más tarde Elisabeth en una de sus construcciones epistolares (V,777).

suficiente, posiblemente le hubiera prolongado algo la vida. Pero Nietzsche no sólo recibió información sobre esto de las fuentes fidedignas que nombra el 20 de marzo a la madre: «Atmósfera muy del norte de Alemania: la Sra. von Münchow, la Srta. von Diethfurth, etc. Mi vecina de mesa vuelve a ser este invierno la baronesa Plänckner, una Seckendorff de nacimiento: y como tal, en el trato más íntimo con todos los Seckendorff tanto en la corte como en el ejército (por ej., con el conde Seckendorff, quien, como es conocido, es la "mano derecha" —¡y más aún!— de la nueva emperatriz). También es amiga del consejero privado von Bergmann y está incluso en su cura: de modo que estoy muy bien informado sobre los sucesos de San Remo. Incluso he tenido en mis manos hojas que escribió el príncipe heredero unos cuantos días antes de su partida. — —» Europa se hallaba ante una guerra continental, Alemania estaba armada hasta los dientes. Los militares, Moltke y von Waldersee querían empujar al canciller Bismarck a una guerra preventiva contra Rusia para conseguir, a espaldas, manos libres para el caso de un ataque francés de revancha. Pero él apelaba todavía al pacto de los tres imperios (Alemania, Austria, Rusia) de 1881, aunque ya no confiaba en que mantuvieran fuerza suficiente. La conspiración de los zares con Francia intranquilizó los ánimos en Alemania. Entonces Bismarck jugó el doble juego de cerrar, por una parte, un pacto secreto de reaseguro con Rusia (18 de junio de 1887), por el que, por la propia tranquilidad y seguridad, aseguraba a Rusia como recompensa su «neutralidad», es decir, mano libre para sus aspiraciones sobre los Balcanes, sobre todo para la defensa de sus intereses en el Mar Negro; por otra parte llevó a Inglaterra, Italia y Austria a un pacto por el que se garantizaba a Turquía su posesión de Constantinopla y se ofrecía a Rusia respaldo frente a eso mismo (12/6 de diciembre de 1887). Después de que el pacto secreto con Rusia hubo trascendido y fue hecho público el 3 de febrero de 1888, Bismarck ordenó un refuerzo del ejército y el 6 de febrero dijo en el Reichstag: «Nosotros los alemanes tememos a Dios pero a nada más en el mundo; y es justamente el temor de Dios el que nos permite amar y proteger la paz.»

Se hizo necesaria la aproximación a Inglaterra dado que sólo desde allí era de temer seriamente una oposición al rearme alemán en el mar y a la ampliación de las posesiones coloniales africanas. Y este sistema de pactos fraudulento y mentiroso, funesto y de malos augurios, con la militarización total correspondiente de Alemania en un programa de siete años, consiguió la bendición cristiana por medio de un famoso predicador de la corte de Berlín, activista político y con influencias, Adolf Stoecker.

Stoecker nació el 11 de diciembre de 1835 en Halberstadt. Era un domingo de Adviento, cosa que siempre fue considerada como un presagio por la familia y por él mismo. El padre era suboficial de caballería en la escuela de equitación de los coraceros; el pequeño creció en cierta medida en el patio del cuartel y ya con 3 años se le permitió subir al caballo.

Stoecker era un gran calculador y de madurez prematura en general. Con 12 años entró ya en el cuarto curso del Gimnasio catedralicio, en 1854 finalizó su época escolar con el examen de grado de bachiller. Martín Hugo Lange, el hijo del rector de Pforta, impulsó al joven de 18 años hacia la teología. Stoecker fue a realizar los estudios universitarios a Halle y fundó allí la agrupación estudiantil Borussia. Fue expulsado de la universidad por no dar, como presidente que era, el nombre de un estudiante de la asociación, inculpado de una falta grosera contra los estatutos de la universidad. Va entonces a Berlín a finalizar los estudios. En diferentes vicarías se mostró como un pastor rígido y discutible; así por ejemplo, en Mischehe, expulsó de su comunidad evangélica a padres que dejaban educar católicamente a sus hijos.

El 1871 Stoecker pasa a ser pastor militar en la conquistada ciudad de Metz. Aquí tiene lugar su conocimiento —muy importante con posterioridad— con el comandante de la plaza, el general von Waldersee. En 1874 (18 de octubre) es llamado a Berlín como predicador de la corte y de la catedral. Se queda estremecido por el estado de las costumbres en la gran ciudad y funda por ello, en marzo de 1877, una «misión ciudadana».

Stoecker se dedica también abiertamente a la situación social. Con la fundación de un partido propio en 1878, opone al socialismo revolucionario un «socialismo cristiano», cosa que le granjea la enemistad a muerte de los círculos marxistas. En lucha con ellos y, sobre todo, con su prensa, llega a aventurar en 1879 un juicio general por el que denigra a toda la prensa liberal (no eclesiástica) como «prensa judía», contra la que llama a oposición bajo la bandera de la «cruz negra». Así se convierte en una de las figuras dirigentes del movimiento antisemita. Viaja dando conferencias sobre el tema del antisemitismo. En 1881 estuvo en Basilea*, de lo cual seguramente Nietzsche tuvo noticias. Tras años de lucha política y de procesos sin fin por difamación, en 1890 Stoecker cae en desgracia —a la vez que Bismarck— ante el joven emperador Guillermo II y abandona su puesto de predicador. Pero ni de esto, ni de su muerte el 8 de febrero de 1909, tuvo ya Nietzsche noticia alguna.

Este personaje hubo de repeler muy especialmente a Nietzsche: luchador por el cristianismo, simpatizante de las ideas socialistas, aunque a su manera, teutomaníaco y favorecedor de la propaganda antisemita: ¡no podía reunir en sí mismo más cualidades sospechosas para Nietzsche! Nietzsche consiguió hacerse con una visión no sólo profunda,sino «íntima» de toda esta maquinación, y quedó mortalmente horrorizado. Todavía permanecía en lo profundo de su conciencia lo que había vivido en 1870 ante Metz. El horror, el absurdo, la catástrofe de una guerra auténtica, militar —no el de una espiritual, que él siempre alabó—, se

* En la iglesia de San Martín con el tema: «La responsabilidad personal de los propietarios y de los no propietarios en el movimiento social de la actualidad.»

presentaba ante él como un fantasma terrorífico del que ya no se libró hasta los primeros días de la disolución mental en enero de 1889. Veía cómo resbalaba hacia su aniquilación toda la cultura europea que había crecido a partir del humanismo griego. Este fue el problema que ya no le dejó tranquilo y el último que siguió estando presente en su conciencia ya obnubilada, que se petrificó en una mueca amenazadora y que arrancó sus «locos» ataques al Kaiser, a Bismarck y a Stoecker en los «papeles de locura».

«La voluntad de poder»

En el otoño de 1887 Nietzsche había comenzado en serio con un primer esbozo de esa «obra capital sistemática» suya[6]. Numera un total de 372 anotaciones, que reúne luego y reparte en cuatro libros con las cifras romanas I-IV, precisando así el lugar aproximado de cada una de ellas. En parte son realmente meras «anotaciones», y no «aforismos» nítidamente pulimentados en su expresión, conformados tal como Nietzsche era capaz de hacerlo. Ya Elisabeth Förster y sus colaboradores del Archivo Nietzsche se dieron cuenta correctamente de que se trataba de una primera versión de la «Voluntad de poder». Pero sobrevaloraron esa factura. Se trata de palabras clave, de anotaciones temáticas, también de indicadores del derrotero de las ideas, pero no de una «obra» publicable. A pesar de ello esta colección fue publicada como primera versión de la «Voluntad de poder», pero pronto vuelta a retirar, para presentar más tarde, en 1911, una «obra» enriquecida hasta 1067 números con trozos pertenecientes a los niveles más dispares del legado. ¡Curiosamente ni siquiera a todas las 372 anotaciones numeradas por Nietzsche de propia mano se les permitió entrar en esa «versión definitiva»! Ya el 13 de febrero de 1888 Nietzsche considera acabado este primer intento. Escribe a Köselitz: «He terminado la primera redacción de mi "Intento de una trasvaloración": visto en conjunto fue una tortura, y todavía no tengo ánimo suficiente para ello. Dentro de diez años pienso hacerlo mejor.» Y hubiera resultado necesario, puesto que las ideas expuestas en esos 372 números no aportan nada esencialmente nuevo, sobre todo ningún desarrollo sistemático que mostrara una «voluntad de poder» como impulso originario del cosmos, como por ej., la φιλία y el Νεῖχος (amor y odio) de Empédocles, el logos spermatilos de los estoicos o, más cercana, la «voluntad» de Schopenhauer. Tampoco puede hablarse de una transvaloración de *todos* los valores, Nietzsche se queda en el mismo material temático que ya había elaborado en «Más allá del bien y del mal». Quizá él mismo tenía una conciencia más que clara de este hecho y haya que tomar en todo su peso sus palabras de la carta a Spitteler del 10 de febrero de 1888, o sea de la época de la finalización de su «Intento»: «Pero sé bien que ese mismo

("Más allá") pasa como libro *prohibido* —pero a pesar de todo contiene la llave para el acceso a mí, si es que hay alguna. Hay que leerlo primero[121].»

Puede que sea una cuestión discutida de la filología nietzscheana, de la historia de la obra de Nietzsche, si el «Anticristo» ha de valer o no como una primera parte de la obra capital que había planeado, a la que no siguieron las demás simplemente por enfermedad; pero no es una cuestión de la biografía. Esta sólo ha de esclarecer los trasfondos histórico-vitales. Y a ellos pertenece la referencia a la excesiva aplicación de Nietzsche a la lectura. De ahí la crítica textual puede volver a sacar estímulos. Los cuadernos de notas de los meses de Niza citan: Teichmüller («Filosofía griega»), Reuter («San Agustín y la ilustración religiosa de la Edad Media»), y después autores franceses, ante todo, o traducidos al francés: Sainte-Beuve («Port Royal»), George Sand («Lettre d'un voyageur»), Flaubert, Mérimée, Stendhal, Baudelaire, Renan, Víctor Hugo, Montaigne («¡para distraerse!», Galiani, A. Pougin (1834 a 1921) («Les vrais créateurs de l'opéra français» 1881), Roberty («L'ancienne et la nouvelle philosophie» 1887), «Journal des Goncourt», Tolstoi («Ma religion»), y finalmente los artículos de Brandes sobre Zola, Goethe, Turgeniew, Ibsen, Stuart Mill, Flaubert, Renan, Goncourt, y por fin del todo Julius Wellhausen.

No sorprende que, junto a todo esto, Nietzsche volviera a no conseguir ocuparse de su «tarea fundamental» tal como él la veía: «... examinar minuciosa y filosóficamente algo unitario y permanecer en largas series de ideas, duradera y continuamente, con un problema» (¡en enero de 1871 a Wilhelm Vischer!).

Pero lo que le volvió a apartar de su plan fundamental —y esta vez por última vez— fue especialmente la apasionada polémica con lo nuevo con lo que tomó contacto por mediación de Brandes, Spitteler y la política europea. Es el conflicto auténticamente trágico de su existencia. El filósofo sobrecargó las visiones del artista, del poeta, las obligó a entrar bajo la consideración filosófica; el poeta atraía al filósofo más allá del ámbito de lo racionalmente captable, a los intermundos de la fantasía y de la inspiración; el hombre apasionado nunca dejó tranquilo al filósofo, y las exigencias de la filosofía jamás abandonaron al hombre apasionado a una vida sin preocupaciones. El cuerpo supersensible y el espíritu refinado exigían un entorno que actuara de modo suficientemente estimulante sin crispar por ello. En este sentido, Niza durante 5-6 meses en el invierno y Sils para 3 meses en el verano se habían mostrado como los lugares idóneos. Ellos pueden quedar como «residencia fija» de Nietzsche. Pero para las épocas intermedias en la primavera y en el otoño todavía no se había encontrado la solución; Nietzsche seguía experimentando en ello. Fijo era sólo que los lugares debían estar en el margen de los Alpes, a una altura intermedia que uniera Niza y Sils, no demasiado apartados —solitarios, pero tampoco

ruidosos. Se prefería una ciudad con una buena biblioteca ya que el trabajo no tenía que interrumpirse, y para ello Nietzsche necesitaba el trato no sólo con personas sino también con libros. Venecia, Zürich y Chur no siempre se habían mostrado climáticamente soportables. Así Nietzsche siguió por primera vez una nueva recomendación, que había de revelarse muy oportuna: Turín.

En Niza, entretanto, ya vuelve a hacer demasiado calor y la luz se ha vuelto intensa en exceso para sus ojos gravemente deteriorados. Abandona la ciudad el 2 de abril de 1888 sin suponer que nunca habría de volver a ella, y emprende viaje a Turín a donde llega solo el 5 de abril, tras una auténtica aventura.

Capítulo 14
LA «TRANSVALORACION» NO SE LLEVA A CABO

(De abril a diciembre de 1888)

El lunes de Pascua, 2 de abril de 1888, a las seis de la mañana, Nietzsche sale de Niza en tren. Para ir a Turín por Alessandría tenía que hacer transbordo en Savona, pero «allí todo salió patas arriba». El 7 de abril se queja a Köselitz de que «realmente no estoy hecho para viajar solo: me pone excesivamente nervioso, de modo que todo lo hago mal». Efectivamente, Nietzsche no toma el tren hacia el interior en dirección a Turín, sino uno en dirección otra vez hacia Génova. Con ello, además, se separó de su equipaje, que siguió camino de Turín.

La misma excitación del viaje por sí misma, pero además la confusión en el transbordo, trajeron naturalmente como consecuencia un grave acceso de su enfermedad. En Sampierdarena, suburbio antes de Génova, tuvo que refugiarse en un hotel, donde permaneció en cama, enfermo y agotado, el día siguiente también. El miércoles 4 de abril se atrevió a acercarse a Génova, quedando particularmente impresionado por la ciudad. Como sigue contando a Köselitz, «deambulé como una sombra en medio de grandes recuerdos. Lo que en otro tiempo me había gustado, cinco o seis puntos precisos, me volvió a gustar más ahora: me pareció de una *noblesse* macilenta, incomparable, y superior a todo lo que ofrece la Riviera. Agradezco a mi destino que me condenara en los años de la *décadence* a esta ciudad dura y lúgubre: ¡cada vez que se sale de ella, sale uno también de sí mismo —la voluntad vuelve a reforzarse, ya no se tiene más el valor de ser cobarde!»—. El jueves 5 de abril Nietzsche llega por fin a Turín y se queda inmediatamente entusiasmado. «Esta es realmente la ciudad que puedo necesitar ahora.»

Hubo de despertarse en Nietzsche un inaudito sentimiento de felicidad

al conseguir finalmente ahora, tras casi diez años de búsqueda infructuosa de un lugar apropiado para los difíciles meses intermedios del final de la primavera y del otoño, la tranquilizadora certeza de que se había librado ya para siempre de esa preocupación, de que había encontrado el eslabón que faltaba a la cadena de su ideal transcurso del año. La importancia que esto revestía para él se muestra en la exaltación de las expresiones con que se dirige a Köselitz en cada una de las cartas de los dos meses de esa primera estancia en Turín, a pesar de que los primeros días tuvo problemas de salud como consecuencia del viaje y del cambio de lugar. Tampoco el tiempo era de su agrado. Y sin embargo: «¡Qué ciudad tan digna y grave! En absoluto grande, en absoluto moderna, como me había temido: sino un lugar residencial del siglo XVII, que sólo tenía *un* gusto imperante en todo, la corte y la nobleza. Se ha conservado en todo la calma aristocrática, no hay suburbios mezquinos; una unidad de gusto, que llega hasta al color (toda la ciudad es amarilla, o marrón rojiza). ¡Y un lugar clásico tanto para los pies como para los ojos! Qué seguridad, qué pavimentación... Aquí se vive, al parecer, más barato que en las otras grandes ciudades de Italia...; tampoco me ha timado nadie todavía... Y el estilo palaciego sin pretensiones; ... y todo más digno de lo que había esperado. Los más bellos cafés que he visto. Estas arcadas tienen algo de necesario en un clima cambiante como éste: son amplias, no oprimen. Al oscurecer, sobre el puente del Po: ¡magnífico! Más allá del bien y del mal.»

Doce años antes, el 31 de agosto de 1876, Jacob Burckhardt había escrito desde Turín a su amigo Robert Grüninger[61]: «Hoy por la tarde contemplé con verdadero deleite el pórtico de un palacio, de retorcidas columnas..., encontrando que el arquitecto había acertado plenamente con el espacio, jardín, etc. —Esta noche en el teatro Alfieri, la Traviata y ballet; espero ahora poder oír todas las noches esa Traviata y grabármela en la memoria. Después, acabo de ver, bajo los pórticos de la contrada del Po, a una joven dama, con unos ojos negros, alegres y sonrientes, como pocas veces he contemplado. En definitiva, que no hay lugar alguno en Turín donde no se levante un gran monumento: poco del todo malo, y algo del todo exquisito. La Galería mucho más rica que el anno 1885 y magnífica y noblemente instalada, el ambiente interior soportable, de modo que he podido aguantar hasta dos horas dentro.» Y ahora Nietzsche: «Turín, querido amigo, es un descubrimiento capital. Escribo algo al respecto con la secreta intención de que eventualmente también Usted pudiera sacar provecho de ello... El aire: seco, estimulante, alegre; hubo días con las mejores características del aire de la Engadina ... ¡El primer lugar en el que soy posible! Y además todo son atenciones, las personas, simpáticas y de buen humor. La vida resulta barata: 25 francos una habitación con servicio, en el centro histórico de la ciudad, vis-a-vis del grandioso palazzo Carignano de 1680: [Nietzsche vivía en Piazza (via)

Carlo Alberto 6] ¡a cinco pasos de los grandes Portici y de la piazza Astello, de Correos, del teatro Carignano! —lo último, desde que he llegado aquí, *Carmen:* ¡¡¡naturalmente!!! ¡Successo piramidale, tutto Torino carmenizzato! El mismo director de orquesta que en Niza. Además 'Lalla Roukh' de Félicien David*. Un joven compositor presenta una opereta cuyo texto ha compuesto él mismo, el Sr. Miller junior. En el anuario aparecen 21 compositores, 12 teatros, una *Accademia filarmonica*, un liceo de música e innumerables profesores de todos los instrumentos. Moraleja: ¡casi un *centro musical!* —Los altos y amplios Portici son un orgullo... Grandes librerías en tres idiomas. No he encontrado algo semejante en ninguna parte. La firma Löscher, muy amable conmigo. Su actual jefe, el Sr. Clausen, me asesora en muchas cosas (—considero tranquilamente la posibilidad de un invierno aquí mismo)... Me dicen que durante el verano sólo 4 horas del día son realmente calurosas. Las mañanas y las tardes, refrescantes. Desde el centro de la ciudad se alcanza con la vista el mundo de la nieve: parece que no hay nada en medio, que las calles desembocan directamente en los Alpes. Dicen que el otoño es la época más hermosa. Tiene que haber un elemento vigorizante en el aire de aquí: viviendo aquí llega uno a *rey* de Italia.» De hecho, la implantación de la casa de Saboya en el trono de una Italia unida se había llevado a cabo desde Turín.

Köselitz, con pena ostensible, declina la invitación de venir a Turín: «He pensado a menudo... en Turín, siempre se me dijo que resultaba caro vivir ahí. Mis asuntos van mal en ese punto; si aquí no comiera en casa, no podría estar ya en Venecia, tan estrecha es mi situación.» A ello le contesta Nietzsche con datos precisos: «Eso puede ser correcto en boca de un funcionario o de un jefe militar: una ciudad así es cara porque le obliga la representación de su cargo, y porque es casi la primera ciudad de dignatarios y de funcionarios de Italia (sede del Estado Mayor, etc.). Pero, vistas las cosas desde *nosotros*..., resulta justamente lo contrario. No he conocido aún un lugar más barato...; también Leipzig es más caro... Como aquí decididamente mejor, más sólidamente... *¡y* más barato! Hay gran cantidad de trattorías muy concurridas, en las que los precios se rebajan aún significativamente: la ciudad está llena de gente joven (y solteros maduros) gracias a las numerosas escuelas superiores, a la Universidad, al cuerpo de oficiales —toda esta gente quiere comer bien y no pagar mucho. En los primeros y más lujosos cafés le ofrecen a uno a cambio algo realmente increíble. El *Caffé nazionale*, por ejemplo, que recuerda a Monte

* Félicien César David, 1810-1876, fue uno de los compositores franceses más curiosos de su tiempo. A los veintiún años entró en la secta socialista-religiosa de los saint-simonistas; en 1833 fue durante dos años misionero suyo en Oriente, recibiendo allí impresiones determinantes para su creación musical; se convirtió así en el pionero de una «música exótica». (Después: «Aida», de Verdi; «Butterfly» y «Turandot», de Puccini.) El éxito le llegó en 1844 en París, con su oda-sinfonía «El desierto» (Le désert). La ópera «Lalla Roukh», citada por Nietzsche, había sido estrenada en 1862 en París con gran éxito.

Carlo, tiene de noche llenos sus resplandecientes salones, se asiste a un concierto de una pequeña y simpática orquesta de 12 componentes —y no se paga ni un céntimo más por ello (café 20 cs, chocolate 30, el pezzo gelato, 30, etc.). También los precios del teatro son muy moderados... Todos los teatros... en plena actividad; una compañía parisina de comedias... dos nuevas compañías de operetas... La amplitud espacial y la magnificencia tienen algo de contagioso; se circula con mayor libertad. Ahora está la ciudad con su magnífico adorno primaveral, las alamedas — esto siempre fue del gusto *principesco*. No doy crédito todavía a mis ojos cuando, al atardecer, paseo a lo largo del Po y miro al otro lado hacia ese mundo rico, abigarrado, pintoresco, de árboles y colinas... El río adornado con pequeños islotes verdes, y, al lado, sin interrupción, en una pureza resplandeciente, la cordillera... Ella influye en el clima de la ciudad... los numerosos días claros... (sólo 50 menos que en Niza). Me llama la atención lo bien que soporto... aquí el tiempo nublado: — he seguido y seguido trabajando ¡más ya que en todo el invierno en Niza! En los días buenos corre aquí un aire suave, ligero, reconfortante, en el que las ideas más torpes adquieren alas — (¡hasta hoy no he oído todavía 'Carmen'!). Prueba de *hasta qué punto* estoy ocupado conmigo mismo. Sólo una vez en el teatro:... ¿por qué? ¡¡*Porque* el maestro se llamaba L. Sassone!! '*Induction psychomotrice*' se llama a eso hoy.»

La inducción psicomotriz tenía además otro productor de energía: la enaltecida conciencia de sí, el quedo orgullo estimulante de estar expuesto como filósofo en el escenario académico mundial.

Georg Brandes

impartía cursos en Kopenhague sobre «el filósofo alemán Friedrich Nietzsche», ¡y con el aula rebosante!

Georg Brandes (propiamente Morris Cohen) nació el 4 de febrero de 1842 en Copenhague, como hijo de un comerciante judío. Ya el propio hogar paterno no era ortodoxo; y Georg Brandes pasa por el fundador de una corriente culturalmente radical, cosmopolita y anticlerical, en Dinamarca y Noruega. Estudió Derecho y Filosofía. Con veintidós años, en 1864, aprobó el examen de magister, y en 1870 se doctoró con una disertación sobre «La estética francesa de nuestro tiempo», en la cual abandonó el punto de vista de Hegel por las ideas de Taine. Después de viajes por Inglaterra, Francia e Italia dio cursos sobre literatura del siglo XIX en la Universidad de Copenhague. Aunque sólo en 1902 obtuvo una cátedra ordinaria, desarrolló una rica actividad en cursos y publicaciones. Hábil crítico lierario, se ocupó prácticamente de toda la literatura fundamental contemporánea, promocionando a poetas jóvenes. En este contexto le interesó también a Nietzsche, a quien *él* introdujo en los países

norteños, influyendo con ello en Strindberg y en Hamsun. Tras una vida fecunda de trabajo, murió el 19 de febrero de 1927 en Kopenhague, a la edad de 85 años. A la literatura nietzscheana ha contribuido con sólo dos ensayos: «Radicalismo aristocrático. Un ensayo sobre Friedrich Nietzsche», en la «Deutsche Rundschau» (1890), y «Friedrich Nietzsche», en «Menschen und Werke» (1893).

También sus cartas a Nietzsche le muestran como un espíritu vivo, independiente y radical. No es un «discípulo» de Nietzsche ni lo será nunca. Brandes reconoce la extraordinaria agudeza del espíritu de Nietzsche, le interesan las tesis de Nietzsche, pero no las acepta ni las defiende a ciegas. El 17 de diciembre de 1887 escribe a Nietzsche: «Pero me resulta un poco violento cuando usted, en sus escritos, abjura tan rápida y tajantemente de fenómenos como el socialismo o el anarquismo... Su espíritu, que es tan deslumbrante por regla general, me parece que se queda un poco demasiado corto cuando la verdad reposa en los detalles. Me interesan en sumo grado sus ideas sobre el origen de las ideas morales. Expresan... una cierta indignación, que yo profeso contra Herbert Spencer. Entre nosotros pasa él por ser el dios de la filosofía. Sólo que los ingleses tienen, por lo general, la ventaja decisiva de que su espíritu de pocas alas teme las hipótesis, mientras que las hipótesis han hecho que la filosofía alemana haya perdido su dominio internacional. ¿No hay mucho de hipotético en sus ideas sobre la diferencia de castas como fuente de diferentes conceptos morales?»

También contra los ataques de Nietzsche a Paul Rée en la «Genealogía de la moral», Brandes alega que él ha conocido a Rée en Berlín como una persona tranquila, exquisita en su comportamiento, y también a su «quasi hermana» Lou Salomé, una «inteligente rusa», y que su libro «La lucha por Dios», «no podía dar idea de su verdadero talento», con lo que Brandes, sin quererlo, escarba en una herida no del todo curada.

El 11 de enero de 1888 llama la atención de Nietzsche sobre Sören Kierkegaard como uno «de los más profundos psicólogos que existe en absoluto», lamentándose, sin embargo, de que sus obras sólo sean accesibles en danés. A pesar de ello, Nietzsche hace suya la sugerencia: «Para mi próximo viaje a Alemania me he propuesto ocuparme del problema psicológico de Kierkegaard.» Ya no habría ocasión para ello. Además, resulta cuestionable si Kierkegaard hubiera resultado interesante, incluso comprensible, como filósofo para Nietzsche. ¡Lo que le impulsó a esa decisión fue la palabra «psicólogo»!

Finalmente, tras repetidos requerimientos ante el editor Fritzsch, a finales de febrero de 1888, Brandes recibió los primeros libros de Nietzsche, lo que agradece el 7 de marzo: «Me alegré de corazón por todos esos libros nuevos, los ojée y leí. Los libros de juventud me resultan muy valiosos; me facilitan mucho la comprensión; ahora puedo subir cómodamente los peldaños que conducen a su espíritu. Con el Zaratustra comencé

atropellándome. Prefiero avanzar hacia arriba, que saltar hacia abajo, de cabeza, como al mar.»

Brandes indica correctamente el fallo que todavía hoy es cometido por la mayoría de los lectores de Nietzsche: comenzar con el Zaratustra. Este excurso poético (o excurso en lo poético) hay que leerlo al final. El mismo Nietzsche indica el camino en una carta a Carl Spitteler, diciendo que habría que comenzar con «Más allá del bien y del mal», puesto que ahí está la clave. Pero seguramente también Brandes tiene razón comenzando por el principio.

Brandes ofrece también a Nietzsche, brevemente, una mirada a *su* existencia: «¿Transcurre tranquila, externamente, su vida ahí abajo? La mía es una lucha destructora. En estos países soy más odiado ahora que hace diecisiete años; no resulta agradable, pero sí alentador, en tanto en cuanto ello me demuestra que no estoy acabado y que en modo alguno he pactado con la mediocridad que reina por doquier.» La admiración de Nietzsche por el osado paladín se enciende. Sólo unos días antes de su partida, el 27 de marzo, escribe desde Niza: «¿Sigue subsistiendo en su Norte, esta vez especialmente invernal y sombrío; a propósito, cómo mantiene uno ahí el alma despierta? Casi admiro a cualquiera que, bajo un cielo cubierto, no pierda la fe en sí mismo, sin hablar de la fe en la 'humanidad'... En San Petersburgo yo sería nihilista: aquí creo, como cree una planta, en el sol. El sol de Niza —realmente no es un prejuicio. Lo hemos conseguido, a expensas de todo el resto de Europa. Dios, con su cinismo peculiar, hace que luzca con mayor hermosura sobre nosotros, 'filósofos' holgazanes y griegos, que sobre la 'patria' heroica, militar y más digna—. Al fin y al cabo, usted, con el instinto del nórdico, ha elegido el mayor estimulante que existe para soportar la vida en el norte: la guerra, el afecto agresivo, la incursión wikinga. Adivino en sus escritos al soldado avezado; y no es sólo la 'mediocridad' lo que le impulsa incesantemente al combate, sino más aún, quizá, la propia naturaleza independiente del espíritu nórdico.» Brandes, en respuesta, envía a Nietzsche su libro sobre el romanticismo alemán (1873, revisado en 1883), añadiendo, precautorio, que hay mucho en él que, en contra de su manuscrito y cambiando el sentido, ha sido modificado por el corrector e incluso por el propio editor. Nietzsche mismo le ofrece un ejemplo de ello[124]: «Su experiencia con el... Sr. Hermann Credner la entiendo demasiado bien. También yo tuve mucho que ver con él hace dos años, pero ante los primeros indicios de su absurdo despotismo de editor, cogí tal pánico que bruscamente exigí telegráficamente la devolución de mi manuscrito. ¡El pasado año fue condenado judicialmente porque se había permitido, en una historia de la política alemana reciente, a espaldas del autor, cambiar la orientación completa de la obra por medio de una maliciosa corrección *posterior!*» ¡Y es a ese editor a quien recomienda a Carl Spitteler!

Lo poco que se necesitaba para servir de punto de condensación de las

inquietas ideas de Nietzsche, lo vuelve a mostrar, y casi sobrecogedoramente claro, el libro de Brandes. Nietzsche le confiesa el 27 de marzo: «Su 'Romanticismo alemán' me ha hecho recapacitar sobre el hecho de que todo ese movimiento sólo ha llegado propiamente a la meta como música (Schumann, Mendelssohn, Weber, Wagner, Brahms): literariamente quedó sólo en una gran promesa. Los franceses tuvieron más suerte. Temo que sea demasiado músico como para no ser romántico. Sin música la vida me resultaría un error.» Y es entonces cuando surge el manifiesto antirromántico. Nietzsche ataca a «todo ese movimiento» allí donde —nacionalmente, como acontecimiento alemán— ha alcanzado su mayor perfección, en su unificación de música y poesía, en la «obra de arte total» de Wagner: en los meses siguientes surge «El caso Wagner» como panfleto contra el romanticismo alemán.

Del otro lado, Brandes se entusiasma con los escritos de Nietzsche. El 3 de abril de 1888 le escribe: «Pero ayer, al recibir su carta y comenzar uno de sus libros, me entró de repente una especie de enfado por el hecho de que nadie le conozca a usted aquí en Escandinavia, y me decidí rápidamente a darle a conocer de golpe. El pequeño trozo de periódico le mostrará que... anuncio nuevos cursos sobre sus escritos... Dado que me gustaría saber cuál es su aspecto externo, le ruego que me regale una imagen suya. Yo le adjunto mi última fotografía. Quiero rogarle todavía que me escriba, muy corta y escuetamente, cuándo y dónde ha nacido y en qué años ha publicado (mejor: compuesto) sus escritos...

»Los escritos juveniles —los intempestivos— me han sido de mucha utilidad. ¡Qué joven era usted y qué entusiasta, y qué sincero e ingenuo también! Hay muchas cosas en los libros maduros que todavía no entiendo bien; a menudo me parece usted del todo íntimo, que reinterpreta o generaliza datos completamente personales y que da al lector un hermoso armario, pero sin llave. Pero entiendo la mayoría de las cosas. Leí, encantado, la obra juvenil sobre Schopenhauer; a pesar de que debo poco personalmente a Schopenhauer, me resultó como salida del alma».

Y otra vez vuelve Brandes a transmitir una sugerencia: «Si lee sueco, llamo su atención sobre el único genio de Suecia, August Strindberg. Cuando usted escribe sobre las mujeres se parece mucho a él.»

¡Eso era el cambio! Lecciones en una universidad sobre el (todavía vivo) filósofo Nietzsche, al mismo tiempo que por primera vez un schopenhaueriano, Paul Deussen, conseguía una cátedra de Filosofía. El 22 de febrero de 1888 se cumplía el centenario del nacimiento de Schopenhauer, pero Nietzsche ha de reconocer (a Carl Fuchs, en Danzig, el 14 de abril) que «sólo en pocas ciudades alemanas se ha celebrado la memoria de Schopenhauer. Sobresale Danzig».

«¡Vaya una sorpresa — ¡Cómo ha conseguido el valor suficiente para decidirse a hablar públicamente de un *vir obscurissimus!* ¿Cree usted, quizá, que soy conocido en la querida patria? En ella se me trata como si fuera

algo singular y absurdo, algo que no se necesita por el momento tomar en serio», expone Nietzsche a la consideración el 10 de abril, antes de escribir su «Vita»: ¡un documento fatal que ya ofrece demasiados ingredientes de la futura *leyenda-Nietzsche*, que continuó siendo urdida por su biógrafa fraternal! Así por ejemplo: «Nací el 15 de octubre de 1844 en el campo de batalla de Lützen. El primer nombre que oí fue el de Gustav Adolf. Mis antepasados eran nobles polacos (Niëzky); parece que el tipo se ha conservado bien, a pesar de tres 'madres' alemanas. En el extranjero paso normalmente por polaco...» A excepción de la fecha de nacimiento, todo aquí es pura fantasía. Y a continuación viene la «leyenda-Muthgen», que él mismo acababa de desmentir hacía pocos meses todavía: «Mi abuela pertenecía al círculo Schiller-Goethe de Weimar; su hermano fue el sucesor de Herder.» Más adelante se presenta como antiguo oficial («artillero a caballo»), cuando no había podido ni siquiera acabar en la escuela de mandos como suboficial; asimismo no «tuvo» que renunciar, como escribe a Brandes, a su ciudadanía alemana por motivo de Basilea (otros docentes no lo hicieron tampoco), sino que fue él quien lo *quiso**.

Nietzsche se alegra como un niño, y en su delirio de felicidad, a causa del inesperado éxito, se le trastocan las imágenes del recuerdo, siente la ncesidad de «adornarse» un poco. Así como entrega su «Vita» rápidamente, comienza, curiosamente, dudando en lo que se refiere a la fotografía. Sólo semanas más tarde, el 25 de abril, encarga a la madre[121]: «Aquel intelectual danés, el Dr. Brandes..., me pide encarecidamente una fotografía mía al tiempo que él me envía la suya. Se trata de un caso tan especial que no quiero ahora negarle *nada*. Si hay una fotografía, aunque fuera la última, hemos de mandársela... Haz sacrificio de ella, por favor.» Pero Brandes se vuelve impaciente, y el 29 de abril apremia con tono de reproche: «No estuvo bien por su parte el no enviarme una fotografía; realmente yo le envié la mía para obligarle un poco. Cuesta tan poco trabajo colocarse un minuto ante el fotógrafo.» Así que entonces Nietzsche insiste ante la madre más enérgicamente[124]: «Repito mi ruego referente a la fotografía, dado que entretanto ha sido repetido por el propio Dr. Brandes. ¡Pero que sea una de las mejores! Si no, mejor ninguna.»

Brandes tenía un auditorio seguro aunque diera cursos sobre un tema desconocido. Así, también ahora acudieron 150 oyentes a la primera lección, cosa que no significaba mucho para él. Sólo «cuando un gran periódico hizo una reseña de mi primera lección, y yo mismo escribí un artículo sobre usted, se despertó el interés, y las veces siguientes la sala se llenó hasta reventar. Unos 300 oyentes aproximadamente siguieron con la mayor atención mi análisis de sus trabajos. Dado que el tema es tan poco popular, no me he atrevido a repetir las conferencias, como acostumbro a

* El texto completo de la «Vita» escrita para Brandes, en el tomo IV, «Documentos», número 6.

hacer desde hace muchos años.» «Sic incipit gloria mundi», escribe Nietzsche el 3 de mayo a su amigo Deussen, rebosante de alegría. Pero siempre se mezcla en su alegría una rabia difícilmente reprimida por el hecho de que ese reconocimiento no le llegue de su patria alemana, tan querida por él a pesar de sus reproches, críticas y decepciones. Ello hace crecer de nuevo aquel estado de ánimo al que él había hecho responsable de su «Meditación del Manfredo» y al que entonces llamó «*cannibalido*». En Alemania se veneraba ahora otras grandezas, a ídolos como Richard Wagner. El ataque directo y personal de Nietzsche se dirige ahora contra éste en primer lugar, pero también contra otros. Desde este estado de ánimo «*cannibalido*» imprime en primera línea el estilo del trabajo al que se to de su significación como juez filosófico de la época será, imparable, es desde donde osa hacer su abierta declaración de guerra. El estado de ánimo «*cannibalido*» imprime en primera línea el estilo al trabajo al que se dedica ahora estos dos meses en Turín y sobre el que escribe el 20 de abril a Köselitz: «Estoy de buen humor, trabajando desde por la mañana temprano hasta por la noche —ocupa mis dedos un pequeño panfleto sobre música—, digiero como un semidios, duermo a pesar de que las carrozas pasan ruidosamente de noche: signos todos de una eminente adaptación de Nietzsche a Torino.» Se trata de

«*El caso Wagner*»

para el que surgen primero algunos bocetos parciales. La redacción, propiamente, del escrito hubo de comenzarla Nietzsche sólo en torno al 15 de mayo. En efecto, comienza con la indicación: «Escuché ayer —¿lo creerá?— por vigésima vez la obra maestra de Bizet» («Carmen»), que resultó, como escribe el 17 de mayo a Köselitz, sólo pocos días antes, «una espléndida representación». Todavía el 13 de mayo escribe al barón von Seydlitz que «Carmen» aparece en el programa, pero no que él haya estado en su representación.

Este escrito apenas puede ordenarse dentro de las «Obras», aunque tampoco puede ser pensado fuera de la obra entera. También en otros filósofos consideramos ciertos escritos como «parerga», como acompañantes, completadores y comentarios de la obra principal. Por lo demás, «El caso Wagner» no es considerado por el autor como «incidental», ni está escrito con poco esmero. Todo lo contrario, se trata de una pieza de virtuoso, tallada estilísticamente de modo magistral, de una audacia tensa en el equilibrio de la secuencia de ideas, un ejercicio artístico en la cuerda floja tendida entre el gozo de la diversión y la aniquiladora ironía. En extensión no es ni siquiera lo que pudiera pretender ser: una «Consideración intempestiva». Nietzsche pone como subtítulo «Carta turinesa de mayo de 1888». Ello sólo se corresponde con el encabezamiento al inicio,

hecho de forma directa; la ficción desaparece pronto, dado que tampoco resulta apropiado continuarla: la parte fundamental del texto hubo de ser compuesta en Sils.

Con la primera frase del prólogo: «Me concedo un pequeño desahogo», Nietzsche mismo llama la atención sobre la función existencial que para él cumplía en aquel momento.

También «El caso Wagner» es ya un crepúsculo de los ídolos. En el prólogo a *este* escrito Nietzsche indica esta correspondencia: «*También* este escrito ['Crepúsculo de los ídolos']... es ante todo un desahogo, una mancha solar, una escapada en la ociosidad de un psicólogo. ¿Quizá también una nueva guerra?» Realmente ambos —«Caso Wagner» y «Crepúsculo de los ídolos»— son escritos polémicos, panfletos. Desde la «Genealogía de la moral» Nietzsche se mantiene al ataque. Aunque ahora pesa más que nada el motivo del «desahogo», del «caminar perezoso». Pero, ¿por qué?

El peso de la «Transvaloración»

Los cuadernos de notas de esta época[6] vuelven a ser muy extensos y densos. Nietzsche trabajó mucho, su pensamiento estaba incensantemente en acción. Ha intentado, ininterrumpidamente, captar sus problemas en formulaciones cada vez mejores, ha llevado a cabo un tremendo trabajo de preparación de su obra capital, desde palabras clave aisladas, pasando por frases cortas, detalladas disposiciones de la obra en libros y capítulos —hasta pequeños ensayos y series enteras de declaraciones—. ¡Y *allí* en medio, entremezcladas, aparecen observaciones aisladas y formulaciones primeras para el «Caso Wagner», y ya también para el «Ecce homo»! Pero no se trata de cuerpos extraños dentro de la problemática total. Es precisamente en esta vecindad inmediata de los ámbitos de problemas aparentemente más heterogéneos donde se manifiesta el engranaje interior. El diálogo con el arte forma parte de la figura total, es un componente significativo del mundo espiritual de Nietzsche. Quiere introducir en él capítulos enteros en los que afrontar sus problemas también desde la perspectiva artística.

Pero también esto queda en meros puntos aislados e intentos, del mismo modo que el «Prólogo» con el que el 25 de marzo de 1888 comienza en Niza un nuevo cuaderno: «*Arte*». «Hablar de arte no simpatiza, en mi caso, con gestos malhumorados: quiero hablar de arte tal como hablo conmigo mismo, en paseos agrestes y solitarios, en los que consigo, así, una petulante alegría e ideal para mi vida. Pasar la vida entre cosas delicadas y absurdas; alejado de la realidad; mitad artista, mitad pájaro y metafísico; sin sí ni no frente a la realidad, a no ser que de vez en cuando se la reconozca con la punta de los pies, al estilo de un buen danzarín; cosquilleado siempre por algún rayo de alegría; alborozado y estimulado

incluso por la aflicción —pues la aflicción *mantiene* al feliz—; colocando incluso al más santo un pequeño rabo de farsa: —éste, como se sigue de suyo, es el ideal de un espíritu sólido, abrumador, de un espíritu de peso.»

También aquí aparece la necesidad de «desahogo», de ociosidad, a la que da rienda suelta en el «Caso Wagner», con vistas a superar sus graves problemas. Wagner es para él, al hacerlo, sólo un caso especial del gran problema «Arte» (y bajo arte entiende Nietzsche en primera línea «Música»).

Con Wagner el romanticismo llega a su telos; pero Nietzsche considera el romanticismo como una degeneración fisiológica, como estación en el camino hacia el nihilismo, del mismo modo que lo hace con el cristianismo. Sus funciones son paralelas, en el «Parsifal» de Wagner se dan la mano. «Me distancié de Wagner cuando inició su retirada hacia el dios alemán, hacia la iglesia alemana y hacia el imperio alemán: arrastró a otros consigo», reza una amarga queja de un cuaderno de notas[6]. El romanticismo alemán en el arte y el cristianismo en las religiones son para Nietzsche los movimientos contrarios a la voluntad de poder, deben ser «transvalorados», es decir, desvalorizados como postura vital; cuando el desarrollo superior del hombre, como consecuencia de su voluntad de poder, no evite el peligro de caer en la negación de esa voluntad, en el nihilismo, ha de ser desterrado. Por otra parte, el arte, en tanto en cuanto pueda ser sustraído al romanticismo y pueda superarlo, posee la fuerza y el poder suficientes para servir de contrapeso a los factores que arrastran hacia abajo. Aquí puede Nietzsche consumar el regreso a ideas de su primer libro «El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música»[6]: «El arte... es el mayor posibilitador de la vida, el gran seductor hacia la vida, el gran estimulante de la vida. El arte, como única fuerza superior frente a la voluntad de negación de la vida, como lo anticristiano, antibudista, antinihilista *par excellence*.

El arte como salvación del cognoscente...

El arte como salvación del actuante...

El arte como salvación del sufriente...

En el prólogo, con el que Richard Wagner es invitado a una especie de diálogo, aparece esta profesión de fe, este evangelio de artistas: 'el arte como cometido auténtico de la vida, el arte como su actividad metafísica'».

Tales explicaciones de la obra primera, ahora, en la primavera de 1888, están en el contexto total de los trabajos preparatorios para la «obra capital», del mismo modo que ya contienen también, rudimentariamente, las declaraciones posteriores del «Ecce homo». Es decir, también aquí se manifiesta el ensamblaje interno. Y los ataques al cristianismo paulino se concentran, por fin, en colección, en el «Anticristo» o, mejor, el «Anticristo» es un recorte en la problemática total de la «obra capital», allí donde se topa con cuestiones religiosas, con vista a las cuales Nietzsche lleva a cabo

amplios estudios de fuentes. El 31 de mayo informa al respecto a Köselitz: «Debo a estas últimas semanas una información esencial: encontré el código de Manu*... Este producto absolutamente ario, un código sacerdotal de la moral sobre la base de los Vedas, la representación de las castas y del linaje primitivo —*no* pesimista, a pesar de lo muy sacerdotal— amplía de modo sorprendente mis ideas sobre la religión. Confieso que tengo la impresión de que todo lo demás... me parece una imitación e incluso una caricatura de esto... incluso Platón... sólo que bien instruido por un brahmán. Los judíos aparecen como una raza -tschandala**, que aprende de sus señores los principios según los cuales un sacerdocio domina y se organiza un pueblo. También los chinos parecen haber producido a su Confucio y a su Laotsé bajo la impresión de este clásico código primitivo.»

A pesar de los numerosos bocetos de división de la obra, hasta número de páginas incluso («cada libro 150 páginas, cada capítulo 50 páginas», o sea, con títulos cada 10 pliegos, total 40 pliegos, lo que pudo organizarse así, no sólo por el sentido musical para la arquitectura de la obra, sino también a causa de los costes de la impresión), datos externos, pues, apenas aparece un plan sistemático de la obra, ¡como sucedió en su mayor intento de realizar una obra de juventud: el de componer un «Oratorio de Navidad»! De todos modos, las citas y referencias, que llegan hasta la filosofía antigua, pueden sugerir que Nietzsche pensara en un desarrollo sistemático dentro de una historia crítica de la filosofía y de la religión desde su perspectiva. Puede ser que formalmente le sirviera de modelo la «Historia del materialismo», de Albert Lange; la obra en la cual él mismo había encontrado el acceso a la filosofía. También resulta significativa en estos contextos la múltiple mención del eléata Pirrón, que vivió apenas una generación después de Aristóteles (en torno a 360-270) y en cuya filosofía escéptica están prefiguradas, formuladas literalmente incluso, muchas tesis de Nietzsche, como, por ejemplo, «Más allá del bien y del mal» φύσει τε μὴ εἶναι ἀγαθόν ἢ κακόν (Diog. Laercio, IX, 101)[77]. Nietzsche seguramente conoció a Pirrón a través de Diógenes Laercio (libro IX, 61 a 108), donde aparece estudiado en una serie juntamente con Heráclito y Demócrito. El libro que sigue inmediatamente en Diógenes está dedicado íntegramente a Epicuro. Y Nietzsche cita también a Pirrón en acuerdo con Epicuro[6]: «Pirrón, como Epicuro, dos formas de la *décadence* griega: semejantes en el odio a la dialéctica y a todos los virtuosos teatrales — A ambas cosas juntas se las llamaba entonces filosofía... Su vida fue una protesta contra la gran doctrina de la identidad (felicidad=virtud=conocimiento). No se fomenta la vida justa por medio

* Nietzsche leyó la traducción francesa de Louis Jacolliot, París, 1876.

** La expresión pertenecía ya en 1869 al uso lingüístico en Tribschen 258.

de la ciencia: la sabiduría no hace 'sabio'. La vida justa no quiere felicidad, prescinde de la felicidad.»

Vemos, pues, a Nietzsche no sólo en un regreso formal a las ideas básicas de sus primeras obras y a la forma de las «Consideraciones intempestivas», sino también en regreso hacia sus fundamentos científicos, el método histórico-crítico y el saber del filólogo clásico. Precisamente como tal, expresa su desdén por la teología[6]: «Otro signo del teólogo es su *incapacidad para la filología*. Entiendo aquí la palabra filología en un sentido muy general: poder descifrar hechos sin falsearlos por interpretaciones.» (¡una frase que incluirá en el «Anticristo»!)

El problema «Música»

Pertenece, asimismo, a la imagen de un regreso acelerado, la repentina reanudación de la correspondencia con el director musical de Danzig, doctor Carl Fuchs. La relación había sido muy personal y cercana en los años de Basilea, pero se rompió en 1878, finalmente, a causa de las posturas divergentes frente a Wagner. Entretanto, Fuchs se había convertido (1882) en un partidario acérrimo de la teoría del fraseo, que había inventado Hugo Riemann, publicando al respecto en 1884 una obra en dos tomos, con el título «El porvenir del recital musical», que envió a Nietzsche a finales de 1884. Ello dio pie a Nietzsche para una larga carta en la que exponía los mayores reparos contra Riemann (que ahora, en 1888, en el «Caso Wagner», retira expresamente), y, ante todo, su teoría del antiguo arte del verso, tal como la había mantenido en 1871 como profesor en Basilea. Después volvió a hacerse el silencio en torno a Carl Fuchs, hasta que a finales de octubre de 1887, a la búsqueda de posibilidades de representación de su «Himno a la vida», Nietzsche le envía esa partitura, a lo que Fuchs contesta con una (de sus temidas largas) carta amable y le adjunta su retrato. Nietzsche da las gracias cordialmente el 14 de diciembre de 1887 y describe pormenorizadamente su situación, a saber, que ahora, tras el «subrayar», al que pertenece también ese himno, está comprometido en un cambio, en el inicio de su auténtico destino. «Guarde buena memoria de mí, querido Doctor: le agradezco de todo corazón que quiera permanecerme afecto también en la segunda mitad de su siglo.»

Esto suena también a la «raya-abajo», pero después de cuatro meses, el 14 de abril de 1888, Nietzsche abre por su cuenta una correspondencia que habría de ser de importancia relevante para los meses siguientes. «También aquí, como en Niza, tengo su retrato sobre la mesa: ¡qué extraño que me entren ganas, no pocas veces, de hablar con Usted!... ¡Me pregunto qué sentido tiene este absurdo distanciamiento espacial... este vacío entre las pocas personas que tendrían algo que decirse! ¿Conoce

Usted Turín?» Sigue, de nuevo, la gran alabanza de Turín, también el que «Carmen» podía oírse. «He arrastrado hasta aquí mi hato de preocupaciones y de filosofía... ¡Cómo escapa todo! ¡Cómo se desperdiga todo! ¡Qué tranquila se vuelve la vida! Nadie que me conozca, a lo largo y a lo ancho. Mi hermana en Sudamérica. Cartas cada vez más excasas. ¡¡¡¡Y ni siquiera uno es viejo!!!! *¡Sólo* filósofo! *¡Sólo* aparte! ¡Sólo aparte comprometedoramente! —... ¡Cuénteme un poco de su vida, estimado amigo! ¿Hacia dónde se dirige ahora el barco? ¿Y por qué no se leen sus *críticas* completas? De nadie he escuchado con más agrado juicios de valor *de rebus musicis et musicantibus.*» Desde 1887 Fuchs era crítico musical del «Danziger Zeitung», cuyo folletín alcanzó por él un nivel reconocido por todos.

Nietzsche estudia ahora las teorías de Riemann-Fuchs, y durante el verano las defenderá en Sils ante músicos. Retorna, asimismo, a sus aportaciones filológicas en la métrica antigua. Con Carl Fuchs, Nietzsche vuelve a encontrarse en su mundo filológico y, sobre todo, musical, de los años de Basilea.

Afrodisia

Al lado claro de esta época pertenece una carta de Resa von Schirnhofer, con la que invita a Nietzsche a volver a pasar en Zürich el tiempo intermedio entre Niza y Sils. Pero el 14 de abril él responde: «Mi muy querida Señorita Resa, es realmente bonito, e incluso más que bonito, el que Usted me escriba esto. Sólo que ahora hay que venir a Turín para estar conmigo. Hasta ahora la primavera me ha sentado penosamente por doquier, pero peor que en ninguna parte en su Zürich; he jurado no volver a repetir esa equivocación. Turín es una ciudad soberbia... Quiero permanecer aquí hasta el 5 de junio y luego trasladarme directamente —Milán, Como, Chiavenna— a mi residencia veraniega de Sils-Maria. Me alegraría si sus planes pudieran hacerse coincidir de algún modo con los míos: ¡haga un pequeño intento de jugar a la *Parca!*» Pero ella no pudo ir a Sils; el papel de la Parca lo volvió a interpretar ese verano Meta von Salis.

El 31 de marzo, dos días antes de la partida de Niza para Turín, delata ante su hermana cómo el clima meteorológico no es el único motivo para no volver a Zürich[124]: «Estoy también un poco cansado de los suizos: excesivamente cuadrados y torpes, al igual que las ciudades suizas.»

Nietzsche aprecia, necesita, el trato familiar con mujeres distinguidas, reservadas y cultas. Por eso, tanto más brutalmente llaman la atención sus despreciativos comentarios sobre «la mujer», allí donde la reduce sólo a su función sexual. También en esta tensión se muestra un problema existencial no superado. Tales anotaciones se extienden —aunque menos a

menudo— desde hace tiempo e ininterrumpidamente por todos los cuadernos de notas; así, por ejemplo, en uno de los turineses[6]: «La prostitución no se erradica; hay motivos incluso para desear que no se erradique. En consecuencia —habría que ennoblecerla... Con ello se dejaría de menospreciar a las rameras: entonces no tendrían ellas ya motivo alguno para menospreciarse. Al fin y al cabo, en todas partes están las cosas mejor, en ese punto, que los están entre nosotros: la prostitución es algo inocente, ingenuo en el mundo entero. Hay incluso culturas en Asia en las que goza de grandes honores. La infamia no está en absoluto en la cosa misma, ha llegado sólo con la contranaturaleza del cristianismo, de aquella religión que ha ensuciado incluso el impulso sexual. *La fille canaille* es una especialidad cristiana... Problema: ¿qué condiciones proporcionan a la capital del nuevo imperio alemán una superioridad en el arte de encanallar a las muchachas?» ¡Se trata de aquello contra lo que se defiende Stoecker con su misión ciudadana!

«En todos los casos en los que un niño sería un crimen: en los enfermos crónicos y neurasténicos de tercer grado, en los que, por otra parte, el poner veto al impulso sexual derivaría sólo en deseos piadosos, ...hay que imponer la exigencia de que sea impedida la procreación. La sociedad conoce pocas exigencias tan urgentes y fundamentales... Traer un hijo al mundo, en el cual uno mismo no tiene ningún derecho a estar, es peor que robar una vida. El sifilítico que hace un hijo proporciona la causa para toda una cadena de vidas malogradas, crea un argumento contra la vida, es un pesimista del *hecho:* realmente por medio de él el valor de la vida se rebaja a lo indeterminado.»

El tema «sífilis» era un tema de la época. El inconsistente código moral de las asociaciones estudiantiles, sobre todo, tenía como consecuencia inmediata la infestación en los círculos de oficiales y de universitarios*. ¿Qué fue, sin embargo, lo que impulsó ahora a Nietzsche a tomar esta posición? Pueden darse las respuestas más controvertidas. O bien: Nietzsche tenía la mala conciencia de padecer él mismo esa enfermedad y quiere acallarla con tales juicios apodícticos, y justificar, al mismo tiempo, su propia renuncia a la descendencia (¡lo que, en cualquier caso, no le impidió hacer aquí y allá ofertas matrimoniales!). O bien: Nietzsche no tenía en absoluto conciencia ninguna de enfermedad en ese sentido y se sentía totalmente libre y sin cargas para hacer tales juicios. ¿Pero cómo pudo entonces hablar más tarde, en la clínica de Leipzig, al parecer, de una doble infección cuando era estudiante —suponiendo de nuevo que esa información de la clínica sea de fiar?

No es el único enigma psicológico que nos ofrece Nietzsche en esta época. El 13 de mayo de 1888, una impresión terrible, tal vez proveniente del mundo del fragmento «Euphorion» del joven púber (cfr. tomo I,

---

* A ello nos hemos referido ya en el tomo I, pág. 139.

p. 110), aparece en una carta al barón amigo von Seydlitz: «Ayer me figuré una imagen de una *moralité larmoyante*, para hablar con Diderot. Paisaje invernal. Un viejo cochero, que, con la expresión del más brutal cinismo, más dura que el invierno en derredor, orina a su caballo. El caballo, la pobre criatura vejada, vuelve la cabeza agradecido, *muy* agradecido.»

Esto es puro cinismo, tal como aparece en el libro, a saber, en Diógenes Laercio, libro VI, cap. II «Diógenes» («el perro»), de donde Nietzsche saca también la expresión que usa al escribir a Brandes el 23 de mayo: «Lo que hasta ahora ha sido más odiado, temido, despreciado por la Humanidad —de ello precisamente he hecho yo mi 'oro'. ¡Ojalá que no se me acuse, al menos, de *falsificación de moneda!*»*

¿Quiso Nietzsche entender, quizá, este burlesco pasaje de su carta, como mera «broma» familiar? (La psicología profunda lo clasificará, más bien, bajo «afrodisia»). Dada su falta de auténtico humor podría creérsele capaz de tal evaluación. El podía ser agradable, podía resultar divertido —pero nunca demostró «humor». Y sus «bromas» eran muchas veces extrañas cuando menos (¡piénsese sólo en el burdo dístico de febrero de 1882 a Köselitz, o en las «hijas del desierto» del Zaratustra!) y cada vez se vuelven más burlescos —hasta límites desconcertantes.

Feliz término en Turín

Esa imagen oscura se halla completamente sola en medio de un paisaje, por lo demás, soleado. Nietzsche puede estar contento de su estancia en Turín —y lo está—. El 25 de abril insinúa a su madre[124]: «Turín... sería realmente el lugar donde más me gustaría encontrar un día a mi vieja madre. Ello te proporcionaría seguramente *muchísimo* contento.» Y un mes más tarde (el 27 de mayo) a Overbeck: «Mi salud se ha mantenido en su situación. Durante estos dos meses en Turín he estado cuatro veces enfermo: un *mezzo termino*, con el que puedo sentirme contento. Ayer, el *filósofo* de aquí, el Prof. Pasquale d'Ercole, me hizo una visita muy cortés; había oído en la librería Löscher que me encontraba aquí... el *archivo storico* de Florencia, en su última publicación (... sobre literatura histórica alemana) recuerda destacadamente mis ideas generales sobre historia (2.ª Consideración intempestiva); el artículo parte de ellas... La carta de Nueva York, que tú fuiste tan amable de remitirme, contiene la promesa de un ensayo inglés sobre mis escritos por parte de una de las mayores revistas americanas.» Se trataba del profesor Karl Knortz. Así pues, también en esto vuelve a señalarse el reconocimiento en el extranjero.

Todos estos signos indicadores de su creciente cotización desencadena-

---

* παραχαράξαι τὸ νόμισμα [77].

ron en Nietzsche una reacción casi pueril e ingenua: se cuida más de su aspecto externo. Así, el 10 de mayo comunica a su madre[124] «que me he encargado en un buen sastre un traje completo... El sastre criticó durísimamente las cosas que tenía puestas: no podía creer en absoluto que estuvieran hechas a medida, dijo que no podía haber sastres tan malos... Yo me reí; pero, en serio, desde hace 10 años no he llevado encima ropa alguna que me haya sentado bien.»

De despedida, Turín le regala todavía un goce musical: un festival musical el 2-3 de junio, al que acudieron 34 orquestas municipales (músicos de viento). Todavía en Sils vivía de las impresiones recibidas, y el 14 de junio informa a Köselitz: «Asistí al concurso entre las cinco mejores orquestas en el *Teatro Vittorio Emmanuele*, con cerca de 5.000 personas de capacidad. El sonido era encantadoramente hermoso: como jamás lo hubiera creído. ¡Esos *fortissimi*! Para mí fue la mejor, con mucho, la actuación de la orquesta de Asti, con su maestro Forschini, que tuvo el valor de representar como pieza de concurso una *Sinfonia drammatica* propia. Después de mi partida... me agradó saber que Asti había ganado la medalla de oro.» Le interesa la escena musical internacional, en general, y se alegra igualmente de los progresos de los compositores italianos de operetas, que del éxito en París de la «Pasión según San Mateo», de Johann Sebastian Bach.

Partida para Sils

Tal como se lo había propuesto desde hacía tiempo, el 5 de junio de 1888, Nietzsche abandona Turín con rumbo a Sils. Pudo aprovecharse de la innovación de la compañía de ferrocarriles, consistente en poder sacar billete de viajero y de equipaje directamente hasta Chiavenna, evitándose con ello el volver a sacarlos y a transferirlos en camino, cosa que hasta ahora sucedía seis veces en ese trayecto. A pesar de ello, llegó a Chiavenna agotado y tocado por su enfermedad. Hace un esfuerzo, sin embargo, y continúa el viaje el 6 de junio, llegando a Sils, donde un ataque le tiene postrado durante veinticuatro horas. La diferencia de altura entre Turín (280 m. sobre el nivel del mar) y Sils (1.809 m.) es justamente enorme, mayor que en relación a Zürich o a Chur. Incluso personas sanas tienen a menudo trastornos debido a esta diferencia de altura. A ello se añadió en aquel junio de 1888 un tiempo horrible y un aire húmedo saturado de nieve fundente, o sea, las peores condiciones para Nietzsche.

Tiempo y estado de salud igualmente malos

En las seis semanas siguientes —hasta finales de julio aproximadamente— no cambia mucho ni esa inclemencia del tiempo, ni el estado de salud

de Nietzsche. El 25 de junio de 1888 escribe a su madre[124]: «He soportado hasta ahora un tiempo malo y difícil. Todavía ayer no supe sobreponerme a las ideas más tristes. ¿Sabes?, me parece que a mí no sólo me falta salud, sino también condiciones para curarme —la *fuerza vital* es tan débil, no puedo resacirme de las pérdidas de más de diez años, por cuanto he vivido siempre del 'capital', sin añadirle nada—. Me mantengo aceptablemente con mucho arte y cuidado, pero ¡cuánto tiempo hace que estoy débil, como no debiera estarlo una persona de mi edad! También es un mal síntoma este estado *supersensible* en relación al clima. Casi todo el tiempo estuve en una situación indescriptiblemente mala. Un profundo dolor de cabeza que me producía en el estómago ganas de vomitar; sin ganas ni fuerzas para pasear; repugnancia por mi...» (hoja al final, rota). Todavía, diez días más tarde, en parte con las mismas palabras que a la madre, Nietzsche informa a Overbeck del mal estado continuo de salud: «Eterno dolor de cabeza, eterno vomitar; un recrudecimiento de mis viejos males; disimulando un profundo agotamiento nervioso, con el que la máquina entera no vale para nada... Esta extrema irritabilidad bajo impresiones meteorológicas no es ningún síntoma bueno: caracteriza un cierto agotamiento general, que es, de hecho, mi auténtico mal... No padezco en absoluto de la cabeza, ni del estómago, pero bajo la presión de un agotamiento nervioso (en parte *hereditario* —de mi padre, que murió sólo a causa de fenómenos subsecuentes de una falta total de fuerza vital—, y en parte adquirido) aparecen consecuencias de todo tipo.» Y una semana más tarde, el 11 de julio, sigue igual (a Overbeck): «No ha mejorado nada, ni yo, ni el tiempo. Aire gélido hoy: el cielo muy encapotado. En cinco semanas he tenido *un* día claro, aunque muy frío (—por desgracia tuve motivos para pasarlo en cama). Y, por el contrario, 24 días de lluvia torrencial, día y noche; y tres días de nieve... Al comienzo de mi estancia aquí arriba había un aire bochornoso repugnante, con las mayores alturas termométricas que pueden alcanzarse en la Engadina; no podían darse 20 pasos sin sudar. Esto se transformó directamente en una nevada.» El 20 de julio ha de repetir Nietzsche la misma frase: «Nada ha mejorado, ni el tiempo, ni la salud, —ambos siguen absurdos.» («Absurdo», una palabra que usa ahora a menudo, en cartas y anotaciones). Por fin, el 26 de julio puede informar: «El tiempo, a pesar de que deja todavía mucho que desear, se ha aclarado; yo también. De todos modos, el último ataque fue el peor: fui al médico.» Y éste hubo de encontrar una causa infecciosa muy concreta para esta relajación total. Pero Nietzsche sólo el 14 de octubre llega a hablar de ello en una carta a Köselitz: «¡Desde junio me he sentido helado, y cómo! ¡Sin medio en contra alguno! —Sucede que mi salud no puede superar un *choc* producido por una disentería... demasiado larga. Primero pensé en un envenenamiento; pero los medios normales, los polvos Dower y Bismuth, cumplieron su cometido. De todos modos, resultó de ello una debilidad que hace más sensible también frente al frío.»

Su estado, ya más bien deplorable, no pudo experimentar ninguna mejoría por la alimentación, nuevamente unilateral y monótona, según él se la describe a la madre, teniendo ésta, además, que ayudarle al respecto. También este verano vuelve a rezar el menú[124]: «A las 5 tomo una taza de cacao (en la cama), a las 6 y media aproximadamente bebo mi té. A las 12, como solo...: normalmente un bistec y una tortilla. Por la tarde, a las 7, tomo en mi habitación un trocito de jamón, 2 yemas crudas y 2 bollos blancos» (el 17 de julio a su madre). Para las cenas* «quiero surtirme esta vez sólo de jamón de Naumburg. El verano pasado lo hice traer de Basilea, de Zürich, de St. Gallen y de otras partes, con todo tipo de disgustos y de decepciones... Lo único que propiamente me ha sentado bien fue el último envío de Naumburg, en septiembre... Dado que mi verano dura aproximadamente 4 meses, necesitaré por lo menos 12 libras: *6 kilos de jamón asalmonado*. Se trata de *todas* mis cenas para 4 meses... Por desgracia, la miel me ha sentado muy mal: exactamente igual que el verano pasado. Me comenzaron los vómitos. Esto es miel-cera; pero mi estómago sabe componérselas a su modo con la cera».

El 17 de julio agradece el envío recibido: «Ayer por la tarde, cuando acababa el último trozo de jamón, llegó tu *hermoso* envío, muy bien conservado, según me pareció: sólo los bizcochos se desmenuzaron algo... He hecho colgar los embutidos, blandos al tacto, y quiero comenzar con los más gordos. Me imagino que los pequeños se conservarán mejor que los gruesos... Probé el bizcocho esta mañana con el té: está exquisito... Desde hace dos días noto algo parecido a una mejoría: en cualquier caso, inmediatamente antes sufrí el peor ataque de toda esta época... El tiempo sigue invernal, lluvioso, cubierto; ayer, tormenta horrible.» Una semana más tarde (23 de julio) debe recortar sus gracias: «Entonces todavía no había probado el jamón... Lo siento, pero no es en absoluto tan extraordinario como tú habías deseado. El jamón asalmonado es algo incomparablemente mejor y más sano. A pesar de todos tus requerimientos de cuidar la sal, el hombre lo ha salado horrendamente. La carne tiene un aspecto marrón rojizo y no pálido como la del jamón asalmonado. Por la noche he de beber agua cada poco... a la vez que mi estómago está sobreexcitado por la mucha sal... También ha surgido una secuela usual de la carne demasiado salada, una inflamación de las encías, que me molesta mucho al morder... Por el contrario, los bizcochos me parecen más sabrosos que ninguno de los que he probado hasta ahora. ¡Muchísimas gracias! También la *calabaza* tenía un sabor agradable e interesante: me sentó bien hay que alabar a la Srta. Alwinchen.» Se trata de Alwine, la sirvienta de la madre, a cuyo mérito se debe, obviamente, la calabaza. Sus diez años de

* Fecha de archivo, 7 de septiembre, imposible. Nietzsche escribe «sábado»; lo más tarde hubo de ser el 7 de julio, y más bien en junio.

servicio por entonces en la familia fueron celebrados con toda pompa en las semanas siguientes.

También en Sils sigue actuando la necesidad de representación, acrecentada por las lecciones de Brandes. Nietzsche lleva orgulloso las bellas corbatas, las nuevas camisas (todo ello procurado por la madre), se compra un sombrero, un baúl, y por las tardes, para sus solitarias cenas, cubre su mesita con un mantel blanco, que, asimismo, había recibido de la madre[121]. ¡Y todo esto a pesar de la inclemencia del tiempo y de la «fuerza vital» muy reducida por la aguda enfermedad! Asimismo, sigue trabajando imperturbable en el «Caso Wagner», cuyo manuscrito envía a Naumann el 17 de julio.

Ataque al romanticismo alemán

Naumann remite el manuscrito por ilegible, y Nietzsche vuelve a preparar otro, que ya puede enviar al cabo de pocos días. La primera versión la había «hecho en un estado de tal debilidad que los caracteres latinos podían entenderse igualmente como griegos (una pequeña prueba de imprenta me lo demostró). La nueva copia está mucho más clara, gracias a un tipo especial de plumas 'Soenneckens Rundschriftfedern', que me aconsejó el maestro de este lugar para mis manos temblorosas», cuenta Nietzsche el 24 de julio a Carl Fuchs, en una carta escrita en términos muy cordiales. El mismo tiene la impresión de que el aspecto ha mejorado. «La culpa de ello la tienen no sólo las plumas», escribe a su madre el 2 de agosto, quien hubo de conseguirle también las nuevas plumas. «Esta vez el jamón está de acuerdo totalmente con mis deseos[124].» Se trata, pues, también, del estado general, mejorado por la alimentación.

Con ello, Nietzsche prescinde de sus puntiagudas plumas de acero, y desde ahora escribirá con plumas de redondilla, que le obligan a escribir más despacio y más grande, y a marcar mejor las formas, pero que encierran también el peligro de hacer todavía más ilegible su modo de escribir descuidado, algo brusco-nervioso.

La nueva copia proporcionó ocasión a Nietzsche para una revisión parcial del texto. Añade, fundamentalmente, las dos postdatas y el epílogo, con ocasión de lo cual emprende un ataque repentino contra Brahms, que deja atrás en dureza a todo lo que había expuesto antes contra Wagner, en un «tribunal fúnebre», como lo llama en una carta a Köselitz del 9 de agosto.

Tampoco habrá ya respuesta alguna en Nietzsche a esta cuestión de por qué ese ataque —por lo demás totalmente desacertado—, y con esa dureza, a Brahms. No hacía todavía un año que se alegraba sinceramente del interés de Brahms por sus escritos, a consecuencia de lo cual se preocupó por un contacto personal con el hombre famoso y considerado

como íntegro. ¿Medió en el fondo una decepción personal, debido quizá a que Brahms no se interesó ni por la ópera de Köselitz ni por el «Himno» de Nietzsche? ¿Fue, quizá, que, por alguna comidilla de los visitantes de Sils, o porque en el trato con músicos o con admiradores de la música entre los visitantes de Sils, había comenzado a perfilarse la creencia de que Nietzsche, alejado de Wagner, se había convertido en un partidario de los «brahmsianos»? ¿No se sentiría Nietzsche obligado a precaverse contra una tal clasificación equivocada? Sólo una conclusión puede sacarse del «Caso Wagner» y de sus aditamentos a la vez: para Nietzsche no se daba la alternativa «Wagner o Brahms», *su* alternativa era: o bien el romanticismo alemán con sus *dos* cumbres, Wagner *y* Brahms —o la superación del romanticismo alemán con su fundamentación filosófica en Hegel y Schopenhauer—. El «Caso Wagner» sólo puede comprenderse desde este trasfondo, y nunca como un panfleto dirigido personalmente contra Wagner (y en la segunda postdata contra Brahms), por más que el escrito muestre un rostro así en primer plano. Y exactamente así, desde ese rostro de primer plano, y sólo desde él, surgió la crítica desde el círculo de Bayreuth (Curt von Westernhagen por ejemplo)[266], cuando se remite a paralelos textuales con las glosas de Paul Bourget contra Baudelaire. Nietzsche tomó de ahí expresiones aisladas, ¡pero no ideas! (En ese mismo espíritu, Josef Hofmiller remite a huellas de las lecturas de Nietzsche del libro de Hehn sobre Goethe en expresiones del «Caso Wagner».) Nietzsche conocía el ensayo de Bourget contra Baudelaire. Vio —¡no sin extrañeza!— que el francés percibía en un autor de la literatura francesa un problema semejante al que le ocupaba a él con respecto a Wagner y a la música, y, por extensión, a toda la evolución artística. Había expresiones de Bourget que se le ofrecían como clichés. Pero concluir de ahí que las ideas de Nietzsche fueran promovidas inicialmente por Bourget y que Nietzsche las hubiera recogido sólo porque le divertían sus brillantes expresiones, para algo así como saldar una vieja «cuenta» con Wagner, es algo totalmente extraño a las bases del escrito. A pesar de toda la «diversión», que, sin duda, Nietzsche encontró en el asunto (un asunto con el que, como dice en el prólogo, «no se pueden gastar bromas»), de lo que se trata aquí es del cumplimiento de una decisión filosófica, que había de ser apoyada todavía por juicios de gusto estéticos o a la que había que dar, al menos, un mayor gusto en este sentido.

La dimensión histórico-filosófica de este escrito aparece en los parágrafos 10 (final) y 11 (primera frase): «Recordemos que Wagner era joven en la época en que Hegel y Schelling seducían los espíritus; que él adivinó, que él tocó con las manos, lo único que toma en serio el alemán —'la idea', es decir, algo oscuro, incierto, lleno de presentimientos; que claridad es una objeción entre los alemanes; lógica, un rechazo. Schopenhauer ha incriminado con dureza la época de Hegel y de Schelling de fraudulenta —con dureza y también sin razón: tampoco él, el viejo falsificador de

monedas pesimista, se comportó más honradamente que sus más famosos contemporáneos. Dejemos la moral fuera de juego: Hegel es un gusto... ¡Y no sólo un gusto alemán, sino uno europeo!—. ¡Un gusto que comprende Wagner!; ¡para el que se sentía apto!; ¡al que ha eternizado!; llevó a cabo únicamente su aplicación a la música; ideó para sí un estilo que significa algo 'infinito', se convirtió en el heredero de Hegel... La música como 'idea'.

»¡Y cómo se entendió a Wagner! El mismo tipo de persona que se entusiasmó con Hegel, se entusiasma hoy con Wagner; ¡en su escuela se escribe incluso hegeliano! —Lo comprendió ante todo el joven alemán. Bastaron simplemente las dos palabras 'infinito' y 'significado': con ello le fue bien de modo incomparable. No fue la música con lo que Wagner captó a los jóvenes, fue la 'idea'... He explicado a dónde pertenece Wagner —no a la historia de la música—. A pesar de ello ¿qué significa dentro de su historia? El advenimiento del actor a la música: un suceso capital, que da que pensar, quizá también que temer. En fórmula: 'Wagner y Liszt'. Nunca había sido puesta a prueba tan peligrosamente la honradez de los músicos, su 'autenticidad'... El éxito de masas ya no está del lado de los auténticos, —¡hay que ser actor para conseguirlo! Victor Hugo y Richard Wagner— significan una y la misma cosa.»

Nietzsche ve con preocupación un desarrollo del medio, «teatro», en el que triunfe el actor sobre el músico, el *regisseur* sobre el cantante. Pero también hay juicios puramente musicales dignos de consideración, que se refieren esencialmente a evoluciones histórico-musicales (§ 1): «Me atrevo a decir que el sonido orquestal de Bizet es casi el único que todavía soporto. Ese otro sonido orquestal que está ahora de moda, el wagneriano, brutal, artificial e 'inocente' a la vez, que habla así, *al mismo tiempo*, a los tres sentidos del alma moderna —¡qué pernicioso me resulta ese sonido orquesta wagneriano!»

Nietzsche toca aquí una diferencia básica en la técnica instrumental. Wagner y, con él, el tratamiento orquestal alemán de la época, buscan mezclas sonoras conseguidas por medio de dobles conducciones de la misma voz en diferentes instrumentos. Un ejemplo modélico de ello es el preludio del «Parsifal», en el que el primer motivo, una línea melódica extensa, es 'llevada en común', tomándola primero los violines, celos, un clarinete y un fagot, y reforzándola después hasta el clímax con un corno inglés (viejo oboe). Se llama repetidamente a violines, celos, a los tres oboes y a una trompeta: a la vez, elevando una octava, Wagner aclara la sustancia tonal para desprenderla de los suaves colores de las flautas y clarinetes, que entran ahora acompañando acordemente, sin dejar por ello que brille un color determinado por los instrumentos. No se oyen «flautas», o «violines», o «trompetas», sino «orquesta». La técnica instrumentacional francesa, por el contrario, busca univocidad del sonido, transparencia instrumental. Eso es lo que encuentra Nietzsche en Bizet.

Igualmente instructiva resulta otra observación: la música de Bizet «es precisa. Construye, organiza, acaba: con ello significa el contrapunto del pólipo en la música, de la 'melodía interminable'». Wagner, a menudo, mantiene viva la tensión no «acabando» nunca. Así en el preludio de «Tristán», donde jamás aparece claramente el acorde-tónica en la-menor que (probablemente) está en la base. Siempre se da todavía un momento de tensión, un tono de tensión (la expresión «disonancia» llevaría demasiado lejos, o es muy conservadora, respectivamente), sea como retardo, como anticipación, o permanezca mientras el desarrollo armónico continúa avanzando. También las partes mayores, en los cambios de escena, pasan una por encima de otra sin acabar, están «compuestas seguidamente». Los motivos no son elaborados, variados, como en una composición con remate; son enfrentados uno a otro en su forma inalterada, ordenados unos junto a otros en movimiento continuo. «Carmen», de Bizet, por el contrario, es una «ópera de números». En ella se siguen los trozos aislados, uno a otro, musicalmente cerrados en sí mismos; cada uno de ellos «cierra», acaba, posee una forma cerrada. La adhesión de Nietzsche a la forma en la música no viene porque sí. La correspondencia con Carl Fuchs le vuelve a acercar a la teoría del fraseo de Hugo Riemann.

El ve en el motivo y la frase, en cierta medida, los microorganismos a partir de los cuales se desarrollan las grandes formas. La ocupación con estas cuestiones musicales se convierte para él en una especie de escuela de lógica y deduce sus paralelos con la filosofía: «¿Se ha reparado... en que se es más filósofo cuanto más músico se sea? — El cielo gris de la abstracción, como sacudido por relámpagos; la luz suficientemente fuerte, como para cualquier filigrana de las cosas; tocar de cerca los grandes problemas; el mundo contemplado desde una montaña.» Pero a Nietzsche le falta la fuerza concentrante de conformación para aunar todo esto en *una* forma, para «concluir». Ello fue la causa de que fracasaran ya en la juventud sus «grandes» composiciones: misa, réquiem, oratorio de Navidad; de que fracasara el «Zaratustra», que no llegó a recibir una redondez formal auténtica; y de que fracase ahora la «obra capital». La «melodía interminable» de su discusión filosófica, el enfrentamiento y ordenación serial de motivos, temas, siempre inconclusos por retardo, por reserva, o por anticipación, avanzando en proporciones disonantes, dejando abierto el acorde final: éste es su peligro, y eso es lo que ve en la obra wagneriana como en un espejo. Nietzsche descubre en el prólogo más cosas de las que parece al respecto: «Nadie, quizá, estuvo más peligrosamente familiarizado con el wagnerismo, nadie se ha defendido con más fuerza contra él, nadie se ha alegrado más de liberarse de él... Si yo fuera moralista, ¡quién sabe cómo lo llamaría! Quizá *autosuperación*.» Pero él se equivocaba al creer que lo había conseguido.

Conversaciones musicales

El «Caso Wagner» contiene, al lado de esas clarificaciones preciosas, cantidad de glosas, en parte realmente malvadas y desagradables, que se salen totalmente de contexto. Nietzsche consideraba esto «divertido», tal como lo dice en varias cartas. También aquí se manifiesta su —indulgentemente expresado— «curioso» humor. Podría resultar interesante remitirse a dos posibles fuentes e inspiradores.

A más tardar a partir del 24 de julio hubo dos músicos en Sils como veraneantes, con los que Nietzsche mantuvo un trato intenso. Ninguno de ellos fue tan importante como para que los diccionarios de la época tomaran sus referencias —y menos aún los actuales—. Por eso no nos resultan muy accesibles.

Uno era Carl August Riccius, director de orquesta en el teatro Real de Dresden desde 1847, es decir, inmediatamente después de Wagner. Conocía muchas anécdotas del mundo del teatro y, naturalmente, también sobre Wagner. Nietzsche informa a Carl Fuchs de estas conversaciones (24 julio): «¿Creería usted que Wagner, cuando era director de orquesta de la corte, proponía con toda seriedad al rey desde el 'Dresdener Anzeiger' renunciar al título de 'rey' y denominarse 'presidente hereditario de la casa Wettin'? E igualmente que le invitó a suprimir el dinero y a reponer el comercio de trueque. — La pena por tales excentricidades fue benigna e incluso elegante: se le quitó la ópera clásica y se le hizo dirigir obras de poca monta.» En su última obra Wagner puso al héroe como rey sobre el Grial. ¿Qué Wagner podía ser creíble ahora para Nietzsche?

Más importante fue para Nietzsche el pianista hamburgués Karl von Holten. Escribe sobre él a Fuchs (26 agosto): «Una reunión tal de amabilidad y maldad es algo muy raro. Un viejo *abbé* con el humor de un gran actor. A la vez una sorprendente inventiva para agradar, para proporcionar alegría... Para mí se inventó la siguiente gentileza: se estudió la composición del único músico al que yo valoro actualmente, mi amigo Peter Gast, y la ejecutó ante mí, totalmente en privado, seis veces de memoria, encantado por 'la gentil e ingeniosa obra'. — *In rebus musicis et musicantibus* nos entendemos inmejorablemente, es decir, no tuvimos tolerancia alguna y diseccionamos al 'bizco' entre los ciegos.» Nietzsche define semanas después (el 15 de septiembre a Overbeck) a ese señor von Holten: «Un músico muy agradable, simpático y refinado», probablemente uno de los que, en compensación a la presión profesional de tener que enfrentarse continuamente con los más extremos estados sentimentales, recurren a la burla, a la parodia. También en él se da el chiste de poca gracia (del que Nietzsche posee también una buena dosis), como las parodias de jazz en piezas clásicas excesivamente oídas, de las que llega uno a saciarse. ¡Seguramente el famoso y macabro chiste médico reposa también en un mecanismo psíquico defensivo de ese tipo! Nietzsche era

completamente consciente de esa necesidad de compensación. El 18 de julio escribe al final de la carta a Carl Fuchs [124]: «He dado a los hombres el libro más profundo que poseen, mi Zaratustra... ¡Pero cómo hay que expiarlo! ¡que pagarlo! ¡casi echa a perder el carácter! El abismo se ha hecho demasiado grande. Desde entonces me dedico propiamente sólo a chocarrerías para enseñorearme de una vulnerabilidad y tensión insoportables.» Vemos que por este tiempo surge la segunda redacción del «Caso Wagner», que la finalización de ese manuscrito (24 agosto) coincide aproximadamente con la partida de von Holten (el 22 de agosto), y que Nietzsche, en carta del 24 de agosto a Köselitz, se refiere especialmente, con malicioso placer, a la nueva cita introducida, sacada de la opereta de Offenbach, «La bella Elena»: «Rumbo a Creta» en lugar de «rumbo a Bayreuth»; por todo ello, no parece improbable que el «chiste» de Nietzsche fuera sacado de esta fuente en el transcurso de la redacción final.

Junto a estos «desahogos» y a esta «ociosidad de psicólogo», Nietzsche recorría también otros caminos. En conversaciones con von Holten y en la correspondencia con Carl Fuchs analiza muy en serio la doctrina del fraseo de Hugo Riemann, en la que ahora ya sólo pone reparos propiamente a la terminología, aunque sigue colocando tambien algún signo de interrogación a sus repercusiones prácticas: «Hemos hablado con suficiente seriedad al respecto, aunque también en el mismo sentido, a saber, que una distribución 'fraseada' es más difícil que cualquier otra — o sea, mucho peor que una maligna pedantería... Me gustaría que Usted [Fuchs] y Riemann usaran las palabras que cualquiera conoce de la retórica: periodo (frase), dos puntos, coma, según el tamaño; asimismo oración interrogativa, oración condicional, imperativo —puesto que la doctrina del fraseo no es otra cosa que lo que la teoría de la puntuación es respecto de la prosa y la poesía—. Relacionamos esta animación y vivificación de las partes más pequeñas, tal como pertenece a la praxis musical de Wagner, y a partir de ahí hasta convertirse en un sistema recitativo, casi dominante..., en fenómenos parecidos en otras artes: es un típico síntoma de decadencia, una prueba de que la vida se ha retirado del total y lujuriea en lo más pequeño.»

Dificultades personales

Esta relación tan intensamente reemprendida con Carl Fuchs transcurrió no sin algún enturbiamiento. Fuchs sobrevaloró, evidentemente, el acercamiento personal y le confió a Nietzsche intimidades que mejor hubiera guardado para sí mismo. «Dr. Fuchs... me ha escrito entretanto toda una literatura... Se queja de que en Danzig ha tenido durante 7 años a todo el mundo en contra suya... Quiere marcharse de allí... Después de que fracasó concursando a una cátedra de la Escuela Superior de Berlín,

vinieron tres profesores de ella a Danzig y dieron un concierto. Fuchs los pone del modo más impúdico por las nubes. Como disculpa me escribe diciendo que no quería que se notara su disgusto por el fracaso obtenido. En realidad galanteó con tres de las voces más influyentes. — Me ha prometido un ensayo sobre mis escritos: pero ello le produce un miedo infernal por si su defensa de mí, ateo, perjudica a su cargo de organista de St. Petrus... Este mismo Fuchs tuvo durante años un miedo infernal a que su relación conmigo le perjudicara ante Wagner; unos años antes, cuando mi influjo en el mundo wagneriano era indiscutible, rondaba en torno mío con mucha diligencia... Es organista en la sinagoga de Danzig: Puedes imaginarte que, de la manera más sucia, se ríe del servicio divino judaico (¡¡pero permite que le paguen por él!!). Finalmente, me ha escrito una carta sobre sus antepasados, con tales indiscreciones repugnantes e indecorosas sobre su madre y su padre, que perdí la paciencia y del modo más áspero me prohibí tales cartas.» (A Overbeck, 20 de julio de 1888[4]). Bueno, la verdad es que tan áspero no fue. El 18 de julio había escrito a Fuchs[124]: «Querido Sr. Doctor, no se moleste, pero me siento obligado a defenderme contra su carta, me está totalmente *prohibido* escuchar tales *privatissima*, *personalia:* esto actúa sobre mí, no me atrevo a decir cómo —sonaría excesivamente médico... De una vez por todas, hay muchas cosas que no quiero volver más a escuchar —a ese precio me voy manteniendo más o menos.» En contrapunto sorprendente a la agresividad de sus escritos, precisamente en esta época, Nietzsche no estaba en absoluto hecho para la enemistad personal, no soportaba una tensión así. «Nunca he conseguido tener un enemigo personal»[124], escribe el 25 de julio a Carl Spitteler, en relación a la Consideración Intempestiva «Strauss». Así amansa las olas también en la relación con Fuchs pocos días después, el 24 de julio: «Querido amigo, ¡dejemos que pase el ciclón! La mar está de nuevo en calma.» En la misma carta a Overbeck, refiriéndose a Carl Spitteler, se precia de esa misma «pequeña humanidad por mi parte», pareciéndole que ella oculta cierto humor tras de sí: «Fue mi especie de venganza por un artículo de Spitteler, extremadamente falto de tacto y desvergonzado, sobre toda mi literatura, que apareció el pasado invierno en el 'Bund'. — Tengo una opinión demasiado buena del talento de ese suizo como para dejarme arrebatar por una grosería (—tengo respeto por su modo de ser —lo que no sucede desgraciadamente en el caso del Dr. Fuchs). Por mi recomendación Spitteler es colaborador del 'Kunstwart' y, según mi gusto, su única pluma interesante. Por cierto, me he borrado de esa publicación: en respuesta a una carta recientemente llegada del Sr. Avenarius... le he dicho firmemente la verdad (ese periódico sopla en el cuerno germanizante y, por ejemplo, ha abandonado de la manera más indigna a Heinrich Heine — ¡¡¡El Sr. Avenarius, ese judío!!!» Nietzsche se había preocupado también por encontrar un editor para Spitteler. Todavía el 16 de julio creía poder felicitar a Spitteler porque

Credner publicaba una obra suya. «Ese Credner puede felicitarse a sí mismo», con estas palabras Nietzsche recubre su cumplimiento. Pero ahora pone sobre aviso también a Spitteler: «Entre nosotros sea dicho, es caprichoso y arbitrario hasta la idiotez», y repite lo que ya había escrito a Brandes y lo que, por el contrario, él sabía por Brandes sobre Credner. La desconfianza había de confirmarse demasiado pronto. Ya el 25 de julio la carta de Nietzsche a Spitteler comienza así[124]: «Me apena lo que me cuenta. La motivación que el Sr. Credner da a su no, si fuera verdadera, sería simplemente una idiotez. Pero, naturalmente, sólo es una disculpa. Hablando ayer con una persona que conoce desde hace 40 años la historia íntima del Teatro Real de Dresden, llegamos a la conclusión de que *todos* los rechazos de óperas, de libros, de servicios, se justifican falsamente —y que el auténtico motivo nunca se expresa... Mis propias experiencias con los editores son, dicho sea de paso, cien veces peores que las suyas. Hay cosas entre ellas que no se llevan al papel—. Pero yo estoy en guerra; y comprendo que se esté en guerra conmigo... En lo que se refiere a mi posición con respecto a la prensa alemana... es bastante curiosa: se fundamenta en el miedo que se me tiene. Yo soy uno de los pocos que no tienen reparos en comprometerse: ¡un tipo de persona muy arriesgada! De hecho gozo de una consideración muy notable —y soy muy leído clandestinamente—. Significa algo ser el espíritu más independiente de Europa. En todas las más grandes ciudades tengo un círculo de seguidores, últimamente también en Baltimore.» Nietzsche —él mismo en medio de los mayores problemas editoriales— tiene, para acabar, todavía una propuesta: «¿Ha tratado ya con Robert Oppenheim (Berlín) en relación a su obra? Este cuenta en su editorial con literatura semejante, por ejemplo, el mejor libro alemán que existe sobre Francia: ¡'Francia y los franceses', de Karl Hillebrand! ¿O quiere que escriba yo?»

Tras un año de interrupción, a fines de julio, Nietzsche reanuda el contacto epistolar también con Malwida von Meysenbug. Con ello se inicia el capítulo final de su correspondencia. Malwida continuaba siendo una wagneriana fiel y convencida. Bien es verdad que siempre evitó recalcarlo en sus cartas a Nietzsche. ¿Creía equivocadamente Nietzsche, ahora, que ella se había separado también de Wagner, o fue mera inadvertencia, torpeza —o *quiso* provocar la decisión? En cualquier caso, Malwida se sintió profundamente herida por el «Caso Wagner», y esta amistad de años, una de las más antiguas, acabó en una disonancia.

Quizá en principio fue sólo realmente una inadvertencia por parte de Nietzsche, debida a su estado de desesperanza sobre su soledad filosófica (¡a pesar del «círculo de admiradores»!), lo que le escribió: «Se ha hecho un gran vacío en torno a mí, realmente..., no hay nadie que tenga idea de mi situación. Lo peor de ella es no haber escuchado desde hace 10 años una palabra que me alcanzara todavía... Ello coloca fuera de todo trato humano, produce una tensión y vulnerabilidad insoportables, uno es

como un animal al que se hiere a cada instante. La herida consiste en no escuchar ninguna respuesta, ningún sonido de respuesta, y en tener que llevar solo, a sus espaldas, horriblemente, el peso que uno quiere repartir, depositar (¿para qué se escribe si no?). Puede uno así irse a pique, ser 'inmortal'... En la querida patria se me trata como a alguien que debe estar en el manicomio: ¡ésta es la forma de la 'comprensión' para mí! Además se ha interpuesto en mi camino el cretinismo bayreuthiano. El viejo seductor Wagner, incluso después de su muerte, me arrebata las pocas personas sobre las que yo podía causar efecto. Pero en Dinamarca —¡resulta absurdo decirlo!— ¡¡me han celebrado este invierno!!... Se necesita grandeza de alma para poder soportar siquiera mis escritos. Tengo la suerte de exasperar en contra mía todo lo débil y virtuoso.» A ello respondió Malwida (el 12 de agosto desde Versailles): «Si se queja usted de que *aquello* que da al mundo... no recibe respuesta, me permito aun asegurarle que en más de un corazón existe una adhesión cariñosa hacia usted y hacia su gusto, y que es fundamentalmente culpa suya el que lo sienta tan poco... Es un error o una paradoja el que usted diga que tiene la suerte de tener en contra suya todo lo débil y virtuoso. Los realmente virtuosos no son débiles en absoluto, son, más bien, los realmente fuertes: tal como lo expresa el concepto original de virtud. Y usted mismo es la contradicción viva de ello: pues usted es realmente virtuoso, y yo creo que si los hombres conocieran realmente su ejemplo, los convencería más que sus libros... Es triste, en todo caso, que en Alemania se doble la rodilla ahora ante los ídolos del poder; pero llegará el tiempo en que vuelva a despertar el espíritu alemán. ¿Y si no? Bien, el futuro desarrollo de la Humanidad pasará a otros pueblos, tal como usted lo experimenta ya en Dinamarca y América», con lo que ella se está refiriendo al contacto con el profesor Karl Knortz, del que Nietzsche le había informado también con evidente orgullo. Pero Nietzsche sabía también de otros interesados. Así, el 29 de julio (es decir, por la misma época de su queja de soledad a Malwida), Nietzsche puede informar a Carl Fuchs: «Ayer me llegó una carta de Bayreuth, escrita entera desde el Parsifal. Un admirador vienés, que no conozco, que me llama su 'maestro'... que yo debería ser más magnánimo que Sigfrido frente al viejo caminante. Hablaba, por lo demás, en nombre de todo un círculo de 'discípulos' míos..., todos ellos 'espíritus libres' muy agradecidos por 'Más allá del bien y del mal' (a quienes yo habría dicho tantas palabras grandes, profundas, y también terribles)». De nuevo el antiguo y fiel círculo de Viena. Pero también de Berlín llegaban buenas noticias. Paul Deussen le envió 2.000 marcos para cubrir los gastos de impresión, dinero que había reunido un círculo de admiradores. Nietzsche no cree en tal círculo de admiradores. Es significativo por parte suya que sospeche que el único donante es el propio Paul Deussen y «Paul Rée, a cuyo carácter correspondería una acción tal». (Así escribe a la madre el 24 de julio.)

El donativo no le resultó nada embarazoso a Nietzsche y contribuyó grandemente a reafirmar su orgullo. Todavía el 9 de diciembre confiesa ese obsequio a Köselitz y, puesto que se encuentra en ese momento en Berlín, le ruega: «Haga usted una visita, pronto a ser posible, a mi viejo y muy cómico amigo el profesor Deussen... Me tiene mucho afecto y de un modo que resulta el más extraño sobre la tierra: este verano me envió 2.000 marcos para mis gastos de impresión (—¡¡para el mismo fin, escuche usted, la señorita Meta von Salis, 1.000 francos!!—)»

Pero podemos creer el testimonio de Paul Deussen[73]*, en lo que refiere sobre el origen de ese donativo: «Un día, en el locutorio de la Universidad de Berlín, un joven docente privado se dirigió a mí y me pidió que le contara algo más cercano sobre Nietzsche, cuyos libros él había leído. A lo que yo le expliqué... que sus ingresos, tras la pérdida del sueldo, según lo que Kaftan me había dicho recientemente, se limitaban a una pensión... de 3.000 francos anuales, y cómo hacía poco que había vuelto a encontrar a Nietzsche en Sils-Maria llevando una vida de lo más modesta. El joven me escuchó atentamente... No poca fue mi sorpresa, sin embargo, cuando dos días más tarde recibí del joven la comunicación epistolar de que había conseguido reunir para Nietzsche la suma de 2.000 marcos, y que yo tuviera a bien enviar a Nietzsche ese dinero sin mencionar al donante... Yo le sugerí que llevara él mismo su donativo a Correos... La sospecha de que yo mismo estuviera tras el donativo, sólo pude disiparla en la familia Nietzsche confesando, con su permiso, el nombre del donante. Por cierto que el dinero... fue reservado para que sirviera para la impresión de las obras, y puesto que éstas, poco tiempo después de esto, comenzaron a alcanzar... grandes beneficios, el donativo de entonces sólo tuvo un valor ideal. Fue devuelto al donante, dándole las gracias, y al resistirse éste a volver a tomarlo, se encontró una vía de solución..., encargando con él un óleo de Nietzsche, que se colgó en el Archivo Nietzsche.» (Los datos de Kaftan en relación con la pensión procedían de noticias que éste había tenido en la época de su profesorado en Basilea.)

Conversaciones teológicas

El silesio Julius Kaftan, que cita Deussen, había nacido el 30 de septiembre de 1848 en Loit-Apenrade. El 1873 —con apenas veintinco años— fue llamado como docente a la Facultad de Teología de la Universidad de Basilea. Ya era por entonces licenciado en Teología y doctor en Filosofía. Su discurso de toma de posesión llevaba el título «El concepto

* En sus Recuerdos de F. N., 1901, así pues, aparecidos después de la muerte de Nietzsche.

filosófico-religioso de Kant en su significación para la apologética» (publicado en Basilea, en 1874, por Detloff). Fundamentalmente daba cursos de ética cristiana y de teología neotestamentaria, y mantenía «tertulias» con los alumnos más aventajados. En reconocimiento a su éxito fue promocionado en 1874 a extraordinario y en 1881 a ordinario. Tras diez años de actividad en Basilea, en 1883, llegó una invitación para Berlín, donde trabajó con éxito hasta su muerte, acaecida el 27 de agosto de 1926. Entre sus obras más importantes se cuentan: «La verdad de la religión cristiana» (1888) y «Fe y dogma» (1899). Como colega muy cercano a Overbeck, llegó a tener relación también con Nietzsche; durante los primeros años se encontraban a menudo a la hora de la comida en «Kopf», sin que el contacto llegara a ser más profundo. El agosto de 1888 Kaftan pasó con su espoa tres semanas en Sils, interesado por el lugar primeramente, aunque puede ser que también impulsado por la referencia a Nietzsche que le hiciera su colega de Berlín Paul Deussen. El trato con Nietzsche fue intenso durante esas tres semanas, lo que significa tanto «vivas discusiones filosóficas» como también largas caminatas. Kaftan fijó recuerdos de esa época, primero en una conferencia, «El cristianismo y la moral de señores de Nietzsche», pronunciada en 1896 en la sucursal de Berlín de la confederación evangélica[129]*, después en un artículo de revista, «Desde el taller del superhombre», en octubre-noviembre de 1905[130]. Curiosamente Kaftan no menciona nunca a Meta von Salis, que coincidió en parte en Sils —finales de julio hasta el 17 de agosto—, ella ciertamente a causa de Nietzsche, con quien también mantenía un contacto intenso. El 13 de agosto Nietzsche menciona incluso expresamente un viaje en barco. Y extrañamente: Meta von Salis nunca nombra a Kaftan en sus recuerdos, normalmente tan pormenorizados, ni tampoco al pianista von Holten. ¿Impidió Nietzsche un encuentro, una inmiscusión en sus conversaciones con Kaftan?

Aunque este año faltaban las señoras Fynn y Mansuroff, Nietzsche encontró también diversas ocasiones de entretenimiento y conversación. «La gente del hotel no está mal; y las personas distinguidas que hay, intentan ser presentadas a mí. Así, por ejemplo, un agradable abogado de Lübeck, el doctor Schön; un viejo presidente procedente del norte de Alemania... e incluso las bellas muchachas me hacen visiblemente la corte. Se tiene más o menos la idea de que soy un 'animal'... Yo, sin embargo, me comporto muy fríamente ante todos esos asaltos juveniles. No escribo en modo alguno para esa edad efervescente e inmadura», escribe a su madre el 2 de agosto. El acontecimiento decisivo fue el reencuentro con Kaftan tras casi diez años. En ese tiempo el mundo espiritual de Nietzsche

---

* Tal agrupación indica como objetivos suyos: 1. Lucha contra el poder creciente de Roma, 2. fortalecer la conciencia evangélico-cristiana frente al indiferentismo y materialismo de la época.

había cambiado, e incluso ya en lo relativo al método y a la academia tenían que existir mundos de separación entre ellos. Kaftan, sin embargo, pudo hablar de agradables impresiones personales. Pero no tiene interés en mantenerlas para una posteridad interesada por Nietzsche. Contrastan fuertemente con el rechazo categórico de la filosofía de Nietzsche desde un punto de vista marcadamente luterano, en lo cual Kaftan manifiesta un conocimiento de los escritos de Nietzsche sorprendentemente completo. Con esos bellos recuerdos demuestra que en su rechazo no influye ningún resentimiento ni decepción personal.

Con respecto exactamente a esto, Overbeck —y más tarde Köselitz—, al enviarle Kaftan su conferencia, responde el 15 de enero de 1897[188]: «Aun cuando yo estuviera tan seguro en la interpretación de las reglas del 'señorío cristiano' como la interpretación que aquí veo, Nietzsche ha estado demasiado cercano a mí como para asentir por completo. Usted mismo no pedirá la ayuda para la ejecución de un amigo, sean los que sean sus méritos para ello.» Overbeck envió el cuaderno a Köselitz, quien le responde el 20 de mayo de 1897[188]: «Kaftan... juega en cualquier caso un juego peligroso... La conferencia tiene como presupuesto el aire y el tono de una reunión protestante, es decir, gente que está convencida de antemano de la atrocidad de Nietzsche. Eliminando este presupuesto la conferencia se convierte casi en un panegírico. Habría que llamar al orden públicamente a Kaftan... Puesto que tenemos gran interés en que... la masa cristiana no se ocupe de Nietzsche.»

Las noticias puramente biográficas de Kaftan son también importantes porque apoyan manifestaciones idénticas de Meta von Salis, que se achacan con facilidad al entusiasta afecto femenino. Kaftan describe el encuentro[130]: «Entonces, en Sils-Maria, ambos tuvimos contacto diariamente durante tres semanas..., hablando de todo detenida y francamente, como si se tratara de viejos amigos, que no lo éramos propiamente... Por ello no hacía más que extrañarme de que él buscara por cualquier medio el contacto conmigo... Pero nunca percibí, durante todo ese tiempo, huella alguna de una enfermedad mental incipiente... Pocos meses después sucedió la catástrofe. Con toda probabilidad yo fui uno de los últimos con los que se relacionó espirtualmente cara a cara... Después, en Turín, vivió totalmente encerrado en sí mismo y aislado... En esos últimos años apareció en él, intermitentemente, una excitación enfermiza, y precisamente en los momentos del trabajo intelectual..., no siempre tan percibible como en el cuarto libro del 'Zaratustra'..., como acechando en el fondo... Ello me confirma asimismo el que fuera tan distinto en su trato personal a como se manifiesta en sus escritos. No como si él, con sus opiniones, hubiera dejado algo tras la montaña. Sino que hablaba de ellas con toda naturalidad, como se habla entre amigos sobre cosas serias, respecto a las que se es consciente de grandes diferencias en la concepción. ¡Y sin embargo en aquella misma época escribió el 'Crepúsculo de los ídolos'!

En un lugar de ese escrito creo encontrar el eco de una conversación entre nosotros. Y que nadie diga que su comportamiento en el trato fuera mera máscara... Más bien le resultaba una necesidad alternar, si era posible, con alguien con el que pudiera discutir —sólo así resulta comprensible la premeditación con la que actuaba en estas cosas: habiendo llegado yo por la noche, ya a la mañana siguiente me sorprendió con su visita; no nos separamos nunca sin que, a instancias suyas, fijáramos el próximo encuentro; cuando mi esposa y yo nos marchamos acudió a despedirnos, a pesar de que era una hora en la que acostumbraba a descansar; en una palabra, no había huella alguna de máscara en todo ello, sino simple y llana amabilidad en todo, que era algo natural en él.»

Kaftan ha transmitido especialmente dos episodios referentes a sus paseos[50, 130]: «Ibamos por el Fextal arriba, acercándonos al glaciar, cuando la conversación recayó en su enfermedad, en todo lo que había experimentado con ella y lo que le debía. En un pequeño puente... se paró en medio del estrecho camino y habló con voz suave sobre el gran cambio que se había operado en él. Era como cuando un piadoso explica de qué modo ha reconocido la nada del mundo y ha aprendido a cobijar su alma en Dios. Su intención era precisamente aquel paso del no al sí: ésta es la raíz de todas sus conversaciones y doctrinas... Repito... que su doctrina tiene por ello un rasgo heroico, que aquí estriba lo que hay de simpático en ella: se nota algo de voluntad, decisión y acto... En último término, hay en este hombre, enemigo de toda moral, un rasgo de grandeza ética que granjea nuestra simpatía por él.» Incluso el teólogo Kaftan cayó en el encanto estético del paisaje de Zaratustra, del ánimo de Zaratustra: cerca del mundo glaciar, en una naturaleza imponente, sobre el (simbólico) puente, donde Nietzsche, con voz suave y melódica, expone el gran secreto, la revelación de su doctrina filosófica, como también Resa von Schirhofer había vivido una vez profundamente conmovida. ¿Se trataba de una obra de arte, de una visión poética o de filosofía? ¿Genio o locura? ¿Inspiración o transporte esquizofrénico? La cuestión es tan inmediata en el caso de Nietzsche porque sabemos ya que la amenazante catástrofe está a sólo cuatro meses vista. Es difícil no escribir una sátira (*Difficile est satiram non scribere;* Juvenal[128]), reza un conocido refrán. Pero es igualmente difícil no caer en una *prophetia ex eventu*. Kaftan superó esta tentación. A pesar del rechazo radical de la filosofía de Nietzsche como un fruto tardío del positivismo, tampoco más tarde, con total conocimiento de la evolución subsiguiente, quiso ver una «prefiguración» enfermiza en aquella escena del Fextal. Con igual objetividad informa de un suceso festivo —y nada típico— que tuvo lugar en una excursión al cercano Sils-Baselgia[50, 130]: «Nietzsche me estaba explicando con gran interés una receta de cocina cualquiera... De repente, la situación me pareció cómica..., me eché a reír y dije: 'Esto sí que sería algo para las 'Fliegende Blätter', que nosotros, catedráticos, andemos por aquí hablando de recetas de cocina'. Pero

entonces él se enfadó en serio y me dio toda una lección de cómo era un desafuero desatender el cultivo del cuerpo.»

Por la época en que escribía esto, Kaftan conocía la tesis de la hermana sobre el desmoronamiento de Nietzsche, tesis de un ataque cerebral como consecuencia del exceso de trabajo y del abuso de drogas, así como los trabajos de Möbius, fundados en el diagnóstico de una «parálisis progresiva». Frente a ambos Kaftan supone, no un trastorno orgánico, un padecimiento cerebral, sino una perturbación psíquica, de la que se puede deducir una posición crítica, una refutación de la filosofía de Nietzsche. Con ello inauguró la oposición, que todavía hoy intenta despachar todo lo que resulta incomprensible o incómodo en las ideas de Nietzsche, con el pretexto de que se trata de «presagios de la enfermedad mental». Como núcleo de la tensión espiritual, a causa de la cual acabaría rompiéndose Nietzsche, ve Kaftan —puro teólogo en ello[130]: «Que él nunca consiguió olvidar el cristianismo y ponerse más allá de él. Lo destruía continuamente. Pero lo que hay que destruir de continuo demuestra su fuerza vital indestructible. Ante todo, esto explicaría el trágico final de su existencia psíquica, la locura... Que era ateo, sin dios, que había perdido a Dios: ése es el trágico destino de su vida. Pues estaba referido a Dios, y sólo Dios podía haber conformado esa rica vida espiritual, que manaba de él, en una gran forma de vida armónica... No fue meramente una catástrofe repentina el que, a comienzos del año 1889, apareciera en él la locura en forma de delirio de grandeza. Ya estaba preparado. Nietzsche... se hundió porque necesitaba absolutamente a Dios para vivir, pero había perdido al dios vivo y el camino hacia él.» Prescindiendo del error objetivo respecto al origen de la enfermedad, Kaftan, por las conversaciones de ese verano de 1888, sabía seguramente más que nadie del permanente enfrentamiento de Nietzsche con su procedencia religiosa (que externamente se manifestaba con regularidad en los días de enfermedad que seguían a las Navidades).

Los trabajos en Sils

A pesar de todos estos testimonios de paseos, conversaciones, compañías, correspondencia, que pudieran dar la impresión de «ociosidad», y no sólo del psicólogo, el elemento dominante de estas semanas continúa siendo la ininterrumpida, e incluso acrecentada, intensidad de trabajo. En primer lugar se dedica a cincelar el «Caso Wagner». En el mismo grado en que se toma molestias por dar al escrito un tono frívolo, le ocupa éste, le preocupa también, sopesa los detalles, modifica el texto, mientras que los pliegos de pruebas le están llegando ya de la imprenta a él, y —cómo podría ser de otro modo— a Köselitz, quien vuelve a reaccionar con total aprobación. Precisamente a él le confiesa Nietzsche el 11 de agosto: «No ha sido para mí ningún pequeño alivio ...el que este arriesgado escrito le

haya divertido. Hay momentos, sobre todo por la tarde, en los que me falta ánimo para tamaña locura y dureza. In summa: ello me acostumbra a una mayor soledad —y me prepara a publicar todavía cosas completamente distintas de estas maldades mías sobre un 'caso privado' así. Lo más fuerte está realmente en las 'Postdatas'; en un punto dudo incluso si no he ido demasiado lejos (no en los temas, sino en la expresión de los temas). Quizá sea mejor quitar la nota (en la que se indica algo sobre la ascendencia de Wagner) ...Al final de todo he vuelto al punto de vista del 'Prólogo': a la vez, para quitar al escrito el carácter de lo ocasional, y para destacar su unidad con toda mi obra y objetivos.» Y así siguen las cosas hasta el 24 de agosto, en que Nietzsche, finalmente, envía a Naumann el texto del «Epílogo». Naumann había comenzado inmediatamente con la impresión, pero las constantes «correcciones del autor» demoraron la publicación. De modo que «El caso Wagner» apareció sólo a mitad de septiembre. Nietzsche recibió el primer ejemplar el 15 de septiembre, todavía en Sils. La entrega a las librerías fue prevista por Naumann para el 22 de septiembre.

Mientras tanto Nietzsche ya estaba más allá del «caso privado Wagner». Ya el 7 de septiembre le llega a Naumann un nuevo manuscrito, de extensión parecida a la de una «consideración intempestiva», con el título de «Ociosidad de un psicólogo». El 12 de septiembre informa a Köselitz al respecto: «Bajo este título inocuo se oculta un resumen de mis principales heterodoxias filosóficas, pergeñado muy osada y precisamente: de modo que el escrito puede servir de introductor y de aperitivo para mi transvaloración de los valores (cuyo primer libro está ya casi terminado de redactar)... Globalmente, juicios muy serenos, a pesar de ser muy duros... Son realmente *psychologica* y de los más desconocidos y finos. (Se les dice algunas verdades a los alemanes, sobre todo se fundamenta mi pobre opinión de la espiritualidad alemana imperial.) Este escrito, que se presenta en todo como gemelo del 'Caso Wagner ...ha de salir pronto, en lo posible: puesto que necesito un tiempo intermedio hasta la publicación de la 'Transvaloración'.» Días más tarde Nietzsche informa también sobre sus trabajos más recientes al barón von Seydlitz: «Todo mi régimen interior está total y absolutamente al servicio de una empresa extrema que, como título de libro, puede resumirse en pocas palabras: 'Transvaloración de todos los valores'... Esto no excluye que haya perpetrado un par de amenidades. Una de ellas, que se va a permitir en seguida, con cierta fraudulencia, traspasar el umbral de tu casa, se titula 'El caso Wagner. Un problema de músicos' (Las malas lenguas leen: El caso de los Wagner)... A fin de año se publicará otra cosa mía que manifiesta mi filosofía en su triple propiedad: como lux, como nux y como crux. Se titula, con toda gracia y virtud: 'Ociosidad de un psicólogo'.» Se trataba de la parte fundamental de lo que finalmente aparecería bajo el título de «El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo». También esta vez Nau-

mann se pone inmediatamente a imprimir. El 20 de septiembre llegaron ya pruebas para corrección a Köselitz, que estaba en Buchwald (Transpomerania), invitado por una familia alemana. Esta vez sí puso una objeción: «El título... me suena, cuando me imagino cómo puede resultar a los demás, modesto en exceso: ha llevado Usted su artillería a las montañas más altas, cuenta con cañones como no ha habido nunca todavía y sólo necesita disparar a ciegas para llevar el pánico a los alrededores. Un caminar de gigante, ante el que las montañas tiemblan en sus fundamentos, no es ya el caminar de un ocioso.» Nietzsche no sólo adopta estas exaltadas expresiones de Köselitz en su vocabulario diario, sino que acepta también la objeción, comunicándole a vuelta de correo, el 27 de septiembre, el nuevo título: «El Crepúsculo de los ídolos» —y observando al respecto: «A propósito, Gersdorff me previene muy seriamente frente a los wagnerianos [lo que seguramente se refiere a Malwida von Meysenbug]—. También en este sentido se entenderá el nuevo título..., —Una nueva maldad contra Wagner, pues.»

El contemplar a esta luz el nuevo escrito no tiene nada que ver probablemente con el cambio de título, puesto que el 15 de septiembre Nietzsche escribe a Naumann, ya con el «Caso Wagner» en las manos[86]: «Entretanto he comprendido otra cosa: que ahora otra publicación resulta absolutamente inoportuna. Perturbaría, rompería la impresión de este escrito, —... Guarde, pues, en depósito... durante algún tiempo (digamos, provisionalmente, hasta la Pascua del próximo año) el manuscrito enviado.» Pero la orden de retirada llegó demasiado tarde, ya estaba todo dispuesto. Nietzsche se rindió ante este hecho, tomó los pliegos de pruebas y añadió la parte final. El 25 de octubre escribe Köselitz que ha celebrado para sí el término de la impresión, y el 13 de noviembre Nietzsche anuncia, asimismo, a Overbeck que la impresión está acabada. El 25 de noviembre recibe los primeros ejemplares de autor, uno de los cuales se lo envía inmediatamente a Jacob Burckhardt, con una carta adjunta, casi devota, que cierra con estas palabras: «No me ha pasado desapercibido el hecho de que un día, no hace mucho, la devoción de una ciudad entera se acordó, con profundo agradecimiento, de su primer educador y benefactor. Yo me he permitido, con toda modestia, añadir mi propio sentimiento al de toda una ciudad.» Esto fue con ocasión del setenta aniversario de Burckhardt.

El envío del «Crepúsculo de los ídolos» a las librerías se aplazó por el momento. Sólo el 27 de enero de 1889, inmediatamente después del conocimiento público de la catástrofe, Overbeck descubre el libro en una librería de Basilea, y poco tiempo después aparece también ya un primer comentario en el «Basler Nachrichten».

En contraposición al «Caso Wagner», este «Crepúsculo de los ídolos» está pergeñado realmente con mano rápida y en pocos días, como un simple *hors d'oeuvre* estimulante para su filosofía: así, al menos, se imagina

Nietzsche sus efectos. No tenía tiempo para un trabajo de detalle ni para estudios preliminares como en el «Caso Wagner», puesto que ahora está recogiendo todas sus fuerzas para emprender, por fin, su «obra capital»: la «Transvaloración de todos los valores». Pero ya le sale mal el comienzo.

El cambio de rumbo decisivo

Frente a todos los planes y disposiciones de libros hechos hasta finales de agosto, según los cuales podía esperarse que la evolución de su pensamiento filosófico se construyera sobre fundamentos generales, sobre premisas crítico-epistemológicas, Nietzsche recoge anticipadamente un aspecto parcial, presenta la aplicación práctica de su punto de vista filosófico-fundamental —que seguía sin haberse deducido sistemáticamente— a un problema particular: la crítica del cristianismo. Así es como la Consideración intempestiva «El Anticristo» se ve forzada, entretanto, a convertirse en primera parte de la «Transvaloración», cosa que no puede ser en absoluto ese escrito, dada su naturaleza. Es verdad que el problema estaba incluido en las disposiciones anteriores, pero siempre como uno más junto a otros, a lo más como contenido de un capítulo dentro de la ordenación total, pero nunca como el «Libro I» entero.

Ya su biógrafa y editora fraterna hizo cábalas sobre este hecho sorprendente, y llegó a creer incluso que había que hacer responsable de ello al «tiempo indescriptiblemente malo de la Engadina» y a los «inconvenientes que ello acarrea»[86]. Y desde entonces han seguido haciéndose cábalas al respecto, también por medio del método del análisis de la obra o de la historia de las ideas. ¡Pero quizá pueda justificarse desde lo biográfico precisamente, aunque no, desde luego, por referencia al tiempo!

Digamos, primero, que Nietzsche había planificado su «obra capital sistemática» como un trabajo del método crítico-histórico tal como lo aprendió como filólogo con Ritschl. Ha realizado desde hace años estudios intensos de fuentes —a lo que ya nos hemos referido repetidamente—, y sobre el tema «cristianismo», precisamente, poseía abundantes conocimientos históricos y psicológicos. Todavía la primavera pasada había estudiado la obra de Julius Wellhausen (cfr. *supra*, pág. 463) *.

* Julius Wellhausen, nacido el 17 de mayo de 1844 en Hameln, fue en 1872 a Greifswald como teólogo y orientalista; en 1882 lo cambió por una cátedra en Halle, en 1885 en Marburgo. De 1892 a 1913 vivió en Gotinga, como sucesor de Paul de Lagarde, donde murió el 7 de enero de 1918. Su «Historia de Israel» (1878), «tanto por su contenido como también por su tono antieclesial, suscitó la oposición de la ortodoxia protestante.» Hostilizado por su iglesia, Wellhausen hubo de abandonar Greifswald. En 1883 volvió a editar el libro bajo el título de «Prolegómenos a la historia de Israel». En 1885 siguió «La composición del Exateuco y de los libros históricos del Antiguo Testamento». Wellhausen hace, como relevante orientalista, crítica textual, y entiende a Jesucristo como figura histórica, no desde la «revelación». De la corta anotación de Nietzsche no puede deducirse cuál fue la obra que leyó.

Nietzsche estaba, por tanto, óptimamente preparado y pertrechado para la discusión con el teólogo ortodoxo y dogmático Kaftan. También hemos indicado varias veces cómo las «obras» de Nietzsche se muestran básicamente como recortes de un diálogo ininterrumpido con interlocutores diversos y —en ámbito limitado— de temática diversa, de modo parecido a como sucede con los diálogos de Platón. Sólo que en éstos, los interlocutores de Sócrates se hacen visibles, son introducidos, mientras que en Nietzsche, a menudo, resulta difícil o totalmente imposible percibirlos. Pero en el caso del «Anticristo» podemos suponer que el encuentro con Kaftan fue tan fatal y tan determinante con respecto a la obra, como lo fueron, por ejemplo, Richard Wagner, Paul Rée y Lou Salomé. Y precisamente en relación con ella aparece un indicio. En 1891, en artículos del «Vossische Zeitung», ella había hecho «una caracterización global de Nietzsche, en la que por primera vez se describen, diferenciados y con precisión, *tres* periodos de su evolución intelectual», que vuelve a repetir en su libro «Friedrich Nietzsche en su obra» (1894)[214]. Kaftan rebatió esa tripartición a causa de su experiencia personal de discusión con Nietzsche, apoyándose además en ejemplos sacados de su obra. Prueba —expresamente contra Lou Andreas-Salomé— que no se puede establecer separación alguna entre el 2.º y el 3.er periodo que ella distingue, porque toda la obra de Nietzsche, desde «Humano», sigue ininterrumpida y se caracteriza hasta el final por el intento de ofrecer ciencia positiva, es decir, que Nietzsche, desde sus pretensiones, permaneció, en cierto sentido, positivista. Es esta interpretación de Nietzsche hecha por Kaftan la que rechaza tan categóricamente Overbeck, porque repara demasiado poco en la reducción que Kaftan presupone: «desde sus pretensiones».

Kaftan había adquirido esta convicción por las conversaciones en las que el filólogo e historiador Nietzsche se enfrentó a él, teólogo y dogmático, desde un método positivo. Encontró a Nietzsche todavía en el mismo plano al que le había llevado Paul Rée y desde el que trató con Lou Salomé hacía seis años. En contraposición al aparente corte —visto de lejos— en un tercer periodo de la señora Lou Andreas-Salomé, Kaftan experimentó con inmediatez, todavía en 1888, la estructura positivista, ininterrumpida, de la personalidad de Nietzsche. No cambia nada, ni en el fundamento ni en la pretensión, el que el positivismo no satisficiera a Nietzsche y que éste intentara elevarlo.

Igual de initerrumpidamente continúa Nietzsche la serie de sus conversaciones. El nuevo trabajo, el «Anticristo», es la respuesta que se impone a la ronda de discusiones, el manifiesto de Nietzsche contra el teólogo Kaftan y contra la dogmática que él representaba en la cuestión cristiana. Quedan inaclaradas todavía las repercusiones de la obra de Overbeck «Sobre la cristiandad de nuestra teología actual»[186], aparecida en 1873, cuya gestación Nietzsche había vivido desde una proximidad inmediata. Ya el título de «Anticristo» le resultaba corriente desde esa época. Cosima

Wagner escribe a Gersdorff en carta del 14 de agosto de 1873[14]: «Estoy leyendo el 'Anticristo', de Renan, y me gustaría saber qué piensa el Prof. Overbeck del libro.»

Kaftan había partido a finales de agosto. Inmediatamente después siguen los trabajos del «Anticristo». Durante la estancia de Kaftan surgió (según el testimonio, cfr. supra, p. 495) el «Crepúsculo de los ídolos». El 7 de septiembre Nietzsche puede escribir a Meta von Salis, con la que permaneció en viva correspondencia tras su partida, el 17 de agosto, (¡no así con Kaftan!)[213]: «El 3 de septiembre fue un día muy curioso. Escribí temprano el prólogo a mi 'Transvaloración de todos los valores', el prólogo más arrogante, quizá, que se haya escrito hasta ahora. Después salí fuera —y ¡hete ahí el día más bello que he visto en la Engadina!... Y al ir más tarde a comer encontré... una carta suya que se adivinaba sorprendentemente voluminosa.» Ella le enviaba un ejemplar de su «Genealogía», al que parece que había hecho encuadernar de modo especialmente lujoso. ¿Era para que el autor lo firmara? Él le devuelve el libro «con las más efusivas gracias... Lo he puesto en un cartón duro: mi deseo es que Correos no cometa ninguna brutalidad». Y aquí nos enteramos, a la vez, de algo concerniente a su intensidad de trabajo, que le sorprende a él mismo: «Incluso conseguí algo más, algo más de lo que me había creído capaz — La consecuencia fue, de todos modos, que mi vida cayó en cierto desorden en las últimas semanas. Varias veces me levanté a las dos de la noche, 'impulsado por el espíritu' y transcribí lo que acababa de pasarme por la cabeza. Y entonces escuchaba cómo mi patrón, el Sr. Durisch, abría con cuidado la puerta, deslizándose a cazar gamuzas. ¡Quién sabe! Quizá también yo estaba a la caza de gamuzas—». Dos días más tarde, el 9 de septiembre, habla en una carta a Carl Fuchs de la 'Transvaloración', cuyo primer libro casi está ya listo».

Una vez más su apasionamiento, su invariable captación por el problema que se presenta en el momento, le juega la mala pasada de desviarle de su cometido. De todos modos, dada la repetición regular de este proceso, no puede excluirse la sospecha de que no se necesitaba mucha insistencia para ello. Kaftan manifiesta también esto mismo en sus recuerdos: reconociendo totalmente el intelecto privilegiado y el brillante estilismo de Nietzsche, le niega, sin embargo, rotundamente, la capacidad de construir, paso a paso, una obra sistemática.

Entretanto, el tiempo se había puesto desacostumbradamente malo. Nietzsche planeó su partida de Sils a Turín para el 16 de septiembre, pero sólo pudo irse el 20 de septiembre. En varias cartas habla de nieve y lluvia durante días, de precipitaciones que en el intervalo de cuatro días alcanzan tres veces la media mensual. Los lagos superaban las riberas, comarcas enteras se inundaron, de modo que él estaba retenido en su Sils, protegido por diques previsores. Y cuando el 20 de septiembre se hizo posible la huida del desolado valle alpino, encontró la misma situación en

la llanura de la Lombardía. Llegó «a medianoche a Milán. Lo peor fue una larga travesía en Como, por terrenos inundados, de noche, por un puentecito de madera muy estrecho —¡con iluminación de antorchas! ¡Lo más oportuno para mí, vaca ciega! —Llegué a Turín agotado por el aire blando y desagradable de la Lombardía: pero, ¡curiosamente!, como de golpe, todo se arregló. Claridad maravillosa, colores otoñales, un exquisito bienestar en todos los sentidos» (a Köselitz, el 27 de septiembre de 1888).

Los últimos meses en Turín

Con la llegada a Turín se realiza un cambio radical en el estado físico de Nietzsche: los terribles ataques de dolor de cabeza y de vómitos, el azote de los últimos quince años, que le sobrevenían la mayoría de las veces, al menos una vez semanalmente, desaparecieron por completo desde entonces. Nietzsche no se preguntó por los motivos de esa «mejoría» engañosa, gozó del sentimiento de bienestar y de alegría que le producía la liberación, dándole expresión exaltadamente. ¿Quién podría echárselo en cara? Por fin pudo, ahora, dedicar toda su potencia creadora a su trabajo; su doloroso padecimiento dejó de absorber gran parte de sus energías. Se dedicó con verdadera obsesión a su cometido, gozaba de los alrededores —agradables para él— en largos paseos diarios a lo largo del Po, vivía externamente tranquilo y retirado en su modesto alojamiento entre gente sencilla y de buena fe. *El* no se daba cuenta de las cortas, pero cada vez más seguidas, interrupciones, trastornos y distorsiones de su contacto con la realidad, no pudo reconocerlas, dado el tipo de estas perturbaciones. Pero eran la otra cara, el sustitutivo, de los ataques de jaqueca de los últimos años; la desaparición de los dolores era un vacío de sensibilidad, y señalaba una aniquilación de la capacidad de dolor, precursora del desenlace definitivo.

Desaparece también el cambio de estados eufóricos y depresivos, domina ininterrumpidamente un sentimiento de salud y de fuerza. Nietzsche vuelve inmediatamente a su buen sastre. Ya una semana después, el 28 de septiembre de 1888, informa a su madre: «No he perdido ni un solo día de trabajo y estoy incomparablemente mejor que en la Engadina. Turín es también el único lugar donde mi alimentación responde totalmente a mis necesidades personales... Me he hecho un elegante gabán de otoño.» Tras las decepciones meteorológicas del verano en la Engadina, aprecia ahora doblemente el otoño extraordinariamente hermoso de la Italia del norte. Así, el 17 de octubre lo alaba a su madre[124]: «Día tras día un tiempo de pureza y claridad completamente indescriptibles —en ninguna parte he visto todavía un otoño así—. De las maravillosas uvas y de otras frutas es mejor que no hable. La ciudad magnífica, pero tranquila, a

pesar de sus 300.000 habitantes.» También informa a la madre de un encargo previsor: «El fabricante de estufas de Dresden quiere enviarme la estufa a Turín por 24 marcos, libre de gastos de transporte y embalaje, así como el saco de 1.000 cilindros de material calefactor a 12 marcos, libre de gastos de porte y aduana.» También a Overbeck le manifiesta el 18 de octubre su satisfacción: «Soy ahora el hombre más agradecido del mundo —de sentimientos otoñales en todo buen sentido de la palabra: es mi gran tiempo de cosecha.» Y ahora madura la decisión de utilizar Turín no sólo como estación intermedia para la primavera y otoño, sino de permanecer allí también al menos durante el invierno. Lleno de alegría y de exaltación, escribe el 30 de octubre a Köselitz: «Me acabo de mirar al espejo —nunca he tenido esta apariencia—. Modélicamente, de buen humor, bien alimentado y diez años más joven de lo que debiera permitirse. Además de ello, desde que he elegido a Turín como patria, he cambiado mucho en los honores que me concedo a mí mismo —me precio, por ejemplo de un sastre extraordinario y pongo interés en que se me vea por todas partes como un extranjero distinguido. Lo que he conseguido admirablemente—. Hasta ahora no había sabido lo que era comer con apetito, ni tampoco lo que me resulta necesario para mantenerme con fuerzas. Mi crítica de Niza se ha vuelto muy acerba: dieta insuficiente y completamente malsana, especialmente para mí. Lo mismo... vale... de su Venecia. Con la mejor disposición de alma y de estómago, como aquí cuatro veces lo mismo que en el 'Panada'. También por lo demás Niza ha sido una gran insensatez. El paisaje de Turín me resulta hasta tal punto más simpático que el de ese trozo calcáreo, pobre de arbolado y estúpido de Riviera, que no puedo enfadarme lo suficiente por haber tardado tanto en marcharme de allí... Aquí los días aparecen, uno tras otro, con la misma irrefrenable perfección y esplendor solar: la magnífica arboleda en un amarillo ardiente, el cielo y el gran río en azul suave, el cielo de una pureza suprema —un Claude Lorrain como nunca soñé verlo. Frutas, uvas en el dulzor más amarronado—... Esto lo encuentro digno de vivirse en todos los sentidos.» Todavía el 13 de noviembre puede repetir a Overbeck: «El otoño... fue un auténtico milagro de belleza y esplendor solar —un Claude Lorrain permanente—. He aprendido cosas nuevas sobre el concepto entero de 'buen tiempo' y pienso con lástima en mi estúpida dependencia de Niza. Mis libros, que dejé allí, ya están camino de Turín.» También alaba a la madre, el 17 de noviembre*, las extraordinarias uvas y la exquisita cocina de Turín. Come con apetito y no ha «tenido nunca todavía un malestar de estómago». También recalca su nuevo sentimiento vital externo: «Tú misma te extrañarías de lo arrogante y erguido que tu vieja criatura se pasea por aquí. Todo se ha trastrocado respecto a Niza. Un paletó ligero, forrado de seda azul, es suficiente por ahora sobre mi traje de sociedad. Al

* Fechada falsamente con 3 de noviembre[7].

abrigo grueso de Hillebrand, todavía en muy buen estado, le haré los honores sólo este invierno. Dos pares de zapatos de cordones. Prodigiosos guantes de invierno ingleses. Gafas doradas (no por la calle). Ahora ya puedes imaginarte a tu vieja criatura.»

¡Y todo esto se mantiene ininterrumpidamente! El 11 de diciembre vuelve a informar a su madre[124]: «Ni un día malo hasta ahora. El tiempo continúa magnífico; algo fresco, pero no más de lo que estoy acostumbrado en la Engadina. La estufa todavía no ha llegado... He recibido de Niza las tres cajas de libros. —Aquí estoy bien instalado en todos los sentidos; extrema limpieza; alimentación excelente; una cama formidable, en lo que ponen su lujo los italianos; tampoco he dormido nunca tan bien», ¡y esto, evidentemente, *sin* somníferos! Finalmente el invierno llega también a Turín. Aunque en su última carta (del 21 de diciembre) a la madre puede escribir todavía: «Pero no de tal modo que haya tenido que encender la calefacción. Tras un par de días de niebla vuelven a dominar el sol y el cielo claro.» Parece, pues, que la estufa le ha llegado mientras tanto, aunque no la ha usado todavía.

Se derriban puentes

Algunas reacciones personales de Nietzsche se contraponen bruscamente a este estado de ánimo alegre y feliz.

En primer lugar, Hans von Bülow. Bülow vivía desde 1887 en Hamburgo, tras haberse hecho cargo ya en 1886 de los «conciertos de abono» de esa ciudad. Nietzsche creyó ahora que él podía, como jefe de ópera, dirigir «El león de Venecia», de Köselitz, en Hamburgo, y le escribió el 10 de agosto (todavía desde Sils, pues) una carta de recomendación[4]: «Vería con el mayor gusto a este león en la casa de fieras de Pollini [director artístico de la Ópera de Hamburgo]. Esta ópera es un ave de la especie más rara. Ahora ya no se hacen cosas así. Todas las características en primer plano, que hoy, escandalosa pero efectivamente, se pierden para la música. Belleza, sur, alegría, el buen humor, petulante incluso, de un gusto primerísimo —la capacidad de construir, de redondear desde el todo... El texto es simplemente el 'Matrimonio segreto', traducido por mi amigo... Mi amigo... según *mi* parecer al menos, ha encontrado para la música un encanto especial en los colores de la *morbidezza* de Venecia, además de muchas realidades reciamente estimulantes del lazzaronismo sureño. Cuarto acto efectista, con un coro de gondoleros al final, *couleur locale* de primer rango... La obertura se presentó por primera vez en Zürich... Nadie escribe ya una obertura así —toda en madera—. Ahora que Wagner domina el teatro desde San Petersburgo hasta Montevideo, es el momento oportuno para que el ánimo bülowiano se arriesgue con buena música.» Bülow, que dirigía también la Filarmónica de Berlín y

que, en consecuencia, viajaba mucho, no encontró tiempo tan rápidamente para preocuparse del asunto. Ello debía saberlo ya Nietzsche por una respuesta anterior (26 de octubre de 1887), que Bülow, por falta de tiempo, hizo que le escribiera su esposa. Pero Nietzsche no tuvo esta vez la paciencia de esperar una respuesta, y el 9 de octubre rompió bruscamente las relaciones, aun antes de que Bülow hubiera podido manifestarse al respecto[7]: «No ha respondido Usted a mi carta. Le prometo que de una vez por todas le dejaré tranquilo. Supongo que se dará Usted cuenta de que el primer espíritu de la época le había expresado un deseo.»

Al mismo tiempo Nietzsche provoca la discordia con la buena de Malwida von Meysenbug al enviarle «El caso Wagner». Revela la misma falta de reparos que, en su tiempo, en la ruptura con Rohde, al rogarle a ella que pida consejo a su hijo político, Gabriel Monod, sobre a quién debe confiar la traducción de ese escrito al francés, puesto que «este escrito contra Wagner habría que leerlo también en francés. Es incluso más fácil de traducir al francés que al alemán. Intima en muchos puntos con el gusto francés: la alabanza de Bizet del principio encontraría muchos ecos. —Claro está que se necesitaría un estilista fino, refinado incluso, para devolver el tono del escrito—: a fin de cuentas ahora soy yo el único estilista alemán refinado. ... Este verano hubiera tenido la ocasión de solicitar el consejo de otra persona, el del Sr. Paul Bourget, que vivía muy cerca de mí: pero él no entiende nada *in rebus musicis et musicantibus;* excluyendo *esto*, él sería el traductor que necesito.

»El escrito, bien traducido al francés, se leería en medio mundo: —en esa cuestión soy la única autoridad, y suficientemente psicólogo y músico a la vez, como para que nadie me enseñe nada tampoco en lo técnico». Pero Malwida reacciona ahora enérgicamente. Había sido tocada en lo que más respetaba. Nietzsche tenía que darse cuenta de que, en caso de elegir, se quedaría con Wagner y su grial, y le abandonaría a él.

Y él quería ahora aclararse, forzar esa decisión. Poco después, el 18 y el 20 de octubre, le escribe a ella[7, 124]: «Estas personas de ahora, con su lastimosa degeneración instintiva, habían de sentirse felices de tener a alguien que, en los casos oscuros, les sirva vino puro. Para que este bufón supiera granjearse la creencia... de ser la 'última expresión de la naturaleza creadora', su 'última palabra', por así decirlo, necesitó efectivamente de genio, pero de un genio del engaño — — — Yo mismo tengo el honor de ser lo contrario — un genio de la verdad — —», y: «perdone usted que tome otra vez la palabra. Pudiera ser la última vez. Poco a poco he ido rompiendo todas mis relaciones humanas por repugnancia a que se me tome por otra cosa de lo que soy. Ahora le toca a usted. Desde hace años le envío a usted mis escritos, para que al final me dijera, honrada e ingenuamente, 'rechazo cada una de las palabras'. Y tendría derecho a ello. Pues es una 'idealista' — y *yo* considero al idealismo como una hipocresía hecha instinto... Cada una de las frases de mis escritos contiene

un menosprecio del idealismo. Para la humanidad actual no existe fatalidad peor que esa suciedad intelectual; se ha rebajado el valor de todas las realidades al inventarse un 'mundo ideal'... De mi concepto 'superhombre'... ha vuelto a hacer usted una 'gran impostura'... Y si usted siquiera... pone en su boca el digno nombre de Michel Angelo en *un mismo* aliento junto con el de una criatura enteramente sucia y falsa como Wagner, entonces le ahorro a usted y a mí las palabras para mi sentimiento al respecto. — Durante toda su vida se ha equivocado en lo referente a casi todas las personas: no pocas desventuras, también de mi vida, se deben a ello... ¡Aclárese, por fin, entre Wagner y Nietzsche! — Ahora que he escrito esto, me avergüenzo de haber puesto mi nombre en semejante vecindad. — Así pues, usted no ha comprendido nada de la repugnancia con la que... hace diez años volví las espaldas a Wagner... ¿No se ha dado cuenta de que desde hace diez años soy una especie de director espiritual de los músicos alemanes, de que en todos los lugares posibles he vuelto a plantar la simiente de la honradez artística, del gusto distinguido, de la aversión más profunda por la repugnante sexualidad de la música wagneriana?... Jamás ha comprendido usted una palabra mía: eso no es ninguna disculpa, hemos de aclararnos al respecto — también en este sentido el 'Caso Wagner' es para mí un caso *de suerte* — —».

La infinita bondad de Malwida soportó también este ataque. No sólo lamentó la desgracia de Nietzsche, que tuvo lugar poco después, sino que se sintió conmovida y participó en ella con auténtico sentimiento de amistad —hasta más allá de la muerte física de Nietzsche.

En ambos casos se trató de una ruptura con la generación más vieja *y* con el círculo wagneriano de los años setenta. ¡Nietzsche había conocido a Malwida von Meysenbug con ocasión de la representación de «Tristán», dirigida en Munich en junio de 1872 por von Bülow!

Tanto más, por el contrario, cultivaba sus relaciones con los contemporáneos. Así, por ejemplo, con J. Widmann, a quien prudentemente dejó al margen en el «Caso Wagner», y con Carl Spitteler, a quien el 7 de noviembre da las gracias[121] por la favorable recensión anunciada[6], y que aparecería en el «Bund» de Berna del 8 de noviembre de 1888: «Muy reconfortado por contar en este 'caso' con su adhesión, pues esta vez sobran motivos no para contar los votos, sino para sopesarlos... El que no haya enviado el escrito al señor Widmann es debido a mi temor de que pudiera haberle herido, dadas sus simpatías por J. Brahms. Pero puesto que de sus palabras me parece poder deducir que él lo esperaba, tendré el gusto de hacerlo llegar inmediatamente a sus manos.» Así, Nietzsche, el 7 de noviembre, encarga a Naumann enviar a Widmann un ejemplar del «Caso Wagner»[6]. Pero aquí se produce una reacción inesperada. Fastidiado por las invectivas realmente tontas y faltas de tacto contra su amigo Brahms, Widmann contraataca, en un artículo del folletín del «Bund» de 20-21 de noviembre de 1888, de tal modo que no hubiera podido resultar

más demoledor para Nietzsche como pensador *y* como persona*. Widmann exagera tanto en él, al menos, como lo que critica en el propio Nietzsche. También se equivoca, del mismo modo que lo había hecho ya Richard Pohl (cfr. *infra*, pág. 510), sobre esta indicación de Nietzsche («Caso Wagner», segunda postdata): «Sólo conozco *un* músico que sea hoy capaz de cincelar una obertura *toda en madera*», refiriéndola al propio Nietzsche como compositor. ¡Así de completamente desconocido era entonces «Peter Gast» y su amistad con Nietzsche! Widmann se equivoca totalmente al final, cuando cita precisamente a Helene Druscowitz, quien achaca a Nietzsche «megalomanía y presunción» —¡ella, que se llamaba a sí misma «doctora de la sabiduría del mundo!» (cfr. *supra*, p. 278). Nietzsche parece quedarse tan perplejo que no consigue reaccionar en absoluto. También Köselitz calla. Sólo después del desmoronamiento de enero de 1889 Naumann se refiere a ello en la correspondencia con Overbeck.

Hippolyte Taine recibe a finales de noviembre el «Crepúsculo de los ídolos» con una carta adjunta en la que Nietzsche anima a una traducción francesa también para ese libro, aunque aquí previene al mismo tiempo ante las dificultades de encontrar un modo de expresión adecuado. En respuesta, el 14 de diciembre, Taine le aconseja como traductor al redactor del «Journal des Débats» (¡publicación de cabecera de Nietzsche!) y de la «Révue des deux mondes», Jean Bourdeau. Pero para eso ya era demasiado tarde. También demasiado tarde, Nietzsche comenzó una correspondencia con August Strindberg (1849-1912), con Brandes de intermediario. A pesar de que Strindberg leyó con entusiasmo el «Caso Wagner» y concluyó —evidentemente por otras lecturas también— que tenían ideas parecidas respecto a la mujer, y a pesar también de que Nietzsche, igualmente, tomó contacto con beneplácito con las obras de Strindberg en versión francesa (así el 18 de noviembre «Les mariés» [original «Giftas»], después de lo cual, a finales de noviembre, Strindberg le envía su drama «Fadren», en francés «Père»), sin embargo tal roce, al menos en el caso de Nietzsche, no fructificó, a pesar de lo vivaz que se volvió la correspondencia en estas pocas semanas[240].

De sus «viejas» relaciones siguieron intocadas la amistad con Overbeck (que había de empañarse, no obstante, en los últimos días) y el respeto por Jacob Burckhardt, a quien Nietzsche, consecuentemente y en primeros ejemplares, le envía sus últimas publiaciones, a pesar de que Burckhardt desde hace bastante tiempo prescinde del asunto con su silencio.

Hubo de resultar dolorosa para Nietzsche una ruptura que no provocó *él*, sino su hermana. Se trata nuevamente de una de aquellas experiencias en las que necesita semanas y meses hasta asimilarlas interiormente para poder hablar luego de ellas. Sólo en una carta para Navidad y sólo al fiel

---

* El artículo de Widmann completo en volumen IV, documentos, núm. 9.

Overbeck, ya introducido en tales intimidades, le permite una mirada a la amarga decepción e inquietud que su hermana le había deparado para su cumpleaños el 15 de octubre[4]: «Me atrevo todavía a narrar cómo en Paraguay las cosas van todo lo mal posible. Los alemanes, atraídos hacia allá, estan enfadados y exigen que se les devuelva su dinero — dinero que no hay. Ya se han producido brutalidades; me temo lo peor—. Esto no le impide a mi hermana escribirme para el 15 de octubre, con el mayor sarcasmo, que ¡vaya asunto ése de que quiera comenzar a hacerme 'famoso'! Que vaya chusma que he escogido, judíos que han lamido todos los pucheros, como Georg Brandes — — y a la vez me llama 'Fritz del alma' — ¡Esto dura ya siete años! Hasta ahora mi madre no sabe nada de ello — es *mi* obra maestra. Me envió un juego para Navidades: Fritz y Lieschen — —.» También la relación de Nietzsche con la música vuelve a sufrir una nueva ruptura parcial. La presión tremenda producida por el intenso trabajo, así como la temática de ese trabajo también, y la conciencia (producida y también exagerada por él mismo) de responsabilidad por un hecho histórico-cultural de significación para la historia universal, a saber, la transvaloración de los valores vigentes desde hace dos mil años (desde Platón), exigían una compensación, una distensión. «El caso Wagner» y «El crepúsculos de los ídolos», naturalmente, no le proporcionaron el «deshahogo» necesario. Nietzsche lo encuentra ahora momentáneamente en la opereta francesa y, sobre todo, española. Escuchó en noviembre «Mascotte» (compuesta en 1880) del francés Edmond Audran (1842-1901) y en diciembre dos veces «La Gran Vía», del español Federico Chueca (1848-1908), quien sólo sabía escribir las melodías y tuvo que encargar el resto de la composición (armonización, fraseado, instrumentación) a J. Valverde. No se trataba, por tanto, necesariamente, de un producto de primer rango. A Nietzsche, sin embargo, le entusiasmó hasta tal punto que llegó a resultarle aburrido incluso su «San Offenbach» y hasta se apartó de «La bella Elena», de la que, todavía para el «Caso Wagner», había adaptado el estribillo «Rumbo a Creta». El hecho de que rechace también a Johan Strauss se debe a su postura contraria a Wagner, puesto que Wagner se había manifestado elogiosamente sobre él. En este rechazo Nietzsche lleva al extremo la dureza de su expresión. El 18 de noviembre maldice en carta a Köselitz: «Como Monsieur Audran define la ópera: 'el paraíso de todo lo delicado y refinado, incluidas las dulzuras sublimes'. Escuché últimamente 'Mascotte' — tres horas y ni siquiera *un* compás de vienismo (=porquería). Lea cualquier folletín sobre la nueva opereta parisina: hay ahora en Francia auténticos genios en esto... Le juro que Viena es una pocilga.»

En estos días pierde incluso a su muy alabado Bizet. Una corta observación del 19 de noviembre a Carl Spitteler[121] contiene el primer indicio de ello: «El hecho de que refiera mi 'conversión' a 'Carmen' es naturalmente... otra maldad *más* por mi parte. Conozco la envidia, los

accesos de ira de Wagner por el éxito de 'Carmen'.» El 27 de diciembre se expresa más claramente a Carl Fuchs: «Lo que digo sobre Bizet no ha de tomarlo usted en serio; tal como yo soy, Bizet no merece mi atención ni una entre mil veces. Pero, como antítesis irónica contra Wagner, funciona extraordinariamente; hubiera sido una falta de gusto sin precedentes si hubiera partido de una alabanza de Beethoven.» No hay que sobrevalorar, ciertamente, este capricho pasajero, deduciendo de ahí la cuestión de si el entusiasmo de Nietzsche por «Carmen» fue, alguna vez siquiera, serio. La respuesta a ello la dio terminantemente Resa von Schirnhofer: ella fue testigo de una auténtica fascinación. Dada la idiosincrasia impulsiva de Nietzsche y sus repentinos arranques sentimentales, no hay que atribuir mayor importancia a tales peripecias. Al lado había, sin embargo, «constantes»: el poeta y pensador Goethe, el músico Beethoven y el historiador Burckhardt, estos fueron los espíritus ante los que Nietzsche, incluso en situación extrema, permaneció callado, lleno de respetuoso recato.

Nietzsche intenta provocar todavía una nueva y total ruptura con el editor de sus primeros escritos hasta «Zaratustra III», E. W. Fritzsch (que había comprado los derechos editoriales a Schmeitzner). Ocasión para ello la deparó un artículo del biógrafo de Wagner, Richard Pohl, que éste publicó, como contraataque por el «caso Wagner», el 25 de octubre de 1888 en el «Musikalisches Wochenblatt» de Fritzsch, bajo el título de «El caso Nietzsche». Como subtítulo Pohl elige una paráfrasis de Nietzsche: «Un problema psicológico», con lo que ya se adivina la dirección del ataque*. Pohl toma a Nietzsche la palabra: «Sepulto mis oídos bajo la música, oigo su causa, me parece que vivo su génesis. ¡Y extrañamente! En el fondo no pienso en ello ni lo sé,... Pues mientras tanto me rondan por la cabeza ideas completamente diferentes.» Pohl concluye de ahí su veredicto: «Ahí tenemos el tipo de una persona no musical. Pues a una musical le resulta francamente imposible pensar, durante la música en algo diferente a ella... Con ello habríamos terminado ya en lo que se refiere a Nietzsche... Pero ahora viene aún lo más sorprendente: el Sr. Nietzsche compone. ¡Ha compuesto un 'Himno a la vida',... también una ópera! Esta ha permanecido verdaderamente muy esotérica; el compositor se avergonzó tanto como para no hablar nunca de ella. Pero yo lo sé por Richard Wagner mismo, a quien Nietzsche mostró la ópera —naturalmente un drama musical compuesto por él mismo. —Yo pregunté tímidamente a Wagner: '¿Y dice usted al respecto?' —'¡Un disparate!' replicó él... Anteriormente me di cuenta de que me faltaba el nexo causal para la apostasía de Nietzsche. —¿Quizá haya que buscarlo aquí?... Nietzsche dice más adelante: 'Sólo conozco *un* músico hoy que sea capaz todavía de cincelar una obertura toda ella de madera: y nadie lo conoce.'. ¡Supongo

* Texto completo en el tomo IV, «Documentos» núm. 7.

que Nietzsche se refiere aquí a sí mismo!» Cfr. *supra*, pág. 508, J. V. Widmann.)

Pueden citarse al respecto, acertadamente, las palabras de Hans Sachs de «Los maestros cantores», de Wagner, III acto: «El Sr. Beckmeister se confunde, tanto allí como aquí.» No se precisan más justificantes de que Nietzsche se refería a su Heinrich Köselitz (Peter Gast) con el desconocido compositor de oberturas. También puede afirmarse con certeza que Nietzsche jamás compuso ni la letra ni la música de una ópera. Tal trabajo de gigante habría dejado algún tipo de huellas: pero no se encuentra ni el menor indicio de ello. En la historia de su obra habría de localizarse algún vacío en algún lugar, que pudiera servir de posible explicación del esfuminado trabajo en una ópera. Ahora bien, tenemos ante nosotros la creación de Nietzsche ininterrumpidamente, y vemos que, en esa actividad, en ninguna parte pudieron ahorrarse ni siquiera días aislados para la composición de una ópera. ¿Cómo pudo Pohl afirmar tal cosa? Si la citada conversación tuvo lugar alguna vez —de lo que se puede dudar seriamente—, sólo puede tratarse de una observación de Wagner sobre el «Eco de una noche de San Silvestre» o sobre el «Himno a la amistad», o se trata sólo de un malentendido extremamente necio de Pohl interpretando equivocadamente la respuesta de Wagner. Este pudo rechazar perfectamente como «disparate» la *afirmación* implícita en la pregunta de Pohl, de que Nietzsche le hubiera presentado una ópera compuesta por él mismo. Lo grave es que la inconsistente exposición de Pohl dio origen a una leyenda, que todavía hoy se mantiene en los círculos wagnerianos y que reduce a la «psicología» de Pohl el apartamiento de Nietzsche de Wagner, del idealismo y del romanticismo alemán. Pohl se equivoca, histórico-musicalmente, en otro punto todavía: «Pero él (Nietzsche) tiene momentos de claridad. Que aparecen al final del panfleto... También los admiradores de Brahms han de escuchar lo suyo, pero no loa alguna. Aunque con Brahms se despacha con mayor brevedad que con Wagner, en tanto en cuanto aquél es también menos significativo que éste.» Después de la cita de Tertuliano en la «Genealogía» dice Nietzsche: ¡Per fidem, así está escrito!

El reproche de Pohl de que él representaba «el tipo de persona no musical» afectó a Nietzsche, que se sintió cuestionado en una base existencial; él, que decía de sí mismo que «no ha habido jamás un filósofo que fuera en tal grado tan profundamente músico» (a H. Levi, octubre de 1887)[121]. También en este caso pasaron dos meses hasta que pudiera hablar de ello: el 27 de diciembre de 1887 exhorta a Köselitz: «tampoco estaría mal que *usted* me tratara un poco como músico, —a los estúpidos alemanes no se les ocurría nunca tal cosa.»

Su indignación le arrastró ahora decididamente contra su editor Fritzsch por haber permitido que se publicara en su revista un artículo como el de Pohl. Nietzsche olvidó, o pasó por alto totalmente, que Fritzsch era también y ante todo el editor de Wagner, y que él

—Nietzsche— había llegado a esa editorial en otro tiempo como protegido de Wagner y por su recomendación. La «apostasía», sorprendente para muchos, había de ser divulgada ante esos lectores precisamente desde ese lugar. Nietzsche escribió a vuelta de correo (cosa que transmitió como cita a las direcciones más varias, aproximadamente al mismo tiempo y lleno de orgullo por su decisión declarada): «¿Cuánto quiere usted por todos mis escritos? Con sincero menosprecio, Nietzsche.» Fritzsch contestó rápida e igual de secamente pidiendo alrededor de 11.000 marcos (ó 14.000 francos). En principio Nietzsche reacciona a ello más bien cabizbajo, el 30 de noviembre responde a Fritzsch (colección Rosenthal): «Una vez bien sopesado todo, no puedo llegar a ese precio. Entretanto he intentado interesar al Sr. C. G. Naumann en la compra de la edición. Pero no quieren saber nada de ello las empresas. En realidad yo preferiría que toda literatura estuviera en unas solas manos: se entiende, naturalmente, que estaría dispuesto a hacer un sacrificio (mis libros han sido para mí hasta ahora un lujo singular y costoso): pero me resulta imposible aceptar lo que usted pide. Atentamente Dr. Nietzsche.»

Naumann, por tanto, no se encontraba por el momento en la situación de llegar a ese precio, pero consideró la oferta como discutible. En ello funda ahora Nietzsche su decisión.

Ya una vez, en una discusión con Schmeitzner, había tenido la intención de recuperar para sí los derechos de edición. Lo que antes parecía una empresa aventurada e irresponsable se asentaba ahora sobre suelo firme. Nietzsche podía comprobar con satisfacción el interés internacional creciente por sus escritos, sobre todo después de los cursos de Brandes, incluso en Rusia, ¡a pesar de que allí la censura ya los había prohibido! «El caso Wagner» causó impacto sobre todo en Francia; del círculo de Viena, Nietzsche ya tenía noticias hacía tiempo; la opinión pública suiza se ocupaba de él tras los artículos de Widmann y Spitteler; e incluso de América llegaban signos alentadores.

El oculto papel de C. G. Naumann.

Franz Overbeck no podía por menos de sentirse no poco sorprendido cuando, más tarde, le resultó evidente, por la correspondencia con Naumann, el significativo papel que el editor había jugado en las decisiones de los últimos meses de su amigo, que para él habían resultado a menudo difícilmente comprensibles.

Nietzsche había puesto en este hombre una confianza ilimitada y merecida, como por suerte había de mostrarse más tarde; sin embargo la intensidad y la repersución de este influjo extraño resultan dudosos. Naumann no sólo mantenía ahora tratos con Fritzsch por el traspaso de la

edición, sino que ya hacía tiempo que venía ejerciendo gran influjo, incluso determinando en parte la secuencia y las decisiones sobre la obra. Así puede manifestar posteriormente a Overbeck (21 de febrero de 1889)[187]: «Cuando el Prof. Nietzsche me visitó la última vez [mayo de 1886], le invité a escribir, antes de la publicación de su 'Transvaloración', algunos pequeños opúsculos, baratos de lanzar, en los que se refiere repetidamente a su obra capital; él aceptó la idea de inmediato y me aseguró que la llevaría a cabo. No creo que sea apenas necesario justificar ahora que con ello pensé en el 'Caso Wagner', aunque más bien eran opúsculos del tipo del 'Crepúsculo de los ídolos' los que tenía en mientes. Es un hecho en contra que el 'Caso Wagner' ha revitalizado extraordinariamente el interés por el profesor Nietzsche en amplios círculos, así como el 'Crepúsculo de los ídolos' no hará menos en otras esferas. Donde mejor se manifiesta el éxito es en la buena situación económica de la editorial.»

(8 de febrero de 1889): «... porque el 'Crepúsculo de los ídolos' fue expedido sólo en enero de 1889. El libro, de todos modos, estaba ya totalmente acabado, impreso y encuadernado, a comienzos de diciembre de 1888; entretanto yo tenía mis buenas razones para no salir en Navidades con un libro *así*, puesto que los surtidores no le prestarían la suficiente atención.»

(8 de febrero de 1889): «Que yo... mantuve una correspondencia con el Sr. E. W. Fritzsch, en la que le interpelaba, por encargo del señor Profesor, respecto al motivo por el que había impuesto a éste unas exigencias tan desorbitadas. Fritzsch me manifestó que había sido profundamente ofendido por el profesor Nietzsche y que era esto precisamente lo que había querido expresar con su exigencia. Tras un detenido cambio de impresiones acordamos que el profesor Nietzsche le ofreciera una suma por la edición y que luego lo seguiría tratando conmigo. Por supuesto que los acontecimientos se han precipitado; Fritzsch es quien más ha perdido con la enfermedad del Sr. Profesor.

»Le comunico esto sólo porque en la correspondencia del Sr. Profesor encontrará un escrito mío (recibido) de noviembre, en el que le aconsejo que no se precipite con la compra. Yo estaba ya autorizado para ofrecer 13.000 marcos y sólo unos pocos días de plazo; pero esta suma me parecía tan tremenda que, en conciencia, no podía negociarla, y preferí hacer primero las necesarias consideraciones en contra al Prof. Nietzsche. ¡Estuvo tan bien!»

¿Cómo pensaba Nietzsche conseguir los medios para materializar su oferta a Fritzsch? El 26 de noviembre se dirige a Paul Deuseen solicitándole un préstamo[6]: «Querido amigo, tengo necesidad de hablar contigo respecto a un asunto de primera importancia. Mi vida llega ahora a su cima: unos cuantos años todavía y la tierra temblará bajo un tremendo relámpago. —Te juro que tengo la fuerza suficiente como para cambiar la *cuenta del tiempo.*— No hay nada, que esté ahora en pie, que no caiga, yo

soy dinamita más bien que persona...y aquí viene mi ruego, por el que te escribo.

»Quiero *recuperar* mi Zaratustra de manos de E. W. Fritzsch, quiero tener toda mi literatura en mis manos... No se trata sólo de un capital enorme, dado que mi Zaratustra se leerá tanto como la Biblia —es que, simplemente, ya resulta imposible en las manos de E. W. Fritzsch. Esta absurda persona acaba de ofender mi *honor:* no puedo hacer otra cosa, *tengo* que quitarle los libros. Ya he tratado con él: quiere 10.000 táleros aproximadamente por toda mi literatura. Por suerte no tiene ni idea de *lo* que posee—. In summa: necesito 10.000 táleros. ¡Piénsalo, viejo amigo! No quiero ningún regalo, se trata de un préstamo al interés que sea.»

Seguramente, la conciencia ya está trastornada ahora por la fuerte excitación (en años anteriores hubiera ésta acarreado un «ataque»), lo cual se manifiesta en el tono exaltado y en un cálculo equivocado. En primer lugar, Nietzsche debía saber que Deussen nunca podría proporcionarle esa suma. Deussen no tenía dinero (como, por ejemplo, Carl von Gersdorff), y su sueldo de catedrático tampoco le permitía tales cosas. Además no se trataba de 10.000 táleros, sino de 10.000 marcos, una gran diferencia (aproximadamente de 1:3).

Cambiar la medida del tiempo, es decir, comenzar a contar, no ya desde el nacimiento de Cristo, sino a partir de un corte en la historia moderna, es el sueño de todos los «revolucionarios» desde la Revolución Francesa (incluso en la forma moderna más modesta de cambiar la fórmula «anno Domini» por la de «de nuestra Era»), y al autor del «Anticristo», más que a nadie le obligaba realmente tal postulado; y respecto a que su «Zaratustra» se leería como la Biblia, la historia desde entonces ha ofrecido ejemplos para esta profecía de Köselitz; y que de sus libros podía construirse un gran capital, su hermana lo demostraría con su Archivo-Nietzsche.

Menos hipotético, clara e inteligentemente sopesado, contrasta con lo anterior su recurso a otra persona: el historiador del Derecho y especialista en Derecho germánico, el basileo

Profesor Andreas Heusler-Sarasin.

Andreas Heusler «II» (30 de septiembre de 1834, 2 de noviembre de 1921) se dedicó, como su padre, a la Jurisprudencia, pero, al contrario que él, que había puesto su interés fundamental en el Derecho Romano, se especializó en Derecho Germánico, poniéndose además, en general, más bien del lado alemán en los aspectos supranacionales; también en 1870-71, cuando en Basilea ello no era algo normal: esto hubo de arraigar en Nietzsche los fundamentos de un buen recuerdo del colega. Tras un

brillante examen de doctorado, el 12 de junio de 1856 (sin haber cumplido todavía los veintidós años) en Berlín, fue vuelto a llamar sin demora a su ciudad natal, a la que sirvió fiel y sacrificado durante toda su vida, incluso en los más altos cargos y honores. Su popularidad era comparable a la de Jacob Burckhardt. Generalmente se le conocía en la ciudad como «Andreas», al igual que a aquél como «Kebi»[111] (de: Jacob —Jacöbli— Köbi, aclarándose la ö en una e típica del alemán de Basilea).

Heusler fue un autor extraordinariamente fecundo en obras históricas (entre otras una historia de la ciudad de Basilea) y de Jurisprudencia. Su obra capital «Las instituciones del Derecho privado alemán» (2 tomos, 1885 y 1886), mereció incluso el reconocimiento de Bismarck. Políticamente Heusler era un típico conservador basileo; pertenecía, por tanto, al círculo del que una y otra vez Nietzsche recibió muestras de simpatía y en el que se sentía de algún modo protegido. Además Heusler era una persona altamente musical, cosa que suponía mucho para Nietzsche: casi una *conditio sine qua non* para entregar su confianza. Aunque Heusler era diez años mayor, habían sido, sin embargo, colegas profesorales y Nietzsche había frecuentado la casa de Heusler.

Por desgracia, precisamente Overbeck, en su carta del 15 de enero de 1889[50] a Köselitz, introdujo alguna confusión en el asunto al dar su versión de la correspondencia de finales de diciembre de 1888 entre Nietzsche y Heusler. Así, no es exacta la afirmación de Overbeck de que la carta del 30 de diciembre de Nietzsche llegara a manos de Heusler «sorprendiéndole sumamente, como primera noticia de Nietzsche que le llegaba desde la lejanía». El hijo de Heusler —Andreas Heusler III— publicó en 1922 la primera[108]. Por las referencias textuales puede fecharse el 22 de diciembre de 1888: «Ya no se da la causalidad en mi vida. Esta noche me acordé de un basileo especialmente respetado por mí— me guardo de decir su nombre: y ahora acaba de llegar una carta de Overbeck...» Tan intensamente «vivía» Nietzsche en el círculo de Basilea, tan fuerte era el regreso anímico y a aquel tiempo, que así llegaba a acordarse de su bien conocido y colega no-amigo. Resulta también interesante que Nietzsche escribiera este saludo en una tarjeta de visita de su tiempo de Basilea («Prof. Dr. Nietzsche»). Heusler hubo de contestar muy amistosamente, y sólo *después* (y no como «primera noticia»), el 30 de diciembre, manifestó Nietzsche su ruego. Describe primero los sucesos habidos con el artículo de Pohl, su reacción y la propuesta de Fritzsch, y continúa: «C. G. Naumann, uno de los hombres de negocios más respetables de Leipzig y dueño de una gran imprenta, me aconseja encarecidamente que considere como un golpe de suerte la inaudita falta de tacto de Fritzsch, puesto que así puede volver a mis manos toda mi literatura, precisamente en el momento en que me voy a hacer 'famoso internacionalmente'.» Después de haber hecho fiable, de esta manera, la solidez del asunto en cuanto negocio, Nietzsche evoca su propia integridad: «soy lo

opuesto a un hombre rico, pero, por suerte, muy económico. Por ejemplo, por mi habitación pago aquí 25 francos al mes, con servicio incluido, y no quisiera en absoluto cambiarlo.» A continuación llega a la «moral del asunto: necesito 14.000 francos aproximadamente. Considerando que mis próximas obras se vendan no por miles, sino por decenas de miles, y, además, en francés, inglés y alemán a la vez, puedo ahora permitirme sin reparos tomar un préstamo por tal cantidad. Nunca en mi vida he debido tadavía ni un céntimo.» Nietzsche hace referencia aún a sus buenas relaciones con Taine y Bourdeau y al creciente prestigio de que goza en París, y acaba: «¡Querido Heusler! El resto es silencio. ¡Todo entre nosotros!» En una postdata Nietzsche se refiere todavía al reciente artículo que sobre él acababa de publicar Peter Gast en «Kunstwart», artículo que evidentemente parece que adjunta y cuya devolución ruega. También esto como prueba de su creciente prestigio.

El editor de esta carta* hace la siguiente consideración al respecto[108]: «La lógica de la carta no está distorsionada. Sus datos efectivos son correctos... La esperanza en las ediciones en lengua extranjera tenía motivos, aunque no se llevaran a cabo, y la confianza en que, por fin, sonara la hora de la fama y de las ventas masivas se vio cumplida ya al año siguiente, aunque, por desgracia, demasiado tarde para el propio autor. Así pues, la carta queda todavía a este lado del umbral donde comenzaron las 'notas de locura' en la 'escritura de locura': también sus trazos son claros, uniformes y de formato usual. En todo caso, el 'ataque destructor' le sobrevino después de esta carta. El 30 de diciembre de 1888 Nietzsche poseía todavía la medida de salud mental que le fue concedida aún para la creación de sus últimas obras, desde septiembre a noviembre de aquél año —«es mi gran época de cosecha.»

El dirigirse a su «querido Heusler» fue una decisión inteligente. No sólo era Heusler uno de los mejores conocedores del derecho privado (y con ello también del editorial) alemán, sino también uno de los mejores representantes de aquella sociedad basilea a cuya benevolente munificencia debía Nietzsche su pensión. Justamente a ello se debían los reparos de Overbeck y el que se sintiera impelido a «manifestarme urgentemente de modo disuasorio», como explica a Köselitz posteriormente (el 15 de enero de 1889)[50]. Como fiel administrador financiero de Nietzsche, Overbeck sabía perfectamente que las pensiones no se concedían para toda la vida, sino para un determinado número de años, que ya se había cumplido. Con la solicitud de este crédito Nietzsche podía hacer caer en ello a los cajeros de las tres instituciones, de modo que las subvenciones desaparecieran en cualquier momento. Es verdad que Nietzsche disponía entonces de 3.000 francos enviados por Deussen y Meta von Salis, además de algunos ahorros suyos. Pero, a pesar de ello, debía correr con un riesgo de 9.000

* El texto completo en el tomo IV, «Documentos» núm. 10.

francos aproximadamente, lo que suponía la cantidad de tres años de todas sus pensiones. En esto surgió por primera vez una seria diferencia de opinión entre Nietzsche y Overbeck; resulta interesante la indicación de Richard Blunck al suponer que esto se manifiesta como trasfondo real de la «nota de locura» a Overbeck, apenas comprensible por lo demás: «Aunque hasta ahora habéis demostrado poca fe en mi capacidad de pago, espero demostrar todavía que soy una persona que paga sus deudas —por ejemplo a vosotros—» (la segunda parte del párrafo: «Hago que ahora mismo fusilen a todos los antisemitas» surge de otro marco de referencia real.)

Overbeck se confundió todavía respecto a otra manifestación de Nietzsche. El mismo día que Heusler, recibió él también una carta de Nietzsche en la que se decía: «Dejar que corra el asunto con Fritzsch, es, en todo caso, la razón misma.» Esto lo interpreta Overbeck como un «dejarlo que pase» (abandonarlo). En carta a Köselitz lo expone así: «El mismo 31 de diciembre recibí una respuesta que me llevó a dar por terminado aquel plan con Fritzsch.» Si se considera en su totalidad el texto de la carta, el fallo interpretativo de Overbeck resulta incomprensible. Nietzsche le informa entusiasmado de los contactos para la traducción con J. Bordeau, Karl Hillebrand, con el historiador y filólogo romano Ruggero Bonghi, con Miss Helen Zimmern, y añade: «... no minusvalores el hecho de que yo considere un *golpe de suerte* el caso Fritzsch.» Nietzsche no duda, no se aparta de su clara decisión, no demuestra huella ninguna de inseguridad, no se deja irritar, tampoco por Overbeck: ¡Naumann había tomado el asunto entre manos, y Nietzsche estaba decidido a dejar que las cosas fueran en esa dirección!

Nietzsche ya no pudo tener en sus manos los derechos editoriales de sus obras, pero la definitiva ruptura con Fritzsch, que él inició, permitió que las obras editadas por aquél pasaran en febrero de 1892 a C. G. Naumann, con lo que se cumplió un presupuesto importante para la primera edición completa. En ese otoño tardío de 1888 Nietzsche comenzó a edificarse su futuro claramente y con objetivos definidos. A ello pertenece también que comience ahora a pedir que le devuelvan los pocos ejemplares de la edición privada de «Zaratustra IV», que había regalado a los amigos.

Los últimos escritos

Por una parte, Nietzsche sentía que estaba cerca la hora de su prestigio, de su repercusión; por otra, la veía en peligro por experiencias y recelos. En primer lugar, en el círculo más íntimo chocó con la incomprensión y la falta de fe; a la adhesión permanente de Köselitz ya estaba acostumbrado, y no podía significar demasiado para él. Pero los incidentes

con Bülow, Malwida von Meysenbug, con la hermana, Fritzsch, e incluso con Overbeck, hubieron de darle que pensar. Las reacciones al «Caso Wagner» se revelaron también decepcionantes y clarificantes a la vez: hubo demasiados sorprendidos. Como última palabra de Nietzsche en el asunto Wagner continuaba sonándoles «Richard Wagner en Bayreuth», de 1876. Su camino de alejamiento de Wagner no había sido seguido, y menos todavía que su camino en la filosofía debía alejarlo, consecuentemente, de Wagner. Además, había otra consideración que le daba que pensar: el 15 de junio había muerto el emperador Federico III, en cuyo talante liberal Nietzsche había cifrado grandes esperanzas para la difusión de sus obras también en Alemania. No confiaba en su sucesor, Guillermo II; le creía del todo dependiente de Bismarck y de la beatería de Stoecker. El que se equivocara en esta valoración de la situación política de Berlín no impide en absoluto que sufriera bajo tales recelos y que se precaviera frente a ellos. La consecuencia de esta postura hubo de pagarla una vez más la obra: abandonó, esta vez para siempre, el trabajo en la «obra capital»; incluso «El anticristo», al que provisionalmente designó como «Libro I de la Transvaloración de todos los valores», lo dejó en una especie de «estado bruto», interrumpió el trabajo en él poco antes de acabar la redacción final para la imprenta, e hizo que no se publicara. Fue publicado por primera vez en 1895, dentro de una primera «edición completa», y en una redacción en la que los editores habían «puesto la mano», con lo que lo biográfico entra ya en la historia de la edición y debe allí solucionarse (cfr. Podach[5]).

Parece que Nietzsche consideró acabado por primera vez el

«Anticristo»

el 30 de septiembre; así al menos lo testifica Köselitz, y así pueden interpretarse algunas manifestaciones de Nietzsche. Faltan testimonios epistolares en los que notifique alegremente, como con ocasión de los escritos anteriores, el haber acabado. Hubo de ultimar detalles todavía en el manuscrito, y, sobre todo, buscar un nuevo final. Así quedan algunas irregularidades en este texto, que, por lo demás, puede considerarse como uno de los más claros y «científicos» (desde el estilo). La lógica es aguda y las formulaciones no poseen adornos retóricos. Nietzsche casi se las arregla sin metáforas. La formulación más insegura es la del título: «El anticristo». No le corresponde el contenido. Resulta discutible si hay que mantener el subtítulo provisional de «1.ª parte de la Transvaloración de todos los valores». Una vez que Nietzsche abandonó el proyecto total en cuatro partes, tampoco puede ya haber una «1.ª parte». «El anticristo» queda como un escrito independiente por sí mismo, como una «Consideración intempestiva». Lo que más se acerca al contenido intelectual son los

dos subtítulos «Ensayo de una crítica al cristianismo» y «Maldición contra el cristianismo», aunque tampoco ellos designan adecuadamente ni el contenido ni la finalidad del libro. Se trata de una crítica de aquellos que, por convención ó comodidad, se dicen «cristianos» sin serlo, y se trata, por otra parte, de una crítica de las *iglesias* cristianas.

El filólogo Nietzsche lee la tradición crítico-textualmente, no como «Revelación» o «palabra de Dios», sino como relato histórico, con lo que efectúa la separación de los tres evangelios sinópticos y el de San Juan. Les reprocha el haber llevado a cabo ya el primer distanciamiento, la primera dogmatización en el sentido de una consideración negativa del mundo, resaltando, por el contrario, la vida de Jesús, que no fue doctrina, sino praxis.

Según él, Jesús no habría negado «el mundo», ni lo habría minusvalorado como tránsito a un mundo «mejor» del más allá: simplemente no lo tomó en cuenta, ni lo afirma ni lo niega, fue un «idiota» —en el sentido griego de la palabra—. Con esta palabra se hace perceptible el influjo de las lecturas de Dostoyevski en el pensamiento y en las formulaciones de Nietzsche, en el sentido, por cierto, de un enfrentamiento con la interpretación que Renan hace de Jesús como «héroe». Hay que tener presentes tales relaciones y fuentes si no se quiere falsear el contenido significativo de los pasajes correspondientes. Jesús no fue un negador, un opositor, un «combatiente» contra la iglesia judía ni contra nada; fue un renunciante, un individuo «propio» (lo que significa *idiotês* en griego). Sólo la interpretación de su vida por los discípulos y apóstoles introdujo el «no» en este mundo. Pero la falsificación mayor la achaca Nietzsche al apóstol Pablo: por medio de él el sacerdote judío recuperó el poder, es exactamente el tipo del «sumo sacerdote y escriba» del que prescindió Jesús en su praxis vital. Nietzsche echa sobre San Pablo toda la dogmática que él rechaza, a la que escarnece por artera y falaz (§15): «Ni la moral ni la religión en el cristianismo tienen punto de contacto alguno con la realidad. Todo son causas imaginarias ('Dios', 'alma', 'yo', 'espíritu', 'la voluntad libre' o también 'la no libre'); todo son efectos imaginarios ('pecado', 'redención', 'gracia', 'castigo', 'remisión de los pecados'). Un trato con seres imaginarios...; una ciencia natural imaginaria (antropocéntrica...), una psicología imaginaria (todo son autoerrores... 'remordimiento de conciencia', 'tentación del diablo'...); una teología imaginaria (... 'la vida eterna'). Este mundo de pura ficción difiere mucho, para mal suyo, del mundo de sueño, por cuanto el último refleja la realidad, mientras que *aquél* la falsea, la desvaloriza, la niega. Sólo después de que se inventó el concepto de 'naturaleza' como contrapuesto al de 'Dios', la palabra 'natural' hubo de usarse como 'rechazable', —todo aquel mundo de ficción hunde sus raíces en el odio a lo natural (¡a la realidad!), es la expresión de un profundo disgusto por lo real. Con ello ya está todo aclarado. ¿Quién es el único que tiene motivos para apartarse con mentiras de la realidad?

Aquel a quien le duele. Pero dolerle la realidad significa ser una realidad malograda. El predominio de las sensaciones de disgusto sobre las de gusto es el origen de aquella moral y religión ficticias...» Nietzsche recurre a la comparación con una religión poderosa, que ya es posterior en sus consecuencias: el budismo. (§20): «Con mi condena del cristianismo espero no haber sido injusto con una religión pareja, que incluso supera el número de adeptos; con el budismo. Ambas son religiones nihilistas..., ambas se diferencian del modo más sorprendente..., el budismo es cien veces más realista que el cristianismo; —tiene en el cuerpo la herencia del planteamiento objetivo y frío de los problemas, llega *tras* algunos cientos de años de permanente movimiento filosófico, el concepto de 'Dios' ya ha sido suprimido cuando él llega. El budismo es la auténtica religión positivista,... incluso en su teoría del conocimiento..., ya no dice 'lucha contra el pecado', sino, dando razón por completo a la realidad, 'lucha contra el sufrimiento'. Tiene ya tres de sí —y esto la diferencia profundamente del cristianismo— el autoengaño de los conceptos morales, está, hablando en mi lenguaje, más allá del bien y del mal.» También aquí apunta una diferencia fundamental con Wagner, quien en sus últimos años se ocupó también intensamente del budismo, pero otorgando siempre la preeminencia al cristianismo.

También en el «Anticristo» se reproduce la misma crítica al dogma cristiano que puede seguirse a través de toda la obra de Nietzsche: el cristianismo es la religión de las clases bajas, una «religión de esclavos»; la venganza de los ruines contra todo lo que despunta en este mundo es también algo que se ha expandido primero en esa capa social. ¡En *esta* idea sabía que coincidía con el Richard Wagner de antes! Si no es, incluso, de allí de donde le vino a Nietzsche este punto de vista. Cosima, en su diario del 28 de junio de 1869 (¡Tribschen!)[258], deja testimonio de una de sus conversaciones con Wagner sobre Schopenhauer: «Después comenzó con que los símbolos del cristianismo no satisfacen al espíritu cultivado como los de la religión terrena, porque está última ha sido el resultado de una cultura superior, mientras que la primera partió de las clases más pobres y desamparadas.»

Nietzsche dedica mucho espacio a sus ataques a los teólogos, entroncando, también en esto, con su época anterior de Basilea, con el polémico escrito de su amigo Overbeck: «Sobre el cristianismo de nuestra teología actual» de 1873[186], en el que Overbeck parte de la base de que la fe, especialmente la fe cristiana en la revelación, y la ciencia, como cuestionamiento metódico con vistas a conseguir saber empírico, se excluyen mutuamente. Los conceptos de verdad de cada una de ellas son diametralmente opuestos. El teólogo, así, para Nietzsche, está obligado a lo que él designa —en el uso lingüístico antiguo— como «mentira», es decir, lo que no corresponde a la realidad. (Ya en 1873 había partido de la pareja de conceptos «verdad» y «mentira» en sentido extramoral.) Ahora, en el

«Anticristo», reduce esta oposición a la formulación siguiente (§52): «La falta de libertad para la mentira —en ello descubro a cualquier persona predestinada para teólogo. Otro distintivo del teólogo es su incapacidad para la filología. Por filología hay que entender aquí, en un sentido muy general, el arte de leer bien, de poder descifrar hechos sin falsearlos por medio de la interpretación.» Y (§38): «Incluso en el caso más modesto de pretensión de honradez, hay que saber hoy que un teólogo, un sacerdote, un papa, con cada frase que pronuncia no sólo yerra, sino que miente, que ya no le resulta posible mentir por 'inocencia', por 'ignorancia'. También el sacerdote sabe, tan bien como cualquiera, que ya no hay 'Dios' alguno, 'pecador' alguno, 'redentor' alguno, que 'voluntad libre', 'orden moral del mundo' son mentiras: —la seriedad, la profunda autosuperación del espíritu ya no permite a nadie ignorar estas cosas—. Todos los conceptos de la iglesia se han reconocido tal como son: como la falsificación peor que existe, dirigida a desvalorizar la Naturaleza, los valores naturales; el sacerdote mismo ha sido reconocido tal como es, como el tipo más peligroso de parásito... Sabemos... lo que valen, para qué sirvieron aquellas inquietantes invenciones de los sacerdotes y de la iglesia..., los conceptos de 'más allá', 'juicio final', 'inmortalidad del alma', la misma 'alma': son instrumentos de tortura, son sistemas de crueldades, a costa de los cuales el sacerdote se convirtió en señor, se mantuvo como señor. Esto lo sabe cualquiera: y sin embargo, todo sigue como antes.»

Mientras que Overbeck reducía esta incompatibilidad a la teología como ciencia respecto del cristianismo auténtico, cosa que también había hecho Nietzsche hasta entonces, éste da ahora el paso definitivo hacia adelante: toda nuestra vida, toda la forma moderna de existencia, la praxis vital del hombre actual, se encuentra en irreducible contradicción con el dogma cristiano. Es una mentira llamarnos todavía cristianos; a una persona provista de los conocimientos de la ciencia y de la filosofía modernas ya no le resulta posible, ya no le está permitido, llamarse «cristiano». También esto vuelve a arrojar alguna luz sobre el «Caso Wagner»: Nietzsche conocía la valoración que Wagner hacía del cristianismo. Conocía el camino filosófico de Wagner, a través de Feuerbach hasta Schopenhauer, hasta un ateísmo radical. ¡Y ahora ese «Parsifal»! Nietzsche cayó en el mismo error que todavía hoy impera en muchas partes. No se dio cuenta de que Wagner era, ante todo, un poeta mítico, y que su localización de los mitos en el ciclo de saga, Edda o del rey Arturo, es algo secundario, colorista, accidental, pues; también el ropaje cristiano de «Parsifal». El «Parsifal» no es un mito *cristiano*, sino un *mito* cristiano. Ya Wagner sufría por esta confusión, iniciada en los artículos de Hans von Wolzogen. Es una lástima que no manifestara su posición con la suficiente publicidad, sino sólo en conversaciones privadas. Así, el 20 de octubre de 1878(?) dice a Cosima[258] que Wolzogen va demasiado lejos designando al

Parsifal como una imagen del Salvador: «Con él no pensé para nada en el Salvador.» (Cfr. tomo I.)

Nietzsche, en el «Anticristo», ya no habla, por primera vez, de este «caso único» ¡el nombre de Wagner ya no aparece!, tiene ante sí el problema en general (§38): «¿Adónde ha llegado el último sentimiento de decencia, de respeto de sí mismo, cuando incluso nuestros hombres de Estado, que, por lo demás, responden plenamente a un tipo muy despreocupado de personas y anticristos, se llaman hoy cristianos y van a misa? ¿Un joven príncipe [el emperador Guillermo II] a la cabeza de sus regimientos, magnífico como expresión de la egolatría y presunción de su pueblo, pero sin vergüenza de llamarse cristiano? *¿A quién* niega el cristianismo? *¿Qué* significa 'mundo'? Que se es soldado, juez, patriota; que se defiende uno; que se atiene uno al propio honor; que se busca el propio provecho; que se es orgulloso... toda valoración efectiva es hoy anticristiana: ¡Qué engendro de falsedad tiene que ser el hombre moderno para no avergonzarse, a pesar de todo, de llamarse todavía cristiano!..»

Finalmente, Nietzsche expone el conmovedor lamento del historiador. La antigüedad era para él no sólo objeto del saber, de la enseñanza: la había vivido, vivía todavía en su espíritu, tal como en 1875 lo había expresado, cautelosamente, en su solicitud a la autoridad educativa de Basilea[105]: «Puesto que una enseñanza que no consigue influir a los alumnos una *inclinación profunda* a la vida helénica, una enseñanza así ha errado su finalidad natural.»

A través de toda la obra de Nietzsche hemos encontrado ideas, formulaciones contra el platonismo, sacadas de los preplatónicos y del último escepticismo de la antigüedad. Esa profunda afinidad se expresa inconfundiblemente (§59): «Inútil el trabajo entero del mundo antiguo: no encuentro palabras para expresar mi sentimiento sobre algo tan monstruoso. ¡Todo el sentido del mundo antiguo, inútil, considerando, además, que su trabajo fue un trabajo preparatorio, que, con una autoconciencia granítica, se pusieron los cimientos para un trabajo de siglos!... ¿Para qué los griegos?, ¿para qué los romanos? ¡Todos los presupuestos para una cultura ilustrada, todos los métodos científicos estaban ya allí; ya se había fijado el arte grande, incomparable, de leer bien —ese presupuesto para la tradición cultural, para la unidad de la ciencia; la ciencia natural, en unión con la matemática y la mecánica, estaba en el mejor camino—, el sentido de los hechos, el último y más valioso de todos los sentidos, tenía sus escuelas, su tradición ya de siglos!... ¡Se había encontrado todo lo esencial..., toda la rectitud del conocimiento ya estaba allí! ¡desde hace más de dos milenios! ¡Y, por añadidura, el bueno, el fino tacto y gusto!... ¡Todo inútil! ¡Un mero recuerdo al despertar! ¡Griegos! ¡Romanos! la exquisitez del instinto, del gusto, la investigación metódica, el genio de la administración y organización, la fe, la voluntad por el porvenir humano, el gran sí a todas las cosas, visible como *imperium romanum*, patente a todos los

sentidos, el gran estilo convertido no ya sólo en mero arte, sino en realidad, verdad, vida... ¡Y no sepultado durante la noche por un fenómeno de la naturaleza! ¡No aplastado por los germanos y por otros de pies pesados! ¡Sino convertido en oprobio por vampiros arteros, sigilosos, invisibles, pobres en sangre! ¡No vencido, sólo succionado!... ¡La oculta sed de venganza, la envidia rastrera, convertidas en señores! ¡Todo lo mezquino, lo sufriente, lo invadido por mala conciencia, todo el mundo-ghetto del alma, arriba de golpe!... Basta que se lea a uno cualquiera de los agitadores cristianos, a San Agustín por ejemplo, para comprender, para olfatear, qué clase de sucios compinches han llegado arriba de este modo...» (§60): «El cristianismo nos ha malogrado la cosecha de la cultura antigua...»

La forma del escrito: una «Consideración intempestiva»; su temática, entroncada con las conversaciones de Tribschen, con el enfrentamiento con David Friedrich Strauss y con el polémico escrito del amigo y antiguo compañero de alojamiento Overbeck; y la posición histórico-cultural, el último grito de un filólogo clásico desde la filosofía antigua y desde la oposición escéptico-helénica al cristianismo. Todo esto tensa el arco hacia los años de Basilea de Nietzsche; redondea por su regreso su obra, que había comenzado con el «Nacimiento de la tragedia»; con el «Anticristo, como regreso a los valores considerados por Nietzsche antiguos», él abandona su tarea filosófica: ¡la *«Transvaloración de todos los valores»* no se lleva a cabo!

Lo que sigue a continuación no surge ya de un cuestionamiento filosófico, sino que tiene —o tendría— que servir a su futuro personal; con ello, Nietzsche entabla, consciente y enérgicamente, una confrontación con su tiempo, que ya había dominado un aspecto parcial del «Anticristo» en la cuestión de si el hombre moderno, en el orden actual, puede siquiera seguir llamándose «cristiano».

«Ecce homo»

Nietzsche intenta, primero, ajustar cuentas consigo mismo, pero, al mismo tiempo, clarificarse con la opinión de sus amigos y admiradores sobre él, puesto que en los últimos tiempos, precisamente, había topado con mucha incomprensión y malentendidos. También en esto Nietzsche tensa el arco hacia los años de Basilea. En su tercera «Consideración intempestiva», «Schopenhauer, como educador», había hecho un plan *de sí mismo;* ahora intenta describir a posteriori cómo ha vivido de acuerdo con su máxima de juventud Γένοι οἷος ἐσσί *. El 15 de octubre escribe en su libro de notas [6]: «En este día perfecto, en el que todo madura y no sólo la

* «Llega a ser el que eres».

uva se vuelve amarilla, acaba de venir un rayo de sol a mi vida —he mirado hacia atrás, más allá, y jamás he visto tantas y tan buenas cosas a la vez—. No por nada acabo de enterrar mi cuadragésimo cuarto año de vida; me estaba permitido: lo que en él había de vida está salvado, *es* inmortal. El primer libro de la 'Transvaloración de todos los valores'; las seis primeras canciones de 'Zaratustra'; el 'Crepúsculo de los ídolos', mi ensayo de filosofar con el martillo. —Todos regalos de este año, incluso de su último cuarto— ¡cómo no habría de estar agradecido a toda mi vida!

»Y por eso me cuento mi vida.

»Quien tenga una mínima idea de mí sabe que he vivido más cosas que ningún otro hombre. La prueba de ello viene escrita incluso en mis libros: los libros, línea a línea, están vividos desde una voluntad de vida y, por eso, en cuanto *creación*, representan una auténtica añadidura, un más de esa vida misma...» Con ello comienzan las notas para el «Ecce homo». El 13 de noviembre informa a Köselitz: «Mi 'Ecce homo. Cómo se llega a ser lo que se es' surgió entre el 15 de octubre, mi aniversario más benigno, y el 4 de noviembre, con una antigua soberanía y buen humor tales que me parece que ha salido demasiado bien como para que pueda hacerse una broma al respecto. Las partes últimas están puestas ya en un tono que ha debido olvidársele a los maestros cantores: 'la melodía de los regentes del mundo'... El capítulo final lleva el fastidioso título de 'Por qué soy un destino'. Se demuestra tan contundentemente que eso es verdad, que, al final, uno queda en suspenso ante mí como 'larva' y 'corazón sensible'... El susodicho manuscrito ya ha iniciado el paso de cangrejo hacia la imprenta. Respecto a la confección tipográfica esta vez he 'querido' lo mismo que para la 'Transvaloración': para la que es un prólogo ignívomo.» Así pues, conscientemente, hizo lo que ya el 25 de julio había escrito[121] a Carl Spitteler a propósito de la consideración intempestiva «D. Fr. Strauss» (¡y que repite en el párrafo correspondiente del «Ecce homo» casi en la misma forma!): «La primera astucia para granjearse la consideración 'social', es, nada más entrar, un *duelo* —dice Stendhal—. Yo esto no lo sabía, pero lo he hecho.»

La metáfora «la melodía de los regentes del mundo» que aparece en esta carta dirigida a Köselitz, hay que entenderla absolutamente como respuesta irónica a lo que éste le había escrito el 25 de octubre, tras leer las galeradas del «Crepúsculo de los ídolos»: «¡Que 'explicaciones', qué éxtasis del aprendizaje debo a su espíritu regente del mundo!» Pero, como sucedía a menudo, Nietzsche queda fascinado por esa metáfora que se le ofrece (el «caminante de riscos» de Burckhardt, la «dinamita» de Widmann) y la integra en su lenguaje, en las formulaciones que emplea y en el uso lingüístico más riguroso. Así, ese «regente del mundo» vuelve a aparecer inmediatamente, con tono menos irónico, en la carta del 7 de diciembre a Strindberg, y a partir de ahí cada vez con mayor frecuencia. La «melodía de los maestros cantores» hace alusión a la escena del primer acto en la que

David enumera a Walter los diferentes tipos melódicos de los maestros. ¡¡El de los «regentes del mundo» falta allí, en verdad!!

De nuevo le sobreviene a Nietzsche una tremenda inseguridad respecto a la publicación de sus últimos trabajos, tanto en lo que respecta a las fechas como al orden de publicación, incluso se plantea si le resulta posible siquiera publicarlos sin peligro personal. Si ya clasificó al «Ecce homo» como «prólogo ignívomo», resulta natural ordenar la «parte principal» posteriormente en el tiempo. El «Anticristo», así, vuelve a retenerse y, según comunica Nietzsche el 13 de noviembre a Overbeck, sólo ha de publicarse a finales del año próximo (1889). Esta es la última decisión de Nietzsche por lo que respecta a ese libro, con la que volvía a tenerlo ante sí como manuscrito abierto, en el que siempre podía cambiar algo todavía. Si ya antes las obras eran, en parte, difíciles de delimitar entre ellas, puesto que procedían, en cierto modo, «a continuación», casi como cortes arbitrarios de un diálogo ininterrumpido, ahora las fronteras desaparecen ya por completo. Básicamente carece ahora de importancia el que tal o cual trozo perteneciera originalmente a tal o cual borrador de cualquier obra, y ahora haya cambiado de lugar, haya sido puesto más allá o más acá. Nietzsche tampoco es capaz de dar el último toque a la forma general. El 1 de diciembre vuelve a reclamar el manuscrito del «Ecce homo», que había enviado el 6 de noviembre a la imprenta, y lo vuelve a revisar. El 6 de diciembre la revisión está lista, Nietzsche la considera apta para la imprenta, enviándosela el 7 de diciembre a Naumann otra vez. Ese mismo día escribe a Köselitz al respecto: «Después de haberla colocado, como último intento de tranquilizar la conciencia, desde la primera hasta la última palabra, en la balanza para oro. Supera tanto el concepto de 'literatura' que, propiamente, no entra siquiera en la naturaleza del símil: hace saltar, textualmente, la historia de la humanidad en dos trozos —el mayor superlativo de dinamita—.» Nietzsche dio *conscientemente* todo ese tono provocativo al libro; así se lo confiesa Köselitz ya el 30 de octubre: «Con ello no solamente me he querido representar a mí mismo *antes* del acto, tremendamente solitario, de la transvaloración —quiero hacer por una vez una prueba de lo que realmente puedo arriesgar ante el concepto alemán de libertad de prensa. Sospecho que se me confisque de inmediato el *primer* libro de la transvaloración—, legalmente con todo derecho. Con este 'Ecce homo' quiero que se avive la cuestión de una seriedad así, y también la curiosidad, de modo que los conceptos corrientes y, en el fondo, racionales sobre lo permitido toleren aquí, por una vez, una excepción.»

En Rusia ya estaban prohibidos sus libros. Las últimas anotaciones de Nietzsche ofrecen una imagen conmovedora de lo que esperaba de la Alemania de la dinastía de los Hohenzollern — bajo la presión de Bismarck y Stoecker— de lo que temía por esta parte, y de lo mucho que lo ocupaban los planes para un contraataque a la escena pública política.

Pero entremedias surgió otro disgusto mucho más concreto y personal. Köselitz había podido colocar un fulminante artículo «Nietzsche contra Wagner» en la revista «Kunstwart» de Avenarius, aunque no expresa, sí claramente, con un ataque a Richard Pohl; el propio editor de la revista lo comentó: aun con el mayor respeto por el filósofo Nietzsche, Avenarius le objetaba que en el «Caso Wagner» no había hecho más que exponer apodícticamente sus preferencias completamente personales. Califica el tono del escrito como «desagradable» y concluye: «Es un hecho declarado el cambio de sensibilidad de uno de los más destacados, quizá el más destacado, de los 'wagnerianos'. Si éste nos hubiera hecho, tranquila y objetivamente, una exposición de las razones que invalidan sus razones anteriores —no podríamos hacer otra cosa que agradecérselo: más improbablemente porque nos convenciera, más probablemente porque nos hubiera proporcionado ocasión para un análisis agudo, en orden a la refutación—. Tal como se nos presenta el escrito, aparece casi como el regalo de un folletinista muy ocurrente, que juega a las grandes ideas. El que éstas sean suyas propias le asegura el derecho a nuestra profunda simpatía. Pero el último resultado continúa siendo el lamentar que Friedrich Nietzsche, esta vez, haya escrito como (un) folletinista.*»

Nietzsche hubo de darse cuenta de que incluso una persona como Avenarius, y con él muchas otras, tenía la impresión de que el «Caso Wagner» suponía un cambio repentino y reciente de sensibilidad. No sólo le sorprendió el asunto, sino que este comentario de Avenarius le molestó más que el artículo de Pohl. De «Nohl, Pohl, Kohl» nunca había esperado nada bueno, pero la toma de posición de Avenarius le afectó profundamente. El «Ecce homo» proporcionaba, es verdad, una aclaración de su relación con Wagner, pero quizá no suficientemente precisa, «justificada». Tenía, pues, que publicar una aclaración específica. Nietzsche quiso, primero, invocar testigos de que su separación de Wagner había que fecharla con anterioridad. Pero ¿quién iba a salir por él? Köselitz estaba ya «gastado» por su artículo de «Kunstwart». Debía ser alguien que tuviera prestigio, credibilidad, y que estuviera de su parte en la cuestión Wagner. ¿Qué había más cercano que recurrir a Carl Spitteler, quien el mes anterior, con su artículo del «Bund» de Berna, se había manifestado como compañero de sensibilidad? El 11 de diciembre le escribe Nietzsche[121]: «Quiero hacerle hoy una proposición a la que le ruego encarecidamente que no se niegue. Mi lucha contra Wagner ha fracasado hasta ahora absurdamente porque nadie conoce mis escritos: de modo que el 'cambio de sensibilidad', como se expresa Avenarius, por ejemplo, pasa por ser algo sucedido al mismo tiempo, más o menos, que el 'Caso Wagner'. De hecho, llevo luchando ya 10 años. El propio Wagner era quien mejor lo sabía—: no he enunciado en el 'Caso Wagner' ninguna proposición general,

* Cfr. tomo IV, «Documentos», núm. 11.

de orden psicológico o estrictamente estético, que no haya expuesto ya con la mayor gravedad en mis escritos anteriores. Bajo estas circunstancias, para avivar la cuestión al máximo y llevarla hasta la guerra, quiero ahora publicar otro escrito de la misma presentación y amplitud que el 'Caso Wagner', que se componga sólo de ocho trozos grandes y cuidadosamente elegidos entre mis obras, bajo el título:

'Nietzsche contra Wagner'
Documentos sacados de las obras de Nietzsche

»Estimado señor, *usted* es el que ha de publicarlo y escribir un largo prólogo que sea una auténtica declaración de guerra. Usted puede hacerlo, lo sé: se toma suficientemente en serio el destino de la música como para ser capaz de apasionarse con este asunto. Los lugares los transcribiré yo mismo y se los enviaré después, son los siguientes (supongo que tendrá mis obras. En otro caso, basta una palabra suya para que le consiga inmediatamente lo que le falte).

1. *Dos antípodas* (Gaya Ciencia, págs. 312-16).
2. *Un arte sin futuro* (Humano demasiado humano, tomo 2, 76-78).
3. *Barroco* (Humano, demasiado humano, tomo 2, 62-64).
4. *Lo espressivo a cualquier precio* (Caminante y su sombra, pág. 93; o sea, Human. Demasiado hum. II, segunda mitad).
5. *Wagner actor y nada más* (Gaya ciencia, págs. 309-11).
6. *Wagner pertenece a Francia* (Más allá del bien y del mal, 220-24).
7. *Wagner como apóstol de la castidad* (Genealogía de la moral, págs. 99-105).
8. *Ruptura de Nietzsche con Wagner* (Humano, demasiado humano, tomo 2, prólogo, págs. VII-VIII).

»En el prólogo habría que exponer también la idea decisiva del carácter general de *décadence* de la música moderna: esto es propiamente en lo que el escrito aventaja a lo que yo ya había dicho antes. ¡Fíjese usted, esta canalla no nota mi rabia porque he escrito 'muy ocurrentemente'! No se pueden imaginar la ocurrencia unida a la pasión —Avenarius pide una 'exposición tranquila y objetiva de las razones', donde nosotros temblamos de pasión».

Pero ya la noche siguiente volvió Nietzsche a meditar nuevamente todo el asunto. Se dio cuenta de que su apasionamiento le había vuelto a llevar por un derrotero falso, y escribió de nuevo a Spitteler, antes incluso de que éste pudiera responder a la primera carta (por cierto, la respuesta fue después negativa)[121]: «Esta noche se me ocurrió una objeción de la que no me libro ahora, de día. Tras una publicación como la que propuse ayer, se me supondría a mí como promotor en cualquier caso —hay cosas demasiado privadas en los lugares que habrían de imprimirse.»

Más tarde Spitteler malinterpretó incomprensiblemente las cosas, atri-

buyéndole propósitos arteros y acusándole de juego sucio y cobarde*. Nietzsche, entretanto, tomó rápida y enérgicamente el asunto en sus manos. Ya el 15 de diciembre envía a Naumann, para la prensa, el manuscrito de «Nietzsche contra Wagner; documentos de un psicólogo». Así pues, el documento no se dirige sólo contra la ignorancia de Avenarius, sino —por el subtítulo— también contra Richard Pohl. A Nietzsche le corre prisa esta «aclaración», hasta el punto de que quiere retrasar al «Ecce homo» en favor de esta reacción polémica. La justificación para aplazar el «Ecce homo» es que, por el momento, no está seguro de los traductores, ya que su intención es sacar el escrito en alemán, francés e inglés a la vez: «Tengo que aplazar la impresión todavía unos meses. A fin de cuentas tampoco corre prisa.» ¿Por qué no? A Nietzsche le atrapa el miedo a poner en peligro su obra, su repercusión como filósofo, justamente ahora, cuando ve crecer claramente los signos de su prestigio. Teme consecuencias políticas y judiciales. Tenía ante sí un ejemplo de esa posibilidad que también a él le amanazaba, ejemplo al que se refiere en sus anotaciones: el «caso Geffcken». El profesor Dr. Heinrich Geffcken (nacido en Hamburgo el 9 de diciembre de 1830, muerto en Munich el 30 de abril de 1896), jurista, entre otras cosas catedrático en Estrasburgo desde 1872 a 1882, pertenecía a los consejeros del príncipe heredero Guillermo III. A causa de la publicación de un diario de esa época en la «Deutsche Rundschau», en 1888, por iniciativa de Bismarck, se levantó acusación contra él de traición a la patria. En 1889, sin embargo, se le declaró libre de toda culpa, de lo que Nietzsche ya no pudo darse cuenta). El 16 de diciembre, seguramente pensando en este «caso», Nietzsche confiesa a Köselitz: «Con todo, no veo ahora por qué había yo de acelerar demasiado la trágica catástrofe de mi vida, que comienza con 'Ecce'.» Pero la advertencia de Nietzsche volvió a llegar demasiado tarde. También esta vez Naumann ya había comenzado el trabajo, y el mismo 16 de diciembre recibe Köselitz los primeros pliegos de corrección. El 22 de diciembre Nietzsche tiene que anunciar a Overbeck que ya habían llegado dos pliegos de imprenta, ¡En Navidad ya son incluso cinco! Si Nietzsche había intentado —en vano, como se vio ahora—, reservar el «Ecce homo» en favor de «Nietzsche contra Wagner», ahora la situación lo llevó a la decisión contraria, puesto que no podían aparecer ambos escritos a la vez, para no concurrir entre ellos, ya que, además, era inminente aún el «Crepúsculo de los ídolos». El 22 de diciembre informa al respecto a Köselitz: «No imprimiremos el escrito 'Nietzsche contra Wagner'. El 'Ecce' contiene todo lo esencial también sobre ese asunto. La parte que, entre otras, recuerda al maestro Pietro Gasti ya está incluida en 'Ecce'. Quizá lo haga también con la canción de Zaratustra —es decir 'De la pobreza de los ricos'. Como interludio entre dos apartados fundamentales.» La premura

* Cfr. tomo IV. «Documentos», núm. 12.

de la imprenta obligaba a todo, a ponerle un final, que no tenía claro todavía y para cuya forma definitiva el destino no le dejaría ya tiempo. Lo mismo le sucedió con «Nietzsche contra Wagner». También en este caso, a pesar de la advertencia de paro de Nietzsche, se continuó imprimiendo; Overbeck encontró a Nietzsche, el 8 de enero de 1889 en Turín, ofuscado en la lectura de dos pliegos de imprenta que ya no era capaz de comprender. Como sustitutivo de «Nietzsche contra Wagner» a Nietzsche se le había ocurrido otra idea: Carl Fuchs había dado en Danzig una conferencia sobre la obra tardía de Wagner —evidentemente influido por Nietzsche. Nietzsche creyó que el texto estaba escrito y que, así, junto con el artículo de Köselitz en «Kunstwart», podría hacerse un separatum. En todo caso, algo así propone el 27 de diciembre tanto a Fuchs como a Köselitz, bajo el título «El caso Nietzsche; por Peter Gast y Carl Fuchs (observaciones marginales de dos músicos).» Parece que ya lo había notificado a Avenarius como editor. Con ello creía poder sustituir a «Nietzsche contra Wagner», para el que ya no tenía tiempo ahora, puesto que el incidente «Nietzsche contra Wagner» subió de tono a causa de otra preocupación distinta, a causa de un miedo literalmente infernal que le atenazaba hasta el cuello y que actuó como último contacto con la realidad, en imágenes caricaturescas aisladas, hasta muy avanzado ya el trastorno mental: su miedo ante el «Reich», que se fortalecía militarmente, ante la dinastía de los Hohenzollern, Bismarck y el influyente movimiento antisemita, que, con sus claras invectivas, se había ganado en contra suya. También a la Iglesia, que él había ultrajado, la veía ahora, con el acicate de la intolerancia de un Stoecker, en contra suya. Se trata de temores que su editor Naumann no sólo compartía con él, sino que acrecentó.

Las últimas anotaciones para la obra

La experiencia de la guerra de 1870 le había mostrado cuánta desgracia puede acarrear sobre los hombres la arrogancia de una dinastía que se imagina poderosa (en aquel momento Napoleón III). También se dio cuenta entonces de que una victoria militar puede coincidir con una inferioridad cultural y espiritual. Esto se lo había enseñado Jacob Burckhardt. Y ahora temía, de la nueva constelación de Berlín, que Europa volviera —y pronto— a precipitarse en una catástrofe así. Que pronto también se llegara a graves tensiones entre el joven emperador Guillermo II por un lado, y el partido de Bismarck-Stoecker por otro, que conducirían a estos dos a alejarse del escenario político de Berlín, son cosas que Nietzsche ya no pudo captar en su trastornada conciencia. Ahora lo que ve es el peligro que acecha, y le parece que es la hora extrema de conjurarlo. Y a ello se siente llamado y obligado, como espíritu filosóficamente rector de la época, que realmente era; como tal, además, había podido constatar un

reconocimiento rápidamente creciente. El que sobrevalorara desmesuradamente tanto el peso de su prestigio como el de la filosofía en la sociedad moderna, que no se diera cuenta de cuánto más pequeña era la significación de la filosofía ahora que en tiempos de un Platón o de un Séneca no sólo tiene que ver con su relación con la realidad, que decrecía rápidamente en esos días, sino que es una característica general, también, de toda su estructura intelectual, surgida de una formación unilateralmente humanística. «El mundo tal como es efectivamente» también a él (y no sólo a los dogmáticos cristianos, atacados por él a causa de ello) le resultó más o menos extraño e incomprensible, las problemáticas de ambos raras veces se tocaron.

Este general «extrañamiento del mundo» y las riendas de la lógica pragmática, flojas ahora por la enfermedad, ambas cosas juntas le permiten ahora emprender un proyecto arriesgado: «Yo mismo estoy trabajando ahora en una *promemoria* para las cortes europeas con vistas a una liga antialemana. Quiero sujetar al 'Reich' en una camisa de hierro y provocarlo a una guerra desesperada. No tendré las manos libres hasta que no tenga en ellas al joven emperador, *junto con* accesorios», como escribe el 26 ó 27 de diciembre a Overbeck. Aunque tres días más tarde aclara (con lo que intenta hacerse perdonar, pero sin retirar nada) que había «escrito la carta con luz muy mala», el dato es correcto: ¡Poseemos en el último cuaderno de notas de Nietzsche borradores para un fascículo, para un opúsculo, de los que podría resultar una «promemoria» así. A pesar de lo provisional de los proyectos, pueden distinguirse algunas ideas fundamentales de auténtica significación histórica, que proporcionan, además, una clarificación decisiva de la posición fundamental de Nietzsche en política. ¡Y no puede preverse qué clase de repercusiones para el futuro hubiera tenido un documento así, surgido de la pluma de un hombre más influyente que Nietzsche en la política[6]!

«Traigo la guerra. *No* entre pueblo y pueblo: no tengo palabras para expresar mi desprecio por la execrable política de intereses de las dinastías europeas, que hace un principio y casi una obligación de la provocación a la egolatría, a la presunción de unos pueblos contra otros. No entre clases. Puesto que no tenemos clases altas y, por tanto, tampoco clases bajas: lo que hoy está arriba en la sociedad, está fisiológicamente condenado y, además..., tan empobrecido en sus instintos, tan inseguro se ha vuelto, que reconoce el principio contrario a un tipo superior de hombre sin escrúpulos. Llevo la guerra a través de todos los absurdos incidentes del pueblo, clase, profesión, educación, instrucción: una guerra como entre aurora y ocaso, entre voluntad de vivir y deseo de venganza contra la vida, entre honradez y maligna mendacidad», es decir, una «guerra» al nivel del espíritu, con las armas del espíritu. «El concepto de política se ha diluido completamente en una guerra de espíritus; todas las formas de poder han saltado por los aires —habrá guerras como jamás ha habido sobre la tierra».

«Como aquel que he de ser, no un hombre, sí un destino, quiero acabar con estos idiotas criminales que durante más de un siglo han dominado la gran palabra, la palabra más grande. Desde los días de ladrón de Federico el Grande, no han hecho otra cosa que mentir y robar; sólo he de destacar a uno, el inolvidable Federico III, como el más odiado, el más denigrado de toda la raza. Hoy, que está arriba un vergonzoso partido, que una banda cristiana asienta el execrable estado draconiano del nacionalismo entre los pueblos y quiere 'liberar' a los criados negros por amor a los esclavos, tenemos que llevar la mendacidad y la falta de responsabilidad en la mentira ante un tribunal histórico-universal.

»Su cacumen, príncipe Bismarck, el idiota *par excellence* entre todos los hombres de Estado, jamás ha pensado una palma más allá de la dinastía Hohenzollern... para que esa casa de locos y criminales se sienta arriba, Europa paga ahora doce mil millones anualmente, se abren abismos entre las naciones que van surgiendo, se han conducido las guerras más disparatadas que jamás se hayan hecho: el príncipe Bismarck, con una execrable seguridad instintiva, ha aniquilado, en favor de su política casera, todas las condiciones para *grandes* empresas, para objetivos histórico-universales, para una espiritualidad más noble y refinada... quiero ser juez en esto y poner fin a todos los milenios de locura criminal criminal de dinastías y sacerdotes. La Humanidad se ha acostumbrado a esa locura de, tal modo, que hoy cree necesario tener un ejército con miras a la guerra... Nadie exige más estrictamente que yo que todo el mundo sea soldado: no hay, en absoluto, otro medio, por ahora, para educar a todo un pueblo en las virtudes de obedecer y mandar, en el tacto en la compostura y ademanes, en el carácter alegre y valiente, en la libertad de espíritus... es *locura* poner, después, ante los cañones una selección así de fuerza y juventud y poderío.» (El antiguo alumnus portensis pensaba aquí, ciertamente, en los soldados y oficiales del espíritu, de la ciencia, que habían sido instruidos en la escuela-cuartel de Pforta y que fueron después absurdamente sacrificados en la guerra de 1870.) «Nunca aceptaré que una canalla de Hohenzollern pueda ordenar a alguien que cometa un crimen. No hay obligación de obediencia cuando el que ordena no es más que un Hohenzollern... el propio Reich es ya una mentira: ningún Hohenzollern, ningún Bismarck ha pensado jamás en Alemania. De ahí la ira contra el prof. Geffcken. Bismarck prefirió llenarse la boca con la palabra 'Alemán', policiaco legalmente.»

«Ultima consideración. Tanto mejor si pudiéramos prescindir de las guerras. Yo sabría hacer un uso más provechoso de los doce mil millones- que cuesta anualmente a Europa la paz armada; existen otros medios de rendir honores a la fisiología, que los lazaretos.»

«*Condamno te ad vitam diaboli vitae.* Destruyéndote, Hohenzollern, destruyo la mentira.»

Estas son las últimas palabras de Nietzsche en los cuadernos de notas,

los últimos bocetos del último escrito, vagamente anunciado, «Promemoria». ¡En alguna parte entre esas líneas se halla la fatal frontera entre saber y locura!

Si se le hubiera concedido a Nietzsche poner en forma serena estos borradores en los que, a rienda suelta, le consume su apasionamiento y que anuncian la proximidad de la catástrofe, habría quedado también como un interpelador solitario, dado que abandonó el ámbito de alcance de su significación como uno de los cuestionadores más efectivos e inquietantes, el ámbito de la filosofía, a cuya esencia pertenece su método. Pero él intenta ahora abandonar la «transvaloración de todos los valores» y todo lo que tiene que ver con ella, y actuar allí donde sólo llegan al éxito los hombres poderosos, a los que admiró, alabó tantas veces y a los que *él* no pertenecía. No hubieran sido ellos, ni Bismarck o sus funcionarios censores, los que hubieran llevado la catástrofe trágica a su vida, sino él, por haber salido de sus caminos, de su «mundo»; estaba a punto de perderse. El velo indulgente del desvarío mental le permitió no tener ya que darse cuenta de ello. Algo más le regaló todavía: el «tremendum» del acorde genial[150]. Sin este final faltaría, ciertamente, esa fascinación que ejerce toda su filosofía en la historia de la filosofía, que lo coloca cerca del fin heroico-trágico de Sócrates, de aquel Sócrates cuyo rival (igual, cuando menos) quiso ser. Pero, en Nietzsche, no se trata sólo del final. Toda su existencia fue un martirio. Y esto le abre la conexión no sólo con Sócrates, sino con una gran comunidad, significa el camino desde la soledad tan mal soportada hasta la pertenencia a la comunidad de los mártires del espíritu que es mucho mayor de lo que normalmente se está dispuesto a admitir.

FUENTES

Para las indicaciones bibliográficas de tipo general se remite a las bibliografías especializadas[206]; aquí se consignan exclusivamente los textos que han sido utilizados para la elaboración de esta bibliografía. A las citas de los textos manejados se remite detallando el volumen (en cifras romanas) y el número de página (en cifras arábigas); en el caso de citas muy largas, se hace constar su lugar de origen entre paréntesis en el cuerpo mismo de la obra. Cuando se trata de citas de cartas es posible renunciar a estas indicaciones, dado que en el texto se explicitan siempre autor, destinatario y fecha, de modo que pueden ser fácilmente encontradas en cualquiera de las ediciones pertinentes. También en el caso de las citas y referencias a los escritos publicados por Nietzsche se hacen constar el título, el capítulo y el número del aforismo, de modo que su consulta en cualquiera de las ediciones disponibles resulta igualmente fácil. En cuanto a las citas de los póstumos, se remite —en la medida en que ello ha sido posible en la época de redacción de la obra— a la nueva edición crítica completa[6]; pero a menudo también a la edición GOA[1] y a la edición en tres volúmenes de Karl Schlechta[3,4]. A HKG[2,8] se recurre, por el contrario, sólo excepcionalmente, dado que apenas resulta ya accesible.

La plena identificación y documentación de las citas e indicaciones bibliográficas de Blunck no ha sido siempre posible.

1. GOA: *Nietzsches Werke;* se trata de la llamada *Grossoktav-Ausgabe* en 16 (20) volúmenes; Naumann und Kröner, Leipzig, 1905-1911.
   36 (XI, 385); 75 (XI, 388); 182 (XVI, 340); 186 (XII, 199): 293 (XIII, XIV); 293 (XIII, 3, 75; XIV, 414); 297 (XIV, 248-250); 338 (XVI); 429 (VIII, 492).
3. Friedrich Nietzsche: *Werke* en tres volúmenes, edición de Karl Schlechta. Carl Hanser, Verlag Munich, 1954.
   Volúmenes 1 y 2.
4. Volumen 3 de la edición de Schlechta.
   11 (844); 65 (105); 133 (1200); 168 (103); 205 (1420); 207 (1420); 240 (897); 350 (1239); 439 (102); 483 y ss, (1302 ss.); 498 (1309); 502 (1345).
5. *Friedrich Nietzsches Werke des Zusammenbruchs*, editadas por Erich Podach. Wolfgang Rothe Verlag, Heidelberg, 1961.
   64 (284); 83 (105); 171 (284 ss.); 510.
6. Friedrich Nietzsche: *Werke. Kritische Gesamtausgabe*, edición al cuidado de Giorgio Colli y Mazzino Montinari, Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1967 ss.
   11 (VII^{3}, 226); 182 (VII^{2}, 46); 260 (VII^{2}, 209); 292 (VII^{2}, 153, 225); 292 (VII^{2}, 153, 225); 292 (VII^{3}, 175 ss.); 293 (VII^{3}, 164, 199); 297 (VII^{2}, 77); 300 (VII^{2}, 230); 336 (VIII^{1}, 102); 337 (VIII^{1}, 69); 339 (VIII^{1}, 10); 339 (VIII^{1}, 40); 340 (VII^{3}, 217); 340 (VII^{3}, 217); 340 (VIII^{1}, 51); 341 (VIII^{1}, 78); 341 (VII^{3}, 405); 341 (VIII^{1}, 57); 341 (VII^{3}, 304); 417 (VIII^{2}, 178); 439 (VIII^{2}, 65 ss.); 451 (VIII^{2}, 8); 451 (VIII^{2}, 266); 451 (VIII^{2}, 258); 451 (VIII^{2}, 34); 455 (VIII^{2}, 117-455); 467 (VIII^{3}); 468 (VIII^{3}, 296); 468 (VIII^{3}, 319); 469 (VIII^{3}, 69); 470 (VIII^{3}, 38); 472 (VIII^{3}, 196); 516 (VIII^{3}, 423); 523 (VIII^{3}, 451, 457-461).
   Como complemento: *Nietzsche-Studien 4* (1975): 500 (nota 408); 506 (399).
7. Friedrich Nietzsche: *Gesammelte Briefe* («Cartas reunidas»), Insel Verlag, Leipzig.

Volumen 1[3], 1902; Volumen 2 (Correspondencia con Erwin Rohde)[2], 1903; Volumen 3[2], 1905; Volumen 4 (Cartas a Peter Gast)[2], 1908; Volumen 5[1] y 5[2] (Cartas a la madre y a la hermana), 1909.
12, 14, 83-84, 86, 165, 266 (III, 215), 323 (I, 580), 413, 447 (III, 269), 452, 497, 499.

8. Friedrich Nietzsche: *Briefe* («Cartas»). *Historisch-Kritische Gesamtausgabe*, volúmenes 1-4 (hasta el 7 de mayo de 1877). C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, Munich, 1938-1942.
291 (III, 310).
9. Cartas de Nietzsche a Meta von Salis, editadas por Maria Bindschedler. *Neue Schweizer Rundschau*, abril de 1955. Pp. 709-721.
229, 230, 423, 495 ss.
10. Friedrich Nietzsche: *Der musikalische Nachlass* («El legado musical póstumo»), herausgegeben im Auftrag der Schweizerischen Musikforschenden Gesellschaft von Curt Paul Janz.
Bärenreiter-Verlag, Basel/Kassel, 1976. *Vid.* la entrada 125 Janz, C. P.
11. *Friedrich Nietzsches Briefwechsel mit Franz Overbeck* («Correspondencia de Nietzsche con Franz Overbeck»). Herausgegeben von Richard Oehler und Carl Albrecht Bernouilli. Insel Verlag, Leipzig, 1916 *passim*.
12. Friedrich Nietzsche, Paul Rée, Lou v. Salomé: *Die Dokumente ihrer Begegnung* («Los documentos de su encuentro»), editados por Ernst Pfeiffer. Insel Verlag, Frankfurt, 1970.
14, 23, 25, 29, 32, 35, 39, 42, 75, 76, 82, 94, 96, 97, 98, 100, 101, 103, 105, 108, 113, 116, 117, 119, 120, 126-127, 130, 132-133, 155, 157, 174.
13. *Die Briefe Peter Gasts an Friedrich Nietzsche* («Las cartas de Peter Gast a Friedrich Nietzsche»). Herausgegeben in 2 bänden von A. Mendt. Verlag der Nietzsche-Gesellschaft in München, 1923-24.
26, 29, 54, 109, 144, 346.
14. *Die Briefe des Freiherrn Carl v. Gersdorff an Friedrich Nietzsche* («Las cartas del barón Carl v. Gersdorff a F. N.»), editadas por Karl Schlechta y Erhart Thierbach. Achte bis elfte Jahresgabe der Gesellschaft der Freunde des Nietzsche-Archivs. Weimar, 1934-1937.
74 (III, 67); 178 (III, 63); 310 (IV, 47); 444 (III, 71); 495 (II, 118).
16. Wilhelm Altmann: *Kurzgefasstes Tonkünstlerlexikon* («Breve enciclopedia de músicos»). Heinrichshofen, Wilhelmshafen[15], 1974.
17. *Biographisches Wörterbuch zur deutschen Geschichte* («Diccionario biográfico de historia alemana»), vol. 1, Francke, Munich[2], 1974-75.
452 ss.
18. Franz Brümmer: *Lexikon der deutschen Dichter und Prosaisten vom Beginn des 19.Jahrh. bis zur Gegenwart* («Enciclopedia de poetas y prosistas alemanes desde comienzos del siglo XIX hasta la actualidad»). Reclam, Leipzig, s. f.
374.
19. Georg Büchmann: *Geflügelte Worte* («Palabras aladas»). Haude und Spenersche Verlargsbuchhandlung, Berlín[32], 18, 1972.
357, 429
20. *Dictionnaire des lettres françaises* («Diccionario de literatura francesa»». Payard, Paris, 1863.
215 ss.
21. *Documents diplomatiques français* («Documentos diplomáticos franceses»), Primera Serie, vol. 7. Imprimerie Nationale, París, 1937.
452 ss.
22. Gebhardt: *Handbuch der deutschen Geschichte* («Manual de historia alemana»), vol. 3, Union Verlag, Stuttgart[9], 1970.
425 ss.
24. *Lexikon für Theologie und Kirche* («Enciclopedia de teología e iglesia»), vol. 10,

Herder, Friburgo, i.B.[8], 1965-67.
493.
25. MGG («Música en la historia y en el presente»). Bärenheiter, Kassel, 1949-1973.
27. Karl Plötz: *Auszug aus der Geschichte* («Resumen de la historia»). Ploetz-Verlag, Würzburg[27], 1968.
452 ss.
28. Edgard Refardt: *Historisch-biographisches Musikerlexikon der Schweiz* («Diccionario histórico-biográfico de músicos suizos»), Hug, Leipzig-Zürich, 1928.
29. Hugo Riemann: *Musik-Lexikon* («Diccionario de música»), Schott, Mainz[12], 1959.
30. *Schweizer Musiker-Lexikon* («Diccionario de músicos suizos»), Atlantisverlag, Zürich, 1964.
31. *The International Cyclopaedic of Music and Musicians*, ed. Thompson, Londres, 1954.
32. Gero v. Wilpert: *Lexikon der Weltliteratur* («Diccionario de la literatura universal»), Kröner, Stuttgart, 1963.
33. W. Ziegenfuss: *Philosophen-Lexikon* («Diccionario de filósofos»). De Gruyter, Berlín, 1949.
34. Erwin Ackerknecht: *Gottfried Keller. Biographie*. Insel Verlag, 1948.
270.
37. Anni Anders und Karl Schlechta: *Friedrich Nietzsche. Von der verborgenen Anfängen seines Philosophierens* («F. N. De los comienzos ocultos de su filosofar»). Frommann Verlag, Stuttgart, 1962.
66.
38. Aristóteles: *Política*. The Loeb Classical Library.
359.
39. Walter G. Armando: *Richard Wagner. Eine Biographie*. Rütten und Loening Verlag, Hamburgo, 1962.
38 (360).
45. Alexander Gottfried Baumgarten: *Aesthetik als Philosophie der sinnlichen Erkenntnis* («Estética como filosofía del conocimiento sensible»), trad. de H. R. Schweizer. Schwabe, Basilea, 1973.
45.
46. Otto Behaghel: *Indogermanische Forschungen* («Investigaciones indogermánicas»), vol. 25, 1909.
47. Otto Behaghel: *Deutsche Syntax IV* («Sintaxis alemana IV»). Winter. Heidelberg, 1932.
167.
50. *Carl Albrecht Bernouilli: Franz Overbeck und Friedrich Nietzsche, eine Freundschaft* («F. O. y F. N., una amistad»). Diederichs, Jena, 1908, 2 vols.
31 (I, 144), 77, 128, 138 (II, 84 ss.), 155, 227, 489, 508, 509.
51. C. A. Bernouilli: *Nietzsches Lou-Erlebnis* («La experiencia nietzscheana de Lou»). Rascher, Jahrbuch, 1910.
113.
52. Poul Bjerre: *Der geniale Wahnsinn* («La locura genial»). C. G. Naumann, Leipzig, 1904.
10,12.
54. Richard Blunck: *Notizhefte* («Cuadernos de notas»), ined.
40, 57, 58, 125, 205, 245.
57 Otto Böthlingk: *Indische Sprüche (Sanskrit und deutsch)* («Aforismos indios, en sánscrito y alemán»), 3 vols. San Petersburgo, 1870-73.
173.
59. Max Braun: *Adolf Stoecker. Biographie* («Biografía de Adolf Stoecker»). Vaterländischer Verlag, Berlín, 1912.
453-455.
61. Jacob Burckhardt: *Briefe* («Cartas»). Gesamtausgabe, herausgegeben von Max Burckhardt. Schwabe Verlag, Basilea, 1949-1974. Han visto la luz los volúmenes 1-8.

62. Jacob Burckhardt: *Briefe* («Cartas»), edición y selección de Fritz Kaphann. Kröner, Leipzig, 1935.
63. Jacob Burckhardt: *Griechische Kulturgeschichte* («Historia de la cultura griega»), edición en 3 volúmenes al cuidado de Rudolf Marx. Kröner, Leipzig, 1929.
65. Jacob Burckhardt: *Weltgeschichtlichen Betrachtungen* («Consideraciones sobre la historia universal»). Edición al cuidado de Rudolf Marx, Kröner, Leipzig, 1935.
186, 228.
68. Houston Stewart Chamberlain: *Richard Wagner*. Bruckmann, Munich[7], 1923.
427.
69. Friedrich Creuzer: *Symbolik und Mythologie der alten Völker* («Simbolismo y mitología de los pueblos antiguos»). Leipzig y Darmstadt[3], 1836-1843.
173, 179.
71. Hugo Daffner: *Friedrich Nietzsches Randglossen zu Bizets Carmen* («Glosas marginales de F. N. a Carmen de Bizet»). Deutsche Musikbücher, Regensburg, 1912.
71.
72. Degener: *Wer ist wo?* («Quién está dónde?»). 1935 y 1955.
201.
73. Paul Deussen: *Erinnerungen an Friedrich Nietzsche* («Recuerdos de F. N.»). Brockhaus, Leipzig, 1901.
486 ss, (95).
74. Paul Deussen: *Mein Leben* («Mi vida»), edición preparada por Erika Rosenthal-Deussen. Brockhaus, Leipzig, 1922.
382 (227), 422.
75. Henri Didon: *Les Allemands* («Los alemanes»), versión alemana de Stephan Born. Verlag Bernheim, Basilea, 1884.
215.
76. Diehls-Kranz: *Die Fragmente der Vorsokratiker* («Los fragmentos de los presocráticos»). Verlag Weidmann[16], 1972.
434.
77. Diogenes Laertius: ed. de H. S. Long. Oxford, 1964.
370, 375, 406, 469, 473.
80. Helene Druscowitz: *Wie ist Verantwortung und Zurechnung ohne Annahme der Willensfreiheit möglich? Eine Untersuchung* («¿Cómo pueden resultar posibles la responsabilidad y la imputabilidad morales sin la libertad de la voluntad?»). Weiss, Heidelberg, 1887.
375.
83. Epiktet, ed. de W. A. Oldfather. Loeb Classical Library, Londres[5], 1967.
396.
84. Max Fehr: *Richard Wagners Schweizer Zeit* («La época suiza de R. W.»), vol. II. Sauerländer, Aarau, 1953.
373 (283).
85. Kuno Fischer: *Geschichte der neueren Philosophie* («Historia de la filosofía moderna»), v. 1, p. 2: *Descartes' Schule, Geulincx, Malebranche, Baruch Spinoza* («La escuela de Descartes, Geulincx, Malebranche, Baruch Spinoza»), Mannheim y Heidelberg[2], 1865. Vols. 3 y 4: *Immanuel Kant. Entwicklungsgeschichte und System der Kritischen Philosophie* («I. K. Historia evolutiva y sistema de la filosofía crítica»), Mannheim, 1860. *Kritik der kantischen Philosophie* («Crítica de la filosofía kantiana»), Munich, 1883.
63, 177.
86. Elisabeth Förster-Nietzsche: *Das Leben Friedrich Nietzsches. Biographie* («La vida de F. N. Biografía»). C. G. Naumann, Leipzig, 1895 (vol. 1), 1897 (vol. 2[1]), 1904 (vol. 2[2]).
160 (II, 406 ss.), 194 (II, 483), 201-204 (II, 481 ss.), 263 (II, 500), 492 (II, 877).
90. Elisabeth Förster-Nietzsche: *Friedrich Nietzsche und die Frauen seiner Zeit* («F. N. y las mujeres de su tiempo»). C. H. Beck, Munich, 1935.
387 (215), 407 (221), 423 (222 ss.).

91. Bernhard Förster: *Deutsche Colonien in dem oberen Laplata-Gebiete* («Colonias alemanas en el territorio superior de La Plata»), edición propia, Naumburg, 1886.
327, 328-331.
92. Michael Foster: *Lehrbuch der Physiologie* («Tratado de fisiología»), trad. de N. Kleinenberg. Heidelberg, 1881.
251.
100. Hermann Gloeckner: *Heinrich von Stein. Schicksal einer deutschen Jugend* («H. v. S. Destino de una juventud alemana»). Mohr, Tübingen, 1934.
253.
101. Joh. Wolfgang Goethe: *Faust.*
20.
102. Joh. Wolfgang Goethe: *Dichtung und Wahrheit* («Poesía y verdad»).
252.
103. Ferdinand Gregorovius: *Korsika* («Córcega»). 2 vols. Cotta, Stuttgart y Tübingen, 1854.
194, 315.
105. Hans Gutzwiller: «Friedrich Nietzsche Lehrtätigkaeit am Basler Pädagogium 1869-1876» («La actividad docente de F. N. en el Instituto Pedagógico de Basilea 1869-1876. *Basler Zeitschrift für Geschichte unf Altertsumkunde.* Verlag Universitätsbibliothek Basilea, 50/1951.
515 (184).
107. *Herodoto*, ed. de Carolus Hude, Oxford[3], 1940.
297.
108. Andreas Heusler (III): «Zwei ungedruckte Schriftstücke Nietzsches» («Dos fragmentos inéditos de N.»). *Schweizer Montashefte*, abril 1922.
508, 509.
111. Basler Eduard His: *Basler Gelehrte des 19.Jahrhunderts* («*Eruditos de Basilea del siglo* XIX»), Schwabe, Basilea, 1941.
350 (257), 508 (273).
112. Eduard His: *Nietzsches Heitmallosigkeit* («El desarraigo nietzscheano»), en *Basler Zeitschrift für Geschichte und Altertumskunde.* Verlag Universitätsbibliothek Basel, 40/1841.
332 (171)
113. Josef Hofmiller: *Friedrich Nietzsche.* Stromverlag Hamburgo, 1932.
114. Josef Hofmiller: *Briefe* («Cartas»), en Nachlass Rich. Blunck.
117. Roger Hollinrake, Oxford: *Persönliche Mitteilungen* («Comunicaciones personales»).
245 nota.
119. Curt Paul Janz: «Kierkegaard und das Musikalische» («K. y lo musical»), en *Die Musikforschung*, Bärenreiter Kassel, 1957[3], pp. 364 ss.
70, 208.
121. Curt Paul Janz: *Die Briefe Friedrich Nietzsches. Textprobleme unf ihre Bedeutung für Biographie und Doxographie* («Las cartas de F. N. Problemas textuales y su importancia para biografía y doxografía»), Theolog. Verlag, Zürich, 1972.
191 (40), 272 (39 ss.), 274 (36), 276 (36), 377 (29), 321 (56), 345 (83), 386 (57, 87), 413 (57), 437 (28 ss.), 441 (27), 456 (50), 465 (93 ss.), 477 (95), 500 (112), 502 (124), 504 (142), 519 ss. (109 ss.).
123. Curt Paul Janz: «Die tödtliche Beleidigung» («La ofensa mortal»), en *Nietzsche-Studien*, 1975, pp. 263 ss.
136, 441.
124. Curt Paul Janz: *Korrekturen und Nachträge zu Nietzsche-Brief-Ausgaben, nach der Handschriften* («Correcciones y adiciones a las ediciones de cartas de N., según los manuscritos»), manusc.
18, 19, 20, 23-26, 27, 30, 42, 43, 49, 53, 57, 59, 62, 67, 76, 77, 136, 137, 155, 157, 161, 204, 209, 245, 246, 247, 261, 280, 282, 286, 308, 313, 316, 317,

345, 347, 356, 376, 393, 409, 422, 424, 435, 437, 442, 445, 463, 465, 471, 474, 475, 476, 477, 482, 483, 484, 496, 498, 499.

125. Curt Paul Janz: *Friedrich Nietzsche. Der musikalische Nachlass* («F. N. El legado póstumo musical»). Herausgegeben im Auftrag der Schweiz. Musikforschenden Gesellschaft, Bärenreiter, Basilea/Kassel, 1976.
94, 109, 167, 168, 320, 394, 427.

126. Karl Jaspers: *Nietzsche. Einführung in das Verständnis seines Philosophierens* («N. Introducción a la comprensión de su filosofar»). Walter de Gruyter & Co., Berlín[3], 1950.
11 (94).

127. Ernest Jones: *Sigmund Freud. Leben und Werk* («S. F. Vida y obra»). Londres, 1956.
201.

128. Juvenal: *Sátiras.*
489.

129. Julius Kaftan: *Das Christentum und Nietzsches Herrenmoral* («El cristianismo y la moral nietzscheana de señores»), Nauck, Berlín, 1897.
487.

130. Julius Kaftan: *Aus der Werkstatt des Uebermenschen* («Del taller del superhombre»), *Deutsche Rundschau*, 31 Jahrg. 1905, pp. 253 ss., y Sulzer, Heilbronn, 1906.
587, 488, 489, 490.

132. Carmen Kahr-Wallerstein: *Erinnerungen an Friedrich Nietzsche* («Recuerdos de F. n.»), *Neue Schweizer Rundschau*, 1947[5], pp. 269 ss.
195-198, 201.

133. Inmanuel Kant: *Zum ewigen Frieden* («La paz perpetua»), Reclam, Stuttgart, 1954, núm. 1501.
129 (62).

134. Max Kesselring: *Nietzsche und sein Zarathustra in psychiatischer Beleuchtung* («N. y su Zaratustra a la luz de la psiquiatría»), Aehren Verlag, Affoltern a.A., 1954.
265 (130).

135. Soeren Kierkegaard: *Entweder-Oder I. Die unmittelbaren erotischen Stadien oder das Musikalisch-Erotische* («O lo uno o lo otro, I. Los estadios eróticos inmediatos o lo erótico-musical») (pp. 47 ss.), Eugen Diederichs, Düsseldorf, 1956.
70, 114.

139. Fritz Kögel: *Briefe. Nachlass Rich* («Cartas. Legado póstumo de Rich»), manuscrito Blunck.

140. Kurt Rolle: «Paul Rée» (?). *Zeitschrift für Menschenkunde*, Jahrg. 3, pp. 168 ss. Kampmann, Celle, 1927-28.

142. *Kosmos. Zeitschrift für Einheitliche Weltanschauung* («Kosmos. Revista para una cosmovisión unitaria»), Vol. I, Schweizerbart, Stuttgart, 1877.
66.

143. Eduard Kranner: *Gottfried Keller und die Geschwister Exner* («G. K. y los hermanos Exner»), Schwabe, Basilea, 1960 (Sammlung Klosterberg).
267.

145. Marcel Kurz: *Clubführer (SAC) durch die Bündner Alpen*. V. SAC-Verlag, 1932 («Guía de los Alpes del Bund»).
241.

146. Mapa de Suiza. Eidg. Landestopographie, Wabern/Berna.
229, 410.

150. Wilhelm Lange-Eichbaum/Wolfram Kurth: *Genie, Irrsinn und Ruhm* («Genio, error y gloria»), Ernst Reinhardt Verlag, Munich/Basilea[4], 1961.
10 (196), 13 (401), 150, 256 (148), 525 (148).

153. Oscar Levy: *Nietzsches englische Freundin* («La amiga inglesa de N.»), artículo de revista. Extractos de la pruebas procurados por R. Hollinrake. Año y lugar de publicación indeterminables.
244, 245, 248, 380.

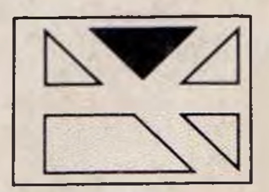
154. Siegfried Lipiner; *Der entfesselte Prometheus* («El Prometeo desencadenado»). Breitkopf und Härtel, Leipzig, 1876.
178 (44, 127, 174).
155. Hans Lohberger: «Resa von Schirnhofer» *Zeitschrift für philosophische Forschung*, herausgegeben von G. Schishkoff. Verlag Hain, Meisenheim, 1968.
209-219.
156. Longo: *Dafnis y Cloe*, edición a cargo de Thornley/Edmonds. Loeb Classical Library, 1956.
296 (149).
162. Manfred Mayrhofer: *Zu einer Deutung des Zarathustra-Namens in Nietzsches Korrespondenz. Beiträge zur Alten Geschichte und deren Nachleben* («Para una interpretación del nombre de Zaratustra en la correspondencia de N. Aportaciones a la historia antigua y a su supervivencia»). De Gruyter, Berlín, 1970, vol. 2, páginas 369 ss.
53, 179.
164. Hans Joachim Mette: *Der handschriftliche Nachlass Friedrich Nietzsches* («El legado póstumo manuscrito de F. N.»). Verlag Richard Haab, Leipzig, 1932 (signaturas).
132.
166. Malwida von Meysenbug: *Lebensabend einer Idealistin* («Atardecer vital de un idealista»). Schuster und Loeffler, Berlín[9], 1905, 3 vols.
253 (145), 256.
167. Malwida von Meysenbug: *Im Anfang war die Liebe. Briefe an ihre Pflegetochter* («Al comienzo fue el amor. Cartas a su hija adoptiva»). C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, Munich, 1926.
97 (139, 140).
169. Siegfried Morenz: *Zauberflöte* («Flauta mágica»), Böhlau, Colonia, 1952.
180.
173. Gustav Naumann: *Zarathustra-Kommentar* («Comentario de Zaratustra»). Naumann, Leipzig, 1899-1901.
174 (Primera Parte, 8, 16); 181 (Prólogo, Parte III).
174. Simon Newcomb: *Populäre Astronomie*[6] («Astronomía popular»), trad. de Rudolf Engelmann, 1914.
324.
179. Vincent y Mary Novello, versión alemana de Ernst Roth: *Eine Wallfahrt zu Mozart* («Una peregrinación a Mozart»). Boosey & Hawkes, Bonn[2], 1959.
189 (73, 110).
183. Max Oehler: *Nietzsches Bibliothek* («La biblioteca de Nietzsche»), *Vierzehnte Jahresgabe der Gesellschaft der Freunde des Nietzsche-Archivs* («La biblioteca de N. Decimocuarta entrega de la Sociedad de Amigos del Archivo de Nietzsche»). Weimar, 1942.
173, 179, 242, 251, 396, 403.
184. Ryôgi Okôchi: «Nietzsches Amor fati im Lichte vom Karma des Buddhismus» («El amor fati nietzscheano a la luz del karma del budismo»), *Nietzsche-Studien*, vol. 1, pp. 36 ss. De Gruyter, Berlín, 1972.
182.
185. Franz Overbeck: «Erinnerungen an Friedrich Nietzsche» («Recuerdos de F. N.»), *Neue Rundschau*, 1902.
199.
186. Franz Overbeck: *Ueber die Christlichkeit unseres heutigen Theologie* («Sobre la Cristiandad de nuestra teología actual»). E. W. Fritzsch, Leipzig, 1873.
45, 494, 513.
187. Franz Overbeck: *Nachlass in der Universitätsbibliothek Basel, Handschriften* («Legado póstumo en la biblioteca de la Universidad de Basilea. Manuscritos»).
33, 114, 353, 354, 506.
188. *Overbeckiana*. Sinopsis del legado póstumo de Franz Overbeck en la biblioteca de la

Universidad de Basilea, editado por Matthias Gabathuler y Ernst Staehlin en dos partes. Helbing und Lichtenhahn, Basilea, 1962.
22, 146, 227, 388, 390, 429, 488.
189. Ovidio (Ovidius, Naso Publius), texto y traducción de Rösch. Heimeran, Munich.
217.
190. H. F. Peters: *Das Leben der Lou Andreas-Salomé* («La vida de L. A. S.»). Kindler, Munich, 1964.
87 (17), 88 (21, 22), 91 (51 ss.)
191. Arthur Pfeiffer: Extractos del legado de Blunck, p. 54.
192. Margarete Pfister-Burkhalter, Basilea: comunicación personal.
247.
193. *Philosophische Montashefte*, vol. 9, año 1874.
66.
195. Platón, ed. de Joannes Burnet, Oxford[6], 1941.
92, 297, 359.
196. Plotino: *Obras*, VI, 9[9], ed. de Richard Harder. Felix Meiner, Hamburgo[2], 1968.
182.
198. Erich Podach: *Gestalten um Nietzsche* («Figuras en torno a N.»). Erich Lichtensteig Verlag, Weimar, 1932.
87.
200. Erich Podach: *Friedrich Nietzsche und Lou Salomé. Ihre Begegnung 1882* («F. N. y L. S. Su encuentro en 1882»). Max Niehaus, Verlag, Zürich y Leipzig, 1937. (Obra entretanto superada por la publicación de Ernst Pfeiffer[12].)
201. Erich Podach: *Ein Blick in Notizbücher Nietzsches* («Una mirada a los libros de notas de N.»). Wolfgang Rothe, Verlag, Heidelberg, 1963.
167, 293, 297 (42, 20), 444 (131).
202. Richard Pohl: *Der Fall Nietzsche* («El caso N.»). *Musikalisches Wochenblatt*, Leipzig, 1888.
503.
205. Herbert W. Reichert y Karl Schlechta: *International Nietzsche Bibliography*. North Carolina Press, 1960.
198.
207. Albin Rosenthal-Levy, Oxford: Colección de manuscritos. Exposición en Sils Maria en 1967, catálogo (completado).
505.
208. Adolf Ruthardt: «Friedrich Nietzsche und Robert Schumann», *Zeitschrift für Musik*, 1921 (pp. 489-91).
308-311
211a. Edgar Salin: *Jacob Burckhardt und Nietzsche*. Lambert Schneider, Heidelberg[2], 1948.
212. Meta von Salis-Marschlins: *Philosoph und Edelmensch* («Filósofo y hombre noble»). Naumann, Leipzig, 1897.
233 (12 ss.), 238 (15), 375 (40), 379 (25 ss.), 410, 418-425 (41-59), 426 (56).
213. Meta von Salis. Legado en la Universidad de biblioteca de la Universidad de Basilea, manuscritos.
229, 423, 495.
214. Lou (Andreas-)Salomé: *Friedrich Nietzsche in seinen Werken* («F. N. en sus obras»), Reissner Verlag, Dresden, 1924.
110 (78), 494 (67).
215. Lou (Andreas-)Salomé: *Lebensrückblick* («Memorias»), edición preparada por Ernst Pfeiffer. Insel Verlag, Frankfurt, 1974 (Insel Taschenbuch).
90 (16), 91 (222), 92 (31), 95 (75), 97 (80), 99 (76, 79), 101-102 (80 ss., 236), 111 (82 ss.), 123 (85), 124 (86).
216. Séneca: *Ad Lucilium epistolae morales*, VII, 11.
447

218. P. B. Shelley: *The Revolt of Islam* («La revuelta del Islam»), en *Obras poéticas*, versión alemana de J. Seybt, Leipzig, 1844.
178.
219. Georg Simmel: *Schopenhauer und Nietzsche*. Duncker, Leipzig, 1907.
188 (250 ss.).
220. Simplicio, ed. de Fred. Dübner, Didot, París, 1842; ed. de H. Diels, Reimerus, Berlín, 1887; ed. de Fritz Wehrli, en *La escuela de Aristóteles*, Schwabe, Basilea, 1955.
182, 396-398.
.221. Friedrich Smend: Prólogo a la nueva edición de Bach «Misa en *si* menor», Bärenheiter Kassel, 1951.
168.
222. Bruno Snell: *Leben und Meinungen der Sieben Weisen* («Vida y opiniones de los Siete Sabios»). Heimeran, Munich[3], 1952.
84 (136).
223. Sófocles: *Filocteto*, ed. de Joannes Johnson, Oxford[4], 1946.
259 ss,
224. Carl Spitteler: *Gesammelte Werke*, vol. VI. Artemis-Verlag, Zürich, 1947.
175 (498 ss.), 176 (516), 437 (vol. VII, 220 ss.).
225. Ludwig Schemann: *Erinnerungen an Richard Wagner* («Recuerdos de Richard Wagner»), Frommann, Stuttgart, 1902.
148.
226. Resa von Schirnhofer: «Vom Menschen Nietzsche» («Del hombre N.»), *Zeitschrift für Philosophische Forschung*, Reutligen, Jahrg. 22, 1968, editada por Hans Lohberger, pp. 248-260 y 441-458.
209-219, 245, 308, 409.
229. Karl Schlechta: *Nietzsche-Chronik* («Crónica de N.»). Hanser, Munich, 1975.
353.
230. Berta Schleicher: *Meta von Salis-Marschlins. Das Leben einer Kämpferin* («M. v. S.-M. La vida de una luchadora»). Zürich, 1932.
236 ss.
231. Martin Schmid: *Marschlins (Graubünden Schlösser I)*. Calven-Verlag Chur, 1969.
251 ss.
232. Martin Schmid: *Marschlins, eine Schule der Nationen* («M., una escuela de las naciones»). Bischofberger Verlag, Chur, 1969.
252.
233. Martin Schmid: *Historische Aufsätze. «Nietzsche in Chur»* («Ensayos históricos. Nietzsche en Chur»). Calver-Verlag, Chur, 1969, pp. 72 ss.
236. Archivo estatal de la ciudad de Basilea.
247.
238 Registro civil de Basilea.
247.
239. Rudolf Steiner: *Friedrich Nietzsche. Ein Kämpfer gegen seine Zeit* («F. N. Un luchador contra su tiempo»). Anthroposophischer Verlag Dornach[2], 1926.
181.
240. Karl Strecker: *Nietzsche und Strindberg. Mit ihren Briefwechsel* («N. y S. Con su correspondencia»), Munich, 1921.
501.
243. Tertuliano, ed. de Reifferscheid, 1890. Loeb Classical Library[4], 1966.
428, 431.
244. Teócrito: *Epigramas*, núm. 13, ed. de A. Gow, University Press, Cambridge, 1950.
297.
255. Martin Vogel: «Nietzsche und die Bayreuther Blätter». *Beiträge zur Geschichte der Musikkritik*, Bosse, Regensburg, 1965.
281 (61).

258. Cosima Wagner: *Tagebücher* («Diarios»), Piper, Munich, 1976 (I), 1977 (II).
33, 34, 47, 71, 72, 74, 78, 126, 256, 323, 402, 404, 431, 451, 513, 514.
259. Richard Wagner: *Obras musicales*. Piano.
260. Richard Wagner: *Gesammelte Schriften* («Escritos reunidos»), Fritzsch, Leipzig, 1872-1883.
262. Günther Wahnes: *Heinrich von Stein und sein Verhältnis zu Richard Wagner und Friedrich Nietzsche* (H. v. S. y su relación con R. W. y F. N.), tesis doctoral, Jena, 1926.
258 (96, 97, 102, 101).
263. Gustav Adolf Wanner: *Rund um Basels Denkmäler* («Alrededor de los monumentos de Basilea»). Verlag Basler Nachrichten, 1975.
351 (87 ss.).
265. Felix Weingartner: *Carl Spitteler. Ein künstlerisches Erlebnis* («C. S. Una experiencia artística»). Georg Müller, Munich[2], 1913.
176 (85 ss.).
266. Curt von Westernhagen: *Richard Wagner*, Atlantis, Zürich, 1968.
136 (529, 530), 478.
269. Josef Viktor Widmann: *Nietzsches gefährliches Buch* («El peligroso libro de N.), *Der Bund*, 17 de septiembre de 1886.
391.
274. Leopold Zahn: *Friedrich Nietzsche. Eine Lebenschronik* («F. N. Crónica de una vida»), Droste, Düsseldorf, 1950.
323.
276. Stefan Zweig: *Der Kampf mit dem Dämon: Hölderlin, Kleist, Nietzsche* («La lucha contra el demonio: H., K., N.»), Frankfurt, 1951.
277. *La Universidad de Zürich entre 1833-1933*. Edición conmemorativa del Centenario (Gagliardi/Nabholz/Strahl).
257 ss.
278. Archivo estatal de Zürich, Actas de promoción.
274.

La monumental biografía de CURT PAUL JANZ fija, de forma prácticamente definitiva, los perfiles de la vida de FRIEDRICH NIETZSCHE mediante el estudio exhaustivo del epistolario y los escritos póstumos del autor y la investigación de nuevas fuentes documentales y archivos privados. La orientación central de este trabajo ha sido alcanzar la mayor independencia posible respecto a exposiciones anteriores; la descripción de las grandes corrientes espirituales y políticas de la época y las referencias a los hombres y mujeres que influyeron en la vida de Nietzsche dibujan el trasfondo imprescindible de su azarosa existencia. Dividida en cuatro volúmenes, la obra elige, como criterio de ordenación y división, las cesuras inequívocas de la biografía del personaje. Publicados los dos primeros tomos —«Infancia y juventud» (AU 305) y «Los diez años de Basilea (1869-1879)» (AU 343)—, este tercer volumen estudia LOS DIEZ AÑOS DEL FILOSOFO ERRANTE, que transcurren desde la primavera de 1879 hasta diciembre de 1888. El último tomo se ocupará de «Los años de hundimiento» (1889-1900), dominados por la locura y el aislamiento. En «El Libro de Bolsillo» se han publicado, con prólogo y traducción de Andrés Sánchez Pascual, las obras de Friedrich Nietzsche enviadas a la imprenta por su autor: «Ecce homo» (LB 346), «La genealogía de la moral» (LB 356), «Así habló Zaratustra» (LB 377), «Más allá del bien y del mal» (LB 406), «El nacimiento de la tragedia» (LB 456), «Crepúsculo de los ídolos» (LB 467) y «El Anticristo» (LB 507).



Alianza Editorial

Cubierta Daniel Gil